

EL APOYO MUTUO

UN FACTOR DE LA EVOLUCIÓN

Piotr Kropotkin

El apoyo mutuo

Un factor de la evolución

PRESENTACIÓN

La presente edición está basada en la traducción de la edición rusa de Golos Truda de 1922, realizada por Luis Orsetti para Americalee en 1946. Para su revisión se han consultado versiones previas, como la original inglesa de 1902, la alemana, traducida por Gustav Landauer, de 1904; la versión francesa traducida por Louise Guieysse-Bréal y revisada por el autor, de 1906; sus traducciones al español por José Prat en 1904 y al italiano por Camillo Berneri en 1925; la primera versión en idioma ruso publicada por la editorial Znanie en 1907; y, finalmente, la portuguesa, traducida de la edición inglesa de 1902, por Waldyr Azevedo Jr. de 2009¹.

El traductor, Luis Orsetti, fue colaborador en las revistas *Hombre de América. Fuerte y libre* y *Sed. Poesía, filosofía, arte* en la década de 1940. Como crítico cinematográfico, estuvo influenciado por la vanguardia cinematográfica soviética de la década de 1920 y por la estética literaria del “Grupo de Boedo” y emprendió, a comienzos de la década de 1930, la realización de los primeros documentales sobre la marginación social. Su valiosa traducción de *El apoyo mutuo* ha sido revisada por Frank Mintz en base a los originales rusos.

A las notas originales del autor y a las agregadas por el traductor [N. de T.] y por el revisor [N. de R.], se añadieron muchas otras del editor [N. de E.], con el fin de facilitar al lector el acceso a los autores y textos citados y también a los nombres científicos de las diferentes especies de plantas y animales, que se citan con sus nombres vulgares, o cuya denominación científica está desactualizada al día de hoy. Asimismo, se incorporaron circunstancias históricas y referencias a los lugares geográficos y a los grupos étnicos mencionados. Todas las interpolaciones de la edición al texto y a las notas originales se han puesto entre corchetes para evitar confusiones. Finalmente se adecuó el estilo al español rioplatense actual.

Juan Carlos Pujalte

Kropotkin, Piotr
El apoyo mutuo : un factor de la evolución / Piotr Kropotkin. - 1a ed - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : Libros de Anarres, 2024.
272 p. ; 22 x 15 cm. - (Utopía Libertaria)
Traducción de: Luis Orsetti.
ISBN 978-987-1523-43-6

1. Ensayo Filosófico. 2. Ensayo Sociológico. 3. Anarquismo. I. Orsetti, Luis, trad.
II. Título.
CDD 301.01

Prólogo: Matías Blaustein
Postfacio: Frank Mintz
Corrección: Hernán Villasenín
Diseño: Diego Pujalte

© Libros de Anarres
Av. Rivadavia 3972 C.P. 1204AAR
Buenos Aires / R. Argentina
Tel.: 4981-0288
edicionesanarres@gmail.com
www.librosdeanarres.com.ar

La edición de este libro no hubiera sido posible sin la colaboración de:

© Tupac Ediciones
Juan Ramírez de Velasco
958. C1414AQT
Ciudad Autónoma de Buenos Aires
R. Argentina
Teléfono: 11-4856-9764
bpjingenieros@gmail.com

© Terramar Ediciones
Calle 18 N° 5444. B1884BQD
Berazategui. Buenos Aires
R. Argentina
Teléfono: 11-4216-4821
www.terramarediciones.com.ar

ISBN : 978-987-1523-43-6

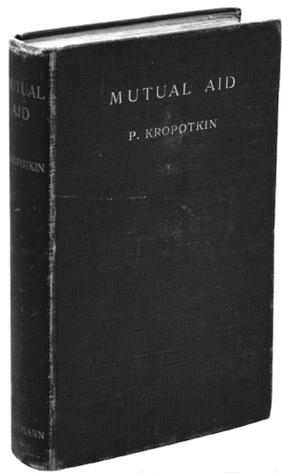
La reproducción de este libro, a través de medios ópticos, electrónicos, químicos, fotográficos o de fotocopias, está permitida y es alentada por los editores

Queda hecho el depósito que marca la ley 11.723

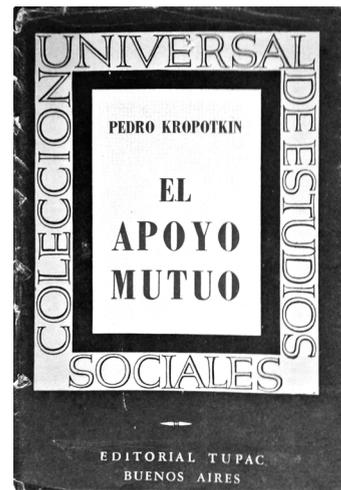
Impreso en la Argentina / Printed in Argentina

¹ Recientemente reeditada por Terra Livre (2021).

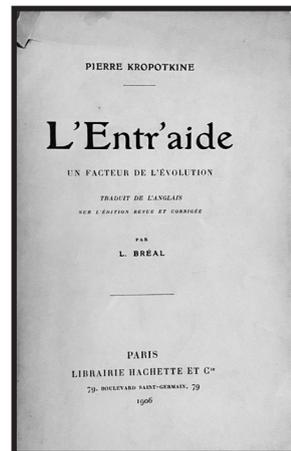
Por Matías Blaustein*



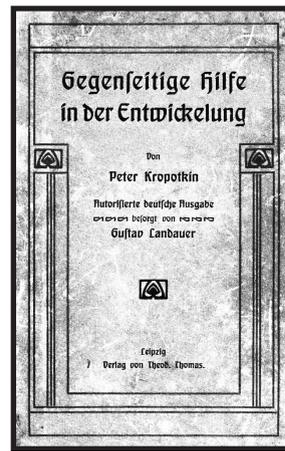
1902



1946



1906



1904



1907



1922

“En febrero el viejo Kropotkin murió en Dmitrov, cerca de Moscú”, escribía Víctor Lvóvich Kibálchich, más conocido como Víctor Serge². “Fui a Moscú para asistir a sus exequias y fueron jornadas conmovedoras, en el gran frío en los tiempos de la gran hambre. Fui el único miembro del partido admitido como un camarada entre los anarquistas”, relata Serge, de formación libertaria, perteneciente a los medios de la dirigencia bolchevique de Petrogrado y en relaciones de confianza con diversos elementos de oposición, anarquistas, socialistas revolucionarios de izquierda y comunistas de la “oposición obrera”. Para el funeral de Kropotkin se dio un día de libertad a los sectores del anarquismo encarcelados por el gobierno bolchevique, que luego daría el visto bueno —no sin cierta desconfianza— para la fundación del Museo Kropotkin, tarea llevada adelante por grupos anarquistas y seguidores del viejo naturalista autoorganizados en lo que se conoció como el comité Kropotkin. De modo similar, algunas escuelas rusas llevarían también el nombre del gran teórico del anarquismo. Con el correr del tiempo, la ascendencia de Piotr Kropotkin —autor, entre otras obras, de *La conquista del pan*, *La moral anarquista* y *La Gran Revolución Francesa*— así como la relevancia de sus ideas en torno al socialismo y la libertad habrían de transformarlo en una referencia no solo en el propio movimiento anarquista sino incluso en otras corrientes de orientación socialista. Kropotkin es —sin lugar a dudas— sinónimo, bandera, padre (¿acaso abuelo?) de lo mejor de las ideas libertarias, por un socialismo sin clases, sin explotación ni opresión. Pero lo que hace tan especial a nuestro querido Piotr Kropotkin es que, además, dedicó buena parte de su vida a articular los principios éticos que subyacen a la solidaridad de clase en las sociedades humanas con sus propias observaciones científicas a lo largo de sus estudios sobre la Naturaleza. El naturalista ruso, además de haber desarrollado una serie de observaciones fundamentales en sus años en Siberia (1862-1866) y de haber reunido gran cantidad de información disponible en su época, resultó influido de manera determinante por las ideas del zoólogo y rector de la Universidad de San Petersburgo Karl Kessler, quien en 1879 leyó un documento titulado “Sobre la ley de la ayuda mutua” ante los miembros de la Sociedad de Naturalistas de San Petersburgo para fallecer poco tiempo después. Kropotkin fue pionero en sistematizar los conocimientos que muestran que el apoyo mutuo no es una práctica antinatural en la sociedad humana, sino que, por el contrario, nuestro planeta rebosa de especies cuyos miembros cooperan entre sí, así como con miembros de otras especies. Tan formidable resulta el trabajo de Kropotkin que no solo ha terminado siendo un faro para las diversas corrientes anarquistas y del pensamiento socialista, sino que ha hecho escuela en diferentes y destacades pensadores, investigadores tanto de las ciencias naturales como de las ciencias sociales y de las humanidades. En cada rincón en que la teoría de la

² Serge, V. (1951). *Memorias de mundos desaparecidos (1901-1941)*, Siglo XXI, 2002.

evolución, la ecología de poblaciones, las teorías de la cooperación dan lugar a un pensamiento que no tenga a la competencia y al individualismo como centro de gravedad, ahí aparece la figura de Kropotkin para alumbrar, para quitar el velo. Incluso será una influencia decisiva en destacadas escritoras que combinan ideas libertarias, ciencia ficción y feminismo, escritoras de la talla de Ursula Le Guin y Donna Haraway.

Kropotkin, nacido un 9 de noviembre de 1842 en Moscú, Rusia, fue —además de teórico político y económico— geógrafo, zoólogo y naturalista. Y como tal, fue un gran admirador de los trabajos del célebre Charles Darwin. A la hora de desarrollar su teoría evolutiva sobre el origen de las especies y la selección natural³, Darwin se basó en conceptos económicos del filósofo y teólogo Thomas Robert Malthus⁴. Malthus sostenía que la población tiende a crecer en progresión geométrica (es decir, exponencial), mientras que los alimentos solo aumentan en progresión aritmética (es decir, lineal), por lo que la población se encuentra siempre limitada por los medios de subsistencia. Darwin fue influido por estas ideas para forjar sus hipótesis según las cuales el principio de variación, el de herencia y el de selección determinan que aquellas variantes heredables asociadas a una mayor supervivencia y a dejar una mayor descendencia resultan seleccionadas. Pero fue el médico y naturalista Thomas Henry Huxley, célebremente conocido como el bulldog de Darwin, quien difundió las ideas de Darwin a través de una exégesis según la cual la evolución (incluida la del ser humano) procede a través de una competencia, una lucha a muerte entre organismos al estilo de los gladiadores de un circo romano⁵. A su vez, Herbert Spencer, influido por las ideas del naturalista Jean-Baptiste Lamarck y por las del propio Darwin, acuñaría el concepto de “supervivencia del más apto”, contribuyendo a una interpretación de la teoría de Darwin de corte meritocrática y competitiva:

Esta supervivencia del más apto, que he tratado aquí de expresar en términos mecánicos, es lo que el señor Darwin ha llamado “selección natural”, o la preservación de las razas favorecidas en la lucha por la vida⁶.

Años después, el denominado “darwinismo social” sería utilizado para justificar las versiones más extremas de la libre competencia y el individualismo en las sociedades humanas. Las más perversas teorías eugenésicas del nazismo, así como también las variantes asociadas a la eugenesia de Estado fueron desarrolladas a la luz de estas teorías⁷. El privilegio de clase, de hecho, encontrará un poderoso sustento en el concepto de la supervivencia del más apto.

³ Darwin, C. (1859). *On the origin of species*, Londres, John Murray.

⁴ Malthus, T. (1798). *An Essay on the Principle of Population*, St. Paul's church-yard, 4.

⁵ Huxley, T. H. (1894). *Evolution and ethics and other essays* (Vol. 9), Londres, Macmillan.

⁶ Spencer, H. (1866). *The Principles of Biology* v. 1, 1866 (Vol. 1), D. Appleton & Company.

⁷ Rose, H. y Rose, S. (2019). *Genes, células y cerebros. La verdadera cara de la genética, la biomedicina y las neurociencias*, Buenos Aires, Ediciones IPS.

A pesar de las ideas mencionadas en el párrafo anterior, Kropotkin sostenía en *El apoyo mutuo* que los individuos de la misma o de diferentes especies pueden evolucionar cooperando entre sí, resultando la ayuda mutua un factor invisibilizado pero decisivo para fomentar la aptitud y supervivencia, cosa que los darwinistas que oficiaron de albaceas del propio Darwin (como Huxley) habrían sido incapaces de advertir por sus prejuicios victorianos. Años antes de publicar *El apoyo mutuo*, Kropotkin se había puesto en contacto con James Knowles, el fundador y editor de la revista *The Nineteenth Century*, así como con Henry Walter Bates, el explorador y naturalista británico que reunió los materiales para Wallace y Darwin, padres de la teoría de la selección natural. En ambos casos las solicitudes de Kropotkin hallaron simpatía y beneplácito: “es indignante lo que ‘ellos’ han hecho de Darwin”, le responderían. El propio Herbert Spencer reconocería la importancia de la ayuda mutua entre los animales. Kropotkin recupera algunas ideas previamente publicadas con su firma en *The Nineteenth Century* y suma una importante cantidad de datos y argumentos para presentar en *El apoyo mutuo* una amplia gama de ejemplos de sociabilidad, cooperación y ayuda mutua entre animales tanto para la alimentación y la crianza, como para la defensa frente a potenciales peligros, resultando factores determinantes en la evolución y en el desarrollo de las facultades intelectuales. Las hormigas y termitas, que cooperan para construir sus hormigueros, recolectar alimentos y cuidar a sus crías; las abejas, que cooperan para recolectar néctar, polinizar plantas y criar a sus larvas; diferentes especies de aves que a menudo anidan juntas y cooperan para defender a sus crías; numerosas especies de mamíferos que practican la ayuda mutua para la crianza, para cazar presas y para defenderse de los depredadores: los elefantes que se ayudan mutuamente en familias compuestas; los lobos, zorros polares y leones que cazan en manadas, y variados ejemplos de sociabilidad y apoyo mutuo en especies de monos. Estos son solo algunos de los múltiples ejemplos que destaca Kropotkin, en cuyas maravillosas páginas circulan y se dan la mano escarabajos, grillos, mariposas, cangrejos, loros, águilas, halcones, gavilanes, grullas, ciervos, antílopes, gacelas, búfalos, cabras, castores, topos, ratones, marmotas, ardillas, caballos, camellos, osos, focas, morsas y cetáceos, entre tantos otros. Estos ejemplos de la Naturaleza no son sino la antesala de los ejemplos de apoyo mutuo que Kropotkin encuentra tanto en las sociedades de “salvajes” y “bárbaros”, así como en el medioevo y en la sociedad moderna. Ni Spencer, ni mucho menos Huxley o buena parte del darwinismo estarían dispuestos a ver o reconocer estos elementos, siendo sus concepciones de cuño hobessiano más cercanas a las de un estado de naturaleza en donde el “hombre es lobo del hombre”. Kropotkin, por el contrario, argumentaba que una sociedad basada en la cooperación y la ayuda mutua resulta más justa y equitativa que una sociedad basada en la competencia y el conflicto. El naturalista ruso no negaba la forma competitiva de la lucha, pero afirmaba que se había puesto poco énfasis en el estilo cooperativo, el cual incluso prevalece si se considera la naturaleza en su conjunto:

(...) a pesar de que entre diferentes especies y, en particular, entre diferentes clases de animales, en proporciones sumamente vastas, se sostiene la lucha y el exterminio, se observa, al mismo tiempo, en las mismas proporciones, o tal vez mayores, el apoyo mutuo, la ayuda mutua y la protección mutua entre los animales pertenecientes a la misma especie o, por lo menos, a la misma sociedad. La sociabilidad es tanto una ley de la naturaleza como lo es la lucha mutua⁸.

El prestigioso paleontólogo evolutivo contemporáneo Stephen Jay Gould recuperó a Kropotkin para afirmar que quienes utilizan la selección natural como justificación para la opresión social no han comprendido a Darwin, y que es probable que el proceso de evolución haya sido, efectivamente, también colaborativo en gran medida. De hecho, como bien explica Gould, la “lucha por la existencia” de Darwin es una metáfora abstracta, no una declaración explícita sobre una batalla sangrienta. El éxito reproductivo, el criterio de la selección natural, funciona de muchas formas: la victoria en la batalla puede ser una vía, pero la cooperación, la simbiosis y la ayuda mutua también pueden asegurar el éxito en otros tiempos y contextos. En un pasaje famoso, Darwin explicó su concepto de lucha evolutiva:

Utilizo este término en un sentido amplio y metafórico que incluye la dependencia que un ser puede tener por otro e incluye (lo que es más importante) no solo la vida del individuo, sino el éxito en dejar progenie. Se puede decir verdaderamente que dos cánidos, en tiempos de escasez, luchan entre sí para conseguir comida y vida. Pero se dice que una planta al borde de un desierto lucha por la vida contra la sequía... Como el muérdago es diseminado por los pájaros, su existencia depende de los pájaros; y metafóricamente se puede decir que lucha con otras plantas frutales, para tentar a los pájaros a devorar y así diseminar sus semillas en lugar de las de otras plantas. En estos varios sentidos, que se confunden, utilizo por conveniencia el término general de lucha por la existencia⁹.

En su ensayo *Kropotkin no era un chiflado*¹⁰, Gould señalaba que las ideas de Kropotkin se basaban en un estudio cuidadoso y sistemático del mundo natural. Kropotkin había viajado mucho y observado el comportamiento animal en muchos hábitats diferentes. También había leído mucha literatura científica. Basándose en estas pruebas, Kropotkin llegó a la conclusión de que la ayuda mutua era un factor más importante en la evolución que la competencia. Gould sostenía que las ideas de Kropotkin sobre la ayuda mutua y la cooperación en la naturaleza no solo eran válidas, sino que tenían importantes implicaciones para la sociedad humana.

Profundizando los argumentos de Kropotkin y de Gould, la destacada bióloga contemporánea Lynn Margulis ha señalado numerosos ejemplos de cómo el mutualismo y la simbiosis entre especies han constituido un fuerte motor en la evolución:

⁸ Kropotkin, P. (1902). *El apoyo mutuo: un factor de la evolución*, Libros de Anarres (Utopía Libertaria), 2024, página 32 de la presente edición.

⁹ Darwin, C. (1859). *On the origin of species*, Londres, John Murray.

¹⁰ Gould, S. J. (1988). “Kropotkin was no crackpot”, *Natural History*, 7(97), 12-21.

Se ha hablado mucho más de la competencia, en la que el fuerte es el que vence, que de la cooperación. Pero determinados organismos aparentemente débiles a la larga han sobrevivido al formar parte de colectivos, mientras que los llamados fuertes, que no han aprendido nunca el truco de la cooperación, han ido a parar al montón de desechos de la extinción evolutiva. Si la simbiosis es tan frecuente e importante en la historia de la vida como parece, habrá que reconsiderar la biología desde el principio. La vida en la Tierra no es de ninguna manera un juego en el cual algunos organismos ganan y otros pierden. Es lo que en el campo matemático de la teoría del juego se conoce como un juego “de suma no cero”¹¹.

En el libro *Qué es el altruismo: la búsqueda científica del origen de la generosidad*, Lee Alan Dugatkin recupera los argumentos sostenidos por diferentes naturalistas y biólogos en defensa del apoyo mutuo en su polémica con los apologetas de la competencia y la lucha a muerte¹². Dugatkin nos recuerda que el biólogo británico marxista y filósofo de la ciencia John Burdon Sanderson Haldane marcó uno de los hitos fundamentales de la biología al explicar mediante modelos, de manera clara y precisa, de qué manera el sacrificio de determinados individuos por sus congéneres podía resultar adaptativo en términos de selección natural¹³. William Donald Hamilton, uno de los teóricos evolutivos más destacados habría de profundizar el camino emprendido por Haldane, introduciendo el concepto de selección de parentesco, aplicable a insectos sociales y algunos mamíferos. Dicho concepto se articula con el de aptitud inclusiva, que implica que la capacidad de un individuo de perpetuar su descendencia no depende solo de sí mismo sino también de la de sus congéneres, en tanto que estos comparten con el mismo una elevada proporción de sus genes¹⁴. Estas teorías y modelos, si bien impregnados de ciertas concepciones deterministas o reduccionistas, proveían de un robusto fundamento evolutivo a ciertos casos concretos de apoyo mutuo.

En teoría evolutiva, el concepto de interdependencia en la aptitud o eficacia biológica propone que la cooperación surge de la dependencia mutua para la supervivencia o la reproducción, como ocurre entre parejas, compañeres que comparten riesgos y fraternidades de lucha¹⁵. Por otro lado, y en relación con lo planteado por las autoras y autores que hemos mencionado arriba, Alberts y colaboradores, en *Biología molecular de la célula*, libro de cabecera de decenas de generaciones de estudiantes de biología en el mundo entero¹⁶, conceptualizan que un cuerpo saludable es una sociedad celular en donde justamente la cooperación —en oposición a la supervivencia del más apto— es la regla. Cada célula

¹¹ Margulis, L., & Sagan, D. (1986). *Microcosmos*, University of California Press.

¹² Dugatkin, L. A. (2007). *Qué es el altruismo: la búsqueda científica del origen de la generosidad*, Katz Editores.

¹³ Haldane, J. B. (1937). *The causes of evolution*, Princeton University Press, 1990.

¹⁴ Hamilton, W. D. (1963). “The evolution of altruistic behavior”, *The American Naturalist*, 97(896), 354-356.

¹⁵ Aktipis, A., Cronk, L., Alcock, J., Ayers, J. D., Baciu, C., Balliet, D.,... & Winfrey, P. (2018). “Understanding cooperation through fitness interdependence”, *Nature Human Behaviour*, 2(7), 429-431.

¹⁶ Alberts, B., Johnson, A., Lewis, J., Raff, M., Roberts, K., & Walter, P. (2002). “Cancer as a microevolutionary process”. En *Molecular Biology of the Cell*, 4th edition, Garland Science.

se organiza en asambleas colaborativas o tejidos y se divide, diferencia o muere según sea necesario para el bien del organismo. La sociedad celular aparece organizada en lo que pareciera ser una suerte de comunismo primitivo: células que colaboran entre sí se reparten tareas, resultando en un desarrollo fisiológico del organismo. En esta sociedad de células encontramos una división del trabajo entre células reproductivas (en el sentido de que contribuyen directamente a la próxima generación de individuos) y células somáticas, las células no reproductivas. Un componente crítico en el origen de tal sociedad es la evolución del altruismo reproductivo en las células que no son reproductivas¹⁷. La multicelularidad efectiva no solo requiere de una aceptada cooperación celular, sino también de mecanismos para suprimir los conflictos que pueden resultar de la aparición de mutaciones que mejoran la aptitud de ciertas células a expensas del organismo¹⁸. Los procesos subyacentes que favorecen la transición desde la unicelularidad a la multicelularidad se derivan de algunos de los fundamentos de la teoría de la cooperación: selección de parentesco, reciprocidad directa, reciprocidad indirecta, reciprocidad de red y selección de grupo¹⁹. Aktipis y colaboradores, de hecho, proponen cinco fundamentos cooperativos como piedra angular para comprender la evolución de los organismos multicelulares: la regulación del crecimiento, el control de la muerte celular, la distribución de recursos, la división del trabajo y la preservación del ambiente extracelular²⁰. Se ha demostrado, por ejemplo, que la transferencia de recursos desde sitios de muchos recursos a sitios de escasos recursos proporciona una ventaja para la agrupación de células en modelos de evolución de multicelularidad. Los sistemas de redistribución de recursos son, por tanto, aspectos centrales de la cooperación multicelular para lo cual se requiere evitar la monopolización de los mismos. Por otra parte, la multicelularidad requiere no solo de una asignación equitativa de recursos, sino también de la creación y preservación de un ambiente saludable compartido. Los residuos producidos por las células al interior de un organismo multicelular requieren ser eliminados, así como las células muertas deben identificarse y reciclarse. Lejos de una excepción a la regla, la multicelularidad compleja ha evolucionado de forma independiente muchas veces a lo largo de la historia, lo que significa a su vez que la cooperación multicelular también ha surgido de manera independiente muchas veces en la evolución.

Por el contrario, es en el terreno de lo patológico donde podemos encontrar algunos de los ejemplos paradigmáticos de competencia y aniquilación de los principios cooperativos. El desarrollo del cáncer va a suponer la ruptura de la cooperación multicelular: hacer “trampa”, es decir, romper las reglas compartidas en cada uno de los cinco fundamentos de la multicelularidad (por ejemplo, monopolizar

recursos o degradar el ambiente), en beneficio de las células tramposas²¹. No en vano Murray Bookchin va a denominar “cáncer social” al capitalismo, la enfermedad de la sociedad. Hoy por hoy el capitalismo, en tanto que cáncer social y ambiental, amenaza de muerte no solo a la clase trabajadora sino al planeta entero. La deforestación, la contaminación y el extractivismo van generando nuevos casos de cáncer y engendrando sequías, inundaciones, incendios, calentamiento global, desplazamientos y extinciones masivas. El desarrollo de grandes mega urbes donde se hacían seres humanos y animales que conviven con patógenos va generando el caldo de cultivo para nuevas epidemias y pandemias. La pandemia de COVID-19 nos ha ubicado en una nueva y profunda crisis del capitalismo. No se trata solo de una pandemia, sino de lo que la misma revela: a) sistemas sanitarios colapsados producto de décadas de privatización y desfinanciamiento público y b) una crisis ambiental y ecológica creciente mientras avanza el calentamiento global junto con las sequías, las inundaciones, los incendios, el desplazamiento de animales y las extinciones locales en el contexto de la sexta extinción masiva. Esto no hace sino avalar la tesis de Rosa Luxemburg que luego se sintetizaría en el slogan *socialismo o barbarie*:

(...) o triunfa el imperialismo y provoca la destrucción de toda cultura y, como en la antigua Roma, la despoblación, desolación, degeneración, un inmenso cementerio; o triunfa el socialismo, es decir, la lucha consciente del proletariado internacional contra el imperialismo, sus métodos, sus guerras²².

Transcurrido un siglo de los argumentos expuestos por Luxemburg, Carlos Taibo plantea que ese hundimiento general del sistema, el colapso sistémico global, no solo es probable sino que se encuentra delante de nuestros ojos, se va a verificar en una u otra fecha²³. En palabras de Murray Bookchin:

La sociedad moderna está poniendo en peligro la complejidad biótica lograda por la evolución orgánica. (...) De continuar este retroceso de la evolución biológica al socavarse las tramas alimentarias de las que depende la humanidad, estará en peligro la supervivencia misma de la especie humana²⁴.

Ante este cáncer a nivel social y ambiental, ante este crimen a escala global que supone el capitalismo, siempre es bueno volver a Kropotkin. Es justamente Kropotkin quien decía que la fraternidad y la libertad son los únicos correctivos que hay que oponer a las enfermedades del organismo que conducen a lo que se llama crimen. Así como también explicaba que, sin apoyo mutuo, la especie degenera: “Tal es la tendencia de la naturaleza, no siempre plenamente realizable, pero siempre presente. Tal es la consigna que llega hasta nosotros desde los

¹⁷ Ujvari, B., Roche, B., & Thomas, F. (Eds.). (2017), *Ecology and evolution of cancer*, Academic Press.

¹⁸ Aktipis, C. A., Boddy, A. M., Jansen, G., Hibner, U., Hochberg, M. E., Maley, C. C., & Wilkinson, G. S. (2015). “Cancer across the tree of life: cooperation and cheating in multicellularity”. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 370(1673), 20140219.

¹⁹ Nowak, M. A. (2006). “Five rules for the evolution of cooperation”. *Science*, 314(5805), 1560-1563.

²⁰ Aktipis, C. A., Boddy, A. M., Jansen, G., Hibner, U., Hochberg, M. E., Maley, C. C., & Wilkinson, G. S. (2015). “Cancer across the tree of life: cooperation and cheating in multicellularity”. *Philosophical Transactions of the Royal Society B: Biological Sciences*, 370(1673), 20140219.

²¹ *Ibid.*, 370(1673).

²² Luxemburgo, R. (1916). “El Folleto Junius: la crisis de la socialdemocracia alemana”. *Obras escogidas*, 2, 57.

²³ Taibo, C. (2016). *Colapso: capitalismo terminal, transición ecosocial, ecofascismo*, Libros de Anarres (Utopía Libertaria), 2017, p. 21.

²⁴ Bookchin, M. (1991). “El concepto de ecología social”, *Archipiélago: Cuadernos de crítica de la cultura*, (8), 56-71.

matorrales, bosques, ríos y océanos. *Por consiguiente: ¡Únanse! ¡Practiquen la ayuda mutua!*²⁵. La propia Silvia Federici va a recuperar el concepto de apoyo mutuo, acuñado por Kropotkin, para hacer referencia a las formas cualitativamente diferentes de cooperación dentro de los procesos de reproducción, plantando las semillas para crear una solidaridad generacional y de clase²⁶. Donna Haraway retoma también a Kropotkin para llevar la ayuda mutua, el apoyo mutuo, a un nuevo nivel: generar *parentescos raros*²⁷. Parentescos no biogénéticos, a través de *prácticas multisituadas, multiespecies, multimodales*. Un apoyo mutuo en cuerpo, alma y mente a través de *pilas de compost enredadas de manera tentacular*. La responsabilidad, la habilidad de responder para establecer relaciones inesperadas, procesos de simbiosis y *simpoiesis*, para hacer-con y devenir-con otros seres humanos y no-humanos. En este mismo sentido, Kropotkin fue un defensor de los derechos de los animales, criticando la crueldad hacia ellos y la explotación de los bienes comunes, denominados recursos naturales bajo el dominio del extractivismo. Sus ideas sobre la cooperación y el mutualismo han sido influyentes en el pensamiento animalista y antiespecista, y su trabajo sigue siendo relevante hoy en día.

Allí donde el capitalismo nos propone dominación y alienación en forma de extractivismo, allí donde capitalismo y extractivismo engendran contaminación, enfermedad y muerte, allí donde cáncer y capitalismo suponen la aniquilación de la autonomía, la autogestión, la solidaridad y la libertad, solo el camino de la libertad y el apoyo mutuo nos presentan una alternativa real. En definitiva, conforme pasan los años cada vez queda más claro que Kropotkin tenía razón: el tiempo le dio la razón.

* Matías Blaustein es licenciado en Ciencias Biológicas, licenciado en Filosofía y doctor en Ciencias Biológicas de la Universidad de Buenos Aires (UBA), Argentina. Es coordinador del Grupo de Biología de Sistemas y Filosofía del Cáncer en el Instituto de Biociencias, Biotecnología y Biología Traslacional (iB3) de la UBA. Es investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) y Profesor de la facultad de Ciencias Exactas y Naturales (FCEyN) de la UBA, en donde coordina la Práctica Social Educativa “Aspectos Sociales del Cáncer” y el curso de posgrado “Determinantes Moleculares, Sociales y Ambientales del Cáncer”. Es secretario gremial de la Asociación Gremial Docente (AGD) de la FCEyN-UBA, miembro del Colectivo Ciencia desde el Pie (CdP), de la Corriente Político Sindical - Rompiendo Cadenas (CPS-RC), de la organización política Acción Socialista Libertaria (ASL) y forma parte de la Unión de Científicos Comprometidos con la Sociedad y la Naturaleza de América Latina (UCCSNAL)

²⁵ Kropotkin, P. (1902). *El apoyo mutuo: un factor de la evolución*, Libros de Anarres (Utopía Libertaria), 2024, página 77 de la presente edición.

²⁶ Federici, S. (2015). “Sobre el trabajo de cuidado de los mayores y los límites del marxismo”, *Nueva sociedad*, (256), pp. 45-62

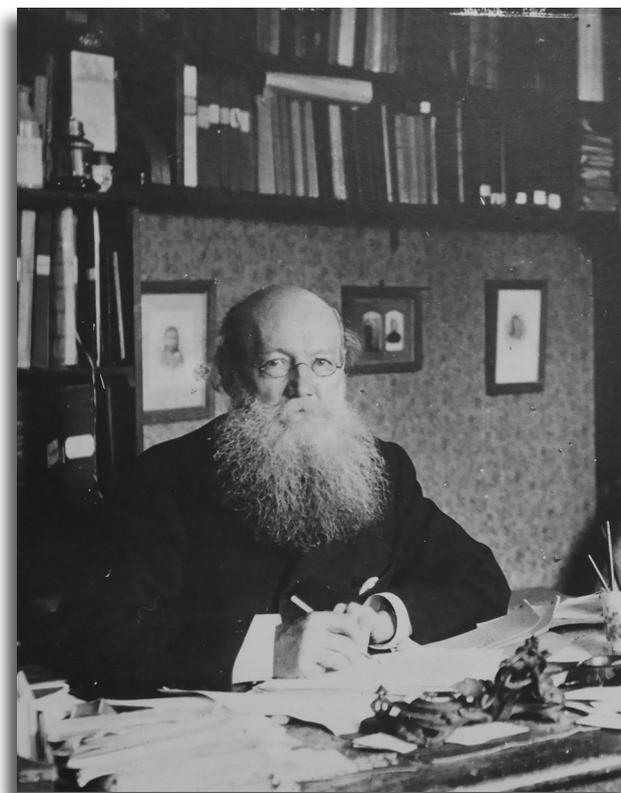
²⁷ Haraway, D. J. (2016). *Seguir con el problema. Generar parentesco en el Chthuluceno*, Consonni, 2020.

PRÓLOGO A LA PRIMERA EDICIÓN RUSA

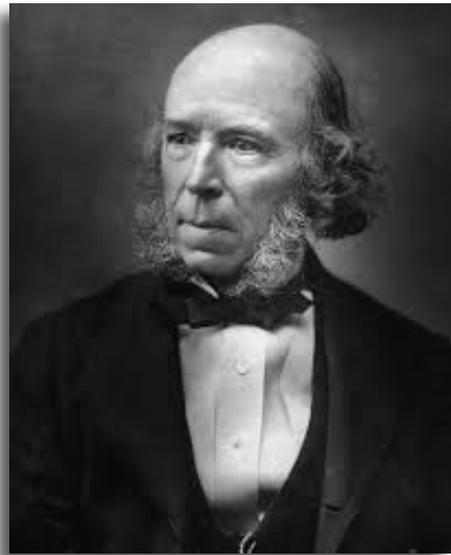
Mientras preparaba la impresión de esta edición rusa de mi libro —la primera que ha sido traducida del libro *Mutual Aid: a Factor of Evolution*, y no de los artículos publicados en la revista inglesa— he aprovechado para revisar cuidadosamente todo el texto, corregir pequeños errores y completar los apéndices basándome en algunas obras nuevas, en parte respecto a la ayuda mutua entre los animales (*apéndices III, VI y VIII*), y en parte respecto a la propiedad comunal en Suiza e Inglaterra (*apéndices XVI y XVII*).

P. K.

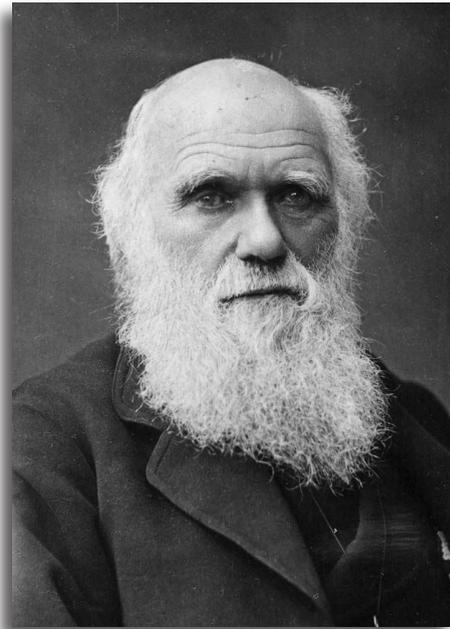
Bromley, Kent. Mayo 1907.



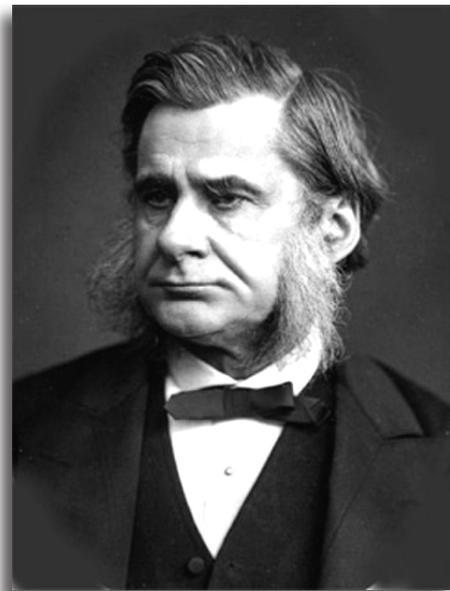
Kropotkin en su despacho en Bromley



Herbert Spencer



Charles Darwin



Thomas Henry Huxley

Mis investigaciones sobre la ayuda mutua entre los animales y entre los hombres se imprimieron por vez primera en la revista inglesa *The Nineteenth Century*. Los dos primeros capítulos, sobre la sociabilidad en los animales y sobre la fuerza adquirida por las especies sociables en la lucha por la existencia era una respuesta al artículo del conocido fisiólogo y darwinista Huxley, aparecido en *The Nineteenth Century* en febrero de 1888, “La lucha por la existencia: un programa”, en donde se pintaba la vida de los animales como una lucha desesperada de uno contra todos. Después de la aparición de mis dos artículos, donde refuté esa opinión, el editor de la revista, James Knowles, expresando mucha simpatía hacia mi trabajo y rogándome que lo continuara, observó: “Es indudable que usted ha demostrado su posición en cuanto a los animales, pero ¿cuál es su posición con respecto al hombre primitivo?”.

Esta observación me alegró mucho, puesto que, indudablemente, reflejaba no solo la opinión de Knowles, sino también la de Herbert Spencer, con el cual Knowles se veía a menudo en Brighton, donde ambos vivían muy cerca uno del otro. El reconocimiento por parte de Spencer de la ayuda mutua y su significado en la lucha por la existencia era muy importante. En cuanto a sus opiniones sobre el hombre primitivo, era sabido que estaban formadas sobre la base de las deducciones falsas acerca de los salvajes, hechas por los misioneros y los viajeros ocasionales del siglo dieciocho y principios del diecinueve. Estos datos fueron reunidos para Spencer por tres de sus colaboradores y publicados por ellos mismos bajo el título de *Datos de la Sociología*, en ocho grandes tomos; fundado en estos escribió él su obra *Bases de la Sociología*.

Sobre la cuestión del hombre respondí también en dos artículos, donde, después de un estudio cuidadoso de la rica literatura *moderna* sobre las complejas instituciones de la vida tribal, que no podían analizar los primeros viajeros y misioneros, describí estas instituciones entre los *salvajes y los llamados “bárbaros”*. Esta obra, y especialmente el conocimiento de la Comuna rural a principios de la Edad Media, que desempeñó un enorme papel en el desarrollo de la civilización que renacía nuevamente, me condujeron al estudio de la etapa siguiente, aún más importante, del desarrollo de Europa —*de la ciudad medieval libre y sus gildas de artesanos*. Señalando luego el papel corruptor del Estado militar que destruyó el libre desarrollo de las ciudades libres, sus artes, oficios, ciencias y comercio, mostré, en el último artículo, que, a pesar de la descomposición de las federaciones y uniones libres por la centralización estatal, estas federaciones y uniones comienzan a desarrollarse ahora cada vez más, y a apoderarse de nuevos dominios. *La ayuda mutua en la sociedad moderna* constituyó, de tal modo, el último artículo de mi obra sobre la ayuda mutua.

Al editar estos artículos en libro, introduje algunos agregados esenciales, especialmente acerca de la relación de mis opiniones con respecto a la lucha darwiniana por la existencia; y en los apéndices cité algunos hechos nuevos y analicé algunas cuestiones que, a causa de su brevedad, debí omitir en los artículos de la revista.

Todas las ediciones en lenguas europeas occidentales, y también las escandinavas y polacas fueron hechas, naturalmente, de los artículos, sino del libro, y es por ello que contenían los agregados hechos en el texto y los apéndices. De las traducciones rusas solo una, aparecida en 1907, en la editorial Znanie [El Conocimiento] era completa; además, introduje, fundado en nuevas obras, varios apéndices nuevos, parte sobre la ayuda mutua entre los animales y parte sobre la propiedad comunal de la tierra en Inglaterra y Suiza. Las otras ediciones rusas fueron hechas de los artículos de la revista inglesa, y no del libro, y por ello no tienen los aportes hechos por mí en el texto, o bien han omitido los apéndices. La edición que se ofrece ahora contiene completos todos los agregados y apéndices, y he revisado nuevamente todo el texto y la traducción.

P. K.

Dmitrov, marzo 1920.



Sofía Kropotkin y Piotr Kropotkin en su hogar en Dmítrov (c.1919)

INTRODUCCIÓN

Durante los viajes que realicé en mi juventud por la Siberia Oriental y el norte de Manchuria, dos aspectos de la vida animal me llamaron poderosamente la atención.

Uno de ellos era la extraordinaria dureza de la lucha por la existencia que deben sostener la mayoría de las especies animales contra la naturaleza inclemente, la enorme destrucción de vida que, debido a causas naturales, ocurría periódicamente y que producía una extraordinaria pobreza de vida en los vastos territorios donde realizaba mis investigaciones.

La otra particularidad era que, aun en aquellos pocos puntos aislados en donde la vida animal aparecía en abundancia, no encontré, a pesar de haber buscado empeñosamente sus rastros, aquella lucha cruel por los medios de subsistencia *entre los animales pertenecientes a una misma especie*, que la mayoría de los darwinistas (aunque no siempre el mismo Darwin) consideraban como el rasgo predominante y característico de la lucha por la vida, y como el factor principal de la evolución.

Las terribles tormentas de nieve que azotan la región norte de Eurasia al final del invierno y la congelación que a menudo sucede a la tormenta; las heladas, las nevadas que se repiten todos los años en la primera quincena de mayo cuando los árboles están en plena floración y la vida de los insectos en su apogeo; las heladas tempranas y, a veces, las nevadas abundantes que caen en julio y en agosto, aniquilando, repentinamente, no solo miríadas de insectos, sino también la segunda nidada de las aves en las praderas; las lluvias torrenciales, debidas a los monzones, que caen en agosto en las regiones templadas del Amur y del Ussuri, y se prolongan semanas enteras y producen inundaciones en las tierras bajas del Amur y del Sungari en proporciones tan grandes como solo se conoce en América y Asia Oriental, y, en los altiplanos, grandísimas extensiones se transforman en pantanos comparables, por sus dimensiones, con estados europeos enteros, y, por último, las abundantes nevadas que caen a veces a principios de octubre, debido a las cuales un vasto territorio, igual por su extensión a Francia o Alemania, se hace completamente inhabitable para los rumiantes que perecen, entonces, por millares; estas son las condiciones en que se sostiene la lucha por la vida en el reino animal del Asia Septentrional.

Todo esto, ya entonces, atrajo mi atención hacia la extraordinaria importancia, en la naturaleza, de aquella serie de fenómenos que Darwin llama “limitaciones naturales a la multiplicación” en comparación con la lucha por los medios de subsistencia entre individuos de la misma especie, que puede tener lugar aquí o allá, pero que jamás alcanza la importancia de las limitaciones naturales. La escasez de vida, la baja población, no su exceso, es el rasgo característico de aquella inmensa extensión del globo que llamamos Asia Septentrional. Por consiguiente, ya desde entonces comencé a abrigar serias dudas, que más tarde no hicieron sino confirmarse, respecto a esa terrible y supuesta lucha por el alimento y la vida *dentro de una misma especie*, que constituye un artículo de fe para la mayoría de los darwinistas y en consecuencia comencé a dudar respecto a la influencia dominante que se suponía ejercía esta clase de lucha en la evolución de nuevas especies.

Además, dondequiera que alcanzaba a ver la vida animal abundante y bullente como, por ejemplo, en los lagos, donde, en primavera decenas de especies de aves y millones de individuos se reúnen para empollar sus crías o en las populosas colonias de roedores, o bien durante la migración de las aves que en aquella época se producía en proporciones realmente “americanas” a lo largo del valle del Ussuri, o especialmente durante una enorme migración de gamos que tuve oportunidad de ver en el Amur, en la que decenas de millares de estos inteligentes animales huían en grandes tropes de un territorio inmenso, buscando salvarse de las abundantes nieves caídas, y se reunían en grandes rebaños para atravesar el Amur en el punto más estrecho, en el Pequeño Jíngán; en todas estas escenas de la vida animal que se desarrollaba ante mis ojos veía yo la ayuda y el apoyo mutuo llevado a tales proporciones que involuntariamente me hizo pensar en la enorme importancia que debe tener en la economía de la naturaleza, para el mantenimiento de la existencia de cada especie, su conservación y su futura evolución.

Por último, tuve oportunidad de observar entre el ganado vacuno semisalvaje y entre los caballos en la Transbaikalia, y en todas partes entre las ardillas y los animales salvajes en general, que cuando los animales tenían que luchar contra la escasez de alimento debida a alguna de las causas ya indicadas, entonces *toda* la parte de la especie a quien afectaba esta calamidad salía de la experiencia con una pérdida de energía y salud tan grande que *ninguna evolución progresiva de las especies podía basarse en semejantes períodos de lucha aguda*.

En consecuencia, cuando más tarde las relaciones entre el darwinismo y la sociología atrajeron mi atención, no pude estar de acuerdo con ninguno de los trabajos y folletos que se habían escrito sobre este importante tema. Todos ellos trataban de demostrar que el ser humano, gracias a su inteligencia superior y a sus conocimientos puede suavizar la dureza de la lucha por la vida entre los hombres, pero al mismo tiempo, todos ellos admitían que la lucha por los medios de subsistencia de cada animal contra todos sus congéneres y de cada persona contra todas las demás era una “ley natural”. Sin embargo, no podía estar de acuerdo con este punto de vista, ya que estaba convencido de que admitir una despiadada lucha interior por la existencia dentro de cada especie y considerar esa guerra como una condición de progreso significaría aceptar algo que no solo no ha sido demostrado aún, sino que además no estaba confirmado por la observación directa.

Por otra parte, habiendo llegado a mi conocimiento la conferencia “Sobre la ley de la ayuda mutua”, del profesor Kessler²⁸, entonces decano de la Universidad de San Petersburgo, que pronunció en un congreso de naturalistas rusos, en enero de 1880, vi que arrojaba nueva luz sobre toda esta cuestión. Según la opinión de Kessler, además de la ley de *lucha mutua*, existe en la naturaleza también la ley de *ayuda mutua*, que, para el éxito de la lucha por la vida y, particularmente, para la evolución progresiva de las especies, desempeña un papel mucho más importante que la ley de la lucha mutua. Esta hipótesis, que no es en realidad más que el desarrollo de ideas expresadas por el propio Darwin en su *El origen del hombre*²⁹, me pareció tan justa y tenía tan enorme importancia que,

desde que tuve conocimiento de ella (en 1883), comencé a reunir materiales para profundizar la idea que Kessler apenas había esbozado en su conferencia y que no tuvo tiempo de elaborar, ya que murió en 1881.

Solamente en un punto no pude estar completamente de acuerdo con las opiniones de Kessler. Mencionaba este los “sentimientos paternos” y los cuidados de la descendencia (véase capítulo 1) como la fuente de las inclinaciones mutuas de los animales. Pero creo que el determinar cuánto contribuyeron realmente estos dos sentimientos a la evolución de los instintos sociales entre los animales y cuánto los otros instintos actuaron en el mismo sentido constituye una cuestión aparte, y muy compleja, a la cual apenas estamos en condiciones de responder. Solo después que establezcamos bien los hechos mismos de la ayuda mutua entre las diferentes clases de animales y su importancia para la evolución podremos determinar qué parte del desarrollo de los instintos sociales corresponde a los sentimientos familiares y qué parte a la sociabilidad misma, cuyo origen, evidentemente, se ha de buscar en los estadios más elementales de evolución del mundo animal hasta, quizá, en los “estadios coloniales”³⁰. Debido a esto, dediqué toda mi atención a establecer, ante todo, la importancia del apoyo mutuo como *factor de evolución, especialmente de la progresiva*, dejando para otros investigadores el problema del *origen de los instintos de ayuda mutua en la naturaleza*.

La importancia del factor de la ayuda mutua —“si tan solo pudiera demostrarse su generalidad”— no escapó a la atención de Goethe, en quien de manera tan brillante se manifestó el genio del naturalista. Cuando, cierta vez, Eckermann contó a Goethe —sucedió esto en el año 1827— que dos pichoncitos de reyezuelo³¹, que se le habían escapado cuando mató a la madre, fueron hallados por él, al día siguiente, en un nido de petirrojos³² (*rothkehlchen*), que los alimentaban a la par de los suyos, Goethe se emocionó mucho por este relato. Vio en ello la confirmación de sus opiniones panteístas sobre la, naturaleza y dijo: “Si resultara cierto que alimentar a los extraños es inherente a la naturaleza toda, como algo que tiene carácter de ley general, muchos enigmas quedarían entonces resueltos. Volvió sobre esta cuestión al día siguiente, y rogó a Eckermann (quien, como es sabido, era zoólogo) que hiciera un estudio especial de ella, agregando que Eckermann, sin duda, podría obtener “resultados valiosos e inapreciables” (*Gespräche*³³, ed. 1848, - tomo III, págs. 219, 221). Por desgracia, tal estudio nunca fue emprendido, aunque es muy probable que Brehm, que ha reunido en sus obras materiales tan ricos sobre la ayuda mutua entre los animales, podría haber sido llevado a esta idea por la observación citada de Goethe.

³⁰ Aludo aquí a las etapas en que los animales más inferiores, como *Volvox globator* o especies del género *Salpa*, se reúnen en grupos. Sobre las etapas coloniales véase el ensayo de biología de Auguste Comte en *Système de Politique Positive*, donde resume su *Philosophie Positive*; también *The Principles of Biology*, de Spencer; y especialmente la obra *Les colonies animales et la formation des organismes* de Edmond Perrier.

³¹ *Regulus regulus*. [N. de E.]

³² *Erithacus rubecula*. [N. de E.]

³³ *Gespräche mit Goethe in den letzten Jahren seines Lebens* [Conversaciones con Goethe en los últimos años de su vida] del ayudante y discípulo de Goethe, Johann Peter Eckermann. [N. de E.]

²⁸ Karl Fiodorovich Kessler (1815-1881), zoólogo y rector de la Universidad de San Petersburgo. [N. de E.]

²⁹ *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex. (1871)* [N. de E.]

Durante los años 1878-1886 se imprimieron varias obras importantes sobre la inteligencia y la vida mental de los animales (esas obras se citan en las notas del capítulo I de este libro), tres de las cuales tienen una relación más estrecha con la cuestión que nos interesa, a saber: *Des sociétés animales*, de Espinas (París, 1887); *La lutte pour l'existence et l'association pour la lutte*, conferencia de Lanessan (abril 1881); y el libro de Ludwig Büchner, *Liebe und Liebes-Leben in der Thierwelt*, cuya primera edición apareció en el año 1881 o 1882, y la segunda, considerablemente aumentada, en 1885. Pero, a pesar de la excelente calidad de cada una, estas obras dejan, sin embargo, un amplio margen para una investigación en la que la ayuda mutua sea considerada no solamente en calidad de argumento en favor del origen prehumano de los instintos morales, sino también como una ley de la naturaleza y un factor de evolución.

Espinas dedicó especialmente su atención a las sociedades de animales (hormigas, abejas) que están fundadas sobre la división fisiológica del trabajo entre ellos y, aun cuando su obra trae excelentes sugerencias en todos los sentidos posibles, fue escrita en una época en que la evolución de las sociedades humanas no podía ser examinada, como podemos hacerlo ahora, gracias al caudal de conocimientos acumulado desde entonces. La conferencia de Lanessan tiene más bien el carácter de un plan general de trabajo, brillantemente expuesto, en que es examinado el apoyo mutuo comenzando desde las rocas a orillas del mar, y pasando al mundo de los vegetales, de los animales y de los hombres.

En cuanto a la obra recién citada de Büchner, a pesar de que induce a la reflexión sobre el papel de la ayuda mutua en la naturaleza y de que es rica en hechos, no estoy de acuerdo con su idea dominante. El libro se inicia con un himno al amor, y casi todos los ejemplos son tentativas para demostrar la existencia del amor y la simpatía entre los animales. Pero, reducir la sociabilidad de los animales al *amor* y a la *simpatía* significa restringir su universalidad y su importancia, al igual que una ética humana basada en el amor y la simpatía personal conduce nada más que a restringir la concepción del sentido moral en su totalidad. De ningún modo me guía el amor hacia mi vecino, a quien muy a menudo ni siquiera conozco, cuando, viendo su casa en llamas, tomo un balde con agua y corro hacia ella; me guía un sentimiento, o un instinto, más vago de solidaridad humana y de sociabilidad. Lo mismo se observa también entre los animales. No es el amor, ni siquiera la simpatía (comprendidos en el sentido verdadero de estas palabras) lo que induce al rebaño de rumiantes o caballos a formar un círculo con el fin de defenderse de las agresiones de los lobos; no es el amor el que hace que los lobos se reúnan en manadas para cazar; al igual que no es el amor lo que obliga a corderos y a gatitos a entregarse a sus juegos, ni es el amor lo que junta las crías otoñales de las aves que pasan juntas días enteros durante casi todo el otoño. Por último, tampoco puede atribuirse al amor ni a la simpatía personal el hecho de que muchos millares de gamos, diseminados por territorios de extensión comparable a la de Francia, se reúnan en decenas de rebaños aislados que se dirigen, todos, hacia un punto conocido, con el fin de atravesar el Amur y emigrar a una parte más templada de la Manchuria. Es un sentimiento infinitamente más amplio que el amor o la simpatía personal, un instinto que se ha desarrollado lentamente entre los animales y

los hombres en una evolución extremadamente larga, que enseñó tanto a animales como a hombres a tener conciencia de la fuerza que se adquiere practicando la ayuda y el apoyo mutuos, y del placer que pueden hallar en la vida social.

La importancia de esta distinción podrá ser apreciada fácilmente por todo aquél que estudie la psicología de los animales, y más aún, la ética humana. El amor, la simpatía y el auto sacrificio, naturalmente, desempeñan un papel enorme en el desarrollo progresivo de nuestros sentimientos morales. Pero, en la humanidad, la sociedad no se ha creado sobre el amor ni tampoco sobre la simpatía. Se ha creado sobre la conciencia —aunque sea instintiva— de la solidaridad humana y de la dependencia recíproca de los hombres. Se ha creado sobre el reconocimiento inconsciente de la fuerza que la práctica común de la ayuda mutua presta a cada hombre; sobre la dependencia estrecha de la felicidad de cada individuo de la felicidad de todos y sobre los sentimientos de justicia o de equidad, que obligan al individuo a considerar los derechos de cada uno de los otros como iguales a sus propios derechos. Sobre esta base amplia y necesaria se desarrollan los sentimientos morales más elevados. Pero esta cuestión sobrepasa los límites del presente trabajo, y yo me limitaré nada más que a indicar mi conferencia “Justicia y moral”, que era contestación a la *Ética* de Huxley³⁴, y en la cual me referí a esta cuestión con mayor detalle³⁵.

Consecuentemente pensé que un libro sobre “La ayuda mutua como ley de la naturaleza y factor de evolución” podría llenar una laguna muy importante. Cuando Huxley publicó, en el año 1888 su “manifiesto” sobre la lucha por la existencia (*Struggle for Existence and its Bearing upon Man*)³⁶ que, desde mi punto de vista, era una representación muy incorrecta de los fenómenos de la naturaleza, tales como los vemos en las taigas y las estepas, me dirigí al redactor de la revista *The Nineteenth Century* rogándole que diera lugar, en las páginas de la revista que él dirigía, a una crítica elaborada de las opiniones de uno de los más destacados darwinistas. Mr. James Knowles acogió mi propósito con la mayor simpatía. Por este motivo hablé también, con W. Bates, con el gran “naturalista del Amazonas”, quien reunió, como es sabido, los materiales para Wallace y Darwin, y a quien Darwin, con perfecta justicia, calificó en su autobiografía como uno de los hombres más inteligentes que había encontrado. “Sí, por cierto; *esto* es verdadero darwinismo —exclamó Bates—, lo que han hecho de Darwin es sencillamente indignante. Escriba esos artículos y cuando estén impresos le enviaré una carta que podrá publicar”. Por desgracia, la composición de estos artículos me ocupó casi siete años, y cuando el último fue publicado, Bates ya no estaba entre los vivos.

Después de haber examinado la importancia de la ayuda mutua en diferentes clases de animales, evidentemente, estaba obligado a discutir la importancia de ese mismo factor en la evolución del hombre. Esto era aún más necesario, porque existen evolucionistas dispuestos a admitir la importancia de la ayuda mutua

³⁴ Thomas H. Huxley: *Evolution and Ethics*, Londres, 1893. [N. de E.]

³⁵ Véanse también los primeros capítulos de mi trabajo sobre ética aparecidos recientemente en *The Nineteenth Century*: “Problemas de Ética” y “Moralidad de la Naturaleza”.

³⁶ Thomas H. Huxley: “The Struggle for existence: A programme”, *The Nineteenth Century*, vol. 23, n.º. 132, 1888 págs. 161-180. [N. de E.]

entre los animales, pero, a la vez, como Herbert Spencer, negándola al respecto al hombre. Para el hombre primitivo —afirman— la guerra de uno contra todos era *la* ley dominante de la vida. He tratado de analizar en este libro, en los capítulos dedicados a los salvajes y bárbaros, hasta dónde esta afirmación que, desde la época de Hobbes y con excesiva complacencia, repiten todos sin la necesaria comprobación, coincide con lo que conocemos respecto a los grados más antiguos del desarrollo del hombre.

El número y la importancia de las diferentes instituciones de ayuda mutua que se desarrollaron en la humanidad gracias al genio creador de las masas salvajes y semisalvajes durante el primitivo período de los clanes y, aún más, durante el período siguiente de la comuna aldeana, y también la inmensa influencia que estas instituciones antiguas ejercieron sobre el desarrollo posterior de la humanidad hasta los tiempos modernos, me indujeron a extender el camino de mis investigaciones a los períodos de los tiempos históricos posteriores. Especialmente, me detuve en el período de mayor interés, el de las ciudades repúblicas, libres, de la Edad Media, cuya universalidad y cuya influencia sobre nuestra civilización moderna no ha sido suficientemente apreciada hasta ahora. Por último, también traté de indicar brevemente la enorme importancia que tienen todavía, sobre nuestra sociedad contemporánea, los instintos de apoyo mutuo heredados por la humanidad a través de un período extraordinariamente largo de evolución, a pesar de que se piensa y se dice que esta descansa sobre el principio: “cada uno para sí y el Estado para todos”, un principio que nunca ha tenido éxito ni lo tendrá jamás.

Quizá se me objetará que en este libro tanto los hombres como los animales están representados desde un punto de vista demasiado favorable: que sus cualidades sociales son destacadas en exceso, mientras que sus inclinaciones antisociales, de afirmación de sí mismos, apenas están marcadas. Sin embargo, esto era inevitable. En los últimos tiempos hemos oído hablar tanto de “la lucha dura y despiadada por la vida” que aparentemente sostiene cada animal contra todos los otros, cada salvaje contra todos los demás salvajes y cada hombre civilizado contra todos sus conciudadanos —y semejantes opiniones se convirtieron en una especie de artículo de fe—, que fue necesario, ante todo, oponer una serie amplia de hechos que muestran la vida de los animales y de los hombres completamente desde otro ángulo. Era necesario mostrar, en primer lugar, el papel predominante que desempeñan las costumbres sociales en la vida de la naturaleza y en la evolución progresiva, tanto de las especies animales como igualmente de los seres humanos.

Era necesario demostrar la importancia abrumadora que tienen los hábitos sociales en la naturaleza y en la evolución progresiva en las especies animales y en los seres humanos, y que dan a los animales mejor protección contra sus enemigos, que hacen menos difícil obtener alimentos (provisiones invernales, migraciones, alimentación bajo la vigilancia de centinelas, etc.), que aumentan la longevidad y debido a esto facilitan el desarrollo de las facultades intelectuales; que dieron a los hombres, aparte de las ventajas citadas, la posibilidad de formar aquellas instituciones que los ayudaron a sobrevivir en la lucha dura con

la naturaleza y a progresar, a pesar de todas las vicisitudes de su historia. Así lo hice. Por eso, este es un libro sobre la ley del apoyo mutuo considerado como una de las principales causas de la *evolución progresiva*, pero no es un examen de *todos* los factores de la evolución y de sus respectivos valores. Este libro habría debido escribirse antes, para que fuera posible examinar el problema del sentido relativo de los diferentes factores de la evolución.

Y menos aún, naturalmente, estoy inclinado a menospreciar el papel que desempeñó la autoafirmación del individuo en la evolución de la humanidad. Pero esta cuestión, según mi opinión, exige un examen bastante más profundo que el que se ha hecho hasta ahora. En la historia de la humanidad, la autoafirmación del individuo a menudo representó, y continúa representando, algo muy diferente y más amplio y profundo que esa mezquina e irracional estrechez mental que la mayoría de los escritores presentan como “individualismo” y “autoafirmación”. De modo semejante, los individuos impulsores de la historia no se redujeron solamente a aquellos que los historiadores nos describen en calidad de héroes. Debido a esto, tengo el propósito, siempre que las circunstancias lo permitan, de discutir separadamente el papel que ha desempeñado la autoafirmación del individuo en la evolución progresiva de la humanidad. Por ahora, me limito a hacer nada más que la siguiente observación general: cuando las instituciones de ayuda mutua —es decir, la tribu, la comuna aldeana, las guildas, la ciudad de la Edad Media — empezaron a perder en el transcurso del proceso histórico su carácter primitivo y comenzaron a ser invadidas por excrescencias parasitarias, y estas mismas instituciones se transformaron en un obstáculo para el progreso, la rebelión de los individuos en contra de estas instituciones tomó siempre un carácter doble. Una parte de ellos se empeñaba en purificar las viejas instituciones de los elementos extraños a ella, o en elaborar formas superiores de convivencia, basadas en los mismos principios de ayuda mutua; trataron de introducir, por ejemplo, en el derecho penal, el principio de compensación, en lugar de la ley del ojo por ojo y diente por diente, y más tarde el “perdón de las ofensas”, es decir, un ideal aún más elevado de igualdad ante la conciencia humana, *en lugar* de la “compensación” acorde a un valor de clase. Pero al mismo tiempo, otra parte de esos individuos rebeldes se esforzó en destruir las instituciones protectoras de apoyo mutuo sin otro fin que el de aumentar sus propias riquezas y sus propios poderes. En esta triple lucha entre las dos categorías de individuos rebeldes y los protectores de lo existente, reside toda la verdadera tragedia de la historia. Pero, para delinear esta lucha y estudiar honestamente el papel desempeñado en la evolución de la humanidad por cada una de las tres fuerzas, harían falta, por lo menos, tantos años de trabajo como tuve que dedicar a escribir este libro.

De las obras que tratan aproximadamente el mismo tema, pero aparecidas ya después de la publicación de mis artículos sobre la ayuda mutua entre los animales, debo mencionar *The Lowell Lectures on the Ascent of Man*, de Henry Drummond, Londres, 1894, y *The Origin and Growth of the Moral Instinct*, de A. Sutherland, Londres, 1898. Ambos libros están concebidos principalmente en la misma línea que el libro *Liebe und Liebes...* de Büchner, y en el libro de Sutherland se consideran los sentimientos paternos y familiares como único

factor en el proceso de desarrollo de los sentimientos morales. La tercera obra que trata del hombre y está escrita en la misma línea es el libro del profesor americano F. A. Giddings, cuya primera edición apareció en el año 1896, en Nueva York y en Londres, bajo el título *The Principles of Sociology*, y cuyas ideas dominantes habían sido expuestas por el autor en un folleto en el año 1894. Debo, sin embargo, dejar a los críticos literarios la discusión sobre los puntos de contacto, similitudes y divergencias entre las obras citadas y la mía.

Los diferentes capítulos de este libro fueron publicados primeramente en la revista *The Nineteenth Century* (“La ayuda mutua entre los animales”³⁷, en septiembre y noviembre de 1890; “La ayuda mutua entre los salvajes”³⁸, en abril de 1891; “La ayuda mutua entre los bárbaros”³⁹, en enero de 1892; “La ayuda mutua en la ciudad medieval”⁴⁰, en agosto y septiembre de 1894, y “La ayuda mutua en la época moderna”⁴¹, en enero y junio de 1896). Al publicarlos en forma de libro, pensé, en un principio, incluir en forma de apéndices la masa de materiales que no pude aprovechar para los artículos que aparecieron en la revista, así como el juicio sobre diferentes puntos secundarios que tuve que omitir. Estos apéndices habrían duplicado el tamaño del libro y me vi obligado a renunciar a su publicación o, por lo menos, a aplazarla. En los apéndices de este libro incluyen solamente la discusión de algunas pocas cuestiones que han sido objeto de controversia científica en el curso de estos últimos años⁴²; y en el texto solo intercalé lo poco que podía introducirse sin alterar la estructura general de la obra.

Aprovecho esta oportunidad para expresar al editor de *The Nineteenth Century*, James Knowles, mi agradecimiento, tanto por la amable hospitalidad que mostró en su revista hacia estos trabajos apenas se enteró de su idea general, como por su amable permiso para reimprimirlos.

P. K.

Bromley, Kent, 1902.

³⁷ *The Nineteenth Century*, vol. 28, “Mutual Aid among Animals”, sep. 1890, págs. 337-354 y nov. 1890, págs. 699-719. [N. de E.]

³⁸ *The Nineteenth Century*, vol. 29, “Mutual Aid among Savages”, abr. 1891, págs. 538-559. [N. de E.]

³⁹ *The Nineteenth Century*, vol. 31, “Mutual Aid among Barbarians”, ene. 1892, págs. 101-122. [N. de E.]

⁴⁰ *The Nineteenth Century*, vol. 36, “Mutual Aid in the Mediaeval City”, ago. 1894, págs. 183-202 y sep. 1894, págs. 397-418. [N. de E.]

⁴¹ *The Nineteenth Century*, vol. 39, “Mutual Aid amongst Modern Men”, ene. 1896, págs. 65-86 y “Mutual Aid among Ourselves”, jun. 1896, págs. 914-936. [N. de E.]

⁴² En la presente edición, como en la rusa de 1922, y en palabras del propio Kropotkin, “La edición que se ofrece ahora contiene completos todos los agregados y apéndices, y he revisado nuevamente todo el texto y la traducción”. Véase pág. 20. [N. de E.]

CAPÍTULO I

LA AYUDA MUTUA ENTRE LOS ANIMALES

“La lucha por la existencia” — La ayuda mutua, ley de la naturaleza y principal condición del desarrollo progresivo — Invertebrados — Hormigas y abejas — Las aves: sus asociaciones para la caza y la pesca — Sociabilidad — Protección mutua entre las aves pequeñas — Grullas, papagayos

La concepción de la lucha por la existencia como un factor de evolución, introducida en la ciencia por Darwin y Wallace, nos permitió abarcar, en una generalización, una vastísima masa de fenómenos, y esta generalización fue, desde entonces, la base de todas nuestras teorías filosóficas, biológicas y sociales. Un número infinito de los más diferentes hechos, que antes explicábamos cada uno por una causa propia, fueron englobados por Darwin en una amplia generalización. La adaptación de las funciones y estructuras de los seres vivientes a su medio ambiente, la evolución, anatómica y fisiológica, el progreso intelectual y aun el perfeccionamiento moral, todos estos fenómenos empezaron a presentárenos como parte de un proceso común. Comenzamos a comprenderlos como una serie de esfuerzos ininterrumpidos, como una *lucha* contra diferentes condiciones desfavorables, lucha que conduce al desarrollo de individuos, razas, especies y sociedades tales que representarían la mayor plenitud, la mayor variedad y la mayor intensidad de vida.

Es muy posible que, al comienzo de sus trabajos, el mismo Darwin no tuviera conciencia de toda la importancia y generalidad de aquel fenómeno la lucha por la existencia, al que recurrió buscando la explicación de un grupo de hechos: la acumulación de desviaciones del tipo primitivo y la formación de nuevas especies. Pero comprendió que el término que él introducía en la ciencia perdería su sentido filosófico exacto si era comprendido exclusivamente en sentido estrecho, como lucha entre los individuos por los medios de subsistencia. Por eso, al comienzo mismo de su gran investigación sobre el origen de las especies, insistió en que se debe comprender “la lucha por la existencia en su sentido amplio y metafórico, es decir, incluyendo en él la dependencia de un ser viviente de los otros, y también —lo que es bastante más importante— no solo la vida del individuo mismo, sino también la posibilidad de que deje descendencia”⁴³.

De este modo, aunque el mismo Darwin, para su propósito especial, utilizó la expresión “lucha por la existencia” preferentemente en su sentido estrecho, previno a sus sucesores en contra del error (en el cual parece que cayó él mismo en una época) de la comprensión demasiado estrecha de estas palabras. En su obra posterior, *El origen del hombre*⁴⁴, hasta escribió varias páginas bellas y vigorosas para explicar el verdadero y amplio sentido de esta lucha. Mostró cómo, en innumerables sociedades animales, la lucha por la existencia entre los individuos de estas sociedades *desaparece completamente*, y cómo, en lugar de la *lucha*, aparece la *cooperación* que conduce

⁴³ *On the Origin of Species by Means of Natural Selection, or the Preservation of Favoured Races in the Struggle for Life*, principio del capítulo III.

⁴⁴ *The Descent of Man*. [N. de E.]

al desarrollo de las facultades intelectuales y de las cualidades morales, y que asegura a tal especie las mejores oportunidades de vivir y propagarse. Señaló que, de tal modo, en estos casos, no se muestran de ninguna manera “más aptos” aquéllos que son físicamente más fuertes o más astutos, o más hábiles, sino aquéllos que mejor saben unirse y apoyarse los unos a los otros —tanto los fuertes como los débiles— para el bienestar de toda su comunidad. “Aquellas comunidades —escribió— que encierran la mayor cantidad de miembros que simpatizan entre sí florecerán mejor y dejarán mayor cantidad de descendientes” (segunda edición inglesa, página 163).

La expresión, tomada por Darwin de la concepción malthusiana de la lucha de todos contra uno, perdió, de tal modo, su estrechez cuando fue transformada en la mente de un hombre que comprendía la naturaleza profundamente. Por desgracia, estas observaciones de Darwin, que podrían haberse convertido en base de las investigaciones más fecundas, pasaron inadvertidas, a causa de la masa de hechos en que entraba, o se suponía, la lucha real entre los individuos por los medios de subsistencia.

Y Darwin no sometió a una investigación más severa la importancia comparativa y la relativa extensión de las dos formas de la “lucha por la vida” en el mundo animal: la lucha inmediata entre las personas aisladas y la lucha común, entre muchas personas, en conjunto; tampoco escribió la obra que se proponía escribir sobre los obstáculos naturales a la multiplicación excesiva de los animales, tales como la sequía, las inundaciones, los fríos repentinos, las epidemias, etc.

Sin embargo, tal investigación era ciertamente indispensable para determinar las verdaderas proporciones y la importancia en la naturaleza de la *lucha individual* por la vida entre los miembros de una misma especie de animales en comparación con la *lucha de toda la comunidad* contra los obstáculos naturales y los enemigos de otras especies. Más aún, en este mismo libro sobre el origen del hombre, donde escribió los pasajes citados que refutan la estrecha comprensión malthusiana de la “lucha”, se abrió paso nuevamente el fermento malthusiano; por ejemplo, allí donde se hacía la pregunta: ¿es necesario conservar la vida de los “débiles de mente y cuerpo” en nuestras sociedades civilizadas? (capítulo V). Como si miles de poetas, sabios inventores y reformadores “locos”, y también los llamados “entusiastas débiles de mente”, no fueran el arma más fuerte de la humanidad en su lucha por la vida, en la lucha que se sostiene con medios intelectuales y morales, cuya importancia expuso tan bien el mismo Darwin en los mismos capítulos de su libro.

Luego sucedió con la teoría de Darwin lo que sucede con todas las teorías que tienen relación con la vida humana. Sus continuadores no solo no la ampliaron, de acuerdo con sus indicaciones, sino que, por lo contrario, la restringieron aún más. Y mientras Spencer, trabajando independientemente, pero en análogo sentido, trataba hasta cierto punto de ampliar las investigaciones acerca de la cuestión de quién es el más apto (especialmente en el apéndice de la tercera edición de *The Data of Ethics*), numerosos continuadores de Darwin restringieron la concepción de la lucha por la existencia hasta los límites más estrechos. Empezaron a representar el mundo de los animales como un mundo de luchas ininterrumpidas entre seres eternamente hambrientos y ávidos de la sangre de sus hermanos. Llenaron la literatura moderna con el grito de ¡Ay de los vencidos! y presentaron este grito como la última palabra de la biología.

Elevaron la lucha “sin cuartel” y en pos de ventajas individuales, a la altura de un principio, de una ley de toda la biología, a la cual el hombre debe subordinarse o, de lo contrario, sucumbirá en este mundo que está basado en el exterminio mutuo. Dejando de lado a los economistas, los cuales generalmente apenas conocen del campo de las ciencias naturales algunas frases corrientes, y éstas tomadas de los divulgadores de segundo grado, debemos reconocer que aun los más autorizados representantes de las opiniones de Darwin emplean todas sus fuerzas para sostener estas falsas ideas. Si tomamos, por ejemplo, a Huxley, a quien se considera, sin duda, como uno de los mejores representantes de la teoría de la evolución, veremos entonces que en el artículo titulado “La lucha por la existencia y su relación con el hombre” nos enseña que

desde el punto de vista del moralista, el mundo animal se encuentra en el mismo nivel que la lucha de gladiadores: alimentan bien a los animales y los arrojan a la lucha; en consecuencia, solo los más fuertes, los más ágiles y los más astutos sobreviven únicamente para entrar en lucha al día siguiente. No es necesario que el espectador baje el dedo para exigir que sean muertos los débiles; aquí, sin ello, no hay cuartel para nadie.

En el mismo artículo, Huxley dice más adelante que entre los animales, lo mismo que entre los hombres primitivos:

... los más débiles y los más estúpidos están condenados a muerte, mientras que sobreviven los más astutos y aquellos a quienes es más difícil vulnerar, los que mejor supieron adaptarse a las circunstancias, pero que de ningún modo son mejores en otros sentidos. La vida era una lucha constante y general, y con excepción de las relaciones limitadas y temporales dentro de la familia, la guerra hobbesiana de uno contra todos era el estado normal de las existencias⁴⁵.

Hasta dónde se justifica o no semejante opinión sobre la naturaleza, se verá en los hechos que este libro aporta, tanto del mundo animal como de la vida del hombre primitivo. Pero podemos decir ya ahora que la opinión de Huxley sobre la naturaleza tiene tan poco derecho a ser reconocida en tanto que deducción científica, como la opinión opuesta de Rousseau, que veía en la naturaleza solamente amor, paz y armonía, perturbados por la aparición del hombre. En realidad, el primer paseo por el bosque, la primera observación sobre cualquier sociedad animal o hasta el conocimiento de cualquier trabajo serio en donde se habla de la vida de los animales en los *continentes que aún no están densamente poblados por el hombre* (por ejemplo de D’Orbigny, Audubon, Le Vaillant) debía obligar al naturalista a reflexionar sobre el papel que desempeña la vida social en el mundo de los animales y preservarlo tanto de concebir la naturaleza en forma de campo de batalla general como del extremo opuesto, que ve en la naturaleza solo paz y armonía. El error de Rousseau consiste en que perdió de vista, por completo, la lucha sostenida con picos y garras, y Huxley es culpable del error de carácter opuesto; pero ni el optimismo de Rousseau ni el pesimismo de Huxley pueden ser aceptados como una interpretación desapasionada y científica de la naturaleza.

⁴⁵ *The Nineteenth Century*, vol. 23 “The Struggle for existence: A programme”, febrero 1888, pág. 165. Reimpreso en su libro *Essays*.

Ni bien comenzamos a estudiar los animales no solo en los laboratorios y museos sino en el bosque, en los prados, en las estepas y en las zonas montañosas, enseguida observamos que, a pesar de que entre diferentes especies y, en particular, entre diferentes clases de animales, en proporciones sumamente vastas, se sostiene la lucha y el exterminio, se observa, al mismo tiempo, en las mismas proporciones, o tal vez mayores, el apoyo mutuo, la ayuda mutua y la protección mutua entre los animales pertenecientes a la misma especie o, por lo menos, a la misma sociedad. La sociabilidad es tanto una ley de la naturaleza como lo es la lucha mutua.

Naturalmente, sería demasiado difícil determinar, aunque fuera aproximadamente, la importancia numérica relativa de estas dos series de fenómenos. Pero si recurrimos a la verificación indirecta e interrogamos a la naturaleza: “¿Quiénes son más aptos, aquellos que constantemente luchan entre sí o, por lo contrario, aquellos que se apoyan entre sí?”, en seguida veremos que los animales que adquirieron las costumbres de ayuda mutua resultan, sin duda alguna, los más aptos. Tienen más posibilidades de sobrevivir como individuos y como especie, y alcanzan en sus correspondientes clases (insectos, aves, mamíferos) el más alto desarrollo mental y organización física. Si tomamos en consideración los innumerables hechos que hablan en apoyo de esta opinión, se puede decir con seguridad que la ayuda mutua constituye tanto una ley de la vida animal como la lucha mutua. Más aún, como factor de evolución, es decir, como condición de desarrollo en general, probablemente tiene una importancia mucho mayor que la lucha mutua, porque facilita el desarrollo de las costumbres y caracteres que aseguran el sostenimiento y el desarrollo máximo de la especie junto con el máximo bienestar y goce de la vida para cada individuo y, al mismo tiempo, con el mínimo de desgaste inútil de energías, de fuerzas.

Hasta donde yo sé, de los sucesores científicos de Darwin, el primero que reconoció en la ayuda mutua la importancia de una *ley de la naturaleza* y de un *factor principal de la evolución* fue el muy conocido biólogo ruso, ex-decano de la Universidad de San Petersburgo, profesor K. F. Kessler. Desarrolló este pensamiento en un discurso pronunciado en enero del año 1880, algunos meses antes de su muerte, en el congreso de naturalistas rusos, pero, como muchas cosas buenas publicadas solo en la lengua rusa, esta conferencia pasó casi completamente inadvertida.⁴⁶

⁴⁶ Dejando aparte los escritores predarwinistas como A. Toussnel, A. L. Fée y algunos otros, varios trabajos que contenían ideas remarcables acerca de la ayuda mutua —principalmente como ilustración de los procesos de la inteligencia animal— fueron publicados antes de esta fecha. Debo mencionar el de J. C. Houzeau: *Études sur les Facultés mentales des animaux*, 2 vols., Bruselas, 1872; y el de Büchner *Aus Dem Geistesleben Der Thiere*, Leipzig, 1876. Espinas publicó su muy notable trabajo *Des sociétés animales* en 1877, y en él ya destacó la importancia de las sociedades animales y su influencia en el origen de las sociedades en general. En el libro de Espinas prácticamente se halla reunido todo lo que se había escrito hasta el momento acerca de la ayuda mutua, junto a otras útiles consideraciones. Si a pesar de ello hago mención especial al discurso de Kessler es porque él elevó la ayuda mutua a la altura de una ley de mayor importancia para la evolución que la ley de lucha recíproca. Estas mismas ideas fueron desarrolladas el año siguiente (en abril de 1881) por Lanessan en una conferencia publicada en 1882 bajo el título *La lutte pour l'existence et l'association pour la lutte*. La obra capital de G. Romanes, *Animal Intelligence*, fue editada en 1882, y el año siguiente apareció otra obra suya, *Mental Evolution in Animals*. Aproximadamente en la misma época (1883) Büchner editó un nuevo trabajo, *Liebe und Liebes-leben in der Thierwelt*, cuya segunda edición apareció en el año 1885. Como vemos, la idea estaba en el aire.

Como viejo zoólogo —decía Kessler—, se sentía obligado a expresar su protesta contra el abuso del término “lucha por la existencia”, tomado de la zoología, o por lo menos contra la valoración excesivamente exagerada de su importancia. Especialmente en la zoología —decía— y en las ciencias consagradas al estudio multilateral del hombre, a cada paso se menciona la lucha cruel por la existencia y a menudo se pierde de vista por completo que *existe otra ley*, que podemos llamar *de la ayuda mutua*, y que, por lo menos con relación a los animales, tal vez sea más importante que la ley de la lucha por la existencia⁴⁷. Señaló luego Kessler que la necesidad de dejar descendencia inevitablemente une a los animales y que “cuando más se vinculan entre sí los individuos de una determinada especie, cuanto más ayuda mutua se prestan, tanto más se consolida la existencia de la especie y tanto más se dan las posibilidades de que dicha especie vaya más lejos en su desarrollo y se perfeccione, además, en su aspecto intelectual”. “Los animales de todas las clases, especialmente de las superiores, se prestan ayuda mutua”, proseguía Kessler (pág. 131) y confirmaba su idea con ejemplos tomados de la vida de los escarabajos enterradores o necróforos y de la vida social de las aves y de algunos mamíferos. Estos ejemplos eran poco numerosos, como correspondía a un breve discurso de inauguración, pero los puntos importantes fueron claramente establecidos. Después de haber señalado que en el desarrollo de la humanidad la ayuda mutua desempeña un papel aún más grande, Kessler concluyó su discurso con las siguientes observaciones:

Ciertamente, no niego la lucha por la existencia, sino que sostengo que el desarrollo progresivo, tanto de todo el reino animal como en especial de la humanidad, no contribuye tanto la lucha recíproca cuanto la ayuda mutua. Son inherentes a todos los cuerpos orgánicos dos necesidades esenciales: la necesidad de alimento y la necesidad de multiplicación. La necesidad de alimentación los conduce a la lucha por la subsistencia y al exterminio recíproco, y la necesidad de la multiplicación los conduce a aproximarse a la ayuda mutua. Pero, en el desarrollo del mundo orgánico, en la transformación de unas formas en otras, quizá ejerza mayor influencia la ayuda mutua entre los individuos de una misma especie que la lucha entre ellos⁴⁸.

La exactitud de las opiniones expuestas más arriba llamó la atención de la mayoría de los presentes en el congreso de los zoólogos rusos, y N. Severtsov, cuyas obras son bien conocidas por los ornitólogos y geógrafos, las apoyó e ilustró con algunos ejemplos complementarios. Mencionó algunas especies de halcones dotados de una organización quizá ideal para los fines de ataque, pero a pesar de ello, se extinguen, mientras que las otras especies de halcones que practican la ayuda mutua prosperan. “Por otra parte, tomemos un ave tan social como el pato —dijo— en general, está mal organizado, pero practica el apoyo mutuo y, a juzgar por sus innumerables especies y variedades, tiende positivamente a extenderse por toda la tierra”.

⁴⁷ Discurso “O zakone vzaimnoy pomoshchi” [“Sobre la ley de ayuda mutua”] en *Trudaj S. (ankt) Petersburskogo Obsb. (estva) Estestvoispitateley* [Trabajos de la Sociedad de Naturalistas de San Petersburgo], XI, primera edición, págs. 128-129.

⁴⁸ *Ibid.*, págs. 135-6.

La disposición de los zoólogos rusos a aceptar las opiniones de Kessler se explica muy naturalmente porque casi todos ellos tuvieron oportunidad de estudiar el mundo animal en las extensas regiones deshabitadas del Asia Septentrional o de Rusia Oriental, y el estudio de tales regiones conduce, inevitablemente, a esas mismas conclusiones. Recuerdo la impresión que me produjo el mundo animal de Siberia cuando yo exploraba las tierras altas de Oliókmensk-Vitimskaya en compañía de tan destacado zoólogo como era mi amigo Iván Simionovich Poliakov. Ambos estábamos bajo la impresión reciente de *El origen de las especies*⁴⁹, de Darwin, pero yo buscaba vanamente esa aguzada competencia entre los animales de la misma especie a la que nos había preparado la lectura de la obra de Darwin, aun después de tomar en cuenta la observación hecha en el capítulo III de esta obra (pág. 54).

—¿Dónde está esa lucha? —le preguntaba yo a Poliakov. Veíamos muchas adaptaciones para la lucha, muy a menudo para la lucha en común, contra las condiciones climáticas desfavorables, o contra diferentes enemigos, y I. S. Poliakov escribió algunas páginas hermosas sobre la dependencia mutua de los carnívoros, rumiantes y roedores en su distribución geográfica. Por otra parte, vi, allí y en el Amur, numerosos casos de apoyo mutuo, especialmente en la época de la emigración de las aves y de los rumiantes, pero aun en las regiones del Amur y del Ussuri, donde la vida animal se distingue por su gran abundancia, muy raramente me ocurrió observar, a pesar de que los buscaba, casos de competencia real y de lucha entre los individuos de una misma especie de animales superiores. La misma impresión brota de los trabajos de la mayoría de los zoólogos rusos, y esta circunstancia quizá aclare por qué las ideas de Kessler fueron tan bien recibidas por los darwinistas rusos, mientras que semejantes opiniones no son corrientes entre los continuadores de Darwin de Europa Occidental, que conocen el mundo animal preferentemente en la Europa más occidental, donde el exterminio de los animales por el hombre alcanzó tales proporciones que los individuos de muchas especies, que fueron en otros tiempos sociales, viven ahora solitarios.

Lo primero que nos sorprende, cuando comenzamos a estudiar la lucha por la existencia, tanto en sentido literal como en el figurado de la expresión, en las regiones aun escasamente habitadas por el hombre, es la abundancia de casos de ayuda mutua practicada por los animales, no solo con el fin de educar a la descendencia, como está reconocido por la mayoría de los evolucionistas, sino también para la seguridad del individuo y para proveerse del alimento necesario. En muchas vastas subdivisiones del reino animal, la ayuda mutua es regla general. La ayuda mutua se encuentra hasta entre los animales más inferiores y probablemente conoceremos alguna vez, gracias a las personas que estudian la vida microscópica de las aguas estancadas, casos de ayuda mutua inconsciente hasta entre los microorganismos más pequeños.

Naturalmente, nuestros conocimientos de la vida de los invertebrados —excluyendo las termitas, hormigas y abejas— son sumamente limitados; pero a pesar de esto, de la vida de los animales más inferiores podemos citar algunos casos de ayuda mutua bien verificados. Innumerables sociedades de langostas,

Vanessae⁵⁰, Cicindelae⁵¹, Cicadidae⁵², etc., en realidad se hallan completamente inexploradas, pero ya el mismo hecho de su existencia indica que deben establecerse aproximadamente sobre los mismos principios que las sociedades temporales de hormigas y abejas con fines de migración. En cuanto a los escarabajos, son bien conocidos casos exactamente observados de ayuda mutua entre los sepultureros del género *Nicrophorus*. Necesitan alguna materia orgánica en descomposición para depositar los huevos y asegurar la alimentación de sus larvas; pero la putrefacción de ese material no debe producirse muy rápidamente. Por eso, los escarabajos sepultureros entierran los cadáveres de todos los animales pequeños con que se topan casualmente durante sus búsquedas. En general, los escarabajos de este tipo viven solitarios, pero, cuando alguno de ellos encuentra el cadáver de algún ratón o de un ave, que no puede enterrar, convoca a varios otros sepultureros más (se juntan a veces hasta seis) para realizar esta operación con sus fuerzas asociadas. Si es necesario, transportan el cadáver a un suelo más conveniente y blando. En general, el entierro se realiza de un modo sumamente meditado y sin la menor disputa con respecto a quién corresponde disfrutar del privilegio de poner sus huevos en el cadáver enterrado. Y cuando Gleditsch ató un pájaro muerto a una cruz hecha de dos palitos, o suspendió una rana de un palo clavado en el suelo, los sepultureros, del modo más amistoso, dirigieron la fuerza de sus inteligencias reunidas para vencer la astucia del hombre. La misma combinación de esfuerzos se observa también en los escarabajos del estiércol⁵³.

Pero, aún entre los animales situados en un grado de organización algo inferior, podemos encontrar ejemplos semejantes. Ciertos cangrejos anfibios de las Indias Orientales y América del Norte se reúnen en grandes masas cuando se dirigen hacia el mar para depositar sus huevos, por lo cual cada una de estas migraciones presupone cierto acuerdo mutuo. En cuanto a los grandes cangrejos de las Molucas⁵⁴ del género *Limulus*, me sorprendió ver en el año 1882, en el acuario de Brighton, hasta qué punto son capaces estos animales torpes de prestarse ayuda entre sí cuando alguno de ellos la necesita. Así, por ejemplo, uno se dio vuelta y quedó con el dorso hacia abajo en un rincón de la gran cubeta donde se los guarda en el acuario, y su pesada caparazón, parecida a una gran cacerola, le impedía tomar su posición habitual, tanto más cuanto que en ese rincón habían hecho una división de hierro que dificultaba más aún sus tentativas de volverse. Entonces, los compañeros corrieron en su ayuda, y durante una hora entera observé como trataban de socorrer a su camarada de cautiverio. Al principio aparecieron dos cangrejos que empujaron a su amigo por debajo y, después de esfuerzos empeñosos, consiguieron colocarlo de costado, pero la división de hierro les impedía terminar su obra y él cangrejo caía de nuevo, pesadamente, sobre su dorso. Después de muchas tentativas, uno de los salvadores se dirigió

⁵⁰ Mariposas que actualmente se consideran integrantes de la familia Nymphalidae. [N. de E.]

⁵¹ Coleópteros carábidos hoy considerados integrantes de la subfamilia Cicindelinae. [N. de E.]

⁵² Familia de hemípteros conocidos popularmente como cigarras, chicharritas, coyuyos, etc. [N. de E.]

⁵³ Véase el apéndice I.

⁵⁴ El autor se refiere al *Limulus polyphemus*, llamado “cangrejo cacerola” o “cangrejo bayoneta”, un xifosuro (quelicerado) no emparentado con los verdaderos cangrejos (crustáceos). [N. de E.]

⁴⁹ *On the Origin of Species*. [N. de E.]

hacia el fondo de la cubeta y trajo consigo otros dos cangrejos, los cuales, con fuerzas frescas, se entregaron nuevamente a la tarea de levantar y empujar al camarada incapacitado. Permanecimos en el acuario más de dos horas y, cuando nos íbamos, nos acercamos de nuevo a echar un vistazo a la cuba: ¡el trabajo de liberación continuaba aún! Después de haber sido testigo de este episodio, creo plenamente en la observación hecha por Erasmus Darwin, a saber: que “el cangrejo común, durante la muda, coloca en calidad de centinelas a cangrejos que no han sufrido la muda o bien a un individuo cuya caparazón ya se ha endurecido, a fin de proteger a los individuos que han mudado, en su situación desamparada, contra la agresión de los enemigos marinos”⁵⁵.

Los casos de ayuda mutua entre las termitas, hormigas y abejas son tan conocidos para casi todos los lectores, en especial gracias a los populares libros de Romanes, Büchner y John Lubbock, que puedo limitarme a muy pocas citas⁵⁶. Si tomamos un hormiguero, no solo veremos que todo género de trabajo —la cría de la descendencia, el aprovisionamiento, la construcción, la cría de los pulgones, etc.— se realiza de acuerdo con los principios de ayuda mutua voluntaria, sino que, junto con Forel, debemos también reconocer que el rasgo principal, fundamental, de la vida de muchas especies de hormigas es que cada hormiga comparte y está obligada a compartir su alimento, ya deglutido y en parte digerido, con cada miembro de la comunidad que haya manifestado su demanda de ello. Dos hormigas pertenecientes a dos especies diferentes o a dos hormigueros enemigos, en un encuentro casual, se evitarán la una a la otra. Pero dos hormigas pertenecientes al mismo hormiguero, o a la misma colonia de hormigueros, siempre que se aproximan, cambian algunos movimientos de antena y, “si una de ellas está hambrienta o siente sed, y si especialmente en ese momento la otra tiene el papo lleno, entonces la primera pide inmediatamente alimento”. La hormiga a la cual se dirigió el pedido de tal modo nunca se rehúsa; separa sus mandíbulas, y dando a su cuerpo la posición conveniente, regurgita una gota de líquido transparente, que es lamida por la hormiga hambrienta.

La regurgitación de comida para nutrir a otras es un rasgo importante de la vida de la hormiga (en libertad) y se aplica tan constantemente, tanto para la alimentación de las camaradas hambrientas como para la nutrición de las larvas que, según la opinión de Forel, los órganos digestivos de las hormigas se componen de dos partes diferentes: una de ellas, la posterior, se destina al uso exclusivo de la hormiga misma, y la otra, la anterior, principalmente para uso de la comunidad. Si cualquier hormiga con el papo lleno mostrara ser tan egoísta que rehusara alimento a una camarada, la tratarían como enemiga o algo peor.

⁵⁵ George J. Romanes: *Animal Intelligence*, primera edición, pág. 233.

⁵⁶ Pierre Huber, *Recherches sur les mœurs des fourmies indigènes*, Ginebra 1810; reimpresso en 1861; [A.] Forel, *Les fourmis de la Suisse: systématique, notices anatomiques et physiologiques, architecture, distribution géographique, nouvelles expériences et observations de mœurs*, Zurich, 1874; J. T. Moggridge, *Harvesting Ants and Trapdoor Spiders*, Londres, 1873 y 1874. Estos libros deberían ser puestos en las manos de todos los niños y niñas. Véase también: [E.] Blanchard, *Métamorphoses, mœurs et instincts des insectes*, París, 1868; J. H. Fabre, *Souvenirs entomologiques*, París, 1886 y ss.; Ebrard, *Les études des mœurs des fourmies*, Ginebra, 1864; sir John Lubbock's: *Ants, Bees, and Wasps*, y otros muchos.

Si la negativa se produce en el momento en que sus congéneres luchan contra cualquier otra especie de hormiga, atacarán a su codiciosa compañera con mayor vehemencia que a sus propias enemigas. Pero si la hormiga no se rehusara a alimentar a otra hormiga perteneciente a un hormiguero enemigo, entonces las congéneres de la última la tratarían amistosamente. Todo esto está confirmado por observaciones y experiencias sumamente precisas, que no dejan ninguna duda sobre la autenticidad de los hechos mismos ni sobre la exactitud de su interpretación⁵⁷.

De tal modo, en esta inmensa división del mundo animal, que comprende más de mil especies y es tan numerosa que el Brasil, según la afirmación de los propios brasileños, no pertenece a los hombres, sino a las hormigas, no existe en absoluto lucha ni competencia por el alimento entre los miembros de un mismo hormiguero o de una colonia de hormigueros. Por terribles que sean las guerras entre las diferentes especies de hormigas y los diferentes hormigueros, y cualesquiera que sean las atrocidades cometidas durante la guerra, la ayuda mutua dentro de la comunidad, la abnegación en beneficio común, se ha transformado en costumbre, y el sacrificio en bien común es la regla general. Las hormigas y las termitas repudiaron de este modo la “guerra hobbesiana”, y salieron ganando. Sus sorprendentes hormigueros, sus construcciones, que sobrepasan por la altura relativa a las construcciones de los hombres; sus caminos pavimentados y galerías cubiertas entre los hormigueros; sus espaciosas salas y graneros; sus campos de cultivo; sus cosechas, el malteado de los granos⁵⁸, los “huertos” asombrosos de la “hormiga umbrelífera”⁵⁹, que devora hojas y abona trocitos de tierra con bolitas de fragmentos de hojas masticadas y por eso crece en estos huertos solamente una clase de hongos y todos los otros son exterminados; sus métodos racionales de cuidado de los huevos y de las larvas, comunes a todas las hormigas, y la construcción de nidos especiales y cercados para la cría de los pulgones, que Linneo llamó tan pintorescamente “vacas de las hormigas” y, por último, su bravura, atrevimiento y elevado desarrollo mental; todo esto es la consecuencia natural de la ayuda mutua que practican a cada paso de su vida activa y laboriosa. La sociabilidad de las hormigas condujo también al desarrollo de otro rasgo esencial de su vida, a saber: el enorme desarrollo de la iniciativa individual que, a su vez, contribuyó a que se desarrollaran en la hormiga tan elevadas y variadas capacidades mentales que producen la admiración y el asombro de todo observador⁶⁰.

⁵⁷ Forel: *Recherches...*, págs. 244, 275, 278. La descripción del proceso por parte de Huber es también admirable. A él pertenece la indicación sobre el posible origen del instinto (edición popular, págs. 158, 160). Véase también el apéndice II al final del libro.

⁵⁸ La agricultura de las hormigas es tan asombrosa que durante mucho tiempo se ha dudado de ella. Su existencia está ahora bien demostrada y ha sido puesta fuera de toda duda por los trabajos de Moggridge, el doctor Lincecum, MacCook, el coronel Sykes y el doctor Jerdon. Véase la excelente recopilación de pruebas en el trabajo de Romanes. Véase también “Die Pilzgärten einiger südamerikanischer Ameisen”, de Alfred Möller, en *Botanische Mittheilungen aus den Tropen*, vi, 1893.

⁵⁹ Hormigas de los géneros *Atta* y *Acromirmex*, también conocidas como “hormigas parasol, o podadoras” de amplia distribución en Centro y Sudamérica y el sur de América del Norte. [N. de E.]

⁶⁰ El principio de iniciativa personal no fue reconocido en seguida. Los observadores anteriores a menudo hablaban de “reyes”, “reinas”, “administradores”, etc. Pero después de que Huber y Forel

Si no conociéramos ningún otro caso de la vida de los animales, aparte de aquellos conocidos de las hormigas y termitas, podríamos concluir con seguridad que la ayuda mutua (que conduce a la confianza mutua, primera condición de la bravura) y la iniciativa personal (primera condición del progreso intelectual) son dos condiciones incomparablemente más importantes en el desarrollo del mundo de los animales que la lucha mutua. En realidad, las hormigas prosperan a pesar de que no poseen ninguno de los rasgos “defensivos” sin los cuales no puede pasarse animal alguno que lleve vida solitaria. Su color las hace muy visibles para sus enemigos y, en los bosques y en los prados, los grandes hormigueros de muchas especies llaman la atención en seguida. La hormiga no tiene un exoesqueleto duro; su aguijón, por más que resulte peligroso cuando centenares se hunden en el cuerpo de un animal, no tiene gran valor para la defensa individual. Al mismo tiempo, las larvas y los huevos de las hormigas constituyen un manjar para muchos de los habitantes de los bosques.

No obstante, las mal defendidas hormigas no sufren gran exterminio por parte de las aves, ni aun de los osos hormigueros, e infunden terror a insectos que son bastante más fuertes que ellas mismas. Cuando Forel vació un saco de hormigas en un prado, vio que “los grillos se dispersaban abandonando sus nidos al pillaje de las hormigas; las arañas, los escarabeidos y los estafilínidos abandonaban sus presas por miedo a encontrarse en situación de víctimas”; las hormigas se apoderaban hasta de los nidos de avispa, después de una batalla durante la cual muchas perecieron en bien de la comunidad. Aun los más veloces insectos no alcanzaron a salvarse y Forel tuvo ocasión de ver, a menudo, que las hormigas atacaban y mataban, inesperadamente, mariposas, mosquitos, moscas, etc. Su fuerza reside en el apoyo mutuo y en la confianza mutua. Y si la hormiga —por no hablar de las termitas más desarrolladas— ocupa la cima de una clase entera de insectos por su capacidad mental; si por su bravura se puede equiparar a los más valientes vertebrados y su cerebro —usando las palabras de Darwin— “constituye uno de los más maravillosos átomos de materia del mundo, tal vez aún más asombroso que el cerebro del hombre”, ¿no debe la hormiga todo esto a que la ayuda mutua reemplaza completamente la lucha mutua en su comunidad?

Lo mismo es cierto también con respecto a las abejas. Estos pequeños insectos que podrían ser tan fácil presa de numerosas aves y cuya miel atrae a toda clase de animales, comenzando por el escarabajo y terminando con el oso, tampoco tienen particularidad alguna protectora en la estructura o en lo que a mimetismo⁶¹ se refiere, sin los cuales los insectos que viven aislados apenas podrían evitar el exterminio completo. Pero, a pesar de eso, debido a la ayuda mutua practicada por las abejas, como es sabido, alcanzaron a extenderse ampliamente por la tierra; poseen una gran inteligencia y han elaborado formas de vida social sorprendentes.

hicieran públicas sus cuidadosas y concienzudas observaciones resulta imposible dudar de que en todas las acciones de las hormigas (incluyendo sus guerras) se ofrece a cada individuo un amplio margen para manifestar su iniciativa individual.

⁶¹ Se llama mimetismo (imitación) al hecho de que muchos animales adquieren el color del medio en el que viven, salvándose así de las persecuciones de sus enemigos. Esto no existe en las abejas ni en las hormigas: su color negro no les ayuda a ocultarse de sus enemigos.

Trabajando en común, las abejas multiplican en proporciones inverosímiles sus fuerzas individuales recurriendo a una división temporal del trabajo, gracias a la cual cada abeja conserva su aptitud para cumplir, cuando es necesario, cualquier clase de trabajo, alcanzando tal grado de bienestar y seguridad que no tiene ningún animal, por fuerte que sea o bien armado que esté. En sus sociedades, las abejas a menudo superan al hombre, cuando este descuida las ventajas de una ayuda mutua bien planeada. Así, por ejemplo, cuando un enjambre de abejas se prepara a abandonar la colmena para fundar una nueva sociedad, cierta cantidad de abejas explora previamente la vecindad y, si logran descubrir un lugar conveniente para vivienda, por ejemplo, un cesto viejo, o algo por el estilo, se apoderan de él, y lo limpian y lo guardan, a veces durante una semana entera, hasta que el enjambre se forma y se asienta en el lugar elegido. ¡En cambio, muy a menudo los hombres perecieron en sus emigraciones a nuevas tierras, solo porque los emigrantes no comprendieron la necesidad de unir sus esfuerzos! Combinando sus inteligencias individuales, las abejas luchan con éxito contra las circunstancias adversas, a veces completamente imprevistas y desusadas, como sucedió, por ejemplo, en la exposición de París, donde las abejas fijaron con su propóleo resinoso un postigo que cerraba una ventana construida en la pared de sus colmenas⁶². Además, no se distinguen por las inclinaciones sanguinarias y por el amor a los combates inútiles con que muchos escritores dotan tan gustosamente a todos los animales. Los centinelas que guardan las entradas de las colmenas matan sin piedad a todas las abejas ladronas que tratan de penetrar en ella; pero las abejas extrañas que caen por error no son tocadas, especialmente si llegan cargadas con la provisión del polen recogido, o si son abejas jóvenes, que pueden errar fácilmente el camino. De este modo, las acciones bélicas, se reducen a las más estrictamente necesarias.

La sociabilidad de las abejas es tanto más instructiva cuanto más los instintos de rapiña y de pereza continúan existiendo entre ellas y reaparecen de nuevo cada vez que las circunstancias les resultan favorables. Es sabido que siempre hay un cierto número de abejas que prefieren la vida de ladrones a la vida laboriosa de obreras; por lo cual, tanto en los períodos de escasez de alimentos como en los períodos de abundancia extraordinaria, el número de las ladronas crece rápidamente. Cuando la recolección está terminada y en nuestros campos y praderas queda poco material para la elaboración de la miel, las abejas ladronas aparecen en gran número. Por otra parte, en las plantaciones de azúcar de las Indias Orientales y en las refinerías de Europa, el robo, la pereza y, muy a menudo, la embriaguez, se vuelven fenómenos corrientes entre las abejas. Vemos, de este modo, que los instintos antisociales continúan existiendo; pero la selección natural debe aniquilar incesantemente a las ladronas, ya que, a la larga, la práctica de la reciprocidad se muestra más ventajosa para la especie que el desarrollo de los individuos dotados de inclinaciones de rapiña. “Los más astutos y los más inescrupulosos” de los que hablaba Huxley como de los vencedores, son eliminados para dar lugar a los individuos que comprenden las ventajas de la vida social y del apoyo mutuo.

⁶² Las tenían en una colmena provista de una ventanita de vidrio que permitía ver lo que hacían dentro. La ventanita se cerraba desde fuera mediante un postigo. Y puesto que probablemente la luz que entraba cada vez que los visitantes abrían el postigo molestaba a las abejas, estas, después de algunos días, lo fijaron con una sustancia resinosa que se conoce como “cola de abeja” (propóleo).

Naturalmente, ni las hormigas ni las abejas, ni siquiera las termitas, se han elevado hasta la concepción de una solidaridad más elevada, que abarque a toda su especie. En este respecto, evidentemente, no alcanzaron un grado de desarrollo que tampoco encontramos entre los dirigentes políticos, científicos y religiosos, de la humanidad. Sus instintos sociales casi no van más allá de los límites del hormiguero o de la colmena. A pesar de eso, Forel describió colonias de hormigas en Mont Tendre y en Mont Salève que incluían no menos de doscientos hormigueros, y los habitantes de tales colonias pertenecían a dos diferentes especies (*Formica exsecta* y *F. pressilabris*). Forel afirma que cada miembro de estas colonias conoce a los miembros restantes y que todos toman parte en la defensa común. MacCook observó, en Pensilvania, una nación entera de hormigas, compuesta de 1600 a 1700 hormigueros, que vivían en completo acuerdo; y Bates describió las enormes extensiones de los campos brasileños cubiertos de montículos de termitas, en donde algunos hormigueros servían de refugio a dos o tres especies diferentes, y la mayoría de estas construcciones estaban unidas entre sí por galerías abovedadas y arcadas cubiertas⁶³. De este modo, algunos ensayos de unificación de subdivisiones bastante amplias de una especie, con fines de defensa mutua y de vida social, se encuentra hasta entre los animales invertebrados.

Pasando ahora a los animales superiores, encontramos aún más casos de ayuda mutua, indudablemente consciente, que se practica con todos los fines posibles, a pesar de que, por otra parte, debernos observar que nuestros conocimientos de la vida, hasta de los animales superiores, todavía se distinguen por su gran insuficiencia. Una multitud de casos de este tipo fueron descritos por destacados zoólogos, pero, sin embargo, hay divisiones enteras del reino animal de las cuales casi nada conocemos.

Sobre todo, tenemos pocos testimonios fidedignos con respecto a los peces, en parte debido a la dificultad de las observaciones y en parte porque no se ha prestado a esta materia la debida atención. En cuanto a los mamíferos, ya Kessler observó lo poco que conocemos de su vida. Muchos de ellos solo salen de noche de sus madrigueras; otros se ocultan debajo de la tierra; los rumiantes, cuya vida social y cuyas migraciones ofrecen un interés muy profundo, no permiten al hombre aproximarse a sus rebaños. De lo que sabemos más es sobre las aves; sin embargo, la vida social de muchas especies continúa siendo aún poco conocida para nosotros. Por otra parte, como se verá a continuación, en general, no tenemos de qué quejarnos por la falta de casos bien establecidos. Llamo la atención únicamente sobre que la mayor parte de estos hechos han sido reunidos por zoólogos indiscutiblemente prestigiosos —fundadores de la zoología descriptiva— sobre la base de sus propias observaciones, especialmente en América, en la época en que aún estaba muy densamente poblada por mamíferos y aves. El gran desarrollo de la ayuda mutua que ellos observaron ha sido observado también recientemente en el África Central, todavía poco poblada por el hombre.

No tengo necesidad de detenerme aquí sobre las asociaciones entre macho y hembra para la crianza de la prole, para asegurar su alimento en las primeras épocas de su vida y para la caza en común. Es necesario recordar solamente que semejan-

tes asociaciones familiares están extendidas ampliamente hasta entre los carnívoros menos sociables y las aves de rapiña; su mayor interés reside en que la asociación familiar constituye el medio en donde se desarrollan los sentimientos más tiernos, hasta entre los animales muy feroces en otros aspectos. Podemos agregar también que la rareza de asociaciones que traspasen los límites de la familia en los carnívoros y las aves de rapiña, aunque en la mayoría de los casos es resultado de la forma de alimentación, indudablemente es consecuencia, hasta cierto punto, de los cambios en el mundo animal provocados por la rápida multiplicación de la humanidad. Hasta ahora se ha prestado poca atención a estas circunstancias, pero sabemos que hay especies cuyos individuos llevan una vida completamente solitaria en regiones densamente pobladas, mientras que aquellas mismas especies o sus congéneres más próximos viven en rebaños en lugares no habitados por el hombre. En este sentido podemos citar como ejemplo a los lobos, zorros, osos y algunas aves de rapiña.

Además, las asociaciones que no traspasan los límites de la familia presentan para nosotros comparativamente poco interés; tanto más cuanto que son conocidas muchas otras asociaciones, de carácter bastante más general como, por ejemplo, las asociaciones formadas por muchos animales para la caza, la defensa mutua o, simplemente, para gozar de la vida. Audubon ya mencionó que las águilas se reúnen a veces en grupos de varios individuos, y su relato sobre dos águilas calvas⁶⁴, macho y hembra, que cazaban en el Mississipi, es muy conocido como modelo de descripción artística⁶⁵, pero una de las más convincentes observaciones en este sentido pertenece a Severtsov. Mientras estudiaba la fauna de las estepas rusas, vio cierta vez un águila gregaria de cola blanca (*Haliaeetus albicilla*) que se elevaba hacia lo alto; durante media hora el águila describió círculos amplios, en silencio, y repentinamente resonó su penetrante graznido. Al poco tiempo respondió a este grito el graznido de otra águila que se había acercado volando a la primera, la siguió una tercera, una cuarta, etcétera, hasta que se reunieron nueve o diez, que pronto se perdieron de vista. Después del mediodía, Severtsov se dirigió hacia el lugar donde notó que habían volado las águilas y, ocultándose detrás de una ondulación de la estepa, se acercó a la bandada y observó que se habían reunido alrededor del cadáver de un caballo. Las águilas viejas, que generalmente se alimentan primero —tales son las reglas de urbanidad entre las águilas—, ya estaban posadas sobre las parvas de heno vecinas, en calidad de centinelas, mientras las jóvenes continuaban alimentándose, rodeadas por bandadas de cornejas⁶⁶. De esta y otras observaciones semejantes Severtsov dedujo que las águilas de cola blanca se reúnen para la caza; elevándose a gran altura. Si son, por ejemplo, alrededor de una decena, pueden observar una superficie de cerca de cincuenta kilómetros cuadrados y, en cuanto descubren algo, en seguida, consciente e inconscientemente, avisan a sus compañeras, que se acercan y, sin discusión, se reparten el alimento, hallado⁶⁷.

⁶⁴ *Haliaeetus leucocephalus*. [N. de E.]

⁶⁵ A. [E.] Brehm: *Tierleben*, t. III, [traducido al ruso como *Illustrirovannaya zhizni zhivotnij*], San Petersburgo, 1870, pág. 498.

⁶⁶ *Corvus corone*. [N. de E.]

⁶⁷ N. Severtsov: *Periodicheski yavlenia v zhizni mlekopitayushchij, ptits i presmikayoshchijtsia Voronezhskoy gub. (ernii)* [Fenómenos periódicos de la vida de los mamíferos, de las aves y de los reptiles en la región de Voronezh], Moscú, 1885.

⁶³ H. W. Bates: *The Naturalist on the River Amazons*, t. III, págs. 59 y ss.

En general, Severtsov más tarde tuvo varias ocasiones de convencerse de que las águilas de cola blanca se reúnen siempre para devorar la carroña y que algunas de ellas (al comienzo del festín, las jóvenes) desempeñan siempre el papel de vigilantes mientras las otras comen. Realmente, las águilas de cola blanca, unas de las más bravas y mejores cazadoras, son en general aves gregarias, y Brehm dice que, encontrándose en cautiverio, se aficionan rápidamente al hombre (*Op. cit.*, pág. 499-501).

La sociabilidad es el rasgo común de muchas otras aves de rapiña. El “grifo halcón brasileño”⁶⁸ (*Caracara*), uno de los rapaces más “desvergonzados”, es, sin embargo, extraordinariamente sociable. Sus asociaciones para la caza han sido descritas por Darwin y otros naturalistas, y está probado que, si se apoderan de una presa demasiado grande, convocan entonces a cinco o seis de sus camaradas para llevarla. Por la tarde, cuando estas aves, que se encuentran siempre en movimiento, después de haber volado todo el día, se dirigen a descansar y se posan sobre algún árbol aislado del campo, siempre se reúnen en bandadas poco numerosas, y entonces se juntan con ellas los percnópteros⁶⁹, pequeños buitres de alas oscuras, parecidos a las cornejas, sus “verdaderos amigos”, como dice D’Orbigny⁷⁰. En el viejo mundo, en las estepas transcaspianas, los milanos, según las observaciones de Zarudnyi, tienen la misma costumbre de construir sus nidos agrupándose varios en un mismo lugar. El buitre social⁷¹ —una de las razas más fuertes— recibió su nombre por su amor a la sociedad. Viven en grandes bandadas, y en el África se encuentran montañas enteras literalmente cubiertas, en todo lugar libre, por sus nidos. Decididamente, gozan de la vida social y se reúnen en bandadas muy grandes para volar a gran altura, lo que constituye para ellos una especie de deporte. “Viven en gran amistad —dice Levaillant—, y a veces en una misma cueva encontré hasta tres nidos”⁷².

Los buitres urubús, en Brasil, se distinguen quizá por una mayor sociabilidad que las cornejas de pico blanco, dice Bates⁷³, el conocido explorador del río Amazonas. Los pequeños milanos egipcios (*Percnopterus stercorarius*) también viven en buena amistad. Juegan en el aire, en bandadas, pasan la noche juntos y, por la mañana, en montones, se dirigen en busca de alimento, y entre ellos no se produce ni la más pequeña riña; así lo atestigua Brehm, que ha tenido posibilidad plena de observar su vida. El caracara de cuello rojo⁷⁴ se encuentra también en bandadas numerosas en los bosques del Brasil, y el cernícalo (*Tinnunculus cenchris*⁷⁵), después de abandonar Europa y de haber alcanzado en invierno las estepas y los bosques de Asia, se reúne en grandes sociedades. En las estepas meridionales de Rusia lleva (más exactamente,

llevaba) una vida tan social que Nordman lo observó en grandes bandadas juntos con otros gerifaltes (*Falco tinnunculus*, *F. aesalon*⁷⁶ y *F. subbuteo*) que se reunían los días claros alrededor de las cuatro de la tarde y se recreaban con sus vuelos hasta entrada la noche. Generalmente volaban todos juntos, en una línea completamente recta, hasta un punto conocido y determinado; después de lo cual, volvían inmediatamente siguiendo la misma línea, y luego repetían nuevamente aquel vuelo⁷⁷.

Tales vuelos en bandadas por el placer mismo del vuelo son muy comunes entre las aves de todo género. Ch. Dixon informa que

...especialmente en el río Humber, en las llanuras pantanosas, a menudo aparecen, a fines de agosto, numerosas bandadas de becasas (*Tringa alpina*⁷⁸, el “arenero de montaña” llamada también “buche negro”) y se quedan durante el invierno. Los vuelos de estas aves son sumamente interesantes, puesto que, reunidas en una enorme bandada, describen círculos en el aire, luego se dispersan y se reúnen de nuevo, repitiendo esta maniobra con la precisión de soldados bien instruidos. Dispersos entre ellos hay muchos chorlitos, correlimos y chorlitejos⁷⁹.

Sería imposible enumerar aquí las diversas asociaciones de caza de las aves: constituyen un fenómeno muy corriente; pero es necesario, por lo menos, mencionar las asociaciones de pesca de los pelícanos, en las que estas aves pesadas y torpes evidencian una organización y una inteligencia notables. Se dirigen a la pesca siempre en grandes bandadas y, eligiendo una bahía conveniente, forman un amplio semicírculo, frente a la costa; poco a poco este semicírculo se estrecha, a medida que las aves nadan hacia la costa y, gracias a esta maniobra, todo pez caído en el semicírculo es atrapado. En ríos y canales, los pelícanos se dividen en dos partes, cada una de las cuales forma su semicírculo, y va al encuentro de la otra, nadando, exactamente como irían al encuentro dos partidas de hombres con dos largas redes para recoger el pez atrapado entre ellas. A la entrada de la noche, los pelícanos vuelven a su lugar de descanso habitual —siempre el mismo para cada bandada— y nadie ha observado nunca que se hayan originado peleas entre ellos por un lugar de pesca o por un lugar de descanso. En América del Sur, los pelícanos se reúnen en bandadas hasta cincuenta mil aves, una parte de las cuales duerme mientras otra vigila y otra parte se dirige a la pesca⁸⁰.

⁷⁶ Actualmente *Falco columbarius aesalon*. [N. de E.]

⁷⁷ *Catalogue raisonné des oiseaux de la faune pontique*, tomo III de *Voyage dans la Russie méridionale et la Crimée* de A. Demidov; extractos de [A. E.] Brehm, traducción francesa, t. III, 360. Durante sus migraciones, las aves de rapiña también se reúnen en bandadas. Una bandada cuya migración a través de los Pirineos observó H. Seebohm presentaba una curiosa reunión de nueve milanos, una grulla y un halcón peregrino (*Falco peregrinus*). Véase *The birds of Siberia; a record of a naturalist's visits to the valley of the Petchora and Yenesei*, 1901, pág. 417.

⁷⁸ Actualmente *Calidris alpina*. [N. de E.]

⁷⁹ “Scattered among them are many odds Stints and Sanderlings and Ringed Plovers”. C. Dixon: *Among the Birds in the Northern Shires*, pág. 207.

⁸⁰ [A. E.] Brehm: ob. cit., t. IV, pág. 392. Basándose en sus observaciones personales hechas en Egipto, hizo hermosas descripciones de la sociabilidad de estas aves inteligentes y sumamente pacíficas. Es imposible hacerse siquiera una idea de la cantidad de ellas que habitan los lagos de Egipto y África sin haberlas visto personalmente: toda descripción puede ser tomada como exageración. Véase también Max Perty, *Ueber das Seelenleben der Thiere* (Leipzig), 1876, págs. 87-103.

Finalmente, cometería yo una gran injusticia con nuestro gorrión doméstico, tan calumniado, si no mencionara cuán de buen grado comparte toda la comida que encuentra con los miembros de la sociedad a la que pertenece. Este hecho era bien conocido por los griegos antiguos, y hasta nosotros ha llegado el relato del orador que exclamó cierta vez (cito de memoria): “Mientras les hablo, un gorrión vino a decir a los otros gorriones que un esclavo había desparramado un saco de trigo, y todos han ido a recoger el grano”. Fue muy agradable para mí encontrar confirmación de esta observación de los antiguos en el pequeño libro contemporáneo de Gurney, el cual está completamente convencido que los gorriones domésticos se comunican entre sí siempre que puedan conseguir comida en alguna parte. Dice: “Por lejos del patio de la granja que se hubiesen trillado las parvas de trigo, los gorriones de dicho patio siempre aparecían con los bucheros repletos de granos”⁸¹. Ciertamente es que los gorriones guardan sus dominios con gran celo de la invasión de extraños, como, por ejemplo, los gorriones del jardín de Luxemburgo, París, que atacan con fiereza a todos los otros gorriones que tratan, a su vez, de aprovechar el jardín y la generosidad de sus visitantes; pero dentro de sus propias comunidades o grupos practican con extraordinaria amplitud el apoyo mutuo a pesar de que a veces se producen riñas, como sucede, por otra parte, entre los mejores amigos⁸².

La caza en grupos y la alimentación en bandadas son tan corrientes en el mundo de las aves que apenas es necesario citar más ejemplos: es preciso considerar estos dos fenómenos como un hecho plenamente establecido. En cuanto a la fuerza que dan a las aves semejantes asociaciones, es algo bien evidente. Las aves de rapiña más grandes suelen verse obligadas a ceder ante las asociaciones de los pájaros más pequeños. Hasta las águilas —aun la poderosísima y terrible águila rapaz⁸³ y el águila marcial⁸⁴, que se destacan por una fuerza tal que pueden levantar en sus garras una liebre o un antílope joven— suelen verse obligadas a abandonar su presa a las bandadas de milanos⁸⁵, que emprenden una caza regular de ellas, no bien notan que alguna ha hecho una buena presa. Los milanos también dan caza al rápido gavilán pescador⁸⁶ y le quitan el pescado capturado; pero nadie ha tenido ocasión de observar que los milanos se pelearan por la posesión de la presa arrebatada de tal modo. En la isla Kerguelen el doctor Coues ha visto que el *Buphagus*⁸⁷, el skúa o págalo grande que los pescadores de focas llaman “gallina de mar”, persigue a las gaviotas con el fin de obligarlas a vomitar el alimento; a pesar de que, por otra parte, las gaviotas, unidas a las golondrinas marinas, ahuyentan a la pequeña gallina de mar en cuanto se aproxima a sus posesiones, especialmente durante el anidamiento⁸⁸. Las avefrías

(*Vanellus cristatus*⁸⁹), pequeñas pero muy rápidas, atacan osadamente a las aves de rapiña. “El ataque de las avefrías a los aguiluchos, a los milanos, a un cuervo o a un águila que atisban sus huevos, es un espectáculo instructivo. Se siente que están seguros de la victoria y se ve la decepción del ave de rapiña. En semejantes casos, las avefrías se apoyan mutuamente, a la perfección, y la bravura de cada una aumenta con el número. Ordinariamente persiguen al malhechor de tal modo que este prefiere abandonar la caza con tal de alejarse de sus atormentadores”⁹⁰. El avefría tiene bien merecido el apodo de “buena madre” que le dieron los griegos, ya que jamás rehúsa defender a otras aves acuáticas de los ataques de sus enemigos.

Lo mismo es menester decir acerca del pequeño habitante de nuestros jardines, la lavandera blanca, o aguzanieves (*Motacilla alba*), cuya longitud total alcanza apenas a veinte centímetros, y a pesar de ello obliga hasta al cernícalo a suspender la caza. “No bien las aguzanieves ven al ave de rapiña —ha escrito Brehm (padre)— la persiguen lanzando un grito fuerte, previniendo así a todas las otras aves y, de tal modo, obligan a muchos buitres a renunciar a la caza. A menudo he admirado su coraje y su agilidad, y estoy firmemente convencido de que solo el halcón, rapidísimo y noble, es capaz de capturar a la aguzanieves... Cuando sus bandadas obligan a cualquier ave de rapiña a alejarse, ensordecen con sus chillidos triunfantes y luego se separan” (Brehm t. III, pág. 950). En tales casos, se reúnen con el fin determinado de dar caza al enemigo; exactamente esa situación tuve oportunidad de observar en la población volátil de un bosque que se elevaba de golpe ante el anuncio de la aparición de alguna ave nocturna, y todos, tanto las aves de rapiña como los pequeños e inofensivos cantores, empezaban a perseguir a la recién venida y, finalmente, la obligaban a volver a su refugio.

¡Qué diferencia enorme entre las fuerzas del milano, del cernícalo o del gavilán y la de tan pequeños pájaros, como la aguzanieves! Y, sin embargo, estos pajaritos gracias a su acción conjunta y su bravura, prevalecen sobre las rapaces, que están dotadas de vuelo poderoso y armadas de manera excelente para el ataque. En Europa, las aguzanieves no solo persiguen a las aves de rapiña que pueden ser peligrosas para ellas, sino también a los gavilanes pescadores, “más bien para entretenerse que para hacerles daño” —dice Brehm. En la India, según el testimonio del Dr. Jerdon⁹¹, los grajos⁹², persiguen al milano negro⁹³ “simplemente para distraerse”. Y Wied⁹⁴ dice que, en Brasil, innumerables bandadas de tucanes y caciques⁹⁵ (ave que está estrechamente emparentada con las cornejas de pico blanco europeas) a menudo rodean al águila negra, “urubitinga”⁹⁶, y se burlan de ella. “El águila —agrega Wied—, ordinariamente soporta tales molestias con mucha tranquilidad; además, de tanto en tanto, atrapa a uno de los

⁸¹ [J.] H. Gurney: *The House-Sparrow* (Londres, 1885), pág. 5.

⁸² Véase apéndice III.

⁸³ *Aquila rapax*. [N. de E.]

⁸⁴ *Polemaetus bellicosus*. [N. de E.]

⁸⁵ *Milvus migrans*. [N. de E.]

⁸⁶ *Pandion haliaetus*. [N. de E.]

⁸⁷ Citado por Elliot Coues como *Buphagus skua antarcticus*. Actualmente *Stercorarius skua*. [N. de E.]

⁸⁸ Dr. Elliot Coues: “Birds of the Kerguelen Island”, en *Smithsonian Miscellaneous Collection*, t. XIII, N° 2, pág. 11.

⁸⁹ Actualmente *Vanellus vanellus*. [N. de E.]

⁹⁰ Brehm, t. IV parte II, pág. 73.

⁹¹ Thomas C. Jerdon: *The Birds of India*, tres vol., Calcuta (1863-1864). [N. de E.]

⁹² *Corvus frugilegus*. [N. de E.]

⁹³ *Milanus migrans govinda*. [N. de E.]

⁹⁴ Alexander von Wied-Neuwied: *Reise nach Brasilien in den Jahren 1815 bis 1817*, Frankfurt, 1820. [N. de E.]

⁹⁵ *Cacicus haemorrhous*. [N. de E.]

⁹⁶ *Buteogallus urubitinga*, de distribución neotropical, desde México a la Argentina. [N. de E.]

burlones que lo rodean”. Vemos, de tal modo, en todos estos casos (y se podría citar decenas de ejemplos semejantes) que los pequeños pájaros, inmensamente inferiores por su fuerza al ave de rapiña, se muestran, a pesar de eso, más fuertes que ella gracias a que actúan en común⁹⁷.

Dos grandes familias de aves, a saber, las grullas⁹⁸ y los loros han alcanzado los más admirables resultados en lo que respecta a la seguridad individual, al goce de la vida en común. Las grullas son sumamente sociables y viven en excelentes relaciones no solo con sus congéneres, sino también con la mayoría de las aves acuáticas. Su prudencia no es menos asombrosa que su inteligencia. Inmediatamente discernen las condiciones nuevas y actúan de acuerdo con las nueve exigencias. Sus centinelas vigilan mientras las bandadas comen o descansan, y los cazadores saben, por experiencia, cuán difícil es aproximarseles. Si el hombre consigue tomarlas desprevenidas, no vuelven más a ese lugar sin enviar primero un explorador y, tras él, una partida de exploradores; y cuando esta partida vuelve con la noticia de que no se vislumbra peligro, envían una segunda partida exploradora para comprobar el informe de los primeros, antes de que toda la bandada se decida a adelantarse. Con especies próximas, las grullas contraen verdaderas amistades y, en cautiverio, ninguna otra ave, excepción hecha solamente del no menos social e inteligente papagayo, contrae una amistad tan verdadera con el hombre.

“La grulla no ve en el hombre un amo, sino un amigo, y trata de demostrárselo por todos los medios” —dice Brehm basado en su experiencia personal⁹⁹. Desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche, la grulla se encuentra en incesante actividad; pero consagra en total algunas horas de la mañana a la búsqueda del alimento, en especial el alimento vegetal; el resto del tiempo se entrega a la vida social. “Estando con ánimo de jugar —escribe Brehm— la grulla levanta de la tierra, danzando, piedritas, pedacitos de madera, los arroja al aire tratando de agarrarlos tuerce el cuello, despliega las alas, danza, salta, corre y, por todos los medios, expresa su buen humor, y siempre es hermosa y graciosa”¹⁰⁰. Puesto que viven constantemente en sociedad, casi no tienen enemigos, a pesar de que Brehm tuvo ocasión de ver, a veces, que alguna era atrapada accidentalmente por un cocodrilo. Pero con

⁹⁷ En cuanto al gorrión doméstico, el observador neozelandés W. Kirk describe del siguiente modo un ataque de estos pájaros “desvergonzados” contra un gavián “desafortunado”: “Cierta vez escuché un rumor extraño, como si todos los pajaritos del distrito hubieran montado una riña colosal. Al salir a ver qué ocurría, observé a un gran gavián (*C. gouldi*, que se alimenta de carroña) que estaba siendo acosado por bandadas de gorriones. Se arrojaban sobre él a decenas, al mismo tiempo y desde todas direcciones. El infortunado gavián era completamente incapaz de responder al ataque. Por último, el gavián se arrojó contra un arbusto y se ocultó, pero entonces el grupo de gorriones rodeó el arbusto y continuó llenando el espacio con un ruido constante”. (De una exposición leída en la sesión del Instituto de Nueva Zelanda, 10 de octubre de 1891).

⁹⁸ Aves zancudas pertenecientes a la familia Gruidae. [N. de E.]

⁹⁹ Brehm hace referencia a la grulla común de Eurasia, a la que identifica como *Grus cinerea*, actualmente *G. grus*. [N. de E.]

¹⁰⁰ Brehm: t. IV, parte II, pág. 195: “Exceptuando a los inteligentísimos loros —agrega Brehm—, no hay ave alguna que entre en tan estrecha sociedad con el hombre como la grulla, que lo ayuda en toda ocupación y muestra serle en lo posible de toda utilidad”. Vive en paz con los otros representantes de la familia y también con las aves emparentadas con ella. A veces la grulla se enoja y entabla luchas furiosas, pero “semejantes casos constituyen una excepción, ya que las grullas no tienen ningún rasgo sanguinario... son bravas y gustan de provocar, pero no son malas, ladinas ni feroces”. (pág. 196)

excepción del cocodrilo, la grulla no conoce ningún otro enemigo. La prudencia de la grulla, que se ha hecho proverbial, la salva de todos los enemigos y, en general, vive hasta una edad muy avanzada. Por esto no es sorprendente que la grulla, para conservar la especie, no tenga necesidad de criar una descendencia numerosa y, generalmente, no pone más de dos huevos. En cuanto al elevado desarrollo de su inteligencia, bastará decir que todos los observadores reconocen unánimemente que la capacidad intelectual de la grulla recuerda poderosamente la capacidad del hombre.

Otras aves sumamente sociales, los loros, ocupan, como es sabido, por el desarrollo de su capacidad intelectual, el primer puesto en todo el mundo volátil. Su modo de vida está tan excelentemente descrito por Brehm, que me será suficiente reproducir el trozo siguiente, como la mejor característica:

Los loros viven en sociedades o bandadas muy numerosas, excepto durante el período de apareamiento. Eligen como vivienda un lugar del bosque, de donde salen todas las mañanas para emprender sus excursiones. Los miembros de cada bandada están muy ligados entre sí, comparten tanto el dolor como la alegría. Todas las mañanas se dirigen juntos al campo, al huerto, o a cualquier árbol frutal, para alimentarse de frutas. Apostan centinelas para proteger a toda la bandada y siguen con atención sus advertencias. En caso de peligro, se apresuran todos a volar, prestándose mutuo apoyo y, por la tarde, todos vuelven al lugar de descanso al mismo tiempo. Dicho más brevemente, viven siempre en unión estrechamente amistosa.

Encuentran también placer en la sociedad de otras aves. En la India —dice Layard— los grajos y los cuervos cubren volando una distancia de muchas millas, para pasar la noche junto con las cotorras alejandrinas¹⁰¹, en las espesuras de bambúes. Cuando van en busca de alimentos, los loros no solo demuestran un ingenio y una prudencia sorprendentes, sino también capacidad para adaptarse a las circunstancias. Así, por ejemplo, una bandada de cacatúas blancas de Australia, antes de iniciar el saqueo de un trigal, indefectiblemente envía una partida de exploradores, que se distribuye en los árboles más altos de la vecindad del campo citado, mientras que otros exploradores se posan sobre los árboles intermedios entre el campo y el bosque y transmiten señales. Si las señales comunican que “todo está en orden”, entonces una decena de cacatúas se separa de la bandada, traza varios círculos en el aire y se dirige hacia los árboles más próximos al campo. Esta segunda partida, a su vez, observa con bastante detención los alrededores, y solo después de esa observación da la señal para el traslado general; después, toda la bandada se eleva al mismo tiempo y saquea rápidamente el campo. Los colonos australianos vencen con mucha dificultad la vigilancia de las cacatúas; pero, si el hombre, con toda su astucia y sus armas, consigue matar algunas, entonces se vuelven tan vigilantes y prudentes que desbaratan todas las artimañas de los enemigos¹⁰².

¹⁰¹ *Psittacula eupatria*. [N. de E.]

¹⁰² R. Lendenfeld: en la revista *Der zoologische Garten*, año xxx 1889, págs. 77-88. [En este trabajo, el autor en su relato identifica a la cacatúa blanca australiana como *Plyctolophus leucocephalus*, pero por distribución y hábitat creemos que se refiere a la cacatúa blanca de cresta amarilla, denominada actualmente *Cacatua galerita*, N. de E.]

CAPÍTULO II

LA AYUDA MUTUA ENTRE LOS ANIMALES

(continuación)

No hay duda alguna de que solo gracias al carácter social de su vida, los loros pudieron alcanzar ese elevado desarrollo de la inteligencia y de los sentidos que en ellos encontramos y que casi llega al nivel humano. Su elevada inteligencia indujo a los mejores naturalistas a llamar a algunas especies —especialmente al papagayo gris— “ave-hombre”. En cuanto a su afecto mutuo, es sabido que si ocurre que uno de la bandada es muerto por un cazador, los restantes comienzan a volar sobre el cadáver de su camarada lanzando gritos lastimeros y “caen ellos mismos víctimas de su afición amistosa” —como escribió Audubon—, y si dos papagayos cautivos, aunque pertenezcan a dos especies distintas, contraen amistad, y uno de ellos muere accidentalmente, no es raro entonces que el otro también perezca de tristeza y de pena por su amigo muerto¹⁰³.

No es menos evidente que en sus asociaciones los papagayos encuentren una protección contra los enemigos incomparablemente superior a la que podrían encontrar por medio del desarrollo más ideal de sus “picos y garras”. Muy escasas aves de rapiña y mamíferos se atreven a atacar a los papagayos —y esto solamente a las especies pequeñas— y Brehm tiene toda la razón cuando dice, hablando de los loros, que ellos, igual que las grullas y los monos sociales, apenas tienen otro enemigo fuera del hombre; y agrega: “Muy probablemente, la mayoría de los loros grandes mueren de vejez y no en las garras de sus enemigos”. Únicamente el hombre, gracias a su superior inteligencia y a sus armas —que también constituyen el resultado de su vida en sociedad—, puede, hasta cierto punto, exterminar a los loros. Su misma longevidad se debe de tal modo al resultado de la vida social. Y, muy probablemente, deberíamos decir lo mismo con respecto a su memoria sorprendente, cuyo desarrollo, sin duda, favorece la vida en sociedad y también la longevidad, acompañada por la plena conservación tanto de las capacidades físicas como intelectuales hasta una edad muy avanzada.

Se ve, por todo lo que precede, que la guerra de todos contra cada uno no es, de ningún modo, la ley dominante de la naturaleza. La ayuda mutua es ley de la naturaleza tanto como la guerra mutua y esta ley se hace para nosotros más exigente cuando observamos algunas otras asociaciones de aves y observamos la vida social de los mamíferos. Algunas rápidas referencias a la importancia de la ley de la ayuda mutua en la evolución del reino animal ya han sido hechas en las páginas precedentes; pero su importancia se aclarará con mayor precisión cuando, citando algunos hechos, podamos sacar nuestras conclusiones basadas en ellos.

¹⁰³ Como ejemplo de sentimientos maternales mostrados por algunos papagayos hacia pichones extraños, Wood refiere que una hembra de loro gris, “Polly”, habiendo visto que sus dueños alimentaban a unas crías de pinzones en un rosal cerca de la casa, comenzó también a traerles alimentos, imitando la voz de los padres. Estos se asustaron del ave que nunca habían visto y huyeron. Entonces “Polly” pasó la mayor parte del día con estos pichones, los alimentó y crio. Cuando crecieron y volaron, “Polly” se entristeció mucho, hasta que encontró en algún lugar a unos petirrojos huérfanos, los que transportó uno a uno a su jaula y también cuidó. Así, el caso que Eckermann refirió a Goethe no es un caso aislado. Como los monos, los loros de la India viven en estrecha amistad con los hijos de los indígenas.

Migraciones de las aves — Asociaciones de crianza — Asociaciones otoñales — Mamíferos: número reducido de las especies no sociables. Asociaciones de caza de lobos, leones, etc. — Asociaciones de roedores, de rumiantes, de monos — La ayuda mutua en la lucha por la vida — Argumentos de Darwin para demostrar la lucha por la vida dentro de una especie — Límites naturales a la superpoblación — La supuesta exterminación de eslabones intermedios — Eliminación de la competencia en la naturaleza

Apenas vuelve la primavera a la zona templada, miríadas de aves, dispersas por las regiones más cálidas del sur se reúnen en bandadas innumerables y se encaminan, llenas de alegre energía, hacia el norte para criar su prole. Cada seto, cada pequeño bosque, cada roca de la costa del océano, cada lago o estanque de los que se halla sembrado el norte de América, el norte de Europa y el norte de Asia podrían decirnos, en esa época del año, qué representa la ayuda mutua en la vida de las aves; qué fuerza, qué energía y cuánta protección dan a cada ser viviente por débil e indefenso que sea de por sí.

Tomemos, por ejemplo, uno de los innumerables lagos de las estepas rusas o siberianas al principio de la primavera. Sus orillas están pobladas de miles de aves acuáticas, pertenecientes por lo menos a veinte especies diferentes que viven en pleno acuerdo y que se protegen entre sí constantemente. He aquí como describe Severtsov uno de estos lagos:

El lago se halla oculto entre las arenas de color rojo amarillo, las talas verde oscuro y las cañas. Aquello es un hervidero de aves, un torbellino que nos marea... El espacio, lleno de gaviotas (*Larus ridibundus*¹⁰⁴) y gaviotines (*Sterna hirundo*) es conmovido por sus gritos sonoros. Miles de avefrías recorren las orillas y silban... Más allá, casi sobre cada ola, un pato se mece y grita. En lo alto se extienden las bandadas de patos *kazarok*; más abajo, de tanto en tanto, vuelan sobre el lago las águilas moteadas (*Aquila clanga*¹⁰⁵) y los busardos de pantano, seguidos inmediatamente por la bandada bullanguera de los pescadores. Mis ojos se fueron en pos de ellos¹⁰⁶.

Por todas partes brota la vida. Pero aquí están las rapaces, “las más fuertes y ágiles” —como dice Huxley— e “idealmente dotadas para el ataque” —como dice Sévertsov. Se escuchan sus voces hambrientas y ávidas y sus gritos exasperados cuando, durante horas enteras, esperan una ocasión conveniente para atrapar, en esta masa de seres vivientes, tan solo un individuo indefenso. Ni bien se acercan, decenas de centinelas voluntarios avisan su aparición, y de inmediato centenares

¹⁰⁴ Actualmente *Chroicocephalus ridibundus*. [N. de E.]

¹⁰⁵ Actualmente *Clanga clanga*. [N. de E.]

¹⁰⁶ N. A. Severtsov: *Periodicheski yavlenia v zhizni mlekopitayushchij, ptits v Voronezhskoy gubernii* [Fenómenos periódicos en la vida de los animales y aves en la Provincia de Voronezh], Moscú, 1885, pág. 251.

de gaviotas y gaviotines inician la persecución de la rapaz. Enloquecida por el hambre, deja de lado por último sus precauciones habituales y se arroja de improviso sobre la masa viva de aves; pero, atacada por todas partes, de nuevo es obligada a retirarse. En un arranque desesperado de hambre, se arroja sobre los patos salvajes, pero las ingeniosas aves sociales rápidamente se reúnen en una bandada y huyen si la rapaz es un águila pescadora; si es un halcón, se zambullen en el lago; si es un buitre, levantan nubes de salpicaduras de agua y lo sumen en una confusión completa¹⁰⁷. Y mientras la vida continúa pululando en el lago, como antes, la rapaz huye con gritos coléricos en busca de carroña o de algún pajarito joven o ratón de campo aún no acostumbrado a obedecer a tiempo las advertencias de sus camaradas. En presencia de toda esta vida que fluye a torrentes, la rapaz, armada idealmente, tiene que contentarse solo con los desechos.

Aún más lejos, hacia el norte, en los archipiélagos árticos,

Se puede navegar millas enteras a lo largo de la orilla y ver que todos los saledizos, todas las rocas y los rincones de las pendientes de las montañas hasta doscientos pies, y a veces hasta quinientos sobre el nivel del mar, están literalmente cubiertos de aves marinas, cuyos pechos blancos se destacan sobre el fondo de las rocas sombrías, de tal modo que parecen salpicadas de creta. El aire, tanto de cerca como a lo lejos, está repleto de aves¹⁰⁸.

Cada una de estas “montañas de aves” constituye un ejemplo viviente de la ayuda mutua, y también de la variedad sin fin de caracteres, individuales y específicos, que son resultado de la vida social. Así, por ejemplo, el ostrero¹⁰⁹ es conocido por su presteza en atacar a cualquier ave de presa. Las agujas o becasas de mar [*bolotni kulichok*]¹¹⁰ son renombradas por su vigilancia e inteligencia como guía de aves más pacíficas. Pariente de la anterior, el vuelvepiedras¹¹¹, cuando está rodeado de compañeros pertenecientes a especies más grandes, deja que se ocupen ellos de la protección de todos, y hasta se vuelve un ave bastante tímida; pero cuando está rodeado de pájaros más pequeños, toma a su cargo, en interés de la sociedad, el servicio de centinela y hace que le obedezcan, dice Brehm.

Se pueden observar aquí a los cisnes dominantes y, a la par de ellos, a las gaviotas de tres dedos¹¹² extremadamente sociables y hasta tiernas, y entre las cuales, como dice Nauman, las disputas se producen muy raramente y siempre son breves. Se ven a los atractivos araos polares¹¹³, que se acarician mutuamente; a las gansas egoístas, que dejan a su suerte a los huérfanos de la camarada muerta, y junto a ellas, a otras gansas que adoptan a los huérfanos y nadan rodeadas

¹⁰⁷ Seyfferlitz: citado por Brehm, t. IV, parte II, págs. 289-290.

¹⁰⁸ *The Arctic Voyages of A. E. Nordenskjoeld*, Londres, 1879, pág. 135. Véase también la descripción de las islas de Sta. Kilda hecha por Dixon (citada por [Henry] Seebohm), así como la descripción de cualquier viaje ártico.

¹⁰⁹ *Haematopus ostralegus*. [N. de E.]

¹¹⁰ *Limosa haemastica*. [N. de E.]

¹¹¹ *Arenaria interpres*. [N. de E.]

¹¹² *Rissa tridactyla*.

¹¹³ Álcidos pertenecientes a los géneros *Uria* y *Cepphus*. [N. de E.]

de cincuenta o sesenta pequeñitos, a los que cuidan como si fueran sus propios hijos. Junto a los pingüinos, que se roban los huevos unos a otros, se ven las calandrias marinas¹¹⁴, cuyas relaciones familiares son “tan encantadoras y conmovedoras” que ni los cazadores apasionados se deciden a disparar a la hembra rodeada de su cría; o a los patos eider¹¹⁵, entre los cuales (como los patos aterciopelados¹¹⁶ o los coroyas¹¹⁷ de las sabanas), varias hembras empollan los huevos en un mismo nido; o los araos que —afirman observadores dignos de fe— a veces se sientan por turno sobre el nido común. La naturaleza es la variedad misma y ofrece todos los matices posibles de caracteres, desde lo más bajo hasta lo más elevado: por eso no es posible representarla mediante generalizaciones. Menos aún puede juzgársela desde el punto de vista moral, puesto que las opiniones mismas del moralista son resultado —la mayoría de las veces inconsciente— de las observaciones sobre la naturaleza¹¹⁸.

La costumbre de reunirse en el período de anidamiento es tan común entre la mayoría de las aves que apenas es necesario dar otros ejemplos. Las cimas de nuestros árboles están coronadas por grupos de nidos de pequeños pájaros; en las granjas anidan colonias de golondrinas; en las torres viejas y campanarios se refugian centenares de aves nocturnas; y sería fácil llenar páginas enteras con las más encantadoras descripciones de la paz y armonía que se encuentran en casi todas estas sociedades volátiles para el anidamiento. Y es evidente hasta qué punto tales asociaciones sirven de defensa a las aves más débiles. Un excelente observador, como el Dr. Coues, vio, por ejemplo, que unas pequeñas golondrinas¹¹⁹ construían sus nidos en la vecindad inmediata de un halcón de las estepas (*Falco polyargus*)¹²⁰. El halcón había construido su nido en la cúspide de uno de aquellos minaretes de arcilla de los que tantos hay en el Cañón del Colorado, y la colonia de golondrinas vivía inmediatamente debajo de él. Los pequeños pájaros pacíficos no temían a su vecino rapaz: simplemente no le permitían acercarse a su colonia. Si lo hacía, inmediatamente lo rodeaban y comenzaban a atacarlo, de modo que el rapaz tenía que alejarse rápidamente¹²¹.

¹¹⁴ También kaira polar, *Uria bruennichi*.

¹¹⁵ *Somateria mollissima*. [N. de E.]

¹¹⁶ *Melanitta fusca*. [N. de E.]

¹¹⁷ *Crotophaga ani*. [N. de E.]

¹¹⁸ Véase apéndice IV.

¹¹⁹ *Petrochelidon pyrrhonota*. [N. de E.]

¹²⁰ Actualmente *Falco mexicanus*. [N. de R.]

¹²¹ Elliot Coues: “Birds of Dakota and Montana”, en el *Bulletin U. S. Geol Survey of Territories*, IV, N° 7. Págs. 556, 579, etc. Entre las gaviotas (*Larus argentatus*) Poliakov tuvo ocasión de observar, en los pantanos del norte de Rusia, que los lugares donde se encuentran los nidos de una cantidad importante de estas aves siempre eran vigilados por el macho, quien advertía a toda la colonia del peligro que se aproximaba. En dicho caso, todas las aves se elevaban en seguida y con gran energía atacaban al enemigo. Las hembras, que tenían de cinco a seis nidos en cada montículo del pantano, seguían un cierto turno cuando dejaban los nidos para buscar alimento. “Nunca dejaban solos y sin protección a los pichones”, completamente indefensos, que podían ser presa fácil de las aves de rapiña. (“Semeinie obichay u vodianij pttis”) [“Los hábitos familiares en las aves acuáticas”], en *Izvestiaj zool. Otd. (ela) speterburgk. (ogo) Obsk. (estva) Estest. (voispitateley)*, [Comunicaciones de la Sección de Zoología de la Sociedad de Naturalistas de San Petersburgo], 17 de diciembre de 1874).

La vida en sociedades no cesa cuando ha terminado la época del anidamiento; toma solamente nueva forma. Las crías jóvenes se reúnen en otoño en sociedades juveniles, en las que ordinariamente ingresan varias especies. La vida social es practicada en esta época principalmente por los placeres que ella proporciona, y también, en parte, por su seguridad. Así encontramos en otoño, en nuestros bosques, sociedades compuestas de trepadores azules jóvenes (*Sitta europaea caesia*), junto con otros trepadores, diversos herrerillos, reyezuelos, pinzones de montaña y pájaros carpinteros¹²². En España, las golondrinas se encuentran en compañía de cernícalos, atrapamoscas y hasta de palomas.

En el *Far West* americano, las jóvenes alondras cornudas¹²³ viven en grandes sociedades, conjuntamente con otras especies de alondras, con el chingolo sabanero¹²⁴ y algunas otras especies de escribanos¹²⁵. En realidad, sería más fácil describir todas las especies que llevan vida aislada que enumerar aquellas especies cuyos pichones constituyen sociedades, cuyo objeto de ningún modo es cazar o anidar, sino solamente disfrutar de la vida en común y pasar el tiempo en juegos y deportes, después de las pocas horas que deben consagrar a la búsqueda de alimento.

Por último, tenemos ante nosotros todavía un campo amplísimo de estudio de la ayuda mutua en las aves durante sus migraciones, y hasta tal punto es amplio que solo puedo mencionar, en pocas palabras, este gran hecho de la naturaleza. Basta decir que las aves que han vivido hasta entonces meses enteros en pequeñas bandadas diseminadas por una superficie vasta comienzan a reunirse en la primavera o en el otoño por millares. Durante varios días seguidos, a veces una semana o más, antes de ponerse en camino acuden a un lugar determinado y parlotean con vivacidad, probablemente sobre la migración inminente. Algunas especies, todos los días, antes de anochecer, se ejercitan en vuelos preparatorios, alistándose para el largo viaje. Todas esperan a sus congéneres retrasados y, por último, todas juntas desaparecen un buen día; es decir vuelan, en una dirección determinada, siempre bien escogida, que representa sin duda el fruto de la experiencia colectiva acumulada. Los individuos fuertes vuelan a la cabeza de la bandada, cambiándose por turno para cumplir con esta difícil obligación. De tal modo, las aves atraviesan hasta los vastos mares, en grandes bandadas compuestas tanto de aves grandes como de pequeñas; y cuando en la primavera siguiente vuelven al mismo lugar, cada ave se dirige al mismo sitio bien conocido, y en la mayoría de los casos, hasta cada pareja ocupa el mismo nido que reparó o construyó el año anterior¹²⁶.

¹²² Brehm, padre, citado por A. Brehm, t. iv, pág. 34. Es curioso que los gateadores euroasiáticos [N. de T.: *Certhia familiaris*] sean menos sociales entre sí. Véase también [G.] White, *The Natural History and Antiquities of Selborne*, 1789, carta xi. En el Obi, Deriugin encontró a los “popolzney” o trepadores de los Urales (*Sitta [arctica] uraliensis*) junto con bandadas nómadas de “gaichkas” o carboneros (preferentemente *Poecile cinctus*). *Trudaj S. (ankt) Petersburskogo Obsch. (estva) Estestvoispitateley* [Trabajos de la Sociedad de Naturalistas de San Petersburgo], t. xxix, 2ª edic., 1898, pág. 90.

¹²³ *Eremophila alpestris*. [N. de E.]

¹²⁴ *Passerculus sandwichensis*. [N. de E.]

¹²⁵ [E.] Coues: ob. cit.

¹²⁶ No pocas veces se ha expuesto la hipótesis de que las aves más grandes quizá transporten a las pequeñas durante la travesía del Mediterráneo; pero tal género de hechos continúa siendo dudoso. Por otra parte, se ha establecido plenamente que algunas aves más pequeñas se unen a las especies más grandes

Este fenómeno tan vasto y tan imperfectamente estudiado muestra tantas costumbres asombrosas de ayuda mutua relacionadas al hecho mismo de la migración que requeriría un trabajo especial, por lo que debo abstenerme de dar mayores detalles. Mencionaré solamente las reuniones numerosas y animadas que tienen lugar de año en año en el mismo sitio, antes de emprender su largo viaje al norte o al sur; y, del mismo modo, las reuniones que se pueden ver en el norte, por ejemplo, en las desembocaduras del Yenesei o en los condados del norte de Inglaterra, cuando las aves vuelven del sur a sus lugares habituales de anidamiento, pero no se han asentado aún en sus nidos. Durante muchos días, a veces hasta un mes entero, se reúnen todas las mañanas y pasan juntas alrededor de media hora, antes de echar a volar en busca de alimento, quizá deliberando sobre los lugares donde se dispondrán a construir sus nidos¹²⁷. Si durante la migración sucede que las columnas de aves que emigran son sorprendidas por una tormenta, entonces la desgracia común une a las aves de las especies más diferentes. La diversidad de aves que, sorprendidas por una nevisca durante la migración, golpean contra los vidrios de los faros de Inglaterra sencillamente es asombrosa. Es necesario observar también que las aves que no migran pero que se desplazan lentamente hacia el norte o el sur conforme a la época del año; es decir, las llamadas aves nómadas, también realizan sus traslados en pequeñas bandadas. No emigran aisladas y por separado, para asegurarse así el mejor alimento y encontrar los mejores refugios en la nueva región, sino que siempre se esperan mutuamente y se reúnen en bandadas antes de comenzar su lento cambio de lugar hacia el norte o el sur¹²⁸.

Pasando ahora a los *mamíferos*, lo primero que nos asombra en esta vasta clase de animales es la enorme supremacía numérica de las especies sociales sobre los pocos carnívoros que viven solitarios. Las mesetas, las regiones montañosas, las estepas y las depresiones del nuevo y viejo mundo literalmente hierven de rebaños de ciervos, antílopes, gacelas, búfalos, cabras y ovejas salvajes; es decir, de todos los animales que son sociales. Cuando los europeos comenzaron a penetrar en las praderas de América del Norte, las hallaron hasta tal punto densamente pobladas por búfalos¹²⁹ que sucedía que los pioneros tenían a veces que detenerse durante mucho tiempo, cuando las manadas que emigraban les cortaban el camino y la nutrida procesión de búfalos se prolongaba a veces hasta dos o tres días; y cuando los rusos ocuparon Siberia encontraron en ella una cantidad tan enorme de ciervos, antílopes, corzos, ardillas y otros animales que

durante la migración. Este hecho ha sido observado más de una vez, y no hace mucho fue confirmado por L. Buxbaum en Raunheim, cuando vio a algunas partidas de grullas en el medio y al costado de cuyas columnas volaban calandrias (*Der Zoologische Garten*, 1886, pág. 133). Véase apéndice V.

¹²⁷ H. [Henry] Seebohm y C. Dixon mencionan ambos esta costumbre.

¹²⁸ Este hecho es bien conocido por todo naturalista que estudia la vida de la Naturaleza. Referente a Inglaterra, se pueden hallar algunos ejemplos en la obra de Charles Dixon, *Among the Birds in Northern Shires*. Los pinzones vuelven en invierno en grandes bandadas; aproximadamente en la misma época, es decir, en noviembre, vuelven las bandadas de pinzones de montaña, y los mirlos también frecuentan estos lugares “en sociedades igualmente grandes”, etc.

¹²⁹ Búfalo americano o bisonte (*Bison bison*). [N. de E.]

la conquista de Siberia no fue más que una expedición cinegética que se prolongó durante dos siglos. Las llanuras herbosas de África Oriental aún ahora están repletas de cebras, jirafas y diversas especies de antílopes¹³⁰.

Hasta hace un tiempo no muy lejano, los ríos pequeños de América del Norte y de la Siberia Septentrional estaban todavía poblados por colonias de castores, y en la Rusia europea, toda su parte norte, todavía en el siglo XVIII, estaba cubierta por colonias semejantes. Las llanuras de los cuatro grandes continentes están aún ahora pobladas de innumerables colonias de ratones, marmotas, “ardillas de tierra” y otros roedores. En las latitudes más bajas de Asia y África, en esta época, los bosques son refugios de numerosas familias de elefantes, rinocerontes, hipopótamos y de innumerables sociedades de monos. En el lejano norte, los ciervos se reúnen en innumerables rebaños, y aún más al norte encontramos rebaños de toros almizcleros e incontables sociedades de zorros polares. Las costas del océano están animadas por focas y morsas, y sus aguas por multitudes de cetáceos sociales. Por último, aun en los desiertos del altiplano del Asia Central encontramos manadas de caballos salvajes, asnos salvajes, camellos salvajes y ovejas salvajes. Todos estos mamíferos viven en sociedades y en grupos que cuentan, a veces, cientos de miles de individuos, a pesar de que ahora, después de tres siglos de civilización a base de pólvora, quedan únicamente los restos lastimosos de aquellos inmensos agrupamientos de antaño.

¡Qué insignificante es el número de los carnívoros en comparación! ¡Y qué erróneo, en consecuencia, el punto de vista de aquellos que hablan del mundo animal como si estuviera compuesto solamente de leones y hienas que clavan sus colmillos ensangrentados en la presa! Es lo mismo que si afirmásemos que toda la vida de la humanidad se reduce solamente a las guerras y a las masacres.

Las asociaciones y la ayuda mutua son regla en la vida de los mamíferos. La costumbre de la vida social se encuentra hasta en los carnívoros, y en toda esta vasta clase de animales solamente podemos nombrar a los felinos (leones, tigres, leopardos, etc.), cuyos miembros realmente prefieren la vida solitaria a la vida social, y solo raramente se encuentran en pequeños grupos. Además, aun entre los leones “el hecho más común es cazar en grupos”, dice el célebre cazador y conocedor S. Baker¹³¹. Hace poco, Schillings, que estaba cazando en el este del África Ecuatorial, fotografió de noche —al fogonazo repentino de la luz de magnesio— a leones que se habían reunido en grupos de tres individuos adultos y que cazaban en común; por la mañana, contó en el río, adonde durante la sequía acudían de noche a beber los rebaños de cebras, las huellas de una cantidad mayor aún de leones —hasta treinta— que iban a cazar cebras y naturalmente nunca, en muchos años, ni Schillings ni otro alguno oyeron decir que los leones se pelearan o se disputaran la presa¹³². En cuanto a los leopardos y especialmente al puma sudamericano, su sociabilidad es bien conocida. El puma, en consecuencia, como lo describió Hudson, se hace amigo del hombre gustosamente.

¹³⁰ Véase el apéndice vi.

¹³¹ Samuel W. Baker: *Wild beasts and their ways: reminiscences of Europe, Asia, Africa, and America*, Londres, 1890, vol. 1, pág. 316.

¹³² C. G. Schillings: *With Flashlight and Rifle: A Record of Hunting Adventures and of Studies in Wild Life in Equatorial East Africa*, 1906.

Entre las civetas (Viverridae) y las comadrejas (Mustelidae), también predomina la forma de vida solitaria. Pero puede considerarse plenamente establecido que en épocas no más tempranas que el final del siglo XVIII, la comadreja europea vulgar (*Mustela vulgaris*¹³³) era más social que ahora; se encontraba entonces en Escocia y también en el cantón de Unterwald, en Suiza, en pequeños grupos¹³⁴.

En lo que respecta a los caninos, su sociabilidad, sus asociaciones con fines de caza pueden considerarse como rasgo característico de sus muchas variedades. Es por todos sabido que los lobos se reúnen en manadas para cazar y el investigador de la naturaleza de los Alpes, Tschudi, dejó una descripción excelente de cómo, disponiéndose en semicírculo, rodean a la vaca que pasta en una pendiente montañosa y luego, saltando súbitamente, lanzando un fuerte aullido, la hacen caer al precipicio¹³⁵. Audubon, en el año 1830, vio también que los lobos del Labrador cazaban en manadas y que una de ellas persiguió a un hombre hasta su choza y destrozó a sus perros. En los crudos inviernos, las manadas de lobos se vuelven tan numerosas que son peligrosas para las poblaciones humanas, como sucedió en Francia por el año 1840. En las estepas rusas, los lobos nunca atacan a los caballos si no es en manadas, y deben soportar una lucha feroz, durante la cual los caballos (según el testimonio de Kohl) a veces pasan al ataque; en tal caso, si los lobos no se apresuran a retroceder corren riesgo de ser rodeados por los caballos, que los matan a coces. También es sabido que los coyotes de las praderas americanas (*Canis latrans*) se reúnen en manadas de veinte y treinta individuos para atacar al búfalo que se ha separado accidentalmente del rebaño¹³⁶. Los chacales, que se distinguen por su gran bravura y pueden ser considerados entre los más inteligentes representantes de la familia canina, siempre cazan en manadas; reunidos de tal modo no temen a los carnívoros mayores¹³⁷.

En cuanto a los perros salvajes del Asia, o perros jaros¹³⁸, Williamson vio que sus grandes manadas atacan resueltamente a todos los animales grandes, excepto elefantes y rinocerontes, y que hasta consiguen vencer a los osos y tigres, a quienes, como es sabido, arrebatan siempre los cachorros.

Las hienas viven siempre en sociedades y cazan en manadas, y Cummings se refiere con gran elogio a las organizaciones de caza de los licaones manchados (*Lycan pictus*). Hasta los zorros, que en nuestros países civilizados indefectiblemente viven solitarios, se reúnen a veces para cazar, como lo testimonian algunos observadores¹³⁹. También el zorro polar, es decir, el zorro ártico¹⁴⁰, es —o más exactamente era, en los tiempos de Steller, en la primera mitad del siglo XVIII—,

¹³³ Actualmente *Mustela nivalis*. [N. de E.]

¹³⁴ [F. von] Tschudi: *Das Thierleben der Alpenwelt: Naturansichten und Thierzeichnungen aus dem Schweizerischen Gebirge*, Leipzig, 1865 y John Franklin: *Vie des animaux*, citado en la traducción francesa de Brehm, 1, 620.

¹³⁵ [F. von] Tschudi: *Thierleben der Alpenwelt...*, pág. 404.

¹³⁶ [J. Ch.] Houzeau: *Études sur les facultés mentales des animaux comparées à celles de l'homme*, Mons, 1872, t. II, pág. 463.

¹³⁷ Acerca de sus asociaciones de caza, véase la obra de sir [J.] E. Tennent, *Sketches of the Natural History of Ceylon*, citada por Romanes en *Animal Intelligence*, pág. 432.

¹³⁸ *Cuon alpinus*. [N. de E.]

¹³⁹ Véase la carta de Emil Hütter en *Liebe*, de Büchner.

¹⁴⁰ *Vulpes lagopus*. [N. de E.]

uno de los animales más sociables. Leyendo el relato de Steller¹⁴¹ sobre la lucha que tuvo que sostener la infortunada tripulación de Behring con estos pequeños e inteligentes animales, no se sabe de qué asombrarse más: de la inteligencia no común de los zorros polares y del apoyo mutuo que revelaban al desenterrar los alimentos ocultos debajo de las piedras o colocados sobre pilares (uno de ellos, en tal caso, trepaba a la cima del pilar y arrojaba los alimentos a los compañeros que esperaban abajo), o de la crueldad del hombre, llevado a la desesperación por sus numerosas manadas. Incluso algunos osos viven en sociedades en los lugares donde el hombre no los molesta. Así, Steller vio numerosas bandas de osos negros de Kamchatka¹⁴², y a veces se han encontrado osos polares en pequeños grupos. Ni siquiera los insectívoros, no muy inteligentes, desdennan siempre la asociación¹⁴³.

Por otra parte, encontramos las formas más desarrolladas de ayuda mutua especialmente entre los roedores, ungulados y rumiantes. Las ardillas son bastante individualistas. Cada una de ellas construye su cómodo nido y acumula su provisión. Están inclinadas a la vida familiar, y Brehm halló que se sienten muy felices cuando las dos crías del mismo año se juntan con sus padres en algún rincón apartado del bosque. Pero, a pesar de esto, las ardillas mantienen relaciones recíprocas, y si en el bosque donde viven se produce una escasez de piñas, emigran en destacamentos enteros. En cuanto a las ardillas negras del *Far West* americano, se destacan especialmente por su sociabilidad. Con excepción de algunas horas dedicadas diariamente al aprovisionamiento, pasan toda su vida en juegos, juntándose para esto en numerosos grupos. Cuando se multiplican demasiado rápidamente en alguna región, como sucedió, por ejemplo, en Pensilvania en 1749, se reúnen en manadas casi tan numerosas como nubes de langostas y, en este caso, avanzaron hacia el suroeste, devastando en su camino bosques, campos y huertos¹⁴⁴. Naturalmente, detrás de sus densas columnas se introducen los zorros, los hurones, los halcones y toda clase de aves nocturnas, que se alimentan con los individuos rezagados. Un género cercano, la ardilla de tierra siberiana o *burunduk*¹⁴⁵ se distingue por una sociabilidad aún mayor. Es una gran acaparadora, y en sus galerías subterráneas acumula grandes provisiones de raíces comestibles y nueces, que generalmente son saqueadas en otoño por los hombres. Según la opinión de algunos observadores, el *burunduk* conoce, hasta cierto punto, las alegrías que experimenta un avaro. Pero, a pesar de eso, es un animal social. Vive siempre en grandes poblaciones, y cuando Audubon abrió, en invierno, algunas madrigueras de *hackee*¹⁴⁶ (el congénere americano más cercano de nuestro *burunduk*), encontró varios individuos en un refugio. Las provisiones en tales cuevas habían sido preparadas por el esfuerzo común.

¹⁴¹ Georg Wilhelm Steller: *Von Sibirien nach Amerika: Die Entdeckung Alaskas mit Kapitän Bering 1741-1742*. [N. de E.]

¹⁴² *Ursus arctos beringianus*. [N. de E.]

¹⁴³ Véase el apéndice VII.

¹⁴⁴ Durante la gran migración de la ardilla gris (*Sciurus carolinensis*) de 1749, se pagaron recompensas por un total de 640.000 ejemplares. [N. de E.]

¹⁴⁵ *Eutamias sibiricus*. [N. de E.]

¹⁴⁶ *Neotamias. sp.* [N. de E.]

La gran tribu de las marmotas, en la que entran tres grandes géneros: las marmotas propiamente dichas, los *susliki* y los “perros de las praderas” americanos (*Arctomys*¹⁴⁷, *Spermophilus* y *Cynomys*), se distingue por una sociabilidad y una inteligencia aún mayor. Todos los representantes de esta familia prefieren tener cada cual su madriguera, pero viven en grandes poblaciones. El terrible enemigo de los trigales del sur de Rusia, el *suslik*, de los cuales el hombre extermina anualmente alrededor de diez millones, vive en innumerables colonias; y mientras las asambleas provinciales (*Zemstvos*¹⁴⁸) rusas, discuten seriamente los medios de liberarse de este “enemigo social”, los *susliki*, reunidos a millares en sus poblados, disfrutaban de la vida. Sus juegos son tan encantadores que no existen observadores que no haya expresado su admiración y referido sus conciertos melodiosos, formados por los silbidos agudos de los machos y los silbidos melancólicos de las hembras, antes de que, recordando sus obligaciones ciudadanas, se dedicaran a la invención de diferentes medios diabólicos para el exterminio de estos saqueadores. Puesto que la reproducción de todo género de aves rapaces y bestias de presa para la lucha con los *susliki* resultó infructuosa, actualmente la última palabra de la ciencia en esta lucha consiste en inocularles el cólera.

Las poblaciones de los perros de las praderas (*Cynomys sp.*), en las llanuras de la América del Norte, presentan uno de los espectáculos más atrayentes. Hasta donde el ojo puede abarcar la extensión de la pradera se ven, por doquier, pequeños montículos de tierra, y sobre cada uno se encuentra una bestezuela, en conversación animadísima con sus vecinos, valiéndose de sonidos entrecortados parecidos al ladrido. Cuando alguien da la señal de la aproximación del hombre, todos, en un instante, se zambullen en sus pequeñas cuevas, desapareciendo como por encanto. Pero no bien el peligro ha pasado, los pequeños animales salen inmediatamente. Familias enteras salen de sus cuevas y comienzan a jugar. Los jóvenes se arañan y provocan mutuamente, se enojan, se paran graciosamente sobre las patas traseras, mientras los viejos vigilan. Familias enteras se visitan, y los senderos bien trillados entre los montículos de tierra demuestran que tales visitas se repiten muy a menudo. Dicho más brevemente, algunas de las mejores páginas de nuestros mejores naturalistas están dedicadas a la descripción de las sociedades de los perros de las praderas de América, de las marmotas del Viejo Continente y de las marmotas polares de las regiones alpinas. A pesar de eso, tengo que repetir respecto a las marmotas lo mismo que dije sobre las abejas. Han conservado sus instintos bélicos, que se manifiestan también en cautiverio. Pero en sus grandes asociaciones, en contacto con la naturaleza libre, los instintos antisociales no encuentran terreno para su desarrollo y el resultado final es la paz y la armonía.

Aun animales tan belicosos como las ratas, que siempre se pelean en nuestros sótanos, son lo bastante inteligentes no solo para no disputar cuando se entregan al saqueo de las despensas, sino para prestarse ayuda mutua durante

¹⁴⁷ Actualmente las marmotas se consideran como pertenecientes al género *Marmota*. [N. de E.]

¹⁴⁸ El *Zemstvo* era una institución zarista de autonomía provincial, creada en 1864, con representantes elegidos de la nobleza y de los artesanos, donde solo votaban las personas con ingresos importantes. [N. de E.]

sus asaltos y migraciones. Es sabido es que a veces hasta alimentan a sus inválidos. En cuanto a la rata castor o rata almizclera del Canadá¹⁴⁹ (nuestra ondatra) y el desman¹⁵⁰ se distinguen por su elevada sociabilidad. Audubon habla con admiración de sus “comunidades pacíficas, que, para ser felices, solo necesitan que no se las perturbe”. Como todos los animales sociales, están llenos de alegría de vivir, son juguetones y fácilmente se unen con otras especies de animales y, en general, se puede decir que han alcanzado un grado elevado de desarrollo intelectual. En la construcción de sus poblados, situados siempre a orillas de los lagos y de los ríos, evidentemente toman en cuenta el nivel variable de las aguas, dice Audubon; sus casas cupuliformes, construidas con arcilla y cañas, poseen rincones apartados para los detritus orgánicos; y sus salas, en la época invernal, están bien tapizadas con hojas y hierbas: son tibias, y al mismo tiempo están bien ventiladas. En cuanto a los castores, como es bien sabido, están dotados de un carácter sumamente simpático; sus asombrosos diques y poblados, en los cuales viven y mueren generaciones enteras sin conocer más enemigos que la nutria y el hombre, constituyen asombrosas muestras de lo que la ayuda mutua puede dar al animal para la conservación de la especie, la formación de las costumbres sociales y el desarrollo de las capacidades intelectuales. Los diques y poblados de los castores son bien conocidos por todos los que se interesan en la vida animal y por esto no me detendré más en ellos. Observaré únicamente que, en los castores, ratas almizcleras y algunos otros roedores, encontramos ya aquel rasgo que es también característico de las sociedades humanas, o sea, el trabajo en común.

Pasaré en silencio dos grandes familias, en cuya composición entran los ratones saltadores o jerbos¹⁵¹ (la *yerboa* egipcia o pequeño *emuran*, y el *alataga*), la chinchilla, la vizcacha¹⁵² (liebre americana subterránea) y el *tushkan*¹⁵³ (liebre subterránea del sur de Rusia), a pesar de que las costumbres de todos estos pequeños roedores podrían servir como excelentes muestras de los placeres que los animales obtienen de la vida social¹⁵⁴. Menciono los placeres, puesto que es sumamente difícil determinar qué es lo que hace reunirse a los animales: si la necesidad de protección mutua o simplemente el placer, la costumbre de sentirse rodeados de sus congéneres. En todo caso, nuestras liebres vulgares, que no se reúnen en sociedades para la vida en común, y más aún, que no están dotadas de sentimientos paternales

¹⁴⁹ *Ondatra zibethicus*. [N. de E.]

¹⁵⁰ *Desmana moschata*. [N. de E.]

¹⁵¹ El jerbo egipcio, *Jaculus jaculus*, y otras especies de la misma familia. [N. de E.]

¹⁵² *Lagostomus maximus*. [N. de E.]

¹⁵³ *Ochotona pusilla*. [N. de E.]

¹⁵⁴ Con respecto a la vizcacha, se debe subrayar el interesante hecho de que estos pequeños animales, altamente sociables, no solo viven juntos pacíficamente en sus poblados, sino que durante la noche poblaciones enteras van a visitar a sus vecinos. La sociabilidad, de este modo, se extiende a toda la especie y no únicamente a la sociedad o al grupo como vemos en la hormiga. Cuando un chacarero destruye una cueva de vizcachas y entierra a sus habitantes bajo un montón de arena, las otras vizcachas, según dice Hudson, vienen de lugares bastantes alejados para desenterrar a los sepultados vivos (*The Naturalist in La Plata*, 1892, pág. 311). Este hecho, muy conocido en el Plata, ha sido verificado por el mismo autor.

especialmente fuertes, no pueden vivir, sin embargo, sin reunirse para los juegos comunes. [G. F.] Dietrich [aus] dem Winckell, considerado el mejor conocedor de la vida de las liebres, las describe como jugadoras apasionadas; se excitan de tal manera con el proceso del juego que es conocido el caso de unas liebres que tomaron a un zorro, que se aproximó sigilosamente, como compañero de juego¹⁵⁵. En cuanto a los conejos, viven constantemente en sociedades, y toda su vida reposa sobre el principio de la antigua familia patriarcal; los jóvenes obedecen ciegamente al padre, e incluso al abuelo¹⁵⁶. Con respecto a esto, sucede algo interesante; estas dos especies próximas, los conejos y las liebres, no se toleran mutuamente, y no porque se alimenten de la misma clase de comida, como suelen explicarse casos semejantes, sino, lo que es más probable, porque la apasionada liebre, que es una gran individualista, no puede trabar amistad con una criatura tan tranquila, apacible y humilde como el conejo. Sus temperamentos son tan diferentes que deben constituir un obstáculo para su amistad.

En la vasta familia de los equinos, en la que entran los caballos salvajes y asnos salvajes de Asia, las cebras, los *mustangs*, los cimarrones de las pampas y los caballos semisalvajes de Mongolia y Siberia, encontramos de nuevo la sociabilidad más estrecha. Todas estas especies y razas viven en rebaños numerosos, cada uno de los cuales se compone de muchos grupos, que comprenden varias yeguas bajo la dirección de un padrino. Estos innumerables habitantes del viejo y del nuevo mundo —hablando en general, bastante débilmente organizados para la lucha con sus numerosos enemigos y también para defenderse de las condiciones climáticas desfavorables— desaparecerían de la faz de la tierra si no fuera por su espíritu social. Cuando se aproxima un predador, varios grupos se reúnen inmediatamente; rechazan el ataque del carnívoro y, a veces, hasta lo persiguen; debido a esto, ni el lobo, ni siquiera el león, pueden capturar un caballo, ni aun una cebra mientras no se haya separado del grupo. Hasta de noche, gracias a su inusual prudencia gregaria y a la inspección preventiva del lugar, que realizan individuos experimentados, las cebras pueden ir a abreviar al río, a pesar de los leones que acechan en los matorrales¹⁵⁷.

Cuando la sequía quema la hierba de las praderas, los grupos de caballos y cebras se reúnen en rebaños cuyo número alcanza, a veces, hasta diez mil cabezas, y emigran a nuevos lugares. Y cuando en invierno, en nuestras estepas asiáticas, rugen las tormentas de nieve, los grupos se mantienen cerca unos de otros y juntos buscan protección en cualquier quebrada. Pero, si la confianza mutua, por alguna razón, desaparece en el grupo, o el pánico hace presa de los caballos y los dispersa, entonces la mayor parte perece y se encuentra a los sobrevivientes, después de la nevada, medio muertos de cansancio. La unión es, de tal modo, su arma principal en la lucha por la existencia y el hombre, su principal enemigo. Retirándose ante el número creciente de este enemigo, los antecesores de nuestros caballos domésticos (denominados *Equus przewalskii* por Poliakov) prefirieron emigrar a las más salvajes y menos accesibles partes del altiplano de

¹⁵⁵ *Handbuch Für Jäger und Jagdberechtigte*, citado por Brehm, t. II, pág. 223.

¹⁵⁶ Buffon: *Histoire Naturelle*.

¹⁵⁷ Esto es bien visible en los apuntes de Schillings en el libro anteriormente citado.

las fronteras del Tíbet, donde han sobrevivido hasta ahora, rodeados en verdad de carnívoros y en un clima que poco cede por su crudeza a la región ártica, pero en un lugar todavía inaccesible al hombre¹⁵⁸.

Muchos ejemplos sorprendentes de sociabilidad podrían ser tomados de la vida de los ciervos, y en especial de la vasta división de los rumiantes, en la que pueden incluirse a los gamos, antílopes, gacelas, cabras, íbices y, en suma, casi la totalidad de tres familias numerosas: antilópidos, cápridos y óvidos. La vigilancia con que preservan sus rebaños de los ataques de los carnívoros; la ansiedad demostrada por el rebaño entero de gamuzas hasta que no han atravesado todos un lugar peligroso a través de los peñascos rocosos; la adopción de los huérfanos; la desesperación de la gacela, cuyo macho o cuya hembra, o hasta un compañero del mismo sexo, han sido muertos; los juegos de los jóvenes y muchos otros rasgos se podrían agregar para caracterizar su sociabilidad¹⁵⁹. Pero, quizá, constituyan el ejemplo más sorprendente de apoyo mutuo las migraciones ocasionales de los corzos¹⁶⁰, parecidas a las que observé una vez en el Amur.

Cuando crucé los altiplanos del Asia Oriental y su cadena limítrofe, el Gran Jingan, por el camino de Transbaikalia a Merguen, y luego seguí viaje por las altas planicies de Manchuria, en mi marcha hacia el Amur puede comprobar cuán escasamente pobladas de corzos se hallan estas regiones casi inhabitables¹⁶¹. Dos años más tarde, yo viajaba a caballo Amur arriba y, a fines de octubre, alcancé la comarca inferior de aquella pintoresca garganta a través de la cual el Amur penetra a través de Dousse-Alin (Pequeño Jingan), antes de alcanzar las tierras bajas, donde se une con el Sungari. En las *stanitsas*¹⁶² distribuidas en esta parte del pequeño Jingan, encontré a los cosacos presos de la mayor excitación, pues sucedía que miles y miles de corzos cruzaban a nado el Amur allí, en el lugar más angosto del gran río, para llegar a las sierras bajas del Sungari. Durante varios días, en una extensión de más de sesenta kilómetros río arriba, los cosacos hicieron una carnicería entre los corzos que cruzaban a nado el Amur, el que ya entonces llevaba mucho hielo. Mataban miles por día, pero el movimiento de corzos no se interrumpía

¹⁵⁸ Con respecto a los equinos, es necesario notar que la cebra *quagga* [esta subespecie, *Equus quagga quagga*, de la cebra de las planicies se extinguió a fines del siglo XIX], que nunca se junta con la cebra *dauw*, vive sin embargo en buenas relaciones no solo con los avestruces, que desempeñan excelentemente sus obligaciones de centinelas, sino también con las gacelas, algunas especies de antílopes y ñus. En el presente caso, tenemos una muestra de la intolerancia recíproca entre la *quagga* y la *dauw*, que no puede ser explicada por la rivalidad provocada por la comida. Ya el hecho de que la *quagga* viva junto con los rumiantes que se alimentan de la misma hierba que ella, excluye semejante hipótesis, y debemos buscar la explicación en la incompatibilidad de caracteres, como en las relaciones de la liebre y del conejo. Ver, además, Clive Phillips-Wolley, *Big Game Shooting* (Badminton Library), que contiene excelentes ejemplos de convivencia de diferentes especies en el África oriental.

¹⁵⁹ Brehm transcribe muchos datos semejantes basados en la observación de los mejores naturalistas.

¹⁶⁰ *Capreolus pygargus*. [N. de E.]

¹⁶¹ El cazador tungús que nos acompañaba se disponía a casarse, y por eso trataba de reunir la mayor cantidad posible de pieles de corzos, para lo cual trotaba a caballo días enteros por las pendientes de las colinas en busca de ciervos, mientras nuestra caravana se movía por el fondo del valle. A pesar de esto, en todo el día, a menudo no alcanzaba a matar ni un corzo, y era un buen cazador.

¹⁶² Aldeas cosacas. [N. de T.]

Nunca habían visto antes una migración semejante y, con toda probabilidad, hay que buscar sus causas en el hecho de que en el Gran Jingan y en sus declives orientales habían caído entonces nieves tempranas desusadamente copiosas, que habían obligado a los corzos a hacer el intento desesperado de alcanzar las tierras bajas al este del Gran Jingan. Y en realidad, pasados algunos días, cuando comencé a cruzar estas últimas montañas, las hallé profundamente cubiertas de nieve porosa que alcanzaba hasta el metro de profundidad. Vale la pena reflexionar sobre esta migración de corzos. Es necesario imaginar el territorio inmenso (de más de doscientos kilómetros de ancho por setecientos cincuenta de largo), donde debieron reunirse los grupos de corzos dispersos, para iniciar una migración forzada por la presión de circunstancias completamente excepcionales. Es necesario imaginar, luego, las dificultades que debieron vencer los corzos antes de llegar a una idea en común sobre la necesidad de cruzar el Amur, no en cualquier parte, sino justo más al sur, donde su lecho se estrecha y en donde, cruzándolo, saldrían a las tierras bajas templadas. Cuando uno se imagina todo esto, no es posible dejar de sentir profunda admiración ante el grado y la fuerza de la sociabilidad evidenciada en este caso por estos inteligentes animales.

No menos asombrosas, en lo que respecta a la capacidad de unión y de acción común, son las migraciones de bisontes que tienen lugar en América del Norte. Es verdad que ordinariamente pacían en cantidades enormes en las praderas, pero esas masas estaban compuestas de un número infinito de pequeños rebaños que nunca se mezclaban. Y todos estos pequeños grupos, por más dispersos que estuvieran sobre el inmenso territorio, en caso de necesidad, se reunían y formaban las enormes columnas de centenares de miles de individuos de las que he hablado en una de las páginas precedentes.

Debería decir también al menos unas pocas palabras de las “familias compuestas” de los elefantes, de su afecto mutuo, de la manera meditada como apostan sus centinelas y de los sentimientos de simpatía que se desarrollan entre ellos bajo la influencia de esa vida, plena de estrecho apoyo mutuo¹⁶³. Podría hacer mención también a los sentimientos sociales existentes entre los poco prestigiosos jabalíes, y podría elogiarlos por la inteligencia que muestran al unirse en el caso de ser atacados por un carnívoro¹⁶⁴. Los hipopótamos y los rinocerontes deben también tener su lugar en un trabajo consagrado a la sociabilidad de los animales. Se podrían escribir también varias páginas asombrosas sobre la sociabilidad y el mutuo afecto de las focas y morsas y, finalmente, podrían mencionarse los buenos sentimientos desarrollados entre las especies sociales de la familia de los cetáceos. Pero aún es necesario decir algo sobre las sociedades de los monos, que son especialmente interesantes porque representan la transición a las sociedades de los hombres primitivos.

¹⁶³ Según Samuel W. Baker, los elefantes se unen a veces en grupos más amplios que las “familias compuestas”. “A menudo observé —dice— en la parte de Ceilán que es conocida con el nombre de País de los Parques, las huellas de numerosos elefantes. Evidentemente eran rebaños bastante grandes, reunidos para emprender una retirada general del lugar que consideraban inseguro”. (*Wild Beasts and their Ways*, t. 1, pág. 102).

¹⁶⁴ Los cerdos domésticos, cuando son atacados por los lobos, actúan del mismo modo, según afirma Hudson en la obra ya citada. [En realidad, en su libro, Hudson no habla de lobos sino de pumas, N. de E.]

Es casi innecesario recordar que estos mamíferos que ocupan la cima misma del mundo animal, y son los más próximos al hombre, por su constitución y por su inteligencia, se destacan por su extraordinaria sociabilidad. Naturalmente, en tan vasta división del mundo animal, que incluye centenares de especies, encontramos inevitablemente la mayor diversidad de pareceres y costumbres. Pero, tomando todo esto con consideración, hay que reconocer que la sociabilidad, la acción en común, la protección mutua y el elevado desarrollo de los sentimientos que son consecuencia necesaria de la vida social, son los rasgos distintivos de casi todas las especies de simios. Comenzando por las más pequeñas y terminando por las más grandes, la sociabilidad es la regla, y tiene solo muy pocas excepciones.

Las especies de monos que viven solitarios son muy raras. Así, los monos nocturnos prefieren la vida aislada; los capuchinos (*Cebus capucinus*), los “ateles” —grandes monos aulladores que se encuentran en el Brasil— y los aulladores en general viven en pequeñas familias; Wallace nunca observó a los orangutanes más que aislados o formando pequeños grupos de tres a cuatro individuos; y los gorilas, según parece, nunca se reúnen en grupos. Pero todas las restantes especies de monos: chimpancés, gibones, los monos arbóreos de Asia y África, los macacos, mogotes, todos los papiones parecidos a perros, los mandriles y todos los pequeños juguetones son muy sociables. Viven en grandes bandas y algunas reúnen varias especies distintas. La mayoría de ellos se sienten completamente infelices cuando se hallan solitarios. El grito de llamada de cada mono inmediatamente reúne a toda la banda, y todos juntos rechazan valientemente los ataques de casi todos los animales carnívoros y aves de rapiña. Ni siquiera las águilas se deciden a atacar a los monos. Saquean siempre nuestros campos en bandas, y entonces los viejos se encargan de la tarea de cuidar la seguridad de la sociedad. Los pequeños titíes, cuyas caras infantiles tanto asombraron a Humboldt, se abrazan y protegen mutuamente de la lluvia enrollando la cola alrededor del cuello del compañero que tiembla de frío. Algunas especies tratan a sus camaradas heridos con extrema solicitud, y durante la retirada nunca abandonan a un herido antes de convencerse de que ha muerto, o que está fuera de sus fuerzas el volverlo a la vida. Así, James Forbes refiere en sus *Oriental Memoirs*¹⁶⁵ con qué persistencia reclamaron los monos a su partida la entrega del cadáver de una hembra muerta, y que esta exigencia fue hecha en forma tal que comprendió perfectamente por qué “los testigos de esta extraordinaria escena decidieron en adelante no disparar nunca más contra los monos”¹⁶⁶.

En algunas especies varios monos se reúnen cuando quieren volcar una piedra y recoger los huevos de hormigas que se encuentran bajo ella. Los papiones de África del Norte¹⁶⁷, que viven en grandes bandas, no solo colocan centinelas, sino que observadores dignos de toda fe los han visto formar una cadena para transportar a lugar seguro los frutos robados. Su coraje es bien conocido; la descripción de Brehm, que refirió detalladamente la lucha regular sostenida por su

caravana antes de que los papiones les permitieran proseguir viaje en el valle de Mensa, en Abisinia, se ha convertido en un clásico¹⁶⁸.

Son conocidas también los juegos de los monos platirinos, que los han hecho merecedores de su propio nombre (juguetones), y gracias a este rasgo de sus sociedades también es conocido el afecto mutuo que reina en las familias de chimpancés. Y si entre los simios superiores hay dos especies (orangután y gorila) que no se distinguen por la sociabilidad, es necesario recordar que ambas especies están limitadas a superficies muy reducidas (una vive en África Central y la otra en las islas de Borneo y Sumatra), y con toda evidencia constituyen los últimos restos moribundos de dos especies que fueron antes incomparablemente más numerosas¹⁶⁹. El gorila, por lo menos así parece, ha sido sociable en tiempos pasados, siempre que los simios citados por el cartaginés Hannon en la descripción de su viaje (*Periplus*¹⁷⁰) hayan sido realmente gorilas.

Así que, aun en nuestra rápida ojeada vemos que la vida en sociedad no constituye una excepción en el mundo animal; por el contrario, es una regla general, una ley de la naturaleza, y alcanza su más pleno desarrollo en los vertebrados superiores. Hay muy pocas especies que viven solitarias o solamente en pequeñas familias y son, comparativamente, poco numerosas. A pesar de eso, hay fundamentos para suponer que, con pocas excepciones, hasta que el género humano se multiplicó sobre la superficie de la tierra y comenzó a librar contra ellos una guerra de exterminio y a destruir las fuentes de sus alimentos, todas las aves y los mamíferos que en el presente no viven en bandadas o rebaños han vivido antes en sociedades. “On ne s’associe pas pour mourir” —observó justamente Espinas¹⁷¹. También Houzeau, que conocía bien el mundo animal de algunas partes de América cuando aún no habían sido modificadas por el hombre, escribió en el mismo sentido¹⁷².

La asociación se encuentra en el mundo animal en todos los grados de evolución; y de acuerdo con la gran idea de Herbert Spencer, tan brillantemente desarrollada por Perrier en *Les Colonies Animales*, las “colonias”, es decir, sociedades estrechamente ligadas, aparecen ya en el principio mismo del desarrollo del mundo animal. A medida que nos elevamos en la escala de la evolución, vemos cómo la asociación de los animales se vuelve más y más consciente. Pierde su carácter puramente físico, luego cesa de ser instintiva y se hace razonada. Entre los vertebrados superiores, la asociación es o bien temporaria, o bien periódica, o sirve para la satisfacción de alguna necesidad definida, por ejemplo la reproducción, las migraciones, la caza o la defensa mutua. Se hace hasta accidental, por ejemplo, cuando las aves se reúnen contra un rapaz, o los mamíferos se agrupan para emigrar bajo la presión de circunstancias excepcionales. En este último caso, la asociación se convierte en una desviación voluntaria del modo habitual de vida.

¹⁶⁸ Brehm: I, 82; Darwin: *The Descent of Man*, cap. III. La expedición de Kozlov (1899-1901) tuvo que mantener también una lucha semejante en el norte del Tíbet.

¹⁶⁹ Véase el apéndice VII.

¹⁷⁰ *The Periplus of Hannon, King of the Karchedonians*. [N. de E.]

¹⁷¹ Ob. cit.

¹⁷² Ob. cit.

¹⁶⁵ James Forbes: *Oriental Memoirs. A narrative of seventeen years residence in India*, Londres, 1813. [N. de E.]

¹⁶⁶ El relato completo de Forbes también aparece en el libro de Romanes, *Animal Intelligence*, pág. 472.

¹⁶⁷ *Papio hamadryas*. [N. de E.]

A veces, la unión aparece en dos o más grados: al principio, la familia; después, el grupo y, por último, la sociedad de grupos, ordinariamente dispersos, pero que se reúnen en caso de necesidad, como hemos visto en el ejemplo de los búfalos y otros rumiantes. La asociación también toma formas más elevadas, y entonces asegura mayor independencia para cada individuo, sin privarlo, al mismo tiempo, de las ventajas de la vida social. De tal modo, en la mayoría de los roedores, cada familia tiene su propia vivienda, a la que puede retirarse si desea el aislamiento; pero esas viviendas se distribuyen en pueblos y ciudades enteras, de modo que aseguran a todos los habitantes todas las comodidades y las alegrías de la vida social. Por último, en algunas especies, como por ejemplo las ratas, marmotas, liebres, etc., la sociabilidad de la vida se mantiene a pesar del carácter pendenciero o las inclinaciones egoístas de los individuos aislados.

En estos casos, la asociación no está impuesta, como en las hormigas y abejas, por la estructura fisiológica; sino que se ejerce por las ventajas de la ayuda mutua o por los placeres que proporciona. Y esto, finalmente, se manifiesta en todos los grados posibles, y la mayor variedad de caracteres individuales y específicos, y la mayor variedad de formas de vida social es su consecuencia y, para nosotros, una prueba más de su generalidad¹⁷³.

La sociabilidad, es decir, la necesidad experimentada por los animales de asociarse con sus semejantes, el amor a la sociedad por la sociedad, unido al “placer de la vida”, solo ahora comienza a recibir la debida atención por parte de los zoólogos¹⁷⁴. Actualmente sabemos que todos los animales, comenzando por las hormigas, pasando por las aves y terminando con los mamíferos superiores, aman los juegos, disfrutan de luchar, correr tratando de atraparse, bromear, etcétera. Y así muchos juegos son, de alguna manera, una escuela para que los jóvenes aprendan a conducirse al llegar a la madurez; a la par de ellos, existen también juegos que, aparte de sus fines utilitarios, junto con las danzas y canciones, constituyen la simple manifestación de un exceso de fuerzas vitales, “de una alegría de vivir”, y expresan el deseo de entrar, de un modo u otro, en sociedad con los otros individuos de su misma especie, o hasta de otra. Dicho más brevemente, estos juegos constituyen la manifestación de la *sociabilidad* en el verdadero sentido de la palabra, como rasgo distintivo de *todo* el mundo animal¹⁷⁵. Ya sea por el sentimiento de miedo experimentado ante la aparición de un ave de rapiña, o por una “explosión de alegría” que se manifiesta cuando los animales están sanos y, en especial, cuando son jóvenes, o bien sencillamente por el deseo de liberarse del exceso de impresiones y de fuerza vital, o la necesidad

de comunicar sus impresiones, la necesidad del juego en común, de parlotear, o simplemente la sensación de la proximidad de otros seres semejantes, *esta necesidad se extiende a toda la naturaleza* y constituye, tanto como cualquier otra función fisiológica, el rasgo característico de la *vida* y la sensibilidad en general. Esta necesidad alcanza su más elevado desarrollo y toma las formas más bellas en los mamíferos, especialmente en los individuos jóvenes, y más aún en las aves; pero se extiende a toda la naturaleza. Ha sido detenidamente observada por los mejores naturalistas, incluyendo a Pierre Huber, aun entre las hormigas; y no hay duda de que ese mismo instinto reúne a las mariposas en las enormes columnas de las que hemos hablado antes.

La costumbre de las aves de reunirse para bailar y embellecer los lugares donde se desarrollan habitualmente las danzas es bien conocida por las páginas que Darwin dedicó a este tema en su *El origen del hombre* (cap. XIII). Los visitantes del jardín zoológico de Londres conocen también las pérgolas, bellamente adornadas, del pajarito satinado construida con ese mismo fin¹⁷⁶. Pero esta costumbre de danzar resulta mucho más extendida de lo que antes se suponía, y W. Hudson, en su obra maestra sobre la región del Plata, hace una descripción sumamente interesante de las complicadas danzas ejecutadas por numerosas especies de aves: ipacaás, jacanas, teros¹⁷⁷.

La costumbre de cantar en común que existe en algunas especies de aves, pertenece a la misma categoría de instintos sociales. En un grado asombroso está desarrollada en el chajá sudamericano (*Chauna chavarría*¹⁷⁸) y al que los ingleses dieron el poco imaginativo nombre de “gritón crestado”. Estas aves se reúnen, a veces, en enormes bandadas y en tales casos organizan a menudo todo un concierto. Hudson las encontró cierta vez en cantidades innumerables, posadas alrededor de un lago de las pampas, en bandadas separadas de unas quinientas aves.

Una bandada que estaba cerca de mí comenzó a cantar, y el fuerte coro duró tres o cuatro minutos. Cuando cesó, la bandada siguiente cantó a su vez y así sucesivamente el canto fue seguido hasta por las bandadas de la orilla opuesta, de donde venían notas fuertes y claras, que iban disminuyendo en intensidad, hasta que la bandada próxima a mí reanudó el canto¹⁷⁹.

Otra vez el mismo zoólogo tuvo ocasión de observar a una innumerable bandada de chajás que cubría toda la llanura, pero esta vez dividida no en secciones, sino en parejas y en grupos pequeños. Alrededor de las nueve de la noche,

¹⁷³ Tanto más extraño resulta leer en el artículo de Huxley antes mencionado la siguiente paráfrasis de la bien conocida frase de Rousseau: “El primer hombre que sustituyó la paz mutua por la guerra mutua, cualquiera que fuera el motivo que le obligó a dar este paso, *creó la sociedad*”. (*The Nineteenth Century*, feb. 1888, pág. 165). La sociedad *no* fue creada por el hombre, precedió al hombre.

¹⁷⁴ Monografías tales como el capítulo “La música y el baile en la naturaleza”, de Hudson (en Hudson, *The Naturalist in La Plata*) y Karl Groos, *The Plays of Animals*, ilustraron hasta cierto punto la cuestión de este instinto, que tiene una generalidad absoluta en la naturaleza.

¹⁷⁵ No solo muchas especies de aves tienen costumbre de reunirse frecuentemente en un mismo lugar para entregarse a todo tipo de entretenimientos y danzas, sino que, como escribió W. H. Hudson, casi todos los mamíferos y aves (en realidad, quizá todos) a menudo se entregan a juegos más o menos regulares o determinados, en silencio o acompañados por sonidos (pág. 264).

¹⁷⁶ Esta ave australiana, pariente de nuestra oropéndola y llamada por los ingleses “satin bird”, construye en lugar de nido una glorieta de ramas, con una mecedora, adornada con toda clase de objetos brillantes: plumas de papagayo, conchas, etc. El nombre latino del pájaro satinado es *Eulampis holosericeus*. [Confusión de Kropotkin: la especie por él citada es un colibrí centroamericano. El pergolero satinado, *Ptilonorhynchus violaceus*, es efectivamente australiano, N. de E.]

¹⁷⁷ *Aramides ypecaba*, *Jacana jacana* y *Vanellus chilensis*, respectivamente. [N. de E.]

¹⁷⁸ Actualmente *Chauna torquata*. [N. de E.]

¹⁷⁹ Todas las citas de la obra *The Naturalist in La Plata* de Guillermo Enrique Hudson que se reproducen en el texto, han sido tomadas de la traducción de la edición de Emecé *El naturalista en El Plata*, Buenos Aires, 1955. [N. de E.]

...cuando toda aquella multitud de aves que cubría un espacio de varios kilómetros, prorrumpió en un tremendo concierto nocturno [...] ¡Bien valía la pena haberse galopado treinta leguas para oírlo!¹⁸⁰

A la observación precedente se puede agregar que el chajá, como todos los animales sociales, se domestica fácilmente y se aficiona mucho al hombre. Se nos dice que “son aves de buen carácter que rara vez riñen, por más que estén provistas de armas formidables”, afirma Hudson, a pesar de estar bien armadas y provistas de espolones bastante amenazadores en las alas. La vida en sociedad, sin embargo, hace superfluas estas armas.

El hecho de que la vida social sirva de arma poderosísima en la lucha por la existencia (tomando este término en el sentido amplio de la palabra) es confirmado, como hemos visto en las páginas precedentes, por ejemplos bastante diversos, y de tales ejemplos, si fuera necesario, se podrían citar un número incomparablemente mayor. La vida en sociedad, como hemos visto, da a los insectos más débiles, a las aves más débiles y a los mamíferos más débiles la posibilidad de defenderse de los ataques de las aves y animales carnívoros más temibles, o prevenirse de ellos. También les asegura longevidad; da a las especies la posibilidad de criar una descendencia con el mínimo de desgaste innecesario de energías y de sostener su número aún en caso de natalidad muy baja; permite a los animales gregarios realizar sus migraciones y encontrar nuevos lugares de residencia. Por esto, aun reconociendo enteramente que la fuerza, la velocidad, la coloración protectora, la astucia y la resistencia al frío y al hambre mencionadas por Darwin y Wallace realmente constituyen cualidades que hacen al individuo más apto (o a las especies más aptas), en *algumas* circunstancias, nosotros afirmamos que la sociabilidad es la ventaja más grande en la lucha por la existencia en *todas las* circunstancias naturales, sean cuales fueran. Las especies que voluntaria o involuntariamente reniegan de ella están condenadas a la extinción, mientras que los animales que saben unirse del mejor modo tienen mayores oportunidades para subsistir y para un desarrollo máximo, a pesar de ser inferiores a los otros en *cada una* de las particularidades enumeradas por Darwin y Wallace, con excepción de las facultades intelectuales. Los vertebrados superiores, y en especial el género humano, sirven como la mejor demostración de esta afirmación.

En cuanto a las facultades intelectuales desarrolladas, todo darwinista está de acuerdo con Darwin en que ellas constituyen el instrumento más poderoso en la lucha por la existencia y la fuerza más poderosa para el desarrollo máximo; pero debe estar de acuerdo, también, en que las facultades intelectuales, más que todas las otras, están condicionadas en su desarrollo por la vida social. La lengua, la imitación y la experiencia acumulada son condiciones necesarias para el desarrollo de las facultades intelectuales y precisamente los animales no sociables suelen estar desprovistos de ellas. Por eso nosotros encontramos que en la cima de las diversas clases se hallan animales tales como las abejas, las hormigas y las termitas entre los insectos, los loros entre las aves y los monos entre los mamíferos, en los cuales está altamente desarrollada la sociabilidad y, con ella, naturalmente, las facultades intelectuales. En consecuencia, los más adaptados son los animales sociales y *la*

¹⁸⁰ Sobre los coros de monos, véase Brehm, t. I.

sociabilidad aparece como el principal factor de evolución, tanto indirecta, porque asegura el bienestar de la especie junto con la disminución del gasto inútil de energía, como directamente, porque favorece el crecimiento de la inteligencia.

Además, es evidente que la vida en sociedad sería completamente imposible sin el correspondiente desarrollo de los sentimientos sociales, en especial, si el sentimiento colectivo de justicia (principio fundamental de la moral) no se hubiera desarrollado y convertido en costumbre. Si cada individuo abusara constantemente de sus ventajas personales y los restantes no intervinieran en favor del ofendido, ninguna clase de vida social sería posible. Y los sentimientos de justicia se desarrollan, en mayor o menor grado, en todos los animales gregarios. Por grande que sea la distancia de donde vienen las golondrinas o las grullas, tanto las unas como las otras vuelven cada una al mismo nido que construyeron o repararon el año anterior. Si algún gorrión perezoso (o joven) tratara de apoderarse de un nido que construye un camarada, o aun de robarle algunas briznas de paja, todo el grupo reaccionaría en contra del perezoso; lo mismo en muchas otras aves, y es evidente que si semejantes intervenciones no fueran la regla, entonces las sociedades de aves para el anidamiento serían imposibles. Los distintos grupos de pingüinos tienen su lugar de descanso y su lugar de pesca, y no se pelean por ellos. Los rebaños de ganado vacuno de Australia tienen cada uno su lugar determinado, adonde invariablemente se dirigen día a día a descansar, etcétera¹⁸¹.

Disponemos de gran cantidad de observaciones directas que hablan de la paz que reina entre las aves que se asocian para anidar, en las poblaciones de roedores, en los rebaños de herbívoros, etc.; pero, por otra parte, pocas son las observaciones directas de animales sociales que disputan constantemente entre sí, como hacen las ratas de nuestras despensas, o las morsas que pelean por el lugar para calentarse al sol en las riberas que ocupan. La sociabilidad, de tal modo, pone límites a la lucha física y da lugar al desarrollo de los mejores sentimientos morales. Es bastante conocido el elevado desarrollo del amor paternal en todas las clases de animales, sin exceptuar siquiera a los leones y tigres. Y en cuanto a las aves y a los mamíferos jóvenes, que vemos asociarse continuamente, es la simpatía, y no el amor, lo que les permite desarrollar sus sociedades cada vez más.

Dejando de lado los actos realmente conmovedores de apego y compasión que se han observado tanto entre los animales domésticos como entre los silvestres mantenidos en cautiverio, disponemos de un número suficiente de hechos plenamente comprobados que testimonian la manifestación del sentimiento de compasión entre los animales salvajes en libertad. Max Perty y L. Büchner reunieron no pocos de tales hechos¹⁸². El relato de Wood de como una comadreja¹⁸³ apareció para levantar y llevarse a una compañera herida, goza de una popularidad bien

¹⁸¹ [H. W.] Haygarth: *Recollections of Bush Life in Australia*, pág. 58. Lo mismo concierne también a los búfalos.

¹⁸² Cito solo algunos ejemplos: un tejón herido fue llevado por otro que apareció repentinamente en su ayuda; se ha visto a ratas alimentar a dos compañeras ciegas (*Über das Seelenleben der Thiere*, pág. 64 y ss.). El mismo Brehm pudo ver a dos cornejas que alimentaban en el hueco de un árbol a una tercera que estaba herida desde varias semanas antes (*Der illustrierte Hausfreund*, 1874, 715; Büchner, *Liebe*, 203). [Edward] Blyth en la India vio a cornejas que alimentaban a dos o tres congéneres ciegas, etc.

¹⁸³ *Mustela nivalis*. [N. de E.]

merecida¹⁸⁴. A la misma categoría de hechos se refiere la conocida observación del capitán [Howard] Stanbury, durante su viaje por la altiplanicie de Utah, en las Montañas Rocosas, citada por Darwin. Stanbury observó a un pelícano ciego que era alimentado, y bien alimentado, por otros pelícanos, que le traían pescado desde casi cuarenta y cinco kilómetros¹⁸⁵. H. [Hugh A.] Weddell, durante su viaje por Bolivia y Perú, observó más de una vez que, cuando un rebaño de vicuñas es perseguido por cazadores, los machos fuertes cubren la retirada del rebaño, separándose a propósito para proteger a los que se retiran. Lo mismo se observa constantemente en Suiza entre las cabras salvajes. Los ejemplos de compasión de los animales hacia sus camaradas heridos son constantemente citados por los zoólogos de campo: y uno solo puede asombrarse por la vanidad del hombre, que desea indefectiblemente apartarse del mundo animal, cuando se ve que semejantes casos no son generalmente reconocidos. Estos actos son perfectamente naturales. La compasión necesariamente se desarrolla en la vida social. Pero también indica un avance considerable de la inteligencia y de la sensibilidad general. Es el primer paso hacia el desarrollo de los sentimientos morales superiores y, a su vez, un factor poderoso de la evolución posterior.

Si las opiniones expuestas en las páginas precedentes son correctas, entonces surge, naturalmente, la cuestión: ¿hasta dónde concuerdan con la teoría de la lucha por la existencia, de la manera como ha sido desarrollada por Darwin, Wallace y sus continuadores? Contestaré brevemente ahora a esta importante cuestión¹⁸⁶. Ante todo, ningún naturalista dudará de que la idea de la lucha por la existencia, conducida a través de toda la naturaleza orgánica, constituye la más grande generalización de nuestro siglo. La vida *es* lucha, y en esta lucha sobreviven los más aptos. Pero, la cuestión reside en esto: ¿llega esta competencia hasta los límites supuestos por Darwin o, aún, por Wallace? Y, ¿desempeñó en el desarrollo del reino animal el papel que se le atribuye?

Pero las respuestas a las cuestiones ¿con que armas se sostiene más apropiadamente esta lucha? y ¿cuáles de ellas son las más aptas?, van a diferir ampliamente según la importancia atribuida a los dos aspectos diferentes de la lucha: una directa, la lucha por los alimentos y la seguridad de los individuos aislados, y otra, que Darwin describió como “metafórica”, *que se da frecuentemente en forma colectiva*, contra las circunstancias adversas. Nadie puede negar que, dentro de cada especie, existe una cierta competencia por el alimento, por lo menos en determinados períodos. Pero la cuestión es si esta competencia alcanza la extensión admitida por Darwin, o el mismo Wallace, y si ha desempeñado el papel que se le ha atribuido en la evolución del reino animal.

¹⁸⁴ J. [G.] Wood: *Man and Beast: Here and Hereafter*, pág. 344. Wood era un naturalista cuyos libros populares gozan aún hoy, en Inglaterra, de una difusión amplia y merecida.

¹⁸⁵ L. H. Morgan: *The American Beaver*, 1868, pág. 272; Darwin, *The Descent of Man*, cap. IV.

¹⁸⁶ La analizo más detalladamente en el libro listo para entrar en prensa sobre las causas de la variabilidad de las especies, que ya ha sido publicado en artículos en la revista *The Nineteenth Century*. [Véase el apéndice de la presente edición donde se reproduce nuestra traducción del artículo de la revista *The Nineteenth Century and After* de enero de 1919 “The direct action of environment and evolution”, que se publicó como libro en el Smithsonian Report de 1920, N. de E.]

La idea que permea la obra de Darwin es, sin duda, la de la existencia de una verdadera competencia¹⁸⁷, de una lucha dentro de cada grupo animal por el alimento, la seguridad y la posibilidad de dejar descendencia. Con frecuencia habla de regiones pobladas de vida animal hasta sus límites máximos, y de tal sobrepoblación infiere la necesidad de la competencia. Pero cuando buscamos en su libro pruebas reales de tal competencia, debemos reconocer que no las encontramos convincentes. Si vemos el apartado titulado “La lucha por la existencia es más severa entre individuos y variedades de una misma especie”, no encontramos esa abundancia de pruebas y ejemplos que estamos acostumbrados a encontrar en toda obra de Darwin. De la lucha entre los individuos de una misma especie, bajo el título arriba citado, no se aporta ni un ejemplo; se acepta como axioma. Para la competencia entre especies cercanas de animales solo da cinco ejemplos, de los cuales, en todo caso, uno (que se refiere a dos especies de tordos) resulta dudoso, según las más recientes observaciones, y otro (referente a las ratas), también suscitará dudas¹⁸⁸.

Si comenzamos a buscar en Darwin mayores detalles con objeto de convencernos hasta dónde el crecimiento de una especie realmente está condicionado por el decrecimiento de otra especie, encontramos que, con su habitual buena fe, dice lo siguiente:

Podemos sospechar (*dimly see*) por qué la competencia debe ser tan rigurosa entre las formas emparentadas que llenan casi un mismo lugar en la naturaleza; pero, probablemente en ningún caso podríamos determinar con precisión por qué una especie ha logrado la victoria sobre otras en la gran batalla de la vida.

Wallace, que cita en su exposición del darwinismo¹⁸⁹ los mismos hechos, pero bajo el título ligeramente modificado (“La lucha por la existencia entre

¹⁸⁷ Darwin emplea la palabra *competition*, que viene del término francés *compétition*, que se traduce muchas veces en ruso por *sorevnovanie* (emulación) o *sopernishchestvo* (rivalidad). En el caso que tenemos, la palabra *sostiazanie* (concurso, competición, lucha) responde mejor, a mi parecer, a *competition*, la palabra utilizada por Darwin. [N. de R.]

¹⁸⁸ Menciona que una especie de golondrina provocó, en América del Norte, la disminución del número de otra especie de golondrinas; el reciente aumento en Escocia del número de tordos charlos [*Turdus viscivorus*] provocó la disminución de los tordos comunes [*Turdus philomelos*]; la rata parda ocupó el lugar de la rata negra en Europa; en Rusia, las pequeñas cucarachas desalojaron de todas partes a sus congéneres más grandes y en Australia las abejas de colmenas, importadas, exterminan rápidamente a las pequeñas abejas indígenas carentes de aguijón. Otros dos casos, pero que se refieren a animales domésticos, son mencionados en el párrafo precedente. Citando esos mismos hechos, A. R. Wallace observa en una nota relativa a los tordos escoceses: “El profesor A. Newton, sin embargo, me informa de que estas especies no chocan entre sí en la forma que se ha sido dicho” (*Darwinism*, pág. 34). En cuanto a las ratas pardas [*Rattus norvegicus*], es sabido que debido a sus costumbres anfibias habitualmente se crían en las dependencias bajas de las viviendas humanas (sótanos, caños de desagüe, etc.), y también en las orillas de los canales y ríos; igualmente emprenden emigraciones a lugares distantes, reuniéndose para ello en bandadas innumerables. La rata negra [*Rattus rattus*], por el contrario, prefieren asentarse en nuestras propias viviendas, en los subsuelos y en establos y depósitos. De tal modo, está mucho más expuesta a ser exterminada por el hombre, debido a lo cual es imposible afirmar, con cierto grado de seguridad, si la rata negra está siendo exterminada o a llevada morir de inanición por la rata parda o por la acción del hombre.

¹⁸⁹ Alfred Russel Wallace: *Darwinism: An Exposition of the Theory of Natural Selection with Some of Its Applications*, Londres, 1889. [N. de E.]

los animales y las plantas estrechamente emparentados es con frecuencia rigurosísima”), hace la observación siguiente, que da a los hechos arriba citados un aspecto completamente distinto. Dice (las cursivas son mías):

En algunos casos, sin duda, se libra una verdadera guerra entre dos especies, y la especie más fuerte mata a la más débil; *pero esto de ningún modo es necesario* y pueden darse casos en que especies más débiles físicamente pueden vencer, debido a su mayor poder de multiplicación rápida, a la mayor resistencia con respecto a las condiciones climáticas hostiles o a la mayor astucia que les permite evitar los ataques de sus enemigos comunes.

De tal manera, en tales casos, lo que se describe como competencia, puede no ser una real competencia. De ningún modo una especie desaparece porque otra especie la ha exterminado o la ha hambreado, privándola de los medios de subsistencia, sino porque no pudo adaptarse bien a nuevas condiciones, mientras que la otra especie logró hacerlo. La expresión “lucha por la existencia” se emplea aquí, una vez más, en su sentido metafórico, y puede que no tenga otro sentido. En cuanto a la competencia real por el alimento entre los individuos de una misma especie, que Darwin ilustró en otro lugar con un ejemplo tomado de la vida del ganado vacuno de América del Sur durante una sequía, el hecho de haber sido tomado de la vida de animales domésticos disminuye significativamente su valor. En circunstancias semejantes, los bisontes emigran con el objeto de evitar la competencia por el alimento. Por más intensa que sea la lucha entre las plantas —y esto está plenamente demostrado—, podemos solo repetir con respecto a ella la observación de Wallace: “Las plantas viven allí donde pueden”, mientras que los animales, en gran medida, tienen la posibilidad de elegir el lugar donde vivir. Y nosotros nos preguntamos de nuevo: ¿en qué medida existe realmente la competencia, dentro de cada especie animal? ¿En qué está basada esta suposición?

La misma observación tengo que hacer con respecto al argumento “indirecto” en favor de la realidad de una competencia rigurosa y la lucha por la existencia dentro de cada especie, que se puede deducir del “exterminio de las variedades de transición”, mencionadas tan a menudo por Darwin. Lo que pasa es lo siguiente: como es sabido, a Darwin le preocupaba la ausencia de una gran cadena de formas intermedias entre especies estrechamente emparentadas, y buscó la solución de esta dificultad en el supuesto exterminio de todas las formas intermedias¹⁹⁰. Sin embargo, la lectura atenta de los diferentes capítulos en los que Darwin y Wallace hablan de esta materia, fácilmente lleva a la conclusión de que la palabra “exterminio” empleada por ellos no se debe entender en el sentido estricto del término, y menos aún al exterminio por falta de alimento y, en general, por la superpoblación. La observación que hizo Darwin acerca del

¹⁹⁰ “Pero puede argüirse que cuando diferentes especies muy afines viven en el mismo territorio debiéramos encontrar seguramente hoy día muchas formas de transición... Según mi teoría, estas especies afines descendiendo de un antepasado común, y durante el proceso de modificación se ha adaptado cada una a las condiciones de vida de su propia región y ha suplantado y exterminado a su forma madre primitiva y a todas las variedades de transición entre su estado presente y su estado pasado”. (*On the Origin of Species*, 6ª edición inglesa, pág. 134. Véanse también págs. 137 y 296 y todo el párrafo sobre “la extinción”).

significado de su expresión: “lucha por la existencia”, evidentemente se aplica en igual medida también a la palabra “exterminio. Debe ser interpretada en su sentido “metafórico”.

Si partimos de la suposición de que una superficie determinada está poblada de animales hasta los límites máximos de su capacidad y que, debido a esto, entre todos sus habitantes se libra una lucha aguda por los medios de subsistencia indispensables —estando cada animal obligado a luchar contra todos sus congéneres para obtener el alimento cotidiano—, entonces la aparición de una variedad nueva, y que ha tenido éxito, sin duda implicará en muchos casos (aunque no siempre) la aparición de individuos tales que podrán apoderarse de una parte de los medios de subsistencia mayor que la que les corresponde de su cuota parte; entonces el resultado sería la condena a la inanición tanto a la forma parental que no posee la nueva modificación, como a todas las formas intermedias que no la posean en el mismo grado. Es muy posible que al principio Darwin comprendiera la aparición de las nuevas variedades precisamente en tal aspecto; por lo menos, el uso frecuente de la palabra “exterminio” produce tal impresión. Pero tanto él como Wallace conocían demasiado bien la naturaleza para no ver que de ningún modo este es el único y necesario curso de los acontecimientos.

Si las condiciones físicas y biológicas de una superficie determinada, la extensión ocupada por cierta especie y el modo de vida de todos los miembros de esta especie permanecieran siempre invariables, entonces la aparición repentina de una variedad realmente podría llevar a la consunción y al exterminio de todos los individuos que no poseyeran, en la medida necesaria, el nuevo rasgo que caracteriza a la nueva variedad. Pero, precisamente, no vemos en la naturaleza semejante combinación de condiciones, semejante invariabilidad. Cada especie tiende constantemente a la expansión de su lugar de residencia, y la emigración a nuevas residencias es regla general, tanto para las veloces aves como para el lento caracol. En cada extensión determinada de la superficie terrestre se producen constantemente cambios físicos, y el rasgo característico de las nuevas variedades entre los animales en un gran número de casos —quizá en la mayoría— no es de ningún modo la aparición de nuevas armas para arrebatar el alimento de la boca de sus congéneres (el alimento es solo una de las centenares de condiciones diversas de la existencia), sino, como el mismo Wallace demostró en un hermoso párrafo sobre “la divergencia de los caracteres” (*Darwinism*, página 107), el principio de la nueva variedad puede ser *la formación de nuevas costumbres, la migración a nuevos lugares de residencia y la transición a nuevas formas de alimentos*.

En todos estos casos no ocurrirá ningún exterminio, hasta faltará la lucha por el alimento, puesto que la nueva adaptación servirá para *disminuir la competencia, si esta existiera realmente*. Sin embargo, se producirá, transcurrido cierto tiempo, una ausencia de eslabones intermedios como resultado de la simple *supervivencia de aquéllos que están mejor adaptados a las nuevas condiciones*. Esto se realizará también, sin duda, como si el exterminio de las formas originales supuesto por la hipótesis hubiera ocurrido. Apenas es necesario agregar que si admitimos, junto con Spencer, todos los lamarckistas y el mismo Darwin, la

influencia modificadora del medio ambiente en las especies que viven en él —y la ciencia contemporánea se mueve más y más en esta dirección—, la hipótesis del exterminio de las formas intermedias es aún menos necesaria.

La importancia de las migraciones y el consecuente aislamiento de los animales para la aparición y el afianzamiento de nuevas variedades y, en definitiva, de nuevas especies, que señaló Moritz Wagner, ha sido reconocida plenamente por el mismo Darwin. En realidad, no es raro que parte de los animales de una especie determinada sean sometidos a nuevas condiciones de vida, y a veces separados de la parte restante de su especie, razón por la cual aparece y se afianza una nueva raza o variedad. Las últimas investigaciones subrayaron aún más la importancia de este factor, y mostraron también de qué modo la amplitud del territorio ocupado por determinada especie —a la que Darwin, con razón, atribuía gran importancia para la aparición de nuevas variedades— puede estar unida al aislamiento de cierta parte de una especie determinada, en virtud de cambios geológicos o la aparición de barreras locales. Entrar aquí a juzgar toda esta amplia cuestión sería imposible, pero bastarán algunas observaciones para ilustrar la acción combinada de tales influencias. Como es sabido, no es raro que parte de una especie determinada recurra a un nuevo género de alimento. Por ejemplo, si se produce una escasez de piñas en los bosques de alerces, las ardillas se trasladan a los pinares, y este cambio de alimento, como señaló Poliakov, produce cambios fisiológicos determinados en el organismo de esas ardillas. Si este cambio de costumbres no se prolonga, si al año siguiente hay otra vez abundancia de piñas en los sombríos bosques de alerces, entonces, evidentemente, no se forma ninguna variedad nueva. Pero si parte de la inmensa extensión ocupada por las ardillas empieza a cambiar de carácter físico, digamos debido a la suavización del clima, o a una sequía, y estas dos causas facilitaran el aumento de la superficie de los pinares en desmedro de los bosques de alerces, y si algunas otras condiciones contribuyeran a hacer que parte de las ardillas se mantuvieran en los bordes de la región, entonces aparecerá una nueva variedad, es decir, una incipiente nueva especie de ardilla. Pero la aparición de esta variedad no irá acompañada, decididamente, por nada que pudiese merecer el nombre de exterminio entre ardillas. Cada año sobrevivirá una proporción algo mayor, en comparación con otras, de ardillas de esta variedad nueva y mejor adaptada, y los eslabones intermedios se extinguirán *en el transcurso del tiempo*, sin que sus competidores malthusianos las condenen de ningún modo a la muerte por hambre. Precisamente, ante nuestros ojos se realizan procesos semejantes a raíz de los grandes cambios físicos que se producen en vastas extensiones de Asia Central como consecuencia de la desecación que se viene produciendo allí desde el período glacial.

Pero este argumento no prueba nada. Con el mismo criterio podríamos tomar algunas aldeas del Sureste de Rusia, cuyos habitantes no han sufrido por la carencia de alimento, pero que, al mismo tiempo, no tuvieron ninguna clase de instalaciones sanitarias; y habiendo observado que en los últimos setenta u ochenta años su natalidad media alcanza al sesenta por mil y que, sin embargo, su población durante este tiempo no ha aumentado —tengo en mis manos tales hechos concretos—, podríamos quizá llegar a la conclusión de que se habría producido

una terrible competencia entre sus habitantes, pero la realidad es que año tras año la población permanece estable porque un tercio de los recién nacidos muere cada año sin haber llegado al sexto mes de vida; la mitad de los niños muere en el curso de los cuatro años siguientes, y de cada centenar de nacidos, solo 17 alcanzan la edad de veinte años. De tal modo los recién venidos al mundo se van de él antes de alcanzar la edad en que pudieran llegar a ser competidores. Es evidente que, si algo así ocurre entre los seres humanos, es aún más probable que ocurra entre los animales. Y realmente, en el mundo de las aves se produce una destrucción de huevos en medida tan colosal que al principio del verano los huevos constituyen el alimento principal de algunas especies de animales. Y eso sin hablar de las tormentas e inundaciones que destruyen por millones los nidos en América y en Asia, y de los cambios bruscos en el clima que resultan fatales para los mamíferos jóvenes. Cada tormenta, cada inundación, cada cambio brusco de temperatura, cada incursión de las ratas a los nidos de las aves destruyen a aquellos competidores que parecen tan terribles en teoría.

En cuanto a los hechos de la multiplicación extremadamente rápida de los caballos y del ganado vacuno en América, y también de los cerdos y de los conejos en Nueva Zelanda, desde que los europeos los introdujeron en esos países, y aun de los animales silvestres importados de Europa (donde su cantidad disminuye por la acción del hombre y no por la de la competencia), es evidente que más bien contradicen la teoría de la superpoblación. Si los caballos y el ganado vacuno pudieron multiplicarse en América a esa velocidad, esto demostraría que, por numerosos que fueran los bisontes y otros rumiantes en el Nuevo Mundo en aquellos tiempos, su población herbívora estaba muy por debajo de la cantidad que las praderas podían alimentar. Si millones de inmigrantes hallaron, no obstante, alimento suficiente sin hacer pasar hambre a la población anterior de las praderas, deberíamos llegar más bien a la conclusión de que los europeos hallaron en América una cantidad escasa, y no excesiva, de herbívoros, a pesar de la cantidad increíblemente enorme de bisontes o de palomas silvestres que fue encontrada por los primeros exploradores de América del Norte.

Además, me permito decir que existen bases serias para pensar que la escasez de población animal constituye la situación natural de las cosas en todo el globo terrestre, con pocas excepciones temporales a esta regla. En realidad, la cantidad de animales existentes en una determinada región no está determinada por su capacidad máxima de alimentación, sino por lo que ofrece cada año en *las condiciones menos favorables*. Lo importante no es saber cuántos millones de búfalos, cabras, ciervos, etc., pueden alimentarse en un territorio determinado durante un verano exuberante y de lluvias moderadas, sino cuántos sobrevivirán si se produce uno de esos veranos secos en que toda la hierba se quema, o un verano húmedo en que territorios semejantes a la Europa central se convierten en pantanos continuos, como he visto en la meseta de Vitimsk, o cuando las praderas y los bosques se incendian en miles de kilómetros cuadrados, como hemos visto en Siberia y en Canadá.

He aquí por qué la competencia, la lucha por el alimento, difícilmente pueda ser la condición normal de la vida. Pero, aparte de esto, hay otras causas que a

su vez disminuyen aún más este nivel de población. Si tomamos los caballos y el ganado vacuno que pasan todo el invierno pastando en las estepas de la Transbaikalia, encontramos, al finalizar el período, a todos ellos muy enflaquecidos y exhaustos. Pero esto no es resultado de la carencia de alimento, puesto que debajo de la delgada capa de nieve hay pasto en abundancia por doquier: su causa reside en la dificultad de extraer el pasto que está debajo de la nieve, y esta dificultad es la misma para todos los caballos. Además, a principios de la primavera suele haber escarcha y, si esta se prolonga algunos días sucesivos, los caballos son víctimas de una extenuación aún mayor. Si además de esto a continuación sobrevienen tormentas de nieve, los animales, ya debilitados, se ven obligados a permanecer algunos días completamente privados de alimento, muriendo en grandes cantidades. Las pérdidas durante la primavera suelen ser tan elevadas, que si esta se ha distinguido por una extrema crudeza, no pueden ser compensadas ni aún por un nuevo aumento de los nacimientos, tanto más cuanto *todos* los caballos suelen estar agotados y los potrillos nacen débiles. La cantidad de caballos y de ganado vacuno siempre se mantiene considerablemente inferior a la que podría mantenerse en otras condiciones si no existiera esta causa especial: la primavera fría y tormentosa. Durante todo el año hay alimento en abundancia: alcanzaría para una cantidad de animales cinco o diez veces mayor de la que existe en realidad; y sin embargo la población crece en forma extremadamente lenta. Pero cuando los buriatos¹⁹¹ dueños del ganado y de los caballos comienzan a hacer una pequeña provisión de heno en las estepas y les permiten el acceso durante la escarcha o las nieves profundas, inmediatamente se puede observar el aumento de sus rebaños.

En las mismas condiciones se encuentran casi todos los animales silvestres que pastan y muchos roedores de Asia y América; por eso podemos afirmar con seguridad que su número *no* se mantiene bajo por la competencia; que en ninguna época tienen que luchar por alimentos y que si nunca se reproducen hasta llegar al grado de superpoblación, la razón reside en el clima y no en la competencia.

La importancia en la naturaleza de los *controles naturales* a la reproducción excesiva, y en especial su relación con la hipótesis de la competencia, aparentemente no fue tomada todavía en la consideración que merece. Estos controles o, más exactamente, algunos de ellos, se citan de paso, pero hasta ahora no se ha examinado en detalle su acción. Sin embargo, si se compara la acción real de las causas naturales sobre la vida de las especies animales con la acción posible de la competencia dentro de las especies, debemos reconocer en seguida que la última no soporta ninguna comparación con cualquiera de los otros controles. Así, por ejemplo, Bates menciona la cantidad sencillamente inimaginable de hormigas aladas que perecen durante sus éxodos. Los cuerpos muertos o semimueertos de la hormiga de fuego (*Myrmica saevissima*¹⁹²), arrastrados al río durante una tormenta, “presentaban una línea de dos centímetros a cinco de alto y de la misma anchura, y la línea se extendía sin interrupción en la extensión de varios kiló-

¹⁹¹ Pueblo de etnia mongola distribuido mayormente en el sur de la región central de Siberia, en la costa y en las cercanías del lago Baikal. [N. de E.]

¹⁹² Actualmente *Solenopsis saevissima*. [N. de E.]

metros al borde del agua”¹⁹³. Miríadas de hormigas suelen ser destruidas de tal modo, en medio de una naturaleza que podría alimentar mil veces más hormigas de las que vivían entonces en este lugar.

El Dr. Altum, un silvicultor alemán que escribió un libro muy instructivo sobre los animales perjudiciales para nuestros bosques, aporta también muchos hechos que demuestran la gran importancia de los controles naturales a la multiplicación excesiva. Dice que una sucesión de tormentas o el tiempo frío y neblinoso durante la emigración de la polilla del pino (*Bombyx pini*¹⁹⁴) la destruye en cantidades inverosímiles, y en la primavera del año 1871 todas estas polillas desaparecieron de golpe, probablemente destruidas por una sucesión de noches frías¹⁹⁵. Se podrían citar ejemplos semejantes, relativos a los insectos de diferentes partes de Europa. El Dr. Altum también menciona las aves que devoran a las polillas y la enorme cantidad de huevos de estos insectos destruidos por los zorros; pero agrega que los hongos parásitos que la atacan periódicamente son enemigos de la polilla considerablemente más terribles que cualquier ave, puesto que destruyen a la polilla de golpe, en una extensión enorme. En cuanto a las diferentes especies de ratones (*Mus sylvaticus*¹⁹⁶, *Arvicola arvalis*¹⁹⁷ y *A. agrestis*¹⁹⁸), el mismo autor expone una larga lista de sus enemigos, pero observa: “Sin embargo, los enemigos más terribles de los ratones no son otros animales, sino los cambios bruscos de tiempo que se producen casi todos los años”. Si las heladas y el tiempo templado se alternan, destruyen a los ratones en cantidades innumerables; “un solo cambio súbito de temperatura puede reducir una población de muchos miles de ratones, a nada más que algunos pocos individuos”. Por otra parte, un invierno templado o un invierno que avanza paulatinamente les da la posibilidad de multiplicarse en proporciones amenazantes, a pesar de cualquier enemigo; como sucedió en los años 1876 y 1877¹⁹⁹. La competencia es, de tal modo, con respecto a los ratones, un factor completamente insignificante en comparación con el clima. Hechos del mismo género son citados también con respecto a las ardillas.

En cuanto a las aves, todos sabemos bien cómo sufren por los cambios bruscos de tiempo. Las nevadas a fines de la primavera son tan ruinosas para las aves tanto en los pantanos de Inglaterra como en Siberia y Charles Dixon tuvo ocasión de ver a los urogallos rojos²⁰⁰ tan presionados durante algunos inviernos excepcionalmente crudos, que eran llevados al extremo de abandonar los páramos en grandes cantidades “y conocemos casos en que eran atrapados en las calles de Sheffield”. “La persistente humedad —agrega— es también prácticamente fatal para ellos”.

¹⁹³ *The Naturalist on the River Amazons*, t. II, págs. 85, 95 de la edición inglesa. Lo mismo he podido ver por lo menos una vez el litoral sur de Inglaterra, de lo que informé convenientemente en la revista *Nature*. En general, tal fenómeno es bastante corriente.

¹⁹⁴ Actualmente *Dendrolinus pini*. [N. de E.]

¹⁹⁵ Dr. [Bernard] Altum: *Waldbeschädigungen durch Thiere und Gegenmittel* (Berlín, 1880, pág. 207 y ss.).

¹⁹⁶ Actualmente *Apodemus sylvaticus*. [N. de E.]

¹⁹⁷ Actualmente *Microtus arvalis*. [N. de E.]

¹⁹⁸ Actualmente *Microtus agrestis*. [N. de E.]

¹⁹⁹ Dr. B. Altum: obra citada, págs. 13 y 187.

²⁰⁰ *Lagopus scoticus*.

Por otra parte, las enfermedades contagiosas que afectan de tiempo en tiempo a la mayoría de las especies animales las destruyen en tal cantidad que a menudo las pérdidas no pueden ser repuestas durante muchos años, ni aun entre los animales que se multiplican más rápidamente. Así, por ejemplo, hace alrededor de sesenta años [en los años 40 del siglo XIX], los *susliki* súbitamente desaparecieron de los alrededores de Sarepta, en la Rusia suroriental, debido a cierta epidemia, y durante mucho tiempo no fue posible encontrar en estos lugares ni un solo *susliki*. Pasaron muchos años antes de que se multiplicaran como anteriormente²⁰¹.

Se podría agregar en cantidad hechos semejantes, cada uno de los cuales disminuye la importancia atribuida a la competencia y a la lucha dentro de las especies²⁰². Naturalmente, se podría contestar con las palabras de Darwin de que, sin embargo, cada ser orgánico, “en cualquier período de su vida, en el transcurso de cualquier estación del año, en cada generación, o de tiempo en tiempo, debe luchar por la existencia y sufrir una gran destrucción”, y de que solo los más aptos sobreviven a tales períodos de dura lucha por la existencia. Pero si la evolución del mundo animal estuviera basada exclusivamente, o aun preferentemente, en la supervivencia de los más aptos en *períodos de calamidades*, si la selección natural estuviera limitada en su acción a los períodos de sequía excepcional, o cambios bruscos de temperatura o inundaciones, entonces *la regla general en el mundo animal sería la regresión, y no el progreso*.

Aquellos que sobreviven al hambre, o a una epidemia severa de cólera, viruela o difteria, como las que se observan en países no civilizados, de ninguna manera *son más fuertes, más sanos ni más inteligentes*. Ningún progreso podría basarse sobre semejantes supervivencias, tanto más cuanto que *todos* los que han sobrevivido ordinariamente salen de la experiencia con la salud quebrantada, como los caballos de Transbaikalia que hemos mencionado antes, o las tripulaciones de los barcos árticos, o las guarniciones de las fronteras obligadas a vivir durante algunos meses a media ración y que salen de esta experiencia con la salud destrozada y con una mortalidad completamente anormal. Todo lo que la selección natural puede hacer en los períodos de calamidad se reduce a la conservación de los individuos dotados de una mayor *resistencia* para soportar toda clase de privaciones. Tal es el papel de la selección natural entre los caballos siberianos y el ganado vacuno. *Son* realmente resistentes; en caso de necesidad pueden alimentarse del abedul polar y pueden hacer frente al frío y al hambre. Pero, en cambio, el caballo siberiano solo puede llevar la mitad de la carga que lleva sin esfuerzo el caballo europeo; ninguna vaca siberiana alcanza a dar la mitad de la cantidad de leche que da la vaca Jersey y ningún nativo de los países no civilizados soporta la comparación con los europeos; aunque puede resistir más fácilmente el hambre y el frío, sus fuerzas físicas son considerablemente inferiores a las fuerzas del europeo bien alimentado y su progreso intelectual es desesperadamente lento. “¿Qué es la selección natural? ¿Es el bien o el mal? No hay que ser muy culto para comprender: es mala”, como escribió [Nikolay G.] Chernishevski en un ensayo notable consagrado al darwinismo²⁰³.

²⁰¹ A. Becker, en el *Bulletin de la Société des Naturalistes de Moscou*, 1889, pág. 625.

²⁰² Véase el apéndice IX.

²⁰³ *Russkaya Mysl [El pensamiento ruso]*, n.º 9, 1888: “Proisjodenie teorii blagotvornosti borbi za zhizn” [“Origen de la teoría de los beneficios de la lucha por la vida”], por “Un viejo transformista”.

Por fortuna, la competencia no constituye regla general ni para el mundo animal ni para la humanidad. Se limita, entre los animales, a períodos determinados y la selección natural encuentra mejor terreno para su actividad. Las mejores condiciones para la selección *progresiva* son creadas por medio de la *eliminación de la competencia*, por medio de la ayuda mutua y del apoyo mutuo²⁰⁴. En la gran lucha por la existencia —por la mayor plenitud e intensidad de vida posible con el mínimo de desgaste innecesario de energía— la selección natural busca continuamente medios, precisamente con el fin de evitar la competencia en cuanto sea posible. Las hormigas se unen en nidos y tribus; reúnen provisiones, crían “ganado” para sus necesidades y de tal modo evitan la competencia; y la selección natural escoge las especies de hormigas que mejor saben evitar la competencia interna, con sus inevitables consecuencias perniciosas. La mayoría de nuestras aves se trasladan lentamente al Sur, a medida que avanza el invierno, o se reúnen en sociedades innumerables y emprenden largos viajes, evitando así la competencia. Muchos roedores hibernan al llegar la época de una posible competencia y otros roedores se proveen de alimento para el invierno y viven en común en grandes poblaciones a fin de obtener la protección necesaria durante sus labores. Los renos, cuando los líquenes se secan en el interior del continente, emigran en dirección del mar. Los bisontes atraviesan continentes inmensos en busca de alimentos en abundancia. Y los castores, cuando son demasiado numerosos en un río, se dividen en dos partes: los viejos se van río abajo, y los jóvenes lo remontan, para evitar la competencia. Y si, por último, los animales no pueden entregarse al sueño invernal ni emigrar, ni hacer provisiones de alimentos, ni cultivar ellos mismos el alimento necesario como hacen las hormigas, entonces se portan como los páridos²⁰⁵ (véase la hermosa descripción de Wallace en *Darwinism*, cap. V): recurren a una nueva clase de alimento y, de tal modo, una vez más, evitan la competencia²⁰⁶.

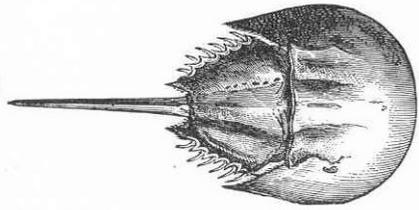
¡No a la competencia! Siempre es dañina para la especie, y existen abundantes medios para evitarla. Tal es la *tendencia* de la naturaleza, no siempre plenamente realizable, pero siempre presente. Tal es la consigna que llega hasta nosotros desde los matorrales, bosques, ríos y océanos. *Por consiguiente: ¡Únanse! ¡Practiquen la ayuda mutua! Es el medio más justo para garantizar la seguridad máxima tanto para cada uno en particular como para todos en general; es la mejor garantía para la existencia y el progreso físico, intelectual y moral.*

He aquí lo que nos enseña la naturaleza; y es lo que han hecho todos los animales que alcanzaron la más elevada posición en sus clases respectivas. A esta misma orden de la naturaleza obedeció el hombre —el más primitivo— y solo debido a ello alcanzó la posición que ocupa ahora. El lector se convencerá de la realidad de esta tendencia natural leyendo los capítulos siguientes, consagrados a la ayuda mutua en las sociedades humanas.

²⁰⁴ “Uno de los modos más corrientes en que actúa la selección natural —dice Darwin— es la adaptación de algunos individuos de una especie determinada a un modo de vida algo diferente, debido a lo cual pueden ocupar lugares aún no ocupados en la naturaleza” (*On the Origin of Species*, cap. VI). En otras palabras: evitar la competencia.

²⁰⁵ Familia de aves passeriformes con una amplia distribución en la mayor parte de Eurasia, América del Norte y África subsahariana. [N. de E.]

²⁰⁶ Véase el apéndice X.



Limulus polyphemus



Uria bruennichii



Caracara plancus



Vanellus chilensis



Cacatua galerita



Chauna torquatta



Lagostomus maximus



Bison bison



Capreolus pygargus

CAPÍTULO III LA AYUDA MUTUA ENTRE LOS SALVAJES

La supuesta guerra de cada uno contra todos — Origen tribal de la sociedad humana — Aparición tardía de la familia separada — Bosquimanos y hotentotes — Australianos, papúes — Esquimales, aleutianos — Rasgos de la vida de los salvajes difícilmente comprensibles para los europeos — La concepción de la justicia entre los dayacos — El derecho común

Hemos considerado rápidamente, en los dos capítulos precedentes, el enorme papel de la ayuda mutua y del apoyo mutuo en el desarrollo progresivo del mundo animal. Ahora tenemos que echar una mirada al papel que los mismos fenómenos desempeñaron en la evolución de la humanidad. Hemos visto cuán insignificante es el número de especies animales que llevan una vida solitaria y, por lo contrario, la innumerable cantidad de especies que viven en sociedades, uniéndose con fines de defensa mutua, para cazar y acumular depósitos de alimentos, para criar la descendencia o, simplemente, para disfrutar de la vida en común. Hemos visto también que, aunque no es poca la lucha que se libra entre las diferentes clases de animales —entre las diferentes especies y aun entre los diferentes grupos de la misma especie—, hablando en general, dentro del grupo y de la especie reinan la paz y el apoyo mutuo; y aquellas especies que poseen mayor inteligencia para unirse y evitar la competencia y la lucha tienen también mejores oportunidades para sobrevivir y alcanzar el máximo desarrollo progresivo. Tales especies florecen mientras que las especies que desconocen la sociabilidad van hacia la decadencia.

Es evidente que si el hombre fuera la excepción a esta regla general sería la contradicción de todo lo que sabemos de la naturaleza: un ser tan indefenso como el hombre en la aurora de su existencia podría haber hallado protección y un camino de progreso, no en la ayuda mutua, como en los otros animales, sino en la lucha irracional por ventajas personales, sin prestar atención a los intereses de toda la especie. Para toda inteligencia identificada con la idea de la unidad de la naturaleza, tal suposición debería ser completamente inadmisibles. Y, sin embargo, a pesar de su inverosimilitud y su falta de lógica, ha encontrado siempre partidarios. Siempre hubo escritores que tuvieron una visión pesimista de la humanidad. Conocían al hombre, más o menos superficialmente, según su propia experiencia personal limitada: en la historia se limitaban al conocimiento de lo que nos contaban los cronistas que siempre han prestado atención principalmente a las guerras, a las crueldades, a la opresión; y estos pesimistas llegaron a la conclusión de que la humanidad no constituye otra cosa que una sociedad de seres débilmente unidos y siempre dispuestos a pelear entre sí, y que solo la intervención de alguna autoridad impide el estallido de una contienda general.

Hobbes, filósofo inglés del siglo XVII (el primero después de Bacon que sostuvo que las concepciones morales del hombre no habían nacido de la religión) tomó, como es sabido, ese punto de vista. Los hombres primitivos, según su opinión, vivían en una eterna guerra intestina hasta que aparecieron entre ellos los legisladores, personas sabias y poderosas que asentaron el principio de la convivencia pacífica.

En tanto, algunos de sus sucesores del siglo XVIII trataron de demostrar que en ningún momento de su existencia —ni siquiera en el período más primitivo— vivió la humanidad en estado de guerra ininterrumpida, que el hombre era un ser social aún en “estado de naturaleza” y que más bien fue la falta de conocimientos más que las malas inclinaciones naturales la que llevó a la humanidad a todos los horrores que caracterizaron su vida histórica pasada. Pero los numerosos continuadores de Hobbes prosiguieron, sin embargo, sosteniendo que el llamado “estado de naturaleza” no era otra cosa que una lucha continua entre los hombres agrupados casualmente por las inclinaciones de su naturaleza bestial.

Es cierto que desde la época de Hobbes la ciencia ha hecho progresos y nosotros pisamos ahora un terreno más seguro que el que pisaron él o Rousseau. Pero la filosofía hobbesiana aún tiene muchos admiradores, y en los últimos tiempos se ha formado toda una escuela de escritores que, adoptando no tanto las ideas de Darwin como su terminología, la han aprovechado para abogar en favor de las opiniones de Hobbes sobre el hombre primitivo; y hasta consiguieron dar a esta argumentación un cierto aire de apariencia científica. Huxley, como es sabido, encabezó esta escuela, y en su conferencia, leída en el año 1888, presentó a los hombres primitivos como tigres o leones, desprovistos de toda clase de concepciones sociales, que no se detenían ante nada en la lucha por la existencia y cuya vida entera transcurría en un “combate libre continuo”. En sus palabras: “más allá de los límites familiares orgánicos y temporales, la guerra hobbesiana de cada uno contra todos era el estado normal de su existencia”²⁰⁷.

Ha sido observado más de una vez que el error principal de Hobbes, y en general de los filósofos del siglo XVIII, consistía en que se representaban al género humano primitivo en forma de pequeñas familias nómadas, a semejanza de las familias “limitadas y temporales” de los grandes animales carnívoros. Sin embargo, se ha establecido ahora positivamente que semejante hipótesis es por completo incorrecta. Naturalmente, no tenemos hechos directos que testimonien el modo de vida de los primeros seres antropoides. Ni siquiera la época de la primera aparición de tales seres está aún establecida con precisión, puesto que los geólogos contemporáneos están inclinados a ver sus huellas ya en los depósitos pliocénicos y hasta en los miocénicos del período terciario. Pero tenemos a nuestra disposición el método indirecto, que nos da la posibilidad de iluminar hasta cierto grado aun ese período lejano. Efectivamente, durante los últimos cuarenta años se han hecho investigaciones muy cuidadosas de las instituciones sociales de las razas primitivas, y estas investigaciones revelaron, en las instituciones actuales, las huellas de instituciones más antiguas, hace mucho desaparecidas, pero que, sin embargo, han dejado signos indudables de su existencia. Poco a poco toda una ciencia, la etnología, consagrada al origen de las instituciones humanas, fue creándose con los trabajos de [Johann J.] Bachofen, [John F.] McLennan, [Lewis H.] Morgan, Edward B. Tylor, [Henry J. S.] Maine, [Albert H.] Post, [Maksim] Kovalevski y muchos otros. Y esta ciencia ha establecido, fuera de toda duda, que la humanidad no comenzó su vida en forma de pequeñas familias solitarias.

²⁰⁷ *The Nineteenth Century*, febrero, 1888, pág. 165. Esta conferencia se incluyó en la selección de sus artículos y en la colección de sus obras.

Lejos de ser una forma primitiva de organización, la familia es un producto muy tardío de la evolución de la humanidad. Por más atrás que nos remontemos en paleoetnología de la humanidad encontramos que los hombres ya vivían en sociedades, en grupos, semejantes a los rebaños de los mamíferos superiores y fue necesario un desarrollo muy lento y prolongado para llevar estas sociedades hasta la organización de *gens* (o de clanes), que a su vez debió sufrir otro proceso de desarrollo también muy prolongado antes de que pudieran aparecer los primeros indicios de la familia, polígama o monógama.

Sociedades, bandas, clanes, tribus —y no la familia— fueron de tal modo la forma primitiva de organización de la humanidad y sus ancestros más antiguos. A tal conclusión llegó la etnología, después de minuciosas investigaciones. A esto mismo resultado podrían haber arribado los zoólogos, ya que ninguno de los mamíferos superiores, con excepción de algunos pocos carnívoros y algunas especies de simios indudablemente decadentes (orangutanes y gorilas), viven en pequeñas familias, errando solitarias por los bosques. Todos los otros viven en sociedades. Darwin comprendió que los monos que viven aislados nunca podrían haberse desarrollado en seres humanos, y estaba inclinado a considerar al hombre como descendiente de alguna especie de mono, comparativamente débil pero social como el chimpancé, y no de una especie más fuerte pero no social como el gorila²⁰⁸. La zoología y la paleoetnología (ciencia del hombre más antiguo) llegan, de tal modo, a la misma conclusión: la forma más antigua de la vida social fue el grupo, el clan y no la familia. Las primeras sociedades humanas simplemente fueron un desarrollo mayor de aquellas sociedades que constituyen la esencia misma de la vida de los animales superiores²⁰⁹.

Si pasamos ahora a los datos positivos, veremos que las huellas más antiguas del hombre, que datan del período glacial o posglacial más remoto, presentan pruebas indudables de que el hombre vivía ya entonces en sociedades. Muy raramente suele encontrarse un instrumento de piedra aislado, aun en la Edad de Piedra más antigua; por el contrario, donde quiera que se ha encontrado uno o dos instrumentos de piedra, pronto se encontraron allí otros, casi siempre en cantidades muy grandes. En aquellos tiempos en que los hombres vivían todavía en cavernas o en las hendiduras de las rocas, como en Hastings, o solamente se refugiaban bajo las rocas salientes, junto con mamíferos ahora extintos, y apenas sabían fabricar hachas de piedra de la forma más tosca, ya conocían las ventajas de la vida en sociedad. En Francia, en los valles de

²⁰⁸ *The Descent of Man*, cap. II, final, págs. 63-64, segunda edición.

²⁰⁹ Algunos antropólogos que comparten plenamente las opiniones arriba expuestas sobre el hombre afirman sin embargo que los monos viven en familias polígamas bajo la dirección de un “macho fuerte y celoso”. No sé hasta dónde semejante afirmación es confirmada por observaciones completamente fidedignas. Pero la página de Brehm a la cual por lo común se refieren difícilmente puede considerarse especialmente probatoria. Constituye parte de su descripción general de los simios; pero sus descripciones más detalladas de las especies separadas contradicen tal deducción general, o en todo caso no la confirman. Aun con respecto a los cercopitecos, Brehm afirma explícitamente que “casi siempre viven en grandes bandas y raramente se encuentran en familias separadas” (edición rusa, 1874, pág. 49). En cuanto a otras especies de monos, ya el mismo número de sus grupos, en los cuales siempre hay muchos machos, hace más que dudosa la hipótesis de la “familia polígama”. Es evidente que se requieren más observaciones.

los afluentes del Dordogne, en algunos lugares la superficie de las rocas está cubierta por cavernas que servían de refugio al hombre paleolítico²¹⁰, es decir, al hombre de la Edad de Piedra antigua. A veces las viviendas de las cavernas están dispuestas en pisos y, sin duda, recuerdan más los nidos de una colonia de golondrinas que a madrigueras de carnívoros. En cuanto a los instrumentos de sílice hallados en estas cavernas, según la expresión de Lubbock, “se puede decir, sin exageración, que son innumerables”. Lo mismo es verdad con respecto a todas las otras estaciones paleolíticas. A juzgar por las exploraciones de [Louis] Lartet, los habitantes de la región de Aurignac, en el sur de Francia, organizaban festines tribales en los entierros de sus muertos. De tal modo, ya en aquella época tan remota, los hombres vivían en sociedades, y en ellas aparecieron los gérmenes del rito religioso tribal, en la aurora de la aparición de los primeros antropoides.

Lo mismo se confirma, con mayor abundancia aún de pruebas, respecto al período neolítico de la Edad de Piedra más reciente. Las huellas del hombre se encuentran aquí en enormes cantidades, de modo que por ellas se pudo reconstituir en gran parte su manera de vivir. Cuando la capa de hielo (que en nuestro hemisferio debía extenderse de las regiones polares hasta el centro de Francia, Alemania y Rusia, y cubría el Canadá y también una parte considerable del territorio ocupado ahora por los Estados Unidos) comenzó a derretirse, las superficies libradas del hielo se cubrieron primero de ciénagas y pantanos, y luego de innumerables lagos²¹¹. Los lagos llenaron las depresiones y los ensanchamientos de los valles antes de que las aguas cavaran los cauces permanentes, que en la época siguiente se convirtieron en nuestros ríos. Y dondequiera nos dirijamos ahora, a Europa, Asia o América, encontramos que las orillas de los innumerables lagos de este período —que con justicia se debería llamar período lacustre— están cubiertas de vestigios del hombre neolítico. Estos son tan numerosos que solo podemos asombrarnos de la densidad de la población en aquella época. En las terrazas que ahora marcan las orillas de los antiguos lagos, los “sitios” del hombre neolítico están muy cercanos entre sí y en cada una de ellos se encuentran instrumentos de piedra en tales cantidades que no queda ni la menor duda de que durante un tiempo muy largo estos lugares fueron habitados por tribus bastante numerosas. Talleres enteros de instrumentos de sílice que, a su vez, atestiguan la cantidad de trabajadores que se reunían en un lugar, fueron descubiertos por los arqueólogos.

²¹⁰ [John] Lubbock: *Pre-historic Times: as Illustrated by Ancient Remains, and the Manners and Customs of Modern Savages*, 5ª edición, 1890.

²¹¹ La mayoría de los geólogos que han estudiado el período glaciario admiten ahora tal extensión de la capa de hielo. Cuando en el año 1874, en la conclusión de mis trabajos, emití la opinión de que la capa glaciaria polar llegaba, en la Rusia actual, casi hasta el grado cincuenta de latitud, se consideró una fantasía. Ahora, la sección de geología rusa, mantiene esta opinión con respecto a Rusia, y la mayoría de los especialistas alemanes la mantienen con respecto a Alemania. La glacialización de la mayor parte de la meseta de Francia será reconocida inevitablemente por los geólogos franceses cuando presten mayor atención a los depósitos glaciares. He visto en Clairvaux [localidad donde Kropotkin estuvo preso, condenado por anarquista], cerca de Bar-sur-Aube, pedregullo glaciario perfectamente típico, y las huellas típicas del aluvión glaciario en la costa norte de Bretaña, cerca de Saint-Malo.

Hallamos los rastros de un período más avanzado, caracterizado ya por el uso de productos de alfarería, en los llamados “desechos culinarios” de Dinamarca. Como es sabido, estas acumulaciones, de uno a dos metros de espesor, de treinta a cincuenta metros de ancho y de trescientos y más metros de longitud, están tan extendidos en algunos lugares del litoral marítimo de Dinamarca que durante mucho tiempo fueron considerados como formaciones naturales. Y, sin embargo, se componen “*exclusivamente* por materiales que fueron usados de un modo u otro por el hombre”, y están de tal modo repletos de productos del trabajo humano que Lubbock, durante una estadía de solo dos días en Milgaard, halló 191 piezas de instrumentos de piedra y cuatro fragmentos de productos de alfarería²¹². Las medidas mismas y la extensión de estos montones de restos prueban que, durante muchas y muchas generaciones, en las orillas de Dinamarca se asentaron centenares de pequeñas tribus que sin ninguna duda vivían tan pacíficamente entre sí como viven ahora los habitantes de Tierra del Fuego quienes, en estos tiempos, también acumulan conchas en depósitos similares²¹³ y toda clase de desechos.

En cuanto a las construcciones lacustres de Suiza, que representan un grado muy avanzado en el camino de la civilización, constituyen aún mejores pruebas de que sus habitantes vivían en sociedades y trabajaban en común. Es sabido que, ya en la Edad de Piedra, las orillas de los lagos suizos estaban sembradas de una serie de aldeas, compuestas de varias chozas construidas sobre una plataforma sostenida por numerosos pilotes clavados en el fondo del lago. No menos de veinticuatro aldeas, la mayoría pertenecientes a la Edad de Piedra, fueron descubiertas en los últimos años en las orillas del lago de Ginebra, treinta y dos en el lago Constanza, y cuarenta y seis en el lago de Neuchâtel, etc., cada una como testimonio de la inmensa cantidad de trabajo realizado en común, no por la familia, sino por el clan entero. Algunos investigadores suponen que la vida de estos habitantes de los lagos estaba notablemente libre de enfrentamientos bélicos; y esta es una hipótesis muy plausible por lo que conocemos de la vida de los pueblos primitivos que aún ahora viven en aldeas similares, construidas sobre pilotes a orillas del mar.

Se desprende del breve esbozo precedente que al final de cuenta nuestros conocimientos del hombre primitivo no son tan escasos y, en todo caso, hasta ahora, refutan más que confirman las hipótesis de Hobbes y de sus continuadores

²¹² *Pre-historic Times...*, págs. 232 y 242.

²¹³ Los restos culinarios, es decir, los montones de desechos de alrededor de casi dos metros de altura y treinta de longitud que yacen en las capas de la conocida colina de Hastings, frente de las cuevas donde en otros tiempos habitaron los hombres neolíticos, pertenecen a la misma categoría. Fueron cuidadosamente tamizados y estudiados por Lewis Abbott, y se componen exclusivamente de caparazones de cangrejos, huesos y fragmentos de instrumentos de sílice. Estos últimos se encuentran en tales cantidades que, visitando los montones junto con Abbott después de una fuerte lluvia, reunimos en una hora alrededor de cien raspadores y cuchillos rotos que fueron arrojados por los salvajes en los montones delante de sus viviendas por ser inservibles. Estos montones son también interesantes ya que en ellos *no* hay instrumentos que pudieran ser considerados como armas para acciones bélicas o incluso para la caza de grandes fieras. Los habitantes de aquel entonces de estos lugares se alimentaban de peces que pescaban con ganchos de sílice y solo de pequeños mamíferos.

contemporáneos. Además, estos conocimientos pueden ser completados, en gran medida, mediante la observación directa de las tribus primitivas que en el presente se hallan todavía en el mismo nivel de civilización que en el que estaban los habitantes de Europa en los tiempos prehistóricos.

Ha sido plenamente probado por Edward B. Tylor y John Lubbock que las tribus primitivas que existen en la actualidad *no* representan, como se ha afirmado, a especímenes humanos que han degenerado y que en otros tiempos conocieron una civilización más elevada. Por otra parte, a las pruebas alegadas contra la teoría de la degeneración se puede agregar todavía lo siguiente: con excepción de pocas tribus que se mantienen en las regiones montañosas poco accesibles, los llamados “salvajes” ocupan una zona que rodea a las naciones más o menos civilizadas, preferentemente en los extremos de nuestros continentes, que en su mayor parte conservan hasta ahora el carácter de la época posglacial antigua o que recientemente lo conservaba. Tales son los esquimales y sus congéneres en Groenlandia, América Ártica y Siberia Septentrional, y en el hemisferio sur, los australianos, papúes, los fueguinos y, en parte, los bosquimanos. En los límites de la extensión ocupada por pueblos más o menos civilizados, pueblos semejantes a los primitivos se encuentran solo en el Himalaya, en las tierras altas del Sureste de Asia y en la meseta brasileña. No se debe olvidar que el período glacial no terminó simultáneamente en toda la superficie del globo terrestre y todavía se prolonga en Groenlandia. Debido a esto, en la época en que las regiones litorales del océano Índico, del mar Mediterráneo o del golfo de México gozaban de un clima más templado y en ellos se desarrollaba una civilización más elevada, inmensos territorios de Europa Central, Siberia y América del Norte, y también de la Patagonia, el sur del África y de Australasia meridional permanecían todavía en las condiciones del período posglacial antiguo, que las hicieron inhabitables para las naciones civilizadas de la zona tórrida y templada. En esa época, las zonas citadas constituían algo así como el actual y terrible *urman*²¹⁴ de la Siberia del noroeste y su población, inaccesible y sin contacto con la civilización, conservó el carácter del hombre de la primera época posglacial.

Solamente más tarde, cuando la desecación hizo estos territorios más aptos para la agricultura, comenzaron a poblarse de inmigrantes más civilizados; y entonces, parte de los habitantes anteriores se fueron asimilando con los nuevos colonos, mientras que otros se retiraron más y más lejos y se asentaron en los lugares donde los encontramos ahora. Los territorios habitados por ellos en el presente conservan, o conservaban hasta una época no muy lejana, un carácter subglacial en su aspecto físico; y las artes y los instrumentos de sus habitantes son los mismos que los del neolítico, es decir, la Edad de Piedra. Y a pesar de las diferencias raciales y de las distancias que los separan, su modo de vida y sus instituciones sociales son asombrosamente semejantes. Por esto debemos considerarlos como fragmentos de la población de la época posglacial temprana del área actualmente civilizada

²¹⁴ Sinónimo de taiga, es decir el gran bioma de los bosques septentrionales de coníferas que limitan con la tundra. [N. de E.]

Lo primero que nos asombra, no bien comenzamos a estudiar a los pueblos primitivos, es la complejidad de la organización de las relaciones maritales en la que viven. En la mayoría de ellos, la familia, en el sentido como la comprendemos nosotros, existe solamente en estado embrionario. Pero tampoco constituyen “agrupaciones laxas de hombres y mujeres que se reúnen desordenadamente bajo la influencia de caprichos del momento”. Todos ellos, por el contrario, se someten a una organización determinada, que Morgan describió en sus rasgos generales y que llamó organización de *gens* o de clan²¹⁵.

Para resumir este tema tan extenso, podemos decir que ya no cabe duda de que la humanidad, al principio de su existencia, pasó por una etapa de relaciones matrimoniales que puede denominarse “matrimonio de clan o comunal”; es decir que hombres y mujeres, en clanes enteros, vivían entre sí como esposos y esposas, prestando muy poca atención al parentesco. Pero también es cierto que la costumbre imponía algunas restricciones a estas relaciones entre los sexos. Las relaciones conyugales fueron pronto prohibidas entre los hijos de una madre y las hermanas de ella, sus nietas y tías. Más tarde tales relaciones fueron prohibidas entre los hijos e hijas de una misma madre, y pronto siguieron otras restricciones.

Poco a poco se desarrolló la idea de *gens* o clan que abarcaba a todos los presuntos descendientes de una raíz común (más bien a todos los unidos en un grupo de clan por el supuesto parentesco). Y cuando una *gens* se volvía demasiado numerosa, se subdividía en varias, cada una de las cuales se dividía, a su vez, en clases (habitualmente en cuatro), y el matrimonio era permitido solo entre clases determinadas, estrictamente definidas. Se puede observar un estado semejante aun ahora entre los indígenas australianos de lengua kamilaroi. En lo que respecta a la familia, sus primeros gérmenes aparecieron en la organización de clan. Una mujer hecha prisionera durante una guerra con

²¹⁵ [J. J.] Bachofen: *Das Mutterrecht*, Stuttgart, 1861; Lewis H. Morgan: *Ancient Society or Researches in the Lines of Human Progress from Savagery through Barbarism to Civilization*, New York, 1877; [J. F.] McLennan: *Studies in Ancient History*; primera serie, nueva edición 1866, segunda serie 1896; L. [Lorimer] Fison y A. W. Howitt: *Kamilaroi and Kurnai. Group-marriage and Relationship and Marriage by Elopement*, Melbourne, 1880. Estos cuatro escritores —según la observación muy justa de [Alexis] Giraud Teulon—, partiendo de diferentes hechos y de diferentes ideas generales y utilizando métodos diferentes, llegaron a la misma conclusión. Debemos a Bachofen la noción de la familia matriarcal y la sucesión matriarcal; a Morgan la investigación del sistema del parentesco entre los malayos y entre los turanios, y también el esquema, muy inteligente, de las fases importantes de la evolución humana; a McLennan, la ley de la exogamia; a Fison y Howitt, el establecimiento del cuadro o esquema de las sociedades conyugales en Australia. Las investigaciones de los cuatro llevan a la conclusión del origen tribal de la familia. Cuando Bachofen llamó por primera vez la atención sobre la familia matriarcal en su obra, que marcó una época, y Morgan describió la organización de clan, ambos llegaron a la conclusión de que estas instituciones tenían una extensión casi general y afirmaron que las leyes conyugales constituyen la base misma de los consecutivos grados de la evolución de la humanidad. Por estas ideas fueron acusados de exageración. Sin embargo, los exámenes más cuidadosos realizados por toda una falange de estudiosos de las antiguas leyes probaron que en todas las razas de la humanidad quedan huellas de haber pasado por los mismos grados de evolución de las costumbres conyugales, tal como los que observamos hoy entre ciertos salvajes. Véanse las obras de autores como Post, [Lothar] Dargun, Kovalevski, Lubbock y sus numerosos continuadores, como [Julius] Lippert, [J. R.] Mucke y otros.

cualquier otro clan, inicialmente pertenecía como botín a todo el clan; en un período posterior, el que la había apresado la conservaba de hecho si cumplía ciertas obligaciones respecto del clan. Él la podía instalar en una cabaña separada, después de que ella hubiera pagado cierto tipo de tributo a cada miembro del clan; entonces ella podía establecer, dentro del clan, su propia familia, cuya aparición, obviamente, abría una nueva fase de la civilización²¹⁶. Pero en ningún caso la esposa que asentaba la base de la familia especialmente patriarcal podía ser tomada de su propio clan. Podía provenir solamente de un clan extraño.

Si consideramos que esta compleja organización surgió entre seres humanos que se encontraban en el punto más bajo de desarrollo que conocemos, y que se mantuvo en sociedades que no conocían más autoridad que la de la opinión pública, comprenderemos en seguida cuán profundamente arraigados debían estar los instintos sociales en la naturaleza humana hasta en sus estadios más bajos. El salvaje, que podía vivir en tal organización, sometándose por propia voluntad a las restricciones que constantemente chocaban con sus deseos personales, naturalmente no se parecía a un animal desprovisto de todo principio ético y cuyas pasiones no conocían freno. Pero este hecho se hace aún más asombroso si tomamos en consideración la enorme antigüedad de la organización de clan.

Actualmente es sabido que los semitas primitivos, los griegos de Homero, los romanos prehistóricos, los germanos de Tácito, los antiguos celtas y eslavos pasaron todos por su propio período de organización por clanes, similar al de los australianos, los indios pieles rojas, los esquimales y otros habitantes del “cinturón de los salvajes”²¹⁷.

De tal modo, debemos admitir que, o bien el desarrollo de las costumbres conyugales, por algunas razones, siguió una misma dirección en todas las razas humanas; o que los rudimentos de las leyes de clan se desarrollaron entre algunos ancestros comunes de los semitas, arios, polinesios, etc., antes de tuviera lugar su separación en razas, y estas leyes se conservaron hasta el presente entre razas que hace mucho se separaron de la raíz común. Ambas posibilidades, en igual grado, señalan, sin embargo, la asombrosa tenacidad de esta institución —una tenacidad que no pudo destruir durante muchas decenas de milenios ningún atentado que contra ella perpetrara el individuo—. Pero la misma fuerza de la organización del clan demuestra cuán falsa es la opinión por la cual se representa a la humanidad primitiva en forma de una turba desordenada de individuos que obedecen solo a sus propias pasiones y que se sirve cada uno de su propia fuerza personal y de su astucia para imponerse a todos los otros. El individualismo desenfrenado es manifestación

²¹⁶ Véase el apéndice XI.

²¹⁷ Sobre los semitas y arios, véase especialmente *Pervobitnoe pravo [Derecho primitivo]* del profesor Maksim Kovalevski, Moscú, 1886 y 1887. También sus conferencias en Estocolmo (*Tableau des origines et de l'évolution de la famille et de la propriété*, Estocolmo, 1890) que presenta un resumen admirable de toda la cuestión. Véase también A. Post, *Die Geschlechtsgenossenschaft der Urzeit und die Entstehung der Ehe: ein Beitrag zu einer allgemeinen vergleichenden Staats- und Rechtswissenschaft*, Oldenburg, 1875.

de tiempos más modernos, pero de ninguna manera era propio del hombre primitivo²¹⁸.

Pasando ahora a los salvajes contemporáneos, podemos comenzar con los bosquimanos²¹⁹, que ocupan un peldaño muy bajo de desarrollo, tan bajo que ni siquiera tienen viviendas y duermen en cuevas cavadas en la tierra o, simplemente, bajo la cubierta de ligeras mamparas de hierbas y ramas que los protegen del viento. Es sabido que cuando los europeos comenzaron a colonizar sus territorios y destruir enormes rebaños salvajes de antílopes que pacían hasta entonces en las llanuras, los bosquimanos comenzaron a robar ganado a los colonos, y estos iniciaron entonces una guerra de exterminio, con una bestialidad de la que prefiero no hablar aquí. Quinientos bosquimanos fueron masacrados en 1774; tres mil lo fueron por la Alianza de Granjeros en los años 1808 - 1809, etc. Los exterminaban como a ratas, dejándoles carne envenenada o los cazaban a tiros como bestias, emboscándose detrás del cadáver de un animal puesto como cebo; los mataban donde los encontraban²²⁰. De tal modo, nuestro conocimiento de los bosquimanos, que proviene, en la mayoría de los casos de los mismos que los exterminaban, es necesariamente limitado. Sin embargo, sabemos que en la época de la aparición de los europeos, los bosquimanos vivían en pequeñas tribus (o clanes) que a veces se reunían en federaciones; que cazaban en común y se repartían la presa, sin peleas ni disputas; que nunca abandonaban a los heridos y demostraban un sólido afecto hacia sus camaradas. Lichtenstein refiere un episodio sumamente conmovedor de un bosquimano que estuvo a punto de ahogarse en el río y fue salvado por sus camaradas. Se quitaron de encima sus pieles de animales para cubrirlo mientras ellos temblaban de frío; lo secaron, lo frotaron ante el fuego y le untaron el cuerpo con grasa tibia, hasta que por fin lo devolvieron a la vida. Y cuando

²¹⁸ No podemos detenernos a juzgar aquí la cuestión del origen de las restricciones conyugales. Observaré solamente que la división en grupos semejante a la descripta por Morgan en los hawaianos existe en las aves en las que las crías jóvenes viven juntas, pero separadas de sus progenitores. Separación semejante se puede hallar también en algunos mamíferos. En cuanto a la prohibición de las relaciones conyugales entre hermanos y hermanas que siguió, no surgió probablemente debido a consideraciones sobre la mala influencia del parentesco consanguíneo (tales consideraciones son poco probables), sino más bien como resultado de la tendencia a prevenir el fácil acceso al matrimonio precoz. Una estrecha cohabitación la hizo imperiosamente necesaria, y se halla enteramente de acuerdo con las precauciones tomadas por los salvajes para separar la juventud masculina en una “casa larga” especial, bajo la vigilancia de los educadores. Se debe observar también que, en general, al juzgar los orígenes de las nuevas costumbres, se debe tener presente que los salvajes, lo mismo que nosotros, tienen sus “pensadores” y sus sabios —hechiceros, brujos, médicos y profetas—, cuyos conocimientos e ideas sobrepasan el nivel general de la masa. Unidos en asociaciones secretas (otro rasgo casi universal), estos hechiceros, naturalmente, pueden ejercer una enorme influencia y establecer costumbres cuya utilidad aun no sea reconocida por la mayoría de la tribu.

²¹⁹ Los bosquimanos, también conocidos como pueblo san, son integrantes de un grupo étnico que actualmente habita las regiones desérticas y semiáridas del sur de África, incluyendo áreas de Botswana, Namibia, Sudáfrica, Angola y Zambia. Se destacan por su estilo de vida tradicional de cazadores-recolectores, por su profundo conocimiento de la flora y fauna de sus tierras y por sus habilidades para sobrevivir en entornos áridos. [N. de E.]

²²⁰ Coronel Collins, en [John] Philips, *Researches in South Africa: Illustrating the Civil, Moral, and Religious Condition of the Native Tribes*, Londres, 1828. Citas extraídas de [Theodor] Waitz [y Georg Gerland], *Anthropologie der Naturvölker*, Leipzig, 1860, t. II, pág. 334.

los bosquimanos encontraron, en la persona de Johann van der Walt, un hombre que los trataba bien, le expresaron su reconocimiento con manifestaciones del más cariñoso afecto²²¹. Burchell²²² y Moffat²²³ los describen como de buen corazón, desinteresados, fieles a sus promesas y agradecidos²²⁴, cualidades que solo pudieron desarrollarse siendo constantemente practicadas en el seno de la tribu. En cuanto a su amor a los niños, bastará recordar que cuando un europeo quería tener a una mujer bosquimana como esclava, le arrebató el hijo; la madre siempre se presentaba por sí misma y se hacía esclava para compartir la suerte de su niño²²⁵.

Las mismas costumbres sociales se encuentran entre los hotentotes²²⁶, que sobrepasan un poco a los bosquimanos en desarrollo. Lubbock habla de ellos como de los “animales más sucios”, y realmente son muy sucios. Toda su vestimenta consiste en una piel de animal colgada al cuello, que llevan hasta que se cae a pedazos, y sus chozas consisten en algunas varillas unidas por las puntas y cubiertas por esteras y en su interior no hay mueble alguno. A pesar de que crían bueyes y ovejas y, según parece, conocían el uso del hierro antes de encontrarse con los europeos, están hasta ahora en uno de los más bajos peldaños del desarrollo humano. No obstante eso, quienes los han conocido, mencionan elogiosamente su sociabilidad y su presteza en ayudarse mutuamente. Si se da algo a un hotentote, enseguida divide lo recibido entre todos los presentes, una costumbre compartida con los fueguinos que, como es sabido, llegó a asombrar a Darwin. El hotentote no puede comer solo, y por más hambriento que esté, llama a los que pasan y comparte con ellos su alimento. Y cuando Kolben, por esta causa, expresó su asombro, le contestaron: “Tal es la costumbre de los hotentotes”. Pero esta costumbre no es propia solamente de los hotentotes: es una costumbre casi universal, observada por los viajeros en todos los “salvajes”. Kolben, que conocía bien a los hotentotes y que no callaba sus defectos, no puede dejar de elogiar su moral tribal.

²²¹ [M. H.] Lichtenstein: *Reisen im südlichen Africa in den Jahren 1803, 1804, 1805 und 1806*, II, págs. 92-97, Berlín, 1811.

²²² William Burchell (1782-1863) fue un naturalista inglés que recorrió Sudáfrica entre los años 1811 y 1815 y relató sus viajes en el libro de dos tomos *Travels in the Interior of Southern Africa*, Londres, 1822-24. [N. de E.]

²²³ Robert Moffat (1795-1883) fue un misionero escocés que tradujo la Biblia al bechuano y que publicó sus memorias en el libro *Missionary labours and scenes in Southern Africa*, Londres, 1842. [N. de E.]

²²⁴ [Th.] Waitz [y G. Gerland]: *Anthropologie der Naturvölker*, II, págs. 335 y ss. Véase también [G.] Fritsch: *Die Eingeborenen Süd-Afrika's*, Breslau, 1872, págs. 386 y ss.; y *Drei Jahre in Süd-Afrika*, Breslau, 1868. También W. Bleek: *A Brief Account of Bushman Folk-lore And Other Texts*, Capetown, 1875.

²²⁵ Elisée Reclus: *Nouvelle géographie universelle*, t. XIII, pág. 475.

²²⁶ Tanto los hotentotes como los bosquimanos son hablantes de lenguas khoisan, aunque con variantes dialectales. Ambos grupos étnicos habitan las regiones áridas y semiáridas del sur de África, aunque, históricamente, los hotentotes son más conocidos por su economía basada en la ganadería nómada y en su organización social en torno a la propiedad del ganado. Los bosquimanos, en cambio, han dependido más de la caza y la recolección para su subsistencia, lo que los ha llevado a una organización social aun más igualitaria y cooperativa. [N. de E.]

La palabra dada es sagrada para ellos. Ignoran por completo la corrupción y la deslealtad de los europeos. Viven muy pacíficamente y raramente guerrean con sus vecinos. Uno de los más grandes placeres para los hotentotes es el cambio de regalos y servicios. Por su honestidad, por la celeridad y exactitud en el ejercicio de la justicia, por su castidad, los hotentotes sobrepasan a todas, o casi todas las otras naciones del mundo²²⁷.

[El padre] Tachart, [J.] Barrow y [D.] Moodie²²⁸ confirman plenamente las palabras de Kolben. Solo es necesario destacar que cuando Kolben escribió de los hotentotes que “son el pueblo más amistoso, más liberal y más benevolente, que jamás haya existido en la tierra” (I, 332), dio la definición que ha sido repetida desde entonces en las descripciones de los salvajes. En los primeros encuentros de los europeos con las razas primitivas, habitualmente presentaban sus vidas de modo caricaturesco; pero cuando algún hombre inteligente hubo vivido entre ellos un tiempo más prolongado, generalmente los describía como el pueblo “más amable” o “más gentil” del mundo. Justamente con esas mismas palabras, los viajeros más dignos de crédito caracterizaron a los ostiakos²²⁹, samoyedos²³⁰, esquimales, dayacos²³¹, aleutianos²³², papúes²³³, etc. Yo recuerdo haber leído lo mismo sobre los tunguses²³⁴, los chukchis²³⁵, los indios sioux y muchos otros. La continua repetición de semejantes elogios dice más que tomos enteros de investigaciones especiales.

Los indígenas de Australia ocupan, por su desarrollo, un lugar no más alto que sus hermanos surafricanos. Sus chozas tienen el mismo estilo, y muy a menudo se conforman hasta con simples mamparas o biombos de ramas secas para protegerse de los vientos fríos. En su alimentación son mayormente indiferentes;

²²⁷ Peter Kolben: *The Present State of the Cape of Good Hope: Or, A Particular Account of the Several Nations of the Hottentots*, traducción del alto alemán por [G.] Medley, Londres, 1731, vol. I, págs. 59, 71, 333, 336, etc.

²²⁸ Citados por Waitz [y Gerland]: *Anthropologie der Naturvölker*, t. II, págs. 335 y ss.

²²⁹ Denominación, actualmente en desuso, utilizada para referirse a varios pueblos que habitan el occidente siberiano, entre los ríos Obi y Ural. Para Onésime y Élisée Reclus (*Novísima Geografía Universal*, tomo I) se trata de la principal nación del noroeste de Siberia y se denominan a sí mismos como Kondi-khou. [N. de E.]

²³⁰ Pueblo integrado por tribus nómades de lengua urálica, cazadores, recolectores y criadores de renos que habitan el noroeste de Siberia. [N. de E.]

²³¹ Grupo de etnias no malayas que habita las regiones selváticas del sur y el este de la isla de Borneo. [N. de E.]

²³² Pueblo aborigen, emparentado con los esquimales o inuits, que habita las Islas Aleutianas que se extienden al sur del Mar de Bering desde la península de Kamchatka hasta Alaska. [N. de E.]

²³³ Grupo étnico que habita principalmente en la región de Papúa, que comprende la parte occidental de la isla de Nueva Guinea y las islas circundantes en Oceanía. [N. de E.]

²³⁴ Grupo étnico de lengua manchú-tungú, que habita principalmente vastas regiones de Siberia en Rusia, en Manchuria y en algunas áreas de China, Mongolia y otros países asiáticos. Según los hermanos Reclus, el más original y terrible de los pueblos del Asia rusa, aunque, no obstante los describen como “Vivos de genio, exuberantes de iniciativa y fogosidad, siempre alegres, respetuosos, gentiles, serviciales, altivos..., simplemente, un pueblo heroico”. [N. de E.]

²³⁵ Pueblo indígena siberiano originario de la península de Chukchi, las costas del mar de Chukchi y la región del mar de Bering en el océano Ártico. Son pescadores, cazadores o pastores de renos. Probablemente sean los parientes asiáticos más cercanos de los pueblos indígenas de América. [N. de E.]

en caso de necesidad devoran carroña en completo estado de putrefacción y cuando sobreviene el hambre recurren hasta al canibalismo. Cuando fueron descubiertos por los europeos, se vio que no tenían ningún otro instrumento que los que confeccionaban, en la forma más grosera, de piedra o hueso. Algunas tribus no tenían siquiera piraguas y desconocían por completo el trueque comercial. Y sin embargo, después de un estudio cuidadoso de sus costumbres y hábitos, se vio que tienen la misma organización elaborada de clan de la que se habló más arriba²³⁶.

El territorio en que viven está dividido habitualmente entre diferentes *gens* o clanes, pero la región en la cual cada clan realiza la caza o la pesca permanece siendo de dominio común, y los productos de la caza y la pesca pertenecen a todo el clan, así como también los instrumentos de caza y de pesca²³⁷. La comida se realiza en común. Como muchos otros salvajes, los indígenas australianos se atienen a determinadas reglas respecto a la época en que se permite recoger diversas resinas y hierbas²³⁸. En cuanto a su moral en general, lo mejor es citar aquí las respuestas a las preguntas de la Sociedad Antropológica de París, dadas por Lumholtz, un misionero que vivió en North Queensland²³⁹.

Conocen el sentimiento de amistad y este es fuerte. En general los débiles gozan de la ayuda común; cuidan mucho a los enfermos. Nunca los abandonan al capricho de la suerte ni los matan. Estas tribus son antropófagas, pero raramente se comen a los miembros de su propia tribu (si no me equivoco, solamente cuando matan por razones religiosas); se comen solo a los extraños. Los padres aman a sus hijos, juegan con ellos y los miman. Se practica el infanticidio solo con el consentimiento común. Tratan a los ancianos muy bien y nunca los matan. No tienen religión ni ídolos, y solamente existe el temor a la muerte. El matrimonio es polígamo. Las disputas surgidas dentro de la tribu se resuelven por duelos con espadas de madera y escudos. No existe la esclavitud; no tienen agricultura alguna; no poseen productos de alfarería; no tienen vestidos, exceptuando un delantal que a veces usan las mujeres. El clan se compone de doscientas personas divididas en cuatro clases de hombres y cuatro clases de mujeres; se permite el matrimonio solamente entre las clases habituales, pero nunca dentro de la *gens*.

Respecto a los papúes, parientes cercanos de los australianos, tenemos el testimonio de G. L. Bink, que vivió en Nueva Guinea, principalmente en Geelwink Bay, desde 1871 hasta 1883. Traemos la esencia de sus respuestas a las mismas preguntas²⁴⁰.

²³⁶ Los indígenas que viven al norte de Sidney y hablan la lengua kamilaroi han sido mejor estudiados en este aspecto gracias a la obra capital de Lorimer Fison y A. W. Howitt, *Kamilaroi and Kumai*, Melbourne, 1880. Véase también A. W. Howitt, "Further Note on the Australian Class-systems", en *Journal of the Anthropological Institute*, año 1889, t. XVIII, pág. 31; en las últimas obras citadas se demuestra la amplia extensión de la misma organización en toda Australia.

²³⁷ *The Folklore, Manners, Customs, and Languages of South Australian Aborigines*, Adelaide, 1879, pág. 11.

²³⁸ [G.] Grey: *Journals of Two Expeditions of Discovery in North-West and Western Australia*, Londres, 1841, t. II, págs. 237, 298.

²³⁹ *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, año 1888, t. XI, pág. 652. Cito las respuestas abreviadas.

²⁴⁰ *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 1888, t. XI, pág. 386.

Los papúes son sociables y de un humor muy alegre. Se ríen mucho. Más tímidos que valientes. La amistad es bastante fuerte entre miembros de los diferentes clanes y aún más fuerte dentro del mismo clan. Si paga la deuda de un amigo es con la condición de que este pague esta deuda, sin intereses, a sus hijos. Cuidan a los enfermos y a los ancianos; nunca abandonan a los ancianos, ni los matan, con excepción de los esclavos que han estado enfermos mucho tiempo. A veces devoran a los prisioneros de guerra. Miman y aman a los niños. Matan a los prisioneros de guerra ancianos y débiles, y venden a los restantes como esclavos. No tienen religión, ni dioses, ni ídolos, ni clase alguna de autoridad; el miembro más anciano de la familia es el juez. En caso de adulterio (es decir, violación de sus costumbres matrimoniales) el culpable paga una multa, parte de la cual va a favor de la *negaria* (comunidad). La tierra es dominio común, pero los frutos de la tierra pertenecen a aquél que los ha cultivado. Tienen vasijas de arcilla y conocen el trueque comercial, y según una costumbre elaborada, el comerciante les da mercancía y ellos vuelven a sus casas y traen los productos indígenas que necesita el comerciante; si no pueden obtener los productos necesarios, entonces devuelven al comerciante su mercancía europea²⁴¹.

Son cazadores de cabezas y practican la venganza de sangre. Además, dice Finsch, a veces el asunto se somete a la consideración del Rajah de Namototte, quien lo resuelve imponiendo una multa.

Cuando se trata bien a los papúes, entonces son muy bondadosos. Miklujo-Maklay desembarcó, como es sabido, en la costa oriental de Nueva Guinea, en compañía de un solo marinero, vivió allí dos años enteros entre tribus consideradas antropófagas y se separó de ellas con pesar; prometió volver y cumplió su palabra, y pasó de nuevo un año, y durante todo ese tiempo no tuvo ningún choque con los indígenas. Es verdad que mantuvo la regla de no decirles *nunca*, bajo ningún pretexto, algo que no fuera cierto, ni hacer promesas que no pudiera cumplir. Estas pobres criaturas, que no saben siquiera encender un fuego y por esto lo conservaban cuidadosamente en sus chozas, viven en su comunismo primitivo, sin tener jefe alguno, y en sus poblados casi nunca se producen disputas de las que valga la pena hablar. Trabajan en común y solo lo necesario para obtener el alimento de cada día; crían a sus hijos en común y por las tardes se atavían lo más coquetamente que pueden y bailan. Como todos los salvajes, aman con pasión la danza, que constituye un género de misterios tribales. Cada aldea tiene su *barla* o *barlai* —la casa "larga" o "grande"— para los solteros, para reuniones sociales y para la discusión de los asuntos comunes, otro rasgo común a todos los habitantes de las islas del océano Pacífico, y también a los esquimales, pieles rojas, etc. Grupos enteros de aldeas mantienen relaciones amistosas y se visitan mutuamente concurriendo toda la comunidad.

Por desgracia, los conflictos son comunes, no por "el exceso de densidad de la población" o "de la competencia agudizada" y otros inventos semejantes de nuestro siglo mercantilista, sino principalmente debido a la superstición. Si alguien se enferma, se reúnen sus amigos y parientes y discuten el problema acerca de quién podría ser culpable de la enfermedad. Entonces, consideran a todos los posibles

²⁴¹ Exactamente del mismo modo se practica el trueque con los papúes de Kaimani Bay, que gozan de una elevada reputación de honestidad. "No ha sucedido aún que un papú violara su promesa", dice Otto Finsch (*Neu-guinea und seine Bewohner*, Bremen, 1865, pág. 829).

enemigos, cada uno confiesa su mínima disputa y finalmente se halla la causa verdadera de la enfermedad. Un enemigo de la aldea vecina provocó la enfermedad, y en consecuencia se resuelve hacer alguna incursión a esa aldea. Debido a ello, las riñas son corrientes, aun entre las aldeas del litoral, sin hablar ya de los antropófagos, que viven en las montañas, a los que se considera como verdaderos brujos y enemigos, a pesar de que un conocimiento más estrecho demuestra que no se distinguen en nada de sus vecinos que viven en las costas marítimas²⁴².

Muchas páginas asombrosas se podrían escribir sobre la armonía que reina en las aldeas de los habitantes polinesios de las islas del Océano Pacífico. Pero ellos ocupan ya un peldaño más elevado de civilización, y por esto tomaremos otros ejemplos de la vida de los habitantes del lejano norte. Agregaré solamente, antes de abandonar el hemisferio sur, que hasta los fueguinos, que gozan de tan mala fama, comienzan a ser iluminados con luz más favorable a medida que los conocemos mejor. Los pocos misioneros franceses que viven entre ellos “no les conocen ningún acto malévolos del que se puedan quejar”. Viven en clanes de ciento veinte a ciento cincuenta almas, y también practican el comunismo primitivo como los papúes. Se reparten todo entre ellos y tratan bien a los ancianos. La paz completa reina entre estas tribus²⁴³.

En los esquimales y sus más próximos congéneres, los thlinkets, koloshes y aleutianos, hallamos una semejanza más aproximada a lo que era el hombre durante el período glacial. Los instrumentos que ellos emplean apenas se diferencian de los instrumentos del paleolítico, y algunas de estas tribus hasta ahora no conocen el arte de la pesca: simplemente matan a los peces con el arpón²⁴⁴. Conocen el uso del hierro, pero lo obtienen solamente de los europeos o de lo que encuentran en los esqueletos de los barcos después de los naufragios. Su organización social se distingue por su primitivismo completo, a pesar de que ya han salido del estadio del “matrimonio comunal”, aun con sus restricciones de clan. Viven en familias, pero los lazos familiares se rompen con frecuencia y de tanto en tanto se produce en ellos un intercambio de esposas y esposos²⁴⁵. Sin embargo, las familias permanecen reunidas en clanes. ¿Y cómo podría ser de otro modo? ¿Cómo hubieran podido soportar la dura lucha por la existencia si no reunieran sus fuerzas del modo más estrecho? Así se comportan ellos, y los lazos de clan son más fuertes allí donde la lucha por la vida es más dura como, por ejemplo, en el nordeste de Groenlandia. Viven habitualmente en una “casa larga” en la que se alojan varias familias, separadas entre sí por pequeños tabiques de pieles andrajosas, pero con un corredor común para todas. A veces la casa tiene la

forma de cruz, y en tal caso mantienen un fuego común en su centro. La expedición alemana que pasó un invierno cerca de una de esas “casas largas” se pudo convencer de que durante todo el invierno ártico no perturbó la paz ni una pelea, y que “no se produjo discusión alguna por el uso de estos espacios estrechos”. No se admiten las recriminaciones y ni siquiera las palabras desagradables, salvo que sean bajo la formalidad de una canción satírica²⁴⁶, que cantan las mujeres en coro. De tal manera, la estrecha convivencia y la estrecha interdependencia son suficientes para mantener, de siglo en siglo, el respeto profundo a los intereses de la comunidad, que es característico de la vida de los esquimales. Aun en las comunas más vastas de los esquimales “la opinión pública es un verdadero tribunal y el castigo habitual consiste en avergonzar al culpable ante todos”²⁴⁷.

La vida de los esquimales está basada en el comunismo. Todo lo que obtienen por medio de la caza o pesca pertenece a todo el clan. Pero, en algunas tribus, especialmente en el Occidente, bajo la influencia de los daneses, comienza a desarrollarse la propiedad privada. Sin embargo, emplean un medio bastante original para disminuir los inconvenientes que surgen de la acumulación personal de la riqueza, que pronto podría perturbar la unidad tribal. Cuando alguno empieza a enriquecerse excesivamente, convoca a todos los miembros de su clan a un festín, y cuando los huéspedes se sacian, distribuye toda su riqueza. En el río Yukón, en Alaska, Dall vio que una familia aleutiana repartió de tal modo diez armas de fuego, diez vestidos de piel completos, doscientos collares de cuentas, numerosas frazadas, diez pieles de lobo, doscientas pieles de castor y quinientas de marta. Luego, los dueños se quitaron sus vestidos de fiesta y los repartieron, vistiéndose sus viejas pieles, dirigieron a los miembros de su clan un breve discurso diciendo que a pesar de que ahora se habían vuelto más pobres que cada uno de sus huéspedes, sin embargo habían ganado su amistad²⁴⁸.

Tales distribuciones de riqueza se convirtieron aparentemente en costumbre arraigada entre los esquimales y se practica en una época determinada todos los años, después de una exhibición preliminar de todo lo que ha sido obtenido durante el año²⁴⁹. Se trata, según mi opinión, de una tradición muy antigua, contemporánea con la primera aparición de la riqueza personal, y que sirvió como medio

²⁴⁶ Dr. H. Rink: *The Eskimo Tribes: Their Distribution and Characteristics, Especially in Regard to Language*, pág. 26 (*Meddelelser om Grønland*, t. xi, 1887).

²⁴⁷ Dr. Rink: obra citada, pág. 24. Los europeos, criados en el respeto al derecho romano, raramente están en condiciones de comprender la fuerza de la autoridad tribal. “En realidad —escribe Rink— se puede decir, no como excepción, sino como regla general, que el hombre blanco, aunque haya vivido diez o veinte años entre los esquimales, vuelve sin enriquecerse con el conocimiento de las ideas tradicionales en las cuales se funda su estructura social. El hombre blanco, ya sea un misionero o un comerciante, siempre sostiene la opinión dogmática de que el europeo más vulgar es, de todos modos, mejor que el indígena más destacado”. *The Eskimo Tribes*, pág. 31.

²⁴⁸ O. Veniaminov: *Zapiski ob Unalashniskom otdele* [Notas sobre la región de Unalashka], San Petersburgo, 1840; [W. H.] Dall, en *Alaska and its Resources*, Cambridge, USA, 1897, aprovechó ampliamente estas memorias.

²⁴⁹ O. Veniaminov y Dall observaron esta costumbre en Alaska; Jacobsen, en Ignitok, en las vecindades del estrecho de Bering; Gilbert Sproat menciona su existencia en los indios de Vancouver, y el Dr. Rink, describiendo las exhibiciones periódicas que hemos citado, agrega: “El uso principal de la riqueza personal acumulada consiste en su reparto periódico”. Menciona también (ob. cit., pág. 31) “la destrucción de los bienes con el mismo propósito” (es decir, para mantener la igualdad).

²⁴² *Izvestiaj Russkogo Gueograficheskogo Obschestva* [Informaciones de la Sociedad Geográfica Rusa], 1880, págs. 161 y ss. Existen pocos libros dedicados a los viajes que den mejor idea de las minucias de la vida cotidiana de los salvajes que estos fragmentos del libro de notas de Miklujo-Maklay.

²⁴³ L. F. Martial, *Mission Scientifique au Cap Horn*, París, 1883, vol. I, págs. 183-201.

²⁴⁴ Expedición a Groenlandia occidental del Capitán [Gustav] Holm, [*Den danske Konebaads-Expedition til Grønlands Østkyst*, 1887].

²⁴⁵ Se ha observado que en Australia clanes enteros cambian de esposas con el fin de conjurar algunas calamidades ([A. H.] Post: *Studien zur Entwicklungsgeschichte des Familienrechts: Ein Beitrag zu einer Allgemeinen vergleichenden Rechtswissenschaft auf Ethnologischer basis*, 1890, pág. 342). Para ellos, una mayor manifestación de sentimientos fraternales es un remedio específico contra las calamidades.

para restablecer la igualdad entre los miembros del clan luego de que esta había sido perturbada por el enriquecimiento de unos pocos. Los repartos periódicos de tierras y la condonación periódica de las deudas que existían en tiempos históricos en muchos pueblos (semitas, arios, etc.) son, seguramente, una supervivencia de esta antigua costumbre. El hábito de enterrar con el muerto o de destruir sobre su tumba todos sus bienes personales, que encontramos en todas las razas primitivas, probablemente tenga el mismo origen. En realidad, mientras que todo lo que pertenecía *personalmente* al muerto se quema o se rompe sobre su tumba, las cosas que le pertenecieron conjuntamente con toda su tribu, por ejemplo, piraguas, instrumentos de pesca comunales, etc., se dejan intactas. Solo está sujeta a la destrucción la propiedad personal. En una época posterior, esta costumbre se convierte en un rito religioso: se le da interpretación mística, y la destrucción es prescrita por la religión cuando la opinión pública, por sí sola, se muestra carente de fuerzas para imponer a todos la observación de la costumbre. Finalmente, la destrucción real se reemplaza por un rito simbólico, que consiste en quemar sobre la tumba simples modelos de papel, o representaciones, de los bienes del muerto (así se hace en la China), o se llevan a la tumba los bienes del muerto y se los trae de vuelta a la casa al finalizar la ceremonia funeraria. Esta última forma se ha conservado hasta ahora entre los europeos con respecto a los caballos de los jefes militares, las espadas, las cruces y otros signos de distinción oficial²⁵⁰.

El alto nivel de la moral tribal de los esquimales se menciona con frecuencia en la literatura general. Sin embargo, las observaciones siguientes de las costumbres de los aleutianos —parecidas a las de los esquimales— pueden servir de ilustración de la moral de los salvajes en general. Pertenecen a la pluma de un hombre extraordinario, el misionero ruso Veniaminov, que las escribió después de una permanencia de diez años entre los ellos. Las resumo, conservando en lo posible las expresiones propias del autor.

La resistencia es su rasgo característico y, en verdad, es colosal. No solo se bañan todas las mañanas en el mar cubierto de hielo y luego se quedan desnudos en la playa, respirando el aire helado, sino que su resistencia, hasta en un trabajo pesado y con alimento insuficiente, sobrepasa todo lo que se puede imaginar. Si sobreviene una escasez de alimento, el aleutiano se ocupa, ante todo, de sus hijos; les da todo lo que tiene, mientras que él ayuna. No se inclinan al robo, como fue observado ya por los primeros inmigrantes rusos. No es que no hayan robado nunca; todo aleutiano reconoce que alguna vez ha robado algo, pero se trata siempre de alguna fruslería y todo esto tiene carácter completamente infantil. El afecto de los padres por los hijos es muy conmovedor, a pesar de que nunca lo expresan con caricias o palabras. El aleutiano difícilmente se decide a hacer alguna promesa, pero una vez hecha, la mantiene cueste lo que cueste. (Un aleutiano le regaló pescado seco a Veniaminov, pero, en el apresuramiento de la partida, fue olvidado en la orilla, y el aleutiano se lo llevó de vuelta a su casa. No se presentó la oportunidad de enviarlo a Veniaminov hasta enero y mientras tanto, en noviembre y diciembre, en el campamento aleutiano hubo una gran escasez de alimentos. Pero los hambrientos no tocaron el pescado ya regalado, y en enero fue enviado a su destino). Su código moral es tan variado como severo. Se considera vergonzoso temer la

²⁵⁰ Véase el apéndice XII.

muerte inevitable; pedir perdón a un enemigo; morir sin haber llegado a matar un enemigo; ser convicto de robo; hacer zozobrar una canoa en el puerto; temer salir al mar con tiempo tempestuoso; ser el primero en desfallecer si durante un viaje largo escasean los alimentos; manifestar codicia durante el reparto de una presa, en cuyo caso, para avergonzar al codicioso, los restantes le ceden su parte; divulgar a la esposa un secreto público; siendo dos en una partida de caza, no ofrecer la mejor parte de la presa al compañero; jactarse de las propias hazañas, y especialmente de las imaginadas; tratar a alguien con desprecio; también mendigar, acariciar a su esposa o bailar con ella en presencia de otros; comerciar personalmente: toda venta debe ser hecha por medio de una tercera persona, quien establece el precio. Para la mujer se estima vergonzoso no saber coser, no saber bailar y en general no saber realizar cualquier trabajo femenino; en presencia de extraños, acariciar a su esposo e hijos, o hasta hablar con el esposo²⁵¹.

Tal es la moral aleutiana, y una confirmación mayor de los hechos podría ser tomada fácilmente de sus cuentos y leyendas. Solo agregaré que cuando Veniaminov escribió sus *Notas* (el año 1840), entre los aleutianos, que constituían una población de sesenta mil hombres, en sesenta años hubo solamente un homicidio, y durante cuarenta años, entre 1.800 aleutianos no se produjo ningún delito. Esto, por otra parte, no parecerá extraño si se recuerda que todo género de reproches y expresiones groseras son absolutamente desconocidas en la vida de los aleutianos. Ni siquiera sus hijos pelean, y jamás se insultan. La expresión más fuerte en sus labios son frases como: “tu madre no sabe coser”, o “tu padre es tuerco”²⁵².

Muchos rasgos de la vida de los salvajes continúan siendo, sin embargo, un enigma para los europeos. En confirmación del elevado desarrollo de la solidaridad tribal entre los salvajes y sus buenas relaciones mutuas, se podrían citar los testimonios más dignos de fe en la cantidad que se quiera. Y, sin embargo, no es menos cierto que estos mismos salvajes practican el infanticidio, que en algunos casos matan a sus ancianos y que todos obedecen ciegamente a la costumbre de la venganza de sangre. Debemos, por esto, tratar de explicar la existencia simultánea de los hechos que para la mente europea parecen, a primera vista, completamente incompatibles.

Acabamos de mencionar cómo el aleutiano ayunará por días, y hasta semanas enteras, entregando todo lo comestible a su hijo; cómo la madre bosquimana se hace esclava para no separarse de su hijo, y se podrían llenar páginas enteras con

²⁵¹ Veniaminov: *Zapiski ob Unalashmiskom otdel* [*Notas sobre la región de Unalashka*], tres tomos, San Petersburgo, 1840. Algunos de estos fragmentos son transcritos en inglés en el libro del Dall sobre Alaska. Una descripción de la moral de los indígenas australianos, muy similar a la precedente, fue hecha en la revista inglesa *Nature*, XLII, pág. 639.

²⁵² Hay que observar que algunos escritores ([A.] Middendorff, [L. von] Schrenk, O. Finsch) describieron a otros habitantes del norte —ostiakos y samoyedos— casi en los mismos términos. Aun estando ebrios son insignificantes las riñas entre ellos. “En un siglo entero hubo solamente un homicidio en la tundra”, escribió Middendorff; “sus hijos nunca se pelean”; “en la tundra se puede dejar por años enteros cualquier objeto, hasta víveres y bebidas espirituosas, y nadie los toca”, etc. Así hablan estos tres conocedores del Norte. Gilbert Sproat “nunca ha visto que se pelearan, ni estando beodos, dos indígenas de la tribu de los indios aht, de la isla de Vancouver”; “Las riñas entre sus niños también son raras”, dice Rink (ob. cit.), etc.

la descripción de las relaciones realmente *carinosas* existentes entre los salvajes y sus hijos. En los relatos de todos los viajeros se encuentran continuamente hechos semejantes. En uno leemos sobre el tierno amor de una madre; en otro, el relato de un padre que corre locamente por el bosque, llevando sobre sus hombros a un niño mordido por una serpiente; o algún misionero narra la desesperación de los padres ante la pérdida de un niño, al que pocos días antes habían salvado de ser llevado al sacrificio inmediatamente después de haber nacido; o bien, nos enteramos de que las madres “salvajes” amamantan habitualmente a sus niños hasta el cuarto año de edad, y que en las Nuevas Hébridas, en caso de la muerte de un niño especialmente querido, su madre o su tía se suicidan para cuidarlo en el otro mundo²⁵³. Y así hasta el infinito.

Hechos semejantes se citan en cantidad; y por ello, cuando vemos que los mismos padres amantes practican el infanticidio, debemos reconocer necesariamente que esa costumbre (cualesquiera que sean sus ulteriores transformaciones) surgió bajo la presión directa de la necesidad, como resultado del sentimiento de deber hacia la tribu, y como un medio para tener la posibilidad de criar a los niños ya en crecimiento. Hablando en general, los salvajes de ningún modo “se reproducen sin medida”, como expresan algunos escritores ingleses. Por lo contrario, toman todo género de medidas para disminuir la natalidad. Justamente con este objeto existe entre ellos una serie completa de las más diversas restricciones, que a los europeos indudablemente hasta les parecerían extravagantes, y que son estrictamente observadas. Pero, pese a todo, los pueblos primitivos no pueden criar a todos sus niños y por eso recurren al infanticidio. Por otra parte, ha sido observado más de una vez que apenas consiguen aumentar sus medios regulares de subsistencia, de inmediato dejan de recurrir al infanticidio. En general, los padres cumplen muy a disgusto esta medida, y en la primera posibilidad recurren a todo tipo de compromisos con tal de conservar la vida de sus recién nacidos. Como ha sido dicho ya por mi amigo Élie Reclus en su hermoso libro sobre los salvajes²⁵⁴, por desgracia insuficientemente conocido, ellos inventan, por esta razón, los días de nacimientos faustos y nefastos, para salvar siquiera la vida de los niños nacidos en los días faustos; tratan de tal modo de posponer la ejecución algunas horas y dicen después que si el niño ya ha vivido un día, está destinado a vivir toda la vida²⁵⁵. Oyen los gritos de los niños pequeños que vienen del bosque, y aseguran que el escuchar esos gritos anuncia desgracia para toda la tribu. Como no tienen nodrizas especiales ni guarderías para deshacerse de los niños, cada uno retrocede ante la idea de cumplir la cruel sentencia y, antes que quitarle la vida por un medio violento, prefieren exponer al niño en el bosque. El infanticidio es sostenido, de este modo, por la insuficiencia de conocimientos y no por crueldad; y en lugar de moralizar a los salvajes con sermones, los misioneros harían mucho mejor si siguieran el ejemplo de Veniaminov, quien

²⁵³ El testimonio de Gil es citado en *Anthropologie der Naturvölker*, de Gerland y Waitz, t. v, pág. 641. Véase también págs. 636-640 de la misma obra, donde se transcriben muchos ejemplos de amor paternal y filial.

²⁵⁴ *Les Primitifs*, París, 1889.

²⁵⁵ Gerland, obra citada, t. v. pág. 636.

todos los años, hasta una edad muy avanzada, cruzaba el mar de Ojotsk en una miserable goleta para visitar a los tunguses y kamchadales²⁵⁶, o viajaba, llevado por perros, entre los chukchis, aprovisionándolos de pan y utensilios para la caza. De tal modo consiguió realmente extirpar el infanticidio²⁵⁷.

Lo mismo es cierto, también, con respecto al fenómeno que observadores superficiales llamaron parricidio. Acabamos de ver que la costumbre de matar a los mayores de edad no está de ningún modo tan extendida como la han referido algunos escritores. En todos estos relatos hay muchas exageraciones; pero es indudable que tal costumbre se encuentra temporalmente entre casi todos los salvajes, y tales casos se explican por las mismas razones que el abandono de los niños. Cuando un “salvaje” comienza a sentir que se convierte en una carga para su tribu; cuando todas las mañanas ve que quitan a los niños la parte de alimento que le toca —y los pequeños, que no se distinguen por el estoicismo de sus padres, lloran cuando tienen hambre—; cuando todos los días tiene que ser transportado por el litoral pedregoso o por la selva virgen sobre los hombros de los jóvenes (en las tierras salvajes no hay sillas de ruedas para inválidos ni indigentes para empujarlas), entonces el anciano comienza a repetir lo que hasta hoy repiten los campesinos viejos de Rusia: ¡*Chuzhyi viék zaidaiu: pora na pokoy!* (literalmente: “¡he vivido demasiado y para nada, es hora de irme a descansar!”). Y él se va a descansar. Procede de la misma forma en la que actúa un soldado en tales casos. Cuando la salvación de su destacamento depende de seguir avanzando y él ya no se puede mover, y sabe que debe morir si queda rezagado, suplica a su mejor amigo que le preste el último servicio antes de abandonar el campamento. Y el amigo, con mano temblorosa, descarga su arma en el cuerpo del moribundo.

Así obran también los salvajes. El anciano pide la muerte; él mismo insiste en el cumplimiento de este último deber hacia su tribu. Recibe primero la conformidad de los miembros de su tribu para esto. Entonces él mismo cava su fosa e invita a todos a su último festín de despedida. Así, en su momento, procedió su padre, ahora le llegó su turno y, amistosamente, se despide de todos, antes de separarse de ellos. El salvaje, hasta tal punto considera su muerte como el cumplimiento de un *deber* hacia su tribu que no solo se rehúsa a que lo salven de la muerte (como refirió Moffat), sino que ni siquiera acepta su liberación si esta llegara a producirse. Así, cuando una mujer que debía ser inmolada sobre la tumba de su esposo fue rescatada por misioneros y llevada por ellos a una isla, huyó durante la noche, atravesó a nado un amplio brazo de mar y se presentó ante su tribu para morir sobre la tumba²⁵⁸. La muerte en tales casos se hace

²⁵⁶ Habitantes de la península de Kamchatka, descendientes de pueblos siberianos aborígenes, actualmente mestizados con los rusos. [N. de E.]

²⁵⁷ Se lo oí a él mismo en el año 1864, en el Amur, cuando era obispo de Ojotsk y Kamchatka, antes de ser metropolitano de Moscú. En general —lo mismo entonces que el año 1840—, tenía una opinión muy elevada de la moral de clan de los salvajes, y cuando yo, todavía muy joven, le pregunté si era cierto que no bautizaba a los indígenas, me contestó que “si la tribu entera desea adoptar el cristianismo y yo, que he vivido algunos años junto a ellos, estoy convencido de que comprenden las verdades cristianas más abstractas de tal modo que pueden reemplazar con ellas su moral tribal, entonces, naturalmente, bautizo con gusto a toda el clan”.

²⁵⁸ Erskine citado por Gerland y Waitz: *Anthropologie der Naturvölker*, t. v, pág. 640.

para ellos una cuestión religiosa. Pero, hablando en general, los salvajes son tan reticentes a tomar una vida si no es en combate, que aun en estos casos ninguno de ellos toma sobre sí la responsabilidad del derramamiento de sangre y, por eso, recurren a toda clase de estratagemas que los europeos no comprendieron y que interpretaron erróneamente. En la mayoría de los casos dejan en el bosque al anciano que ha decidido a morir, dándole una ración de comida mayor que la habitual de la provisión común. ¡Cuántas veces las expediciones árticas han hecho lo mismo cuando ya no tenían fuerzas para llevar a un compañero enfermo! “Aquí tienes provisiones para que vivas algunos días más. *Tal vez* llegue de alguna parte una ayuda inesperada”.

Los científicos de Europa occidental, encontrándose ante tales hechos, se muestran decididamente incapaces de comprenderlos; no pueden reconciliarlos con los hechos que testimonian el elevado desarrollo de la moral tribal, y por eso prefieren arrojar una sombra de duda sobre las observaciones absolutamente fidedignas en lugar de buscar explicar la existencia paralela de un doble género de hechos: la elevada moral tribal y, junto a ella, el abandono de los padres y el infanticidio. Pero, si los mismos europeos, a su vez, refirieran a un salvaje que personas sumamente amables, cariñosos con sus propios niños y tan impresionables que lloran cuando ven en el escenario de un teatro una desgracia imaginaria viven en Europa al lado de tugurios donde los niños simplemente mueren por insuficiencia de alimentos, entonces el salvaje tampoco los comprendería. Recuerdo cuán vanamente me empeñé en explicar a mis amigos tunguses nuestra civilización construida sobre el individualismo; no me comprendían y recurrían a las conjeturas más fantásticas. El hecho es que el salvaje educado en las ideas de solidaridad tribal, practicada en todas las ocasiones, malas y buenas, es tan exactamente incapaz de comprender al europeo “moral” —que no tiene ninguna idea de tal solidaridad— como el europeo medio es incapaz de comprender al salvaje. Además, si nuestro científico hubiera vivido en una tribu de salvajes medio hambrienta y cuyo alimento total disponible no alcanzara para alimentar algunos días a solo un hombre, entonces comprendería quizá qué es lo que guía a los salvajes en sus actos. Del mismo modo, si un salvaje viviera entre nosotros y recibiera nuestra educación, quizá comprendiera la insensibilidad europea hacia nuestros semejantes y esas Comisiones Reales para la prevención del *baiby-farming*²⁵⁹. “Casas de piedra hacen corazones de piedra”, dicen los campesinos rusos; pero el salvaje, antes, tendría que haber vivido en una casa de piedra.

Observaciones semejantes podrían hacerse también respecto a la antropofagia. Si se toman en cuenta todos los hechos que fueron dilucidados recientemente, durante la consideración de este problema, en la Sociedad Antropológica de París, y también muchas observaciones casuales diseminadas en la literatura sobre los “salvajes”, estamos obligados a reconocer que esa práctica se originó por pura necesidad; y que solo bajo la influencia de los prejuicios y de la religión

²⁵⁹ En Inglaterra es costumbre la entrega de hijos naturales a mujeres campesinas que se dedican especialmente a este oficio y que literalmente hacen morir de hambre y frío a los desdichados niños. La mortalidad en estas “granjas de bebés” es espantosa. Aproximadamente en la época en que yo escribí estas líneas, se había reunido una Comisión Real especial para estudiar esta cuestión. Como era de esperar no condujo a nada.

se desarrolló hasta alcanzar las proporciones que alcanzó en las islas Fiji y en México, cuando se convirtió en un rito religioso.

Es sabido que hasta el día de hoy muchos salvajes están obligados a alimentarse con cadáveres casi en completo estado de putrefacción, y en casos de escasez absoluta de alimentos, algunos han tenido que violar sepulturas y alimentarse con cadáveres humanos, incluso en época de epidemias. Tales hechos son completamente fidedignos. Pero si nos trasladamos mentalmente a las condiciones que tuvo que soportar el hombre durante el período glacial, en un clima húmedo y frío, sin tener a su disposición casi ningún alimento vegetal; si tenemos en cuenta los terribles estragos producidos aún hoy por el escorbuto entre los pueblos semisalvajes hambrientos y recordamos que la carne y la sangre fresca eran los únicos medios conocidos por ellos para fortalecerse, deberemos admitir que el hombre, que fue primeramente un animal granívoro, se hizo carnívoro con toda probabilidad durante el período glacial, en que desde el norte avanzaba lentamente una capa enorme de hielo y con su hálito frío agotaba toda la vegetación.

En aquellos tiempos había abundancia de cérvidos; pero estos, en las regiones árticas, con frecuencia emprenden grandes migraciones y, a veces, hasta desaparecen por completo durante algunos años de un territorio determinado. Con el avance de la capa glacial los cérvidos, evidentemente, se alejaron hacia el sur, como lo hacen ahora los corzos, que huyen, en caso de grandes nevadas, de la orilla norte del Amur a la meridional²⁶⁰. En tales casos, el hombre se veía privado de los últimos medios de subsistencia. Sabemos, además, que hasta los europeos, durante duras experiencias semejantes, recurrieron al canibalismo; no es de extrañar que recurrieran a él también los salvajes. Hasta en la época presente ocasionalmente se ven obligados a devorar los cadáveres de sus propios muertos: deben haber devorado entonces los cadáveres de quienes tenían que morir. Los ancianos morían entonces convencidos de que con su muerte prestaban el último servicio a su tribu. He aquí por qué algunas tribus atribuyen al canibalismo origen divino, representándolo como algo sugerido por orden de un enviado del cielo.

Posteriormente, la antropofagia perdió el carácter de necesidad y sobrevivió como superstición. Era necesario devorar a los enemigos para heredar su coraje; luego, en una época posterior, con ese propósito se devoraban el corazón del enemigo o sus ojos. Al mismo tiempo, en otras tribus, en las que se había desarrollado un clero numeroso y elaborado una mitología compleja, se inventaron dioses malignos, sedientos de sangre humana, y los sacerdotes exigieron sacrificios humanos para apaciguarlos. En esta fase religiosa de su existencia, el canibalismo alcanzó su forma más abominable. México es un ejemplo bien conocido, y en las Fiji, donde el rey podía devorar a cualquiera de sus súbditos, encontramos también una casta poderosa de sacerdotes, una compleja teología²⁶¹ y un desarrollo complejo de la autocracia. De tal modo el canibalismo, que nació por la fuerza de la necesidad, se convirtió en un período posterior en institución religiosa, y en esta forma existió durante mucho tiempo, después de haber desaparecido, hacía mucho, entre tribus que indudablemente lo practicaban en épocas anteriores, pero que no alcanzaron

²⁶⁰ Los ciervos, por ejemplo, en la tierra de Chukostsky se trasladan constantemente.

²⁶¹ W. T. Pritchard: *Polynesian Reminiscences*, Londres, 1866, pág. 363.

el estadio teocrático de evolución. Lo mismo puede decirse con respecto al infanticidio y al abandono de los padres muy ancianos a los caprichos de la suerte. En algunos casos estos fenómenos se mantuvieron también como supervivencia de tiempos antiguos, en forma de tradición conservada religiosamente.

Finalmente, citaré aquí todavía una costumbre extraordinariamente importante y generalizada que ha motivado las conclusiones más erróneas. Me refiero a la venganza de sangre. Todos los salvajes están convencidos de que la sangre derramada debe ser vengada con sangre. Si alguien ha sido asesinado, el asesino debe morir; si alguien ha sido herido, la sangre del agresor también debe ser vertida. No se admite excepción alguna a esta regla; se extiende hasta a los animales, así que, cuando se ha derramado la sangre de un animal, la sangre del cazador se derrama a su regreso a la aldea; si un cazador ha vertido sangre —matando a un oso o a una ardilla—, su sangre debe ser vertida a su vuelta de la caza. Tal es la concepción de la justicia de los salvajes, una concepción que se conserva hasta ahora en la Europa occidental en relación al homicidio.

Cuando el ofensor y el ofendido pertenecen a la misma tribu, el asunto se resuelve muy simplemente: la tribu y la persona ofendida resuelven el asunto²⁶². Pero cuando el ofensor pertenece a otra tribu y esta tribu, por cualquier razón, se rehúsa a dar satisfacción, entonces la tribu ofendida se encarga de la venganza. Los hombres primitivos conciben los actos de cada uno en particular como asuntos de toda su tribu, que dependen la aprobación de ella y, por eso, consideran a toda la tribu responsable de los actos de cada uno de sus miembros. Debido a esto, la venganza puede caer sobre cualquier miembro de la tribu a la que pertenece el ofensor²⁶³. Pero a menudo sucede que la venganza sobrepasa a la ofensa. Con la intención de producir solo una herida, los vengadores pueden llegar a matar al ofensor o herirlo más gravemente de lo que habían planeado; el resultado es que se produce una nueva ofensa, por la otra parte, que exige una nueva venganza tribal; el asunto se prolonga de este modo infinitamente. Por eso, los primitivos legisladores establecían muy cuidadosamente los límites exactos del desquite: ojo por ojo, diente por diente y sangre por sangre²⁶⁴.

²⁶² Es notable, sin embargo, que en el caso de que la tribu pronuncie una sentencia de muerte, nadie asume el papel de verdugo. Cada uno, al arrojar su piedra o su flecha, o al descargar el hachazo, evita cuidadosamente un golpe mortal. En una época posterior, el sacerdote mataba al condenado con un cuchillo sagrado; y más tarde debía hacerlo el rey, hasta que se inventó, por fin, el verdugo asalariado. Véase las profundas observaciones sobre esta materia en el conocido trabajo de [Adolf] Bastian: *Der Mensch in der Geschichte. Zur Begründung einer Psychologischen Weltanschauung*, t. III, *Die Blutrache*, págs. 1-36. Una supervivencia asombrosa de esta costumbre del estado tribal, como me comunica el profesor E. [Ernest] Nyss, se ha conservado hasta nuestra época en los castigos militares. A mediados del siglo XIX era costumbre cargar los fusiles de los doce soldados designados para la ejecución con once balas y una de fogueo. Ello se hacía para que los soldados no supieran a quién le había tocado la bala de fogueo, y por eso cada uno podía tranquilizar su conciencia perturbada pensando que él la tenía y que no era un asesino. Una supervivencia similar se ha conservado en América en una de las cárceles de Nueva York, en la ejecución del castigo de la horca.

²⁶³ En África, y también en otros lugares, existe una costumbre muy extendida, de acuerdo con la cual, al descubrirse un robo, el clan más próximo devuelve el valor de las cosas robadas y luego busca al ladrón él mismo. A. H. Post *Afrikanische Jurisprudenz*, Leipzig, 1887, t. I, pág. 77.

²⁶⁴ Véase la obra del profesor M. Kovalevski: *Sovremeni obichay i drevnii zakon [Las costumbres modernas y la ley antigua]*, Moscú, 1886, t. II, que contiene muchas consideraciones importantes sobre esta cuestión.

¡Pero no más! Es notable, sin embargo, que en la mayoría de los pueblos primitivos los casos de venganza de sangre son muchísimos más raros de lo que se podría esperar, aunque en algunos de ellos alcanzan un desarrollo anormal, especialmente entre los montañeses, expulsados hacia las montañas por invasores extranjeros, como, por ejemplo, en los montañeses del Cáucaso y especialmente entre los dayacos en Borneo. Entre los dayacos, según las palabras de algunos viajeros contemporáneos, se habría llegado a tal punto que un hombre joven no puede casarse ni ser declarado mayor de edad antes de haber traído siquiera la cabeza de un enemigo. Esta horrenda costumbre ha sido completamente descrita en un reciente trabajo inglés²⁶⁵. Parece, sin embargo, que tal afirmación es una grosera exageración. Además, la “caza de cabezas” de los dayacos adquiere un aspecto muy distinto cuando nos enteramos de que el supuesto “cazador de cabezas” no está motivado en absoluto por una pasión personal. En todo caso, lo que los ingleses llaman “cazar cabezas” se presenta bajo una luz completamente distinta cuando nos enteramos que el supuesto “cazador” de ningún modo “caza” y ni siquiera se guía por un sentimiento personal de venganza. Actúa de acuerdo con lo que estima una obligación moral hacia su tribu, y por eso hace lo mismo que el juez europeo, que obedeciendo evidentemente al mismo principio falso, “sangre por sangre”, entrega al asesino condenado a las manos del verdugo. Ambos —tanto el dayaco como nuestro juez— experimentarían hasta remordimiento de conciencia si por un sentimiento de compasión perdonaran al homicida. He aquí por qué los dayacos, fuera de esta esfera de los homicidios cometidos bajo la influencia de sus concepciones de la justicia, son, según el testimonio ecuaníme de todos los que los conocen bien, un pueblo extraordinariamente simpático. El mismo Carl Bock, que hizo tan terrible pintura de la “caza de cabezas”, escribe:

En cuanto a la moral de los dayacos, debo asignarles el elevado lugar que merecen en la escala de la civilización... El pillaje y el robo son completamente desconocidos entre ellos. Se distinguen también por una gran veracidad... Si no siempre llegué a obtener de ellos “toda la verdad”, sin embargo, siempre me decían “nada más que la verdad”. Ojalá pudiera decir lo mismo sobre los malayos... (págs. 209 y 210).

El testimonio de Bock es corroborado totalmente por Ida Pfeiffer: “comprendí plenamente —escribió esta— que me complacería seguir viajando entre ellos. Generalmente los hallaba honestos, buenos y reservados... en grado bastante mayor que cualquiera de las otras naciones que conocía”²⁶⁶. Stoltze, hablando de los dayacos, usa casi las mismas expresiones. Habitualmente los dayacos no tienen más que una sola esposa, y la tratan bien. Son muy sociables, y todas las

²⁶⁵ Carl Bock: *The Head-Hunters of Borneo*, Londres, 1881. Sin embargo, me decía sir Hugh Law, que fue mucho tiempo gobernador de Borneo, que “las afirmaciones de Bock son terriblemente exageradas”. En general, hablaba de los dayacos con la misma simpatía que Ida Pfeiffer. Me permito agregar que Mary Kingsley habla en su libro sobre África occidental con la misma simpatía de la tribu indígena de los fan, a quienes se presentaba anteriormente como los más “terribles canibales”.

²⁶⁶ Ida Pfeiffer: *Meine zweite Weltreise*, Viena, 1856, t. I, págs. 116 y ss. Véase también Müller y Temminck: *Dutch Possessions in Archipelagic India*, citado por Élisée Reclus en *Géographie Universelle*, t. XIII.

mañanas el clan entero va en partidas numerosas a pescar, a cazar o a realizar sus labores hortícolas. Sus aldeas se componen de grandes chozas, en cada una de las cuales se alojan alrededor de una docena de familias, y a veces varios cientos de personas, y todos ellos conviven muy pacíficamente. Tratan a sus esposas con gran respeto y aman mucho a sus hijos; cuando alguno enferma, las mujeres lo cuidan por turno. En general, son muy moderados en la comida y en la bebida. Tales son los dayacos en su vida cotidiana real.

Sería una repetición tediosa si diera más ejemplos de la vida salvaje. Dondequiera que vayamos encontramos las mismas costumbres sociables, el mismo espíritu de solidaridad. Y cuando tratamos de penetrar en las tinieblas de los siglos pasados, vemos en ellos la misma vida tribal y las mismas asociaciones humanas, por primitivas que sean, para el apoyo mutuo. Por esto Darwin tuvo toda la razón cuando vio en las cualidades sociales de los hombres la principal fuerza activa de su desarrollo máximo, y los vulgarizadores de Darwin de ningún modo tienen razón cuando afirman lo contrario.

La debilidad comparativa del hombre y la poca velocidad de sus movimientos y también la insuficiencia de sus armas naturales, etcétera, fueron más que compensadas en primer lugar por sus facultades mentales (las que, como observó Darwin en otro lugar, se desarrollaron principalmente, o casi exclusivamente, en interés de la sociedad); y en segundo lugar, por sus *cualidades sociales*, en virtud de las cuales prestó ayuda a sus semejantes y la recibió de ellos²⁶⁷.

En el siglo XVIII estaba en boga idealizar “a los salvajes” y su “vida en estado natural”. Ahora los hombres de ciencia han caído en el extremo opuesto, en especial desde que algunos de ellos, pretendiendo demostrar el origen animal del hombre, pero no conociendo los aspectos sociales de la vida de los animales, comenzaron a acusar a los salvajes de todas las inclinaciones “bestiales” posibles e imaginables. Es evidente, sin embargo, que tal exageración es menos científica que la idealización de Rousseau. El hombre primitivo no puede ser considerado como ideal de virtud ni como ideal de “salvajismo”. Pero tiene una cualidad elaborada y fortificada por las mismas condiciones de su dura lucha por la existencia: identifica su propia existencia con la vida de su tribu; y, sin esta cualidad, la humanidad nunca hubiera alcanzado el nivel en que se encuentra ahora.

Los hombres primitivos, como hemos dicho antes, hasta tal punto identifican su vida con la vida de su tribu que cada uno de sus actos, por más insignificante que sea, se considera como un asunto de toda la tribu. Toda su conducta está regulada por una serie completa de reglas de conducta no escritas, que son fruto de su experiencia general con respecto a lo que debe considerarse bueno o malo; es decir, lo que resulta beneficioso o pernicioso para su propia tribu. Naturalmente, los razonamientos en que están basadas estas reglas de comportamiento son, a veces, absurdos en extremo. Muchos de ellos tienen su principio en las supersticiones. En general, haga lo que haga, un salvaje solo ve las consecuencias más inmediatas de sus actos y no llega a prever sus consecuencias indirectas y más lejanas; pero en esto solo exageran el error que Bentham reprochaba a los legisladores civilizados.

²⁶⁷ *The Descent of Man*, 2ª. ed., págs. 63-64.

Pero absurdas o no, obedecen a sus prescripciones de derecho común, por más inconvenientes que les puedan resultar. Las obedecen más ciegamente aún de lo que el hombre civilizado obedece las prescripciones de la ley escrita. El derecho común del salvaje es su religión; es el carácter mismo de su vida. La idea del clan está siempre presente en su mente; y por eso las autolimitaciones y el sacrificio en interés del clan son de carácter cotidiano. Si el salvaje ha infringido una regla tribal menor, las mujeres lo persiguen con sus burlas. Si la infracción tiene carácter más serio, lo atormenta entonces, día y noche, el temor de haber atraído una calamidad sobre toda su tribu, hasta que la tribu lo absuelve de su culpa. Si el salvaje accidentalmente ha herido a alguien de su propio clan, y de tal modo ha cometido el mayor de los delitos, se convierte en un hombre completamente desdichado: huye al bosque y se dispone al suicidio, salvo que la tribu lo absuelva de la culpa, infligiéndole algún castigo físico y derramando algo de su propia sangre. Dentro de la tribu todo es distribuido en común; cada trozo de alimento, como hemos visto, se reparte entre los presentes; y si el salvaje está solo en el bosque, no empieza a comer hasta haber gritado tres veces una invitación a compartir su comida con quien pueda haberlo escuchado²⁶⁸.

En breve: dentro de la tribu, la regla: “cada uno para todos” reina incondicionalmente en tanto que el surgimiento de la familia separada aún no haya roto la unidad tribal. Pero esta regla no se extiende a los clanes o tribus vecinas, ni siquiera si se han federado para la defensa mutua. Cada tribu o clan representa una unidad separada. Así como entre los mamíferos y las aves, el territorio se distribuye entre las tribus separadas y, exceptuando épocas de guerra, sus límites son respetados. Al penetrar en territorio vecino, cada uno debe mostrar que no tiene malas intenciones; cuanto más ruidosamente anuncie su llegada, gozará de más confianza; si entra en una casa, debe dejar su hacha a la entrada. Pero ninguna tribu está obligada a compartir sus alimentos con las otras tribus; puede hacerlo o no. Debido a esto, toda la vida del salvaje está dividida en dos tipos de relaciones y debe ser considerada desde dos puntos de vista éticos: las relaciones dentro de la tribu y las relaciones fuera de ella; y (como nuestro derecho internacional) el derecho “intertribal” se diferencia mucho del derecho tribal común. Por eso, cuando se llega a la guerra entre dos tribus, las crueldades más aborrecibles hacia el enemigo pueden ser consideradas merecedoras de la mayor admiración por parte de la tribu.

Tal doble concepción de la moral atraviesa, por otra parte, todo el desarrollo de la humanidad, y se ha conservado hasta los tiempos presentes. Nosotros, europeos, hemos hecho algo —no mucho, en todo caso— para apartarnos de esta doble moral; pero es necesario decir que si hasta un cierto grado hemos extendido nuestras ideas de solidaridad —por lo menos en teoría— a toda la nación, y a veces también a otras naciones, al mismo tiempo hemos debilitado los lazos de solidaridad dentro de nuestra nación y hasta dentro de nuestra misma familia.

La aparición de las familias separadas dentro del clan perturbó de manera inevitable la unidad establecida. La familia aislada conduce a la propiedad privada y a la acumulación de riquezas. Hemos visto, sin embargo, como los esquimales

²⁶⁸ Miklujo Maklay, en la obra citada, menciona también esta costumbre en los hotentotes.

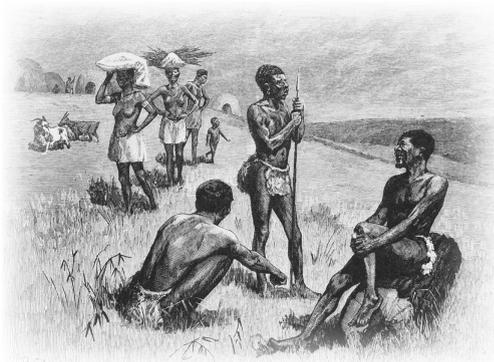
obvian estos inconvenientes; y una de las investigaciones más interesantes sería seguir en el transcurso del tiempo las huellas de las diferentes instituciones vitales (las comunas aldeanas, las guildas, etc.), con ayuda de las cuales las masas se empeñaron en mantener la unidad tribal, a pesar de las influencias empeñadas en destruirla.

Por otra parte, los primeros rudimentos de conocimientos aparecidos en épocas extremadamente lejanas, en que se confundían con la hechicería, también se hicieron en manos del individuo una fuerza que podía dirigirse contra los intereses de la tribu. Estos rudimentos de conocimientos se conservaban entonces en gran secreto y se transmitían solamente a los iniciados en las sociedades secretas de hechiceros, chamanes y sacerdotes que encontramos en todas las tribus salvajes. Además, al mismo tiempo, las guerras e invasiones creaban el poder militar y también la casta de los guerreros, cuyas asociaciones y fraternidades poco a poco adquirieron enorme fuerza. Pero con todo, nunca, en ningún período de la vida de la humanidad, las guerras fueron la condición *normal* de la vida. Mientras los guerreros se destruían entre sí, y los sacerdotes glorificaban estos homicidios, las masas proseguían llevando la vida cotidiana y haciendo su trabajo habitual de cada día. Y uno de los estudios más interesantes es seguir esa vida de las masas, investigar los medios con cuya ayuda mantuvieron su organización social, basada en sus concepciones de la igualdad, de la ayuda mutua y del apoyo mutuo —es decir, su derecho común—, aun cuando estaban sometidos a la más feroz teocracia o autocracia del Estado; estudiar esta faz del desarrollo de la humanidad es muy importante actualmente para una verdadera ciencia de la vida.



Bosquimanos

Hotentotes



CAPÍTULO IV LA AYUDA MUTUA ENTRE LOS BÁRBAROS

Las grandes migraciones — Necesidad de una nueva organización — La comuna aldeana — El trabajo comunal — Procedimiento judicial — Derecho intertribal — Ilustraciones tomadas de la vida de nuestros contemporáneos — Buriatos — Cabilios — Montañeses caucásicos — Tribus africanas

Al estudiar la humanidad primitiva es imposible no sentir admiración por el desarrollo de la sociabilidad que el hombre evidenció desde sus primeros pasos. Se han hallado huellas de sociedades humanas en los restos de la Edad de Piedra, tanto neolítica como paleolítica; y cuando comenzamos a estudiar a los salvajes, cuyo modo de vida no se distingue del modo de vida del hombre neolítico, encontramos que estos salvajes están ligados entre sí por una organización de clan extremadamente antigua que les da posibilidad de unir sus débiles fuerzas individuales, disfrutar de la vida en común y avanzar en su desarrollo. El hombre no constituye una excepción en la naturaleza. También él está sujeto al gran principio de la ayuda mutua, que asegura las mejores oportunidades de supervivencia solo a quienes mutuamente se prestan al máximo apoyo en la lucha por la existencia. Tales son las conclusiones a que hemos llegado en el capítulo precedente.

Sin embargo, no bien pasamos a un grado más elevado de desarrollo y recurrimos a la historia, que ya puede decirnos algo acerca de este estadio, las luchas y los conflictos que esta historia nos descubre nos dejan perplejos. Los viejos lazos parecen estar completamente rotos. Unos linajes luchan con otros linajes, las tribus contra las tribus, los individuos entre sí y, de este choque de fuerzas hostiles, sale la humanidad dividida en castas, esclavizada por déspotas, despedazada en estados separados siempre dispuestos a guerrear el uno contra el otro. Y he aquí que, hojeando tal historia de la humanidad, el filósofo pesimista llega triunfante a la conclusión de que la guerra y la opresión son la verdadera esencia de la naturaleza humana; que los instintos guerreros y predatorios del hombre pueden ser, dentro de determinados límites, refrenados solo por alguna autoridad poderosa que, por medio de la fuerza, establezca la paz y permita de tal modo a algunos pocos hombres nobles la posibilidad de preparar una vida mejor para la humanidad del futuro.

Sin embargo, basta someter a un examen más cuidadoso la vida cotidiana del hombre durante el período histórico, como han hecho últimamente muchos investigadores serios de las instituciones humanas más antiguas, para que esta vida inmediatamente adquiera un tinte completamente distinto. Dejando de lado las ideas preconcebidas de la mayoría de los historiadores, y su evidente predilección por el lado dramático de la historia, vemos que los mismos documentos que utilizan habitualmente exageran las partes de la vida dedicadas a la lucha y subestiman sus estados de ánimo pacíficos. Los días claros y soleados se pierden entre vendavales y tormentas.

Aun en nuestra época, los engorrosos registros que almacenamos para el historiador futuro en nuestra prensa, nuestros juzgados, nuestras instituciones gubernamentales y hasta en nuestras novelas, cuentos, dramas y hasta en la poesía,

padecen de la misma unilateralidad. Transmiten a la posteridad las descripciones más detalladas de cada guerra, combate y conflicto, de cada discusión y acto de violencia; conservan los episodios de todo tipo de sufrimientos personales; pero en ellos apenas se conservan las huellas precisas de los numerosos actos de apoyo mutuo y de lealtad que cada uno de nosotros conoce por experiencia propia; en ellos casi no se presta atención a lo que constituye la verdadera esencia de nuestra vida cotidiana, a nuestros instintos y costumbres sociales. No es de asombrarse por esto si los anales de los tiempos pasados se han mostrado tan imperfectos. Los analistas de la antigüedad inscribieron invariablemente en sus crónicas todas las pequeñas guerras y calamidades que sufrieron sus contemporáneos; pero no prestaron atención alguna a la vida de las masas populares, a pesar de que justamente las masas se dedicaban, sobre todo, al trabajo pacífico, mientras que una minoría se dedicaba a combatir. Los poemas épicos, las inscripciones de los monumentos, los tratados de paz; en una palabra, casi todos los documentos históricos tienen el mismo carácter: tratan de las perturbaciones de la paz y no de la paz misma. Debido a esto, aun el historiador mejor intencionado traza, inconscientemente, una imagen distorsionada de la época que intenta describir y ahora, para restablecer la real proporción que existía entre la lucha y la unión, debemos ocuparnos de analizar miles de hechos pequeños y de los débiles indicios que fueron conservados accidentalmente en los vestigios del pasado para interpretarlos con la ayuda de la etnología comparada. Después de haber oído tanto sobre lo que dividía a las personas, debemos reconstruir, piedra por piedra, las instituciones que los unían.

Pronto habrá que reescribir la historia de la humanidad en un nuevo sentido, tomando en cuenta ambas corrientes de la vida humana y así *apreciar el papel que cada una de ellas ha desempeñado en la evolución de la humanidad*. Pero, mientras tanto, podemos aprovechar el enorme trabajo preparatorio realizado en los últimos años que nos da la posibilidad de reconstruir, aún en líneas generales, la segunda corriente, que ha sido tan descuidada. De los períodos de la historia que están mejor estudiados podemos tomar algunos ejemplos de la vida de las masas populares y mostrar qué papel ha desempeñado en ellos la ayuda mutua; y al hacerlo, en bien de la brevedad, no estamos obligados a empezar indefectiblemente por la antigüedad egipcia, la griega o la romana, porque en realidad la evolución de la humanidad no ha tenido el carácter de una serie ininterrumpida de sucesos. Varias veces sucedió que la civilización quedaba interrumpida en determinada región y con una raza determinada, y comenzaba nuevamente en otro lugar, entre otras razas. Pero, todo nuevo surgimiento comenzaba siempre desde la misma organización de clan que vimos entre los salvajes. De modo que si tomamos la última forma de nuestra civilización actual —desde la época en que empezó de nuevo en los primeros siglos de nuestra era, entre aquellos pueblos que los romanos llamaron “bárbaros”— tendremos una gama completa de la evolución, empezando por la organización de *gens* y terminando por las instituciones de nuestra época. A estos ejemplos estarán consagradas las páginas siguientes.

Los hombres de ciencia aún no se han puesto de acuerdo sobre las causas que, hace alrededor de dos mil años, movieron a pueblos enteros de Asia a Europa y

provocaron las grandes migraciones de los bárbaros que pusieron fin al Imperio Romano de Occidente. Sin embargo, se presenta de modo natural al geógrafo una causa posible, cuando contempla las ruinas de las que fueron otrora ciudades densamente pobladas de los desiertos actuales de Asia Central, o bien sigue los viejos lechos de ríos ahora desaparecidos y los restos de lagos que otrora fueron enormes y que ahora quedaron reducidos casi a las dimensiones de pequeños estanques. La causa es la *desección*: una desecación reciente que continúa todavía, con rapidez que antes considerábamos imposible admitir²⁶⁹. Contra semejante fenómeno, el hombre no pudo luchar. Cuando los habitantes de Mongolia noroccidental y de Turquestán oriental vieron que el agua los abandonaba, no les quedó otra salida que descender a lo largo de los amplios valles que conducen a las tierras bajas y presionar hacia el oeste a los habitantes de estas tierras²⁷⁰. Tribu tras tribu, de tal modo, fueron desplazadas hacia Europa, obligando a otras tribus a ponerse en movimiento una y otra vez durante centurias; hacia el oeste, o de vuelta al este, en busca de nuevos lugares de residencia más o menos permanente. Durante estas migraciones las razas se mezclaban; aborígenes con inmigrantes, arios con uraloaltaicos, y no hubiera sido nada asombroso que las instituciones sociales que los unían en sus patrias se hubieran desmoronado completamente durante esta estratificación de diferentes razas que se realizaba entonces en Europa y Asia.

Pero estas instituciones *no* se desmoronaron; solo sufrieron la transformación que las nuevas condiciones de vida requerían.

Los teutones, celtas, escandinavos, eslavos y otros pueblos, cuando por primera vez entraron en contacto con los romanos, se encontraban en estado de transición social. Sus uniones de clan, basadas en una comunidad de origen real o supuesto, sirvieron para unirlos durante muchos milenios. Pero esas uniones respondieron a su propósito solo hasta que aparecieron, dentro del clan mismo, las familias separadas. Sin embargo, en virtud de las razones ya expuestas, las familias patriarcales separadas, lenta pero constantemente, se formaban dentro de los clanes y su aparición evidentemente condujo a la acumulación de riquezas y de poder, y a su transmisión hereditaria en la familia y a la descomposición del

²⁶⁹ Innumerables huellas de lagos post pliocénicos, actualmente desaparecidos, se encuentran en toda el Asia Central, Occidental y Septentrional. Conchas de las mismas especies que las que ahora viven en el mar Caspio están dispersas en sedimentos recientes en la superficie: en el este, en la mitad del camino que conduce al lago Aral; en el norte, hasta Kazan. Las huellas de los golfos del mar Caspio, que antes se tomaban por viejos lechos del Amu-Daria, cruzan el territorio turco. Naturalmente, es necesario tomar en consideración las oscilaciones temporales y periódicas en la cantidad de los sedimentos. Pero, con todo, la desecación es evidente y se realiza con una velocidad que los geólogos no esperaban. Aun las partes relativamente ricas en humedad de la Siberia suroccidental, a juzgar por la serie de relevamientos topográficos fidedignos publicados por Yadrinsev, muestran que en las parcelas de tierras que fueron ochenta años atrás el fondo de uno de los lagos del grupo Chany ahora se han establecido aldeas; mientras que otros lagos del mismo grupo, que hace cincuenta años cubrían cientos de kilómetros cuadrados, se transformaron en simples lagunas. Dicho más brevemente, la desecación del noroeste de Asia se produce a un ritmo que debe ser medido por siglos, en lugar de las enormes unidades geológicas de tiempo a las que recurriamos antes. Véase mi artículo “The Desiccation of Asia” en *Geographical Journal*, de la Real Sociedad Geográfica de Londres, 1903.

²⁷⁰ Civilizaciones enteras desaparecieron en esta época, como ahora prueban los descubrimientos notables hechos en Mongolia, en el valle del Orkhon y en la depresión de Lukchun por [Dmitri] Clements, y en los alrededores de Lob Nor por Sven Hedin.

clan. Las frecuentes migraciones de los bárbaros y las guerras que las acompañaban solo pudieron apresurar la desintegración de las *gens* en familias separadas, mientras que la dispersión de los troncos comunes y su mezcla con extranjeros facilitaban las condiciones la desintegración de las uniones basadas en lazos de parentesco. A los bárbaros —es decir, aquellas tribus que los romanos llamaron “bárbaros” y que, siguiendo las clasificaciones de Morgan, llamaré con ese mismo nombre para diferenciarlos de las tribus más primitivas, los llamados “salvajes”— se presentaba de tal modo una disyuntiva: ver sus clanes disueltos en grupos de familias laxamente unidas, de las cuales, las más ricas (especialmente aquellas donde las riquezas se combinaban con las funciones del sacerdocio o el prestigio militar) lograrían imponer su poder sobre las demás; o bien buscar alguna nueva forma de organización fundada sobre algún principio nuevo.

Muchos linajes fueron impotentes para oponerse a la desintegración: se dispersaron y se perdieron para la historia. Pero los más vigorosos no se dividieron; salieron de la prueba elaborando una estructura social nueva: la *comuna aldeana*, que los mantuvo unidos durante los quince siglos siguientes, o más aún. En ellas se elaboró la concepción del *territorio común*, apropiado o defendido por sus esfuerzos en común, que ocupó el lugar de la concepción del origen común, que ya se extinguía. Sus dioses perdieron paulatinamente su carácter de *ascendentes* y recibieron un nuevo carácter local, territorial. Se convirtieron en divinidades o, posteriormente, en patronos de un cierto lugar.

La “tierra” se identificaba con los habitantes. En lugar de las uniones anteriores por la sangre, crecieron las uniones territoriales, y esta nueva estructura evidentemente ofrecía muchas ventajas en determinadas condiciones. Reconocía la independencia de la familia y hasta la aumentaba, puesto que la comuna aldeana renunciaba a todo derecho a inmiscuirse en lo que ocurría dentro de ámbito familiar; daba también una libertad considerablemente mayor a la iniciativa personal; no era en principio hostil a la unión entre personas de distinto origen, pero mantenía la cohesión necesaria en los actos y en los pensamientos de los miembros de la comunidad y era lo bastante fuerte para oponerse a las tendencias de dominio de las minorías, de hechiceros, sacerdotes y guerreros profesionales o distinguidos que pretendían adueñarse del poder. Debido a esto se convirtió en la célula primitiva de la futura organización; y en muchas naciones, la comuna aldeana ha conservado este carácter hasta el presente.

Ahora ya se sabe —y apenas se discute— que la comuna aldeana de ningún modo ha sido una característica específica de los eslavos o de los antiguos teutones. Estaba extendida en Inglaterra, tanto en el período sajón como en el normando, y se conservó en algunos lugares hasta el siglo diecinueve²⁷¹; fue la base

²⁷¹ Si sostengo, con respecto a Inglaterra, nombrando solo a los especialistas modernos, la opinión de [Erwin] Nasse, Kovalevski y Vinogradov, y no la opinión de F. [Frederic] Seebohm (Denman Ross puede ser citado solamente para completar), no es solo porque las opiniones de los tres escritores arriba citados estén basadas en el conocimiento profundo de la materia, ni porque que estén de acuerdo entre sí, sino también a causa de su excelente conocimiento de la comuna aldeana en general, conocimiento cuya ausencia se siente claramente en el trabajo de Seebohm, notable en otros sentidos. La misma observación se puede hacer, en grado mayor, con respecto a las elegantes obras de Fustel de Coulanges, cuya opinión e interpretación apasionada de los antiguos textos no hallan más partidarios que él mismo.

de la organización social de la antigua Escocia, la antigua Irlanda y el antiguo Gales. En Francia, la posesión común y la división comunal de la tierra arable por la asamblea aldeana se conservaron desde los primeros siglos de nuestra era hasta la época de Turgot, que halló las asambleas comunales “demasiado ruidosas” y por ello comenzó a destruirlas. En Italia, la comuna sobrevivió al dominio romano y renació después de la caída del Imperio Romano. Fue regla general entre los escandinavos, eslavos, fineses (en la *Pitäjä*, y probablemente en la *ki-blakunta*), los curonios y los livonios. La comuna aldeana en la India —pasada y presente, aria y no aria— es bien conocida gracias a los trabajos de sir Henry Maine, que han hecho época, y [M.] Elphinstone la describió en los afganos. La encontramos también en el *ulus* mongol, en la cabilia *thaddart*, en la *dessa* javanesa, en la *kota* o *tofa* malaya y, bajo diferentes designaciones, en Abisinia, Sudán, en el interior de África, en las tribus indígenas de ambas Américas y en todas las tribus, pequeñas y grandes, de las islas del océano Pacífico. En una palabra, no conocemos ninguna raza humana, ninguna nación, que no hubiera pasado en determinado período por la comuna aldeana. Ya este solo hecho refuta la teoría según la cual se trató de representar a la comuna aldeana de Europa como un producto de la servidumbre. Se formó mucho antes que la servidumbre y ni siquiera la sumisión servil pudo destruirla. Ella constituye una fase general del desarrollo del género humano, un renacimiento natural de la organización de clan, por lo menos en todos los linajes que desempeñaron o desempeñan hasta la época presente algún papel en la historia²⁷².

La comuna aldeana constituía una institución surgida naturalmente, y por esto no podía ser de estructura completamente uniforme. Hablando en general, era una unión de familias que compartían, supuestamente, ancestros comunes y que poseían en común un cierto territorio. Pero en algunos linajes, en circuns-

²⁷² La literatura sobre la comuna aldeana es tan vasta que nos limitamos aquí a citar algunas pocas obras. Así, las obras de sir Henry Maine, F. Seebohm y la de [F.] Walter, *Das alte Wales* (Bonn, 1859), son fuentes bien conocidas y están ampliamente difundidas para Escocia, Irlanda y Gales. Para Francia, se puede citar a P. Viollet, *Précis de l'histoire du droit français: Droit Privé*, 1886, y algunas de sus monografías en la *Bibliothèque de l'École des chartes*, a [A.] Babeau, *Le Village, sous l'ancien régime* (el “mir” en el siglo XVIII), 3ª. edición, 1882; [Eugène] Bonnemère, [Henry] Doniol y otros. Para Italia y Escandinavia, las principales obras están citadas en *De la propriété et de ses formes primitives*, de [Émile de] Laveleye (traducción alemana de K. Bücher). Para los fineses, *Föreläsningar öfver Finlands historia*, de [G.] Rein, 1, 15 y de [Yrjö-] Koskinen, *Finnische geschichte*, 1874, y diferentes monografías. Para Liflandia y Curlandia, véase el artículo del profesor Luchitzky en el *Severnyi Vestnik*, del año 1890. Para los teutones, además de las obras bien conocidas de autores como [G. L. von] Maurer y [R.] Sohm (*Die Altdeutsche Reichs- und Gerichtsverfassung*), véanse también [Felix] Dahn (*Geschichte der deutschen urzeit, Die Völkerwanderung, Langobardische Studien*); [J.] Janssen, Wilhem Arnold y otros. Para la India, además de autores como H. Maine y los escritores que él nombra, véase la obra de sir John Phear: *The Aryan Village in India and Ceylon*. Para Rusia y los eslavos meridionales, véanse las obras de [K.] Kavelin, [A.] Posnikov, Sokolovski, Kovalevski, Efimenko, Ivanishev, Klaus, etc. (Un amplio índice bibliográfico, hasta 1880, ha sido dado en el *Sbornik sve-diényi ob obschinye*, publicado por la Russkoe Gueograficheskoe Obschchestvo [Sociedad Geográfica Rusa]). Para conclusiones generales, además de Laveleye, *De la propriété...; Ancient Society...*, de Morgan; *Die Kulturgeschichte in einzelnen Hauptstücken*, de [J.] Lippert; véase [A. H.] Post, [L.] Dargun, etc., y también las conferencias de M. Kovalevski (*Tableau des origines et de l'évolution de la famille et de la propriété*, Estocolmo, 1890, existe también en edición rusa). Se deben citar también muchas monografías especiales, cuya lista está dada en las obras de P. Viollet *Droit privé y Droit public*. Con respecto a los otros, véanse las notas siguientes.

tancias determinadas, las familias crecieron extraordinariamente antes de que de ellas surgieran nuevas familias; en tales casos, cinco, seis o siete generaciones continuaron viviendo bajo un techo o dentro de un mismo recinto, poseían en común el cultivo y el ganado, y se reunían para las comidas ante un hogar común. Entonces se formó lo que se conoce en la etnología con el nombre de “familia extendida” u “hogar indiviso”, que aun ahora hallamos en toda la China, en la India, en la *zadruga* de los eslavos meridionales y, ocasionalmente, en África, América, Dinamarca, Rusia septentrional, en Siberia (las *semieskie*) y en Francia occidental²⁷³. En otras tribus, o en otras circunstancias que todavía no están determinadas con precisión, las familias no alcanzaron semejantes proporciones; los nietos, y a veces también los hijos, salían del hogar inmediatamente después de contraer matrimonio y cada uno de ellos originaba su propia célula. Pero, extendidas o no, agrupadas o diseminadas en los bosques, todas las familias se unieron en comunas aldeanas. Algunas aldeas se unieron en tribus y las tribus en confederaciones. Tal era la organización social que se desarrolló entre los así llamados bárbaros cuando empezaron a asentarse de manera permanente en Europa. Es necesario recordar que las palabras “bárbaros” y “período bárbaro” se emplean aquí siguiendo a Morgan y otros antropólogos —investigadores de la vida de las sociedades humanas— exclusivamente para designar el período de la comuna aldeana que siguió a la *organización tribal, hasta la formación de los Estados contemporáneos*.

Una larga evolución fue necesaria para que el clan, o la *gens*, llegara a aceptar en su interior la existencia separada de una familia patriarcal viviendo en una choza aparte; pero, sin embargo, aun después de tal aceptación, el clan, como regla, no reconocía la herencia personal de los bienes. Las pocas cosas que podían pertenecer a un individuo se destruían sobre su tumba o se enterraban junto a él. La comuna aldeana, por el contrario, reconocía plenamente la acumulación privada de riquezas dentro de la familia, y su transmisión hereditaria. Pero esa riqueza se comprendía exclusivamente bajo la forma de *bienes muebles*, incluyendo en ellos el ganado, los instrumentos y la vajilla, las armas y la casa-habitación que, “como todas las cosas que podían ser destruidas por el fuego”, se contaban en esa misma categoría²⁷⁴. En cuanto a la propiedad privada territorial, la comuna aldeana no reconocía y no podía reconocer nada semejante, y hablando en general no la reconoce tampoco ahora. La tierra era propiedad común de todo el linaje o de la tribu entera, y la comuna aldeana poseía su propia parte de

²⁷³ Algunos autorizados hombres de ciencia están inclinados a considerar al hogar indiviso como un grado intermedio entre el clan y la comuna aldeana, y es indudable que en muchos casos las comunas aldeanas brotaron de tales familias. Sin embargo, considero al hogar indiviso como un hecho de otro orden. Los encontramos dentro de las *gens* y, por otra parte, no podemos afirmar que las familias extendidas hayan existido alguna vez sin pertenecer, al mismo tiempo, a una *gens*, a la comuna aldeana o al “Gau”. Opino que las comunidades aldeanas surgieron lentamente a partir de las *gens* y que estaban formadas, según las circunstancias raciales y locales, ya sea de varias familias extendidas, del conjunto de familias extendidas y simples, o bien (especialmente en casos de formación de nuevas poblaciones) solo de familias simples. Si esta opinión es correcta, no tenemos, entonces, derecho a establecer la serie: clan, familia extendida, comuna aldeana, puesto que el segundo miembro de la serie no tiene el mismo valor etnológico que los otros dos. Véase el apéndice XIII.

²⁷⁴ [Otto] Stobbe: *Beiträge zur Geschichte des deutschen Rechtes*, [Brunswick, 1865], pág. 62.

territorio, siempre y cuando el linaje o la tribu no reclamaran una redistribución de las asignaciones de las parcelas.

El desmonte de la tierra boscosa y la roturación de las praderas, en la mayoría de los casos, eran realizados por la comuna o, por lo menos, por el trabajo conjunto de varias familias —siempre con el consentimiento de la comuna— las parcelas desbrozadas eran poseídas por las familias por cuatro, doce, veinte años; después de lo cual, se consideraban ya como parte de la tierra arable poseída en común. La propiedad privada o la posesión “perpetua” de la tierra era también incompatible con los principios y las concepciones religiosas de la comuna aldeana, como también lo eran con las concepciones de la *gens*; de modo que fue necesaria la influencia prolongada del derecho romano y de la iglesia cristiana, que tempranamente asimiló las leyes de la Roma pagana, para acostumar a los bárbaros a que fuera posible la propiedad privada de la tierra²⁷⁵. Pero, aun entonces, cuando tal propiedad o la posesión por tiempo indeterminado fueron reconocidas, el propietario de una parcela separada seguía siendo, al mismo tiempo, copropietario de los bosques, de las tierras baldías y de las pasturas comunes. Además, vemos continuamente, en especial en la historia de Rusia, que cuando varias familias, actuando por separado, han tomado posesión de alguna tierra perteneciente a las tribus que consideraban como extranjeras, las familias de los usurpadores se unían en seguida entre sí y formaban una comuna aldeana que, en la tercera o cuarta generación, ya creía en la comunidad de su origen. Siberia está llena hasta ahora de tales ejemplos.

Una serie completa de instituciones, en parte heredadas del *período de los clanes*, empezó entonces a elaborarse sobre esta base del dominio común de la tierra, y continuó elaborándose a través de las largas series de siglos que fueron necesarios para someter a los bárbaros a la autoridad de los Estados organizados según el modelo romano o bizantino. La comuna aldeana no solo era una asociación para asegurar a cada uno la parte justa en el usufructo de la tierra común; era, también, una asociación para el cultivo común de la tierra, para el apoyo mutuo en todas las formas posibles, para la defensa contra la violencia y para el máximo desarrollo de los conocimientos, los lazos nacionales y las concepciones morales; y cada cambio en el costumbres jurídicas, militares, educacionales o económicas de la comuna era decidido por todos, en la reunión de la asamblea de la aldea, las asambleas de las tribus, o las de la confederación. La comuna, siendo continuación de la *gens*, heredó todas sus funciones. Era la *universitas*, el *mir*, un mundo en sí mismo.

La caza en común, la pesca en común y el cultivo comunal de los huertos y de las plantaciones frutales eran la regla general en las antiguas *gens*. Del mismo modo, el cultivo en común de los campos era la regla en las comunas aldeanas de los bárbaros. Es cierto que tenemos muy pocos testimonios directos en este

²⁷⁵ Las pocas huellas de la propiedad territorial privada que se encuentran en el período bárbaro antiguo se hallan solamente en los pueblos (bátavos, francos, en la Galia) que durante algún tiempo estuvieron bajo la influencia de la Roma imperial. Véase [K. T. von] Inama-Sternegg: *Die Ausbildung der Grossen grundherrschaften in Deutschland während der Karolingerzeit*, t. 1, 1878. También, “Besselen Neubruch nach dem älteren deutschen Recht”, págs. 11-2, citado por Kovalevski, *Sovremeni obichay i drevnii zakon*, Moscú, 1886, 1, pág. 134.

sentido, y que en la literatura antigua encontramos en total algunos pasajes de Diodoro y de Julio César que se refieren a los habitantes de las islas Lipari, a una de las tribus celtíberas y a los suevos. Pero no son insuficientes los hechos que prueban que el cultivo en común de la tierra era practicado entre algunas tribus germánicas, entre los francos y entre los antiguos escoceses, irlandeses y galeses²⁷⁶. En cuanto a las últimas supervivencias del cultivo comunal, son simplemente innumerables. Hasta en la Francia completamente romanizada, el cultivo en común era algo habitual en Morbihan (Bretaña) hasta hace apenas unos veinticinco años²⁷⁷. Así encontramos al antiguo *cyvar*, o trabajo en conjunto, galés, y el cultivo común de la tierra entregada en usufructo al santuario de la aldea que constituye un fenómeno bastante común en las tribus del Cáucaso menos tocadas por la civilización²⁷⁸. Hechos semejantes se dan constantemente entre los campesinos rusos.

Además, es bien conocido que muchas tribus del Brasil, de América Central y México cultivaban sus campos en común, y que la misma costumbre está ampliamente difundida, aún ahora, entre los malayos, en Nueva Caledonia, entre algunas tribus negras, etc.²⁷⁹ En breve, el cultivo comunal de la tierra constituye un fenómeno tan habitual en muchas tribus arias, uralo altaicas, mongolas, negras, pieles rojas, malayas y melanesias, que debemos considerarlo como una forma universal —aunque no la única posible— de agricultura primitiva²⁸⁰.

No obstante, el cultivo comunal no implica necesariamente el consumo en común. Ya en la organización de clan vemos, con frecuencia, que cuando las embarcaciones cargadas de frutas o pescados vuelven a la aldea, el alimento transportado se reparte entre las viviendas aisladas y las “casas largas” (donde se pueden alojar varias familias juntas, o bien los jóvenes) y el alimento se prepara en cada fuego por separado. La costumbre de sentarse a la mesa en un círculo más estrecho de parientes o compañeros, de tal modo, prevalece así en un período temprano de la vida del clan. En la comuna aldeana se convierte en regla.

Hasta los productos alimenticios cultivados en común habitualmente se dividían entre las familias después que una parte había sido almacenada para uso colectivo. Sin embargo, la tradición de los festines comunales se mantuvo piadosamente viva. En cada caso oportuno, como, por ejemplo, en los días consagrados

²⁷⁶ [G. L. von] Maurer: *Markgensossenschaft*; [Karl] Lamprecht, “Wirtschaft und Recht der Franken zur Zeit der Volksrechte”, en *Historisches Taschenbuch*, 1883; [F.] Seeborn: *The English Village Community*, caps. VI, VII y IX.

²⁷⁷ [Charles] Letourneau, en *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 1888, t. XI, pág. 476.

²⁷⁸ [F.] Walter: *Das alte Wales*, pág. 323; D. Bakrazde y N. Khoudadov en *Mémoires de la Section Caucasiennne de la Société Impériale Russe de Géographie*, t. XIV, parte I.

²⁷⁹ H. H. Bancroft: *Native Races*; [Th.] Waitz, *Anthropologie...*, III, 423; [M. X.] Montrouzier, en *Bulletin de la Société d'Anthropologie*, 1870; Post, *Studien...*, etc.

²⁸⁰ Las obras de [M.] Ory, [E.] Luro, [A.] Landes y Sylvestre sobre la comuna aldeana en Annam, que prueban que ha tenido allí las mismas formas que en Alemania o Rusia, son citadas en el artículo crítico de [E.] Jobbé-Duval en *Nouvelle Revue historique de droit français et étranger*, octubre y diciembre, 1896. Una buena obra sobre la comuna aldeana en Perú antes del establecimiento del poder de los incas ha sido escrita por Heinrich Cunow (*Die soziale Verfassung des Inkareichs: eine Untersuchung des altperuanischen Agrarkommunismus*, Stuttgart, 1896). En esta obra se describen el dominio comunal de las tierras y el cultivo comunal.

a la recordación de los antepasados, durante las fiestas religiosas, al comienzo o al final de las labores campestres y también con motivo de sucesos tales como nacimiento de los niños, bodas y entierros, la comuna se reunía en un festín comunal. Aún hoy, en Inglaterra, esta costumbre, conocida bajo el nombre de *harvest supper* [cena de la cosecha] está lejos de desaparecer.

Por otra parte, mucho tiempo después de que los campos dejaron de ser cultivados en común, vemos que toda una variedad de labores agrícolas se siguieron realizando comunitariamente, y continúan de esa manera aún hoy. Cierta parte de la tierra comunal en muchos lugares aun es cultivada en común con el objeto de ayudar a los indigentes, para reabastecer depósitos comunales o para usar lo producido durante las fiestas religiosas. Los canales de regadío son cavados y reparados en común. Los prados comunales son segados por la comunidad; y uno de los espectáculos más inspiradores lo constituye la comuna aldeana rusa durante la siega, en la cual los hombres rivalizan entre sí en la amplitud del corte de guadaña y las mujeres remueven la hierba cortada y la recogen en gavillas, pues nos muestra lo que podría y debería ser el trabajo humano. En tales casos, se reparte el heno entre los hogares separados, y es evidente que ninguno tiene derecho a tomar el heno del henar de su vecino sin su permiso; pero la restricción a esta regla, que se encuentra en los osetas²⁸¹ del Cáucaso, es muy instructiva: ni bien comienza a cantar el cucú anunciando la entrada de la primavera y los prados se cubren de pasto, todos adquieren el derecho de tomar del pajar vecino el heno que necesitan para alimentar a su ganado²⁸². De tal modo, se afirman una vez más los antiguos derechos comunales, como para demostrar con ello hasta qué punto el individualismo sin restricciones contradice a la naturaleza humana.

Cuando el viajero europeo desembarca en alguna isleta del océano Pacífico, y viendo de lejos un grupo de palmeras se dirige hacia allí, generalmente lo asombra el descubrimiento de que las pequeñas aldeas están unidas entre sí por caminos pavimentados con grandes piedras, perfectamente cómodos para los nativos descalzos y que en muchos sentidos recuerdan a los “viejos caminos” de las montañas suizas. Caminos semejantes fueron trazados por los “bárbaros” por toda Europa, y es necesario haber viajado por países salvajes, poco poblados y que están situados lejos de las líneas principales de las comunicaciones internacionales, para comprender las proporciones de ese trabajo colosal que realizaron las comunas bárbaras para conquistar la naturaleza boscosa y pantanosa que presentaba Europa alrededor de dos mil años atrás. Las familias separadas, débiles y sin los instrumentos necesarios, no lo hubieran podido lograr. El bosque y el pantano las habrían vencido. Las comunas aldeanas por sí solas, trabajando en común, pudieron dominar los bosques salvajes, las ciénagas absorbentes y las estepas ilimitadas.

Los senderos escabrosos, las balsas, los puentes de madera que se quitaban en invierno y se construían de nuevo después de las crecidas de primavera, las cercas y empalizadas de las aldeas, las fortalezas de tierra, las pequeñas torres

²⁸¹ Constituyen un grupo étnico de lengua irania y parecen ser descendientes de los alanos y los sármatas. [N. de E.]

²⁸² M. Kovalevski: *Sovremeni obichay i drevnii zakon*, I, pág. 115.

de las que estaba sembrado el territorio, todo esto fue obra de las manos de las comunas bárbaras. Y cuando la comuna crecía numéricamente se producía un nuevo brote. A alguna distancia, surgió una nueva comuna y de tal modo, paso a paso, los bosques y las estepas cayeron bajo el dominio de la humanidad. Todo el proceso de la formación de las naciones europeas fue producto de tal brote de las comunas aldeanas. Hasta el presente los campesinos rusos, si no están completamente abrumados por la necesidad, cuando se asientan en las cuencas del Amur o en Manitoba [Canadá] emigran en comunas, labran la tierra y construyen sus casas en común. Hasta los ingleses, al principio de la colonización de América, volvieron al antiguo sistema: se agruparon y vivieron en comunas aldeanas²⁸³.

La comuna aldeana era entonces el arma principal de los bárbaros en su dura lucha contra la naturaleza hostil. Era, también, el lazo que los campesinos oponían a la opresión de parte de los más hábiles y fuertes, que tan fácilmente podría haberse desarrollado en aquellos agitados tiempos. El “bárbaro” imaginario, es decir, el hombre que lucha y mata por puro capricho, existió tan poco en la realidad como el salvaje “sanguinario”.

El verdadero bárbaro, por lo contrario, en su vida se sometía a una amplia serie de instituciones, imbuidas de cuidadosas consideraciones sobre qué puede ser útil o nocivo para su tribu o su confederación; y las instituciones de este género fueron transmitidas religiosamente de generación en generación en versos y cantos, en proverbios y tríadas, en sentencias e instrucciones.

Cuanto más estudiamos este período, tanto más nos convencemos de los lazos estrechos que ligaban a los pueblos en sus aldeas. Toda disputa surgida entre dos individuos se consideraba un asunto que concernía a toda la comuna, hasta las palabras ofensivas que pudieran haberse pronunciado se consideraban ofensas a la comuna y a sus antepasados. Era necesario repararlas compensando tanto al individuo como a la comuna²⁸⁴. Si la disputa terminaba en pelea y heridas, el hombre que la presenciara y no se interpusiera era considerado como si él mismo hubiera producido las heridas causadas²⁸⁵.

El procedimiento jurídico estaba imbuido del mismo espíritu. Toda disputa, ante todo, se sometía a la consideración de mediadores o árbitros, que desempeñaban un papel importante en la sociedad bárbara y, como en la mayoría de los casos, era resuelta por ellos. Pero si el asunto era demasiado serio y no podía ser resuelto por los mediadores, se sometía al juicio de la asamblea comunal, que tenía el deber de “hallar la sentencia” y la pronunciaba siempre en forma condicional, es decir: “Se deberá pagar tal compensación si el agravio es probado”. La ofensa era probada o negada por seis o doce personas bajo juramento, quienes confirmaban o negaban el hecho y se recurría a la ordalía solamente en el caso de que surgiera contradicción entre los dos cuerpos de jurados de ambas partes. Este procedimiento, que estuvo en vigor más de dos mil años, habla suficientemente por sí mismo;

²⁸³ [John G.] Palfrey: *History of New England*, II, pág. 13; citado en la obra de Maine: *Village Communities in the East and West*, 1876, pág. 201 de la edición americana.

²⁸⁴ [J. P.] Koenigswarter: *Études historiques sur le développement de la société humaine. Lâchat des femmes. La vengeance et les compositions. Le serment, les ordalies et le duel judiciaire*, París, 1850.

²⁸⁵ Tal era, por lo menos, la ley de los kalmucos, cuyo derecho común tiene mucha semejanza con las leyes de los teutones, los antiguos eslavos y otros.

muestra cuán estrechos eran los lazos que unían entre sí a todos los miembros de la comuna.

Por otra parte, además de su autoridad moral, la asamblea comunal no tenía ninguna otra fuerza para hacer cumplir su sentencia. La única amenaza posible era declarar fuera de la ley al rebelde; pero aun esta amenaza era un arma de doble filo. Un hombre descontento con la decisión de la asamblea comunal podía declarar que abandonaba su tribu y que se unía a otra, y esta era una amenaza terrible, puesto que atraería todas las desgracias posibles sobre la tribu que hubiera sido injusta con uno de sus miembros²⁸⁶. La oposición a una decisión justa, basada sobre el derecho común, era sencillamente “inimaginable” según la expresión muy afortunada de Henry Maine, ya que “la ley, la moral y el hecho constituían, en aquellos tiempos, algo inseparable”²⁸⁷. La autoridad moral de la comuna era tan grande que hasta en una época considerablemente posterior, cuando las comunas aldeanas fueron sometidas a los señores feudales, conservaron, sin embargo, la autoridad jurídica; solo permitían al señor o a su representante “determinar” las sentencias condicionales, de acuerdo con el derecho común que él juraba mantener en su pureza; y se le permitía percibir en su beneficio la multa (*fred*) que antes se percibía en favor de la comuna²⁸⁸. Pero, durante mucho tiempo, el mismo señor feudal, si permanecía como copropietario de los baldíos de la comuna, se sometía, en los asuntos comunales, a la decisión de esta. Perteneciera ya a la nobleza o al clero, debía someterse a la decisión de la asamblea comunal. *Wer daselbst Wasser und Weid genusst, muss gehorsam sein* —“quien goza del derecho al agua y a los pastos, debe obedecer”—, dice una antigua sentencia. Hasta cuando los campesinos se convirtieron en siervos de los señores feudales, estos estaban obligados a presentarse ante la asamblea comunal si los citaban²⁸⁹.

En sus concepciones de la justicia, los bárbaros evidentemente no se alejaron mucho de los salvajes. También ellos consideraban que todo homicidio debía implicar la muerte del homicida; que las heridas producidas debían ser castigadas con iguales heridas, y que la familia agraviada debía cumplir la sentencia del derecho consuetudinario; es decir, matar al homicida o a alguno de sus parientes, o producir un determinado género de heridas al ofensor o a uno de sus allegados. Esto era para ellos un deber sagrado, una deuda hacía los antepasados que debía ser cumplida completamente a la luz del día, de ningún modo en secreto, y que se le debía dar la más amplia difusión. Por esto, los pasajes más inspirados de las

²⁸⁶ Esta costumbre se ha conservado hasta ahora en muchas tribus africanas y otras.

²⁸⁷ *Village Communities*, págs. 65-8 y 199.

²⁸⁸ Durante todo el período, la compensación monetaria (*wergeld*) se pagaba al ofendido como compensación por la ofensa; la multa (*fred*) se pagaba a la comuna y posteriormente a su sustituto —al señor, obispo o rey— por la violación de la paz y como reconocimiento de la culpa ante los dioses locales (o santos) de la comuna.

²⁸⁹ Maurer (*Geschichte der Markenverfassung in Deutschland*, párrafo 29, 27) mantiene una opinión clara con respeto a esta cuestión. Afirma que “todos los miembros de la comuna... así como los señores laicos y los del clero que a menudo también eran en parte copropietarios (*Markberechtigte*), e incluso personas extrañas a la comuna, estaban sometidos a su jurisdicción” (pág. 312); en algunos lugares, tal idea estuvo en vigor hasta el siglo xv.

sagas y de las obras de la poesía épica en general están consagrados a glorificar lo que se consideraba justicia. Los propios dioses se unían en su ayuda.

Sin embargo, el rasgo predominante de la justicia de los bárbaros es, por un lado, el intento de limitar la cantidad de personas que pueden ser arrastradas en un litigio, y por otro, el intento de extirpar la idea brutal de la necesidad de pagar sangre por sangre y herida por herida, sustituyéndola por un sistema de compensaciones. Los códigos de leyes bárbaras que constituían colecciones de resoluciones de derecho común, escritas para los jueces, “al principio permitían, luego estimulaban y por último exigían” la sustitución de la venganza por la compensación²⁹⁰. No obstante las compensaciones han sido completamente malinterpretadas por quienes las suponen como un sistema de multas y una especie de *carte blanche*²⁹¹ concedida al rico para hacer lo que se le antojara. La compensación, es decir, *Wehrgeld*, que se pagaba al ofendido, es completamente distinta de la pequeña multa o *fred*²⁹² que se pagaba a la comuna o a su representante, y era tan elevada para cualquier ofensa activa que, naturalmente, no estimulaba actos de ese tipo. En caso de homicidio, comúnmente excedía todos los bienes posibles del homicida. “Dieciocho veces dieciocho vacas”, tal era la indemnización de los osetas, que no sabían contar más allá de dieciocho; en las tribus africanas, la compensación por un homicidio alcanza a ochocientos vacas o cien camellos con su cría, y solo en las tribus más pobres se reducía a 416 ovejas²⁹³. En general, en la enorme mayoría de los casos, era imposible pagar la compensación por un homicidio, de modo que el único recurso que le restaba al asesino era inducir con su arrepentimiento a que la familia ofendida lo adoptara. Hasta ahora, en el Cáucaso, cuando una guerra por venganza de sangre llega a su fin, el ofensor toca con sus labios el pecho de la mujer más anciana de la tribu y de tal modo se convierte en “hermano de leche” de todos los hombres de la familia ofendida²⁹⁴. En algunas tribus africanas, el homicida debe dar en matrimonio a su hija o a su hermana a uno de los miembros de la familia ofendida; en otras tribus debe casarse con la mujer que enviudó; y en todos los casos se convierte, después de esto, en miembro de la familia, y cuya opinión es escuchada en todos los asuntos familiares importantes²⁹⁵.

²⁹⁰ Koenigswarter, obra citada, pág. 50; J. [John] Thrupp: *Historical Law Tracts*, Londres, 1843, pág. 106.

²⁹¹ Carta blanca. En francés en el original. [N. de E.]

²⁹² Koenigswarter señaló que el *fred* nació de las ofrendas que el ofensor hacía a los dioses para apaciguar a los antepasados. Más tarde se pagó a la comuna por la violación de la paz, y más tarde aún, al juez, el rey o al terrateniente cuando estos se apoderaron del derecho que antes pertenecía a las comunas.

²⁹³ [A. H.] Post: *Bausteine für eine allgemeine Rechtswissenschaft auf vergleichend-ethnologischer Basis*, Oldenburg, 1880 y *Afrikanische Jurisprudenz, ethnologisch-juristische Beiträge zur Kenntniss der einheimischen Rechte Afrikas*, Oldenburg, 1887, t. I, págs. 64 y ss; Kovalevski, obra citada, II, págs. 164-189.

²⁹⁴ [O.] Miller y M. Kovalevski: “V gornij obshchinaj Kabardi” [“En las comunas montañosas de Kabardia”], en *Vestnik Evropy*, abril de 1884; en los shaksevenos de la estepa de Mугan las disputas de sangre siempre terminan con el casamiento de los representantes de las partes enemigas (M. V. Markov, en el apéndice a *Zapiskam Kavkazskogo Gueograficheskoi Obshestva* [Notas de la Sociedad Geográfica de Cáucaso], t. XIV, parte 1, pág. 21).

²⁹⁵ Post, en *Afrikanische Jurisprudenz*, aporta una serie de hechos que ilustran las concepciones de la justicia de los bárbaros africanos. Lo mismo puede decirse de todas las investigaciones serias en el dominio del derecho común de los bárbaros.

Además, los bárbaros no solo no menospreciaban la vida humana, sino que de ningún modo conocían los castigos espantosos que fueron introducidos posteriormente por la legislación laica y canónica bajo la influencia de Roma y Bizancio.

Si el derecho sajón fijaba la pena de muerte con bastante facilidad, aun en caso de incendio y asalto a mano armada, los otros códigos bárbaros recurrían a ella solo en caso de traición a su tribu y de sacrilegio hacia los dioses comunales, ya que veían en la pena de muerte el único medio de apaciguarlos.

Todo esto, evidentemente, está muy lejos de la supuesta “moral disoluta” de los bárbaros. Por lo contrario, no podemos hacer menos que admirar los principios profundamente morales que fueron elaborados por las antiguas comunas aldeanas y que hallaron su expresión en las tríadas galesas, en las leyendas del Rey Arturo, en los comentarios de [las leyes] Brehon²⁹⁶, en las antiguas leyendas germánicas, etcétera, y también ahora se expresan en los proverbios de los bárbaros modernos. En su introducción a *The Story of Brunt Njal*, George Dasent caracterizó muy fielmente, del modo siguiente, las cualidades del normando, tal como se precisan sobre la base de las sagas:

Hacer franca y varonilmente de lo que ha de hacerse, sin temer a los enemigos, ni a los espíritus malignos, ni al destino...; ser libre y atrevido en todos los actos; ser gentil y generoso con los amigos y parientes; ser severo y despiadado con los enemigos [aquellos que caen bajo la ley del talión], pero cumplir, aun con ellos, todas las obligaciones debidas... No romper los armisticios, no ser murmurador ni calumniador. No decir en ausencia de una persona nada que no se atreva a decir en su presencia. No arrojar del umbral de su casa al hombre que pide alimento o refugio, aunque sea el propio enemigo²⁹⁷.

De estos, o aún de principios más elevados, está imbuida toda la poesía épica galesa y las tríadas. Actuar “con dulzura y según los principios de la equidad” con los otros, sin distinguir entre enemigos o amigos, y “reparar el mal ocasionado” son los más elevados deberes del hombre. “El mal es la muerte, y el bien es la vida”, exclama el poeta legislador²⁹⁸. “El mundo sería absurdo si los acuerdos verbales no se respetaran”, dice la ley Brehon. Y el humilde chamán mordvino²⁹⁹, después de haber elogiado las mismas cualidades, agrega, en sus principios del derecho consuetudinario, que “entre los vecinos, la vaca y la vasija de ordeñar son bienes comunes”, y que “la vaca debe ser ordeñada para uno mismo y para quien pueda pedir leche”; que “el cuerpo del niño enrojece por un golpe, pero el rostro del que lo golpea enrojece de vergüenza”³⁰⁰, etc. Se podrían llenar muchas páginas con la exposición de principios similares, que los “bárbaros” expresaron y siguieron.

²⁹⁶ Véase el excelente capítulo “Le droit de la vieille Irlande” (también “Le Haut Nord”) del profesor E. Nyss en *Études de droit international et de droit politique*, Bruselas, 1896.

²⁹⁷ George Dasent: *The Story of Brunt Njal*, introducción, pág. xxxv.

²⁹⁸ *Das alte Wales*, págs. 345-350.

²⁹⁹ Los mordvinos son un pueblo de habla ugro-finesa que habitan la región media del Volga y, principalmente, en la actual república de Mordvinia en la Federación Rusa. [N. de E.]

³⁰⁰ [Vladimir N.] Maynov: “Ocherki iuridicheskij obichaev u Mordvi” [“Esbozo de las costumbres jurídicas en los mordvinos”], *Zapiskaj Russkoe Gueograficheskoe Obshestvo* [Memorias de la Sociedad Geográfica Rusa], en la sección etnografía, año 1886, págs. 236-257.

Una característica más de las antiguas comunas aldeanas merece ser mencionada. Y es la de que, paulatinamente, ampliaron el círculo de las personas ligadas entre sí por sentimientos de solidaridad. En el período del que hablamos, no solo las tribus se federaron en linajes sino que, a su vez, los linajes, aun siendo de orígenes distintos, se unieron en confederaciones. Algunas uniones eran tan estrechas que, por ejemplo, los vándalos, después de que parte de su confederación se dirigiera hacia el Rin y de allí a España y África, durante cuarenta años consecutivos, cuidaron los lugares y las aldeas abandonadas de sus confederados y no tomaron posesión de ellas hasta que sus enviados especiales los convencieron de que sus confederados no tenían intención de regresar. Entre otros bárbaros, encontramos que la tierra era cultivada por una parte del linaje, mientras que la otra parte combatía en las fronteras de su territorio común, o más allá de sus límites.

Las ligas entre varios linajes constituían un fenómeno habitual. Los sicambrios se unieron con los queruscos y los suevos; los cuados con los sármatas; los sármatas con los alanos, carpios y hunos. Más tarde, vemos también cómo la concepción de nación se desarrolla gradualmente en Europa, considerablemente antes de que algo parecido a un Estado comenzara a formarse en alguna parte del continente ocupada por los bárbaros. Estas naciones —porque no es posible negar el nombre de nación a la Francia merovingia o la Rusia de los siglos XI o XII— estaban unidas entre sí solo por una comunidad de lenguaje y el acuerdo tácito de sus pequeñas repúblicas de elegir sus duques [protectores militares y jueces] entre los miembros de una familia en especial.

Naturalmente, las guerras eran inevitables: migración significa guerra, pero ya sir Henry Maine, en su notable trabajo sobre el origen tribal del derecho internacional, demostró plenamente que “el hombre nunca fue tan brutal ni tan estúpido como para someterse a un mal como la guerra sin hacer algunos esfuerzos para conjurarla” y mostró también cuán grande era “el número de las antiguas instituciones que revelan la intención de prevenir la guerra o encontrarle alternativas”³⁰¹. En realidad, el hombre está tan lejos de ser el guerrero que se supone que es que cuando los bárbaros finalmente se asentaron perdieron el hábito de la guerra tan rápidamente que pronto debieron elegir duques especiales, acompañados por bandas de guerreros o *Scholae* especiales, para defenderse de posibles intrusos. Prefirieron el trabajo pacífico a la guerra, y el mismo pacifismo de la humanidad fue causa de la especialización del oficio del guerrero y de lo que posteriormente llevó a la esclavitud y a las guerras “del período estatal” de la historia de la humanidad.

La historia encuentra grandes dificultades en sus tentativas para recuperar la vida de las instituciones de los bárbaros. A cada paso, el historiador encuentra débiles indicios que no puede explicar con solo la ayuda de sus documentos. Pero el pasado se ilumina con una luz intensa si recurrimos a las instituciones de las numerosas tribus que aún viven bajo una organización social que casi es idéntica a la de nuestros antepasados bárbaros. Aquí encontramos tal abundancia de material que lo difícil es la elección, ya que las islas del océano Pacífico, las estepas

³⁰¹ Henry Maine: *International Law*, Londres, 1888, págs. 11-13; E. [Ernest] Nyss: *Les origines du droit international*, Harlem, 1894.

de Asia y las mesetas de África son verdaderos museos históricos que contienen muestras de todas las posibles etapas intermedias por las que ha atravesado la humanidad en su paso de las *gens* salvajes a la organización estatal. Examinemos algunas de estas muestras.

Si tomamos, por ejemplo, las comunas aldeanas de los mongoles buriatos, especialmente de aquellos que viven en la estepa de Kudinsk, en el Lena superior, y que evitaron más que los otros la influencia rusa, tenemos en ellos una muestra bastante buena de los bárbaros en estado de transición de la ganadería a la agricultura³⁰². Estos buriatos viven, hasta ahora, en familias extendidas, es decir, que a pesar de que cada hijo después de su casamiento se va a vivir a una vivienda separada, sin embargo las viviendas de por lo menos tres generaciones se encuentran dentro de un recinto, y la familia extendida trabaja en común en sus campos y posee su hogar en común, el ganado y también los *тели́тники* (pequeños espacios cercados cubiertos con pasto tierno para alimentar a los terneros). Comúnmente cada familia se reúne para comer en su propia vivienda; pero cuando se asa carne, todos los miembros de la familia extendida, de veinte a sesenta personas, comen juntos.

Varias de estas grandes familias, que viven agrupadas, y también familias más pequeñas, asentadas en la misma aldea (mayormente restos de familias extendidas, disgregadas accidentalmente), forman un *ulus* o comuna aldeana. Varios *ulus* componen una tribu, y las cuarenta y seis tribus, o clanes, de la estepa de Kudinsk están unidos en una confederación. En caso de necesidades especiales se forman confederaciones menores, pero más estrechamente unidas. Los buriatos no reconocen la propiedad privada de la tierra —los *ulus* poseen la tierra en común, o más exactamente, la posee toda la confederación—, y de ser preciso, se procede a la redistribución del territorio entre los diferentes *ulus*, en una asamblea de toda la tribu, y entre las cuarenta y seis tribus en la asamblea de la confederación. Es digno de mención que los 250.000 buriatos de la Siberia Oriental tienen la misma organización, a pesar de que ya hace más de trescientos años que se encuentran bajo el dominio de Rusia y conocen bien las instituciones rusas.

No obstante, la desigualdad de fortunas se desarrolla rápidamente entre los buriatos, especialmente desde que el gobierno ruso comenzó a atribuir importancia excesiva a los *taisha* (príncipes) elegidos por los buriatos, a quienes consideran recaudadores responsables de impuestos y representantes de las confederaciones en sus relaciones administrativas y hasta comerciales con los rusos. De tal modo, se ofrecen numerosos caminos para el enriquecimiento de una minoría que marcha a la par con el empobrecimiento de la mayoría, provocado por la usurpación de las tierras buriatas por los rusos. Sin embargo, entre los buriatos, especialmente los de Kudinsk, se conserva la costumbre (y la costumbre es más fuerte que la ley) según la cual, si una familia ha perdido su ganado, las familias

³⁰² El historiador ruso de Kazan, profesor [Afanasii P.] Schapov, que fue exiliado en el año 1862 a Siberia, hizo una buena descripción de sus instituciones en *Izvestiaj Vostochno-Sibirskovo Otdela Gueograficheskovo Obshchestvo* [Informes de la Sección de Siberia Oriental de la Sociedad Geográfica], t. v, 1874. Véanse también, Erwin Nasse: *Ueber die mittelalterliche Feldgemeinschaft und die Einbegungen des sechszehnten Jahrhunderts in England*, Bonn, 1869, Paul Vinogradov: *Villainage in England*, Oxford, 1892.

más ricas le dan algunas vacas y caballos para reparar la pérdida. En cuanto al indigente sin familia, come en la vivienda de sus vecinos; entra en la choza y ocupa —por derecho, no por caridad— un lugar junto al fuego y recibe una porción de comida que se divide siempre del modo más escrupuloso en partes iguales; se queda a dormir allí donde ha cenado. Los conquistadores rusos de la Siberia se sorprendieron tanto de las costumbres comunistas de los buriatos, que los llamaron *bratskie* (los fraternales) e informaron a Moscú: “lo tienen todo en común; todo lo que poseen es compartido entre todos”.

Hasta en la actualidad, los buriatos del Lena, cuando venden el trigo o mandan a vender su ganado al carnicero ruso, todas las familias del *ulus*, o de la tribu, juntan su trigo y su ganado, vendiéndolo como un todo. Además, cada *ulus* tiene su depósito de granos para préstamos en caso de necesidad, sus hornos comunales para cocer el pan (el *four banal* de las antiguas comunas francesas) y su herrero, quien, como el herrero de las aldeas indias³⁰³, aunque es miembro de la comuna, nunca recibe pago por su trabajo en ella. Debe efectuar gratuitamente todo el trabajo de herrería necesario, y si utiliza sus horas de ocio para fabricar placas de hierro cinceladas y plateadas, que se usan en la tierra buriata para adornar los vestidos, puede venderlos a una mujer de otro clan, pero a la mujer de su propio clan solo se los puede regalar. La compra-venta tiene lugar dentro de la comunidad, y esta regla es tan severa que cuando una familia buriata acomodada contrata a un trabajador, debe provenir de otro clan o de los rusos. Esta costumbre está tan difundida entre los “bárbaros” modernos —arios y uraloaltaicos— que debe haber sido general entre nuestros antepasados.

El sentimiento de unión dentro de la confederación es mantenido por los intereses comunes de todas las tribus, sus asambleas y los festejos que generalmente tienen lugar en relación con las asambleas. El mismo sentimiento es mantenido, además, también por otra institución: la caza en común, *aba*, que constituye una reminiscencia de un pasado muy lejano. Cada otoño, los cuarenta y seis clanes de Kudinsk se reúnen en una cacería en común, y lo obtenido es repartido después entre todas las familias. Además, de tiempo en tiempo, se convoca a una *aba* nacional, para afirmar los sentimientos de unión de toda la nación buriata. En tales casos, todos los clanes buriatos dispersos en centenares de kilómetros al este y oeste del lago Baikal deben enviar cazadores especialmente elegidos para este fin. Miles de personas se reúnen y cada una de ellas lleva provisiones para un mes entero. La parte de cada uno debe ser igual a la de todos los demás, y por ello antes de reunirlos son sopesadas (siempre “a mano”, ya que la balanza sería una infracción a la antigua costumbre) por un jefe (*starzhiná*) elegido. A continuación de esto, los cazadores se dividen en destacamentos de veinte hombres cada uno y comienzan la cacería según un plan trazado de antemano. En tales *abas*, toda la nación buriata revive las tradiciones épicas de los tiempos en los que estaba unida en una poderosa liga. Puedo también agregar que semejantes cacerías son bastante habituales entre los pieles rojas y entre los chinos de las orillas del Usuri (*kada*)³⁰⁴.

³⁰³ Sir Henry Maine: *Village Communities...*, Nueva York, 1876, pág. 193.

³⁰⁴ [Aleksander E.] Nazarov: *Severno-Ussuriskii Kray [La región norte del Ussuri]*, San Petersburgo, 1887, pág. 65.

En los cabilios³⁰⁵, cuyo modo de vida ha sido tan bien descrito por dos investigadores franceses³⁰⁶, tenemos bárbaros aún más avanzados en la agricultura. Sus campos están irrigados y abonados y, en general, bien trabajados, y en las zonas montañosas todo pedazo de tierra apto se cultiva con pala. Los cabilios han pasado por no pocas vicisitudes en su historia: siguieron por algún tiempo la ley musulmana sobre la herencia, pero no conformes con ella hace unos ciento cincuenta años volvieron a su anterior derecho consuetudinario tribal. Debido a esto, la posesión de la tierra tiene en ellos un carácter mixto, y la propiedad privada de la tierra existe junto con la posesión comunal. En todo caso, la base de la organización comunal actual es la comuna aldeana (*thaddart*), que generalmente se compone de algunas familias extendidas (*kharoubas*), que reivindican su comunidad de origen, y también de pequeñas familias de extranjeros. Las aldeas se agrupan en clanes o tribus (*ârch*); varios clanes constituyen la confederación (*thak'ebilt*); y, finalmente, varias confederaciones constituyen a veces una liga cuyo fin principal es la protección armada.

Los cabilios no conocen autoridad alguna fuera de su *djemmâa* o asamblea de la comuna aldeana. Participan en ella todos los hombres adultos, y se reúnen simplemente bajo el cielo abierto, o bien en un edificio especial que tiene asientos de piedras. Las decisiones de la *djemmâa*, evidentemente, deben ser tomadas por unanimidad, es decir, la discusión se prolonga hasta que todos los presentes están de acuerdo en tomar una decisión determinada, o se someten a ella. Puesto que en la comuna aldeana no existe autoridad para imponer una decisión, este sistema ha sido practicado por la humanidad en todas partes donde existieron las comunas aldeanas, y aún se practica donde continúan existiendo, es decir, entre varios centenares de millones de personas en todo el mundo. La *djemmâa* designa su ejecutivo: el anciano, el escriba y el tesorero; ella determina los impuestos y administra el reparto de las tierras comunales, lo mismo que todos los trabajos de utilidad pública.

Una parte importante del trabajo es efectuado en común; los caminos, las mezquitas, las fuentes, los canales de regadío, las torres de defensa contra los robos, los vallados, etc., todo esto es construido por la comuna aldeana, mientras que las carreteras, las mezquitas de mayores dimensiones y los grandes mercados son obras de la tribu entera. Muchas huellas de la cultura comunal existen aún hoy, y las casas se siguen construyendo por toda la aldea o con la ayuda de todos los hombres y mujeres de la aldea. En general, recurren a la “ayuda” casi diariamente, para el cultivo de los campos, para la cosecha, etc. En cuanto a los trabajos especializados, cada comuna tiene su herrero que tiene su parte de la tierra comunal y que trabaja para la comunidad. Cuando se aproxima la época de labranza, recorre todas las casas y repara gratuitamente los arados y otros instrumentos agrícolas. Forjar un arado nuevo es considerado una obra piadosa que no puede ser recompensada con dinero ni, en general, con ninguna clase de salario.

Como en los cabilios ya existe la propiedad privada, evidentemente existen entre ellos ricos y pobres. Pero, como todos los hombres que viven en estrecha

³⁰⁵ Los cabilios constituyen uno de los pueblos imazighen (bereberes) más numerosos y son autóctonos de las montañas de la cordillera del Atlas, al noreste de Argelia. [N. de E.].

³⁰⁶ [A.] Hanoteau y [A.] Letourneux: *La Kabylie et les coutumes kabyles*, tres volúmenes, París, 1893.

relación y saben cómo comienza la pobreza, la consideran una eventualidad que puede presentárseles a todos. “No digas que nunca llevarás la bolsa del mendigo, ni que no irás a la cárcel”, dicen los campesinos rusos; los cabilios llevan a la práctica este proverbio, y en su medio es imposible notar ni la más ligera diferencia en el comportamiento de pobres y ricos; cuando un pobre solicita una “ayuda”, el rico trabaja en su campo exactamente igual que el pobre, a su vez, lo hace recíprocamente, en el campo del rico³⁰⁷.

Además, las *djemmâas* apartan determinados huertos y campos, a veces cultivados en común, para el uso de los miembros más pobres. Muchas costumbres parecidas se conservan hasta hoy. Puesto que las familias más pobres pueden no estar en condiciones de comprar carne, regularmente se la compra con el dinero de las multas, de las donaciones en beneficio de la *djemmâa*, o del pago por el uso de los recipientes comunales de aceite de oliva; y se reparte equitativamente entre aquellos que no están en condiciones de comprarla. Y, cuando alguna familia sacrifica una oveja o una res en día que no es de mercado, el pregonero de la aldea lo anuncia por las calles para que los enfermos y las mujeres embarazadas puedan recibir la carne que necesitan.

El apoyo mutuo atraviesa como un hilo rojo toda la vida de los cabilios, y si uno de ellos, durante un viaje al exterior, encuentra a otro cabilio necesitado, debe prestarle ayuda, aun a riesgo de sus propios bienes y su vida. Si esa ayuda no fuera prestada, la *djemmâa* a la que pertenece el damnificado puede quejarse y entonces la *djemmâa* del egoísta lo indemniza inmediatamente. Nos encontramos aquí con una costumbre que conoce bien quien ha estudiado las guildas comerciales medievales.

Todo extranjero que entra en invierno en una aldea cabilia tiene derecho a refugiarse en una casa y sus caballos pueden pastar durante un día en las tierras comunales. Pero, en caso de necesidad, puede contar con un apoyo casi ilimitado. Así, durante la hambruna de los años 1867-1868, los cabilios aceptaban y alimentaban, sin hacer diferencia de origen, a todos aquellos que buscaban refugio en sus aldeas. En el distrito de Deflys no menos de doce mil personas, llegadas no solamente de toda Argelia, sino hasta de Marruecos, fueron alimentadas de esta manera. Mientras que por toda Argelia la gente se moría de hambre, en tierra cabileña no hubo un solo caso de muerte por hambre; las comunas cabileñas, privándose de lo más necesario, organizaron la ayuda, sin pedir ningún socorro al gobierno y sin quejarse por la carga; la consideraban como un deber natural. Y mientras que entre los colonos europeos se tomaban todas las medidas policiales posibles para prevenir los robos y el desorden originado por la afluencia de extranjeros, no fue necesaria ninguna medida semejante para el territorio cabileño; las *djemâas* no tuvieron necesidad de defensa ni de ayuda exterior³⁰⁸.

³⁰⁷ En caso de demanda de “ayuda” corresponde ofrecer al *mir* algún convite. Uno de mis amigos caucásicos me refirió que, en Georgia, cuando un pobre necesita “ayuda”, toma del rico una o dos ovejas para preparar ese convite, y la comuna, aparte de su trabajo, aporta además toda la provisión necesaria a fin de que el pobre pueda pagar la deuda contraída. Una costumbre semejante existe también entre los mordvinos.

³⁰⁸ Hanoteau y Letourneux: *La Kabylie*, t. II, pág. 58. El mismo respeto a los extranjeros es regla general en los mongoles. El mongol que rehúsa dar abrigo a un extranjero paga una compensación monetaria completa en caso de que el extranjero haya sido perjudicado como consecuencia ([A.] Bastian, *Der Mensch in der Geschichte*, t. III, pág. 231).

Puedo citar, solo brevemente, dos rasgos extraordinariamente interesantes de la vida cabileña: el establecimiento de la *anaya* que, en caso de guerra, tiene por objeto la protección garantizada de los pozos, las acequias de riego, las mezquitas, las plazas de los mercados y algunos caminos, y también los *çofs*. En la *anaya* tenemos una serie de disposiciones que tienden a disminuir los males causados por la guerra y a prevenir conflictos. Así, la plaza del mercado es *anaya*, especialmente si se halla cerca de la frontera, y sirve de lugar de reunión de cabilios y forasteros; nadie se atreve a perturbar la paz en el mercado; y si se producen desordenes, son rápidamente sofocados por los propios forasteros allí reunidos. El camino por donde las mujeres de la aldea van a la fuente se considera también *anaya* en caso de guerra, etc. La misma institución se encuentra en ciertas islas del Océano Pacífico.

En cuanto al *çof*, esta institución constituye una forma vastamente extendida de asociación en ciertos aspectos, análoga a las sociedades y guildas medievales (*Bürgschaften* o *Gegilden*), así como a las sociedades existentes tanto para la defensa mutua como para diversos fines intelectuales, políticos, religiosos, morales, etc., que no pueden ser satisfechos por la organización territorial de la aldea, del clan o de la confederación. El *çof* no conoce limitaciones territoriales; recluta sus miembros en diferentes aldeas, hasta entre los extranjeros, y les ofrece protección en todas las circunstancias posibles de la vida. En general, es una tentativa de completar la asociación territorial por medio de una agrupación extraterritorial, con el fin de dar expresión a las afinidades mutuas de todo tipo a través de las fronteras. De tal modo, las libres asociaciones internacionales de gustos e ideas, que nosotros consideramos una de las mejores características de nuestra propia vida, tienen su origen en la antigüedad bárbara.

La vida de los montañeses caucásicos ofrece una serie de ejemplos similares, sumamente instructivos. Estudiando las costumbres contemporáneas de los osetas —sus familias extendidas, sus comunas y sus concepciones jurídicas—, el profesor M. Kovalevski, en su notable obra *Sovremeni obichay i drevnii zakon* [*Las costumbres modernas y la ley antigua*], pudo, paso a paso, compararlas con disposiciones similares de los antiguos códigos bárbaros, y hasta estudiar los orígenes del feudalismo. En otros linajes caucásicos, encontramos a veces indicios del modo como se originó la comuna aldeana en los casos en que no era tribal, sino que había nacido de la unión voluntaria entre familias de diferentes orígenes. Tal caso se observó, por ejemplo, recientemente en las aldeas de los jevsures³⁰⁹, cuyos habitantes prestaron juramento de “comunidad y fraternidad”³¹⁰. En otra parte del Cáucaso, en el Daguestán, vemos los orígenes de las relaciones feudales entre dos tribus, que al mismo tiempo mantienen ambas sus comunas aldeanas (e incluso vestigios de las “clases” de la organización por *gens*). Tenemos, de este modo, un ejemplo viviente de las formas que tomó la conquista de Italia y de la Galia por los bárbaros.

³⁰⁹ Grupo étnico que habita principalmente en el suroeste de Georgia, cerca de la frontera con Turquía y Armenia. Hablan una lengua caucásica nororiental, el jevsur. [N. de E.]

³¹⁰ N. Khoudadov: “Notes sur la Khevsourétie”, en *Mémoires de la Section Caucasienne de la Société Impériale Russe de Géographie*, XIV, 1, Tiflis, 1890, pág. 68. También juraban no casarse con muchachas pertenecientes a su propia unión, manifestando de esta forma un retorno notable a las antiguas disposiciones tribales.

Los victoriosos lezguinos³¹¹, que conquistaron varias aldeas georgianas y tártaras del distrito de Zakatal, no las sometieron a la autoridad de familias separadas; organizaron un clan feudal, compuesto ahora de doce mil hogares divididos en tres aldeas, y poseen en común no menos de doce aldeas georgianas y tártaras. Los conquistadores repartieron sus propias tierras entre sus clanes, y los clanes, a su vez, la dividieron en partes iguales entre sus familias; pero no intervienen en los asuntos de las comunas de sus tributarios, quienes hasta ahora practican la costumbre mencionada por Julio César, a saber: la comuna decide anualmente qué parte de la tierra comunal debe ser cultivada, y esta tierra se reparte en parcelas de acuerdo a la cantidad de familias, y estas parcelas se distribuyen por sorteo. Es pertinente observar que, a pesar de que los proletarios no son raros entre los lezguinos (que viven bajo el sistema de la propiedad territorial privada y la posesión común de los siervos)³¹², son raros entre los georgianos sometidos a la servidumbre y que continúan manteniendo sus tierras en común.

El derecho consuetudinario de los montañeses del Cáucaso es muy similar al derecho de los longobardos y los francos sálicos, y varias de sus disposiciones ilustran sobre el procedimiento jurídico de los antiguos bárbaros. Al ser de carácter susceptible, hacen todo lo posible para evitar que sus disputas tengan un desenlace fatal: así, por ejemplo, entre los jevsures tan pronto comienza una reyerta se desenvainan los sables, pero una mujer se adelanta y arroja entre los contendientes el trozo tela que le cubre la cabeza, los sables vuelven en seguida a sus vainas y se interrumpe la contienda. El tocado de las mujeres en este caso es “*anaya*”. Si la pelea no se interrumpiera a tiempo y terminara con un homicidio, la compensación monetaria impuesta es tan grande que el agresor queda arruinado para toda su vida, salvo que sea adoptado por la familia del muerto; y si recurrió a su espada en una riña sin importancia y produjo heridas, pierde para siempre el respeto de sus semejantes.

En todos los litigios, los asuntos pasan a mano de mediadores y ellos eligen a los jueces entre los miembros del clan —seis si los asuntos menores, y de diez a quince en los asuntos más serios— y observadores rusos atestiguan la absoluta incorruptibilidad de los jueces. El juramento tiene tal importancia que las personas que gozan de respeto general están dispensadas de prestarlo: una simple afirmación es suficiente, tanto más cuanto que en los asuntos serios el jevsur nunca vacila en reconocer su culpabilidad (naturalmente, me refiero al jevsur no tocado todavía por la llamada “civilización”).

El juramento se reserva principalmente para asuntos tales como las disputas sobre bienes, en las cuales, aparte del simple establecimiento de los hechos, se requiere además un determinado género de apreciación de ellos. En tales casos, los hombres, cuya afirmación influye de manera decisiva en la solución de la discusión, actúan con la mayor circunspección. En general, puede decirse que las

³¹¹ Grupo étnico caucásiano, principalmente presente en la región montañosa que abarca partes de Rusia y Azerbaiyán, especialmente en la región de Daguestán. Su lengua nativa es el lezguiano, que pertenece a la familia de lenguas caucásicas. [N. de E.]

³¹² D. Bakradze: “Notes sur le District de Zakatal”, en las mismas *Mémoires...*, xiv, I, pág. 264. El “trabajo en común” constituye un fenómeno habitual, tanto entre los lezguinos como entre los osetas. Exactamente lo mismo, bajo el nombre de *cyvar* era corriente en la antigua Gales.

sociedades “bárbaras” del Cáucaso se distinguen por su honestidad y su respeto a los derechos de los congéneres. Las diferentes tribus africanas presentan tal diversidad de sociedades, interesantes en grado sumo, y situadas en todos los grados intermedios de desarrollo, comenzando por la comuna aldeana primitiva y terminando por las monarquías bárbaras despóticas, que debo abandonar todo pensamiento de dar siquiera los resultados más importantes del estudio comparativo de sus instituciones³¹³. Será suficiente decir que, aun bajo el despotismo más cruel de los reyes, las asambleas de las comunas aldeanas y su derecho común siguen dotadas de plenos poderes sobre un amplio círculo de toda clase de asuntos. La ley de Estado permite al rey quitar la vida a cualquier súbdito, por simple capricho, o hasta para satisfacer su glotonería, pero el derecho común del pueblo continúa conservando aquella red de instituciones que sirven para el apoyo mutuo, que existe entre otros “bárbaros” o existía entre nuestros antepasados. Y en algunas tribus en mejor situación (en Bornu, Uganda y Abisinia), y en especial entre los bogos, algunas disposiciones del derecho común están espiritualizadas por sentimientos realmente exquisitos y refinados.

Las comunas aldeanas de los indígenas de ambas Américas tenían el mismo carácter. Los tupíes de Brasil vivían en “casas largas” ocupadas por clanes enteros que cultivaban en común sus campos de maíz y mandioca. Los araní, que han avanzado más en el camino de la civilización, cultivaban sus campos en común; lo mismo los ukagui, que bajo el sistema del comunismo primitivo y de las “casas largas” aprendieron a trazar buenos caminos y en una variedad de industrias domésticas no eran inferiores a las del período antiguo de la Europa medieval³¹⁴. Todos ellos vivían bajo el mismo derecho consuetudinario, cuyos ejemplos hemos citado en las páginas precedentes.

En el otro extremo del mundo encontramos al feudalismo malayo, el cual, sin embargo, se mostró impotente para desarraigar la *negaria*; es decir, la comuna aldeana, con su posesión en común, al menos, de una parte de la tierra y su redistribución entre las diversas *negarias* de la tribu³¹⁵. En los alfueros de Minahasa encontramos la rotación comunal de los cultivos; en la tribu de los indios wyandots encontramos la redistribución periódica de la tierra dentro de la tribu y su cultivo realizado por todo el clan y en todas las partes de Sumatra, donde el derecho musulmán aún no ha logrado destruir por completo la antigua organización tribal, hallamos a la familia extendida (*suka*) y a la comuna aldeana (*kota*) que mantiene su derecho sobre la tierra, aun en los casos en que parte de ella haya sido desbrozada sin su autorización³¹⁶. Pero decir esto también significa decir que todas las costumbres que sirven para la protección mutua y la prevención de contiendas o guerras —costumbres que hemos señalado brevemente más arriba como costumbres típicas de la comuna aldeana— también existen en el caso

³¹³ Véanse [A. H.] Post: *Afrikanische Jurisprudenz*, Leipzig, 1887; [Werner] Munzinger: *Ueber das Recht und Sitten der Bogos*, Winterthur, 1859; [Eugène Arnaud] Casalis: *Les Bassoutos*, París, 1859; [John] Maclean: *Kafir Laws and Customs*, Mount Coke, 1858 y muchos otros.

³¹⁴ Waitz: t. III, págs. 423 y ss.

³¹⁵ Post: *Studien zur Entwicklungsgeschichte des Familienrechts*, Oldenburg, 1889, págs. 270 y ss.

³¹⁶ [J. H.] Powell: *First Annual Report of the Bureau of Ethnography*, Washington, 1881, citado por Post (*Studien...*, pág. 290); Bastian: *Inselgruppen in Oceanien: Reiseergebnisse und Studien*, 1883, pág. 8.

CAPÍTULO V LA AYUDA MUTUA EN LA CIUDAD MEDIEVAL

*Crecimiento de la autoridad en la sociedad bárbara — La esclavitud en las aldeas —
Rebelión de las ciudades fortificadas; su liberación, sus cartas — Las guildas — El
doble origen de la ciudad medieval libre — Su jurisdicción autónoma y su autoadmi-
nistración— Posición honorable ocupada por el trabajo — El comercio efectuado por
las guildas y la ciudad*

que nos ocupa. Más aún: cuando más completa se ha conservado la posesión comunal de la tierra, tanto mejores y suaves son las costumbres. De Stuers afirma positivamente que allí donde la comuna aldeana ha sido menos alterada por los conquistadores se observa menos desigualdad de bienes materiales, y las propias prescripciones de la *lex talionis* son menos crueles; por lo contrario, en todas partes donde la comuna aldeana ha sido totalmente destruida, “los habitantes sufren una opresión insoportable por parte de sus despóticos gobernantes”³¹⁷. Y esto es completamente natural. De modo que cuando Waitz observó que los pueblos que han conservado sus confederaciones tribales se hallan en un nivel más elevado de desarrollo y poseen una literatura más rica que los pueblos en las cuales estos lazos han sido destruidos, expresó justamente lo que se hubiera podido prever anticipadamente.

Citar más ejemplos sería repetirme, tan sorprendentemente similares son las sociedades bárbaras pese a la diversidad de climas y de razas. El mismo proceso de evolución se produjo en toda la humanidad con una similitud maravillosa. Cuando la organización de clan fue destruida interiormente por la familia separada y exteriormente por el desmembramiento de los clanes migrantes y la necesidad de aceptar forasteros de distinta ascendencia, surgió en su reemplazo la comuna aldeana, basada sobre en una concepción territorial. Esta nueva organización, crecida de modo natural de la organización de clan precedente, permitió a los bárbaros atravesar el período más turbio de la historia sin desintegrarse en familias separadas, que hubieran perecido inevitablemente en la lucha por la existencia. Bajo la nueva organización se desarrollaron nuevas formas de cultura; la agricultura alcanzó un nivel que no ha sido sobrepasado hasta los tiempos presentes; las industrias domésticas alcanzaron un elevado nivel de perfección. La naturaleza fue conquistada, se abrieron caminos y se pobló de multitudes provenientes de las comunas madres. Se erigieron mercados, fortificaciones y lugares públicos de culto. Poco a poco empezaron a elaborarse las concepciones de uniones más amplias, extendidas a pueblos enteros y a grupos de diferente origen. Las viejas concepciones de justicia, que se reducían simplemente a la venganza, de modo lento sufrieron una transformación profunda y la idea de reparar el perjuicio producido ocupó el lugar de la venganza.

El derecho consuetudinario, que hasta ahora sigue siendo la ley de la vida cotidiana para las dos terceras partes de la humanidad, si no más, se elaboró bajo esta organización, al igual que un sistema de costumbres que tendían a prevenir la opresión de las masas por las minorías, cuyos poderes crecían a medida que aumentaban las posibilidades de acumulación privada de riquezas.

Tal era la nueva forma en que se encauzó la tendencia de las masas al apoyo mutuo. Y en los capítulos siguientes veremos que el progreso —económico, intelectual y moral— que alcanzó la humanidad bajo esta forma nueva de organización popular fue tan grande que, cuando más tarde comenzaron a formarse los Estados, simplemente se apoderaron, en interés de las minorías, de todas las funciones jurídicas, económicas y administrativas que la comuna aldeana desempeñaba en beneficio de todos.

La sociabilidad y la necesidad de ayuda y apoyo mutuo son cosas tan inherentes a la naturaleza humana que no encontramos en la historia épocas en que las personas hayan vivido aisladas en pequeñas familias, luchando entre sí por los medios de subsistencia. Por el contrario, las investigaciones modernas han demostrado, como hemos visto en los dos capítulos precedentes, que desde los tiempos más antiguos de su vida prehistórica las personas se unían en *gens*, clanes o tribus, sostenidas por la idea de compartir una ascendencia común y por la veneración de sus ancestros comunes. Durante miles y miles de años, esta organización las mantuvo unidas, aunque no hubiese ninguna autoridad que lo impusiera; y dejó una huella profunda en todo el desarrollo subsiguiente de la humanidad. Y cuando los lazos de los ancestros comunes comenzaron a debilitarse a causa de las migraciones a gran escala, en tanto que el desarrollo de la familia separada dentro del clan había destruido su antigua unidad, el genio social de la humanidad creó una nueva forma de unión, territorial en su principio: la comuna aldeana. Esta institución sirvió para unir a las personas durante muchos siglos, dándoles la posibilidad de desarrollar sus instituciones sociales y ayudándolas a atravesar los períodos más sombríos de la historia sin desintegrarse en conglomerados dispersos de familias e individuos y permitiéndoles avanzar en su evolución y elaborar una serie de instituciones sociales secundarias, varias de las cuales han sobrevivido hasta el presente.

Ahora tenemos que seguir el desarrollo más avanzado de esta tendencia a la ayuda mutua, siempre inherente al hombre. Tomando las comunas aldeanas de los llamados bárbaros en la época en que entraron en el nuevo período de civilización, después de la caída del Imperio Romano de Occidente, debemos estudiar ahora las nuevas formas que se tomaron las necesidades sociales de las masas durante la Edad Media, especialmente en las *guildas medievales* y en la *ciudad medieval*

Los así llamados bárbaros de los primeros siglos de nuestra era (así como los mongoles, africanos, árabes, etc., que aún ahora se encuentran en el mismo estadio de desarrollo) lejos de ser los animales agresivos con los que frecuentemente se los compara, invariablemente preferían la paz a la guerra. Con excepción de pocas tribus que durante las grandes migraciones fueron arrojadas a los desiertos estériles o a las altas zonas montañosas y que de tal modo se vieron obligadas a vivir de incursiones periódicas contra sus vecinos más afortunados, la gran mayoría de los germanos, sajones, celtas, eslavos, etc., en cuanto se asentaron en sus tierras recién conquistadas, volvieron a la azada y a sus rebaños. Los códigos bárbaros más antiguos nos describen pacíficas comunas agrícolas y no hordas de hombres guerreando entre sí.

³¹⁷ De Stuers: citado por Waitz, t. v, pág. 141.

Estos bárbaros cubrieron el paisaje de aldeas y granjas³¹⁸; desbrozaron los bosques, construyeron puentes sobre los torrentes, levantaron senderos de tránsito sobre los pantanos, colonizaron la naturaleza hasta entonces inhabitada y dejaron las arriesgadas ocupaciones guerreras a las hermandades, *scholae*, compañías de hombres de ánimo turbulento que se reunían alrededor de caudillos temporarios e iban de lugar en lugar ofreciendo su espíritu aventurero, sus armas y su conocimiento de los asuntos militares para proteger poblaciones que solo deseaban vivir en paz. Las bandas de guerreros iban y venían, persiguiendo sus venganzas de sangre; pero la masa principal de la población continuaba arando la tierra, prestando muy poca atención a sus pretendidos caudillos, mientras que no perturbaran la independencia de sus comunas aldeanas³¹⁹. Los nuevos pobladores de Europa elaboraron los sistemas de posesión de la tierra y métodos de cultivo que hasta ahora permanecen en vigor y en uso entre centenares de millones de personas; desarrollaron su sistema de compensación por las ofensas inferidas, en lugar de la antigua venganza de sangre tribal; aprendieron los primeros rudimentos de la industria; y, mientras fortificaban sus aldeas con empalizadas, ciudadelas de tierra y torres, en donde podían protegerse en caso de nuevas incursiones, muy pronto cedieron la tarea de defenderlas a quienes hacían de la guerra un oficio.

Precisamente este pacifismo de los bárbaros, y no sus supuestos instintos bélicos, fue la fuente de su consecuente sometimiento a los caudillos militares. Es evidente que el propio modo de vida de las hermandades armadas les daba mayores oportunidades para enriquecerse que las que podrían presentárseles a los labradores de las comunas agrícolas. Aun hoy vemos que hombres armados se reúnen de tanto en tanto y emprenden incursiones para matar a los matabele³²⁰ y quitarles sus rebaños, a pesar de que los matabele solo aspiran a la paz y están dispuestos a comprarla a un precio elevado; las *scholae* de la antigüedad no se distinguían por una mayor escrupulosidad que las *scholae* de hoy. De este modo se apropiaban de ganado, de hierro (que tenía en aquellos tiempos un valor muy elevado) y de esclavos³²¹; y a pesar de que la mayor parte de los bienes saqueados se derrochaban en el acto, en los gloriosos festines que canta la poesía épica, quedaba alguna parte de lo robado y contribuía a un enriquecimiento posterior.

³¹⁸ W. [Wilhelm] Arnold en su *Ansiedelungen und wanderungen deutscher Stämme: zumeist nach hessischen Ortsnamen*, Marburgo, 1875, pág. 431, afirma que la mitad de la tierra arable de la Alemania contemporánea fue ocupada en el período que va del siglo VI al IX. La misma opinión sostiene también [Karl W.] Nitzsch (*Geschichte des deutschen Volkes bis zum Augsburger Religionsfrieden*, Leipzig, 1883-1885, t. 1).

³¹⁹ [Heinrich] Leo y [Carlo] Botta: *Histoire d'Italie depuis les premiers temps jusqu'à nos jours*, edición francesa, 1844, I, pág. 37; [N. I.] Kostomarov, "Nachalo edinoderzhavija na Russi" ["El principio de la monarquía en Rusia"], artículo en el *Vestnic Evropy*.

³²⁰ Los matabele o ndebele son una etnia conformada por grupos tribales emparentados con los zulúes que viven en las actuales Zimbabue y Sudáfrica. [N. de E.]

³²¹ Entre los francos, por el simple robo de un cuchillo, se pagaba una multa de quince *solidi*, y por el robo de las partes de hierro de un molino, cuarenta y cinco *solidi* (véase [Karl] Lamprecht "Wirtschaft und Recht der Franken zur Zeit der Volksrechte", en *Historisches Taschenbuch*, de [Friedrich von] Raumer, 1883, pág. 52). Según la ley ripariana, la espada, lanza y las armaduras de hierro del guerrero equivalían al valor de alrededor de veinticinco vacas o dos años de trabajo de un hombre libre. Una simple coraza, según la ley gálica (Desmichet, citado por Michelet), se apreciaba en treinta y seis medidas de trigo.

Existían abundantes tierras incultas y no faltaban hombres dispuestos a cultivarlas siempre que pudieran conseguir ganado y los instrumentos necesarios. Aldeas enteras arruinadas por las enfermedades del ganado, las pestes, los incendios o las incursiones de nuevos inmigrantes eran abandonadas por sus habitantes que se desbandaban en búsqueda de nuevas moradas (lo mismo sucede en Rusia, en circunstancias similares, aún en el presente). Y, si alguno de los *hirdmen*³²² de las fraternidades armadas ofrecía a los campesinos entregarles ganado para un nuevo comienzo, hierro para forjar un arado, o inclusive el arado mismo, protección contra las incursiones y varios años exentos de obligaciones, antes de comenzar a pagar la deuda contraída, ellos se establecían en la tierra. Y cuando, después de una dura lucha contra las malas cosechas, inundaciones y pestes, estos pioneros comenzaban a reembolsar su deuda, caían en obligaciones serviles con el protector del territorio.

Indudablemente, así se acumulaban las riquezas; y el poder siempre sigue a las riquezas³²³. Pero, sin embargo, cuanto más penetramos en la vida de aquellos tiempos —la sexta y séptima centurias de nuestra era— tanto más nos convencemos de que para el establecimiento del poder de la minoría se requería, además de la riqueza y de la fuerza militar, todavía un elemento. Este elemento fue la ley y el derecho, el deseo de las masas de mantener la paz y establecer lo que consideraban justicia; y este deseo dio a los caudillos de las *scholae*, a los reyes, duques, *knyazes*³²⁴, etc., la fuerza que adquirieron dos o tres siglos después. La misma idea de la justicia, nacida en el período tribal, pero concebida como una venganza adecuada al mal producido, pasó como un hilo rojo a través de la historia de todas las instituciones siguientes y, en medida considerablemente mayor que las causas militares o económicas, sirvió de base sobre la cual se desarrolló la autoridad de los reyes y de los señores feudales.

En realidad, la principal preocupación de las comunas aldeanas bárbaras siempre fue, como también lo es ahora entre nuestros bárbaros contemporáneos, la rápida suspensión de las venganzas de sangre, provocadas por la concepción de justicia vigente. No bien se producía una disputa, la comuna se involucraba y la asamblea, después de escuchar el caso, fijaba la compensación (*wergeld*) que se debía pagar a la persona perjudicada o a su familia, y también el monto de la multa (*fred*) por la perturbación de la paz, que se pagaba a la comunidad. Dentro de la misma comuna las disensiones se arreglaban fácilmente de este modo. Pero cuando las venganzas de sangre estallaban entre dos tribus diferentes, o entre dos confederaciones de tribus, a

³²² *Hirdmen* antiguo término empleado por nórdicos y sajones para referirse a los integrantes de las cofradías guerreras o a guardias personales de líderes importantes. El término proviene de la palabra *hird* que significaba séquito o corte. [N. de E.]

³²³ Durante mucho tiempo, la principal riqueza de los caudillos se reducía a sus posesiones territoriales, pobladas en parte por esclavos prisioneros, pero preferentemente por el método arriba citado por nosotros. Sobre el origen de la propiedad, véase Inama Sternegg: *Die Ausbildung der Grossen grundherrschaften in Deutschland während der Karolingerzeit*, en [Gustav] Schmoller, *Staats- und sozialwissenschaftliche Forschungen* 1, 1878; F. [Felix] Dahn: *Urgeschichte der germanischen und romanischen Völker*, Berlin, 1881; Maurer: *Geschichte der Dorfverfassung in Deutschland*, 1866; [M.] Guizot: *Essais sur l'histoire de France*; [H.] Maine: *Village Community*; [C.] Botta: *Histoire d'Italie*; y las obras de Seebohm, Vinogradov, J. R. Green, etc.

³²⁴ En la Edad Media, entre los eslavos, los *knyazes* se consideraban como la nobleza más alta en la jerarquía social, *knyaz*, equivale a príncipe, duque o algún título similar. [N. de E.]

pesar de todas las medidas tomadas para prevenirlas³²⁵, era difícil encontrar un árbitro, o a quien dictara sentencia, cuya decisión fuera aceptada por ambas partes por igual, tanto por su imparcialidad como por su conocimiento de las leyes antiguas. La dificultad aumentaba porque el derecho consuetudinario de las diferentes tribus y confederaciones diferían sobre la compensación debida en los diferentes casos.

Debido a esto, apareció la costumbre de tomar a quienes dictaban sentencias de entre las familias o tribus conocidas por conocer la ley antigua en toda su pureza, o ser versados en el conocimiento de canciones, tríadas, sagas, etcétera, con cuya ayuda se retenía la ley en la memoria. Y retener la ley de este modo se hizo una especie de arte, un “misterio” cuidadosamente transmitido de generación en generación en determinadas familias. Así, por ejemplo, en Islandia y en los otros países escandinavos, en cada reunión del *Allthing* o asamblea nacional, un *lövsögmáthr* [el portador de la ley] recitaba de memoria toda la ley para ilustración de la asamblea, y en Irlanda, como es sabido, existía una clase especial de hombres que tenían la reputación de ser conocedores de las tradiciones antiguas y debido a esto gozaban de gran autoridad en calidad de jueces³²⁶. Por esto, cuando encontramos en los anales rusos noticias de que algunos pueblos de Rusia noroccidental, viendo los desórdenes que iban en aumento y que tenían su origen en “la lucha de clanes contra clanes”, acudieron a los *varegos*³²⁷ nórdicos pidiéndoles que se convirtiesen en sus jueces y en comandantes de sus *scholae*; cuando vemos más tarde a los *knyazes* o duques ser elegidos invariablemente durante los dos siglos siguientes entre una misma familia nórdica, debemos reconocer que los eslavos confiaban en estos nórdicos por su mejor conocimiento de la ley, que sería igualmente aceptada como conveniente por los diferentes clanes³²⁸. En este caso, la posesión de runas, que servían para anotar las antiguas costumbres, fue una ventaja positiva en favor de los normandos; pero en otros casos existen también vagos indicios de que para aportar jueces se recurría a la rama más antigua del linaje, es decir, a la rama que se consideraba materna, y las resoluciones de estos jueces eran consideradas justas³²⁹. En una época posterior se observa una clara inclinación a elegir jueces entre el clero cristiano, que entonces se

atenía al principio fundamental del cristianismo, ahora olvidado, de que la venganza no constituye un acto de justicia. En esos tiempos el clero cristiano abría sus iglesias como lugar de refugio para quienes huían de la venganza de sangre, y de buen grado intervenía mediando en asuntos criminales, oponiéndose siempre al antiguo principio tribal de vida por vida y herida por herida.

En una palabra, cuanto más profundamente penetramos en la historia de las antiguas instituciones, menos fundamentos encontramos para la teoría del origen militar de la autoridad que sostiene Spencer. Incluso ese poder que más tarde se convirtió en fuente de opresión parece tener su origen en las inclinaciones pacíficas de las masas.

En todos estos casos, el *fred* que a menudo alcanzaba a la mitad de la compensación se ponía a disposición de la asamblea comunal, y desde tiempos inmemoriales ha sido utilizado en obras de utilidad común o para la defensa. Aún hoy tiene el mismo destino (erección de torres) entre los cabilios y ciertos linajes mongoles, y tenemos evidencias directas de que, incluso varios siglos después, las multas judiciales, en Pskov y en algunas ciudades francesas y alemanas, se empleaban en la reparación de las murallas de la ciudad³³⁰. Por esto era natural que las multas se entregaran a quienes dictaban las sentencias que, a cambio, debían mantener las *scholae* de hombres armados que defendían el territorio y que también debían ejecutar las sentencias. Esto se hizo una costumbre universal en los siglos octavo y noveno, incluso en los casos en los que quien dictaba las sentencias era un obispo electo. De tal modo apareció el germen de una combinación de lo que ahora llamaríamos poder judicial y poder ejecutivo. Pero, para estas dos funciones las atribuciones del rey, duque, o *knyaz*, estaban estrictamente limitadas. No era el gobernador del pueblo, pues el poder supremo pertenecía a la asamblea popular; no era ni siquiera comandante de la milicia popular, puesto que cuando el *pueblo* tomaba las armas marchaba bajo un comandante también electo que no estaba subordinado al rey o al *knyaz*, sino que era su igual³³¹. El rey o el *knyaz* era el señor solo en sus dominios personales. Prácticamente, en la lengua de los bárbaros las palabras *konung*, *koníng* o *cyning* —equivalentes a la palabra latina *rex*— no tenían otro significado que el de líder temporal o el de jefe de una banda de hombres. El comandante de una flotilla de barcos, o hasta de un simple navío pirata, era también *konung*; aun ahora en Noruega el pescador que dirige la pesca local se llama *not-kong*, “el rey de las redes”³³². La veneración que más tarde acompañó a

³²⁵ Véanse sir Henry Maine: *International Law*, Londres, 1888; M. Kovalevski; E. Nyss y muchos otros.

³²⁶ *Ancient Laws of Ireland. Introduction to Senchus Mor*, Dublin, 1865; E. Nyss: *Études de droit international et de droit politique*, Bruselas, t. I, 1896, págs. 86 y ss. Entre los osetas los mediadores de las tres aldeas más antiguas gozan de una reputación especialmente elevada (M. Kovalevski, *Sovremeni obichay i drevni zakon*, Moscú, 1886, t. II, pág. 217).

³²⁷ Los *varingiar* o varegos, también conocidos como rus, eran vikingos mayormente de origen sueco, que orientaron sus viajes hacia el oriente y el sur, utilizando los grandes ríos como el Dniéper y el Volga, a través de lo que hoy es Rusia, Bielorrusia, Ucrania, los Balcanes y el Imperio Bizantino. [N. de E.]

³²⁸ En las antiguas sagas danesas-noruegas se encuentra la palabra *lövedati*, “dar ley”; es decir, fijar una ley aplicable a un caso determinado. Por esto me permito, a modo de conjetura, preguntar lo siguiente: cuando nuestros analistas dicen que los eslavos pidieron a los *kniazes* escandinavos que fuesen a “reinar y dominar” [*knizhi i volodieti*], la palabra reinar, *knizhiti* —de *knung*—, evidentemente significa ser comandante militar, y la palabra dominar, *volodieti*, que ellos traducen por dominar ¿no es acaso la palabra *lövedati*, corrompida por el uso?

³²⁹ Es posible pensar que esta concepción (relacionada con el concepto de *tanistry* [antigua ley celta por la cual el sucesor de un jefe o rey era designado durante la vida del jefe reinante]) desempeñó una parte importante en la vida del período, pero las investigaciones aún no se han dirigido en esa dirección.

³³⁰ En la carta de la ciudad de San Quintín, que data del año 1002, estaba claramente establecido que el rescate de las casas condenadas a la demolición por delitos de los dueños se destinaba a la conservación de las murallas de la ciudad. El mismo uso se fijaba para el *Ungeld* en las ciudades alemanas. En Pskov, las multas se depositaban y conservaban en la catedral, y con este fondo se efectuaban los gastos para la conservación de las murallas de la ciudad.

³³¹ [Rudolph] Sohm: *Die Fränkische Reichs- und Gerichtsverfassung*, Weimar, 1871, pág. 23; también Nitzsch: *Geschichte des deutschen Volkes...*, t. I, pág. 78. Lo mismo ocurría en las ciudades rusas libres, véanse [Vasili Ivanovich] Sergueevich: *Vieche i Kniaz* [*El vieche* (La asamblea popular) y *el príncipe*]; Kostomarov: “Nachalo edinoderzhavia na Russi” [“El principio de la monarquía en Rusia”]; [Ivan D.] Belaiev, etc.

³³² Véanse las excelentes observaciones sobre esta cuestión hechas en la obra de Augustin Thierry: *Lettres sur l'histoire de France*, séptima carta. Desde este punto de vista son muy instructivas las traducciones de algunas partes de la Biblia entre los bárbaros.

la personalidad del rey aún no existía y, mientras que el delito de traición al clan se castigaba con la muerte, por el asesinato de un rey se pagaba una compensación, en cuyo caso se valoraba el rey un tanto más que a un hombre libre común³³³. Y cuando el rey Knut [Canuto] mató a uno de los miembros de su propia *schola*, la saga lo representa convocando a sus camaradas a la asamblea (*thing*), durante la cual se puso de rodillas suplicando perdón. Su culpa fue perdonada, pero solo después de haber aceptado pagar una compensación monetaria nueve veces mayor que la habitual, y de esta compensación recibió él mismo una tercera parte, por la pérdida de su hombre, una tercera parte fue entregada a los parientes del muerto y una tercera parte (en calidad de *fred*) a la *schola*³³⁴. En realidad, fue necesario que se efectuara un cambio completo en las concepciones corrientes, bajo la doble influencia de la Iglesia y de los estudiosos del derecho romano, antes de que la idea de sacralidad comenzara a aplicarse a la persona del rey.

Sin embargo, queda fuera del alcance de estos ensayos seguir, a partir de los elementos precedentes, el desarrollo paulatino de la autoridad. Historiadores tales como Mr. Green y Mrs. Green con respecto a Inglaterra; Augustin Thierry, [J.] Michelet y [Achille] Luchaire en Francia; [Georg] Kaufmann, [J.] Janssen y hasta Nitzsch en Alemania; Leo y Botta en Italia, y Belaiev, Kostomarov y sus continuadores en Rusia, y muchos otros, nos han relatado detalladamente esta historia. Han mostrado cómo las poblaciones, en un tiempo libres, que habían acordado “alimentar” a determinada cantidad de sus protectores militares, paulatinamente se convirtieron en siervas de estos protectores; cómo el encomendarse a la Iglesia o al señor feudal (*commendation*) se convirtió en una dura necesidad para los hombres libres, por ser la única protección contra otros depredadores feudales; cómo los castillos de los señores feudales y los obispos se convirtieron en nidos de ladrones; en una palabra, cómo se introdujo el yugo del feudalismo y cómo las cruzadas, al liberar a todos los que llevaban la cruz, dieron el primer impulso para la emancipación popular. Pero no tenemos necesidad de repetir aquí todo esto, pues nuestra tarea principal es seguir la obra del genio *constructivo* de las masas en sus instituciones de ayuda mutua.

En la misma época en que parecía que los últimos vestigios de libertad habían desaparecido entre los bárbaros y que Europa, caída bajo el poder de mil pequeños gobernantes, se encaminaba directamente al establecimiento de los Estados teocráticos y despóticos que comúnmente seguían al período bárbaro en los estadios previos de la civilización, o se encaminaba a la creación de las monarquías bárbaras, como las que ahora vemos en África, en esta misma época, decíamos, la vida en

³³³ Según la ley anglosajona, treinta y seis veces más que un noble. En el código de Rotario, el asesinato de un rey se castigaba con la muerte; pero esta innovación (aparte de la influencia romana) fue introducida en el año 642 en la ley lombarda —como señalaron Leo y Botta— con el objeto de proteger al rey de los efectos de la venganza de sangre. Puesto que el rey, entonces, debía ejecutar sus propias sentencias (lo mismo que anteriormente la tribu), fue necesario protegerlo por medio de una disposición especial, tanto más cuanto que antes de Rotario varios reyes lombardos habían sido asesinados uno tras otro (Leo y Botta, obra citada, págs. 66-90).

³³⁴ [G.] Kaufmann: *Deutsche Geschichte bis auf Karl den Grossen*. 1. *Die Germanen der Urzeit*, Leipzig 1880, pág. 133.

Europa tomaba una nueva dirección. Se encaminó en dirección semejante a la que ya había sido tomada una vez por las ciudades de la antigua Grecia. Con una unanimidad que nos parece ahora casi incomprensible, y que durante mucho tiempo realmente no fue comprendida por los historiadores, las poblaciones urbanas, hasta los burgos más pequeños, comenzaron a sacudir el yugo de sus señores temporales y espirituales. La aldea fortificada se rebeló contra el castillo del señor; lo desafió primero, luego lo atacó y finalmente lo destruyó. El movimiento se extendió de un lugar a otro y en breve tiempo se implicaron todas las ciudades de Europa. En menos de cien años, las ciudades libres crecieron a orillas del Mediterráneo, del mar del Norte, del Báltico, del océano Atlántico, en los fiordos de Escandinavia, al pie de los Apeninos y de los Alpes, en la Selva Negra, en los montes Grampianos, en los Cárpatos y en las planicies de Rusia, Hungría, Francia y España. En todas partes se produjeron las mismas revueltas, con las mismas características, pasando por las mismas fases y conduciendo a los mismos resultados.

En cualquier lugar en donde las personas encontraban, o pensaban encontrar cierta protección tras las murallas de la ciudad, un grupo formaba un co-juramento (*co-juration*), una hermandad y una cofradía (*amicia*) con una idea en común y marchando audazmente hacia una nueva vida de ayuda mutua y de libertad. Y tuvieron tanto éxito que en trescientos o cuatrocientos años cambió por completo el aspecto de Europa. Cubrieron el territorio de edificios bellos y suntuosos, que eran la expresión del genio de uniones libres de gente libre, cuya belleza y expresividad aún no se han superado. Y dejaron en herencia a las generaciones siguientes todas las artes, todas las industrias de las que nuestra civilización actual, con todos sus éxitos y todos los que se esperan en el futuro, constituye solamente un desarrollo ulterior. Y cuando ahora tratamos de determinar qué fuerzas produjeron estos grandes resultados, las encontramos no en el genio de los héroes individuales ni en la poderosa organización de los grandes Estados, ni en el talento político de sus gobernantes, sino en la misma corriente de ayuda mutua y apoyo mutuo, cuya obra hemos visto en la comuna aldeana, y que se animó y renovó en la Edad Media mediante un nueva forma de uniones, inspiradas por el mismo espíritu, pero con un nuevo modelo: las gildas.

Hoy es bien sabido que el feudalismo no implicaba la disolución de la comuna aldeana. No obstante, el señor logró imponer el trabajo servil a los campesinos y apropiarse de los derechos que antes pertenecían a la comuna aldeana (contribuciones, manos muertas³³⁵, impuestos a la herencia y a los casamientos). Los campesinos, a pesar de todo, conservaron dos derechos comunales fundamentales: la posesión comunal de la tierra y la jurisdicción propia. En un principio, cuando el rey enviaba a su *voigt*³³⁶ a la aldea, los campesinos iban a su encuentro con flores en una mano y armas en la otra, y le preguntaban qué ley tenía intención de aplicar, si la de la aldea o la que él traía. En el primer caso, le entregaban las

³³⁵ Las “manos muertas” eran bienes cuya situación jurídica impedía que se dispusiera de ellos, por no tener propietarios legítimos o porque sus propietarios habían fallecido sin dejar herederos. También el término era utilizado para referirse a bienes eclesiásticos, territoriales, edilicios, etc., exentos de deberes y servicios feudales, no enajenables y que contaban con protección de los gobernantes. [N. de E.]

³³⁶ Palabra de origen germánico que designaba a un funcionario nombrado por el rey o el señor local que se encargaba de administrar la justicia y gestionar diferentes asuntos en un determinado territorio. [N. de E.]

flores y lo aceptaban, y en el segundo, se enfrentaban a él³³⁷. Posteriormente los campesinos tenían que aceptar al funcionario enviado por el rey o el señor y no podían rechazarlo; pero retenían la jurisdicción de la asamblea comunal, y ellos mismos designaban seis, siete o doce jueces que actuaban conjuntamente con el juez del señor, en presencia de la asamblea, en calidad de árbitros o para determinar las sentencias. En la mayoría de los casos, el oficial no hacía nada más que confirmar la sentencia y recibir el *fred* habitual.

Este apreciado derecho de autojurisdicción, que en aquel tiempo implicaba el derecho a la administración propia y a la legislación propia, se había mantenido en medio de todas las luchas. Ni siquiera los juristas que rodeaban a Carlomagno pudieron abolirlo y se vieron obligados a confirmarlo. Al mismo tiempo, en todos los asuntos relativos a los dominios comunales, la asamblea comunal retenía la soberanía y (como ha sido demostrado por Maurer) en los asuntos relativos a la tenencia de la tierra, a menudo exigía la sumisión de parte del propio señor. El desarrollo más fuerte del feudalismo no pudo quebrantar esa resistencia. La comuna aldeana se mantuvo firme; y cuando en el siglo noveno y en el décimo las invasiones nórdicas, las de los árabes y las de los húngaros mostraron claramente que la *schola* militar era de poco valor para proteger la tierra, por toda Europa se comenzaron a fortificar las aldeas con murallas de piedras y ciudadelas. Miles de centros fortificados fueron erigidos gracias a la energía de las comunas aldeanas; y una vez construidas las murallas y en cuanto fue generándose un interés común en torno a este nuevo santuario —la ciudad amurallada—, pronto se comprendió que de ahora en adelante se podían resistir no solo los ataques de los enemigos internos, los señores, sino también las invasiones de extranjeros. Entonces una nueva vida libre comenzó a desarrollarse dentro de estas fortalezas. Había nacido la ciudad medieval³³⁸.

Ningún período de la historia sirve de mejor ejemplo del poder constructivo de las masas populares que los siglos décimo y undécimo, en que las aldeas fortificadas y los mercados comerciales, que constituían otros tantos “oasis en la selva feudal”, comenzaron a liberarse del yugo de los señores y a elaborar lentamente la organización futura

³³⁷ Dr. F. Dahn: *Urgeschichte der germanischen und romanischen Völker*, Berlín, 1881, t. I, pág. 96.

³³⁸ Si de este modo sostengo opiniones hace mucho defendidas por Maurer (*Geschichte der Städteverfassung in Deutschland*, Erlangen, 1869), lo hago porque él ha demostrado plenamente la continuidad de la evolución de la comuna aldeana a la ciudad medieval, y porque solo sosteniendo sus opiniones puede explicarse la universalidad del movimiento comunal urbano. [F. K. von] Savigny, [K. F.] Eichhorn y sus continuadores mostraron, sin lugar a dudas, que las tradiciones del municipio romano nunca desaparecieron por completo. Pero no tomaron en cuenta el período de las comunas aldeanas por el cual pasaron los bárbaros antes de que entre ellos apareciera alguna ciudad. El hecho es que, en cualquier parte en que la humanidad comenzaba de nuevo la civilización —ya fuera en Grecia, Roma o en Europa central—, atravesaba los mismos estadios: la tribu, la comuna aldeana, la ciudad libre y el Estado, y cada uno de estos estadios se desarrollaba de modo natural a partir del precedente. Ciertamente, la experiencia de cada civilización precedente nunca se perdía por entero. Grecia (que se hallaba ella misma bajo la influencia de las civilizaciones orientales) influía sobre Roma, y Roma ejerció influencia sobre nuestra civilización; pero cada una de las civilizaciones tenía el mismo comienzo, la tribu. Y del mismo modo que no podemos afirmar que nuestros Estados fueron *prolongaciones* del estado romano, no podemos afirmar tampoco que las ciudades medievales de Europa (incluyendo Escandinavia y Rusia) fueran *prolongaciones* de los municipios romanos. En realidad, fueron la prolongación de las comunas aldeanas de los bárbaros sobre las cuales, hasta cierto punto, influyeron las tradiciones de las ciudades romanas.

de la ciudad. Por desgracia, los testimonios históricos de este período se distinguen por su extrema escasez; conocemos sus resultados, pero muy poco ha llegado hasta nosotros sobre los medios con que estos resultados fueron obtenidos³³⁹. Bajo la protección de sus murallas, las asambleas urbanas —tanto las completamente independientes como las que estaban dirigidas por las principales familias nobles o de comerciantes— conquistaron y consolidaron el derecho a elegir al *defensor* de la ciudad (*defensor municipii*) y juez supremo, o por lo menos el derecho de elegir entre aquellos que pretendían ocupar este puesto. En Italia, las comunas jóvenes expulsaban continuamente a sus defensores (*domini*) y hasta combatían contra los que resistían irse. Lo mismo sucedía en el Este. En Bohemia, tanto los pobres como los ricos (*Bohemicae gentis magni et parvi, nobiles et ignobiles*) tomaban parte en las elecciones³⁴⁰; y las asambleas populares (*vieche*) de las ciudades rusas regularmente elegían a sus *duques* —siempre de una misma familia, los Rurik—, pactaban con ellos y expulsaban al *knyaz* si provocaba descontento³⁴¹. Al mismo tiempo, en la mayoría de las ciudades del oeste y sur de Europa existía la tendencia a designar en calidad de *defensor* de la ciudad al obispo, que la ciudad misma elegía; y tantos obispos sobresalieron en la defensa de las “inmidades” y de las libertades urbanas que muchos de ellos, después de muertos, fueron reconocidos como santos o patronos especiales de sus diferentes ciudades. San Uthelred de Winchester, san Ulrik de Augsburgo, san Wolfgang de Ratisbona, san Heribert de Colonia, san Adalbert de Praga, etc., y numerosos abates y monjes se convirtieron en santos de sus ciudades por haber defendido los derechos populares³⁴². Y con la ayuda de estos nuevos defensores, laicos y clérigos, los ciudadanos conquistaron la total autojurisdicción y la total autoadministración para sus asambleas³⁴³.

³³⁹ De las obras que arrojan alguna luz sobre el período antiguo del desarrollo de las ciudades independientes señalaré una obra pequeña, escrita por uno de los habitantes de la ciudad de Rapallo, en un monasterio de las montañas próximas a la ciudad. Encontré allí papeles en que se refería a la rebelión —ya en el siglo X— de los campesinos de las aldeas vecinas contra sus terratenientes y el apoyo que les prestó la comuna independiente de Génova, que había enviado en su ayuda a sus ejércitos para luchar contra los terratenientes feudales. Extractos de estos papeles fueron impresos en el año 1910 o 1911 en un pequeño semanario que se editaba en Rapallo. Por desgracia no los conservé.

³⁴⁰ M. Kovalevski: *Modern Customs and Ancient Laws of Russia* (Ilchester Lectures, Londres, 1891, cuarta conferencia).

³⁴¹ No pocas investigaciones fueron necesarias antes de que este carácter del llamado período *udielny* fuera establecido de forma debida por las obras de Belaiev: *Rasskazi iz russkoy istorii* [Relatos de la historia rusa], Kostomarov: “Nachalo edinoderzhavna na Russii” [“El principio de la monarquía en Rusia”] y, en especial, el profesor Sergueevich: *Vieche i Knyaz* [El *vieche* (La asamblea popular) y el príncipe]. Los lectores de Europa occidental pueden hallar alguna información respecto a este período en la obra antes mencionada de Kovalevski, la de [A.] Rambaud, *Histoire de la Russie: depuis les origines jusqu'à l'année 1877*, París, 1878 y en el breve resumen hecho por mí en el artículo “Rusia”, de la *Chambers' Encyclopaedia* del año 1890.

³⁴² [G.] Ferrari: *Histoire des révolutions d'Italie; ou, Guelfes et Gibelins*, París 1858, t. I, pág. 257; Otto Kallsen: *Die deutschen Städte im Mittelalter*, t. I, (Halle, 1891).

³⁴³ Véanse las excelentes observaciones de G. [George L.] Gomme acerca de la asamblea popular de Londres (*The Literature of Local Institutions*, Londres, 1886, pág. 76). Sin embargo, se debe hacer notar que en las ciudades reales la asamblea popular nunca alcanzó el grado de independencia que adquirió en otras localidades. Y hasta resulta indudable que Moscú, París y Westminster (y no Londres) fueron elegidas por los príncipes y por la Iglesia como cunas del futuro poder real o imperial en el Estado, precisamente porque en ellas no existían las tradiciones de la asamblea popular que estaba acostumbrada a actuar en todos los casos en calidad de autoridad suprema.

Todo el proceso de liberación fue avanzando poco a poco, gracias a una serie imperceptible de actos de devoción a la causa común, realizados por hombres salidos de las masas, por héroes desconocidos, cuyos nombres no han sido conservados por la historia. El maravilloso movimiento, conocido bajo el nombre de “Paz de Dios” (*treuga Dei*), con cuya ayuda las masas populares trataban de poner límite a las interminables disputas por venganza de sangre entre las familias nobles, nació en las jóvenes ciudades libres, y los obispos y los ciudadanos se esforzaban por extender a la nobleza la paz que establecieron entre ellos, dentro de sus murallas³⁴⁴.

Ya en este período, las ciudades comerciales de Italia, y en especial Amalfi (que tenía cónsules electos desde el año 844 y que en el siglo décimo frecuentemente cambiaba sus dogos)³⁴⁵, elaboraron el derecho marítimo y comercial consuetudinario, que más tarde sirvió de ejemplo para toda Europa. Ravenna elaboró, en la misma época, su organización artesanal, y Milán, que hizo su primera revolución en el año 980, se convirtió en un gran centro comercial y su comercio gozaba de una completa independencia ya en el siglo undécimo³⁴⁶. Lo mismo puede decirse con respecto a Brujas y Gante, y también a varias ciudades francesas en las que el *mahl* o *forum* se había hecho una institución independiente³⁴⁷. Durante este período comenzó la obra de embellecimiento artístico de las ciudades con las producciones de la arquitectura que aún admiramos y que atestiguan el movimiento intelectual de entonces. “Entonces las basílicas fueron renovadas en casi todo el universo”, escribía en su crónica Raoul Glaber³⁴⁸, y algunos de los monumentos más bellos de la arquitectura medieval datan de este período: la maravillosa iglesia antigua de Bremen fue construida en el siglo noveno; la catedral de San Marcos, en Venecia, fue terminada en el año 1071, y el hermoso domo de Pisa, en el año 1063. En realidad, el movimiento intelectual que se ha descrito con el nombre de Renacimiento³⁴⁹ del siglo XII y de racionalismo del siglo XII, que fue precursor de la Reforma³⁵⁰, tiene su principio en este período en que la mayoría de las ciudades constituían aún simples aglomeraciones de pequeñas comunas aldeanas, rodeadas por una muralla común, y algunas de ellas ya convertidas en comunas independientes.

³⁴⁴ A. Luchaire: *Les communes françaises à l'époque des Capétiens directs*, París, 1890; también Kluckhohn: *Geschichte des Gottesfriedens*, Leipzig, 1857; [Ernest] Semichon, en *La paix et la trêve de Dieu. Histoire des développements du Tiers-état par l'église et les associations de la fin du Xe siècle à la fin du XIIIe*, t. II, París, 1869, trató de representar el movimiento comunal como nacido de la “Paz de Dios”. Pero, en realidad, la *treuga Dei*, al igual que la liga formada bajo Luis el Gordo para defenderse de la nobleza rapaz y de las invasiones normandas, era un movimiento completamente popular. El historiador [Orderici] Vitalis, refiriéndose a esta liga la describe precisamente como “una comuna popular” (*Considérations sur l'histoire de France*, en el tomo IV, en Aug. Thierry: *Oeuvres*, París, 1886, pág. 191 y la nota).

³⁴⁵ Ferrari, t. I, págs. 152, 263, etc.

³⁴⁶ [François-Tommy] Perrens: *Histoire de Florence*, t. I, París 1877, pág. 188; Ferrari, ob. cit., t. I, pág. 283.

³⁴⁷ Aug. Thierry: *Essai sur l'histoire du Tiers Etat*, París, 1875, pág. 414, nota.

³⁴⁸ *Historiarum libri quinque ab anno incarnationis DCCCC usque ad annum MXLIV*. Su autor, Rodulfus o Raoul Glaber fue un monje benedictino del siglo XI. [N. de E.]

³⁴⁹ F. [Felix] Rocquain: “La Renaissance au XII siècle”, en *Études sur l'ancienne France. Histoire, mœurs, institutions*, París, 1875, págs. 55-117.

³⁵⁰ N. Kostomarov: [Ratsionalisti XII stoletia] [Racionalistas del siglo XII].

Pero se requería todavía otro elemento, además de la comuna aldeana, para dar a estos crecientes centros de libertad e ilustración la unidad de pensamiento y acción y el poder de iniciativa que crearon su poderío en los siglos XII y XIII. Con la creciente diversidad de ocupaciones, oficios y artes, y el aumento del comercio con países lejanos, se requería una nueva forma de unión, y este nuevo elemento necesario fue aportado por las *guildas*. Muchos volúmenes se han escrito sobre estas uniones que, bajo el nombre de *guildas*, hermandades, *amicia*, en Rusia *druzhestva*, *minne* y *arteles*, *esnaf* en Serbia y Turquía, *amkari* en Georgia, etc., adquirieron gran desarrollo en la Edad Media. Pero los historiadores tuvieron que trabajar más de sesenta años sobre esta cuestión antes de comprender la universalidad de esta institución y su verdadero carácter. Solo ahora, que ya están publicados y estudiados centenares de estatutos de *guildas* y se ha determinado su relación con los *collegiae* romanos, y también con las uniones aún más antiguas de Grecia y de la India³⁵¹, podemos afirmar con plena seguridad que estas hermandades son solamente el desarrollo mayor de aquellos mismos principios cuya aparición hemos visto ya en las *gens* y en la comuna aldeana.

Nada puede ilustrar mejor estas hermandades medievales que las *guildas* temporales que se formaban en las naves comerciales. Cuando una nave hanseática³⁵² se había hecho a la mar, solía ocurrir que pasado el primer medio día desde la salida del puerto el capitán o *skiper* (*Schiffer*) reunía en cubierta a toda la tripulación y a los pasajeros, y les dirigía, según el testimonio de un contemporáneo, la siguiente alocución:

“Como nos hallamos ahora a merced de la voluntad de Dios y de las olas debemos ser iguales entre nosotros. Y puesto que estamos rodeados de tempestades, altas olas, piratas y otros peligros, debemos mantener un orden estricto, a fin de llevar nuestro viaje a un feliz término. Por esto debemos rogar que haya viento favorable y buen éxito y, según la ley marítima, elegir a aquellos que ocuparán el asiento de los jueces (*Schöffenstellen*)”. Y luego la tripulación elegía a un *vogt* y cuatro *scabini* que se convertían en jueces.

Al final de la navegación, el *vogt* y los *scabini* se despojaban de su obligación y dirigían a la tripulación el siguiente discurso:

“Debemos perdonarnos todo lo que sucedió en la nave y considerarlo muerto (*to dt und ab sein lassen*). Hemos juzgado con rectitud y en interés de la justicia. Por esto, rogamos a todos vosotros, en nombre de la justicia honesta, olvidar toda animosidad que puedan albergar el uno contra el otro y jurar sobre el pan y la sal que no recordarán lo pasado con rencor. Pero si alguno se considera ofendido, que se dirija al *Landvogt* (juez de tierra) y, antes de la caída del sol, solicite justicia ante él”.

³⁵¹ Hechos muy interesantes de la universalidad de los gremios se pueden hallar en el trabajo del reverendo J. M. Lambert: *Two Thousand Years of Guild Life*, Hull, 1891. Sobre las *amkari* georgianas véase [Solomon Adamovich] Eguiazarov: “Gorodski tseji” [Organización de *amkari* transcaucasianas] en *Zapiskaj Kavkazskogo otdela Gueograficheskogo obshchstva* [Notas de la Sección Caucásica de la Sociedad Geográfica], XIV, II, 1891.

³⁵² Hanseática: liga o hansa de las ciudades comerciales de la Alemania de noroeste, a cuya cabeza estaba Lubeck. La Hansa o Liga Hanseática fue fundada en 1241, y tenía por objeto proteger el comercio de las ciudades alemanas contra los piratas del Báltico, así como defender sus franquicias contra los príncipes vecinos. Floreció especialmente durante el siglo XV. [N. de T.]

Al desembarcar todas las multas (*fred*) cobradas en el camino se entregaban al *vogt* portuario para ser distribuidas entre los pobres³⁵³.

Este simple relato quizá caracterice mejor que nada el espíritu de las gildas medievales. Organizaciones semejantes existían allí en donde apareciese un grupo de hombres que se reunían por alguna actividad común: pescadores, cazadores, mercaderes ambulantes, constructores, o artesanos asentados, etc. Como hemos visto, en la nave existía la autoridad naval del capitán, pero, para el éxito de la empresa común, todos los reunidos en la nave, ricos y pobres, patronos y tripulación, capitán y marineros, acordaban ser iguales en sus relaciones mutuas y simplemente hombres obligados a ayudarse mutuamente y a resolver todos los desacuerdos que pudieran surgir con la ayuda de los jueces elegidos por todos. Así también, cuando cierto número de artesanos, albañiles, carpinteros, picapedreros, etc., se unían para la construcción de, por ejemplo, una catedral, aunque todos pertenecían a una ciudad que tenía su propia organización política y cada uno de ellos pertenecía a su propio oficio, al juntarse para una empresa común —para una actividad que conocían mejor que nadie— se unían además en una organización fortalecida por lazos más estrechos, aunque temporales: fundaban una gilda, un *artel*, para la construcción de la catedral³⁵⁴. Vemos lo mismo actualmente en el *çof* cabileño³⁵⁵. Los cabilios tienen su comuna aldeana, pero resulta insuficiente para la satisfacción de todas sus necesidades políticas, comerciales y personales de unión, debido a lo cual se constituye una hermandad más estrecha en forma de *çof*.

En cuanto al carácter social de las gildas medievales, cualquier estatuto de gilda puede ilustrarlo. Si tomamos, por ejemplo, el *skraa* [estatuto] de cualquier gilda danesa antigua, leemos, primeramente, que en las gildas deben reinar sentimientos fraternales generales; siguen luego las reglas relativas a la jurisdicción propia en las gildas, en caso de disputa entre dos hermanos o entre un hermano y un extraño, y por último se enumeran los deberes sociales de los hermanos. Si la casa de un hermano se incendia, si pierde su embarcación, si sufre durante una peregrinación, todos los demás miembros deben acudir en su ayuda. Si un hermano se enferma de gravedad, dos cófrades deben permanecer junto a su lecho hasta que pase el peligro; si muere, los hermanos deben enterrarlo —un deber de importancia en aquellos tiempos de epidemias— y acompañarlo hasta la iglesia y la sepultura. Después de su muerte, si era necesario, debían cuidar de sus hijos y, con frecuencia, la viuda se convertía en hermana de la gilda³⁵⁶.

Estas dos importantes características se encontraban en todas las hermandades, cualquiera que fuera la finalidad para la cual habían sido fundadas. En todos los

casos, los miembros se trataban así y se llamaban mutuamente hermano y hermana³⁵⁷, todos eran iguales ante la gilda y tenían algunas propiedades en común (ganado, tierra, edificios, iglesias o “existencias”). Todos los hermanos prestaban juramento de olvidar todas las rencillas pasadas y, sin imponerse mutuamente el no enfrentarse nunca más, llegaban a un acuerdo para que la disputa no degenerara en un litigio ante un tribunal que no fuera el tribunal de los propios hermanos. En el caso de que un hermano se viera envuelto en una disputa con una persona ajena a la gilda, los hermanos estaban obligados a apoyarlo en lo malo y en lo bueno; es decir, tanto si fuera acusado injustamente de agresión, como de haber sido el agresor, los hermanos debían ofrecerle apoyo y tratar de llevar el asunto a una solución pacífica. Siempre que la agresión no fuera secreta —en este último caso estaría fuera de la ley— la hermandad salía en su apoyo³⁵⁸. Si los parientes del hombre perjudicado querían vengarse inmediatamente con una nueva agresión, la hermandad lo proveía de un caballo para huir, o de un bote, un par de remos, un cuchillo y un pedernal para encender el fuego; si permanecía en la ciudad, lo acompañaba una guardia de doce hermanos y, mientras tanto, iban arreglando la compensación. En los tribunales, se presentaban para respaldar, bajo juramento, la veracidad de sus declaraciones; si el tribunal lo hallaba culpable, no lo dejaban caer en la ruina completa ni ser reducido a la esclavitud por no pagar la compensación reclamada: todos participaban en el pago de ella, tal como lo hacía la *gens* en la antigüedad. Solo en el caso de que el hermano defraudara la confianza de sus hermanos de gilda, o hasta de otras personas, era expulsado de la hermandad como un “sin nombre” (*tha scal han maeles af brödrescap met nidings nafn*)³⁵⁹. La gilda era, de tal modo, prolongación del “clan” anterior.

Tales eran las ideas dominantes de estas hermandades que gradualmente se extendieron a toda la vida medieval. De hecho, conocemos gildas de todas las profesiones posibles: gildas de siervos³⁶⁰, gildas de hombres libres y gildas mixtas, compuestas por siervos y hombres libres; gildas organizadas con fines especiales: la caza, la pesca o determinada expedición comercial y que se disolvían cuando se había logrado el fin propuesto, y gildas de determinado oficio o comercio que duraron siglos. Y a medida que la vida desarrollaba una variedad de fines cada vez mayor, crecía, en proporción, la variedad de las gildas.

³⁵⁷ Sobre la posición de las mujeres en las gildas véanse las observaciones en la introducción que la señora [L.] Toulmin Smith hace a la obra de su padre, *English Gilds*. Uno de los reglamentos de Cambridge (pág. 281), que data del año 1503, habla claramente de esto en la frase siguiente: “El presente estatuto fue compuesto por acuerdo general de todos los hermanos y hermanas de la gilda de Todos los Santos”.

³⁵⁸ En la Edad Media, solo la agresión secreta se consideraba homicidio. La venganza de sangre efectuada en descubierto, a la luz del día, se consideraba un acto de justicia; el homicidio durante una riña no era homicidio siempre que el agresor expresara su disposición a arrepentirse y reparar el mal causado. Se han conservado hasta ahora las huellas profundas de esta diferencia en el derecho penal moderno, especialmente en Rusia (“homicidio por impulsividad e irritación”).

³⁵⁹ Kofod Ancher, ob. cit. Este pequeño libro antiguo incluye muchos testimonios que fueron olvidados por las investigaciones más recientes.

³⁶⁰ Desempeñaron un papel importante en las rebeliones de siervos y muchas veces sufrieron prohibiciones sucesivas en la segunda mitad del siglo IX. Naturalmente, las prohibiciones reales fueron letra muerta.

³⁵³ [J]. D. Wunderer: “Reisebericht” en *Frankfurtisches Archiv für altere deutsche Litteratur und Geschichte.*, de [J. K.] Fichards, t. II, pág. 169; citado por [Johannes] Janssen: *Geschichte des deutschen Volkes seit dem Ausgang des Mittelalter*, t. II, pág. 355.

³⁵⁴ Véase la descripción muy interesante del modo en que se construyó la catedral de Colonia en Dr. Leonard Ennen: *Der Dom zu Köln. Historisches Einleitung*, Köln, 1871, págs. 46-50.

³⁵⁵ Véase el capítulo precedente.

³⁵⁶ Kofod Ancher: *Om Gamle Danske Gilder Og Deres Undergang*, Copenhague, 1780. Estatutos de una gilda de [San] Knud.

Debido a esto, no solo los comerciantes, artesanos, cazadores y campesinos se unían en guildas, sino que encontramos guildas de sacerdotes, pintores, maestros de escuelas primarias y de universidades; guildas para la representación de “La Pasión del Señor”, para la construcción de iglesias, para el desarrollo de los “misterios” de determinada escuela de arte u oficio; guildas especiales para la recreación, y hasta guildas de mendigos, verdugos y prostitutas, y todas estas guildas estaban organizadas según el mismo doble principio de autojurisdicción y de apoyo mutuo³⁶¹. En cuanto a Rusia, poseemos pruebas fehacientes que indican que la propia “construcción de Rusia” fue tanto obra de los *arteles* de pescadores, cazadores y comerciantes como de las incipientes comunas aldeanas. Hasta el día de hoy, Rusia está cubierta por *arteles*³⁶².

Ya se ve por las observaciones precedentes cuán errónea era la opinión de los primeros investigadores de las guildas cuando querían ver la esencia de esta institución en su festividad anual. En realidad, el banquete común tenía lugar el mismo día, o el día siguiente de la elección de los consejeros, de la deliberación sobre modificaciones en el reglamento y, muy a menudo, el del juicio de las disputas surgidas entre los hermanos³⁶³ o en el que se renovaba el juramento de fidelidad a la guilda. El banquete común, como el antiguo festín de la asamblea comunal de la tribu —*mahl* o *mahlum*— o la *aba* de los buriatos, o la fiesta parroquial y

³⁶¹ Los pintores medievales italianos estaban también organizados en guildas que, posteriormente, se convirtieron en academias de arte. Si el arte italiano de aquellos tiempos lleva ese sello tan brillante de especificidad local que aún ahora permite distinguir las diferentes escuelas (de Padua, Bassano, Treviso, Verona, etc., a pesar de que todas estas ciudades estaban bajo la influencia de Venecia) se debe, según la observación de J. Paul Richter, al hecho de que los pintores de cada ciudad pertenecían a una guilda separada que mantenía relaciones amistosas con las guildas de otras ciudades, pero que tenía una vida independiente. El más antiguo reglamento de guilda conocido —el de Verona— está fechado en el año 1303; pero, evidentemente, está copiado de algún otro estatuto más antiguo. En los deberes de los miembros entraban, según las palabras del reglamento, “el apoyo fraternal en caso de cualquier género de necesidad”, “hospitalidad hacia los extranjeros que pasaban por la ciudad ya que así se puede obtener información de asuntos que es deseable conocer”, “la obligación de prestar ayuda a los hombres llegados a la vejez” (*The Nineteenth Century*, noviembre 1890 y agosto 1892).

³⁶² En Rusia existe una enorme literatura sobre los *arteles*, cuya enumeración con observaciones críticas se puede hallar en la excelente obra de N. A. Rubakin, *Sredi knig* [Entre libros]. Para los lectores extranjeros he dado algunas indicaciones en el artículo “Rusia”, pág. 84 de la novena edición de la *Encyclopædia Britannica*.

³⁶³ Véanse, por ejemplo, los textos de los estatutos de las guildas de Cambridge citados por [Joshua] Toulmin Smith (*English Gilds, The original ordinances of more than one hundred early English gilds* Londres, 1870, págs. 274-276), en los cuales se ve que “el día general y principal” era “el día de la elección”, véanse también [Charles] M. Clode: *The Early History of the Guild of the Merchant Taylors of the Fraternity of St. John the Baptist*, Londres, 1888, I, 45 y muchos otros. Sobre la renovación del juramento de fidelidad a la guilda, véase la saga *Jomsviking*, mencionada en la obra de [M.] Pappenheim *Die altdänischen Schutzgilden, ein Beitrag zur Rechtsgeschichte der germanischen Genossenschaft*, Breslau, 1885, pág. 67. Es muy probable que cuando se iniciaron las persecuciones a las guildas, muchas de ellas inscribieron en sus estatutos solo un día de banquete común y deberes piadosos, aludiendo en términos más generales a las funciones jurídicas. La pregunta “¿quién será mi juez?” no tienen ahora sentido alguno desde que el Estado se apropió, por medio de su burocracia, de la organización de la justicia; pero tenía una importancia de primer orden en la Edad Media, sobre todo porque la autojurisdicción significaba también la autoadministración. Se debe observar además que la traducción de la expresión sajona y danesa *guildbrethren* o *brödrae*, es decir, hermanos de guilda o hermanos, por la palabra latina *convivi* (es decir, participantes de un festín) sirvió también para promover la confusión arriba citada.

la cena de la cosecha, era simplemente una afirmación de la hermandad. Simbolizaba los tiempos en que todo era patrimonio común del clan. En ese día, por lo menos, todo pertenecía a todos; se sentaban todos a una misma mesa y compartían la misma comida. Hasta en un período considerablemente más avanzado, el interno de un asilo de una de las guildas de Londres, ese día, se sentaba a una mesa común junto con el rico *alderman* [concejal].

En cuanto a la diferencia que algunos investigadores trataron de establecer entre la antigua *frith guild* [guilda de paz, protección o seguridad] sajona y las llamadas guildas “sociales” o “religiosas”, puede decirse que todas eran *frith guilds* en el sentido antedicho³⁶⁴ y todas eran religiosas en el sentido en que las comunas aldeanas o las ciudades puestas bajo la protección de un santo especial son sociales y religiosas. Si la institución de la guilda tuvo tan vasta difusión en Asia, África y Europa, si sobrevivió un milenio, surgiendo nuevamente cada vez que condiciones similares la reclamaban, fue porque la guilda representaba algo considerablemente mayor que una simple asociación de comensales o para concurrir a la iglesia en determinado día o una sociedad funeraria. Respondía a una necesidad hondamente arraigada en la naturaleza humana; reunía en sí todos aquellos atributos de los que posteriormente se apropió el Estado para su burocracia y su policía, y aún mucho más. La guilda era una asociación para el apoyo mutuo “de hecho y de consejo”, en todas las circunstancias y en todas las contingencias de la vida; era una organización para el afianzamiento de la justicia y, a diferencia del Estado, introducía un elemento humano y fraterno en lugar del elemento formal que es la característica esencial de la interferencia estatal. Incluso cuando un hermano de la guilda comparecía ante su tribunal, respondía ante personas que lo conocían bien, que antes lo habían apoyado en el trabajo conjunto, que se habían sentado con él más de una vez en la comida en común, y juntos cumplían con sus deberes fraternales; respondía ante hombres que eran sus iguales y sus hermanos verdaderos, y no ante teóricos de la ley o defensores de determinados intereses ajenos³⁶⁵.

Es evidente que una institución tal como la guilda, bien dotada para la satisfacción de la necesidad de unión, sin privar por eso al individuo de su iniciativa, se debió extender, crecer y fortalecer. La dificultad residía solamente en hallar una forma que permitiera a las uniones de guildas federarse entre sí, sin interferir con las uniones de comunas aldeanas, y federar unas y otras en un todo armonioso. Y cuando se halló la forma conveniente y una serie de circunstancias favorables permitió a las ciudades la posibilidad de declarar y afirmar su independencia, la realizaron con tal unidad de pensamiento que provoca admiración aún en nuestro siglo de ferrocarriles, telégrafos e imprenta. Han llegado hasta nosotros centenares de cartas con las que las ciudades afirmaron su unión y en todas ellas aparecen las mismas ideas predominantes, a pesar de la infinita diversidad de detalles que dependían de su mayor o menor grado de emancipación. La ciudad se organizaba a sí misma como una federación de pequeñas comunas aldeanas y de guildas.

³⁶⁴ Véanse las hermosas observaciones sobre la *frith guild* en la obra de Mr. J. R. Green y de Mrs. [A.] Green en *The Conquest of England*, Londres, 1883, págs. 229-230.

³⁶⁵ Véase el apéndice XIV.

Por ejemplo, la Carta acordada en 1188, por Felipe, conde de Flandes, a los burgueses de Aire [Aire-sur-la-Lys] dice:

Todos los pertenecientes a la *amicia* de la ciudad han prometido y confirmado, bajo juramento, que se ayudarán mutuamente como hermanos en todo lo útil y honesto; que si el uno ofende al otro, de palabra o de hecho, el ofendido no se vengará por sí mismo ni lo harán sus allegados... que presentará una queja y el ofensor compensará debidamente la ofensa, de acuerdo con la resolución dictada por doce jueces electos que actuarán en calidad de árbitros. Y si el ofensor o el ofendido, después de la tercera advertencia, no se somete a la resolución de los árbitros, será excluido de la *amicia* como hombre malvado y perjuro³⁶⁶.

“Todo miembro de la comuna será fiel a sus co-juramentados y les prestará ayuda y consejo de acuerdo con lo que dicte la justicia”, dicen las cartas de Amiens y Abbeville.

“Dentro de los límites de la comuna todos se ayudarán mutuamente, cada uno según sus fuerzas, y no permitirán que nadie tome algo de alguno de ellos ni lo obligue a pagar contribuciones”, leemos en las cartas de Soissons, Compiègne, Senlis, y de muchas otras del mismo tipo³⁶⁷.

El defensor del antiguo régimen Guibert de Nogent escribió: “La comuna es un juramento de ayuda mutua (*mutui adjutori conjuratio*) (...) ¡Comuna! ¡Nombre nuevo, nombre detestable! A través de ella, los censitarios (*capite censi*) quedan liberados de toda servidumbre mediante un simple pago anual; gracias a ella, por la infracción a las leyes solo son condenados a una multa legalmente determinada; gracias a ella dejan de estar sometidos a las otras cargas pecuniaras de las que los siervos son responsables”³⁶⁸.

Esta misma ola emancipadora recorrió todo el continente en los siglos décimo, undécimo y duodécimo, involucrando tanto las ciudades ricas como las más pobres. Y si bien podemos decir que, en general, primero se liberaron las ciudades italianas (muchas aún en el siglo undécimo y algunas también en el siglo décimo), no podemos asignar un determinado centro a partir del cual el movimiento comenzó a expandirse. Con frecuencia, un pequeño burgo de un punto cualquiera de Europa central se ponía a la cabeza del movimiento de su región y las grandes urbes tomaban su carta como modelo. Así, por ejemplo, la carta de la pequeña ciudad de Lorris fue aceptada por ochenta y tres ciudades del sureste de Francia, y la carta de Beaumont sirvió de modelo a más de quinientas ciudades y burgos de Bélgica y Francia. Las ciudades enviaban diputados especiales a sus vecinos, para obtener una copia de sus cartas y sobre esa base elaboraban su propia constitución. Sin embargo, las ciudades no se conformaban con la simple transcripción de las cartas: componían las suyas en conformidad con las

concesiones que conseguían arrancar a sus señores; resultando, como observó un historiador, que las cartas de las comunas medievales se distinguen por la misma diversidad que la arquitectura gótica de sus iglesias y catedrales. Las mismas ideas predominantes en todas, puesto que la catedral simbolizaba, en la ciudad, la unión de la parroquia con la gilda, con la misma infinita riqueza de variedad en sus detalles.

El punto esencial era su autojurisdicción, que implicaba también la autoadministración. Pero la ciudad no era simplemente una parte “autónoma” del Estado —esas palabras ambiguas aún no habían sido inventadas—, sino que constituía un Estado en sí misma. Tenía derecho a declarar la guerra y hacer la paz, el derecho de establecer alianzas con sus vecinos y de federarse con ellos. Era soberana en sus propios asuntos y no se inmiscuía en los ajenos.

El poder político supremo de la ciudad se encontraba, en la mayoría de los casos, íntegramente en manos un foro democrático, como sucedía, por ejemplo, en Pskov, donde el *vieche* enviaba y recibía embajadores, concluía tratados, invitaba y expulsaba a los *knyazes*, o prescindía de ellos durante décadas enteras. Podía suceder que el alto poder político era transferido o usurpado por una aristocracia de comerciantes o incluso de nobles, como sucedía en centenares de ciudades de Italia y de Europa central. Pero los principios fundamentales continuaban siendo los mismos: la ciudad era un Estado y, lo que es quizá aún más notable, si el poder de la ciudad había sido usurpado por la aristocracia comercial o la nobleza, la vida interior de la ciudad y el carácter democrático de su vida cotidiana no desaparecían: dependían muy poco de lo que podría llamarse la forma política del Estado.

El secreto de esta aparente anomalía reside en que la ciudad medieval no era un Estado centralizado. Durante los primeros siglos de su existencia, la ciudad apenas se podía llamar Estado en lo que se refiere a su organización interna, puesto que la Edad Media, en general, era ajena a la actual centralización territorial de las funciones, como también a nuestra centralización de las provincias y distritos en manos de un gobierno central. Cada grupo tenía, entonces, su parte de soberanía.

Comúnmente la ciudad estaba dividida en cuatro barrios, o en cinco, seis o siete sectores que partían desde un centro donde estaba situada la catedral y muy a menudo una fortaleza. Y cada barrio en general correspondía al género de comercio o profesión que predominaba en él, pero podían vivir personas de diferentes posiciones sociales y ocupaciones: nobles, comerciantes, artesanos e incluso semisiervos. Cada barrio o sector constituía una unidad independiente. En Venecia, cada isla constituía una comuna política independiente, que tenía su organización propia de comercio, su propio mercado de sal, su propia administración y su propia asamblea popular o *forum*. Y el nombramiento de un dogo (es decir, el jefe militar y gobernador supremo) por la ciudad no cambiaba en nada la independencia interna de cada unidad³⁶⁹.

En Colonia, los habitantes se dividían en *Geburschaften* y *Heimschaften* (*viciinae*), es decir, gildas vecinales cuya formación data del período de los francos, y

³⁶⁶ *Recueil des ordonnances des rois de France*, t. XII, 562; citado por Aug. Thierry en *Considerations sur l'histoire de France*, pág. 196, 12ª edición. Hace mucho tiempo que se debería haber traducido este libro al ruso.

³⁶⁷ A. Luchaire: *Les communes françaises...*, págs. 45-46.

³⁶⁸ Guibert de Nogent: *De vita sua sive monodiarum suarum libri tres*, citado por Luchaire, ob. cit., pág. 14 [traducción del original francés].

³⁶⁹ [J. F.] LeBret: *Histoire de la République de Venise*, t. 1, pág. 393; también Marin, citado por Leo y Botta en *Histoire d'Italie*, edición francesa, 1844, t. 1, pág. 500.

cada una de estas guildas tenía un juez (*Burgrichter*) y los doce jueces de sentencia habituales (*Schöffen*), su *Vogt* y su *Greve* o jefe de la milicia de la guilda³⁷⁰.

La historia del Londres antiguo, antes de la conquista normanda del siglo XII, dice Green, “es la historia de algunos pequeños grupos, dispersos en una superficie rodeada por las murallas de la ciudad, y donde cada uno crecía con su propia vida, con sus instituciones, guildas, *sokes*³⁷¹, casas religiosas, etc., y que, lentamente, se unieron en una asociación municipal”³⁷². Y cuando consultamos los anales de las ciudades rusas de Novgorod y de Pskov, ambos relativamente ricos en detalles locales, nos enteramos de que los barrios (*kontsi*) a su vez estaban compuestos por calles (*ulitsa*) independientes que, a pesar de que estaban habitadas preferentemente por artesanos de un oficio determinado, contaban también con comerciantes y terratenientes, y constituían una comuna separada. La calle tenía la responsabilidad comunal por todos sus miembros en caso de delito, su jurisdicción y administración propia en la persona de los concejales de la calle (*ulichanskij starost*) su sello propio y, en caso de necesidad, su propio *forum*, su propia milicia, y también sus sacerdotes electos, su propia vida colectiva y sus empresas colectivas³⁷³. De tal modo, la ciudad medieval era una *federación doble*: de todos los poseedores de vivienda reunidos en pequeñas asociaciones territoriales —la calle, la parroquia, el sector— y de individuos unidos por un juramento común en guildas, de acuerdo con sus profesiones. La primera federación era fruto de la comuna aldeana, origen de la ciudad, y la segunda era el fruto del crecimiento subsiguiente, impulsado por las nuevas condiciones.

En esto residía la esencia de la organización de las ciudades medievales libres, a las que debe Europa el desarrollo esplendoroso tomado por su civilización.

El principal objetivo de la ciudad medieval era garantizar la libertad, la autoadministración y la paz; y el trabajo era su base principal, como veremos al hablar de las guildas de artesanos. Pero la “producción” no absorbía toda la atención del economista medieval. Con su espíritu práctico comprendía que era necesario garantizar el “consumo” para que la producción fuera posible; y por esto el proveer a “la necesidad común de alimento y alojamiento para pobres y ricos por igual (*gemeine notdurft und gemach armer und richer*)³⁷⁴ era el principio fundamental de cada ciudad. Estaba terminantemente prohibido comprar artículos de primera necesidad (alimentos, carbón, leña, etc.) antes de que se hubiesen recibido en el mercado, o comprarlos en condiciones especialmente favorables —no accesibles a otros—, en una palabra: el *preemptio*³⁷⁵. Todo debía ir primeramente al mercado, y allí ser ofrecido para que todos pudieran comprar

hasta que el sonido de la campana anunciara la clausura del mercado. Solo entonces podía un revendedor comprar los productos sobrantes, pero aun en este caso su beneficio debía ser “un beneficio honesto”³⁷⁶. Además, si un panadero, después de la clausura del mercado, compraba grano al por mayor, entonces cualquier ciudadano tenía derecho a exigir determinada cantidad de este grano para su propio uso (alrededor de medio cuarto) al precio por mayor si lo hacía antes de la conclusión final de la operación; pero, a la recíproca, cualquier panadero podía reclamar lo mismo si un ciudadano compraba granos para la reventa. En el primer caso para moler el grano bastaba con llevarlo al molino de la ciudad, donde era molido a su turno a un determinado precio y el pan podía ser horneado en el *four banal*, el horno comunal³⁷⁷. En una palabra, si en la ciudad había escasez, la sufrían entonces más o menos todos; pero, aparte de esas calamidades, mientras existieron las ciudades libres, dentro de sus muros nadie podía morir de hambre como, desafortunadamente, sucede con demasiada frecuencia en nuestra época.

Sin embargo, todas estas reglas corresponden a períodos posteriores de la vida de las ciudades, anteriormente era la propia ciudad quien solía comprar todos los alimentos para el consumo de los ciudadanos. Los documentos publicados recientemente por Charles Gross son precisos sobre este punto y confirman su conclusión de que las cargas de productos alimenticios llegadas a la ciudad

...eran compradas por funcionarios civiles especiales, en nombre de la ciudad, y luego distribuidas entre los comerciantes burgueses, y a nadie se permitía comprar mercancía descargada en el puerto a menos que las autoridades municipales hubieran rehusado comprarla. Tal era según parece, la práctica generalizada en Inglaterra, Irlanda, Gales y Escocia³⁷⁸.

³⁷⁰ Dr. W. Arnold: *Verfassungsgeschichte der deutschen Freistädte*, 1854, t. II, págs. 22 y ss.; [Leonard] Ennen: *Geschichte der Stadt Köln: meist aus den Quellen des Kölner Stadt-Archivs*, t. I, Colonia, 1863, págs. 228-229, y también los documentos publicados por Ennen y [Gottfried] Eckertz.

³⁷¹ Palabra de origen anglosajón que en la época refería a espacios dentro de la ciudad asociados con derechos y privilegios de las guildas. [N. de E.]

³⁷² J. R. Green: *Conquest of England*, 1883, pág. 453.

³⁷³ Belaiev: *Rasskazi iz russkoy istorii* [Relatos de la historia rusa], tomos II y III.

³⁷⁴ V. Gramich: *Verfassung und Verwaltung der Stadt Würzburg von 13, bis zum 15, Jahrhundert*, Würzburg, 1882, pág. 34.

³⁷⁵ Palabra de origen latino que se utilizaba para nombrar el privilegio de comprar en primer lugar y que podía dar lugar a prácticas especulativas. [N. de E.]

³⁷⁶ Cuando un navío entregaba carbón de piedra en Würzburg, durante los primeros ocho días solo podía venderse al por menor, y cada familia no podía comprar más de cincuenta cestas. La carga que restaba se podía vender al por mayor, pero en la venta al detalle se permitía al vendedor solo un beneficio *zittliche* [honesto]; el *unzittliche*, o ganancia deshonesto, estaba terminantemente prohibida (Gramich, obra citada). Lo mismo sucedía en Londres (*Liber albus*, citado por [W.] Ochenkowski en *Englands wirtschaftliche Entwicklung im Ausgange des Mittelalters*, Jena, 1879, pág. 161), y en las ciudades de Escocia, en Francia, España y, en suma, en todas partes.

³⁷⁷ Véase [Gustave] Fagniez: *Etudes sur l'industrie et la classe industrielle à Paris au XIII^e et XIV^e siècle*, París, 1877, pág. 155 y ss. Apenas si es necesario agregar que el impuesto sobre el pan y la cerveza se establecía solo después de cuidadosas investigaciones respecto a la cantidad de pan y la cerveza que se podía obtener de una determinada cantidad de grano. En los archivos de Amiens se han conservado notas sobre tales investigaciones (A. [Albéric] de Calonne, *La vie municipale au XV^e siècle dans le Nord de la France*, págs. 77-93). Véanse también, sobre Londres, Ochenkowski, pág. 165, y muchos otros.

³⁷⁸ Charles Gross: *The gild merchant; a contribution to British municipal history*, Oxford, 1890, t. I, pág. 135. Los documentos transcritos por el autor demuestran que tal práctica existía en Liverpool, (t. II, págs. 148-150), en Waterford, Irlanda; en Neath, Gales, en Linlithgow y Thurso, Escocia. Los textos de Gross demuestran también que las compras se efectuaban no solo para su distribución entre los comerciantes de la ciudad, sino también “para todos los ciudadanos y comuneros” (pág. 136, nota) o, como dice el reglamento de Thurso, que data del siglo XVII: “Se debe informar a los comerciantes, artesanos y *habitantes* [de dicha ciudad] para que puedan tener su parte en las compras, de acuerdo con sus necesidades y recursos”.

Hasta en el siglo XVI vemos que en Londres se efectuaba la compra en común de grano “para comodidad y beneficio en todos los aspectos... de esta Ciudad y Cámara de Londres y de todos los ciudadanos y habitantes de ella en todo lo que de nosotros depende”, como escribía su alcalde en 1565³⁷⁹.

En Venecia, todo el comercio de granos, como bien se sabe, se hallaba en manos de la ciudad; los barrios, al recibir el grano de la comisión que administraba las importaciones, debían distribuir por las casas de todos los ciudadanos la cantidad que le correspondía a cada uno³⁸⁰. En Francia, la ciudad de Amiens compraba sal y la distribuía entre todos los ciudadanos al precio de costo³⁸¹; y aún en la actualidad encontramos en muchas ciudades francesas las *halles* que antiguamente eran depósitos municipales para el almacenamiento del grano y de la sal³⁸². En Rusia, era esto un hecho corriente en Novgorod y Pskov.

Toda esta cuestión de las compras comunales para consumo de los ciudadanos y de la manera en que eran realizadas no ha recibido aún la debida atención de parte de los historiadores; pero aquí y allá se encuentran hechos muy interesantes que arrojan nueva luz sobre el tema. Así, entre los documentos de Gross existe un reglamento de la ciudad de Kilkenny, que data del año 1367, y gracias a este documento nos enteramos de qué modo se establecían los precios de las mercaderías. “Los mercaderes y los marinos —dice Gross— debían declarar, bajo juramento, el precio inicial de costo de las mercancías y los gastos de transporte. Entonces el alcalde de la ciudad y dos personas honestas fijaban el precio [*named the price*] al que debían venderse”. La misma regla se observaba en Thurso para las mercaderías que llegaban “por mar y por tierra”. Este método “de fijar precio” armoniza tan justamente con el concepto que sobre el comercio predominaba en la Edad Media que debe haber sido universal. El que una tercera persona fijara el precio era costumbre muy antigua; y para todo intercambio dentro de la ciudad era ciertamente un hábito muy extendido el recurrir, para la determinación del precio, no al vendedor o al comprador, sino a un tercero, a una persona “prudente”. Pero este orden de cosas nos remonta a un período aún más antiguo de la historia del comercio, precisamente al período en que el comercio de productos de primera necesidad era efectuado por toda la ciudad, y los mercaderes eran solo comisionistas, agentes de la ciudad para las ventas de las mercancías que ella exportaba. Una ordenanza de Waterford, publicada también por Gross, dice que

³⁷⁹ *The Early history of the Guild of Merchant Taylors*, por Charles M. Clode, Londres, 1888, t. I, pág. 361, apéndice décimo; del mismo modo también el apéndice siguiente, que muestra que compras parecidas se hicieron también en el año 1546.

³⁸⁰ [Luigi] Cibrario: *Les conditions économiques de l'Italie au temps de Dante*, París, 1865, pág. 44.

³⁸¹ A. de Calonne: *La vie municipale au XV^e siècle dans le Nord de la France*, págs. 12-16. En el año 1485, la ciudad permitió exportar a Amberes cierta cantidad de granos, “pues los habitantes de Amberes siempre estaban dispuestos a ser gratos comerciantes y ciudadanos de Amiens” (*ibid*, pág. 75-77 y textos).

³⁸² A. Babeau: *La ville sous l'ancien régime*, París, 1882.

Toda mercancía, *de cualquier tipo que sea (...)* debe ser adquirida por el alcalde y los *balives*, [funcionarios de la ciudad encargados de las compras] designados en ese momento *bene commene biers* [compradores de bienes comunes] de la ciudad, para ser distribuida entre todos los hombres libres de la ciudad (con la sola excepción de las mercancías propias de los ciudadanos libres y residentes).

Esta ordenanza no se puede interpretar de otro modo que no sea admitiendo que todo el comercio exterior de la ciudad era efectuado por sus agentes. Además, tenemos pruebas directas de que así estaba establecido en Novgorod y Pskov. La soberana Novgorod y la soberana Pskov enviaban ellas mismas sus caravanas de mercaderes a tierras lejanas.

Sabemos también que en casi todas las ciudades medievales de Europa central y occidental las gildas de artesanos solían comprar en común todas las materias primas para sus hermanos y vendían los productos de su trabajo por medio de sus oficiales; y es muy difícil que el comercio exterior no se realizara de esta misma manera, tanto más cuanto que, como es bien sabido, hasta el siglo XIII, todos los mercaderes de una determinada ciudad en el extranjero no solo se consideraban responsables, como corporación, de las deudas contraídas por cualquiera de ellos, sino que también la ciudad entera era responsable de las deudas contraídas por cada uno de sus ciudadanos comerciantes. Solo las ciudades del Rin, en los siglos XII y XIII, concertaron tratados especiales que abolían esa responsabilidad³⁸³. Y, por último, tenemos el notable documento de Ipswich, publicado por Gross, en el cual vemos que la gilda comercial de esta ciudad se componía de todos los hombres libres de la ciudad que deseaban pagar su cuota (su “hanse”) a la gilda, y toda la comunidad juzgaba en común cuál era el mejor modo de mantener a esa gilda comercial y otorgarle determinados privilegios. La gilda comercial de Ipswich resultaba así más un cuerpo de administradores de la ciudad que una gilda privada común.

En una palabra, cuanto más conocemos la ciudad medieval, más nos convenimos de que no era una simple organización política para la protección de ciertas libertades políticas. Se trataba de una tentativa, en una escala mucho mayor que la de la comuna aldeana, de crear una unión estrecha con fines de ayuda y apoyo mutuos, para el consumo y la producción, y para la vida social en general, sin imponer a las personas los grillos del Estado, sino dejando plena libertad al genio creador de cada grupo separado de individuos, en artes, oficios, ciencia, comercio y organización política.

Hasta dónde tuvo éxito esta tentativa lo veremos mejor cuando analicemos, en el capítulo siguiente, la organización del trabajo en la ciudad medieval y las relaciones de las ciudades con las poblaciones campesinas circundantes.

³⁸³ Ennen: *Geschichte der Stadt Köln*, t. I, págs. 491-492, y también los textos.



Mordvinos



Lezguinos



Buriatos



Cabilios



Tupíes

CAPÍTULO VI LA AYUDA MUTUA EN LA CIUDAD MEDIEVAL (continuación)

Semejanzas y diferencias entre las ciudades medievales — Guildas de oficios: atributos del Estado en cada una de ellos — Relaciones de la ciudad con los campesinos: tentativas de liberarlos — Los señores feudales — Resultados obtenidos por la ciudad de la Edad Media en el campo de las artes y la educación — Causas de la decadencia

Las ciudades medievales no estaban organizadas según un plan preconcebido en obediencia a la voluntad de algún legislador externo. Cada una de estas ciudades era fruto del crecimiento natural —en el sentido pleno de la palabra— era el resultado, en constante variación, de la lucha entre diferentes fuerzas que se ajustaban mutuamente una y otra vez, de acuerdo con las energías relativas de cada una y también según las alternativas de sus conflictos y el apoyo que hallaban en el medio circundante. Debido a esto, no se hallarán dos ciudades cuya organización interna y sus destinos hayan sido idénticos; y cada una de ellas —tomada en particular— varía de siglo en siglo. Sin embargo, si echamos un vistazo amplio sobre todas las ciudades de Europa, las diferencias locales y nacionales desaparecen y nos sorprendemos por la similitud asombrosa que existe entre todas ellas, a pesar de que cada una de ellas se desarrolló por sí misma, independientemente de las otras y en condiciones diferentes. Una pequeña ciudad del Norte de Escocia, poblada por rudos trabajadores y pescadores, una rica ciudad de Flandes, con su comercio mundial, con su lujo, su amor a las diversiones y su vida animada, una ciudad italiana enriquecida por sus relaciones con Oriente, que dentro de sus muros fomenta la civilización y un gusto artístico refinado y una ciudad pobre, de la región pantanosa y lacustre de Rusia, dedicada principalmente a la agricultura, parecen tener poco en común. Y, sin embargo, las líneas dominantes de su organización y el espíritu de que están impregnadas asombran por su semejanza familiar.

Por doquier hallamos las mismas federaciones de pequeñas comunas o parroquias o guildas; los mismos suburbios alrededor de la ciudad madre; la misma asamblea popular; los mismos símbolos exteriores de independencia; el sello, el estandarte, etcétera. El defensor de la ciudad bajo distintas denominaciones y distintos ropajes representa a una misma autoridad defendiendo los mismos intereses; el abastecimiento de víveres, el trabajo, el comercio están organizados en las mismas líneas generales; los conflictos interiores y exteriores nacen de las mismas ambiciones; más aún, las mismas consignas desplegadas durante estos conflictos y hasta las fórmulas utilizadas en los anales de la ciudad, ordenanzas, documentos, son las mismas; y los monumentos arquitectónicos, ya sean de estilo gótico, romano o bizantino, expresan las mismas aspiraciones y los mismos ideales, y estaban concebidos y construidos del mismo modo. Muchas diferencias son simplemente debidas a la disparidad de edad, y esas reales diferencias entre ciudades hermanas, por ejemplo, entre Pskov y Novgorod y entre Florencia y Roma, se repiten en distintas partes de Europa. La unidad de la idea rectora y su identidad

allanan las diferencias de clima, posición geográfica, riqueza, lenguaje y religión. Por eso es que podemos hablar de la ciudad medieval como una fase bien definida de la civilización; y, aunque todas las investigaciones que insisten en las particularidades locales e individuales de las ciudades son bienvenidas, podemos, no obstante, señalar los rasgos principales del desarrollo que eran comunes a todas ellas³⁸⁴.

No cabe duda de que la protección que habitual y universalmente se acordaba a la plaza del mercado ya desde las primeras épocas bárbaras desempeñó un papel importante, aunque no exclusivo, en la emancipación de las ciudades medievales. Los bárbaros del período antiguo no conocían el comercio dentro de sus comunas aldeanas; comerciaban solo con los extranjeros, en lugares determinados y en ciertos días determinados. Y para que el extranjero pudiera presentarse en el lugar de trueque, sin riesgo de morir en cualquier altercado sostenido por dos clanes a causa de una venganza de sangre, el mercado se ponía siempre bajo la protección especial de todos los clanes. También era inviolable, como el lugar de culto bajo cuya sombra se organizaba. Entre los cabilios, el mercado hasta ahora es *anaya*, lo mismo que el sendero por el cual las mujeres acarrear el agua de los pozos; no se debe transitar portando armas, incluso durante guerras intertribales. En la época medieval, el mercado gozaba por lo común exactamente de la misma protección³⁸⁵. Ningún conflicto

³⁸⁴ La literatura sobre el tema es enorme. Sin embargo, no existe todavía ninguna obra que considere la ciudad medieval en conjunto. Para las comunas francesas siguen siendo clásicas hasta ahora las obras de Augustin Thierry: *Lettres sur l'histoire de France* y *Considerations sur l'histoire de France*; un excelente complemento es el libro de Luchaire: *Les communes françaises*, escrito en el mismo sentido. Para las ciudades de Italia pueden indicarse las siguientes: el excelente trabajo de [J.-C.-L. Simone de] Sismondi: *Histoire des républiques italiennes du moyen âge*, París, 1826, 16 tomos; Leo y Botta: *Histoire d'Italie*, edición francesa, 1844 (tres grandes tomos); Ferrari: *Histoire des révolutions d'Italie*, y [Karl] Hegel: *Geschichte der städteverfassung von Italien, seit der zeit der römischen herrschaft bis zum ausgang des zwölften jahrhunderts*, Leipzig, 1847. Estas obras constituyen las fuentes principales de los testimonios comunes sobre las ciudades de Italia en general. Para Alemania, tenemos: Maurer: *Geschichte der Städteverfassung in Deutschland*; [Friedrich W.] Barthold: *Geschichte der deutschen städte und des deutschen bürgerthums*, Leipzig, 1850 y, de las obras recientes, el excelente trabajo de Hegel: *Städte und Gilden der germanischen Völker im Mittelalter* (dos tomos, Leipzig, 1891) y Dr. Otto Kallsen: *Die Deutschen Städte im Mittelalter* (dos tomos, Halle, 1891); y también Janssen: *Geschichte des deutschen Volkes seit dem Ausgang des Mittelalter*, (cinco tomos, 1886). Esperamos que la última de las obras citadas sea traducida al ruso (la traducción francesa apareció en el año 1892). Para Bélgica se puede citar: A. [Alphonse] Wauters, *Les libertés communales...* (Bruselas, 1869-1878, tres tomos) y para Rusia, los trabajos de Bielaiev, Kostomarov y Sergievich. Finalmente, para Inglaterra tenemos la excelente obra sobre las ciudades de la señora [A. S.] Green: *Town Life in the Fifteenth Century* (dos tomos, Londres, 1894). Además, existen muchas historias locales bien conocidas, y algunas excelentes obras sobre la historia general y económica que cito a menudo en el presente capítulo y en el anterior. La riqueza de la literatura se limita, sin embargo, a investigaciones aisladas, a veces excelentes, sobre la historia de ciudades concretas, especialmente de las italianas y de las alemanas; o de las guildas, la cuestión de la tierra, los principios económicos de aquella época; o la importancia económica de las guildas y oficios, las ligas entre ciudades (Hansa, uniones de las ciudades italianas, uniones del Rin, etc.) y el arte comunal. Una increíble abundancia de informaciones aparece en los trabajos de esta segunda categoría, de las cuales, en la presente obra, se citan solo los más importantes. En general, solo la extrema anormalidad de las condiciones de las universidades rusas puede explicar que hasta ahora se haya prestado en ellas tan poca atención a este vasto campo de la vida de la humanidad.

³⁸⁵ [M.] Kulischer, en un excelente ensayo sobre el comercio primitivo (*Zeitschrift für Völkerpsychologie*, t. x, pág. 380), señala también que, según Heródoto, los argipeos eran considerados inviolables debido a que, en su territorio, se realizaba el comercio entre los escitas y las tribus del norte. En sus territorios se consideraba sagrado al fugitivo, y los vecinos a menudo los invitaban a ser sus árbitros (véase apéndice XV).

debía entablarse en el lugar donde se reunía el pueblo para comerciar, ni dentro de determinado radio alrededor de él y, si en la abigarrada multitud de vendedores y compradores se producía alguna disputa, había que llevarla ante aquellos bajo cuya protección se encontraba el mercado; es decir, al tribunal de la comunidad, o al obispo, al señor o al rey. El extranjero que se presentaba con fines comerciales era un *huésped* y así era considerado; en el mercado era inviolable. Hasta el señor feudal, que sin escrúpulos robaba a un comerciante en el camino, respetaba al *Weichbild*³⁸⁶, es decir, al poste que se elevaba en la plaza del mercado, en cuyo tope se hallaban las armas del rey, un guante, la imagen del santo local o, simplemente, la cruz, según estuviera el mercado bajo la protección del rey, del señor, de la iglesia local o de la asamblea popular³⁸⁷.

Es fácil comprender de qué modo la autojurisdicción de la ciudad pudo originarse en el poder judicial especial del mercado cuando este derecho fue cedido, voluntariamente o no, a la propia ciudad. Y ese origen de las libertades urbanas, cuyas huellas en muchos casos se pueden rastrear, necesariamente imprimió su sello a su desarrollo posterior, dando predominio a la parte comercial de la comunidad. Los burgueses que poseían en aquellos tiempos una casa en la ciudad y que eran copropietarios de tierras en ella, con frecuencia organizaban una guilda mercantil, que tenía en sus manos el comercio de la ciudad, y a pesar de que al principio cada burgués, pobre o rico, podía ingresar en la guilda de mercaderes y, al parecer, el propio comercio era efectuado en interés de toda la ciudad, por medio de sus representantes, la guilda paulatinamente se convertía en una especie de corporación privilegiada. Esta evitaba celosamente el ingreso a sus filas a los forasteros, que pronto comenzaron a afluir a las ciudades libres y reservaba las ventajas del comercio en beneficio de unas pocas “familias” (*les familles*, “*starozhili*”, los habitantes desde mucho tiempo antes) que, cuando la ciudad se emancipó, ya eran burguesas. De tal modo, evidentemente, asomaba el peligro del surgimiento de una oligarquía comercial. Pero, ya en el siglo x, y aún más, en los siglos xi y xii, los oficios principales, también organizados en guildas, eran lo bastante poderosos como para poder limitar las tendencias oligárquicas de los mercaderes.

La guilda de artesanos vendía en común sus productos y compraba en común las materias primas, y sus miembros eran, al mismo tiempo, comerciantes y artesanos. Debido a esto, el predominio alcanzado por las viejas guildas de artesanos, desde el principio de la vida libre de los burgos, dio al trabajo

³⁸⁶ El *Weichbild* era una especie de código que regulaba la vida en una ciudad y sus alrededores, y establecía las normas que incluían aspectos como el comercio, la justicia, la seguridad, los impuestos, etc. El poste indicaba cuál era la autoridad que protegía al mercado y respetarlo era respetar las leyes y normas establecidas por el *Weichbild*.

³⁸⁷ Recientemente han surgido algunas discusiones sobre el *Weichbild* que hasta la fecha permanecen sin resolver (Véanse [Heinrich] Zoepfl: *Alterthümer des deutschen Reichs und Rechts, Studien, Kritiken und Urkunden zur Erklärung der deutschen Rechtsgeschichte und des praktischen Rechts*, III, Leipzig, 1860, pág. 29; Kallsen, obra citada, I, pág. 316). Las explicaciones antedichas me parecen las más verosímiles, pero naturalmente deben ser verificadas mediante exámenes posteriores. Es evidente, también, que la *mercet cross* escocesa, es decir, la “cruz del mercado” o “cruz del comercio”, debió haber sido el emblema de la jurisdicción eclesiástica; aunque la hallamos tanto en las ciudades episcopales como en las que la asamblea popular era soberana.

manual la elevada posición que ocupó posteriormente en la ciudad³⁸⁸. En realidad, en la ciudad medieval, el trabajo del artesano no era signo de inferioridad; todo lo contrario, conservaba las huellas del profundo respeto que se le tenía en la comuna aldeana. Es más, el rápido desarrollo de la habilidad artística en la producción de todos los oficios, el de la joyería, del tejido, de la cantería, de la arquitectura, etcétera, hacía que todos los que estaban en el poder en las repúblicas libres de aquella época trataran con profundo respeto personal al artesano-artista.

El trabajo manual en un “misterio” (*arteles, guildas*) era considerado un deber piadoso hacia los conciudadanos, como una función determinada (*Amt*³⁸⁹) tan honorable como cualquier otra. La idea de “justicia” con respecto a la comuna y de “verdad” con respecto al productor y al consumidor, que nos parece tan extraña en nuestra época, impregnaba entonces todo el proceso de producción e intercambio. El trabajo del curtidor, del calderero, del zapatero, debía ser “justo”, a conciencia. La madera, el cuero o los hilos utilizados por los artesanos, debían ser “honestos”; el pan debía ser amasado “concienzudamente”, etcétera. Transportado este lenguaje a nuestra vida moderna, parecería artificioso y afectado; pero entonces era completamente natural y estaba desprovisto de toda afectación, ya que el artesano medieval no producía para un comprador que no conocía, no arrojaba sus mercancías en un mercado desconocido; antes que nada, producía para su propia guilda, que al principio vendía ella misma, en su cámara de tejedores, de cerrajeros, etcétera, la mercancía elaborada en una hermandad de hombres en la que todos se conocían, que conocían la técnica del oficio y que, al establecer el precio de cada producto, podían apreciar la destreza en su fabricación o el trabajo empleado en él. Además, no era un productor aislado que ofrecía a la comunidad los bienes para su venta, los ofrecía la guilda; la comuna, a su vez, ofrecía a la cofradía de comunidades confederadas las mercancías que eran exportadas y por cuya calidad respondía.

Con tal organización, la ambición de cada artesano era no ofrecer productos de baja calidad; los defectos técnicos de la mercancía o adulteraciones afectaban a toda la comunidad, pues, según las palabras de una ordenanza, “destruirían

la confianza pública”³⁹⁰. De tal modo la producción era un *deber social* y estaba puesta bajo el control de toda la *amitas*³⁹¹; debido a lo cual el trabajo manual, mientras existieron las ciudades libres, no podía descender a la posición inferior a la cual, a menudo, llega ahora.

La diferencia entre el maestro y el trabajador [o entre el maestro y el aprendiz] (*compayne, geselle*) existió desde los inicios de las ciudades medievales; y era solo por diferencias de edad y de grado de habilidad, y no de riqueza y poder. Después de haber estado siete años como aprendiz y de haber demostrado conocimiento y capacidad en una obra de arte, el aprendiz, a su vez, se convertía en maestro. Y solamente bastante más tarde, en el siglo XVI, cuando la autoridad real ya había destruido a la ciudad y a la organización de los artesanos, se podía llegar a maestro simplemente por herencia o en virtud de la riqueza. Pero esta ya era la época de la decadencia general de la industria y del arte de la Edad Media.

En el primer período de florecimiento de las ciudades medievales no había mucho espacio para el trabajo asalariado y, menos aún, para los asalariados individuales. El trabajo de los tejedores, armeros, herreros, panaderos, etc., se efectuaba para el oficio y para la ciudad; y cuando en los oficios de la construcción se contrataban artesanos, estos trabajaban como una corporación (como se sigue haciendo en la actualidad en los *arteles* rusos) cuyo trabajo se pagaba en *bloque*. El trabajo para un patrón empezó a extenderse más tarde; pero, incluso en estas circunstancias, se pagaba al trabajador más de lo que se paga ahora en Inglaterra y considerablemente mejor de lo que se pagaba comúnmente en toda Europa en la primera mitad del siglo XIX. Thorold Rogers hizo conocer este hecho a los lectores ingleses³⁹²; pero lo mismo es cierto para la Europa continental, como lo demuestran las investigaciones de [Johannes] Falke y [Gustav F.] Schönberg, y también muchos indicios ocasionales. Aún en el siglo XV, un albañil, un carpintero o un herrero recibía en Amiens un jornal diario de cuatro *soles*, que correspondían a cuarenta y ocho libras de pan o a una octava parte de un novillo (*boward*). En Sajonia, el salario de un *geselle* en el oficio de la construcción era tal que, expresándonos con las palabras de Falke, el obrero podía comprar con su sueldo de seis días tres ovejas y un par de zapatos³⁹³. Los donativos de los trabajadores (*geselle*) a las catedrales son también testimonios de su relativo bienestar, sin hablar ya de las espléndidas ofrendas de ciertas guildas de artesanos y de sus gastos

³⁸⁸ Con respecto a todas las cuestiones relativas a la guilda mercantil, véase la obra exhaustiva de C. Gross, *The Guild Merchant* (Oxford, 1890, dos tomos) y también las notas de la señora de Green en *Town Life in the Fifteenth Century*, vol. II, caps. V, VIII y X; también el examen de esta cuestión hecho por A. Doren en “Untersuchungen zur Geschichte der Kaufmannsgilden des Mittelalters” en *Staats- und sozialwissenschaftliche Forschungen* XII, de Schmoller. Si las consideraciones indicadas en el capítulo precedente (según las cuales el comercio, al principio, era comunal) son correctas, entonces está permitido enunciar la hipótesis de que la guilda mercantil era una corporación a la que se confiaba la realización del comercio en interés de toda la ciudad, y solo paulatinamente se transformó en un guilda de mercaderes que comerciaba en su propio beneficio. Al mismo tiempo, los *merchant adventures* [comerciantes aventureros] de Inglaterra, los *povolniki* [comerciantes y colonizadores libres] de Novgorod y los *mercanti personati* [comerciantes personales] de las ciudades italianas aparecerían ante tal explicación como personas a las que se les había permitido abrir a su propio riesgo nuevos mercados en Oriente y nuevas ramas de comercio para su beneficio personal. En general, se debe observar que el origen de la ciudad medieval no puede ser atribuido a una determinada causa. Fue el resultado de muchas causas en diferentes grados.

³⁸⁹ Al parecer Kropotkin usó una abreviatura, conocida en su época en Inglaterra, que se puede interpretar como *A[dmistrative] m[ember in a] t[own]*, que remite a una costumbre de Europa del norte. [N. de R.]

³⁹⁰ [J.] Janssen: *Geschichte des deutschen Volkes seit dem Ausgang des Mittelalter*, 1.1, pág. 315; [V.] Gramich: *Verfassung und Verwaltung der Stadt Würzburg von 13, bis zum 15, Jahrhundert*; y, en general cualquier colección de ordenanzas.

³⁹¹ El término *amitas* en el sentido que le da Kropotkin se aplica a grupos de apoyo mutuo de diferente orden capaces de crear y mantener instituciones jurídicas y solidarias. [N. de R.]

³⁹² [James E.] Thorold Rogers: *Six centuries of work and wages: A history of English labor*, Londres, 1884 y *The Economic Interpretation of History*, Londres, 1888.

³⁹³ [Johannes] Falke: “Geschichtliche Statistik der Preise im Königreich Sachsen”, 1, págs. 373-393 y II, pág. 66, citado en *Geschichte...*, de Janssen, 1, pág. 399; J. D. Blavignac, en *Comptes et dépenses de la construction du clocher de Saint-Nicolas à Fribourg, en Suisse*, llega a una conclusión semejante. Para Amiens, véase [A. de] Calonne: obra citada, pág. 99 y apéndice. Para la apreciación completa y para la representación gráfica del salario medieval en Inglaterra, y su equivalencia en el valor del pan y de la carne, véase el excelente artículo y la tabla de curvas de G. [Gustav F.] Steffen en la revista *The Nineteenth Century*, año 1891, y *Studier öfver lönsystemets historia i England*, Estocolmo, 1895.

en festividades y procesiones³⁹⁴. Realmente, cuanto más estudiamos las ciudades medievales, tanto más nos convencemos de que nunca el trabajo ha sido tan bien pagado y ha gozado de respeto general como en la época en que la vida de las ciudades libres se hallaba en su punto máximo de desarrollo. Más aún; no solo muchas aspiraciones de nuestros radicales modernos habían sido realizadas ya en la Edad Media, sino que hasta mucho de lo que ahora se considera utópico se aceptaba entonces como algo completamente natural. Se ríen de nosotros cuando decimos que el trabajo debe ser agradable, pero, según la ordenanza medieval de Kuttentberg, “cada uno debe estar contento con su trabajo” y “nadie debe, no haciendo nada (*mit nichts thun*), apropiarse de lo que otros han producido con su aplicación y su trabajo, pues las leyes deben ser un escudo para la defensa de la aplicación y del trabajo”³⁹⁵. Y en medio de la polémica actual sobre la jornada de ocho horas, sería oportuno recordar la ordenanza de Fernando I, relativa a las minas imperiales de carbón, por la que se establece la jornada de trabajo del minero en ocho horas “como se ha hecho desde antiguo” (*wie vor Alters herkommen*) y que estaba prohibido trabajar después del mediodía del sábado. Una jornada de trabajo más larga era muy rara, dice Janssen, mientras que eran habituales las más cortas. Según las palabras de Rogers, en Inglaterra, en el siglo xv, “los trabajadores trabajaban solamente cuarenta y ocho horas por semana”³⁹⁶. El semiferiado del sábado, que consideramos una conquista moderna, en realidad es una antigua institución medieval ya que, para una gran parte de los miembros de la comunidad, era el día que destinaban a bañarse, mientras que los miércoles por la tarde era el turno de los aprendices (*geselle*) para darse un baño³⁹⁷. Y aunque en aquella época no existían los comedores escolares —probablemente porque ningún niño iba hambriento a la escuela— en diversos lugares se distribuía dinero para que los niños pudieran bañarse, si esto constituía una carga para sus padres.

En cuanto a los congresos de trabajadores, eran un fenómeno corriente en la Edad Media. En algunas partes de Alemania, los artesanos de un mismo oficio, pero que pertenecían a diferentes comunas, solían reunirse cada año para determinar cuestiones referentes a su actividad, los años de aprendizaje, el salario, las condiciones de viaje (que se consideraba obligatorio para todo trabajador que hubiera

terminado su aprendizaje), etcétera. En el año 1572, las ciudades que pertenecían a la liga hanseática formalmente reconocieron a los artesanos el derecho de reunirse periódicamente en congresos y adoptar cualquier tipo de resoluciones, siempre que no se opusieran a las ordenanzas de las ciudades que determinaban la calidad de las mercancías. Es sabido que tales congresos, en parte internacionales, como la propia Hansa, eran convocados por panaderos, fundidores, curtidores, herreros, armeros y toneleros³⁹⁸.

La organización artesanal requería, naturalmente, una supervisión cuidadosa de las guildas sobre los artesanos, y con este fin siempre se designaban jurados especiales. Es notable el hecho de que, mientras las ciudades llevaron una vida libre, no se oían quejas sobre la supervisión; mientras que, cuando el Estado intervino y confiscó la propiedad de las guildas y violó su independencia en beneficio de su propia burocracia, las quejas se hicieron simplemente innumerables³⁹⁹. Por otra parte, el enorme progreso en el campo de todas las artes, alcanzado bajo el sistema de la guilda medieval, es la mejor demostración de que este sistema no era un obstáculo para el desarrollo de la iniciativa personal⁴⁰⁰. El hecho es que la guilda medieval, como la parroquia medieval, la “calle” o el “barrio”, no era un cuerpo de ciudadanos puesto bajo el control de funcionarios del Estado; era una unión de hombres relacionados con un determinado oficio: compradores jurados de materias primas, vendedores de productos manufacturados, maestros artesanos, *compaynes* y aprendices. Para su organización interna, la asamblea de todas estas personas era soberana, mientras no afectara a las otras guildas, en cuyo caso el asunto se sometía a la consideración de la guilda de las guildas, es decir, la ciudad. Pero aparte de esto, la guilda era algo más. Tenía su propia jurisdicción, su propia fuerza armada, su asamblea general, o *vieche*, sus tradiciones de lucha, gloria e independencia, y sus propias relaciones con otras guildas del mismo oficio de otras ciudades. En una palabra, tenía una vida orgánica plena, que provenía de una integración de sus funciones vitales: cuando la ciudad era llamada a las armas, la guilda marchaba como una compañía separada (*Schaar*), equipada con su propio armamento (en una época más avanzada, con sus armas de fuego decoradas amorosamente por la guilda), a las órdenes de comandantes elegidos por ella misma. En una palabra, la guilda era una unidad independiente,

³⁹⁴ Para traer, aunque sea un caso de los muchos que se encuentran en las obras de Schönberg y Falke, citaré, por ejemplo, que dieciséis trabajadores zapateros (*Schusterknechte*) de la ciudad de Xanten, en Renania, ofrendaron para la erección de un retablo y de un altar en la iglesia setenta y cinco *gulden* por suscripción y doce *gulden* de la caja común. El valor del dinero entonces, según las investigaciones más fidedignas, sobrepasaba en diez veces su valor actual.

³⁹⁵ Transcrito por Janssen, obra citada, t. 1, pág. 343.

³⁹⁶ Thorold Rogers: *The Economic Interpretation of History*, Londres, 1888, pág. 303.

³⁹⁷ Janssen: obra citada. Véase también Dr. Alwin Schultz: *Deutsches Leben im XIV. und XV. Jahrhundert*, edición popular, Viena, 1892, págs. 67 y ss. En París, la duración de la jornada de trabajo era de siete a ocho horas, en invierno, y hasta catorce horas en verano en ciertos oficios; en otros era de ocho a nueve horas en invierno y de diez a doce en verano. Los sábados y los otros veinticinco días (*jours de commun de vile foire*) todos los trabajos terminaban a las cuatro de la tarde. Los domingos y otros treinta días feriados, no se trabajaba. En general, se concluye que el trabajador de la Edad Media trabajaba menos que el trabajador moderno. (E. [Etienne] Martin Saint-Léon: *Histoire des corporations de métiers depuis leurs origines jusqu'à leur suppression en 1791*, etc., París, 1897, pág. 121).

³⁹⁸ W. [Wilhelm] Stieda: “Hansische Vereinbarungen über städtisches Gewerbe im XIV und XV Jahrhundert” en *Hansische Geschichtsblätter*, Jahrgang, 1886, pág. 121; [G.] Schönberg: *Wirtschaftliche Bedeutung der Zünfte*; y también en parte Roscher.

³⁹⁹ Véanse las observaciones profundamente sentidas de Toulmin Smith sobre el despojo de las guildas por parte de los reyes en la introducción de la señora Smith a *English Guilds*. En Francia, en el año 1382, comenzó análogo despojo y destrucción de la jurisdicción propia de la guilda ([G.] Fagniez, obra citada, págs. 52-54).

⁴⁰⁰ Adam Smith y sus contemporáneos sabían bien qué era precisamente lo que condenaban cuando escribían contra la intromisión del Estado en el comercio y contra los monopolios comerciales creados por él. Por desgracia, sus continuadores, con una superficialidad deplorable, mezclaron en un mismo saco las guildas medievales y la intromisión del Estado, sin hacer distinción entre un edicto de Versalles y la ordenanza de una guilda. Apenas es necesario decir que los economistas que han estudiado seriamente esta materia, como Schönberg (el redactor de un bien conocido curso de economía política), nunca cayeron en semejante error. Lamentablemente las disputas difusas del tipo arriba indicado pasaban por ser “ciencia” económica hasta épocas muy recientes.

como lo fueron, cincuenta años atrás, las repúblicas de Uri o de Ginebra, en la Confederación Helvética. Por esta razón, comparar las guildas con un sindicato moderno despojado de todos los atributos de soberanía estatal y reducidos al cumplimiento de dos o tres funciones secundarias es tan irracional como comparar Florencia y Brujas con una comuna francesa bajo el Código Napoleónico, o con una ciudad rusa bajo las leyes municipales de Catalina II. Ambas tienen su alcalde electo, como lo tenían Florencia y Brujas, y la ciudad rusa hasta tenía corporaciones artesanales; pero la diferencia entre ellas es la misma diferencia que existe entre Florencia y Fontenay-les-Oies o Tsarevokokshaisk o entre un dogo veneciano y un alcalde moderno que se saca el sombrero delante del secretario del subprefecto.

Las guildas de la Edad Media estaban en condiciones de sostener su independencia y, cuando más tarde, especialmente en el siglo XIV, debido a causas que se indicarán más adelante, la antigua vida municipal sufrió profundos cambios, los gremios más jóvenes demostraron ser lo bastante fuertes para conquistar, a su vez, la parte que les correspondía en la dirección de los asuntos de la ciudad. Las masas organizadas en oficios “menores” se rebelaron para arrancar el poder de manos de la ascendente oligarquía, y en general tuvieron éxito y abrieron una nueva era de prosperidad. Es cierto que en algunas ciudades el levantamiento fue ahogado en sangre, y se decapitaron trabajadores en masa, como sucedió en el año 1306 en París y en el año 1371 en Colonia. En esos casos las libertades urbanas se encaminaron hacia la decadencia y la ciudad cayó bajo el yugo del poder central. Pero la mayoría de las ciudades habían conservado las fuerzas vitales suficientes como para salir renovadas de la crisis, con energías y nueva vida. Un nuevo período de rejuvenecimiento fue su recompensa. Se infundió una nueva vida, que encontró su expresión en magníficos monumentos arquitectónicos y en un nuevo período de prosperidad, en un progreso repentino de la técnica y de los inventos, y en un nuevo movimiento intelectual que condujo al Renacimiento y a la Reforma⁴⁰¹. La vida de la ciudad medieval era una sucesión de duras batallas para conquistar la libertad y conservarla. Es cierto que durante esta dura lucha se desarrolló una

⁴⁰¹ En Florencia, las siete “artes menores” hicieron su revolución en los años 1270-1282, y la descripción detallada de sus resultados se puede hallar en la obra de Perrens: *Histoire de Florence*, París, 1877, tres tomos, y en general en el trabajo de Gino Capponi, *Storia della Repubblica di Firenze*, segunda edición, 1876, t. I, págs. 58-80 (traducida al alemán); en Lyon, al contrario, cuando en el año 1402 se inició un movimiento similar, fue sofocado y los artesanos perdieron el derecho a elegir sus propios jueces. En Rostock un mismo movimiento se originó en el año 1313; en Zurich, en 1336; en Berna, en 1363; en Braunschweig en 1374, y al año siguiente en Hamburgo; en Lübeck, entre 1376 y 1384, etc. Véase Schmoller: *Strassburg zur Zeit der Zunftkämpfe und die Reform seiner Verfassung und Verwaltung im XV. Jahrhundert*, Estrasburgo 1875 y su *Strassburg's Blüte und die volkswirtschaftliche Revolution im XIII. Jahrhundert*, Estrasburgo, 1875; Lujo Brentano: *Arbeitsgilden der Gegenwart*, dos tomos, Leipzig, 1871-1872; Ebenezer Bain: *Merchant and Craft Guilds a History of the Aberdeen Incorporated Trades*, Aberdeen, 1887, págs. 26-47,75, etc. En cuanto a las opiniones de Gross sobre la misma lucha en Inglaterra, véanse las observaciones de la señora de Green en su *Town Life in the Fifteenth Century*, II, 190-217 y también el capítulo sobre la cuestión obrera, y en general todo este volumen extraordinariamente interesante de la obra citada. Las opiniones de Brentano sobre la lucha de los artesanos, expuestas preferentemente en los párrafos III y IV de su ensayo “On the History and Development of Guilds” en *English Guilds*, de Toulmin Smith, siguen siendo clásicas para esta cuestión, y las investigaciones posteriores no han hecho más que confirmarlas.

estirpe de burgueses fuerte y tenaz; es verdad que el amor y la devoción por la ciudad materna se nutrieron de estas luchas y que los grandes hechos realizados por las comunas medievales estaban inspirados por este amor. Pero los sacrificios que tuvieron que hacer las comunas en las luchas por la libertad eran, sin embargo, muy duros, y la lucha sostenida por las comunas introdujo fuertes disensiones en su propia vida interior. Muy pocas ciudades consiguieron, gracias al concurso de circunstancias favorables, alcanzar la libertad inmediatamente, y en la mayoría de los casos la perdieron con la misma facilidad. La mayoría de las ciudades tuvo que luchar durante cincuenta y cien años, y a veces más, para alcanzar el reconocimiento de sus derechos a una vida libre, y otro siglo más antes de que consiguieran afirmar su libertad sobre una base sólida; las Cartas del siglo XII fueron solamente uno de los peldaños hacia la libertad⁴⁰². En realidad, la ciudad medieval era un oasis fortificado en un entorno hundido en la sumisión feudal, y tuvo que hacerse su propio lugar con la fuerza de las armas.

Debido a las razones expuestas brevemente en el capítulo que precede, toda comuna aldeana cayó gradualmente bajo el yugo de algún señor, laico o eclesiástico. Su casa se había convertido en castillo y sus hermanos de armas, en la escoria de los aventureros, siempre dispuestos a despojar a los campesinos. Además de los tres días semanales que los campesinos debían trabajar para el señor, les imponían ahora todo tipo de exacciones: por el derecho de sembrar y cosechar, por el derecho a estar tristes o alegres, por el derecho a vivir, casarse y morir. Pero, lo peor de todo era que constantemente los despojaban los ladrones armados de algún señor vecino, que consideraba a los campesinos como si fueran parte de la familia del señor local y se vengaba en ellos, en su ganado y en sus sembradíos, por algún conflicto que mantenía con su amo. Además, todo lo que circundaba la ciudad: los prados, los campos, los ríos, los caminos y cada persona sobre esa tierra pertenecían a algún señor.

El odio de los burgueses contra los barones feudales encontró su expresión más precisa en distintas cartas que los obligaron a firmar. Enrique V, por ejemplo, debió firmar, en la carta acordada a la ciudad de Speier, en el año 1111, que liberaba a los burgueses de “la horrible y execrable ley de *mano muerta*”⁴⁰³, por la cual la ciudad fue llevada a la miseria más profunda” (*von dem Scheusslichen und nichtswürdigen Gesetze, welches gemein “Budel” genannt wird*, en Kallsen, I, 307). En la *coutume* [reglamento] de la ciudad de Bayona, escrita alrededor de 1373, hay párrafos como el siguiente: “El pueblo es anterior a los señores. Fue el pueblo, más numeroso que todos los demás que, deseando la paz, creó a los señores para frenar y abatir a los poderosos”⁴⁰⁴. Una carta sometida a la firma del rey Roberto no es menos característica. Lo obligaron a decir en ella: “No robaré bueyes ni otros animales. No apresaré mercaderes, ni les quitaré su dinero, ni les

⁴⁰² Cito solo un ejemplo: Cambrai realizó su primera revolución en el año 907 y, después de tres o cuatro nuevas revueltas, obtuvo su carta en el año 1076. Esta carta fue anulada dos veces (en 1107 y en 1138) y dos veces fue concedida nuevamente (en 1127 y en 1180). En total tuvo que luchar doscientos veintitrés años antes de conquistar su independencia. Lyon tuvo que luchar desde el año 1195 hasta 1320. Y así en todas partes.

⁴⁰³ Véase la nota 335. [N. de E.]

⁴⁰⁴ [Arthur] Giry: *Les Établissements de Rouen*, t. I, pág. 117, citado por Luchaire, pág. 24.

impondré rescate. Desde el día de Nuestra Señora hasta el día de Todos los Santos no me apoderaré, en los prados, de caballos, yeguas ni potros. No incendiaré los molinos y no robaré la harina... No prestaré protección a los ladrones”, etc. ([Christian] Pfister publicó este documento, reproducido también por Luchaire). La carta “otorgada” por el arzobispo de Besançon, Hugues, a la ciudad que se había rebelado contra él, en la cual debió enumerar todos los males causados por los derechos de *mano muerta*, no es menos característica⁴⁰⁵. Y así se podrían citar muchos otros ejemplos.

Conservar la libertad, en ese entorno, no era posible, y por esto las ciudades se vieron obligadas a librar una guerra fuera de sus muros. Los burgueses comenzaron a enviar emisarios a las aldeas para dirigir las revueltas; aceptaron a las aldeas en sus corporaciones; y por último iniciaron la guerra directa contra la nobleza. En Italia, donde la tierra estaba densamente poblada de castillos feudales, la guerra asumió proporciones heroicas y era librada por ambas partes con extrema dureza. Florencia tuvo que sostener durante setenta y siete años una serie de guerras sangrientas para liberar su *contado* [es decir, su provincia] de los nobles, pero cuando la conquista concluyó (en el año 1181) todo tuvo que empezar de nuevo. La nobleza reunió sus fuerzas y formó sus propias ligas en contraposición a las ligas de las ciudades, y con el apoyo del emperador o del papa, prolongó la guerra ciento treinta años más. Lo mismo sucedió en Roma, en Lombardía, en la región de Génova y en toda Italia.

Los ciudadanos realizaron prodigios de valor, audacia y tenacidad durante estas guerras. Pero el arco y las hachas de guerra de los artesanos no siempre se impusieron a los caballeros vestidos de armaduras y muchos castillos resistieron a los asedios con éxito, a pesar de las ingeniosas máquinas de sitio y a la perseverancia de los ciudadanos. Algunas ciudades, como por ejemplo Florencia, Bolonia y muchas otras en Francia, Alemania y Bohemia, consiguieron emancipar a las aldeas que las rodeaban, y la recompensa a sus esfuerzos fue una notable prosperidad y tranquilidad. Pero incluso en estas ciudades, y más aún en las ciudades menos poderosas o menos emprendedoras, los comerciantes y los artesanos, agotados por la guerra y sin entender sus propios intereses, negociaron sin tener en cuenta a los campesinos. Obligaron al señor a prestar juramento de lealtad a la ciudad; su castillo en las afueras fue desmantelado y él aceptó construir una casa y vivir en la ciudad, donde se convirtió en conciudadano (*combourgeois*, *concittadino*), pero a cambio conservó la mayoría de sus derechos sobre los campesinos, que solo obtuvieron un alivio parcial de sus gravámenes serviles. El burgués no podía entender que se le concedieran iguales derechos de ciudadanía al campesino, de quien dependía para su alimentación, y una profunda brecha se abrió entre la ciudad y la aldea. En algunas ocasiones, los campesinos solamente cambiaron de dueños, ya que la ciudad compraba los derechos al barón y se los vendía en parte a sus propios ciudadanos⁴⁰⁶. La servidumbre se mantuvo, y solo mucho más tarde, a finales

⁴⁰⁵ Véase [Alexandre] Tuetey: “Étude sur le droit municipal au XIII^e et au XIV^e siècle en Franche-Comté et en particulier à Montbéliard”, en *Mémoires de la Société d'émulation de Montbéliard*, segunda serie, t. II, págs. 129 y siguientes.

⁴⁰⁶ Según parece esto sucedía a menudo en Italia. En Suiza, Berna llegó hasta comprar las ciudades de Thun y Burgdorf.

del siglo XIII, fue la revolución de los artesanos la que se propuso acabar con ella y abolió la servidumbre personal, pero al mismo tiempo desposeyó a los siervos de sus tierras⁴⁰⁷. Casi no es necesario agregar que las ciudades pronto sintieron las consecuencias fatales de tal política: el campo se convirtió en enemigo de la ciudad.

La guerra contra los castillos tuvo todavía una consecuencia perniciosa más: involucró a las ciudades en una larga sucesión de guerras entre sí, lo que dio origen a una teoría, que estuvo en boga hasta tiempos recientes, según la cual las ciudades perdieron su libertad debido a los celos y a la lucha entre ellas. Sostenían esta teoría especialmente los historiadores imperialistas, pero ha sido muy cuestionada por las recientes investigaciones. Es indudable que en Italia las ciudades lucharon entre sí con una pertinaz animosidad, pero en ninguna otra parte alcanzaron proporciones semejantes y, hasta en la propia Italia, las guerras interurbanas, especialmente en las de la primera época, tenían sus causas especiales. Fueron (como lo han demostrado ya Sismondi y Ferrari) la prolongación de la lucha contra los castillos, la prolongación inevitable de la lucha del principio del municipio libre y federativo en contra del feudalismo, del imperialismo y del papado; es decir, en contra de los partidarios de la servidumbre, apoyados unos por el emperador germano y otros por el papa. Muchas ciudades que se habían sacudido parcialmente el yugo del obispo, del señor feudal o del emperador fueron simplemente conducidas contra las ciudades libres por los nobles, el emperador y la Iglesia, cuya política era dividir a las ciudades y armarlas unas contra otras. Estas condiciones especiales (que parcialmente se habían reflejado también sobre Alemania) explican por qué las ciudades italianas, de las cuales algunas buscaron el apoyo del emperador para luchar contra el papa, otras el de la Iglesia para resistirse al emperador, pronto se dividieron en dos campos, gibelinos y güelfos, y por qué la misma división apareció también dentro de cada ciudad⁴⁰⁸. El enorme progreso económico alcanzado por la mayoría de las ciudades italianas, justamente en la época en que estas guerras estaban en su apogeo⁴⁰⁹, y la ligereza con que se concertaban las alianzas entre las ciudades, da una mejor idea de la lucha de las ciudades y socava más aún la teoría arriba citada. Ya en los años 1130-1150 empezaron a formarse poderosas ligas; y transcurridos algunos años, cuando Federico Barbarroja atacó a Italia y, apoyado por la nobleza y algunas ciudades retardatarias, marchó contra Milán, el entusiasmo popular se despertó con fuerza en muchas ciudades, bajo la influencia de los predicadores populares. Crema,

⁴⁰⁷ Así por lo menos se produjo en las ciudades de Toscana (Florencia, Lucca, Siena, Bolonia, etc.), en las que han sido mejor estudiadas las relaciones entre las ciudades y los campesinos. (Véase Luchitsky: “Rabstvo k russkie rabi vo Florentsi” [“La esclavitud y los esclavos rusos en Florencia”], en *Kievskij universicheskij Izvestij* [Informes de la Universidad de Kiev], del año 1885; para esta obra Luchitsky utilizó la obra de [Carl F. von] Rumohr: *Ursprung der Besitzlosigkeit des Colonen im neueren Toscana*, 1830). Pero, en general, toda la cuestión de las relaciones entre las ciudades y los campesinos exige un estudio más cuidadoso.

⁴⁰⁸ Las generalizaciones de Ferrari con frecuencia son demasiado teóricas para ser correctas; pero sus opiniones sobre el papel de la nobleza en las guerras civiles están basadas en hechos fidedignos.

⁴⁰⁹ Solamente las ciudades que apoyaban obstinadamente la causa de los barones, como Pisa o Verona, perdieron con estas guerras. Para muchas ciudades que combatían al lado de los barones, la derrota significó el principio de la liberación y del progreso.

Piacenza, Brescia, Tortona y otras se lanzaron al rescate; los estandartes de las guildas de Verona, Padua, Vicenza y Treviso flameaban juntos en el campamento de las ciudades contra los estandartes del emperador y de la nobleza. El año siguiente se formó la *Liga Lombarda*, y sesenta años después vemos a esta liga fortificada con las alianzas de muchas otras ciudades y constituyendo una organización duradera que guardaba la mitad de sus fondos federales de guerra en Génova y la otra mitad en Venecia⁴¹⁰. En Toscana, Florencia encabezaba otra liga poderosa, la de *Toscana*, a la que pertenecían Lucca, Bologna, Pistoia y otras ciudades, y que desempeñó un papel importante en el aplastamiento de la nobleza de Italia central; también eran comunes las ligas más pequeñas. Así pues, es cierto que, a pesar de que existían pequeñas rivalidades entre las ciudades, y que no era difícil sembrar la discordia entre ellas, esta circunstancia no impedía que se unieran para la defensa común de su libertad. Solamente más tarde, cuando cada una de las ciudades se convirtió en un pequeño Estado, empezaron entre ellas guerras, como sucede siempre que los Estados comienzan a luchar entre sí por la supremacía o por las colonias.

En Alemania se formaron ligas semejantes con el mismo fin. Cuando, bajo los sucesores de Conrado, el país se convirtió en un campo de interminables conflictos entre los nobles, las ciudades de Westfalia formaron una liga contra los caballeros, y uno de los puntos del pacto era la obligación de no prestar dinero al caballero que continuara ocultando bienes robados⁴¹¹. Cuando “los caballeros y la nobleza vivían de la rapiña y mataban a quienes querían”, como dice la queja de Worms (*Wormser Zorn*)⁴¹², las ciudades del Rin (Maguncia, Colonia, Espira, Estrasburgo y Basilea) tomaron la iniciativa de formar una liga, que pronto contó con sesenta ciudades, para perseguir a los ladrones y mantener la paz. Más adelante, la liga de las ciudades de Suabia, divididas en tres círculos de paz (Augsburgo, Constanza y Ulm) persiguió el mismo objetivo. E incluso cuando estas alianzas se rompieron⁴¹³, duraron lo suficiente como para demostrar que, mientras los pretendidos pacificadores —los reyes, emperadores y la Iglesia— fomentaban la discordia y eran impotentes contra los caballeros saqueadores, el impulso para el establecimiento de la paz y la unión provino de las ciudades. Las ciudades —y no los emperadores— fueron las verdaderas creadoras de la unidad nacional⁴¹⁴.

⁴¹⁰ Ferrari, t. II, págs. 18, 104 y ss.; Leo y Botta, t. I, pág. 432.

⁴¹¹ Johannes Falke: *Die Hansa als Deutsche See- und Handelsmacht*, Berlín, 1863, págs. 31, 35.

⁴¹² Posiblemente Kropotkin hace referencia al libro *Wormser Chronik von Friedrich Zorn, mit den Zusätzen Franz Berthold von Flersheims*, Stuttgart, 1857, editado por Wilhem Arnold. Esta crónica fue escrita por Friedrich Zorn (1538-1610) entre 1565 y 1570 y en ella se relata la historia de la ciudad y de la diócesis de Worms desde sus orígenes, describe de la vida cotidiana de sus habitantes en diferentes períodos históricos y su importancia como centro político, religioso y cultural en la región del Rin. Este texto fue posteriormente ampliado en la edición de 1857 por Franz Berthold von Flersheim. [N. de E.]

⁴¹³ Respecto a Aquisgrán y Colonia, existen indicios directos de que fueron los obispos de estas dos ciudades —uno de ellos “sobornado” por el enemigo— quienes abrieron las puertas de la ciudad.

⁴¹⁴ Véanse los hechos (aunque no siempre acompañados por las conclusiones correctas) en Nitzsch, t. III, págs. 133 y ss.; también Kallsen, t. I, pág. 458.

Federaciones similares y con el mismo propósito se organizaron también entre pequeñas aldeas y, ahora que Luchaire ha llamado la atención sobre este fenómeno, es de esperar que pronto conozcamos más detalles sobre ellas. Sabemos que hubo aldeas que se unieron en pequeñas ligas en el *contado* de Florencia; también en las que dependían de Novgorod y Pskov. En cuanto a Francia, existe el testimonio positivo de una federación de diecisiete aldeas campesinas que existió en el Laonnais durante casi cien años (hasta el año 1256) y que lucharon duramente por su independencia. En las vecindades de la ciudad de Laon existían tres repúblicas campesinas que tenían cartas según el modelo de las cartas de Laon y de Soissons, y como sus tierras lindaban se apoyaban mutuamente en sus guerras de liberación. En general, Luchaire opina que existieron muchas de esas federaciones en la Francia de los siglos XII y XIII, pero la mayoría de documentos sobre ellas se han perdido. Naturalmente, no estando protegidas por murallas, muchas fueron fácilmente aplastadas por reyes y señores, pero bajo algunas circunstancias favorables, cuando hallaron apoyo en las ligas de las ciudades o la protección de sus montañas, estas repúblicas campesinas se hicieron independientes, como en la Confederación Suiza⁴¹⁵.

En cuanto a las uniones concertadas por las ciudades con fines pacíficos, eran un fenómeno muy común. Las relaciones establecidas en el período de liberación, cuando las ciudades se copiaban mutuamente las cartas, no se interrumpieron posteriormente. A veces cuando los *scabini* de cualquier ciudad alemana debían pronunciar una sentencia, en un caso para ellos nuevo y complejo, y declaraban que no podían hallar la resolución (*des Urtheiles nicht weise zu seyn*), enviaban delegados a otra ciudad con el fin de buscar una solución. Lo mismo sucedía también en Francia⁴¹⁶. Sabemos también que Forli y Rávena naturalizaban recíprocamente a sus ciudadanos y les daban plenos derechos en ambas ciudades.

Someter una disputa surgida entre dos ciudades, o dentro de la ciudad, a la resolución de otra comuna, a la que se invitaba a actuar en calidad de árbitro, estaba también en el espíritu de la época⁴¹⁷. Los pactos comerciales entre las ciudades eran bastante habituales⁴¹⁸. Las uniones para la regulación de la producción y la determinación del volumen de los toneles utilizados en el comercio de vinos, las “uniones de arenqueros”, etc., fueron precursores de la gran federación comercial de la Hansa flamenca, y más tarde, de la gran Hansa Germánica del Norte (en la cual ingresaron la soberana Novgorod y algunas ciudades polacas) y cuya historia podría llenar muchas páginas para ilustrar, por sí sola, el espíritu

⁴¹⁵ Sobre la Comuna del Laonnois, que hasta las investigaciones de [Maximilien] Melleville (*Histoire de la Commune du Laonnois*, París, 1853) era confundida con la comuna de la ciudad de Laon, véase Luchaire, págs. 75 y siguientes. Sobre las antiguas guildas campesinas y las uniones siguientes, véase R. [Roger] Wilmans: “Die ländlichen Schutzgilden Westphaliens” en *Zeitschrift für deutsche Kulturgeschichte. Bilder und Züge aus dem Leben des deutschen Volks*, nueva serie, t. III, citado en [Otto] Henne am Rhyn: *Kulturgeschichte des deutschen volkes*, III, 1886, pág. 240.

⁴¹⁶ Luchaire, pág. 149.

⁴¹⁷ Dos ciudades tan importantes como Maguncia y Worms resolvieron un conflicto político surgido entre ellas con ayuda de mediadores. Y después de una guerra civil que estalló en Abbeville en el año 1231, Amiens actuó en calidad de mediador (Luchaire, 149), etc.

⁴¹⁸ Véase, por ejemplo, W. Stieda: *Hansische Vereinbarungen...*, obra citada, pág. 114.

de federación que caracterizaba a los hombres en aquella época. Observaré, solamente, que las Uniones Hanseáticas de las ciudades de la Edad Media hicieron más por el desarrollo de las relaciones internacionales, de la navegación y de los descubrimientos marítimos que todos los Estados durante los primeros diecisiete siglos de nuestra era.

Resumiendo lo dicho, las federaciones entre pequeñas unidades territoriales, así como entre los hombres unidos con fines comunes dentro de sus respectivas guildas y las federaciones entre las ciudades y grupos de ciudades, *constituía la esencia misma de la vida y del pensamiento de todo este período*. Los primeros cinco siglos del segundo milenio de nuestra era (hasta el XVI) pueden ser considerados, de tal modo, una colosal tentativa de asegurar la ayuda mutua y el apoyo mutuo en gran escala, sobre los principios de federación y asociación, llevados a través de todas las manifestaciones de la vida humana y en todos los grados posibles. Este intento fue coronado por el éxito en una elevada proporción. Unió a los hombres, antes divididos, les aseguró un grado libertad considerable y duplicó sus fuerzas. En una época en la que los particularismos eran generados por toda clase de influencias, y existían abundantes causas de celos y de discordia, es consolador observar que ciudades diseminadas por todo un continente hayan tenido tanto en común y que estuvieran tan dispuestas a confederarse para la perseguir tantos objetivos comunes. Es cierto que, al final de cuentas, no resistieron ante enemigos poderosos; al no haber comprendido profundamente el principio de ayuda mutua, cometieron errores fatales. Practicaban ampliamente los principios de ayuda mutua, pero, sin embargo, separándose de los campesinos labradores, aplicaron estos principios a la vida de una manera que no fue suficientemente amplia y, privadas del apoyo de los campesinos, las ciudades no pudieron resistir la violencia de los reinos e imperios nacientes. Pero no perecieron debido a celos recíprocos, ni sus errores fueron a consecuencia del desarrollo insuficiente del espíritu federativo entre ellos.

La nueva dirección tomada por la humanidad con la ciudad de la Edad Media tuvo enormes consecuencias. A comienzos del siglo XI, las ciudades de Europa estaban constituidas por pequeños grupos de chozas miserables, reunidas alrededor de iglesias bajas y toscas, cuyos constructores apenas sabían cómo hacer un arco. Los oficios, que se reducían principalmente a la tejeduría y a la forja, se hallaban en su infancia; la enseñanza se impartía solo en algunos monasterios. Pero trescientos cincuenta años más tarde el aspecto mismo de Europa cambió por completo. La tierra estaba ya salpicada de ricas ciudades, rodeadas por inmensas y gruesas murallas, embellecidas con torres y puertas, cada una de las cuales constituía en sí una obra de arte. Las catedrales, concebidas en estilo grandioso y cubiertas por numerosos ornamentos decorativos, elevaban a las nubes sus altos campanarios y en su arquitectura se manifestaba una audacia de imaginación y una pureza de forma que vanamente nos esforzamos en alcanzar en la época presente. Las artesanías y las artes se elevaron a tal perfección que aun ahora no podemos jactarnos de haberla superado, si no colocásemos la velocidad de la fabricación por encima de la creatividad inventiva del trabajador y del acabado de su trabajo. Las naves de las ciudades libres surcaban en todas direcciones el

mar Mediterráneo septentrional y el meridional; un esfuerzo más y cruzarían el océano. En vastas extensiones, el bienestar ocupó el lugar de la miseria anterior y el conocimiento se desarrolló y se extendió.

Se elaboró el método científico, positivo y natural, en lugar de la escolástica anterior y fueron establecidas las bases de la física, dejando abierto el camino para todos los inventos mecánicos de los que tanto nos enorgullecemos en nuestros días. Tales fueron los cambios mágicos que se habían producido en Europa en menos de cuatrocientos años. Y las pérdidas sufridas por Europa cuando cayeron sus ciudades libres pueden ser plenamente apreciadas si se compara el siglo XVII con el XIV o con el XIII. La prosperidad que distinguía a Escocia, Alemania o a las llanuras de Italia había desaparecido. Los caminos cayeron en un estado deplorable, las ciudades se despoblaron, la fuerza de trabajo fue esclavizada, el arte desapareció, y hasta el comercio decayó⁴¹⁹. Si antes las ciudades medievales no nos hubieran dejado testimonios escritos de su esplendor, y si no hubieran dejado tras ellas nada más que los monumentos de su arte arquitectónico, que podemos ver ahora en toda Europa desde Escocia a Italia y desde Gerona, en España, hasta Breslau, en territorio eslavo, aun así podríamos decir que la época de las ciudades independientes fue la del máximo florecimiento del intelecto humano durante toda la era cristiana hasta finales del siglo XVIII. Mirando, por ejemplo, un cuadro medieval que representa Nüremberg, con sus innumerables torres y sus elevados campanarios, cada una con el sello del arte creador y libre, apenas podemos imaginar que solo trescientos años antes Nüremberg era únicamente un montón de casuchas miserables.

Lo mismo con respecto a todas las ciudades libres de la Edad Media, sin excepción. Y nuestra admiración aumenta a medida que observamos en detalle la arquitectura y la decoración de cada una de las innumerables iglesias, campanarios, puertas de las ciudades y casas comunales que se encuentran por toda Europa, empezando por Inglaterra, Holanda, Bélgica, Francia e Italia, y tan distantes como el este de Bohemia y las ciudades de la Galitzia polaca, ahora muertas. No solamente Italia —madre del arte—, sino toda Europa está repleta de esos monumentos. Además, el hecho de que, de todas las artes, la arquitectura, arte social por excelencia, alcanzara en esta época el más elevado desarrollo es significativo en sí mismo y, para llegar a serlo, debió originarse como resultado de una vida eminentemente social.

La arquitectura medieval alcanzó tal grandeza únicamente porque era el desarrollo natural de una artesanía, como lo destacó justamente Ruskin; no solo porque cada edificio y cada decoración arquitectónica había sido creación de hombres que conocían por la experiencia de sus propias manos cuáles efectos artísticos pueden producir la piedra, el hierro, el bronce o simplemente las vigas y el mortero; no solo porque cada monumento era el resultado de la experiencia colectiva acumulada en cada oficio. La arquitectura medieval era grande porque

⁴¹⁹ Véase Cosmo Innes: *Scotland in the Middle Ages: Sketches of Early Scotch History and Social Progress*; citado por el reverendo [William] Denton (*England in the Fifteenth Century*, Londres, 1888, págs. 68-69); [K.] Lamprecht: *Deutsches wirtschaftliche Leben in Mittelalter*, comentado por Schmoller en su *Jahrbuch*, t. XII; Sismondi: *Tableau de l'agriculture toscane*, págs. 226 y siguientes. Los dominios de la Florencia libre podían reconocerse de inmediato por su prosperidad.

era la expresión de una gran idea⁴²⁰. Como el arte griego, surgió de la concepción de la fraternidad y unidad alentadas por la ciudad. Poseía una audacia que solo pudo ser lograda gracias a osadas luchas y victorias; respiraba vigor porque toda la vida de la ciudad estaba impregnada de energía. Una catedral o un ayuntamiento simbolizaban el organismo del que cada albañil y picapedrero eran constructores y el edificio medieval no constituía un esfuerzo solitario, para cuya realización trabajan miles de esclavos, ejecutando la parte de un trabajo imaginado por una persona en particular: toda la ciudad tomaba parte en su construcción. El imponente campanario se elevaba sobre una estructura grandiosa en sí misma, en la que palpitaba la vida de la ciudad; no sobre un armazón sin sentido como la torre de hierro de París [la Torre Eiffel]; no era un simulacro de piedra erigido para ocultar la fealdad de un armazón de hierro, como fue hecho para el Tower Bridge [en Londres]. Como la Acrópolis de Atenas, la catedral de la ciudad medieval tenía por objeto glorificar las grandezas de la ciudad victoriosa, para simbolizar la unión de sus artesanos y para la gloria de cada ciudadano en una ciudad que era su propia creación. Después de realizada la segunda revolución de los oficios, era frecuente ver a la ciudad comenzar a construir una nueva catedral, con el objeto de expresar la nueva unión, más vasta y amplia, que acababa de aparecer en su vida.

Las catedrales y los ayuntamientos de la Edad Media tienen un rasgo asombroso más. Los medios disponibles para estas grandes construcciones eran desproporcionadamente reducidos. La catedral de Colonia, por ejemplo, fue iniciada con un desembolso anual de 500 marcos y un aporte de 100 marcos se inscribió como una importante donación⁴²¹. Hasta cuando la obra se aproximaba a su finalización y las donaciones aflúan en proporción, el gasto anual se mantuvo en unos 5.000 marcos y nunca sobrepasó los 14.000. La catedral de Basilea fue construida con medios igualmente escasos. Pero cada corporación ofrendaba para su *monumento común* su parte de piedra, de trabajo y de genio decorativo. Cada gilda expresaba en él sus opiniones políticas, relatando en piedra o en bronce la historia de la ciudad y glorificando los principios de “libertad, igualdad y fraternidad”⁴²²; ensalzando a los aliados de la ciudad y condenando al fuego eterno a sus enemigos. Y cada gilda expresaba su *amor* al monumento comunal decorándolo con vitrales, pinturas, “con puertas dignas de ser las puertas del paraíso” —según la expresión de Miguel Ángel— o con ornamentos de

⁴²⁰ John T. Emmett (*Six essays*, Londres, 1891) escribió páginas excelentes sobre este aspecto de la arquitectura medieval. [Robert] Willis, en su apéndice a *History of Inductive Sciences*, de [William] Whewell (t. I, págs. 261-262), señaló la belleza de las relaciones mecánicas en la construcción medieval. “Maduró —dice— una nueva construcción decorativa que no contradecía y que no controlaba la construcción mecánica, sino que cooperaba y armonizaba con ella. Cada parte, cada moldura, se convierte en soporte del peso, y gracias al aumento del número de soportes que se apoyan mutuamente y la correspondiente distribución del peso, el ojo se deleita con la solidez de la estructura, a pesar de la fragilidad aparente de las partes separadas”. Es difícil caracterizar mejor el arte surgido de la vida social de una ciudad.

⁴²¹ Leonard Ennen: *Der Dom zu Köln, seine construction und Ausstattung*, Colonia, 1871. Obra muy instructiva. Existe una obra igual, también muy interesante, sobre la catedral de Basilea.

⁴²² Estas tres estatuas se hallan entre los ornamentos exteriores de la catedral de Notre Dame de París, junto con asombrosas “quimeras” e interesantes caricaturas escultóricas de monjes y monjas.

piedra los más pequeños rincones de la construcción⁴²³. Las pequeñas ciudades, y hasta las más pequeñas parroquias⁴²⁴, rivalizaban en este género de trabajos con las grandes ciudades, y las catedrales de Laon o de Saint Ouen apenas ceden ante la catedral de Reims, el ayuntamiento de Bremen o el campanario del Consejo Popular de Breslau. “Ninguna obra debe ser comenzada por la comuna si no ha sido concebida en consonancia con el gran corazón de la comuna, formada por los corazones de todos sus ciudadanos, unidos en una sola voluntad común” —tales eran las palabras del Consejo de Florencia—; y este espíritu se manifestaba en todas las obras comunales destinadas a la utilidad pública, como por ejemplo, en los canales, las terrazas, los viñedos y frutales alrededor de Florencia, o en los canales de regadío que atravesaban las llanuras de Lombardía, en el puerto y en el acueducto de Génova y, en suma, en todas las obras de este tipo que se lograron en casi todas las ciudades⁴²⁵.

Todas las artes habían progresado de la misma manera en las ciudades medievales, y las de nuestros días, en la mayoría de los casos, no son nada más que la prolongación de lo que habían crecido entonces. La prosperidad de las ciudades flamencas se fundaba en la fabricación de finos paños de lana. Florencia, a comienzos del siglo XIV, antes de la peste negra, fabricaba de 70.000 a 100.000 *panni* [paños] de lana, que se evaluaban en 1.200.000 florines de oro⁴²⁶. El cincelado de metales preciosos, el arte de la fundición, la forja artística del hierro, fueron creación de los “misterios” medievales, que alcanzaron en sus respectivos dominios todo cuanto se podía lograr mediante el trabajo manual sin la ayuda de un motor poderoso; por medio del trabajo manual y la inventiva, pues, para usar las palabras de Whewell,

Recibimos el pergamino y el papel, la imprenta y el grabado, el vidrio y el acero perfeccionados, la pólvora, el reloj, el telescopio, la brújula marítima, el calendario reformado, el sistema decimal, el álgebra, la trigonometría, la química, el contrapunto (descubrimiento que equivale a una nueva creación de la música); todas estas posesiones las hemos heredado de aquella época que tan despectivamente llamamos el “período de estancamiento”⁴²⁷.

⁴²³ El arte medieval, como el griego, no conocía esos establecimientos de antigüedades que llamamos “galerías nacionales” o “museos”. Se pintaba un cuadro, se esculpía una estatua, se fundían los ornamentos de bronce para colocarlos en el lugar apropiado de un monumento de arte comunal. La obra de arte *vivía* allí; era una parte de un conjunto, daba unidad a la impresión producida por el todo.

⁴²⁴ Véase John T. Emmett: *Six Essays: II The hope of English Architecture*, pág. 36.

⁴²⁵ Sismondi: IV, pág. 172; t. XVI, pág. 356. El gran canal “Naviglio Grande”, que proveía agua del Tessino, fue comenzado en el año 1179, es decir, después de la conquista de la independencia, y fue concluido en el siglo XIII. Sobre la posterior decadencia véase el mismo Sismondi, t. VI, pág. 355.

⁴²⁶ En el año 1336 estudiaban en las escuelas primarias florentinas de ocho a diez mil niños y niñas; de mil a mil doscientos niños estudiaban en sus siete escuelas secundarias, y de quinientos cincuenta a seiscientos estudiaban en sus cuatro universidades. En sus treinta hospitales había más de mil camas para una población de noventa mil habitantes (Capponi, t. II, págs. 219 y subsiguientes). Escritores autorizados han opinado más de una vez que, en general, la educación ocupaba en aquella época un nivel más elevado de lo que generalmente se suponía. Tal observación, sin duda alguna, es acertada con respecto a la democrática ciudad de Nüremberg.

⁴²⁷ Whewell: *History of Inductive Sciences*, t. I, pág. 252.

Es cierto que, como observó Whewell, ninguno, de estos descubrimientos introdujo un principio nuevo; pero la ciencia medieval alcanzó algo más que el descubrimiento real de nuevos principios. Preparó al descubrimiento de todos aquellos nuevos principios que conocemos actualmente en el dominio de las ciencias mecánicas: enseñó al investigador a observar los hechos y razonar a partir de ellos. Era una ciencia inductiva, a pesar de que no había captado aun plenamente la importancia y la fuerza de la inducción, y sentó las bases tanto de la mecánica como de la física. Francis Bacon, Galileo y Copérnico fueron descendientes directos de Roger Bacon y Miguel Escoto, como la máquina de vapor fue el producto directo de las investigaciones sobre la presión atmosférica realizadas en las universidades italianas y de la educación matemática y técnica que distinguía a Nüremberg.

Pero, ¿es necesario insistir y demostrar el progreso de las ciencias y de las artes en las ciudades de la Edad Media? ¿No basta mencionar simplemente las catedrales, en el campo de la habilidad técnica, y a la lengua italiana y el poema de Dante en el dominio del pensamiento, para dar de inmediato la medida de lo que *creó* la ciudad medieval durante sus cuatro siglos de su existencia?

No cabe ninguna duda de que las ciudades medievales prestaron un servicio inmenso a la civilización europea. Impidieron que Europa cayera en los estados teocráticos y despóticos que se crearon en la antigüedad en Asia; le dieron variedad, confianza en sí misma, fuerza de iniciativa y la enorme energía intelectual y moral que posee ahora y que es la mejor garantía de que podrá rechazar cualquier invasión que provenga del Oriente.

Pero, ¿por qué estos centros de civilización que trataron de hallar respuestas a las exigencias más profundas de la naturaleza humana y que estaban tan llenos de vida no pudieron prolongar su existencia? ¿Por qué en el siglo XVI fueron atacadas de debilidad senil y por qué, después de haber rechazado tantas invasiones exteriores y de haber extraído nuevas energías de sus propias discordias interiores, estas ciudades, al final de cuentas, sucumbieron ante esos ataques y las disensiones intestinas?

Diferentes causas provocaron esta caída, algunas de las cuales tuvieron su raíz en el pasado lejano, mientras que otras fueron el resultado de errores cometidos por las propias ciudades. El impulso en este sentido fue dado primeramente por las tres invasiones de Europa: la mongola a Rusia en el siglo XIII, la turca a la península balcánica y a los eslavos del este, en el siglo XV, y la invasión de los moros a España y sur de Francia, desde el siglo IX hasta el XII. Detener estas invasiones fue muy difícil; y se consiguió arrojar a los mongoles, turcos y moros, que se habían afirmado en diferentes lugares de Europa, solamente cuando en España y Francia, Austria y Polonia, en Ucrania y en Rusia, los pequeños y débiles condes, príncipes, duques, etc., sometidos por los más fuertes de ellos, comenzaron a formar Estados capaces de mover ejércitos numerosos contra los conquistadores orientales.

Hacia finales del siglo XV comenzaron a surgir una serie de poderosos Estados, formados según el antiguo modelo romano. En cada país y en cada región, alguno de los señores feudales, más astuto que los otros, más inclinado a la codicia y, a menudo, menos escrupuloso que sus vecinos, lograba apropiarse de dominios personales más ricos, con mayor cantidad de campesinos, reunía

en su entorno a mayor cantidad de caballeros y acumulaba más tesoros en sus arcas. Un barón, rey o duque escogía para su residencia un grupo de aldeas, ventajosamente situadas, que no se habían familiarizado aún con la vida municipal libre (París, Madrid, Moscú, que se convirtieron en centros de grandes Estados se hallaban justamente en tales condiciones) y con el trabajo de sus siervos hizo de ellas la ciudad real fortificada, a la cual atraía a sus compañeros de armas, mediante una distribución generosa de las aldeas “para alimentarse”, y a los mercaderes, por la protección que ofrecía al comercio.

Así se formó el germen de un futuro Estado, que comenzó gradualmente a absorber a otros centros similares. Juristas versados en el derecho romano afluyeron masivamente a esos centros; entre los burgueses surgió una raza de hombres, tenaz y ambiciosa, que odiaba tanto la perversidad de los señores como lo que llamaban “ingobernabilidad” de los campesinos. Las propias formas de la comuna aldeana, desconocidas en sus códigos, y los mismos principios del federalismo les disgustaban por ser herencia de los *bárbaros*. Su ideal era el cesarismo, apoyado por la ficción del consenso popular y por la fuerza de las armas; y trabajaron arduamente para quienes prometían realizarlo⁴²⁸.

La Iglesia cristiana, que antes se había rebelado contra el derecho romano, ahora se había convertido en su aliada y trabajaba en el mismo sentido. La tentativa de formar un imperio teocrático en Europa, bajo la supremacía del Papa, no fue coronada por el éxito, y los obispos más inteligentes y ambiciosos ofrecieron entonces su apoyo a los que consideraban capaces de reconstituir el poder de los reyes de Israel o el de los emperadores de Constantinopla. La Iglesia, que investía a los nacientes gobernantes con su santidad y los coronaba como representantes de Dios sobre la tierra, puso a su servicio la erudición y el talento estadista de sus ministros, sus bendiciones y sus maldiciones, sus riquezas y las simpatías que conservaba entre los pobres. Los campesinos, a los que las ciudades no pudieron o no quisieron liberar, viendo a los burgueses impotentes para poner fin a las guerras interminables entre los caballeros —por las que los campesinos tenían que pagar tan caro— depositaron sus esperanzas en el rey, el emperador o en el gran príncipe; y ayudándolos a destruir a los poderosos propietarios feudales, al mismo tiempo los ayudaron a establecer el Estado centralizado. Por último, las invasiones de los mongoles y los turcos, la guerra santa contra los moros en España, y también las guerras terribles que pronto estallaron entre los centros crecientes de soberanía: Île de France y Borgoña, Escocia e Inglaterra, Inglaterra y Francia, Lituania y Polonia, Moscú y Tver, etc., condujeron a lo mismo. Surgieron estados poderosos y las ciudades tuvieron que entablar lucha no solo con las laxas federaciones de los señores, sino con centros fuertemente organizados que tenían a su disposición ejércitos enteros de siervos.

Lo peor de todo era, sin embargo, que las crecientes autocracias hallaron apoyo en las disensiones que surgían dentro de las propias ciudades. Era una idea grandiosa la que constituía la base de la ciudad medieval, pero no era lo

⁴²⁸ Véanse las excelentes reflexiones sobre la esencia del derecho romano hechas por Leopold von Ranke en su *Weltgeschichte*, tomo IV, parte 2, págs. 20-31; y también las observaciones de Sismondi sobre el papel de los legisladores en el desarrollo del poder real (*Histoire des Français*, París, 1826, t. VIII, págs. 85-99). El odio popular contra estos “Weise Doktoren und Beutelschneider des Volks” [Sabios doctores y carteristas del pueblo] se expresó con todo vigor en el siglo XVI, en los sermones de comienzos de la Reforma.

suficientemente amplia. La ayuda y el apoyo mutuo no pueden limitarse a una asociación pequeña, deben extenderse a todo su entorno; de lo contrario, el entorno absorberá a la asociación; y, en este sentido, el ciudadano medieval cometió un enorme error desde el principio. En lugar de considerar a los campesinos y artesanos que se reunían bajo la protección de sus murallas como colaboradores que podían aportar su parte en la obra de creación de la ciudad —lo que efectivamente hicieron—, se estableció una división tajante entre “las familias” de los viejos burgueses y los recién llegados. A los primeros, es decir, a los fundadores de la ciudad, se les dejaban todos los beneficios provenientes del comercio comunal y de las tierras comunales, y a los segundos no se les dejaba más que el derecho de utilizar la habilidad de sus manos. La ciudad se dividió así entre “los burgueses” o “la comuna” y “los residentes”⁴²⁹. El comercio, que tenía antes carácter comunal, se convirtió ahora en privilegio de las “familias” de mercaderes y artesanos de la guilda mercantil y de algunas guildas de los llamados “viejos oficios”; y el paso siguiente, es decir, la transición al comercio individual o al de las corporaciones opresoras, se hizo inevitable.

La misma división surgió también entre la ciudad propiamente dicha y las aldeas que la rodeaban. La comuna intentó liberar a los campesinos, pero sus guerras contra los señores, poco a poco, se convirtieron, como ya se ha dicho, en guerras por liberar a la propia ciudad de los señores, más que por liberar a los campesinos. La ciudad dejó al señor sus derechos sobre los villanos y lo hizo “conciudadano”, con la condición de que no causara más molestias. Pero la nobleza “adoptada” por la ciudad, que ahora residía en ella, continuó, dentro su propio recinto, con sus antiguas disputas. No se conformaba con la idea de someterse a un tribunal de simples artesanos y comerciantes, y sus viejas guerras interfamiliares continuaron en las calles. Cada ciudad tuvo sus Colonnas y Orsinis, sus Montescos y Capuletos, sus Overstolzen y Weises. Contando con grandes ingresos provenientes de las posesiones que aún conservaban, se rodearon de numerosos clientes y feudalizaron los hábitos y costumbres de la ciudad. Y cuando comenzó a surgir el descontento entre las clases artesanas, ofrecieron sus espadas y sus seguidores para resolver los conflictos por medio de la lucha abierta, en lugar de dejar que las disensiones encontraran los canales que, hasta entonces, habían permitido solucionarlas.

El error más grande y fatal cometido por la mayoría de las ciudades fue basar sus riquezas en el comercio y la industria en detrimento de la agricultura. De tal modo, repitieron el error cometido ya una vez por las ciudades de la antigua Grecia y, en consecuencia, cayeron en los mismos crímenes⁴³⁰. Pero el distanciamiento de tantas ciudades en relación a la tierra las arrastró, necesariamente, a una política hostil hacia el campo, que se hizo especialmente visible durante Eduardo III⁴³¹,

⁴²⁹ Brentano comprendió plenamente los efectos desastrosos de la lucha entre “viejos burgueses” y recién llegados. [A.] Miaskowsky, en su obra sobre las comunas rurales suizas, señaló el mismo fenómeno.

⁴³⁰ El comercio de esclavos apresados en Oriente se prolongó sin interrupción en las repúblicas italianas hasta el siglo xv. Véase [L.] Cibrario: *Della schiavitù e del servaggio e specialmente dei servi agricoli*; dos tomos, Milán, 1868; Véase prof. Luchitsky: “Rabstvo k russkie rabi vo Florentsi” [“La esclavitud y los esclavos rusos en Florencia”], en *Kievskij universicheskij Izvestiaj* [Informes de la Universidad de Kiev] del año 1885.

⁴³¹ [J.] R. Green: *A History of the English People*, Londres, 1878, t. 1, pág. 455.

en Francia durante las *jacqueries* [grandes revueltas campesinas], en las guerras husitas y en Alemania durante la guerra de los campesinos del siglo xvi.

Por otra parte, la política comercial arrastró también a las autoridades populares urbanas a empresas lejanas, y desarrolló la pasión por enriquecerse con las colonias, y así surgieron las colonias fundadas por los italianos en el sureste, en Asia Menor y a orillas del mar Negro; por las ciudades alemanas en el este, y por las eslavas, es decir por Novgorod y Pskov, en el lejano noreste. Entonces se hizo necesario mantener ejércitos de mercenarios para las guerras coloniales y luego también para la defensa local. Debido a esto se comenzaron a concertar empréstitos en una magnitud tal que tuvieron una influencia desmoralizadora sobre los ciudadanos; las ciudades se convirtieron en tributarias y con frecuencia en instrumentos obedientes en manos de algunos de sus capitalistas. Asumir el poder fue cosa muy ventajosa, y las pugnas internas empeoraban en cada elección en las que la política colonial desempeñaba un papel importante en interés de unas pocas familias. La división entre ricos y pobres, entre los hombres “mejores” y “peores”, se hizo cada vez más profunda, y en el siglo xvi el poder real encontró rápidamente en cada ciudad aliados y colaboradores, a veces entre “las familias” que luchaban por el poder, y muy a menudo también entre los pobres, a quienes prometían apaciguar a los ricos.

Sin embargo, existe todavía una causa más de la decadencia de las instituciones comunales, más profunda y a la vez de mayor orden que todas las precedentes. La historia de las ciudades medievales constituye uno de los ejemplos más asombrosos de la poderosa influencia de las *ideas* y de los *principios* sobre el destino de la humanidad y de los resultados totalmente opuestos que se producen ante un cambio radical en las ideas dominantes de la sociedad. La confianza en sus fuerzas y en el federalismo, el reconocimiento de la libertad y de la autogestión de cada grupo y la construcción del cuerpo político desde lo simple a lo complejo fueron los pensamientos dominantes en el siglo xi. Pero desde aquella época, estas concepciones sufrieron un cambio completo. Los estudiosos de las leyes del derecho romano y los prelados de la Iglesia, estrechamente unidos desde la época de Inocencio III, lograron paralizar la idea —la antigua idea griega— de la libertad y de la federación que predominaba en la época de la liberación de las ciudades y existía primeramente en la fundación de estas repúblicas.

Durante dos o tres siglos, los jurisconsultos y el clero enseñaron, desde el púlpito, desde la cátedra universitaria y desde los estrados judiciales, que la salvación debe buscarse en un Estado fuertemente centralizado, sometido a una autoridad semidivina⁴³² de un hombre o pocos; que *un* hombre, dotado de plenos poderes, *podía* y *debía* ser el salvador de la sociedad y que, en nombre de la salvación pública, puede realizar cualquier acto de violencia: quemar a la gente en las hogueras, matarlos con muerte lenta en medio de torturas indescriptibles, sumir provincias enteras en la miseria más abyecta. Y no escatimaron en dar lecciones objetivas, en gran escala y con una crueldad inaudita, allí donde pudiesen llegar la espada del rey o la hoguera de la Iglesia. Debido a estas lecciones y a los ejemplos correspondientes, constantemente repetidos e inculcados por la fuerza

⁴³² Véanse las teorías expuestas por los jurisconsultos de Bolonia en el congreso de Roncaglia, en el año 1158.

Las revueltas populares al principio del período estatal — Las instituciones de ayuda mutua en el presente — La comuna aldeana: su lucha contra el Estado que trata de destruirla — Hábitos conservados desde el período de la comuna aldeana y mantenidos en las aldeas hasta el presente — Suiza, Francia, Alemania, Rusia

en la conciencia pública bajo el signo de la fe, del poder y de lo que consideraba ciencia, la mente misma de los ciudadanos comenzó a adquirir una nueva forma. Comenzaron a encontrar que ninguna autoridad puede ser desmedida, ni ningún lento asesinato demasiado cruel, cuando se trata de la “seguridad pública”. Y en esta nueva dirección de las mentes, y en esta nueva fe en la fuerza de un gobernante único, el antiguo principio federativo se desvaneció y, junto con él, murió también el genio creador de las masas. La idea romana venció, y en tales circunstancias el Estado centralizado halló en las ciudades una presa fácil.

La Florencia del siglo xv constituye el modelo típico de este cambio. Anteriormente, la revolución popular solía ser la señal de un nuevo punto de partida. Pero ya en esos años, cuando el pueblo se rebeló, no poseía ideas constructivas y el movimiento popular no produjo ninguna idea nueva. En lugar de los antiguos cuatrocientos representantes en el consejo comunal, se introdujeron mil representantes; en lugar de los antiguos ochenta miembros en la *signoria* se incluyeron cien miembros. Pero esta revolución en los números no conduciría a nada⁴³³. El descontento popular creció, y siguieron una serie de nuevas revueltas. Entonces se buscó un salvador, el “tirano”, que masacró a los rebeldes, pero la desintegración del organismo comunal prosiguió. Y cuando, después de una nueva revuelta, el pueblo florentino solicitó consejo al popular Girolamo Savonarola, el monje respondió: “Oh, pueblo mío, tú sabes que no puedo intervenir en los asuntos del Estado... Purifica tu alma, y si en tal disposición de mente reformas la ciudad, entonces tú, pueblo de Florencia, habrás inaugurado la reforma de toda Italia”. Se quemaron las máscaras de carnaval y los libros maliciosos; se promulgó una ley de ayuda a los pobres y otra dirigida contra los usureros, pero la democracia de Florencia quedó donde estaba. El antiguo espíritu había desaparecido. Debido a la excesiva confianza en el gobierno, los florentinos cesaron de confiar en sí mismos y fueron incapaces de encontrar nuevos caminos. El Estado no tuvo más que avanzar y destruir sus últimas libertades. Y así lo hizo.

Y sin embargo, la corriente de ayuda y apoyo mutuo no se apagó en las masas, y continuó fluyendo aún después de esta derrota. Pronto surgió de nuevo, con una fuerza formidable, en respuesta al llamado comunista de los primeros propagandistas de la reforma, y siguió existiendo aún después de que las masas, que habían sufrido de nuevo el fracaso en su tentativa de construir una nueva vida, inspirada por una religión reformada, cayeron bajo el dominio de un poder autocrático. Fluye incluso hoy y busca los caminos hacia una nueva expresión que no será ya el Estado, ni la ciudad medieval, ni la comuna aldeana de los bárbaros, ni la organización tribal de los salvajes, sino que, proviniendo de todas estas formas, será superior a ellas, por su profundidad y por la amplitud de sus principios humanos.

⁴³³ En 1494, bajo la influencia de Savonarola, se creó el *Consiglio Grande* que tenía injerencia en las elecciones, la legislación y los impuestos. Obtuvieron derecho de participación en él unos 3.000 ciudadanos, incluyendo aristócratas y *popolo minuto*. La *Signoria* estaba compuesta por un grupo de ciudadanos elegidos por sorteo y su composición, en general de ocho miembros, era variable, aunque predominaban los miembros de las clases altas (*popolo grasso*), en tanto que los artesanos y pequeños comerciantes (*popolo minuto*) tenían una participación limitada. A partir del levantamiento de los *ciompi* (cardadores de lana) y demás “artes menores” en 1378, estos últimos lograron obtener mayor influencia política en la ciudad. [N. de E.]

La inclinación de los hombres a la ayuda mutua tiene un origen tan remoto y está tan profundamente entrelazada con toda la evolución pasada de la humanidad que los hombres la han conservado hasta la época presente, a pesar de todas las vicisitudes de la historia. Esta inclinación se desarrolló principalmente en los períodos de paz y bienestar; pero, aun cuando las mayores calamidades azotaban a los pueblos, cuando países enteros eran devastados por las guerras y poblaciones enteras morían de miseria o gemían bajo el yugo de la tiranía, la misma tendencia continuó existiendo en las aldeas y entre las clases más pobres de la población de las ciudades, las mantuvo unidas y, con el paso del tiempo, actuó por sobre las minorías gobernantes, belicosas y destructivas que la descartaban como si fuera una tontería sentimental. Y cada vez que la humanidad tuvo que elaborar una nueva organización social, adaptada a una nueva fase de su desarrollo, su genio creador siempre extraía la inspiración y los elementos para un nuevo comienzo de esa misma tendencia, siempre viva, la ayuda mutua. Todas las nuevas doctrinas morales y las nuevas religiones provienen de la misma fuente. Y nuestro progreso ético, desde un punto de vista amplio, constituye una extensión gradual de los principios de la ayuda mutua, desde la tribu, a los cada vez más amplios agrupamientos, a la nación y a la unión de pueblos, hasta que por último abarquen a toda la humanidad sin distinciones de credos, lenguas y razas.

Después de atravesar el período de la tribu salvaje y el de la comuna aldeana, los europeos, como hemos visto, elaboraron en la Edad Media una nueva forma de organización que tenía la ventaja de dejar un amplio margen a la iniciativa personal al tiempo que respondía en gran medida a la necesidad de apoyo mutuo de la humanidad. En las ciudades medievales cobraron vida las federaciones de comunas aldeanas, cubiertas por una red de gildas y hermandades. Los resultados de esta nueva forma de unión en el bienestar para todos, la industria, el arte, la ciencia y el comercio fueron inmensos y han sido discutidos extensamente en los dos capítulos precedentes, y hemos intentado explicar por qué, al final del siglo xv, las repúblicas medievales, rodeadas por los feudos hostiles, incapaces de liberar a los campesinos de la servidumbre y gradualmente corrompidas por las ideas del cesarismo romano, inevitablemente debían ser presa de los crecientes Estados militares creados para ofrecer resistencia a las invasiones de los mongoles, turcos y árabes.

Sin embargo, antes de someterse durante trescientos años al poder del Estado que lo absorbía todo, las masas populares hicieron una tentativa grandiosa de reconstruir la sociedad, conservando la antigua base de la ayuda y el apoyo mutuo. Es bien sabido que el gran movimiento de los husitas y de la reforma no fue solo

una revuelta en contra de los abusos de la Iglesia católica. Este movimiento tuvo también su ideal constructivo, y ese ideal era la vida en las comunidades fraternales libres. Los primeros escritos y sermones del período que hallaron mayor eco en las masas estaban impregnados con las ideas de la fraternidad económica y social de la humanidad. Los “doce artículos” y otras profesiones de fe similares, que circulaban entre los campesinos y artesanos alemanes y suizos, defendían no solo el derecho de cada uno a interpretar la Biblia según su propio juicio, sino que incluían también la exigencia de la devolución de las tierras comunales a las comunas aldeanas y la abolición de las servidumbres feudales, y aludían siempre a la “verdadera” fe, la fe en la fraternidad⁴³⁴. Al mismo tiempo, decenas de miles de hombres se unieron a las fraternidades comunistas en Moravia, entregando todos sus bienes y viviendo en numerosos y florecientes asentamientos, fundados en los principios del comunismo⁴³⁵. Solamente las masacres en masa, durante las cuales perecieron decenas de miles de personas, pudieron detener este amplio movimiento popular y fue con la ayuda de la espada, del fuego y de la rueda, que los Estados jóvenes se aseguraron la primera y decisiva, victoria sobre las masas populares⁴³⁶.

Durante los tres siglos siguientes, los Estados formados en Europa destruyeron sistemáticamente las instituciones en las que había hallado su expresión la tendencia al apoyo mutuo. Las comunas aldeanas fueron privadas de sus asambleas comunales, de sus tribunales y de su administración independiente; sus tierras fueron confiscadas. Las guildas fueron desposeídas de sus propiedades y libertades y fueron sometidas al control, los caprichos y la venalidad de los funcionarios del Estado. Las ciudades fueron despojadas de su soberanía y las fuentes mismas de su vida interior: la asamblea, el tribunal electo, la administración electa y la soberanía de la parroquia y de la guilda, todo fue aniquilado. Los funcionarios del Estado tomaron en sus manos todos los eslabones de lo que antes constituía un todo orgánico.

⁴³⁴ En 1525 en la ciudad libre de Memmingen en la región de Suabia se reunieron los representantes de los campesinos y artesanos rebeldes y se consensuaron los “doce artículos” y por escrito establecieron los reclamos que, más que en las demandas de carácter religioso, se centraron en cuestiones económicas y sociales, como el fin de la explotación feudal, la devolución de las tierras comunales, la reducción de las cargas y tributos, el acceso a recursos naturales, etc. [N. de E.]

⁴³⁵ En los últimos tiempos, en Alemania se está escribiendo una voluminosa literatura de investigaciones consagradas a esta cuestión, muy descuidada anteriormente. En calidad de fuentes principales se pueden citar los trabajos de [Ludwig] Keller: *Ein Apostel der Wiedertäufer y Geschichte Der Wiedertäufer und Ihres Reiches Zu Münster*; Carl A. Cornelius: *Geschichte des münsterischen Aufruhrs*, y Janssen: *Geschichte des deutschen Volkes*. La primera tentativa de dar a conocer a los ingleses los resultados de las amplias búsquedas hechas en este sentido en Alemania es la excelente obra de Richard Heath: *Anabaptism from its Rise at Zwickau to its Fall at Münster, 1521-1536*, Londres, 1895 (Baptist Manuals, t. 1) en la que están bien señalados los rasgos principales del movimiento y también se dan indicaciones bibliográficas completas. Véase también [Karl] Kautsky: *Communism in Central Europe in the Time of the Reformation*, Londres, 1897.

⁴³⁶ Pocos de nuestros contemporáneos se hacen una idea clara de las proporciones de este movimiento y de los métodos de su represión. Pero los que escribieron inmediatamente después de la gran guerra campesina determinaron el número de los campesinos muertos después de su derrota en Alemania, entre cien y ciento cincuenta mil. Véase [Wilhen] Zimmermann: *Allgemeine Geschichte des grossen Bauernkrieges: nach handschriftlichen und gedruckten Quellen*. De cómo fue sofocado el movimiento en los Países Bajos con el exterminio de decenas de miles de rebautizados, véase Richard Heath: *Anabaptism...* y los historiadores citados por él.

Debido a esta política nefasta y a las guerras engendradas por ella, regiones enteras, antes pobladas y ricas, fueron assoladas. Ciudades ricas y populosas se transformaron en pueblos insignificantes, y hasta los caminos que unían a las ciudades entre sí se hicieron intransitables. La industria, el arte y el conocimiento, decayeron. La educación política, la ciencia y el derecho se subordinaron a la idea de la centralización estatal. En las universidades y desde las cátedras eclesiásticas se enseñó que las instituciones en las que los hombres acostumbraban a encarnar su necesidad de apoyo mutuo no podían tolerarse en un Estado debidamente organizado, que solo el Estado y la Iglesia pueden representar los lazos de unión entre sus súbditos, que el federalismo y el “particularismo”, es decir, el cuidado de los intereses locales de una región o de una ciudad, eran enemigos del progreso y que el Estado era el único impulsor apropiado de todo desarrollo ulterior.

Al final del siglo XVIII, los reyes del continente europeo, el Parlamento británico y la Convención Revolucionaria en Francia, aunque se hallaban en guerra entre sí, coincidían en afirmar que dentro del Estado no debía haber uniones separadas entre los ciudadanos, aparte de las establecidas por él y sometidas a él, que los únicos castigos adecuados para los trabajadores que se atrevían a ingresar en una “coalición”, es decir, en uniones para la defensa de sus derechos, eran los trabajos forzados y la muerte. ¡Ningún Estado dentro el Estado! Únicamente el Estado y la Iglesia del Estado debían ocuparse de los asuntos de interés general, en tanto que los súbditos debían representar agrupaciones laxas de individuos sin lazos particulares de unión y obligados a recurrir al gobierno cada vez que tuvieran una necesidad en común. Hasta la mitad del siglo XIX esta teoría y su correspondiente práctica dominaban en Europa.

Hasta las sociedades comerciales e industriales eran miradas con desconfianza. En cuanto a los trabajadores, recordamos que sus uniones eran consideradas ilegales, incluso en Inglaterra. Se mantuvo este punto de vista hasta el fin del siglo XIX y hasta no hace mucho más de veinte años en el resto de Europa. Incluso en Francia; a pesar de las revoluciones que ha tenido, los mismos revolucionarios eran tan feroces partidarios del Estado como los funcionarios del rey y del emperador. Todo el sistema de nuestra educación estatal, hasta la época presente, aun en Inglaterra, es tal que una parte importante de la sociedad consideraría como una medida revolucionaria que se concediesen los mismos derechos que todos ejercían —libres o siervos— hace quinientos años, en la asamblea aldeana, en su guilda, en su parroquia y en su ciudad.

La absorción por el Estado de todas las funciones sociales, necesariamente favoreció el desarrollo de un individualismo desenfrenado y estrecho de miras. A medida que los deberes hacia el Estado se multiplicaban, los ciudadanos quedaban evidentemente liberados de sus deberes hacia los otros. En la guilda —en la Edad Media todos pertenecían a alguna guilda o cofradía—, dos “hermanos” debían cuidar por turno al hermano enfermo; ahora bastaría con dar al vecino la dirección del hospital para indigentes más cercano. En la sociedad “bárbara” presenciar una pelea entre dos personas a consecuencia de una disputa y no intervenir para que no tuviera consecuencias fatales significaba ser tratado como un asesino, pero de acuerdo con las teorías del Estado protector, quien presencia

la pelea no tiene por qué inmiscuirse, ya que es asunto de la policía el intervenir o no. Y mientras que en regiones salvajes, por ejemplo, entre los hotentotes, se consideraría escandaloso comer sin haber preguntado tres veces a gritos si no hay alguien que quiera compartir la comida, lo que tiene que hacer ahora todo ciudadano respetable es pagar un impuesto para los pobres y dejar que los hambrientos se las arreglen como puedan.

El resultado es que ahora, en todas partes, en el derecho, la ciencia y la religión, triunfa la teoría de que cada uno puede y debe buscar su propia felicidad, sin prestar atención a las necesidades ajenas. Esta es la religión de nuestros tiempos, y quienes dudan de ella son considerados utopistas peligrosos. La ciencia proclama en voz alta que la lucha de cada uno contra todos constituye el principio dominante de la naturaleza y también el de las sociedades humanas. A esta guerra la biología atribuye la evolución progresiva del mundo animal. La historia retoma la misma línea argumental y los economistas políticos, en su ignorancia ingenua, atribuyen el progreso de la industria y de la mecánica contemporánea a los “maravillosos” efectos del mismo principio. La propia religión del púlpito es la religión del individualismo, ligeramente suavizada por las relaciones más o menos caritativas hacia el prójimo, en particular los domingos. Los hombres “prácticos” y los teóricos, los hombres de ciencia y los predicadores religiosos, legisladores y políticos, están de acuerdo en un punto: en que el individualismo, es decir, la afirmación de la propia personalidad en sus manifestaciones groseras, puede ser más o menos suavizado en sus efectos más duros por la caridad, pero que es la única base segura para el mantenimiento de la sociedad y su progreso ulterior.

Parecería inútil, por esto, buscar instituciones de ayuda mutua y manifestaciones prácticas de este principio en la sociedad moderna. ¿Qué podría restar de ellas? No obstante, en cuanto empezamos a examinar la forma en que viven millones de seres humanos y estudiamos sus relaciones cotidianas, nos asombra el papel enorme que, aún en esta época, desempeñan los principios de ayuda y apoyo mutuo en la vida humana. A pesar de que hace ya trescientos o cuatrocientos años que, tanto en la teoría como en la práctica, se persigue la destrucción de las instituciones y de las costumbres de ayuda mutua, sin embargo, centenares de millones de personas continúan viviendo con ayuda de estas instituciones y hábitos; y piadosamente las apoyan en donde pudieron ser conservadas y tratan de reconstruirlas donde han sido destruidas. Cada uno de nosotros, en nuestras relaciones mutuas, tenemos momentos en los que nos rebelamos contra el credo individualista hoy en boga. Sin embargo, los actos en los que las personas son guiadas por su inclinación a la ayuda mutua constituyen una parte tan enorme de nuestra vida cotidiana que, si les pusiera término repentinamente, se interrumpiría todo progreso ético posterior. La sociedad humana no podría mantenerse más allá de la vida de una sola generación.

Estos hechos, en su mayoría descuidados por los sociólogos y sin embargo de vital importancia para la vida y el progreso de la humanidad, son los que analizaremos ahora, comenzando por las instituciones permanentes de apoyo mutuo para pasar luego a los actos de ayuda mutua que tienen origen en las simpatías personales o sociales.

Cuando echamos una mirada amplia a la constitución contemporánea de la sociedad europea, nos asombra, en primer lugar, el hecho de que, a pesar de todos los esfuerzos para terminar con la comuna aldeana, esta forma de unión continúa existiendo, como se podrá ver a continuación, y que en la actualidad se hacen muchos intentos para reconstituirla en una u otra forma, o para encontrar algo en su reemplazo. Las teorías corrientes de los economistas burgueses y de algunos socialistas sostienen que la comuna aldeana en Europa occidental ha muerto de muerte natural, ya que la posesión comunal es incompatible con las exigencias contemporáneas del cultivo de la tierra. Pero la verdad es que en ninguna parte la comuna aldeana desapareció por la propia voluntad de sus integrantes; al contrario, las clases dominantes necesitaron varios siglos de esfuerzos persistentes, aunque no siempre exitosos, para abolirla y confiscar las tierras comunales. Un ejemplo de tales medidas y de los métodos para ponerlas en práctica nos lo ha dado recientemente el gobierno zarista con el celo del ministro Stolypin⁴³⁷.

En Francia, la destrucción de la independencia de las comunas aldeanas y el despojo de sus tierras empezó en el siglo xvi. Sin embargo, fue en el siglo siguiente, cuando la masa campesina, a causa de las exacciones y las guerras, fue reducida a las condiciones de sumisión y a la miseria, tan vívidamente descritas por los historiadores, que el despojo de las tierras comunales pudo realizarse fácilmente y alcanzó proporciones escandalosas. “Cada uno se las ingenió de acuerdo a su conveniencia... se repartieron... para despojar a las comunas se sirvieron de deudas simuladas”. Así se expresaba un edicto promulgado por Luis xiv en el año 1667⁴³⁸. Y, como era de esperar, el Estado no halló otro medio de curar estos males que una mayor sumisión de las comunas a su autoridad y un despojo mayor, está vez realizado por el propio Estado. De hecho, dos años después todos los ingresos monetarios de las comunas fueron confiscados por el rey. En cuanto a la usurpación de las tierras comunales, se agravó más y más, y en el siglo siguiente la nobleza y el clero ya eran dueños de enormes extensiones de tierra —según algunas estimaciones, la mitad de la superficie apta para el cultivo—, y dejaron sin cultivar la mayor parte⁴³⁹. Pero los campesinos todavía conservaban sus instituciones comunales y, hasta el año 1787, la asamblea comunal campesina, compuesta por todos los jefes de familia, se reunía, generalmente a la sombra de un campanario o de un árbol, para distribuir las porciones de tierra o

⁴³⁷ Piotr Stolypin fue un político ruso, primer ministro y ministro del Interior del zar Nicolás II de Rusia desde 1906 hasta su muerte en un atentado en 1911. Propugnó la eliminación de la comuna rural (*obschina*) con la idea de estimular el surgimiento de una clase de medianos propietarios para que fuese sostén del zarismo, queriendo promover así la estabilidad política y privar a los revolucionarios del apoyo campesino. [N. de E.]

⁴³⁸ “Chacun s’en est accommodé selon sa bienséance... on les a partagées... pour dépouiller les communes, on s’est servi de dettes simulées”. Edicto de Luis xiv, del año 1667, citado por diferentes autores. Ocho años antes de eso, las comunas habían sido puestas bajo la superintendencia del Estado.

⁴³⁹ “En los enormes latifundios de los terratenientes, aun cuando sus ingresos alcanzan millones, hallaréis con toda seguridad la tierra sin cultivar”, escribió Arthur Young. “Una tercera parte de la tierra está desprovista de cultivo”; “durante los últimos cien años, la tierra volvió al estado salvaje”; “la antes floreciente Sologne se convirtió en un gran pantano”, etc. (Théron de Montaugé, citado por Taine: *Origines de la France Contemporaine*, t. 1, pág. 441).

partir los campos que quedaban en su posesión, para fijar los impuestos y elegir sus administradores, al igual que lo hace el *mir* ruso hoy en día. Esto ha sido demostrado por las investigaciones de [Albert A.] Babeau⁴⁴⁰.

El gobierno francés encontró, sin embargo, que las asambleas populares comunales eran “demasiado ruidosas”, demasiado desobedientes, y en el año 1787 fueron sustituidas por consejos electivos, compuestos por un alcalde y de tres a seis síndicos que eran elegidos entre los campesinos más acomodados. Dos años más tarde, la Asamblea Constituyente revolucionaria, que en este sentido coincidía con el Antiguo Régimen, ratificó plenamente esa ley (el 14 de diciembre de 1789) y los *bourgeois du village* tuvieron su turno para el saqueo de las tierras comunales, que se prolongó durante todo el período revolucionario. El 16 de agosto del año 1792, la Convención, bajo la presión de las insurrecciones campesinas y del ánimo alterado del pueblo de París, después de que este ocupó el palacio real, decidió reintegrar a las comunas las tierras de las que habían sido despojadas, pero, al mismo tiempo, dispuso que de estas tierras fueran distribuidas en partes iguales solo entre los campesinos más ricos (los ciudadanos activos). Esta medida provocó nuevas insurrecciones y fue derogada al año siguiente cuando, después de la expulsión de los girondinos de la Convención, los jacobinos dispusieron, el 11 de junio de 1793, que todas las tierras comunales quitadas a los campesinos por los terratenientes y otros, a partir del año 1669, fueran devueltas a las comunas que podían —si lo decidía una mayoría de dos tercios de votos— repartir las tierras en partes iguales entre todos sus miembros, tanto ricos como pobres, tanto “activos” como “inactivos”⁴⁴¹.

Sin embargo, estas leyes eran tan contrarias a las concepciones de los campesinos, que estos últimos no las cumplían, y en todas partes donde los campesinos habían retomado una parte de sus tierras las dejaban indivisas⁴⁴². Pero pronto sobrevinieron los largos años de guerras y las tierras comunales fueron simplemente confiscadas por el Estado (en el año 1794) como hipotecas para préstamos estatales, parceladas y puestas a la venta; luego fueron devueltas a las comunas y confiscadas nuevamente (en el año 1813). Y así, en 1816, los restos de estas tierras, alrededor de seis millones de hectáreas de las tierras menos productivas, fueron devueltas a las comunas aldeanas⁴⁴³. Pero tampoco fue este el fin de los

problemas de las comunas. Todo nuevo régimen veía en las tierras comunales una fuente accesible para recompensar a sus partidarios, y se promulgaron tres leyes (la primera en 1837 y la última bajo Napoleón III) con el fin de inducir a las comunas aldeanas a parcelar sus las tierras. Tuvieron que derogar tres veces estas leyes, debido a la resistencia que encontraron en las aldeas, pero cada vez se llevaban algo; así Napoleón III, con el pretexto de fomentar el progreso de la agricultura, entregó grandes extensiones de tierras comunales a algunos de sus favoritos.

He aquí la serie de violencias con que los adoradores del centralismo luchaban contra la comuna. ¡Y a esto llaman los economistas “la muerte natural de la agricultura comunal, a causa de las leyes económicas”!

En cuanto a la autoadministración de las comunas aldeanas, ¿qué podía quedar de ella después de tantos golpes? El alcalde y los síndicos eran vistos como funcionarios no remunerados de la maquinaria estatal. Aun ahora, bajo la Tercera República⁴⁴⁴, la aldea está privada de toda independencia, y dentro de la comuna muy poco puede hacerse sin que se ponga en marcha la enorme maquinaria del Estado, desde los prefectos y hasta los ministerios. Resulta difícil creerlo, y sin embargo esa es la realidad. Si, por ejemplo, un campesino tiene intención de pagar en dinero su parte de trabajo en la reparación de un camino comunal en lugar de poner él mismo la cantidad de piedra necesaria, no menos de doce funcionarios diferentes del Estado deben dar su conformidad y para ello se necesitan cincuenta y dos documentos, que deben intercambiar entre sí los funcionarios, antes de que se permita al campesino pagarle al consejo comunal. Lo mismo sucede si una tormenta arroja un árbol en el camino. Todo el resto tiene el mismo carácter⁴⁴⁵.

Lo que ocurrió en Francia sucedió en toda Europa occidental y central. Inclusive las principales fechas del colosal saqueo de las tierras comunales son coincidentes. En el caso de Inglaterra, la única diferencia es que el expolio se efectuó por medio de actos aislados y no por medio de disposiciones generales, con menor precipitación, pero con mayor minuciosidad que en Francia. La usurpación de las tierras comunales por los señores empezó en el siglo xv, después de la derrota de la insurrección campesina en el año 1380, como se desprende de la *Historia* de Rossus⁴⁴⁶ y del estatuto de Enrique VII, en el que se habla de estas usurpaciones denominándolas “Abominaciones y fechorías que perjudican al bien público”⁴⁴⁷. Más tarde, bajo Enrique VIII, se inició, como es sabido, la

y los síndicos fueron designados por el gobierno! Este sistema se conservó hasta la revolución del año 1830, cuando fueron reintroducidos los consejos comunales electivos, como un retorno a la ley de 1787. Las tierras comunales fueron usurpadas nuevamente por el Estado en el año 1813, y solo parte de ellas fue devuelta a las comunas en 1816. Véase la colección clásica de las leyes francesas; [Victor A. D.] Dalloz: *Répertoire méthodique et alphabétique de législation, de doctrine et de jurisprudence en matière de droit civil, commercial, criminel, administratif, de droit des gens et de droit public*, y también los trabajos de [Henri] Doniol, [Eugène] Bonnemère, Babeau y otros.

⁴⁴⁴ Escrito en 1902. Aún hoy nada ha cambiado. [nota de 1920 para la segunda edición rusa]

⁴⁴⁵ Este procedimiento parece tan torpe que sería difícil creerlo si un escritor bien autorizado, [George Nestler] Tricoche, en el *Journal des économistes* (abril de 1893, pág. 94), no enumerase un total cincuenta y dos documentos y no citara más ejemplos parecidos.

⁴⁴⁶ Ioannes Rossus, Joannis Rossi o John Rous (1411?-1492): *Historia Regum Angliae*. [N. de E.]

⁴⁴⁷ Véase Dr. Ochenkowski: *Englands wirtschaftliche Entwicklung im Ausgange des Mittelalters* (Jena, 1879), página 35 y ss.; donde se examina toda esta cuestión con un conocimiento completo de los textos.

⁴⁴⁰ A. Babeau: *Le Village sous l'Ancien régime*, tercera edición, París, 1882.

⁴⁴¹ En el este de Francia esta ley, en lo que se refería a la devolución de las tierras comunales, solo confirmó lo que ya había sido hecho por los propios campesinos. En otras partes de Francia la ley fue letra muerta.

⁴⁴² Para mayores detalles sobre la cuestión de las tierras comunales en Francia durante el período revolucionario se puede consultar *La Gran Revolución Francesa (1789-1793)* de Piotr Kropotkin, págs. 299-308. Colección Utopía Libertaria, Buenos Aires, 2016. [N. de E.]

⁴⁴³ Después del triunfo de la reacción burguesa en termidor, las tierras comunales fueron declaradas Dominios del Estado (24 de agosto de 1794), y junto con las tierras confiscadas a la nobleza fueron destinadas a la venta y rapiñadas por las “bandes noires” de la pequeña burguesía. Es cierto que, al año siguiente, se puso fin a este pillaje (Ley del 2 de Pradial, año v de la República) y la ley precedente fue derogada, pero en esta época las comunas aldeanas fueron simplemente destruidas y en su reemplazo se introdujeron los consejos cantonales, es decir, de distritos. Solo luego de siete años (9 de Pradial del año XII de la República, es decir, en 1801) fueron reestablecidas las comunas aldeanas, pero les habían quitado todos los derechos y en las treinta y seis mil comunas francesas los alcaldes

“Gran Investigación” cuyo objeto era hacer poner fin a la usurpación de las tierras comunales, pero esta investigación terminó con la ratificación de lo que se había llevado a cabo⁴⁴⁸.

La depredación de las tierras comunales continuó y los campesinos fueron expulsados de sus tierras. Pero fue sobre todo a partir de mediados del siglo XVIII, cuando en Inglaterra, como en todas partes, se convirtió en una política sistemática, destinada a eliminar todo rastro de la propiedad comunal; y lo maravilloso no es que la posesión comunal haya desaparecido, sino de que haya podido conservarse incluso en Inglaterra y que aún fuera “prevaleciente aún en la época de los abuelos de nuestra generación”⁴⁴⁹. El verdadero objetivo de las “Actas de Cercamiento” [*Enclosure Acts*], como fue demostrado por [F.] Seebohm, era la eliminación de este sistema⁴⁵⁰ y fue eliminado tan por completo cuando el Parlamento promulgó, entre 1760 y 1844, casi 4.000 actas de cercamiento, que de ella quedan ahora solo débiles huellas. Los señores se apoderaron de las tierras de las comunas aldeanas y cada caso particular de apropiación fue ratificado por el Parlamento⁴⁵¹.

En Alemania, Austria y Bélgica, la comuna aldeana también fue destruida por el Estado. Fueron raros los casos en que los comuneros mismos dividieron entre sí su tierra⁴⁵², en tanto que en todas partes el Estado los coaccionaba para

repartirlas o, simplemente, favorecía la apropiación privada de sus tierras. El último golpe a la propiedad comunal en el norte de Europa fue asestado también a mediados del siglo XVIII. En Austria, en 1768, el gobierno recurrió a la fuerza para obligar a las comunas a realizar la división de las tierras, y dos años después se designó una comisión especial con este propósito. En Prusia, Federico II, en varias de sus ordenanzas (en 1752, 1763, 1765 y 1769) recomendó al *Justizcollegien* forzar la división. En Silesia, en 1771, se tomó con el mismo objetivo una resolución especial. Lo mismo sucedió en Bélgica pero, como las comunas no obedecieron, en el año 1847, fue emitida una ley que daba al gobierno el derecho de comprar los prados comunales y venderlos al por menor y realizar una venta forzosa de las tierras comunales si hubiesen posibles compradores⁴⁵³.

Para abreviar, lo que se dice acerca de la muerte natural de las comunas aldeanas en virtud de las leyes económicas constituye una broma tan macabra como si habláramos de la muerte natural de los soldados caídos en el campo de batalla. El hecho es simplemente es este: las comunas aldeanas vivieron más de mil años, y en los casos en que los campesinos no fueron arruinados por las guerras y las requisiciones, constantemente mejoraban sus métodos de cultivo; pero, como el valor de la tierra aumentaba debido al crecimiento de la industria y la nobleza, bajo la organización estatal, alcanzó una autoridad como nunca tuvo en el sistema feudal, se apoderó de la mejor parte de las tierras comunales y aplicó todos sus esfuerzos en destruir las instituciones comunales.

Sin embargo, las instituciones de la comuna aldeana responden tan bien a las necesidades y concepciones de quienes cultivan la tierra que, a pesar de todo, Europa hasta en la época presente está aún cubierta de restos vivientes de las comunas aldeanas, y en la vida campesina abundan los hábitos y costumbres de la época de las comunas. Incluso en Inglaterra, a pesar de todas las medidas drásticas adoptadas para destruir el viejo orden de cosas, prevaleció hasta principios del siglo XIX. Mr. Gomme, uno de los pocos eruditos ingleses que ha prestado atención al tema, señala en su obra que en Escocia se han conservado muchas huellas de la posesión comunal de las tierras, y la “run-rig tenancy”⁴⁵⁴, es decir, la posesión por los granjeros de parcelas en muchos campos (derechos del comunero traspasados al granjero), se mantuvo en Forfarshire hasta el año 1813; y en algunas aldeas de Inverness, hasta el año 1801, era costumbre arar la tierra para toda la comunidad, sin trazar límites, distribuyéndola después de la labor⁴⁵⁵. En Kilmore la asignación y la reasignación de los campos estuvo en pleno vigor “hasta los últimos veinticinco años”, dice Gomme, y la *Crofters' Commission*

⁴⁴⁸ [E.] Nasse: *Ueber die mittelalterliche Feldgemeinschaft und die Einhegungen des sechszehnten Jahrhunderts in England* (Bonn, 1869), págs. 4 y 5; [P. G.] Vinogradov: *Villainage in England* (Oxford, 1892).

⁴⁴⁹ F. Seebohm: *The English Village Community*, tercera edición, 1884, págs. 13-15.

⁴⁵⁰ “Un examen detallado de un Acta de Cercamiento [*Enclosure Act*] revela que el sistema arriba indicado (la propiedad comunal) era el sistema que constituía el objetivo a eliminar por el Acta de Cercamiento” (Seebohm, obra citada, pág. 13). Y más adelante: “Estas actas estaban redactadas en general en una misma forma, comenzando con la declaración de que los campos abiertos y comunes se hallan en diferentes lugares en pequeños lotes, por estar entremezclados y por la inconveniencia de su situación: que diferentes personas poseen partes de ellos y tienen derechos comunes sobre ellos... y que es deseable que las tierras sean divididas y cercadas, asignando y concediendo a cada propietario una parte determinada” (pág. 14). El listado de Porter incluye 3.867 de tales actas, de las cuales la mayor parte corresponde a las décadas entre 1770-1780 y 1800-1820; y lo mismo en Francia (véase el apéndice XVI).

⁴⁵¹ Las actas de cercamiento son un ejemplo asombroso de la arbitrariedad de las aristocracias territoriales que, bajo la protección del Parlamento, se desarrolló en Inglaterra hasta fines del siglo XIX y continúa manteniéndose todavía. En virtud de esta ley, si el heredero de los antiguos señores feudales (o aquel que había comprado los derechos) cercaba las tierras de las comunas libres con un cerco de algunas hectáreas, las convertían en su propiedad, en virtud de aquella ficción que aseguraba que todas las tierras del territorio sobre el cual antes se extendía la autoridad judicial del lord feudal le pertenecían, una ficción destruida completamente por Nasse y Vinogradov, pero no obstante reconocida por los legisladores y los profesores ingleses. Restaba a las comunas, en tal caso, demostrar ante el tribunal que las tierras cercadas eran de su propiedad, lo que la comuna casi nunca pudo hacer, en primer lugar porque no tenía documento alguno ya que estos se expedían solamente para la propiedad personal (es sabido que en Rusia los campesinos recibieron documentos legales por las tierras comunales solo después del año 1861); y en segundo lugar, porque en los tribunales ingleses todo asunto que pasa a las instancias superiores cuesta fabulosamente caro. Además, en virtud del “Acta de cercamiento”, el Parlamento emitió más de cuatro mil documentos diferentes que confirmaban el derecho de propiedad privada sobre extensísimas tierras comunales en beneficio de los *landlords* hereditarios o de los compradores más recientes, que acaparaban las posesiones hereditarias; y el Parlamento continúa emitiéndolas todavía.

⁴⁵² En Suiza se pueden observar algunas comunas que, arruinadas en otros tiempos por las guerras y obligadas a dar parte de sus tierras, tratan ahora de comprarlas nuevamente.

⁴⁵³ A. Buchenberger: “Agrarwesen und Agrarpolitik”, en A. Wagner *Lehr- und Handbuch der politischen Oekonomie*, Leipzig, 1892, t. I, págs. 280 y ss.

⁴⁵⁴ El sistema de *run-rig* implicaba que varias parcelas de tierra agrícola se dividían en sectores de igual tamaño y se asignaban a los agricultores locales en turnos rotativos. Los agricultores cultivaban y cosechaban la parcela asignada durante un año y luego pasaban a la siguiente parcela en el ciclo rotativo. Este sistema tenía la ventaja de distribuir la tierra de manera justa entre los agricultores locales y permitía una rotación eficiente de los cultivos. [N. de E.]

⁴⁵⁵ Ahora, con el invento del tractor americano, es indudable que la arada comunal se desarrollará ampliamente. La guerra, que indujo a los ingleses a ocuparse del propio cultivo de sus campos, dio un impulso en este sentido, y en el verano del año 1917 en Inglaterra trabajaban ya mil seiscientos trabajadores.

[Comisión de Granjeros] en la década de 1880 halló que esta costumbre se conservaba todavía en algunas islas⁴⁵⁶. En Irlanda, este mismo sistema predominó hasta la época de la gran hambruna del año 1848. En cuanto a Inglaterra, las obras de Marshall, que pasaron inadvertidas hasta que Nasse y sir Henry Maine llamaron la atención sobre ellas, no dejan la menor duda de que el sistema de la comuna aldeana gozaba de amplia difusión en casi todos los condados ingleses a comienzos del siglo XIX⁴⁵⁷.

En el año 1870, sir Henry Maine se mostró “muy sorprendido por la cantidad de casos de títulos de propiedad anormales, que necesariamente implican una existencia anterior de la propiedad colectiva y del cultivo en común”, y esto llamó su atención después de un estudio relativamente breve⁴⁵⁸. Y como la posesión comunal se conservó en Inglaterra hasta una época tan reciente, es indudable que en las aldeas inglesas se hubiera podido hallar gran número de hábitos y costumbres de ayuda mutua, si los escritores ingleses hubieran prestado mayor atención a la vida aldeana⁴⁵⁹.

Por último, tales rastros fueron señalados, no hace mucho, en un artículo del *Journal of the Statistical Society*, vol. IX, junio 1897, y en un excelente artículo de la nueva edición, undécima, de la *Encyclopædia Britannica*. Por este artículo nos enteramos de que, valiéndose del “cercado” de los campos y pasturas comunales, los supuestos dueños y los herederos de los derechos feudales quitaron a las comunas 930.618 hectáreas desde el año 1709 hasta 1797, con preferencia campos cultivables; 443.470 hectáreas desde 1801 hasta 1842, y 209.529 hectáreas desde 1845 hasta 1869; además, 33.904 hectáreas de bosques; en total 1.617.521 hectáreas, es decir, más de la octava parte de toda la superficie de Inglaterra, incluyendo Gales (12.621.510 hectáreas), le fue arrebatada al pueblo.

Y a pesar de esto, la posesión comunal de la tierra se ha conservado hasta ahora en algunos lugares de Inglaterra y Escocia, como lo demostró en el año 1907 el doctor Gilbert Slater en su detallada obra, *The English Peasantry and*

the Enclosure of Common Fields, donde están los planos de algunas de dichas comunas —que recuerdan a los planos del libro de P. P. Semionov— y se describe su vida así: sistema de campos dividido en tres o cuatro sectores, los comuneros deciden todos los años en la asamblea con qué sembrar la tierra en barbecho y se conservan las “franjas” lo mismo que en la comuna rusa. El autor del artículo de la *Encyclopædia Britannica* considera que hasta ahora quedan bajo posesión comunal en Inglaterra entre 460.000 y 640.000 hectáreas, principalmente dehesas⁴⁶⁰.

En la parte continental de Europa, encontramos instituciones comunales que han conservado su fuerza vital en muchas partes de Francia, Suiza, Alemania, Italia, Países Escandinavos y España, sin hablar de la Europa del Este. Aquí la vida de las aldeas está impregnada de hábitos y costumbres comunales, y la bibliografía continental casi todos los años se enriquece con trabajos serios consagrados a esta materia y a todo lo que tiene relación con ella. Por esto, tengo que limitarme a algunos ejemplos más típicos⁴⁶¹.

Suiza indudablemente es uno de ellos. No solo las cinco repúblicas de Uri, Schwytz, Appenzell, Glaris y Unterwalden poseen sus tierras sin dividir y administradas por la asamblea popular⁴⁶², sino que, en todos los demás cantones, las comunas aldeanas gozan de un amplio autogobierno y poseen grandes partes del territorio federal⁴⁶³. Dos tercios de todos los prados alpinos y dos tercios de todos los bosques de Suiza siguen siendo, hasta ahora, tierras comunales y un número importante de campos, huertos, viñedos, turberas, canteras, etc., son propiedades en común. En el cantón de Vaud, donde todos los jefes de familia tienen derecho a participar en las deliberaciones de los consejos comunales electivos, el espíritu comunal se encuentra especialmente vivo. Al final del invierno, en las aldeas, todos los varones jóvenes se encaminan al bosque por algunos días, para talar árboles y lanzarlos como trineos por las laderas empinadas; la madera y la leña se reparten entre todos los jefes de familia o se vende en su beneficio. Estas excursiones son verdaderas fiestas de trabajo varonil. Sobre las orillas del lago Lemán, una parte del trabajo necesario para conservar las terrazas de los viñedos se sigue realizando en común; y en primavera, cuando el termómetro

⁴⁵⁶ G. [George] L. Gomme: “The Village Community, with special reference to its Origin and Forms of Survival in Great Britain” (*Contemporary Science Series* VI), Londres, 1890, págs. 141-143; también su *Primitive Folk-moots or open-air assemblies in Britain*, Londres, 1880, págs. 98 y ss. Véase el apéndice XVI.

⁴⁵⁷ “Casi en todas partes del país, especialmente en los condados del centro y del este, pero también en el oeste —como por ejemplo en Wiltshire— en el sur, en Surrey y en el norte, en Yorkshire, existen extensos campos, abiertos y comunes. De trescientas dieciséis parroquias de Northamptonshire, ochenta y nueve se encuentran en esta situación; más de cien en Oxfordshire; alrededor de veinte mil hectáreas en Warwickshire; la mitad del condado de Berkshire; más de la mitad de Wiltshire; y en Huntingdonshire, de la superficie total de noventa y siete mil hectáreas, más de cincuenta y dos mil eran prados comunales, terrenos incultos y campos comunes” ([William] Marshall, citado por Henry Maine: *Village Communities in the East and West*, Nueva York, 1876, págs. 88-89). Marshall era un agente territorial que recorría Inglaterra y hacía un informe para los terratenientes de lo que se podía extraer de estas tierras comunales si las cercaban y declaraban propias. Su libro apareció en 1804, bajo el título de *On the Landed Property of England: An Elementary and Practical Treatise*.

⁴⁵⁸ *Ibid.*, pág. 88; véase también la quinta conferencia. Las vastas extensiones de *commons* (tierras comunales incultas) que existen hoy en Surrey son bien conocidas.

⁴⁵⁹ Habiendo consultado una cantidad importante de obras sobre la vida en la campiña inglesa encontré a menudo descripciones encantadoras de los paisajes, etc., pero casi nunca hallé descripciones de la vida cotidiana y de las costumbres de los trabajadores.

⁴⁶⁰ En este mismo artículo se citan los siguientes libros sobre la utilización comunal de las tierras en Inglaterra: de C. L. Elton, 1868, de T. E. Scrutton, 1887, y de Shaw-Lefevre, 1894.

⁴⁶¹ Resulta imposible no asombrarse de que estos trabajos, a veces verdaderamente notables, hallaran, hasta ahora, tan poco eco en la literatura rusa.

⁴⁶² A los escritores estadistas no les gusta reconocer que Suiza constituye una federación de veintidós repúblicas y prefieren llamarlas “cantones”. En realidad, Ginebra, Vaud, Berna, Zurich, etc. y hasta la pequeña Appenzell, son repúblicas independientes que se hallan ligadas por la unión federal, y todos sus documentos son emitidos con el título de “República” de Ginebra, Berna, Grisones, etc.

⁴⁶³ En Suiza las tierras no cercadas de los campesinos también cayeron bajo el poder de los señores, y una parte considerable de sus propiedades territoriales fueron usurpadas en los siglos XVI y XVII (véase, por ejemplo, A. Miaskowsky en *Forschungen*, de Schmoller, t. II, 1879, págs. 12 y ss.). Pero la guerra campesina en Suiza no terminó con una derrota tan completa de los campesinos como la que tuvo lugar en otros países, y conservaron una porción importante de los derechos y las tierras comunales. La autonomía de las comunas es de hecho la verdadera base de la libertad suiza. La federación de comunas en la república de Schwytz, es decir, su *Ober-Allmig*, incluye dieciocho parroquias y más de treinta aldeas y ciudades pequeñas. Véase K. Bürkli, *Der Ursprung der Eidgenossenschaft aus der Markgenossenschaft und die Schlacht am Morgarten*, Zürich, 1891, donde se deduce que el origen mismo de la Federación Suiza viene, con plena justicia, de la comuna aldeana.

amenaza descender a bajo cero antes de la salida del sol y cuando la helada podría dañar los sarmientos, el sereno nocturno despierta a todos los habitantes, quienes encienden hogueras de paja y estiércol y preservan las vides de la helada, envolviéndolas en una nube de humo.

En la República de Tesino, los bosques son de dominio comunal; se realiza la tala con mucha regularidad, por secciones, y los que participan, los ciudadanos, las familias de cada comuna, reciben su parte de lo obtenido. Además, en casi todos los cantones las comunas poseen las llamadas *Bürgernutzen*, es decir, poseen en común una determinada cantidad de vacas para proveer de manteca a todas las familias; o tienen campos o viñedos comunales, cuyos productos se reparten entre los vecinos, o arriendan sus tierras, en beneficio de toda la comunidad⁴⁶⁴.

En general, puede tomarse como regla que allí donde las comunas han retenido una amplia esfera de funciones como para ser partes vivas del organismo nacional, y donde no han sido reducidas a la miseria completa, nunca dejan de cuidar bien sus tierras. Debido a esto, las propiedades comunales de Suiza presentan un contraste asombroso en comparación con la situación lamentable de las tierras “comunales” de Inglaterra. Los bosques comunales del cantón de Vaud y de Valais se conservan en excelente orden, según las reglas de la moderna silvicultura. En otros lugares, “las pequeñas franjas” de los campos comunales, que cambian de propietarios debido al sistema de reasignaciones, están muy bien abonados, puesto que no hay falta de ganado ni de prados. Los elevados prados alpinos en general se conservan bien y los caminos rurales son excelentes. Y cuando admiramos el chalet suizo, los caminos de montaña, el ganado de los campesinos, las terrazas de los viñedos y las edificaciones escolares en Suiza, debemos recordar que sin la madera de los bosques comunales y las piedras de las canteras comunales para la construcción del chalet, sin las vacas que se crían en los prados comunales y sin los caminos y las escuelas que son resultado del trabajo comunal, habría poco que admirar⁴⁶⁵. Naturalmente, en Suiza, como en todas partes, la comuna perdió muchos de sus derechos y funciones, y la “corporación”, compuesta por un pequeño número de viejas familias, ocupó el lugar de la comuna aldeana anterior, a la que pertenecían todos. Pero, según la opinión de investigadores serios, lo que se conservó mantuvo su plena vitalidad (véase el apéndice XVII).

Es innecesario decir que en las aldeas suizas se conservan muchos hábitos y costumbres de ayuda mutua. Las veladas para descascarar nueces, que se realizan por turno en cada hogar; las reuniones al atardecer para coser el ajuar de la muchacha que se va a casar; las convocatorias a la “ayuda” cuando se construyen casas y para la recolección de la cosecha, y de igual manera para todos los trabajos posibles que

podrían ser necesarios a cada uno de los comuneros; la costumbre de intercambiar los niños de un cantón a otro con el fin de enseñarles dos idiomas distintos, francés y alemán, etc., todo esto es un fenómeno bastante habitual⁴⁶⁶; mientras que, por otra parte, las distintas necesidades modernas se satisfacen de este mismo modo. Así, por ejemplo, en el cantón de Glaris, donde la mayoría de los prados alpinos fueron vendidos en época de calamidades, las comunas continúan aun comprando campos, y así, después de que los campos recomprados han permanecido en posesión de diferentes miembros de la comuna durante diez, veinte o treinta años, vuelven al fondo común y se reasignan de acuerdo a las necesidades de todos los miembros. Existen también grandes cantidades de pequeñas asociaciones que se dedican a la producción de artículos alimenticios necesarios —pan, queso, vino— por medio del trabajo común, aunque no sea más que a escala reducida; y la cooperación agrícola se extiende en Suiza con la mayor facilidad. Las asociaciones de diez a treinta campesinos que compran y siembran en común prados y campos constituyen un fenómeno corriente; y las asociaciones para la venta de leche, manteca y queso están organizadas en todas partes. En suma, Suiza fue la cuna de esta forma de cooperación. Además, allí se presenta un amplio campo para el estudio de toda clase de sociedades pequeñas y grandes, fundadas para la satisfacción de todas las posibles necesidades modernas. En algunas partes de Suiza, en casi todas las aldeas se pueden hallar toda una serie de sociedades: de protección contra incendios, para la navegación, para la conservación de los muelles del lago, para el aprovisionamiento de agua, etc.; además, todo el país está sembrado de sociedades de arqueros, tiradores, topógrafos, senderistas y de otras sociedades semejantes, nacidas de los peligros que significan el militarismo moderno y el imperialismo.

Sin embargo, Suiza no es, de ningún modo, una excepción en Europa, puesto que las mismas instituciones y hábitos se pueden observar en las aldeas de Francia, Italia, Alemania, Dinamarca, etc. En las páginas precedentes hemos visto lo que hicieron los gobernantes de Francia para destruir la comuna aldeana y apoderarse de sus tierras, pero, a pesar de todos los esfuerzos del gobierno, una décima parte de todo el territorio apto para el cultivo, es decir, alrededor de 550.000 hectáreas —que comprenden la mitad de los prados naturales y casi la quinta parte de los bosques del país— continúan bajo posesión comunal. Estos bosques proveen a los comuneros de leña para calefacción, y la mayor parte de la madera es cortada, con toda la regularidad deseable, por medio del trabajo comunal; el acceso a las pasturas es libre para el ganado de los comuneros, y en algunas partes de Francia —como en las Ardenas— el remanente de los campos comunales se adjudica y se redistribuye de modo habitual⁴⁶⁷.

Estas fuentes adicionales, que ayudan a los campesinos más pobres a sobrellevar los años de malas cosechas sin tener que vender sus pequeñas parcelas y sin endeudarse irremediamente, sin duda tienen importancia tanto para los trabajadores

⁴⁶⁴ Miaskowsky, en *Forschungen*, de Schmoller, t. II, 1879, pág. 15, y también los artículos “Domanen” y “Allmende”, en *Handwörterbuch der schweizerischen Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung*, del Dr. [Naum] Reichesberg, Berna, 1903.

⁴⁶⁵ Sobre esta materia, véase la serie de obras expuestas en uno de los excelentes y sugestivos capítulos que K. Bucher agregó a la traducción alemana de la obra de [Émile de] Laveleye: *De la Propriété et de ses formes primitives*. Véase también: “Das Agrar- und Forstwesen, die Allmenden und die Landgemeinden der Deutschen Schweiz”, en *Jahrbuch für Staatswissenschaft*, 1880, IV (Análisis de las obras de [A.] Miaskowsky); [Murrough] O’Brien: “Notes in a Swiss village”, en *Macmillan’s Magazine*, LII, octubre 1885, y muchos otros.

⁴⁶⁶ Al que también pertenecen los regalos de boda que suelen ser una ayuda sustancial para los hogares jóvenes y que, evidentemente, constituyen una supervivencia de las costumbres comunales. Esta costumbre también está ampliamente difundida en Inglaterra.

⁴⁶⁷ Las comunas poseen 1.843.000 hectáreas de bosques de las 10.041.000 que hay en todo el territorio, y alrededor de 2.807.000 hectáreas de prados naturales de los 4.611.000 que hay en toda Francia. Las casi 810.000 hectáreas restantes, pertenecientes a las comunas, están distribuidas en campos, huertas, etc.

agrícolas como para casi tres millones de pequeños propietarios campesinos. Hasta es dudoso que la pequeña propiedad campesina pueda mantenerse sin estos recursos adicionales. Pero la importancia ética de la propiedad comunal, por pequeña que sea, sobrepasa en mucho a su importancia económica. Conserva en la vida de las aldeas un núcleo de hábitos y costumbres de ayuda mutua que indudablemente actúa como un freno al individualismo estrecho y a la codicia, que tan fácilmente se desarrolla entre los pequeños propietarios de la tierra, y facilita el desenvolvimiento de las formas modernas de cooperación y sociabilidad. La ayuda mutua, en todas las circunstancias de la vida de la aldea, ya forma parte de la rutina habitual. En todas partes nos encontramos, bajo distintas denominaciones, con el *charroi*, es decir, ayuda libre prestada por los vecinos para levantar la cosecha, la recolección de uva o la construcción de una casa; en todas partes nos encontramos las mismas reuniones vespertinas que en Suiza y en todas partes los comuneros se asocian para efectuar todo tipo de trabajos. Casi todos los que han escrito sobre la vida en las aldeas francesas han mencionado esta costumbre. Pero quizá lo mejor sería citar aquí algunos fragmentos de cartas que recibí de un amigo, al que le pedí que me comunicara sus observaciones sobre esta materia. Estas informaciones provienen de un hombre ya mayor, que ha sido durante cuatro años alcalde de su comuna en el mediodía de Francia (en el departamento de Ariège); los hechos que menciona le resultan conocidos gracias a largos años de observación personal y tienen la ventaja de que provienen de un territorio limitado en lugar de estar extraídos de una vasta región. Algunos de ellos pueden parecer triviales, pero en general, pintan el pequeño mundo de la vida aldeana.

Escribe mi amigo:

En varias comunas, nuestros vecinos mantienen en pleno vigor la vieja costumbre de *l'emprunt*. Cuando en una *métairie*⁴⁶⁸ se necesitan muchas manos para el cumplimiento rápido de cierto trabajo —recolectar papas o segar un prado— se convoca a los jóvenes de la vecindad; se reúnen muchachos y muchachas, y realizan el trabajo animada y gratuitamente, y por la tarde, después de una cena alegre, organizan un baile.

En las mismas comunas, cuando una joven se va a casar, las vecinas se reúnen en su casa para coser su ajuar. En varias comunas las mujeres siguen hilando mucho. Cuando una familia debe devanar el hilo, se realiza este trabajo en una tarde con la ayuda de vecinos invitados. En muchas comunas de Ariège, y en otros lugares del suroeste, se desgrana el maíz con la ayuda de todos los vecinos, se los agasaja con castañas y vino, y los jóvenes bailan después de terminado el trabajo. La misma costumbre se practica al extraer el aceite de nuez y al triturar el cáñamo. En la comuna L., la misma costumbre se observa cuando se transportan las cosechas de granos. Estos días de trabajo pesado se convierten en días de fiesta, puesto que el propietario considera una cuestión de honor el brindar una buena comida. No hay ninguna remuneración de por medio, cada uno trabaja para los otros⁴⁶⁹.

En la comuna de S., la superficie de las pasturas comunales aumenta cada año, de modo que actualmente casi toda la tierra de la comuna ha pasado a ser de uso

común. Los pastores son elegidos por los propietarios de ganado, incluyendo a las mujeres. Los toros son comunales.

En la comuna de M., los pequeños rebaños de ovejas de cuarenta a cincuenta cabezas que pertenecen a los comuneros se reúnen en uno y luego se dividen en tres o cuatro rebaños antes de enviarlos a los prados de la montaña. Cada propietario permanece durante una semana junto al rebaño, en calidad de pastor.

En la aldea de C., varios jefes de familia compraron en común una trilladora, todas las familias, en común, aportan los quince o veinte hombres que son necesarios para atender a la máquina. Se compraron otras tres trilladoras que son ofrecidas en alquiler por sus propietarios, pero el trabajo en este caso es realizado por ayudantes externos, invitados del modo habitual.

En nuestra comuna R., tuvimos que levantar un muro alrededor del cementerio. La mitad de la suma requerida para la compra de la cal y para el pago de los obreros calificados fue aportada por el consejo del distrito, y la otra mitad fue reunida por suscripción. En cuanto al trabajo de transportar arena y agua, preparar la mezcla y ayudar a los albañiles, todo fue realizado por voluntarios (lo mismo que se hace en la *djemâa* kabileña). Los caminos rurales se reparan también por medio de las jornadas de trabajo voluntario de los comuneros. Otras comunas construyeron así sus fuentes. La prensa para extraer el zumo de las uvas y otras herramientas menores suelen ser proporcionadas por la comuna.

Dos residentes de Ariège, interrogados por mi amigo, agregaron lo siguiente:

En O., hasta hace pocos años no existía molino. La comuna construyó un molino imponiendo una contribución a los comuneros. En cuanto al molinero, para evitar que incurriera en cualquier clase de engaños y de parcialidad, se decidió pagarle dos francos por cada consumidor de pan y que el grano fuera molido gratis.

En Saint G., muy pocos campesinos tienen seguros contra incendios. Cuando se produce un siniestro —como ha sucedido recientemente— todos entregan algo a la familia damnificada: una olla, una sábana, una silla, etc., y de tal modo se constituye un modesto hogar. Todos los vecinos ayudan a reconstruir la casa, y la familia, mientras tanto, se aloja gratuitamente en casa de los vecinos.

Tales hábitos de ayuda mutua, y se podrían citar un sinnúmero de ejemplos, sin duda nos explican por qué los campesinos franceses se asocian con facilidad para el uso por turno del arado y sus yuntas de caballos, o bien de la prensa para las uvas o de la trilladora, aun cuando un solo miembro de la aldea sea su poseedor, y también para la realización en común de todo género de trabajos rurales. Tareas como la conservación de los canales de riego, el talado de los bosques, la desecación de pantanos, la plantación de árboles, desde tiempo inmemorial, las realiza la comuna aldeana, y lo mismo sigue ocurriendo ahora. Recientemente en *La Borne*, en el departamento de Lozère, las colinas estériles fueron convertidas en ricos jardines mediante el trabajo comunal. “La gente llevaba la tierra sobre sus hombros; se construyeron terrazas y se plantaron castaños y durazneros; se sembraron huertas y se trajo el agua por medio de un canal de tres o cuatro kilómetros de largo”. Ahora se ha construido allí un nuevo canal de dieciséis o diecisiete kilómetros de longitud⁴⁷⁰.

⁴⁶⁸ Pequeña finca trabajada bajo el sistema de aparcería (en francés en el original). [N. de E.]

⁴⁶⁹ En el Cáucaso los georgianos tienen una costumbre aún mejor. Como resulta caro ofrecer una buena comida a los voluntarios, un pobre no tiene como pagarla y, en ese caso, los vecinos que acuden en “ayuda” aportan una oveja para el festejo que tiene lugar después del trabajo.

⁴⁷⁰ Henri Baudrillart, en Alfred Baudrillart: *Les populations agricoles de la France, 3^{me} série, Les populations du Midi passé et présent*, París, 1893, pág. 479.

El mismo espíritu explica el notable éxito obtenido en los últimos tiempos por los *syndicats agricoles*, es decir, las asociaciones de campesinos y granjeros. No fue hasta el año 1884 que se autorizaron en Francia las asociaciones compuestas por más de 19 personas, y no es necesario agregar que cuando se decidió hacer esta “experiencia peligrosa” —como se dijo en la Cámara de los Diputados— los funcionarios tomaron todas las “precauciones” posibles que solo la burocracia puede inventar. Pero, a pesar de todo, Francia empieza a cubrirse de sindicatos. Al principio se formaron solamente para la compra de abono y semillas, puesto que las falsificaciones en estos dos ramos habían alcanzado proporciones colosales⁴⁷¹. Pero gradualmente extendieron su actividad en diversas direcciones; incluso la venta de productos agrícolas y la mejora constante de las tierras. En el sur de Francia, los estragos producidos por la filoxera dieron origen a la formación de gran número de asociaciones entre los viticultores. De diez a treinta de esos propietarios organizaban un sindicato, compran una máquina a vapor para bombear agua y toman las medidas necesarias para inundar sus viñedos por turno⁴⁷². Constantemente se forman nuevas asociaciones para la defensa contra las inundaciones, para el riego, para la conservación de los canales ya existentes, y no constituye ningún obstáculo la unanimidad de los campesinos de la región exigida por la ley. En otros lugares encontramos las *fruitières* o asociaciones lecheras donde, en algunas de las cuales, se reparte el queso y la manteca en partes iguales, independientemente del rendimiento de leche de cada vaca. En Ariège existe una asociación de ocho comunas diferentes, que se unieron para el cultivo conjunto de sus tierras; en el mismo departamento se han constituido sindicatos para la asistencia médica gratuita en ciento setenta y dos comunas de las trescientas treinta y siete existentes; en conexión con los sindicatos surgen también las sociedades de consumidores, y así sucesivamente⁴⁷³. “Una verdadera revolución se realiza en nuestras aldeas a través de estas asociaciones que adquieren en cada región su carácter particular”, dice Henri Baudrillart.

⁴⁷¹ En *Le journal des économistes* (agosto, 1892, mayo y agosto 1893) se publicaron los resultados del análisis hecho por dos laboratorios agrícolas, de Gante y París, que revelaron que las proporciones que asumía la adulteración y todo género de artimañas y picardías de los “comerciantes honestos” eran simplemente increíbles. Entre las semillas de algunos pastos había el veintitrés por ciento de arena, teñida de tal modo que hasta un ojo experimentado podía ser inducido a error; en otras muestras había solamente entre veintidós y el cincuenta y dos por ciento de semillas adecuadas, siendo el resto semillas de yuyos. Las semillas de arveja contenían un once por ciento de una hierba venenosa (*nielle* [neguilla: *Agrostemma sp.*]), las harinas para alimentar el ganado contenían una treinta y seis por ciento de sales sulfurosas, etc.

⁴⁷² H. Baudrillart, obra citada, pág. 309. Antiguamente un viticultor se hacía cargo la provisión de agua y otros se ponían de acuerdo para utilizarla. “La ausencia de toda clase de convenio escrito es especialmente característica de tales organizaciones. Todos los acuerdos se realizan verbalmente y, a pesar de ello, no se conoce ningún caso de discrepancias surgidas entre las partes contratantes”.

⁴⁷³ H. Baudrillart, obra citada, págs. 300, 341, etc. El presidente del sindicato de St. Gironnais (en Ariège), M. Tersaac, escribió a mi amigo lo siguiente: “Para la feria de Tolosa, nuestra asociación agrupó a los propietarios del ganado que, como pensábamos, valía la pena exponer. La sociedad se hizo cargo de la mitad de los gastos de transporte del ganado que recaían sobre cada expositor: una cuarta parte era pagada por el mismo expositor, y la parte restante de los gastos era pagada por los propietarios cuyo ganado recibía el premio. Como resultado de ello en esta exposición participaron muchos campesinos que en otras condiciones no lo hubieran hecho nunca. Los que recibieron las gratificaciones más elevadas (trescientos cincuenta francos) invirtieron alrededor del diez por ciento de estas gratificaciones, y los que no recibieron ninguna, gastaron en total entre seis y siete francos por persona”.

Casi lo mismo puede decirse de Alemania. Allí donde los campesinos han podido detener el saqueo de sus tierras, las conservan en propiedad comunal, la que predomina ampliamente en Württemberg, Baden, Hohenzollern y en el distrito hessiano de Starkenburg⁴⁷⁴. Los bosques comunales, en general, se conservan en excelente estado, y en miles de comunas tanto la madera de construcción como la leña se reparten anualmente entre todos los habitantes; hasta la antigua costumbre denominada *Lesholztag*⁴⁷⁵ goza aún ahora de amplia difusión: al tañido de la campana del campanario de la aldea, todos los habitantes se dirigen al bosque para traer toda la leña pueda que puedan cargar⁴⁷⁶. En Westfalia existen comunas en las cuales se cultiva la tierra como propiedad en común, según todos los requisitos de la agronomía moderna. En cuanto a los viejos hábitos y costumbres comunales, se encuentran en vigor en la mayor parte de Alemania. Las convocatorias a las “ayudas”, que constituyen verdaderas fiestas del trabajo, son habituales en Westfalia, Hessen y Nassau. En las regiones en que abundan los árboles, la madera destinada a una casa nueva suele extraerse del bosque comunal y todos los vecinos ayudan en la construcción. Hasta en los suburbios de la ciudad de Fráncfort, si entre los horticultores alguno se enferma, existe la costumbre de que todos concurren los domingos a cultivar su huerto⁴⁷⁷.

Tanto en Alemania como en Francia, cuando los gobernantes del pueblo derogaron sus leyes dirigidas contra las asociaciones de campesinos —lo que ocurrió en 1884-1888— estas comenzaron a desarrollarse con rapidez asombrosa, a pesar de todos los obstáculos legales interpuestos⁴⁷⁸. De acuerdo a Buchenberger:

El hecho es que, debido a estas asociaciones, en millares de comunas aldeanas, en las que antes nada sabían de abonos químicos ni de forraje racional, tanto el uno como el otro se han vuelto de uso cotidiano y en una proporción nunca vista” (t. II, pág. 507).

Con ayuda de estas asociaciones se compran todo tipo de instrumentos y de máquinas agrícolas, así como mejores razas de ganado, y comienzan a incorporarse diferentes métodos para el mejoramiento de la calidad de los productos.

⁴⁷⁴ En Württemberg, de 1.910 comunas, 1.610 tienen propiedad comunal. En el año 1863 pertenecían a estas comunas más de 400.000 hectáreas de tierra. En Baden, de 1.582 comunas, 1.256 poseen tierras comunales; en los años 1884-1888, tenían 50.000 hectáreas de campos bajo cultivo comunal y 273.162 de bosques, lo que suponía un 46 % de toda la superficie. En Sajonia, el 39 % de toda la superficie agrícola se encuentra bajo posesión comunal (Schmoller: *Jahrbuch*, 1886, pág. 359). En Hohenzollern, casi dos terceras partes de los prados se hallan en posesión de las comunas campesinas, y en Hohenzollern-Hechingen, el 41 % de la propiedad territorial es del dominio de las comunas aldeanas.

⁴⁷⁵ “Día de la leña seca” (o de la madera muerta) en alemán. [N. de E.]

⁴⁷⁶ Véase K. Bücher, quien, en un capítulo especial, agregado a la traducción alemana de la obra de Laveleye sobre la propiedad primitiva, reunió todas las indicaciones relativas a la comuna rural en Alemania.

⁴⁷⁷ K. Bücher, ob. cit., págs. 89-90.

⁴⁷⁸ Sobre esta legislación y sobre los numerosos obstáculos puestos en el camino, en forma de burocratismo y supervisión, véase Buchenberger: *Agrarwesen und Agrarpolitik*, t. II, págs. 342-363, y página 506, nota.

También se forman uniones para la venta de los productos agrícolas y para la mejora constante de la tierra⁴⁷⁹.

Desde el punto de vista de la economía social, todos estos esfuerzos de los campesinos ciertamente no tienen gran importancia. No pueden aliviar de modo sustancial y, aún menos de manera permanente, la miseria a la que están condenadas las clases agrícolas de toda Europa. Pero desde el punto de vista ético, que es el que nos ocupa en este momento, su importancia es enorme. Demuestra que, aún bajo el sistema del individualismo desenfrenado predominante, las masas agrícolas conservan piadosamente su herencia de ayuda mutua; y en cuanto los Estados relajan las leyes férreas mediante las cuales se destruyeron los lazos existentes entre las personas, estos lazos se reanudan inmediatamente, pese a las innumerables dificultades políticas, económicas y sociales; y se reconstituyen en las formas que mejor responden a las exigencias *modernas* de la producción. Y demuestran en qué dirección y bajo qué formas debe lograrse el progreso futuro.

Fácilmente podría multiplicar la cantidad de estos ejemplos, tomándolos de Italia, España, Dinamarca, etc., y podría señalar algunos rasgos interesantes, propios de cada país⁴⁸⁰. Podría mencionarse a la población eslava de Austria y de la península balcánica, en la que aún existen la “familia compuesta” y el “hogar indiviso”⁴⁸¹ y gran número de instituciones de apoyo mutuo. Pero me apresuro a pasar a Rusia, donde la misma tendencia al apoyo mutuo asume algunas formas nuevas e inesperadas. Además, examinando la comuna aldeana en Rusia, tenemos la ventaja de poseer una enorme cantidad de materiales, recogidos en la investigación casa por casa recientemente realizada por varios *zemstvos* y que comprende una población de casi veinte millones de campesinos de diferentes partes del país⁴⁸².

De la enorme cantidad de datos reunidos por los censos rusos se pueden extraer dos importantes conclusiones. En Rusia central, donde al menos una tercera parte de la población campesina fue arrastrada a la ruina completa (por los fuertes impuestos, los pequeños terrenos [*nadel*] de tierra improductiva concedidos a los campesinos al momento de su emancipación, los elevados alquileres y la recaudación muy severa de impuestos tras las cosechas fallidas) se produjo, durante los

⁴⁷⁹ Buchenberger, ob. cit., t. II, pág. 510. La Unión General de la Cooperación Agrícola representa a 1.679 sociedades. En Silesia, una superficie de 13.000 hectáreas fue recientemente drenada por 73 asociaciones; 182.000 hectáreas fueron drenadas en Prusia por 516 asociaciones; en Baviera existen 1.715 uniones cuyo objetivo es el drenaje y la irrigación.

⁴⁸⁰ Véase el apéndice XVIII.

⁴⁸¹ Para la península balcánica, véase Laveleye, *De la Propriété et de ses formes primitives*.

⁴⁸² Los hechos relativos a la comuna rural, contenidos en casi un centenar de tomos (de un total general de 450) de estas investigaciones, fueron clasificados y expuestos en el excelente trabajo de “V. V.”, *Krestianskaya Obschina [La comuna campesina]*, San Petersburgo, 1892, insertado en *Itogui ekonomicheskogo issledovania Rossii po dannim zemskoy statistiki [Resumen de la investigación económica de Rusia, según los datos estadísticos de los zemstvos]*, tomo II. Aparte de su importancia teórica, este artículo contiene gran número de datos relativos a esta cuestión, en la que el problema de la comuna aldeana moderna salió por primera vez del dominio de las generalidades y fue colocada convenientemente en el terreno firme de los hechos fidedignos y detallados. [El autor que cita Kropotkin con las iniciales “V. V.” corresponde a Vasili (Pavlovich) Vorontsov, 1847-1918, un famoso economista, cercano a los revolucionarios, que así firmaba sus trabajos.]

primeros veinticinco años de la emancipación de los siervos, una tendencia decidida a establecer la propiedad personal de la tierra dentro de las comunas aldeanas. Muchos campesinos empobrecidos, “sin caballos”, abandonaron sus parcelas, y estas tierras a menudo pasaban a ser propiedad de campesinos más ricos que, debido a su actividad comercial, poseían fuentes suplementarias de ingresos; o bien los terrenos cayeron en manos de comerciantes externos que compraban las tierras, sobre todo para arrendarlas a precios desproporcionadamente elevados. Se debe observar también que un vicio de la Ley de Emancipación de 1861 ofrecía grandes posibilidades para comprar las tierras de los campesinos a precios muy bajos⁴⁸³ y los funcionarios del Estado, a su vez, utilizaban su influencia poderosa en favor de la propiedad individual y en contra de la propiedad comunal.

Sin embargo, desde el año 1880 en la Rusia central comenzó a soplar nuevamente un fuerte viento de oposición contra la propiedad individual de la tierra, y la mayor cantidad de los campesinos que ocupaban una posición intermedia entre los ricos y los pobres hizo esfuerzos enérgicos para mantener la comuna aldeana. En cuanto a las fértiles estepas del sur, que son las partes de la Rusia europea actualmente más pobladas y ricas, fueron principalmente colonizadas durante el siglo XIX, bajo el sistema de ocupación o de propiedad individual sancionada por el Estado, pero desde que en la Rusia del sur fueron introducidos, con ayuda de las máquinas, métodos mejorados de agricultura, los campesinos propietarios han comenzado por sí mismos a transformar sus propiedades individuales en comunales, de modo que ahora en ese granero de Rusia se pueden hallar una cantidad importante de comunas aldeanas, espontáneas y de origen reciente⁴⁸⁴.

Crimea y la parte del continente situada al norte de ella (la provincia de Tauride), de las cuales tenemos datos detallados, ofrecen una excelente ilustración de este movimiento. Después de su anexión a Rusia, en el año 1783, este territorio comenzó a ser colonizado por emigrantes de la gran Rusia, la pequeña Rusia y la Rusia blanca —por cosacos, hombres libres y siervos fugitivos— que afluían aisladamente o en pequeños grupos de todos los rincones de Rusia. Al principio se dedicaron a la ganadería, y más tarde, cuando comenzaron a cultivar la tierra, cada uno araba cuanto podía. Pero, cuando debido al aflujo de colonos que se prolongaba, y a la introducción de los arados perfeccionados, aumentó la demanda de tierra, surgieron entre los colonos amargas disputas. Los conflictos se prolongaron por años hasta que estos hombres, que no estaban ligados antes por vínculos mutuos, llegaron gradualmente a la idea de que era necesario poner fin a las discordias introduciendo la propiedad comunal de la tierra. Entonces decidieron que la tierra que habían poseído hasta entonces individualmente pasaba a

⁴⁸³ El rescate debía ser abonado por medio de cuotas anuales, durante cuarenta y nueve años. Con el paso del tiempo, cuando la mayor parte del rescate había sido pagada se hacía más fácil abonar el saldo restante, y puesto que se permitía rescatar personalmente cada lote de terreno, los comerciantes aprovechaban para comprar la tierra a mitad de precio a los campesinos arruinados. Posteriormente fue dictada una ley que prohibía tales compras, pero después fue derogada, y bajo Stolypin se tomaron medidas decisivas para desarraigar definitivamente a la comuna.

⁴⁸⁴ En *Krestianskaya Obschina [La comuna campesina]* “V. V.”, ob. cit., agrupó los hechos referentes a este movimiento. Los lectores ingleses pueden encontrar información en los reportes de sus cónsules (Odessa, Taganrok).

ser de propiedad comunal y entonces la repartieron y la redistribuyeron, de acuerdo a las costumbres establecidas en las comunas aldeanas. Este movimiento fue adquiriendo gradualmente vastas proporciones y, en un territorio relativamente pequeño, las estadísticas de Tauride hallaron ciento sesenta y una aldeas en las que la propiedad comunal había sido introducida por los mismos propietarios campesinos, en reemplazo de la propiedad privada, principalmente durante los años 1855-1885. De tal modo, los colonos elaboraron libremente una gran cantidad de diferentes tipos de comuna aldeana⁴⁸⁵. Lo que añade todavía un especial interés a esta transformación es que se realizó no solo entre los grandes rusos, acostumbrados a la vida comunal, sino también entre los pequeños rusos, que bajo el dominio polaco hacía mucho que habían olvidado la comuna, y también entre los griegos y búlgaros y hasta entre los alemanes, quienes ya hacía tiempo habían conseguido elaborar, en sus florecientes colonias semi industriales del Volga, su propio tipo de comuna aldeana⁴⁸⁶. Los tártaros musulmanes de Tauride, evidentemente, continuaron poseyendo la tierra según el derecho común musulmán, que permite solo una limitada posesión personal de la tierra; pero, en algunos casos implantaron la comuna aldeana europea. En cuanto a las otras nacionalidades que pueblan la provincia de Tauride, la posesión individual fue suprimida en seis aldeas estonias, dos griegas, dos búlgaras, una checa y una alemana.

Este retorno a la posesión comunal de la tierra es característico de las fértiles estepas del sur. Pero ejemplos aislados del mismo retorno se pueden encontrar también en la pequeña Rusia. Así, en algunas aldeas de la provincia de Chernigov, los campesinos eran propietarios individuales de sus parcelas, tenían sus documentos legales y solían arrendar o vender su tierra a voluntad. Pero a mediados del siglo XIX se inició entre ellos un movimiento en favor de la posesión comunal, cuyo principal argumento era el aumento del número de familias empobrecidas. El movimiento se inició en una aldea y después le siguieron otras, y el último caso citado por “V. V.” se remonta al año 1882. Naturalmente, se originaron choques entre los campesinos pobres, que usualmente reclaman el paso a la posesión comunal, y los ricos, que suelen preferir la propiedad privada, y a veces la lucha se prolongó por años enteros. En algunas localidades, la resolución unánime de toda la comuna, exigida por la ley para el paso a la nueva forma de posesión de la tierra, no podía ser alcanzada, y entonces la aldea se dividía en dos partes: una continuaba con la posesión privada de la tierra y la otra pasaba a la comunal; y continuaban así hasta que se volvían a unir en una sola comuna o cada cual permanecía con su forma de posesión de la tierra.

⁴⁸⁵ En algunos casos procedieron a actuar con extraordinaria prudencia. En una aldea comenzaron con el traspaso de todos los prados al dominio comunal, y solo una parte insignificante de los campos arables (alrededor de dos hectáreas por hombre) fue hecha común: el resto de la tierra arable continuó siendo propiedad privada. Más tarde, en los años 1862-1864, este sistema fue ampliado, pero sólo en 1884 todas las tierras pasaron a ser de dominio comunal (“V. V.”, *Krestianskaya Obschina*, págs. 1-14).

⁴⁸⁶ Sobre la comuna aldeana entre los menonitas véase A. Klaus: *Nashi Kolonii*, San Petersburgo, 1869. Cuando en 1897 visité a nuestros menonitas, que habían emigrado al Canadá después de la introducción del servicio militar en Rusia, hallé que estas colonias, que constituían la parte más rica de la provincia de Manitoba, vivían en aldeas de tipo ruso y conservaban enteramente el dominio comunal de la tierra.

En cuanto a Rusia central, en muchas aldeas cuya población derivaba hacia la posesión individual surgió, desde el año 1880, un movimiento de masas en favor del restablecimiento de la comuna aldeana. Hasta los campesinos propietarios, que habían vivido durante años bajo el sistema individual, volvían *en masa* a las instituciones comunales. Así, existe una cantidad importante de ex-siervos que han recibido solo una cuarta parte de los lotes reglamentarios, pero sin la obligación de redimirlos y con títulos de propiedad individual. En el año 1890 se inició entre ellos un movimiento (en las provincias de Kursk, Riazan, Tanbov, Orel y otras) con el fin de agrupar sus parcelas sobre la base de la posesión comunal. “Los agricultores libres” [*volnie jlebopashtsi*] que fueron emancipados de la servidumbre por la ley de 1803⁴⁸⁷ y que habían adquirido sus parcelas para cada familia por separado están casi todos en el sistema comunal, libremente introducido por ellos. Todos estos movimientos son de origen reciente, y en ellos participan también los campesinos de otras nacionalidades, además de la rusa. Así, por ejemplo, los búlgaros del distrito de Tiraspol, después de haber permanecido durante sesenta años bajo régimen de propiedad privada, introdujeron la comuna aldeana en los años 1876-1882. Los menonitas alemanes de Berdiansk, en el año 1890, lucharon por la introducción de la comuna aldeana, y los pequeños campesinos-propietarios [*Kleinwirthschaftliche*], entre los bautistas alemanes, hicieron propaganda en sus aldeas a favor de la misma medida. Para concluir citaré un ejemplo más: en el año 1840, en la provincia de Samara, el gobierno ruso organizó, a modo de ensayo, ciento tres aldeas bajo el régimen de propiedad individual de la tierra. Cada jefe de familia recibió una excelente propiedad de 42 hectáreas. En el año 1890, en setenta y dos aldeas de estas ciento tres, los campesinos expresaron su deseo de introducir la comuna aldeana. Tomo todos estos hechos del excelente trabajo de “V. V.”, quien, simplemente, se limitó a clasificar los hechos registrados durante los censos hogar por hogar arriba citados.

Este movimiento en favor de la posesión comunal va rotundamente en contra de las teorías económicas modernas, según las cuales el cultivo intensivo de la tierra es incompatible con la comuna aldeana. Pero de estas teorías, lo más caritativo que se puede decir es que nunca pasaron por la prueba de la experiencia: pertenecen al dominio de la metafísica política. Los hechos que tenemos ante nuestros ojos demuestran, por el contrario, que en todas partes donde los campesinos rusos, gracias al concurso de circunstancias favorables, son menos miserables que el promedio y allí donde han hallado entre sus vecinos personas con conocimientos e iniciativa, la comuna aldeana se convierte en el medio para la introducción de diferentes perfeccionamientos en el dominio de la agricultura y, en general, de la vida aldeana. Aquí, como en todas partes, la ayuda mutua conduce mejor al progreso que la guerra de todos contra todos, como se desprende de los siguientes hechos. Podemos ver (apéndice XVI) que los campesinos ingleses de nuestro tiempo, allí donde la comuna se conservó intacta, convirtieron el campo de barbecho en campos de leguminosas y tuberosas. Lo mismo comienza a hacerse también en Rusia.

⁴⁸⁷ Acto legislativo del emperador Alejandro I de Rusia, que concedía a los terratenientes el derecho a liberar a los siervos individualmente (los campesinos debían pagar su emancipación). [N. de E.]

Bajo Nicolás I, muchos funcionarios zaristas y propietarios de siervos obligaban a los campesinos a introducir el cultivo comunal en pequeñas parcelas de la aldea, con el fin de reponer los graneros comunales. Tales cultivos, que en el espíritu de los campesinos estaban unidos a los peores recuerdos de la servidumbre, fueron abandonados inmediatamente después de que esta fue abolida; pero ahora los campesinos comienzan, en algunas partes, a restablecerlos por iniciativa propia. En un distrito (Ostrogzhsk de la provincia de Kursk⁴⁸⁸) bastó la iniciativa de una sola persona para revivir el cultivo comunal en las cuatro quintas partes de las aldeas. Lo mismo sucede también en muchas otras localidades. En el día fijado, los comuneros se reúnen para la tarea: los ricos con arados o carros, y los más pobres solo con sus propias manos, y no se hace ningún intento de calcular cuánto trabajo aporta cada uno. Luego, lo cosechado es destinado a préstamos para los comuneros más pobres —en su mayoría en calidad de ayuda gratuita—, o para los huérfanos y viudas, o para reparar la iglesia de la aldea o la escuela, o para el pago de cualquier deuda de la comuna⁴⁸⁹.

El hecho de que todos los trabajos que forman parte, por así decirlo, de la rutina de la vida aldeana (reparación de caminos y puentes, construcción de represas, drenajes, suministro del agua para riego, tala de bosques, plantación de árboles, etc.) sean realizados por las comunas enteras; así como también el arrendamiento de la tierra y la siega de los campos (el trabajo es realizado tanto por viejos como jóvenes, hombres y mujeres, como lo describe Tolstoi) es lo que cabe esperar de personas que viven bajo el sistema de la comuna aldeana⁴⁹⁰. Estos son hechos cotidianos en toda Rusia; pero la comuna aldeana no se opone de modo alguno a las mejoras de la agricultura moderna, cuando puede afrontar los gastos y cuando el conocimiento, que ha sido privilegio de los ricos, ha llegado a penetrar en la casa del campesino.

Acabamos de decir que los arados perfeccionados se extendieron rápidamente en el sur de Rusia y, en muchos casos, las comunas aldeanas contribuyeron a esta difusión. Así, si la comuna compra un arado, lo prueba en una parte de las tierras comunales y les indica a los fabricantes las mejoras necesarias y, con frecuencia, la comuna les presta ayuda para emprender la producción de arados baratos bajo la forma de una pequeña industria aldeana. En el distrito de Moscú, donde la compra de arados por los campesinos se extendió rápidamente, el impulso fue dado por aquellas comunas que arrendaban la tierra en conjunto y con el fin especial de mejorar sus cultivos.

En el noreste de Rusia, en la gobernación de Viatka, las pequeñas asociaciones de campesinos que viajaban con sus aventadoras (fabricadas como una

⁴⁸⁸ Aunque son limítrofes, el distrito de Ostrogzhsk no pertenece a la provincia (*oblast*) de Kursk sino a la de Voronezh. [N. de E.]

⁴⁸⁹ Por lo que conocemos, existen cultivos semejantes en 159 aldeas, de las 195 del distrito de Ostrogojsk. En 150 de las 188 aldeas del distrito de Slaviansoserbsk, en 107 comunas aldeanas del distrito de Alexandrovsk, en 93 del distrito de Nicolaievsk y en 35 del distrito de Elisabetgrad. En una colonia alemana, el cultivo comunal se realiza para el pago de la deuda de la comuna, y todos se unen para el trabajo a pesar de que la deuda fue contraída solamente por 94 jefes de familia sobre 115.

⁴⁹⁰ Se puede encontrar una enumeración de los trabajos comunales en las estadísticas de los *zemstvos* en la obra de V. Vorontsov: *Krestianskaya Obschina*, págs. 459- 600.

industria aldeana en uno de los distritos del hierro) difundieron su uso en las gobernaciones vecinas. La amplia difusión de las trilladoras en las provincias de Samara, Saratov y Kherson es el resultado de la actividad de las asociaciones de campesinos, que pueden llegar a comprar una máquina cara, mientras que el campesino aislado no está en condiciones de hacerlo. Y mientras que en casi todos los tratados de economía se dice que la comuna aldeana está condenada a desaparecer en cuanto el sistema de tres campos sea reemplazado por el cultivo rotativo, vemos que en Rusia muchas comunas aldeanas tomaron la iniciativa de la introducción justamente de este cultivo rotativo, lo mismo que se hizo en Inglaterra. Pero antes de aceptarlo, los campesinos habitualmente reservan una parte de los campos comunales para efectuar un ensayo con praderas artificiales, y las semillas son compradas por el *mir*⁴⁹¹.

Si el ensayo tiene éxito, los campesinos no tendrán ningún obstáculo en volver a dividir sus campos para adaptarlos al sistema de cuatro, cinco y aun seis rotaciones de cultivos.

Este sistema se practica ahora en *centenares* de aldeas de la provincia de Moscú, Tver, Smolensk, Viatka y Pskov⁴⁹². Y allí donde es posible disponer de cierta cantidad de tierra las comunas la destinan al cultivo de frutales.

Por último, la repentina expansión de pequeñas granjas modelo, plantaciones de frutales, huertas y criaderos de gusanos de seda, que se originan en las escuelas de las aldeas bajo la dirección de un maestro o de un aldeano de buena voluntad, se debe también al apoyo que todas estas nuevas creaciones han encontrado en las comunas aldeanas⁴⁹³.

Además, las comunas emprenden mejoras constantes, como el drenaje y el riego, con bastante frecuencia. Así, por ejemplo, en tres distritos de la provincia de Moscú, de marcado carácter industrial, durante una década (1880-1890), se ejecutaron trabajos de drenaje a gran escala en entre ciento ochenta y doscientas diferentes aldeas, y fueron los propios comuneros quienes hicieron el trabajo con sus palas. En el otro extremo de Rusia, en las estepas áridas del distrito de Novouzensk, las comunas construyeron más de 1.000 represas para estanques y fueron excavados varios centenares de pozos profundos. Al mismo tiempo, en una rica colonia alemana del sudeste, los comuneros —hombres y mujeres— tra-

⁴⁹¹ En la provincia de Moscú el ensayo generalmente se hace en un campo reservado para el mencionado cultivo comunal.

⁴⁹² Algunos ejemplos de estas mejoras y otras similares fueron citados en *El Mensajero Oficial* [*Pravilnyi Véstnik*], 1894, números 236-258). También en el sur de Rusia empiezan a formarse asociaciones entre los “sin caballo”. Otro hecho extraordinariamente interesante lo constituye el desarrollo súbito, en la Siberia suroccidental, de numerosas cooperativas lecheras para la producción de manteca; centenares de esas cooperativas surgieron en las provincias de Tobolsk y Tomsk, sin que al principio se supiera cual fue su origen. La iniciativa perteneció, según parece, a las cooperativas danesas que habitualmente exportaban su propia manteca, de elevada calidad, y que para su propio consumo doméstico compraban manteca siberiana, de clase inferior. Después de algunos años de relaciones comerciales, introdujeron las cooperativas lecheras en Siberia. Ahora, gracias a sus esfuerzos, surgió una importante rama de la producción, que alcanzó, antes de la guerra, las 90.090 toneladas, de las cuales 81.900 iban a la exportación: parte a la Rusia europea y el resto (70.434 toneladas) al exterior.

⁴⁹³ Este párrafo no se encuentra en la edición rusa de Golos Truda de 1922, aunque sí en todas las versiones previas en distintos idiomas, inclusive en la edición rusa de la editorial Znanie de 1907. Nos parece pertinente conservarlo así por su coherencia con el resto del texto. [N. de R.]

bajaron cinco semanas consecutivas en la erección de un dique de tres kilómetros de largo destinado al riego. ¿Qué podrían hacer los hombres aislados contra la sequedad del clima? ¿Qué podrían obtener con solo el esfuerzo personal, cuando el sur de Rusia sufría por la plaga de marmotas, y todos los habitantes de la región, ricos y pobres, comuneros e individualistas tuvieron que trabajar con sus propias manos para conjurarla? Recurrir a la policía, en tales circunstancias, no sirve de nada, el único remedio es la asociación.

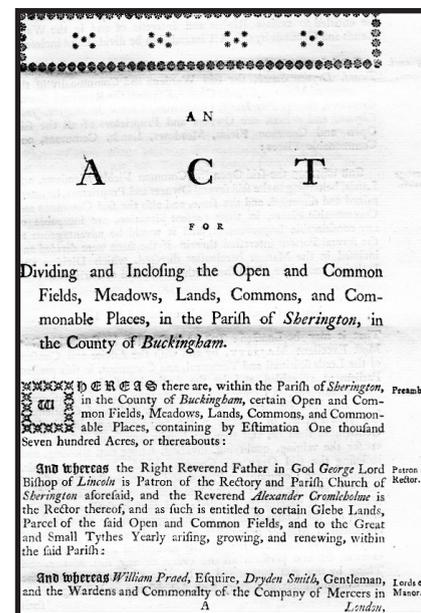
Como es sabido, durante el gobierno de Nicolás II, el ministro Stolypin hizo una tentativa en gran escala para destruir la posesión comunal de la tierra y trasladar a los campesinos a granjas o a lotes separados. Muchos esfuerzos y mucho dinero del Estado se gastaron en esto, según parece con éxito en algunas provincias, especialmente en Ucrania. Pero primero la guerra y luego la revolución sacudieron tan profundamente toda la vida aldeana que en la actualidad es imposible dar una respuesta precisa sobre los resultados de esta campaña del Estado contra la comuna.

Después de haber hablado tanto de la ayuda y del apoyo mutuos practicados por los agricultores de los países “civilizados”, veo que podría aún llenar un tomo más con ejemplos tomados de la vida de centenares de millones de personas que viven bajo la tutela de Estados más o menos centralizados, pero que no tienen contacto con la civilización y las ideas modernas. Podría describir, por ejemplo, la vida interna de una aldea turca, con su red de asombrosos hábitos y costumbres de ayuda mutua. Recorriendo mis notas llenas de ejemplos respecto a la vida campesina del Cáucaso, me encuentro con hechos conmovedores de apoyo mutuo. Rastreo los mismos hábitos en la *djemáa* árabe, la *purra* afgana⁴⁹⁴, en las aldeas de Persia, India y Java, en la familia indivisa de los chinos, en los campamentos de los seminómadas de Asia central y en los nómadas del lejano norte. Consultando al azar la literatura sobre África, encuentro que está llena de hechos similares: llamados a la “ayuda” para recoger las cosechas; casas construidas con la ayuda de todos los habitantes de la aldea (a veces para reparar los estragos ocasionados por filibusteros civilizados), personas que se ayudan mutuamente en caso de accidentes o que protegen a los viajeros, etcétera. Y cuando leo detenidamente obras como el compendio del derecho consuetudinario africano de Post, empiezo a comprender por qué, a pesar de la tiranía, de la opresión, de los robos y las incursiones, de las guerras tribales, de los reyes glotones, de los brujos y sacerdotes charlatanes, de los cazadores de esclavos y similares, esas poblaciones no se han dispersado por los bosques; por qué han conservado un cierto grado de civilización y por qué siguen siendo humanos, y no han descendido al nivel de familias dispersas, como los orangutanes que tienden a

⁴⁹⁴ De “Les Afghans chez eux - Souvenirs d'une mission politique anglaise”, por E. D. Forgues, *Revue des Deux Mondes*, vol. 48, no. 1, 1863, págs. 204–36, traducimos el siguiente párrafo: “En el seno de la tribu también se llevan a cabo, en virtud de estipulaciones completamente voluntarias, intercambios de dominios motivados por el valor desigual de las tierras asignadas a cada familia. Cada cinco, cada diez años, según la costumbre, las tierras pasan de una mano a otra y después de un cierto lapso de tiempo cada uno ha poseído a su vez las buenas y las malas porciones del suelo común. De ahí las emigraciones que se hacen por aldeas enteras y como resultado de las cuales el territorio ocupado nuevamente se reparte entre las familias que llegan mediante un nuevo reparto que los afganos llaman a veces *pucha*, a veces *purra*”. [N. de E.]

desaparecer. El hecho es que los cazadores de esclavos, europeos y americanos, los ladrones de marfil, los reyes belicosos y los “héroes” que han adquirido su reputación exterminando a matabeles y malgaches desaparecen, dejando tras de sí sus huellas marcadas con sangre y fuego; pero el núcleo de instituciones, hábitos y costumbres de ayuda mutua creadas primero por la tribu y luego por la comuna aldeana permanece y mantiene a los hombres unidos en sociedades, abiertas al progreso de la civilización y prestas a aceptarla cuando llegue el día en que reciban civilización en lugar de balas y aguardiente.

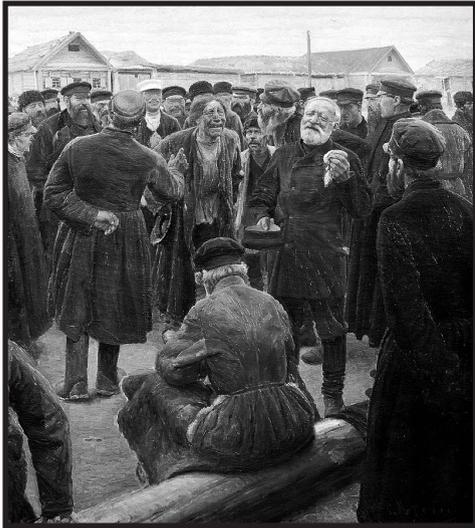
Lo mismo se puede decir también de nuestro mundo civilizado. Las calamidades naturales y sociales pasan. Poblaciones enteras son periódicamente reducidas a la miseria y al hambre; las propias fuentes de la vida son aplastadas en millones de hombres reducidos al pauperismo de las ciudades; el pensamiento y los sentimientos de millones de personas están emponzoñados por doctrinas elaboradas en interés de unos pocos. Indudablemente, todo esto constituye parte de nuestra existencia. Pero el núcleo de instituciones, hábitos y costumbres de ayuda mutua continúa existiendo en millones de hombres; ese núcleo los mantiene unidos y prefieren aferrarse a sus costumbres, creencias y tradiciones antes que aceptar la doctrina de una guerra de todos contra todos, ofrecida en nombre de una pretendida ciencia, pero que de ciencia no tiene nada.



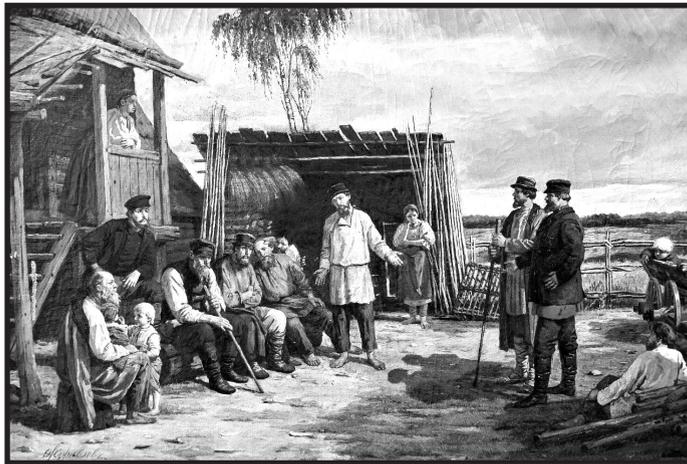
Acta del parlamento inglés 1796 sobre el cercamiento de tierras comunales



Asamblea donde se consensuaron los Doce Artículos de los campesinos



Reunión del *mir*
(de una pintura
de Serguéi Korovin)



Reunión de una *obschina*
(de una pintura
de Firs S. Zhuravlev)



Atentado contra Stolypin
en agosto de 1906

CAPÍTULO VIII LA AYUDA MUTUA EN LA SOCIEDAD MODERNA (continuación)

Crecimiento de las uniones obreras después de la destrucción de las guildas por el Estado — Su lucha — El apoyo mutuo en las huelgas — Cooperación — Uniones libres con diferentes fines — Espíritu de sacrificio — Innumerables sociedades para la acción común en todos los aspectos posibles — La ayuda mutua en la miseria — La ayuda personal

Observando la vida cotidiana de la población rural de Europa comprobamos que, a pesar de todos los esfuerzos de los Estados modernos para destruir a la comuna aldeana, la vida de los campesinos está llena de hábitos y costumbres de ayuda y apoyo mutuos; que se conservan hasta ahora vestigios de la posesión comunal de la tierra y que apenas fueron suprimidos, en épocas recientes, los obstáculos legales a la asociación rural, en todas partes se extendió rápidamente entre los campesinos una red de uniones libres para todo tipo de fines económicos. Este joven movimiento tiende a restablecer una suerte de unión, semejante a la que existía en la comuna aldeana de antaño. Tales fueron las conclusiones a que llegamos en el capítulo precedente; y ahora nos ocuparemos de examinar las instituciones de apoyo mutuo que pueden encontrarse en la época presente entre las poblaciones industriales.

Durante los tres últimos siglos, las condiciones para el crecimiento de dichas instituciones fueron tan desfavorables en las ciudades como en las aldeas. En efecto, es bien sabido que, cuando las ciudades medievales fueron sometidas en el siglo XVI por el poder de los Estados militares nacientes entonces, todas las instituciones que mantenían juntos los artesanos, los maestros y los mercaderes en las guildas y en las ciudades fueron violentamente destruidas. La autonomía y la autojurisdicción fueron abolidas, tanto en las guildas como en la ciudad; el juramento de fidelidad entre hermanos de las guildas comenzó a ser considerado como una felonía contra el Estado; los bienes de las guildas fueron confiscados del mismo modo que las tierras de las comunas aldeanas; la organización interior y técnica de cada oficio cayó en manos del Estado. Se hicieron leyes, cada vez más severas, tratando de impedir cualquier forma de asociación entre los artesanos. Durante algún tiempo se toleraron algunos vestigios de las antiguas guildas: se permitieron las guildas comerciales, con la condición de que otorgaran subsidios generosos a los reyes y se mantuvieron también algunas guildas de artesanos como órganos de administración. Algunas de estas guildas todavía arrastran su inútil existencia. Pero lo que antes era una fuerza vital de la existencia y de la industria medievales, hace tiempo que ha desaparecido bajo el peso abrumador del Estado centralizado.

En Gran Bretaña, que puede ser tomada como el mejor ejemplo de la política industrial de los Estados modernos, vemos que ya en el siglo XV el Parlamento inició la obra de destrucción de las guildas; pero las medidas decisivas contra ellas fueron tomadas especialmente en el siglo siguiente. Enrique VIII no solo des-

truyó la organización de las gildas, sino que también confiscó sus bienes “con menos excusas y buenas maneras —como escribió Toulmin Smith— que las que había tenido con la confiscación de los bienes de los monasterios”⁴⁹⁵. Eduardo VI terminó su obra⁴⁹⁶, y ya en la segunda mitad del siglo XVI hallamos al Parlamento ocupándose de resolver todas las disputas entre artesanos y comerciantes que antes eran resueltas en cada ciudad por separado. El Parlamento y el rey no solo legislaron en esas disputas, sino que teniendo en cuenta los intereses de la corona ligados a la exportación, comenzaron a determinar el número necesario de aprendices para cada oficio y a regular del modo más detallado las propias técnicas de cada producción: el peso de los tejidos, el número de hilos por metro de tela, etc. Se debe decir, sin embargo, que estas tentativas tuvieron poco éxito, puesto que los conflictos y las dificultades técnicas, que durante una serie de siglos fueron resueltas por el acuerdo entre las gildas estrechamente interdependientes y las ciudades federadas, están más allá del alcance de los poderes del Estado centralizado. La intromisión constante de los funcionarios paralizó a los oficios y llevó a la mayoría de ellos a una decadencia completa; y por eso, los economistas del siglo XVIII, al rebelarse contra la regulación de las industrias por el Estado, solo expresaron un descontento generalizado. La abolición de esta injerencia por la Revolución Francesa fue recibida como un acto de liberación; y pronto otros países siguieron su ejemplo.

El Estado tampoco pudo jactarse de haber obtenido mayor éxito en la regulación de los salarios. En las ciudades medievales, cuando en el siglo XV comenzó a marcarse cada vez más agudamente la distinción entre maestros artesanos y aprendices o jornaleros, las asociaciones de aprendices (*Gesellenverbände*), a veces de carácter internacional, se oponían a las uniones de maestros y comerciantes. En adelante fue el Estado quien se encargó de resolver los diferendos y, según el estatuto isabelino del año 1563, se confirió a los jueces de paz la obligación de fijar los salarios, de modo de asegurar una forma de vida “conveniente” a jornaleros y aprendices. Los jueces de paz, sin embargo, resultaron completamente impotentes en conciliar los intereses en conflicto y, menos aún, a obligar a los maestros a acatar sus decisiones. La ley se convirtió gradualmente en letra muerta, y fue derogada a fines del siglo XVIII.

Pero, a la vez que el Estado abandonaba así la función de regular los salarios, continuaba prohibiendo severamente todas las asociaciones de jornaleros y obreros, que tendían a aumentar los salarios o mantenerlos en un determinado nivel. Durante todo el siglo XVIII, el Estado emitió leyes dirigidas contra las uniones obreras, y en el año 1799, finalmente, prohibió todo tipo de asociaciones bajo la amenaza de los castigos más severos. En los hechos, el Parlamento británico solo siguió el ejemplo de la Convención Revolucionaria Francesa, que dictó una

ley draconiana contra las coaliciones obreras; las asociaciones entre un cierto número de ciudadanos eran consideradas como atentados contra la soberanía del Estado, que se suponía protegía por igual a todos los que le estaban sujetos.

De tal modo fue terminada la obra de la destrucción de las uniones medievales. Tanto en la ciudad como en la aldea, el Estado reinaba sobre débiles agrupaciones de individuos y estaba dispuesto a prevenir, con las medidas más severas, la reconstitución de cualquier tipo de uniones entre ellos. Tales fueron las condiciones en las que tuvo que abrirse paso la tendencia a la ayuda mutua en el siglo XIX.

¿Es necesario decir que todas estas medidas no pudieron destruir esa tendencia? En el transcurso del siglo XVIII las uniones obreras se reconstituían constantemente⁴⁹⁷. No las pudieron detener ni siquiera las crueles persecuciones que comenzaron a causa de las leyes de 1797 y 1799. Los obreros aprovechaban cada advertencia de la ley y de la vigilancia establecida, cada demora por parte de los patrones, obligados a informar de la constitución de las uniones, para ligarse entre sí. Bajo la cobertura de sociedades amistosas, clubes funerarios o hermandades secretas, las uniones se extendieron por todas partes, en la industria textil, entre los trabajadores de las cuchillerías de Sheffield, entre los mineros, y se formaron también poderosas organizaciones federales para apoyar a las ramas locales durante las huelgas y persecuciones⁴⁹⁸. Una serie de agitaciones obreras se produjeron a principios del siglo XIX, especialmente después de la conclusión de la paz de 1815, de modo que finalmente hubo que derogar las leyes de 1797 y 1799.

La derogación de las leyes contra las asociaciones (*Combinations Laws*), en 1825, dio un nuevo impulso al movimiento. En todos los oficios se crearon uniones y federaciones nacionales⁴⁹⁹ y, cuando Robert Owen fundó su *Grand National Consolidated Trades' Union*, en pocos meses alcanzó a reunir medio millón de miembros. Es cierto que este período de libertad no duró mucho. Las persecuciones recomenzaron hacia 1830, y entre 1832 y 1844 hubo condenas judiciales feroces, con destierro a trabajos forzados a Australia. La *Grand National Union* fue disuelta, y esta tuvo que renunciar a su ensayo de Unión Internacional, es decir, a la Internacional. En todas las fábricas del país, tanto privadas como del Estado, se empezó a obligar a los trabajadores a abandonar cualquier relación con las uniones sindicales y a firmar un “documento”, o sea un texto redactado en el sentido de una renuncia. Los unionistas (miembros de las uniones sindicales) fueron perseguidos en masa y detenidos por la aplicación de la ley de “propietarios y empleados”. Con esta ley bastaba una simple declaración del dueño de la fábrica sobre el supuesto mal comportamiento de sus trabajadores para detener y condenar sumariamente a muchísimos de ellos⁵⁰⁰.

⁴⁹⁷ Véase Sidney y Beatrice Webb: *History of Trade-Unionism*, Londres, 1894, págs. 21-38.

⁴⁹⁸ Véase en la obra de Sidney Webb lo referido a las uniones de aquella época. Se supone que los artesanos londinenses de 1810-1820 estaban mejor organizados que nunca.

⁴⁹⁹ La Asociación Nacional para la Protección del Trabajo incluía en su organización alrededor de ciento cincuenta uniones distintas, que pagaban cuotas cuantiosas y sumaban en conjunto cerca de cien mil miembros. La unión de los obreros de la construcción y la de los mineros de carbón también eran organizaciones importantes (Webb, obra citada, pág. 107).

⁵⁰⁰ Me apoyo aquí en la obra de Mr. y Mrs. Webb, que aporta abundante documentación, aunque debo añadir que los conocedores del movimiento obrero no consideran correctas todas sus conclusiones.

Las huelgas eran reprimidas del modo más despótico, y se pronunciaron sentencias asombrosas por su severidad por una simple declaración de huelga, o por haber participado en calidad de delegado de los huelguistas, sin hablar de la represión por vía militar de los disturbios durante las huelgas, ni de las condenas que sucedían tras los frecuentes estallidos de violencia. La práctica de la ayuda mutua, bajo tales circunstancias, estaba bien lejos de ser cosa fácil. Y, sin embargo, a pesar de todos los obstáculos, de cuyas proporciones nuestra generación ni siquiera tiene la debida idea, en el año 1841 comenzó el renacimiento de las uniones, y la organización de los obreros continúa desde entonces. Luego de una larga lucha que duró más de cien años, fue conquistado el derecho de asociación. Alrededor del año 1900 casi una cuarta parte de todos los trabajadores que tenían ocupación fija, es decir, alrededor de 1.500.000 hombres, pertenecían a las *trade unions*⁵⁰¹, y en la actualidad⁵⁰² su número casi se ha triplicado.

En cuanto a los otros Estados europeos, es suficiente decir que hasta épocas muy recientes todo tipo de uniones estaban perseguidas como conspiraciones. En Francia, la formación de los sindicatos⁵⁰³ con más de 19 miembros solo fue permitida por la ley en 1884. Pero, a pesar de esto, las uniones obreras existen en todas partes, si bien a menudo tienen que tomar la forma de sociedades secretas; al mismo tiempo, la difusión y la fuerza de las organizaciones, en especial de los “Caballeros del Trabajo” en los Estados Unidos y de las uniones obreras en Bélgica, se manifestó claramente en las huelgas después de 1890.

Sin embargo, es necesario tener en cuenta que el hecho mismo de pertenecer a una unión obrera, aparte de las persecuciones, implica sacrificios importantes en dinero, tiempo y trabajo no remunerado, o el riesgo constante de perder el empleo por el mero hecho de pertenecer a la unión⁵⁰⁴. Además, está la huelga,

y la realidad de la huelga cuando se ha agotado el limitado crédito que dan el panadero y la casa de empeños; lo que se recibe del fondo de huelga no alcanza para alimentar a la familia y el hambre pronto se refleja en el rostro de los niños. Para quien vive en estrecho contacto con los obreros, una huelga prolongada constituye uno de los espectáculos que más oprimen el corazón; por esto, uno puede imaginarse lo que significaba, hace cuarenta años, una huelga en Inglaterra y lo que significa, aún hoy, en todas partes de Europa, excepto en las más ricas. Continuamente, incluso en la época presente, la huelga termina con la ruina completa y la emigración forzosa de casi toda la población de la localidad y el fusilamiento de los huelguistas por la menor causa, y hasta sin causa alguna⁵⁰⁵, lo que constituye todavía un fenómeno corriente en la mayoría de los Estados europeos.

Y sin embargo, cada año, en Europa y América, se producen miles de huelgas y despidos en masa, y las más duras y prolongadas son las llamadas “huelgas en solidaridad”, motivadas por el deseo de los trabajadores de apoyar a los compañeros despedidos o para defender los derechos de sus uniones. Y mientras una parte de la prensa suele ser propensa a explicar las huelgas como el resultado de una “intimidación”, quienes han vivido entre huelguistas hablan con admiración de la ayuda y del apoyo mutuo practicado constantemente entre ellos. Todo el mundo ha oído hablar del trabajo colosal realizado por trabajadores voluntarios para organizar la ayuda y la distribución de comida durante la gran huelga de los obreros de los *docks* de Londres en la década de 1880, o de los mineros ingleses que, habiendo estado inactivos durante varias semanas, en cuánto volvieron al trabajo empezaron a pagar cuatro chelines por semana al fondo de huelga; o de la viuda del minero que durante la guerra obrera de Yorkshire, en 1894, aportó todos los ahorros de su marido al fondo de huelga; del último trozo de pan compartido entre todos los vecinos; de los mineros de Radstoc, que al tener la ventaja de poseer grandes huertas, invitaron a cuatrocientos mineros de Bristol a llevarse su parte de repollos y papas, etc. Todos los corresponsales de los diarios, durante la gran huelga de los mineros de Yorkshire, en 1894, conocían un cúmulo de hechos de este tipo, aunque no todos podían informar asuntos tan “irrelevantes” a sus respectivos periódicos⁵⁰⁶.

Las uniones profesionales no constituyen, sin embargo, la única forma en que se expresa la necesidad de los obreros de apoyo mutuo. Existen además las asociaciones políticas, cuya acción, según consideran muchos obreros, conduce mejor al bienestar general que las uniones de oficio, que por ahora se ciñen a sus propósitos limitados. Por supuesto, no es posible considerar el mero hecho de pertenecer a un organismo político como una manifestación de la tendencia a la

⁵⁰¹ Desde 1840 se produjeron grandes cambios en las relaciones de las clases más acomodadas con las uniones obreras. Sin embargo, ya en el año 1860 los empleadores trataron de aplastar a las uniones por las buenas o por las malas, privando de trabajo a la población de distritos enteros. Hasta 1869, la simple decisión de ir a la huelga y su declaración por medio de afiches, sin hablar ya de la participación en piquetes de huelga, eran frecuentemente penalizados como “intimidación pública”. La ley sobre “propietarios y empleados” fue derogada recién en 1875, los piquetes pacíficos se dejaron de penalizar y la “violencia e intimidación” durante las huelgas cayó bajo el dominio del derecho común. Por otra parte, durante la gran huelga de los trabajadores de los *docks*, en 1887, se tuvo que gastar el dinero recaudado en apoyo de la huelga en la defensa en tribunales del derecho a realizar piquetes. Por último, las persecuciones de 1900-1910, iniciadas por el gobierno conservador que lleva veinte años en el poder en Inglaterra, amenazan reducir a la nada todos los derechos conquistados, puesto que los tribunales han comenzado a condenar a uniones obreras enteras a pagar de sus cajas las pérdidas (a veces de millones) sufridas por los patrones durante la huelga.

⁵⁰² 1920. [N. de E.]

⁵⁰³ En ruso (y en algunos otros idiomas eslavos) a fines del siglo XIX y a inicios del siguiente, se empleaba “unión profesional”, legal pero con derechos muy limitados y vigilados. La palabra “sindicato” designaba una “unión profesional” de Europa occidental con derechos laborales muchos más amplios; de ahí la presencia en el texto ruso de 1922 de la palabra “sindicato” puesto que se habla de Francia. En la edición rusa (pp. 269-270) de 1907 (con censura previa obligatoria) en el mismo párrafo la palabra “sindicato” está ausente. [N. de R.]

⁵⁰⁴ En Inglaterra, la cotización semanal de seis peniques para un salario de dieciocho chelines semanales, o la de un chelín para un salario de veinticinco chelines semanales significan bastante más de nueve libras sobre un ingreso anual de trescientos. Pagarla significa una merma en lo destinado a la alimentación, y en caso de huelga la cuota llega a duplicarse. La representación gráfica de la vida de los

miembros de una *trade union*, hecha por un obrero y publicada en el libro ya citado de Mr. y Mrs. Webb (páginas 431 y ss.) permite hacerse una idea clara del trabajo que se exige al miembro de una unión obrera inglesa.

⁵⁰⁵ Véanse, por ejemplo, los debates en el Reichstag de Austria sobre la huelga en Falkenau del 10 de mayo de 1894. Durante estos debates tanto el Ministerio como el dueño de las minas reconocieron los hechos ocurridos. Véase también la prensa inglesa de aquella época.

⁵⁰⁶ La información sobre muchos hechos similares se puede encontrar en el *Daily Chronicle*, y, en parte, en el *Daily News*, octubre y noviembre de 1894.

ayuda mutua. La política, como es sabido, constituye el campo donde los elementos puramente egoístas de la sociedad entran en las más complicadas combinaciones con las aspiraciones altruistas. Pero todo político experimentado sabe que los grandes movimientos políticos han sido en torno a grandes y, a menudo, lejanos objetivos, y los más fuertes de estos movimientos fueron los que provocaron el entusiasmo más desinteresado.

Todos los grandes movimientos históricos han tenido este carácter, y el socialismo para nuestra generación se encuentra en este caso. “Son agitadores a sueldo”, dicen aquellos que nada saben de esta cuestión. Pero, en realidad — para hablar solo de hechos que conozco personalmente— si durante los últimos treinta y cinco años hubiera llevado un diario y anotado en él todos los ejemplos por mí conocidos de abnegación y sacrificio con los que he tropezado en el movimiento socialista, la palabra “heroísmo” no abandonaría los labios de sus hipotéticos lectores. Pero los hombres de los que podría haber hablado estaban lejos de haber sido héroes; fueron personas comunes, inspiradas por una gran idea. Todos los periódicos socialistas —y solo en Europa existen muchos centenares— representan la misma historia de largos años de sacrificio, sin la mínima esperanza de recompensa, y en la inmensa mayoría de los casos, incluso sin ninguna ambición personal. He visto familias que vivían sin saber si podrían comer al día siguiente, con el marido boicoteado por todos en su pequeña ciudad, a causa de su participación en un periódico, y a la esposa que mantenía a la familia con su costura, y esta situación prolongándose por años, hasta que, por último, la familia se retiraba, sin un reproche, diciendo “continúen ustedes, nosotros ya no resistimos más”. He visto hombres que se morían de tuberculosis y que lo sabían, y, sin embargo, corrían bajo la niebla y la nieve para organizar mítines y hablar en esos mítines hasta pocas semanas antes de su muerte, y por último, al ir al hospital, decían: “Bueno, amigos, esto se ha terminado: los médicos han dicho que me quedan solo pocas semanas de vida. Transmitan a los camaradas que me harán feliz si alguno viene a visitarme”. He visto hechos que serían considerados “una idealización” de mi parte si los refiriera aquí, y hasta los propios nombres de estos hombres apenas conocidos más allá del círculo de sus amigos serán olvidados cuando estos también dejen de existir.

En suma, no sé qué admirar más: si la ilimitada abnegación de unos pocos o la suma total de las pequeñas manifestaciones de abnegación de la gran mayoría, conmovida por el movimiento. Cada centavo ganado con la venta de un periódico, cada mitin, cada centenar de votos ganados por los socialistas en una elección son el resultado de una cantidad de energía y de sacrificios de que la que los que están fuera del movimiento no tienen la menor idea. Y así lo que hacen ahora los socialistas, lo han hecho en el pasado todos los partidos populares y progresistas, políticos y religiosos. Todo el progreso pasado es el resultado de la obra de hombres semejantes y de una abnegación semejante.

La cooperación a menudo se presenta, especialmente en Gran Bretaña, como un “individualismo de accionistas”, y en su forma actual tiende a desarrollar un egoísmo cooperativista, no solamente con respecto a la comunidad, sino entre los mismos cooperativistas. Sin embargo, es cierto que en su origen tenía un marcado

carácter de ayuda mutua. Aun en el presente, sus más ardientes promotores están convencidos de que la cooperación conducirá a la humanidad a una forma armónica y superior de relaciones económicas. Es imposible, después de haber estado en algunos baluartes de la cooperación en el norte de Inglaterra, no llegar a convencerse de que el mayor número de los participantes de este movimiento sostiene esa opinión y que la mayoría de ellos perdería todo interés en el movimiento si perdiera esa fe. Es necesario reconocer también que en los últimos años comenzaron a evidenciarse, entre los cooperativistas, ideales más amplios de bienestar general y de solidaridad entre los productores, así como es innegable la tendencia actual que tiende a mejorar las relaciones entre los propietarios de los talleres cooperativos y sus obreros.

La importancia de la cooperación en Inglaterra, Holanda y Dinamarca es bien conocida y, en Alemania, especialmente en la cuenca del Rin, las sociedades cooperativas son ya una fuerza poderosa de la vida industrial⁵⁰⁷. Pero quizá Rusia constituya el mejor campo para el estudio de la cooperación en su infinita variedad de formas. En Rusia ha crecido de manera natural; fue una herencia de la Edad Media, y mientras que una sociedad cooperativa formal habría tenido que luchar contra un cúmulo de dificultades legales y contra la suspicacia de la burocracia, la cooperativa informal —el *artel*— constituye la esencia misma de la vida campesina rusa. La historia de la “creación de Rusia” y de la colonización de Siberia es la historia de los *arteles* o guildas de cazadores y de comerciantes y de la posterior expansión de las comunas aldeanas. Ahora hallamos el *artel* por todas partes: en cada grupo de diez o cincuenta campesinos que de una misma aldea van a ganarse la vida a una fábrica, en todos los oficios de la construcción, entre los pescadores y cazadores, entre los convictos que van hacia, o que ya viven, en Siberia, entre los ferroviarios, entre los agentes de bolsa, entre los obreros de la aduana, en las industrias aldeanas (que dan trabajo a siete millones de hombres). Encontramos *arteles* por todo el mundo del trabajo, tanto permanentes como temporales, desde la base hasta la cúspide, para la producción y para el consumo, y en todos los aspectos posibles. Hasta hoy muchas pesquerías, en los ríos que afluyen al mar Caspio, son arrendadas por grandes *arteles*; el río Ural pertenece al conjunto de cosacos del Ural, que reparte y redistribuye sus pesquerías —quizá las más ricas del mundo— entre sus aldeas, sin ninguna intromisión por parte de las autoridades. En el Ural, el Volga y en todos los lagos del norte de Rusia, la pesca es realizada por los *arteles* (véase el apéndice XIX).

Junto con estas organizaciones permanentes existe también una multitud innumerable de *arteles* temporales, constituidos para cada propósito en especial. Cuando de diez a veinte campesinos de una localidad se dirigen a una ciudad grande a ganarse la vida; sea en calidad de tejedores, carpinteros, albañiles, constructores de barcos, etc., siempre constituyen un *artel*, alquilan un alojamiento común y contratan a alguien para cocinar (muy a menudo a la esposa de alguno de ellos), elijen a un *starosta*⁵⁰⁸, comen en común y cada uno paga su parte del

⁵⁰⁷ El gasto anual de las 31.473 asociaciones de productores y consumidores en el Rin medio ascendió, en 1890, a 18.437.500 libras; de estas, 3.675.000 libras esterlinas fueron dados en préstamo durante el año. Desde entonces, estas cifras se duplicaron o triplicaron.

⁵⁰⁸ Responsable. [N. de R.]

alojamiento y de la comida. La cuerda de convictos en su viaje a Siberia procede del mismo modo, y el *starosta* elegido por ellos es el intermediario reconocido oficialmente entre los presos y el jefe militar del convoy. Los condenados a trabajos forzados tienen la misma organización. Los ferroviarios, los comisionistas de bolsa, los de la aduana, y los trabajadores de las mensajerías de la ciudad están organizados en poderosos *arteles*, responsables colectivamente por cada uno de sus miembros, y gozan de tal reputación que los comerciantes confían a sus integrantes gruesas sumas de dinero. En la construcción se forman *arteles* que cuentan con decenas o centenas de miembros y los grandes contratistas de la construcción y de los ferrocarriles prefieren siempre tratar con el *artel* antes que con los obreros contratados separadamente.

Los últimos intentos realizados por el Ministro de la Guerra, en 1890, para negociar directamente con los *arteles* productivos, formados *ad hoc* en oficios locales, y encargarles botas y todo tipo de artículos de latón y de hierro para los uniformes de los soldados dieron resultados muy satisfactorios, mientras que el alquiler de una herrería de la corona (Votkinsk) a un *artel* de obreros, que tuvo lugar en 1894 o 1895, tuvo un éxito rotundo. De tal modo, podemos ver cómo en Rusia, las antiguas instituciones medievales, al no haber sufrido intromisiones del Estado (en sus manifestaciones no oficiales), sobrevivieron hasta el presente y adoptaron las formas más variadas de acuerdo con las exigencias de la industria y el comercio modernos.

En cuanto a la península balcánica, el imperio turco y la caucasia, las viejas guildas se conservan allí con plena fuerza. Los *esnaf* serbios han conservado íntegramente su carácter medieval: en su constitución entran tanto los maestros como los jornaleros; regulan los oficios son los órganos de apoyo mutuo, tanto en el campo del trabajo como los casos de enfermedad⁵⁰⁹, mientras que los *amkari* georgianos del Cáucaso, y en especial en Tiflis, no solo cumplen los deberes de las uniones profesionales, sino que ejercen una influencia importante sobre la vida del municipio⁵¹⁰.

En relación con la cooperación, debería, quizá, mencionar la existencia en Inglaterra de las *friendly societies* [sociedades amistosas], las sociedades de *oddfellows*⁵¹¹, los clubs de las aldeas y de las ciudades para pagar la asistencia médica, los clubs funerarios o para la adquisición de ropa, los pequeños clubs muy comunes entre las jóvenes obreras, que abonando unos peniques semanales sortean entre sí la suma de una libra, lo que les da la posibilidad de realizar alguna compra más o menos importante, y muchas otras asociaciones similares. Toda la vida del pueblo trabajador de Inglaterra está impregnada de tales instituciones. En todas estas sociedades y clubs se respira un espíritu sociable y jovial, a pesar de que se lleva cuidadosamente el “crédito” y el “débito” de cada miembro. Pero aparte de estas instituciones, existen

⁵⁰⁹ *British Consular Report*, abril de 1889.

⁵¹⁰ La investigación capital sobre esta cuestión fue publicada por [S. A.] Eguiazarov en las *Zapiskaj Kavkazskogo Gueograficheskogo obshchestva* [Notas de la Sociedad Geográfica Caucásica], Tiflis, 1891, vol. vi, pág. 2.

⁵¹¹ Literalmente, “compañeros extraños o curiosos”. Se trata de fraternidades de logias que han promovido la filantropía y la ayuda mutua. Su origen parece remontarse a uniones de los oficios menores, raros o extraños no integrados en las guildas mayores. [N. de E.]

tantas uniones basadas en la disposición a sacrificar, si fuera necesario, el tiempo, la salud y la vida, que podemos extraer de su actividad ejemplos de las mejores formas de apoyo mutuo.

En primer lugar, hay que mencionar a la Asociación de Botes Salvavidas en Inglaterra, e instituciones semejantes en el resto de Europa, La Asociación inglesa tiene más de trescientos botes de salvamento a lo largo las costas de estas islas, y tendría el doble si no fuera porque la pobreza de los pescadores no les permite comprarlos. La tripulación de estos botes se compone siempre de voluntarios, cuya disposición a sacrificar la vida para salvar a hombres que les son completamente desconocidos es sometida todos los años a una dura prueba; cada invierno se registra la pérdida de algunos de los más valientes. Y si preguntamos a estos hombres qué es lo que los incita a arriesgar la vida, aun sin una razonable probabilidad de éxito, nos contestarán con una historia similar al relato que, en una ocasión, yo escuché:

Una furiosa tormenta de nieve, que soplabla sobre el canal de la Mancha, se abatió sobre la costa llana y arenosa de una pequeña aldea de Kent y una pequeña embarcación de cabotaje, cargada de naranjas, encalló en la arena cerca de allí. En aguas tan poco profundas solo se mantiene un bote salvavidas de fondo chato, de tipo simplificado, y entrar al mar en esas condiciones significa ir a un verdadero desastre, y sin embargo, los hombres se decidieron y salieron. Horas enteras lucharon contra el viento; dos veces el bote volcó, uno de los hombres se ahogó y los restantes fueron arrojados a la playa. A la mañana siguiente, hallaron a uno de estos últimos —un excelente guardacosta— muy magullado y medio helado en la nieve. Yo le pregunté cómo habían decidido a hacer esa tentativa desesperada. “Yo mismo no lo sé” —respondió—. “Podíamos ver el naufragio delante de nosotros; toda la aldea estaba en la orilla, y todos decían que salir al mar era una locura y que nunca venceríamos la rompiente. Veíamos en el barco a cinco o seis hombres que se aferraban al mástil y hacían señales desesperadas. Todos pensábamos que había que hacer algo, pero, ¿qué podíamos hacer? Pasó una hora, otra hora, y permanecíamos aún en la playa, todos teníamos el alma oprimida. Luego, de repente, nos pareció escuchar sus lamentos a través de la tempestad... Había un niño con ellos. No pudimos soportarlo más. Todos juntos dijimos: ¡debemos salir! Las mujeres decían lo mismo; nos hubieran considerado cobardes si no lo hubiéramos hecho, a pesar de que ellas mismas al día siguiente nos llamaron locos por nuestra tentativa. Como un solo hombre, nos arrojamos al bote salvavidas y salimos. El bote volcó, pero conseguimos aferrarnos a él. Lo peor de todo fue ver a un desdichado ahogarse y no poder hacer nada por salvarlo. Luego nos azotó una ola terrible, el bote volcó de nuevo y nos arrojó a todos a la playa. Los hombres del buque naufragado fueron rescatados por un bote de Dungeness, y nuestro bote fue encontrado a muchas millas hacia el oeste. A mí me hallaron a la mañana siguiente sobre la nieve”.

El mismo sentimiento movía también a los mineros del valle de Rhondda cuando se esforzaron en rescatar a sus camaradas de una mina inundada. Habían atravesado treinta y dos metros de carbón para llegar hasta sus compañeros enterrados, pero cuando solo les faltaban perforar tres metros, los envolvió el gas grisú. Las lámparas se apagaron y los rescatistas se retiraron. Trabajar en tales condiciones significaba correr el riesgo de volar por una explosión, pero

aún se oían los golpes de los sepultados, todavía estaban vivos y clamaban por ayuda, y varios mineros se pusieron trabajar con riesgo de sus vidas. Cuando descendieron a la mina, sus esposas los acompañaban con lágrimas silenciosas, pero ninguna pronunció una palabra para detenerlos.

Tal es lo esencial de la psicología humana. A menos que los hombres estén enloquecidos en un campo de batalla, no “soportan” escuchar pedidos de ayuda sin responderlos. El héroe se atreve y lo que hizo el héroe hace que *todos* sientan que deben hacerlo. Los sofismas de la mente no pueden resistirse al *sentimiento de ayuda mutua*, pues este sentimiento ha sido educado durante muchos miles de años por la vida social humana y por centenares de miles de años de vida prehumana en sociedad.

Pero podemos preguntarnos: “¿cómo es que pudieron ahogarse esos hombres en el lago Serpentine⁵¹² en presencia de una multitud de la que nadie se movió en su ayuda?”. O bien; “¿y con el niño que cayó al agua en el Regent’s Park⁵¹³, también en presencia de una multitud de espectadores ociosos, y que solo fue salvado gracias a la presencia de ánimo de una joven empleada, que animó a un perro terranova al rescate?”. La respuesta a estas preguntas es simple. El hombre es un producto no solo de instintos heredados, sino también de la educación. Entre los mineros y los marinos, gracias a sus ocupaciones comunes y al contacto cotidiano entre ellos, se crea un sentimiento de solidaridad, al tiempo que los peligros que los rodean fomentan en ellos el coraje y la audacia. En las ciudades, por el contrario, la ausencia de intereses comunes produce indiferencia; y el coraje y la audacia, que solo raramente hallan la ocasión de ejercerse, desaparecen o toman otra dirección.

Además, la tradición de los héroes de las minas y del mar vive, rodeada de una aureola poética, en las aldeas de los mineros y de los pescadores. Pero, ¿qué tradición puede existir en la abigarrada multitud de Londres? La única tradición que puede haber en común es creación de la literatura; pero difícilmente exista una literatura equivalente a la épica aldeana. El clero está tan ansioso por demostrar lo pecaminoso de la naturaleza humana y el origen sobrenatural de todo lo que hay de bueno en nosotros que, en la mayoría de los casos, ignora aquellos hechos que no pueden ser mostrados como ejemplo de una inspiración o una gracia divina enviada de lo alto. Y en cuanto a los escritores profanos, su atención se dirige principalmente a un aspecto del heroísmo, a saber, el heroísmo que promueve la idea del Estado. Por eso admiran al héroe romano o al soldado en la batalla y pasan de largo por el heroísmo del pescador casi sin prestarle atención. El poeta y el pintor, por supuesto, pueden commoverse por la belleza del corazón humano en sí, pero conocen poco la vida de las clases pobres; y aunque pueden cantar o pintar en un ambiente convencional al héroe romano o militar, son incapaces de cantar o pintar expresivamente al héroe que actúa en

esos modestos ambientes que desconocen. Y cuando se aventuran a hacerlo solo producen piezas de mera retórica⁵¹⁴.

La innumerable cantidad de sociedades, clubs y asociaciones de recreación, para el estudio y la investigación, y con diferentes fines educacionales, etc. que se constituyeron y han crecido en los últimos tiempos es tal que se necesitarían muchos volúmenes para su simple inventario, y constituyen la manifestación de la misma tendencia, siempre activa para la asociación y el apoyo mutuo. Algunas de estas sociedades son como las crías de aves de diferentes especies que se reúnen en el otoño y se dedican solamente a disfrutar de la vida en común. Cada aldea de Inglaterra, de Suiza, de Alemania, etc., tiene sus clubes de críquet, fútbol, tenis, bolos, de cría de palomas, musicales y de canto. Existen luego grandes sociedades nacionales que se destacan por el número especial de sus miembros como, por ejemplo, la Alianza de Ciclistas, que en los últimos tiempos han tenido un desarrollo extraordinario. A pesar de que los miembros de esta alianza no tienen nada en común, excepto su amor al ciclismo, se ha formado entre ellos una especie de masonería con fines de ayuda mutua, especialmente en rincones apartados donde no abundan los ciclistas y consideran al C.A.C., el club de la Alianza de Ciclistas de cualquier pueblo, como si fuera su propio hogar, y en el campamento anual de ciclistas suelen entablarse sólidas relaciones amistosas. Los *Kegelbrüder*, es decir, las sociedades de bolos de Alemania, constituyen una asociación similar; lo mismo que las sociedades gimnásticas (que cuentan hasta trescientos mil miembros en Alemania), la hermandad informal de remeros en Francia, los clubes de yates, etc. Estas asociaciones, naturalmente, no cambian la estratificación económica de la sociedad, pero especialmente en las ciudades pequeñas ayudan a suavizar las diferencias sociales, y como ellas tienden a unirse en grandes federaciones nacionales e internacionales, ayudan, ciertamente, al desarrollo de relaciones amistosas entre todo tipo de hombres diseminados en diferentes partes del globo.

Los clubes alpinos, el *Jagdschutzverein* [Organización para la Protección de la Caza] de Alemania, que tiene más de cien mil miembros, entre cazadores, guardabosques, zoólogos y simples amantes de la naturaleza, y la Sociedad Ornitológica Internacional, cuyos miembros son zoólogos, criadores de aves y simples campesinos de Alemania, tienen el mismo carácter. No solo consiguieron, en el curso de

⁵¹² El lago Serpentine es un lago artificial ubicado en Hyde Park, en el centro de Londres, y es conocido por ser un lugar popular para diversas actividades acuáticas y eventos deportivos. Según parece el hielo cedió al peso de los patinadores. [N. de E.]

⁵¹³ El Regent’s Park, es un parque público situado en el centro de Londres, específicamente en los barrios de Camden y Westminster. El canal atraviesa el parque en su extremo norte, y es utilizado para la navegación recreativa y para caminatas a lo largo de sus orillas. [N. de E.]

⁵¹⁴ Fugarse de una cárcel francesa es extraordinariamente difícil. No obstante, en 1884 o 1885, un preso logró escapar de una de ellas. Consiguió ocultarse durante un día entero a pesar de la alarma producida y de la persecución iniciada. A la mañana siguiente se hallaba en una zanja, en las proximidades de una pequeña aldea. Quizá confiara en sustraer algunos víveres y ropas para cambiar su uniforme de presidiario. Estando en la zanja, vio a una mujer huyendo de una casa que se incendiaba y la oyó gritar angustiosamente para que ayudaran a su hijo atrapado en el piso superior. Pero nadie respondió a su llamado. Entonces el preso fugitivo salió de su escondite, entró en la casa incendiada y con el rostro chamuscado y sus ropas ardiendo salvó al niño de las llamas y se lo entregó a la madre. Por supuesto, apareció un gendarme que lo arrestó inmediatamente y lo envió de nuevo a la cárcel. Sobre este hecho se informó en todos los diarios franceses, pero ni uno solo pidió la libertad del preso. Si hubiera protegido a un carcelero del ataque de un compañero de cárcel, lo hubieran proclamado héroe. Pero su gesto fue un acto simplemente humano; no promovía el ideal del Estado. Él mismo no lo atribuyó a una repentina inspiración de la gracia divina, y esto fue suficiente para que se lo olvidara. Tal vez hayan añadido a su condena seis meses o un año más por “el robo de bienes del Estado”; es decir, por el robo del uniforme de preso con el que huyó. En Francia no se considera delito la fuga misma, pero llevarse la camisa del fisco constituye un “robo”.

unos pocos años, realizar una gran cantidad de trabajos muy útiles, que únicamente las grandes asociaciones pueden llevar a cabo (cartas geográficas; construcción de refugios y apertura de caminos en las montañas; estudios de animales, de insectos nocivos, de la migración de aves, etc.), sino que han creado también nuevos lazos entre los hombres. Dos alpinistas de diferente nacionalidad que se encuentran en un refugio en el Cáucaso, o el profesor y el campesino ornitólogo, que se alojan bajo un mismo techo, ya no se sienten dos extraños. Y la “Sociedad del Tío Toby”, de New Castle, que ha inducido a más de trescientos mil niños y niñas a que nunca destruyan los nidos de pájaros y a ser gentiles con todos los animales, no hay duda de que ha hecho bastante más por el desarrollo de los sentimientos humanos y del gusto por las ciencias naturales que muchos moralistas y que la mayoría de nuestras escuelas.

No podemos omitir, ni siquiera en este breve repaso, a las miles de sociedades científicas, literarias, artísticas y educativas. Hasta ahora, los organismos científicos, estrechamente controlados por el Estado y que con frecuencia están subvencionados por él, por lo general se mueven en un ámbito restringido y, a menudo, se consideran como meras vías de acceso para obtener nombramientos, mientras que la propia estrechez de sus círculos genera envidias mezquinas. Pero, con todo, es indudable que tales sociedades nivelan hasta cierto punto las diferencias de nacimiento, de pertenencias políticas o de creencias. Y en las ciudades pequeñas y apartadas, las sociedades científicas, geográficas, musicales, etc., especialmente aquellas que se dirigen a un círculo de aficionados más o menos amplio, se convierten en pequeños centros de vida intelectual y en una especie de vínculo que une a la pequeña localidad con el vasto mundo, y un lugar donde se encuentran en un pie de igualdad personas de condiciones muy diferentes. Para apreciar la importancia de tales centros es necesario conocerlos, por ejemplo, en Siberia.

En cuanto a las innumerables sociedades educativas y que solo ahora comienzan a destruir el monopolio de la iglesia y el Estado en la enseñanza, es seguro decir que pronto adquirirán una importancia dominante en este orden de cosas. Debemos ya a las “Asociaciones Froebel” el sistema de jardines de infantes, y a una serie de sociedades educativas, formales e informales, debemos el nivel elevado de la educación femenina en Rusia⁵¹⁵. Como es sabido, a las diferentes sociedades pedagógicas de Alemania les corresponde la parte principal en la elaboración de los métodos modernos de enseñanza en las escuelas populares. Esas asociaciones son también el mejor sostén de los maestros. ¡Cuán infeliz se sentiría sin su ayuda el maestro rural, recargado de trabajo y mal retribuido!⁵¹⁶

⁵¹⁵ La Academia Femenina de Medicina (que dio a Rusia la mayor parte de sus primeras setecientas médicas tituladas); las cuatro universidades femeninas (con mil estudiantes en 1887, cerradas ese mismo año y reabiertas en 1895); y la Escuela Superior de Comercio para Mujeres fueron íntegramente obra de esas sociedades privadas. A estas mismas sociedades debemos el elevado nivel que alcanzaron los gimnasios femeninos desde su fundación, alrededor del año 1860. Cerca de cien gimnasios, diseminados por todo el imperio, y que contaban con unas setenta mil estudiantes, corresponden a las *High Schools* para niñas de Inglaterra, con la diferencia de que todos los docentes de los gimnasios rusos tienen que tener educación universitaria, cosa que no ocurre en Inglaterra.

⁵¹⁶ La *Verein für Verbreitung gemeinnützlicher Kenntnisse* [Unión Alemana para la Difusión de Conocimientos, sin fines de lucro], aunque en total cuenta solo con cinco mil quinientos miembros, ya en los primeros años después de su apertura (1895) abrió más de mil bibliotecas públicas y escolares, organizó miles de conferencias y editó un gran número de libros útiles.

Todas estas asociaciones, sociedades, hermandades, alianzas, institutos, etcétera, que se pueden contar por decenas de miles solo en Europa, y cada una de las cuales representa una masa enorme de trabajo voluntario, desinteresado, impago o pobremente retribuido ¿qué son sino manifestaciones, en formas infinitamente variadas, de esa necesidad, siempre viva en las personas, de ayuda y apoyo mutuos? Durante casi tres siglos se ha impedido que la gente se tendiera las manos mutuamente, ni aun con fines literarios, artísticos o educativos. Las sociedades podían formarse solamente bajo la protección del Estado o de la Iglesia, o hacerlo como sociedades secretas a semejanza de la masonería. Pero ahora que esta resistencia se ha quebrado, surgen por todas partes, abarcando las ramas más diversas de la actividad humana y empiezan a adquirir carácter internacional, e indudablemente contribuyen —en un grado que aún no apreciamos plenamente— al quebrantamiento de las barreras entre nacionalidades erigidas por los Estados. A pesar de la envidia, a pesar del odio provocado por los fantasmas de un pasado en descomposición, la conciencia de la solidaridad internacional crece, tanto entre algunos hombres progresistas como entre las masas obreras, ya que ellas han conquistado el derecho a mantener relaciones internacionales. Y no cabe duda de que este espíritu de creciente solidaridad ha tenido ya alguna influencia para soslayar la guerra entre los Estados europeos en los últimos treinta años. Y después de la cruel lección recibida por Europa y en parte por América en la última guerra de cinco años, es indudable que la voz del sano juicio, poniendo freno a la explotación de unos pueblos por otros, hará imposible por mucho tiempo otra guerra semejante.

Es necesario mencionar también aquí a las sociedades caritativas religiosas que constituyen todo un mundo. No cabe la menor duda de que la mayoría de sus miembros está movida por los mismos sentimientos de ayuda mutua que son comunes a toda la humanidad. Por desgracia, los maestros religiosos prefieren atribuir un origen sobrenatural a tales sentimientos. Muchos de ellos pretenden que las personas no puede inspirarse conscientemente en las ideas de ayuda mutua, en tanto no estén iluminadas por las doctrinas de esa religión especial que representan y, junto con San Agustín, la mayoría de ellos no reconocen la existencia de esos sentimientos en los “salvajes paganos”. Además, mientras que el cristianismo primitivo, como todas las otras religiones, era un llamado a los sentimientos ampliamente humanos de ayuda mutua y de solidaridad, la Iglesia Cristiana ha ayudado al Estado a destruir todas las instituciones de ayuda y apoyo mutuo que existían antes o que se habían desarrollado fuera de ella; en lugar de la *ayuda mutua* que todo salvaje consideraba como un *deber* hacia sus semejantes, la Iglesia cristiana ha predicado la *caridad*, que presupone *inspirada desde la divinidad* y que, en consecuencia, implica una cierta superioridad de quién la da sobre quién la recibe, en lugar de reconocer la *igualdad común* al género humano, en virtud de la cual la *ayuda mutua es un deber*. Con estas limitaciones, y sin intención alguna de ofender a aquellos que se consideran pertenecientes a un cuerpo elegido cuando realizan un acto simplemente humano, podemos considerar, naturalmente, al enorme número de asociaciones religiosas de caridad como resultado de la misma tendencia a la ayuda mutua.

Todos estos hechos demuestran que la búsqueda irracional de la satisfacción de los intereses personales, sin tener en cuenta las necesidades de los demás, no es la única característica de la vida moderna. Junto a esas corrientes que orgullosamente reclaman el liderazgo de los asuntos humanos, observamos la dura lucha que sostienen las poblaciones rurales e industriales con el fin de reintroducir instituciones estables de ayuda y apoyo mutuos; y descubrimos en todas las clases de la sociedad un movimiento ampliamente extendido hacia el establecimiento de una infinita variedad de instituciones, más o menos permanentes, con el mismo fin. Pero, cuando de la vida pública pasamos a la vida privada de los individuos modernos, descubrimos otro amplio mundo de ayuda y apoyos mutuos, que pasa inadvertido para la mayoría de los sociólogos porque está limitado al círculo estrecho de la familia y de la amistad personal⁵¹⁷.

Bajo el sistema moderno de vida social, todos los lazos de unión entre los habitantes de una misma calle o vecindario han desaparecido. En los barrios ricos de las grandes ciudades, las personas viven sin saber siquiera quién es su vecino. Pero, en las callejuelas densamente pobladas, todos se conocen y se encuentran en permanente contacto. Naturalmente, en las callejuelas, como en todas partes, existen las pequeñas rencillas, pero se desarrollan también agrupamientos de acuerdo a afinidades personales, y dentro de ellos se practica la ayuda mutua en una proporción de la que las clases ricas no tienen idea. Si, por ejemplo, nos detenemos a mirar a los niños de un barrio pobre, que juegan en la calle, en el cementerio (en Londres se ve esto a menudo) o en un potrero, observaremos en seguida que entre ellos existe una estrecha unión, a pesar de las peleas ocasionales, y que esta unión los preserva de toda suerte de desgracias. Basta que algún chico curioseando se incline sobre un sumidero para que un compañero de juego le grite: “¡Cuidado, que en ese agujero está la fiebre!”, “¡No trepes por esa pared que por el otro lado pasa el tren!”, “¡No te acerques a la zanja!”, “¡No comas esto, es venenoso!”. Esas son las primeras lecciones que el chico recibe cuando se une con sus compañeros en la calle. ¡Cuántos niños a quienes sirven de lugar de juego la calzada de las “viviendas modelo para obreros”, o los muelles y los puentes sobre los canales, perecerían bajo las ruedas de los carros o ahogados en agua fangosa si entre ellos no existiera esta clase de ayuda mutua! Si, a pesar de todo, algún chiquito cae en la fosa sin barandilla del patio de cualquier lechero, o una nena resbala y cae en un canal, la banda callejera arma tal griterío que todo el vecindario corre a ayudarlos. De todo esto hablo por experiencia personal.

⁵¹⁷ Muy pocos sociólogos prestaron atención a este fenómeno. Uno de ellos fue el Dr. [Rudolf von] Jhering, y su obra sobre este tema es muy instructiva. Cuando este gran jurista alemán inició su obra filosófica *Der Zweck im Rechte*, se disponía a analizar “las fuerzas activas hombre social”. Ante todo, consideró la influencia de las “fuerzas egoístas”, incluyendo el sistema moderno de salario y coerción, “en toda la variedad de nuestras leyes políticas y sociales”. Y de acuerdo con el plan de su trabajo cuidadosamente elaborado, se disponía a dedicar el último capítulo a las fuerzas morales —al sentimiento del deber y del amor mutuo— que contribuyen al mismo fin. Pero cuando empezó a juzgar la importancia social de estas dos fuerzas activas, se vio obligado a consagrarles, en lugar de un solo capítulo, todo el segundo tomo, dos veces más voluminosos que el primero; y solo logró considerar los factores personales, a los que dedicamos en los capítulos precedentes nada más que algunas líneas. L. Dargun basó su obra *Egoismus und Altruismus in der Nationalökonomie*, Leipzig, 1885, sobre la misma idea, agregando algunos hechos nuevos. *Liebe*, de Büchner, y las paráfrasis de este libro aparecidas en Inglaterra y América sin indicación de su fuente, se refieren al mismo tema.

Viene luego la unión de las madres: “No puede usted imaginarse (me escribió hace poco una doctora inglesa que vivía en un barrio pobre de Londres) cuánto se ayudan entre ellas. Si una mujer no ha preparado, o no ha podido preparar, lo necesario para el bebé que espera —¡y cuán a menudo sucede esto!—, todo el vecindario llevará algo para el recién nacido. Al mismo tiempo, una de las vecinas se hace cargo del cuidado de los niños y otra cuida la casa durante el tiempo que la madre debe permanecer en cama”. Es este un fenómeno general y es mencionado por todos los que han vivido entre los pobres. Las madres se apoyan mutuamente de mil pequeñas maneras y cuidando de niños que no son los propios. Es necesario un cierto entrenamiento —bueno o malo, que lo juzguen ellas mismas— para que una dama perteneciente a las clases ricas pueda pasar junto a niños que tiritan de frío y están hambrientos sin notarlo. Pero las madres de las clases pobres no tienen esa formación. No pueden soportar el ver a un chico hambriento; *deben* alimentarlo, y así lo hacen. “Cuando los niños que van a la escuela piden pan, raramente, o más bien nunca, reciben una negativa”, me escribe otra amiga, que trabajó durante algunos años en White-Chapel, en relación con un club obrero. Pero mejor será transcribir algunos fragmentos de su carta:

Es una regla general entre los trabajadores el cuidar a los vecinos enfermos, sin que haya ninguna clase de retribución. Además, cuando una mujer que tiene niños pequeños se va al trabajo, otra madre siempre se ocupa de ellos.

Si los miembros de la clase trabajadora no se ayudaran mutuamente, no podrían vivir. Conozco familias que se ayudan constantemente, con dinero, alimentos, combustible, en la crianza de los niños, en casos de enfermedad y en casos de muerte.

Entre los pobres la diferencia entre lo “mío” y lo “tuyo” es mucho menos estricta que entre los ricos. Los zapatos, los vestidos, los sombreros, etc. —en una palabra, todo lo que se puede necesitar en un momento dado— se los prestan constantemente entre sí, como así también todo tipo de enseres del hogar.

Durante el invierno pasado [1894], los miembros del *United Radical Club* reunieron entre ellos una pequeña suma de dinero y empezaron después de Navidad a distribuir gratuitamente sopa y pan a los niños que concurrían a la escuela. Gradualmente, el número de niños que alimentaban alcanzó hasta 1.800. Las donaciones llegaban de fuera, pero todo el trabajo recaía sobre los hombros de los miembros del club. Algunos de ellos —aquellos que estaban sin trabajo— iban a las cuatros de la mañana para lavar y pelar las verduras; cinco mujeres venían a las nueve o diez de la mañana (después de haber terminado las tareas de su hogar) a cocinar, y se quedaban hasta las seis o siete de la tarde para lavar la vajilla. Durante la hora del almuerzo, entre las doce y la una y media, venían de veinte a treinta obreros a servir la sopa; y cada uno lo hacía robando el tiempo a su horario de almorzar. Este trabajo se prolongó dos meses, y nadie recibió un pago por esto.

Mi amiga cita también diferentes casos particulares, de los cuales menciono los más típicos:

La niña Annie W. fue entregada por su madre a una anciana de la calle Wilmot para que la alojara. Cuando murió la madre de Annie, la anciana, que era muy pobre, se siguió haciendo cargo de la niña a pesar de que nadie le pagaba un centavo. Cuando también murió también la anciana, la niña, que tenía entonces cinco

años y que había sido desatendida durante la enfermedad de su protectora, estaba harapienta; pero fue recogida por la Señora S., esposa de un zapatero, que ya tenía seis hijos. Últimamente, cuando el zapatero cayó enfermo, ninguno de ellos tuvo mucho para comer.

Hace unos días, la Sra. M., madre de seis niños, asistió a la Sra. M. durante toda su enfermedad y alojó en su casa al hijo mayor... Pero, ¿necesita usted conocer estos hechos? Son bastante comunes... Conozco también a la Sra. D. (en Oval Hackney Road) que tiene una máquina de coser y que continuamente cose para otros, sin aceptar retribución alguna, a pesar de que debe cuidar a cinco niños y al esposo..., etc.

Para todo aquel que tenga una pequeña idea de la vida de las clases obreras, resulta evidente que si en su medio no se practicara en gran escala la ayuda mutua, nunca podrían vencer sus dificultades. Solamente gracias a la suerte es que una familia obrera puede pasar la vida sin atravesar por los duros momentos como los que fueron descritos por el fabricante de cintas Joseph Gutteridge en su autobiografía⁵¹⁸. Y, si en tales circunstancias, no todas se arruinan, se lo deben a la ayuda mutua. Una vieja enfermera, que vivía ella misma en la pobreza, ayudó a Gutteridge en el momento en que su familia se acercaba a la catástrofe y le consiguió a crédito pan, carbón y ropa de cama. En otros casos será algún otro el que ayude, o los vecinos se unirán para salvar a la familia. Pero, si los pobres no tuvieran alguna ayuda de otros pobres, ¡cuantos más caerían en la ruina irreparable!⁵¹⁹

Samuel Plimsoll, famoso en Inglaterra por su campaña contra los grupos que aseguraban naves podridas e inútiles que eran enviadas al mar con la esperanza de que se hundieran para cobrar la prima de seguro, después de haber vivido algún tiempo entre pobres con solo siete chelines y seis peniques por semana, se vio obligado a reconocer que los buenos sentimientos que tenía hacia los pobres cuando comenzó con esa forma de vida “se cambiaron en respeto y admiración cordiales”, al comprobar hasta qué punto las relaciones entre los pobres están impregnadas de ayuda y apoyo mutuo, y aprendió las formas sencillas en las que se presta este apoyo. Después de muchos años de experiencia llegó a la conclusión de que si se

⁵¹⁸ *Light and Shadows in the Life of an Artisan*, por Joseph Gutteridge, Coventry, 1893.

⁵¹⁹ Los ricos casi nunca alcanzan a comprender de qué modo los pobres pueden ayudarse entre sí, puesto que no se imaginan de qué cantidad insignificante de alimento o dinero dependen a menudo sus existencias. Lord Shaftesbury comprendió plenamente esta terrible verdad cuando fundó su “Fondo de Floristas y Vendedoras de Berro”. De este fondo se concedían préstamos, a razón de una y, raramente, de hasta de dos libras esterlinas, para proporcionar a la muchacha caída en la miseria al comienzo del invierno, la posibilidad de comprarse un cesto y algunas flores e iniciar su comercio. Los préstamos se concedían a las muchachas que, según Shaftesbury, no tenían ni siquiera una moneda de seis peniques y, sin embargo, encontraban siempre fiadores entre los pobres. “De todos los movimientos en que tuve oportunidad de participar —escribió más adelante— considero este como el de más éxito... Comenzó en el año 1872 y concedimos de ochocientos a mil préstamos, y durante todo este tiempo no perdimos ni siquiera cincuenta libras esterlinas; perdimos cantidades despreciables, y eso por causas tan disculpables como las muerte o enfermedad, pero nunca debido a un engaño”. (*The Life and Work of the Seventh Earl of Shaftesbury*, por Edwin Hodder, t. III, pág. 322, Londres, 1885-86). Sobre algunos hechos semejantes véase *Life and Labour in London*, vol. I, de Ch. Booth; en “Pages from a Work Girl’s Diary”, de Miss Beatrice Potter (*The Nineteenth Century*, septiembre de 1888, pág. 310), etc.

piensa en esto, “resulta que estos hombres son como la gran mayoría de la clase obrera”⁵²⁰. Hacerse cargo de los huérfanos, incluso por parte de las familias más pobres, es una práctica tan extendida que se puede considerar una regla general; así, después de la explosión de gases de las minas de Warren Vale y Lund Hill, se reveló que “casi un tercio de los mineros muertos, como pueden atestiguar los respectivos comités, mantenían a otros parientes, además de a sus esposas e hijos”. “¿Ha reflexionado usted —agrega Plimsoll— qué significa este hecho? No dudo de que semejante fenómeno no sea raro entre ricos o entre personas acomodadas. Pero tengamos en cuenta la diferencia”. Consideremos lo que significa, para un obrero que gana 16 chelines por semana y que mantiene con estos módicos recursos a una esposa y a veces cinco o seis hijos, aportar un chelín para ayudar a la viuda de un camarada o contribuir con seis peniques para ayudar a pagar a un compañero el gasto de un funeral. Pero este tipo de suscripciones son una práctica generalizada entre los obreros de todo el mundo, incluso para casos mucho más simples que la muerte en una familia, y ayudar con trabajo es la cosa más común en sus vidas.

Las mismas prácticas de ayuda y apoyo mutuos no faltan tampoco entre las clases más ricas, como lo indica Plimsoll para las clases sociales⁵²¹. Naturalmente, cuando se piensa en la crueldad con la que a menudo los empleadores más ricos tratan a los obreros, uno se siente inclinado a adoptar una visión más pesimista de la naturaleza humana. Muchos probablemente recuerdan todavía la indignación provocada por la actitud de los dueños de las minas durante la gran huelga de Yorkshire, en 1894, cuando se procesó a viejos mineros por recoger carbón en un pozo abandonado. Y aun dejando a un lado los horrores de los períodos de lucha y de guerra social como, por ejemplo, el exterminio de miles de obreros prisioneros luego de la caída de la Comuna de París, ¿quién puede leer las revelaciones de Investigación laboral sobre el trabajo realizada hacia 1840 en Inglaterra, o lo que escribió Lord Shaftesbury sobre “el espantoso despilfarro de vidas humanas en las fábricas adonde son destinados niños recogidos en los asilos de pobres, o simplemente comprados en todo el país para venderlos como esclavos a las fábricas”⁵²². ¿Quién puede leer todo esto sin sorprenderse por la bajeza de la que es capaz una persona cuando la codicia está en juego? Pero también hay que decir que sería erróneo atribuir ese comportamiento exclusivamente a la criminalidad de la naturaleza humana. ¿Acaso hasta una época reciente

⁵²⁰ Samuel Plimsoll, *Our Seamen. An appeal*, Londres, 1873, pág. 110, pág. 80.

⁵²¹ Samuel Plimsoll, ob. cit., pág. 78: “No es mi intención despreciar a los ricos, pero pienso que existen fundamentos suficientes para dudar del desarrollo pleno de semejantes cualidades en ellos. A pesar de que pocos desconocen las exigencias que los parientes pobres tienen justa o injustamente, hablamos aquí de un asunto diferente. Las cualidades altruistas de los ricos no están sometidas a un ejercicio constante. Parece que la riqueza, en muchos casos, actúa como corruptora: no es que se restrinjan las simpatías de los poseedores de riquezas, sino que adquieren, por así decirlo, tinte de clase: se estratifican. Se reservan solamente para los sufrimientos de su propia clase y también para las preocupaciones de los hombres que ocupan una posición superior. Los ricos raramente prestan atención a las capas inferiores, y están inclinados a admirar más bien un acto de coraje que las manifestaciones cotidianas de fortaleza y de bondad que caracterizan la vida de los obreros ingleses”. Y de los obreros de todo el mundo, agregó yo.

⁵²² *Life of the Seventh Earl of Shaftesbury*, por Edwin Hodder, I, pág. 137-138.

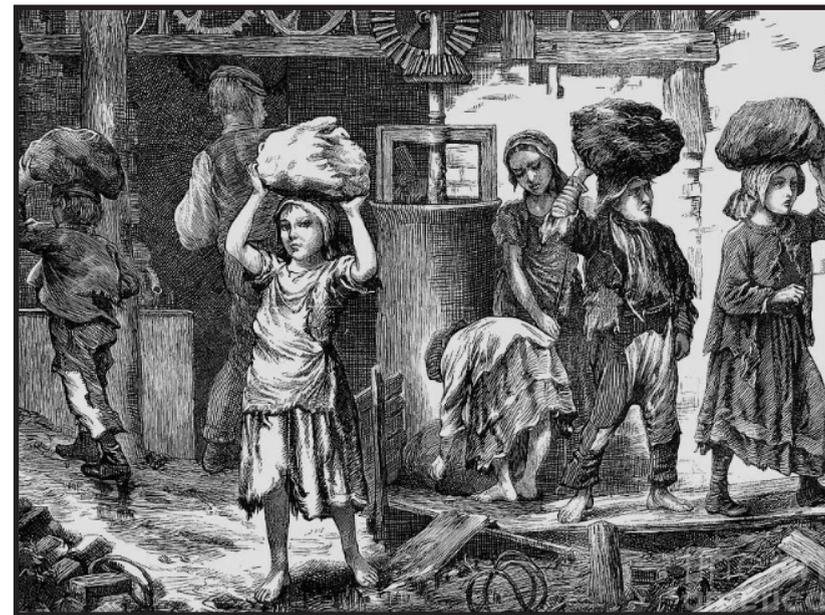
los hombres de ciencia, y hasta una parte importante del clero no difundían doctrinas que inculcaban desconfianza y desprecio, y casi el odio, hacia las clases más pobres? ¿Acaso los hombres de ciencia no decían que desde la abolición de la servidumbre nadie tendría que ser pobre salvo que lo sea a causa de sus propios vicios? ¡Y qué pocos en la Iglesia se atrevieron a vituperar a estos infanticidas, mientras que la mayoría enseñaba que los sufrimientos de los pobres y hasta la esclavitud de los negros eran parte de la Providencia Divina! ¿Acaso el anticonformismo inglés no fue, en gran medida, la protesta del pueblo contra la relación cruel con los pobres impuesta por la Iglesia del Estado?

Con tales guías espirituales no es de extrañar que los sentimientos de las clases pudientes, como observó M. Plimsoll, debieron, no tanto embotarse, sino “estratificarse”. Los ricos raramente descienden hasta los pobres, de los que la gente acomodada está separada por su modo de vida y de quienes ignoran los mejores aspectos de su vida cotidiana. Pero también entre los ricos, teniendo en cuenta los efectos de la pasión por acumular y los gastos inútiles que les impone su propio modo de vida, en el círculo de la familia y de los amigos observan las mismas prácticas de ayuda y apoyo mutuos que los pobres. El Dr. Ihering y L. Dargun tienen plena razón al decir que si se hiciera un registro estadístico del dinero que pasa de mano en mano en forma de préstamos y de ayudas amistosas, la suma general resultaría enorme, aun en comparación con las transacciones del comercio mundial. Y si pudiéramos agregar a esto —como deberíamos hacer— los gastos de hospitalidad, los pequeños servicios mutuos, la gestión de asuntos ajenos, regalos y actos de caridad, nos daríamos cuenta de la importancia que esas transferencias tienen en la economía nacional. Aun en el mundo dirigido por el egoísmo comercial la frecuente frase: “Esta firma nos ha tratado duramente” demuestra que hasta en el ambiente comercial existe también el trato amistoso, opuesto al duro, es decir al trato basado en la ley. Todo comerciante sabe cuántas empresas se salvan por año de la ruina gracias al apoyo amistoso prestado por otras empresas.

Si nos referimos a las obras de caridad y a la cantidad de trabajo para el bienestar general aportado voluntariamente, por tantas personas acomodadas, así como por los trabajadores y, en especial, por los profesionales, todo el mundo sabe qué papel desempeñan estas dos categorías benefactoras en la vida moderna. Si el deseo de adquirir notoriedad, poder político o distinción social a menudo estropea su verdadero carácter, es indudable que en la mayoría de los casos el impulso proviene de los mismos sentimientos de ayuda mutua. Los hombres que han adquirido riquezas, con frecuencia no hallan en ellas la satisfacción esperada. Otros empiezan a sentir que, a pesar de lo que digan los economistas acerca de que la riqueza es la recompensa de la capacidad, su recompensa es demasiado grande. La conciencia de la solidaridad humana se despierta en ellos; y a pesar de que la vida social está organizada para sofocar este sentimiento con miles de métodos arteros, a menudo se impone; y entonces tratan de hallar una salida para esta necesidad profundamente humana, entregando su fortuna o sus fuerzas a algo que según su opinión contribuirá al desarrollo del bienestar general.

En resumen, ni los poderes aplastantes del Estado centralizado, ni las enseñanzas de odio mutuo y de lucha despiadada que provienen, adornadas con atributos científicos, de filósofos y sociólogos obsequiosos pudieron extirpar el sentimiento de solidaridad humana, profundamente enraizado en la conciencia y el corazón humanos, porque está nutrido por toda nuestra evolución precedente. *Aquello que ha sido resultado de la evolución, comenzando desde sus primeras etapas, no puede ser superado por uno de los aspectos de esa misma evolución.* Y la necesidad de ayuda y apoyo mutuos que últimamente se había ocultado en el círculo estrecho de la familia, entre los vecinos de los barrios bajos, en la aldea o en las uniones secretas de obreros, se reafirma de nuevo, incluso en nuestra sociedad moderna y proclama su *derecho a ser, como siempre lo ha sido, el motor principal hacia un mayor progreso.*

Tales son las conclusiones a las que necesariamente llegamos después de un examen cuidadoso de cada grupo de hechos enumerados brevemente en los dos últimos capítulos.



El trabajo infantil en la Inglaterra victoriana

CONCLUSIÓN



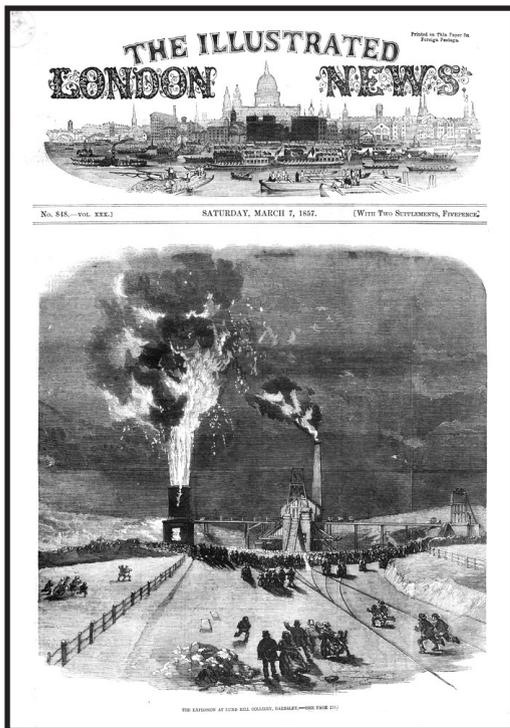
Rescate en el mar

Si tomamos ahora lo que nos enseña el examen de la sociedad moderna en relación con los hechos que señalan la importancia de la ayuda mutua en la evolución del mundo animal y de la humanidad, podemos extraer de nuestras investigaciones las siguientes conclusiones:

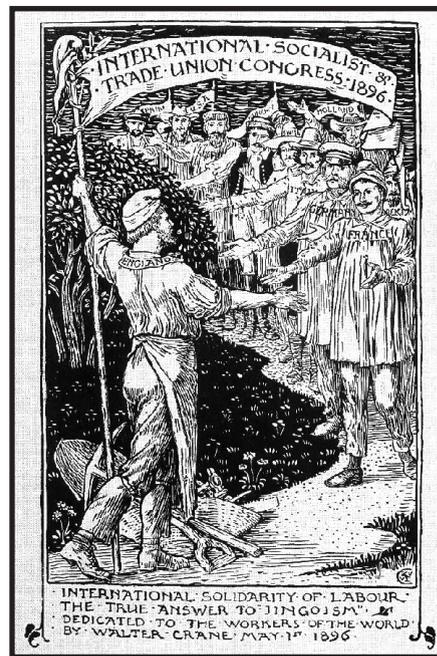
En el mundo animal hemos visto que la enorme mayoría de las especies viven en sociedades y que encuentran en la asociación la mejor arma para la lucha por la existencia, entendiendo, naturalmente, este término en el amplio sentido darwiniano, no como una mera lucha por los medios de existencia, sino como lucha contra todas las condiciones naturales desfavorables para la especie. Las especies animales en las que la lucha entre los individuos se ha reducido a sus límites más estrechos y en las que la práctica de la ayuda mutua ha alcanzado el máximo desarrollo, invariablemente son las especies más numerosas, las más prósperas y la más abiertas al progreso. La protección mutua, lograda en esos casos, la posibilidad de llegar a la vejez y acumular experiencia, el mayor desarrollo intelectual y el crecimiento de los hábitos sociales, aseguran la conservación de la especie, su difusión y su evolución progresiva. Por el contrario, las especies no sociales, en la enorme mayoría de los casos, están condenadas a la decadencia.

Pasando luego al hombre, lo hemos visto viviendo en clanes y tribus, ya en la aurora de la Edad de Piedra; hemos visto una serie de instituciones y costumbres sociales desarrolladas durante el estado salvaje primitivo, en el clan y en la tribu. Y hemos hallado que los más antiguos hábitos y costumbres tribales dieron a la humanidad, en embrión, todas las instituciones que determinaron, más tarde, las principales líneas de progreso. De la tribu salvaje nació la comuna aldeana bárbara, y un nuevo círculo aún más amplio de costumbres e instituciones sociales, muchas de las cuales subsisten en nuestra época, se desarrolló a la sombra de la posesión y la defensa en común de un determinado territorio, bajo la jurisdicción de la asamblea comunal aldeana y en las federaciones de aldeas que pertenecían, o que se suponían pertenecientes a un mismo linaje. Y cuando nuevas necesidades indujeron a los hombres a comenzar nuevamente, lo hicieron en las ciudades, que constituían una doble red de unidades territoriales (comunidades aldeanas) conectadas con las gildas surgidas de las prácticas comunes en un determinado arte u oficio, o para la defensa y el apoyo mutuos. Ya hemos considerado en dos capítulos, el quinto y el sexto, cuán enormes fueron los éxitos del saber, del arte y de la educación en general en las ciudades medievales que tenían derechos populares.

Y finalmente, en los dos últimos capítulos se han reunido hechos que demuestran que, aunque el crecimiento del Estado según el modelo de la Roma imperial había puesto fin violentamente a todas las instituciones medievales de apoyo mutuo, y creó una nueva forma de asociación, sometiendo toda la vida de la población a su autoridad, este nuevo aspecto de la civilización no podía durar. El Estado, basado en agregados laxos de individuos y que pretendía constituirse en el único principio de unión, *no respondió a su objetivo*. La tendencia al apoyo mutuo rompió sus reglas férreas y reapareció y se afirmó nuevamente en una infinita variedad de asociaciones que tienden a abarcar todas las manifestaciones de vida, y a tomar posesión de todo lo que necesitan las personas para vivir y reparar las pérdidas



Explosión en la mina de carbón de Lund Hill en 1857



Cartel del Congreso Socialista Internacional de 1896

causadas por la vida: crear un cuerpo viviente, en lugar del mecanismo muerto, sometido a la voluntad de los funcionarios.

Sin ninguna duda, podemos notar que la ayuda mutua, aunque representa una de las grandes fuerzas activas de la evolución, es decir, del desarrollo progresivo de la humanidad, no es más que uno de los diferentes niveles de relaciones entre los hombres. Al lado de esta corriente, por poderosa que sea, existe, y siempre ha existido, la potencia del individuo. Aparece en los esfuerzos por alcanzar la superioridad personal o de casta en las relaciones económicas, políticas o espirituales. Pero se encuentra también en una actividad más importante, aunque menos visible: la tendencia del individuo a romper los vínculos, que siempre propenden a cristalizarse y a petrificarse, impuestos por la familia, la comunidad campesina, la ciudad o el Estado. En otras palabras, en la sociedad humana, la afirmación del individuo representa también un elemento de progreso.

Es evidente que ninguna revisión de la evolución puede ser completa si no se consideran estas dos corrientes dominantes. Pero el caso es que la autoafirmación del individuo o de grupos de individuos, sus luchas por la superioridad y los conflictos que se derivan de ellas, ya fueron, desde épocas inmemoriales, analizados, descriptos y glorificados. De hecho, hasta la época actual, solo esta corriente ha recibido la atención de los poetas épicos, analistas, historiadores y sociólogos. La historia, como ha sido escrita hasta ahora, es casi íntegramente la descripción de los métodos y medios con cuya ayuda la teocracia, el poder militar, la autocracia y más tarde las clases pudientes establecieron, promovieron y conservaron sus gobiernos. La lucha entre estas fuerzas constituye, en realidad, la esencia de la historia. Podemos considerar, por esto, que la importancia del factor individual en la historia de la humanidad es sobradamente conocida, a pesar de que en este dominio queda un vasto campo de nuevos estudios en el sentido que acabamos de indicar.

Al contrario, el factor de la ayuda mutua hasta ahora se ha perdido de vista; los escritores de la generación actual y de la anterior simplemente lo negaron o incluso se burlaron de él. Darwin, hace ya medio siglo, señaló brevemente la importancia de la ayuda mutua para la conservación y el desarrollo progresivo de los animales. Pero, ¿quién volvió a esa idea desde entonces? Sencillamente se empeñaron en olvidarla. Por lo tanto, era necesario, antes que nada, establecer el papel enorme que ha jugado la ayuda mutua en la evolución del mundo animal como en el de las sociedades humanas. Solo después que esta importancia sea plenamente reconocida será posible la comparación entre estos dos factores.

Evidentemente, es imposible efectuar, con un método más o menos estadístico, siquiera una apreciación grosera de su importancia relativa. Una sola guerra, como todos sabemos, puede producir más mal, inmediato o subsiguiente que el bien que pueden producir centenares de años de acción irrestricta del principio de ayuda mutua. Pero cuando vemos que en el mundo animal el desarrollo progresivo y la ayuda mutua van de la mano, mientras que la guerra interna dentro de una especie, por lo contrario, va acompañada por un “desarrollo regresivo”, es decir, la decadencia de la especie; cuando observamos que para las personas hasta el éxito en la lucha y la guerra es proporcional al desarrollo de la ayuda mutua en cada una de las dos partes en lucha, sean estas naciones, ciudades, tribus o partidos, y que, en el curso de la evolución, la propia guerra (hasta cierto punto) se ha hecho al servicio de la ayuda mutua dentro de una nación, ciudad o tribu, ya tenemos una idea de la influencia predominante de la ayuda mutua como factor de progreso.

Pero vemos también que la práctica de la ayuda mutua y su desarrollo subsiguiente crearon condiciones mismas de la vida en sociedad, en la que la humanidad pudo desarrollar sus oficios y artes, su ciencia, su inteligencia, su espíritu creador; y vemos que los períodos de mayor desarrollo de las instituciones basadas en la tendencia a la ayuda mutua fueron los períodos de mayor progreso en las artes, la industria y la ciencia. De hecho, el estudio de la vida interior de las ciudades medievales y de las antiguas ciudades de Grecia revela que la combinación de la ayuda mutua, tal como se practicaba en la guilda o el clan griego —con una amplia iniciativa que se dejaba al individuo y al grupo mediante el principio federativo— dio a la humanidad los dos grandes períodos de su historia: el de la antigua ciudad griega y el de la ciudad medieval; mientras que la destrucción de esas instituciones, realizadas durante los períodos estatales que siguieron, correspondió en ambos casos a una rápida decadencia.

En cuanto al súbito progreso industrial que se realizó en el siglo XIX y que suele atribuirse al triunfo del individualismo y de la competencia, no cabe duda de que tiene un origen más profundo. Después de que se hicieran los grandes descubrimientos del siglo XV, en especial el de la presión atmosférica, apoyados por una serie de avances en el campo de la física —que fueron producto de la organización de la ciudad medieval— la invención de la máquina a vapor, y toda la revolución provocada por la aplicación de esa nueva fuerza motriz, fueron una consecuencia necesaria. Si las ciudades medievales hubieran subsistido para llevar sus descubrimientos hasta ese punto, las consecuencias éticas podrían haber sido diferentes, pero la misma revolución técnica y científica también hubiera sido inevitable. Solamente hubiera encontrado menos obstáculos. Queda pendiente la cuestión de si la decadencia general de las industrias que siguió a la destrucción de las ciudades libres y que fue especialmente notable en la primera mitad del siglo XVIII no retardó considerablemente la aparición de la máquina de vapor y la consiguiente revolución en el campo de las artes.

Considerando la rapidez asombrosa del progreso industrial en el período que se extiende desde el siglo XII hasta el siglo XV —en los tejidos, en el trabajo de metales, en la arquitectura, en la navegación— y reflexionando sobre los descubrimientos científicos a los cuales condujo este progreso industrial a fines del siglo XV, debemos preguntarnos si no se retrasó la humanidad en aprovechar plenamente todas estas conquistas cuando se produjo en Europa la decadencia general en las artes y en la industria, tras la caída de la civilización medieval. Seguramente, la desaparición de los artistas artesanos, como los que produjeron Florencia, Nüremberg y muchas otras ciudades, la decadencia de las grandes ciudades y la interrupción de las relaciones entre ellas no pudo favorecer a la revolución industrial. Y sabemos, por ejemplo, que James Watt, el inventor de la máquina a vapor moderna, empleó alrededor de doce años de su vida para hacer su invento utilizable, porque que no pudo hallar, en el siglo XVIII, lo que hubiera hallado fácilmente en la Florencia, Nüremberg o Brujas de la Edad Media; es decir, artesanos capacitados para plasmar sus diseños en metal y darles la precisión y el acabado artístico que son necesarios para la máquina de vapor.

De tal modo, atribuir el progreso industrial del siglo XIX a la guerra de uno contra todos, como se ha proclamado, significa razonar como el hombre que desconociendo las causas de la lluvia la atribuye a la víctima que ha inmolado ante un ídolo de

arcilla. Para el progreso industrial, lo mismo que para cualquier otra conquista en el campo de la naturaleza, la ayuda mutua y las relaciones estrechas sin duda fueron siempre más ventajosas que la lucha mutua.

Sin embargo, la importancia dominante del principio de ayuda mutua aparece principalmente en el campo de la ética. Que la ayuda mutua es la verdadera base de todas nuestras concepciones éticas, es algo bastante evidente. Pero cualesquiera que sean las opiniones que se tengan con respecto al origen del sentimiento o instinto de ayuda mutua —ya sea que se lo atribuya a una causa biológica o una sobrenatural— debemos rastrear su existencia hasta los estadios inferiores del mundo animal; a partir de estos estadios podemos seguir su evolución ininterrumpida y, pese a la gran cantidad de fuerzas que se le opusieron, a través de todos los grados del desarrollo humano, hasta la época presente. Aun las nuevas religiones que nacían de tiempo en tiempo —siempre en épocas en que el principio de ayuda mutua había decaído en las teocracias y los estados despóticos de oriente, o en la decadencia del Imperio Romano—, aun las nuevas religiones no fueron más que la reafirmación de ese mismo principio. Hallaron sus primeros partidarios entre los humildes, en las capas inferiores y oprimidas de la sociedad, donde el principio de la ayuda mutua es la base necesaria para la vida cotidiana; y las nuevas formas de unión que fueron introducidas en las primeras comunidades budistas y cristianas, en las hermandades moravas, etc., tuvieron *el carácter de retorno a las mejores formas de ayuda mutua de la vida tribal primitiva*.

Sin embargo, cada vez que se intentaba volver a este viejo principio, *su idea fundamental se ampliaba*. Desde el clan se extendió al linaje, de la federación de linajes a la nación y, por último —por lo menos idealmente—, a toda la humanidad. Al mismo tiempo, también se refinó. En el budismo primitivo, en el cristianismo primitivo, en los escritos de algunos maestros musulmanes, en los primitivos movimientos de la Reforma y, en especial, en los movimientos éticos y filosóficos del siglo XVIII y de nuestro propio tiempo, se afirma cada vez más vigorosamente el abandono de la idea de venganza o de “recompensa merecida”, así como la del bien por bien y de mal por mal. La concepción más elevada de “ninguna venganza por las ofensas” y la de “¡dar al prójimo sin contar! Darle más de lo que se piensa recibir” se proclaman como verdaderos principios de la moral, unos principios superiores a la mera “equivalencia”, equidad o justicia, y que conducen más rápidamente y mejor a la felicidad. Las personas son llamadas a guiarse en sus actos, no solo por el amor, que siempre es personal o, en el mejor de los casos, tribal, sino en la *percepción de su unidad con cada ser humano* y, por consiguiente, de una *igualdad de derecho general*. Y, además, en sus relaciones con los demás las personas deben dar sin medir sus propios actos por la razón y los sentimientos sino por la felicidad superior que se encuentra al hacerlo.

En la práctica de la ayuda mutua, cuyas huellas podemos seguir hasta los más antiguos rudimentos de la evolución, encontramos el origen positivo e indudable de nuestras concepciones éticas y podemos afirmar que el principal papel en el progreso ético de la humanidad fue desempeñado por la ayuda mutua y no por la lucha mutua. En la amplia difusión de estos principios, aun en la época presente, vemos también la mejor garantía de una evolución aún más elevada de nuestra especie.

I. ENJAMBRES DE MARIPOSAS, LIBÉLULAS, ETC. NECRÓFOROS⁵²³

M. C. Piepers publicó en *Natuurkundig Tijdschrift voor Neederlandsch Indië*, 1891, parte I, pág. 198 (resumida en *Naturwissenschaftliche Rundschau*, 1891, VI, pág. 573), interesantes investigaciones sobre los vuelos en masa de mariposas que se producen en las Indias Orientales Holandesas, al parecer bajo la influencia de fuertes sequías causadas por los monzones del oeste. Tales vuelos en masa suelen tener lugar durante los primeros meses después del comienzo de los monzones, y en ellos participan generalmente individuos de ambos sexos de *Catopsilia (Callidryas) crocale* Cr.⁵²⁴, pero a veces los enjambres están compuestos por individuos pertenecientes a tres especies diferentes del género *Euploea*. Aparentemente, uno de los fines de estos vuelos es la cópula. Es muy posible que estos vuelos no sean resultado de una acción concertada, sino más bien consecuencia de la imitación o del deseo de seguir a los demás.

Bates ha visto en el Amazonas a *Callidryas*⁵²⁵ amarillas y anaranjadas “reunidas en masas densas, a veces de dos a tres metros de circunferencia, con sus alas levantadas de modo que la orilla parece cubierta por abigarrados macizos de *Crocus*”. Sus colonias migratorias, que atravesaban el río de norte a sur, “no se interrumpían desde las primeras horas de la mañana hasta la puesta del sol” (*The Naturalist on the River Amazons*, pág. 131).

Las libélulas, durante sus grandes migraciones a través las pampas, se reúnen en cantidades enormes y sus colosales enjambres están compuestos por individuos pertenecientes a diferentes especies (Hudson, *The Naturalist in La Plata*, pág. 130 y ss.).

Las tucuras (*Zoniopoda tarsata*) destacan por su extraordinaria sociabilidad (Hudson, obra citada, pág. 125).

J.-H. Fabre, cuyos *Souvenirs entomologiques* (ocho pequeños volúmenes; París, 1879-1890) son bien conocidos, se ha esmerado en poner en duda lo que él llama, con más vehemencia que justicia “la anécdota de Clairville” sobre cuatro escarabajos necróforos⁵²⁶ llamados para ayudar en un entierro. Por supuesto, no discute el hecho de que varios necróforos colaboraran en el entierro; pero no quiere admitir (en este caso, como en otros similares, él cuestiona la inteligencia en los animales y solo quiere admitir el “instinto”) que haya habido colaboración inteligente. “Son trabajadores casuales”, dice, “nunca trabajadores requeridos. Se los recibe sin alboroto, pero tampoco con gratitud. No se los convoca, se los tolera” (vol. VI, p. 136).

⁵²³ Todo el texto referido a los escarabajos necróforos y a los peloteros fue agregado por Kropotkin en la versión francesa del *Apoyo mutuo* de 1906 pero, por razones que desconocemos, no se agregó en las versiones rusas. Atentos a que la versión francesa corresponde a la inglesa con la advertencia de Kropotkin de que tiene añadidos y modificaciones, hemos decidido mantenerlo para la presente edición. [N. de E.]

⁵²⁴ La especie *Catopsilia crocale* Cramer 1775, de distribución asiática, se denomina actualmente *Catopsilia pomona* [N. de E.]

⁵²⁵ *Callidryas* es una denominación obsoleta del actual género *Phoebis* de mariposas americanas. [N. de E.]

⁵²⁶ Coleópteros del género *Nicrophorus*, pertenecientes a la familia Silphidae. [N. de E.]

Dejando de lado la cuestión de si hay “convocatoria” o no, notamos el hecho interesante de que, según este mismo autor, la colaboración, al menos entre los escarabajos necrófagos, ¡es completamente desinteresada! Después de que tres o cuatro machos y una hembra han ayudado a enterrar un topo, solo quedan dos escarabajos necrófagos para disfrutarlo. Cada vez, solo se encuentra una pareja en la cámara mortuoria. Después de prestar ayuda, los demás se han retirado (p. 124).

No insisto en los apasionados comentarios que hace el Sr. Fabre sobre la observación de Gledditsch. En mi opinión, los experimentos del Sr. Fabre confirman plenamente la idea que Gledditsch tenía sobre la inteligencia de los escarabajos necrófagos.

Se sabe que muy a menudo dos escarabajos se ayudan a rodar una bola hecha de excremento para llevarla hasta la madriguera de uno de ellos⁵²⁷. Cuando se trata de subirla a una colina, la ayuda de un compañero se vuelve valiosa. Durante mucho tiempo se pensó que esta asociación tenía como objeto poner un huevo en la bola y así preparar alimento para la larva. Sin embargo, según las observaciones del mismo naturalista (*Souvenirs entomologiques*), la bola con frecuencia no contiene huevos y simplemente sirve como alimento para uno o ambos escarabajos. La ayuda, en este caso, sería interesada por parte del compañero que ayuda a rodar la bola y es inteligentemente aceptada por uno de los dos escarabajos estercoleros que la ha moldeado. A veces ha habido intentos de secuestro por parte del compañero.

Añadamos que después de leer atentamente los ocho volúmenes del erudito entomólogo, no se puede estar aún más convencido de que la ayuda mutua es la esencia misma de la vida en grandes divisiones de la clase de los insectos.

II. HORMIGAS

El libro de Pierre Huber *Recherches sur les mœurs des fourmis* (Ginebra, 1810), del que Cherbuliez publicó una edición popular en 1861 en la Bibliothèque Genevoise con el título de *Les fourmis indigènes* y del cual deberían circular traducciones en ediciones económicas en todos los idiomas, constituye no solo el mejor trabajo sobre esta materia, sino también un modelo de investigación verdaderamente científica. Darwin tenía razón al considerar a Pierre Huber un naturalista más grande aún de lo que lo fue su padre. Convendría que todo joven naturalista leyera este libro, no solo por su contenido, sino como una lección sobre métodos de investigación. La cría de hormigas en nidos artificiales de vidrio y los experimentos de comprobación hechos por los más recientes investigadores, incluyendo entre ellos también a Lubbock, se hallan ya en la magnífica obra de Huber. Los lectores de los libros de Forel y de Lubbock sabrán que los trabajos tanto del profesor suizo como los del escritor británico comenzaron con una actitud crítica y con la intención de refutar las afirmaciones de Huber sobre los asombrosos instintos de ayuda mutua entre las hormigas; pero que, sin embargo,

⁵²⁷ Se trata de los coleópteros llamados escarabajos peloteros, pertenecientes a la familia Scarabeidae. [N. de E.]

después de cuidadosas investigaciones científicas, no pudieron hacer otra cosa que confirmarlas. Por desgracia, es propio de la naturaleza humana aceptar con confianza todo tipo de afirmaciones sobre la capacidad del hombre para cambiar a voluntad la acción de las fuerzas naturales, pero no reconocer hechos científicos plenamente probados cuando tienden a disminuir la distancia entre los humanos y nuestros hermanos animales.

Es evidente que Mr. Sutherland (*Origin and Growth of Moral Instinct*) comenzó su libro con intención de demostrar que todos los sentimientos morales tienen su principio en el cuidado parental y en el amor familiar, y que solo se pueden hallar en los animales de sangre caliente. Debido a esto, intentó minimizar la importancia de la simpatía y de la cooperación entre las hormigas. Cita el libro de Büchner, *Aus dem Geistesleben der Thiere*, y conoce las experiencias de Lubbock. En cuanto a los trabajos de Huber y Forel, los liquida mediante la siguiente frase: “pero todos ellos (los ejemplos traídos por Büchner en demostración de la existencia de la simpatía entre las hormigas), o casi todos, están desfigurados por un cierto sentimentalismo... que los hacen más propios de libros escolares que de trabajos científicos cuidadosos, y lo mismo se puede observar con respecto a las anécdotas más conocidas de Huber y Forel” (vol. I, pág. 298)⁵²⁸.

Mr. Sutherland no indica cuáles son estas “anécdotas” a las que alude, pero me inclino a pensar que simplemente nunca tuvo oportunidad de leer las obras de Huber y Forel. Los naturalistas que conocen estas obras saben que en ellas no aparece ninguna “anécdota”. Evidentemente, si Sutherland hubiera hecho sobre las hormigas la “investigación científica modelo” (por usar las palabras de Darwin) que Huber hizo, no hubiera escrito una frase tan imprudente.

Podemos citar aquí la obra del profesor Gottfried Adlerz sobre las hormigas en Suecia (“*Myrmecologiska Studier: Svenska Myror och des Lefnadsföihållanden*”, en *Bihang till K. Svenska Vet. Akad. Handlingar*, XI, n.º 18, Estocolmo, 1885). Apenas es necesario decir que las observaciones de Huber y Forel, que fueron tan impactantes para aquellos que antes no le habían prestado atención al tema, fueron plenamente confirmadas por el profesor sueco (págs. 136-137).

El profesor G. Adlerz expone también una serie de interesantes experiencias que realizó con el objetivo de comprobar la hipótesis de Huber de que las hormigas de dos hormigueros diferentes no siempre se atacan. Hizo una de estas experiencias con la hormiga *Tapinoma erraticum* y otra con una especie común de hormigas coloradas⁵²⁹. Tomando un nido entero en un saco, lo vació a una distancia de unos dos metros del otro hormiguero. Esto no provocó un combate, sino que las hormigas del segundo hormiguero comenzaron a transportar las pupas de las hormigas llevadas hasta allí. En general, cuando Adlerz reunía a hormigas obreras con sus pupas, ambas tomadas de diferentes hormigueros no se producían peleas, pero si reunía obreras sin larvas, la batalla comenzaba (págs. 185-186).

Este trabajo completa también las observaciones de Forel y MacCook respecto a las “naciones” de hormigas compuestas de muchos hormigueros, y tomando como base sus propios cálculos —según los cuales en cada hormiguero desarrollado

⁵²⁸ En este párrafo la acotación entre paréntesis y las cursivas pertenecen a Kropotkin. [N. de E.]

⁵²⁹ *Formica rufa*. [N. de E.]

existen hasta trescientas mil hormigas *Formica exsecta*—, llega a la conclusión de que semejantes “naciones” pueden llegar a decenas o incluso cientos de millones de individuos.

El libro de Maeterlinck sobre las abejas, admirablemente escrito, a pesar de que no contiene observaciones nuevas, podría ser muy útil si no estuviese malogrado por sus “palabras” metafísicas.

Un buen conjunto de las últimas obras sobre las hormigas agricultoras se halla en la edición francesa de la obra de [Alfred] Brehm⁵³⁰ (*L'homme et les animaux* realizada por J. Künckel d'Herculais).

III. LA AYUDA MUTUA ENTRE LOS GORRIONES

Durante los últimos años tuve ocasión de observar sociedades de gorriones en el jardín de nuestra casita de Bromley. Es sabido que los gorriones son grandes pendenciosos, de compleción sanguínea, y que a menudo disputan por pequeñeces. No obstante, se defienden entre sí vigorosamente y entonces es tal el alboroto que arman que, aunque no se quiera, hay que prestarles atención. Así, por ejemplo, una pareja de gorriones aprovechó el desprendimiento de una teja en el ángulo del techo de una casa vecina a la nuestra y construyó allí un nido.

Los *blackbirds*⁵³¹ (mirlos comunes) viven en invierno junto con los gorriones sin pelearse y se alimentan juntos. Sin embargo, parece que a veces arrojan de sus nidos a los pichones de gorrión. Pero he ahí que un mirlo solía asustar a una pareja. Llegaba volando, se posaba sobre el canalón del techo cerca de su refugio y trataba de escurrirse en el nido por el pasaje bajo las tejas, demasiado estrecho para él. Entonces todos los gorriones de nuestro pequeño jardín armaban un alboroto desesperado, acudían furiosamente y se arrojaban sobre el mirlo obligándolo a alejarse. Nosotros siempre nos enterábamos de la llegada del mirlo al nido de los gorriones, porque era imposible no advertir tal alboroto.

El mismo bullicio, pero de otro carácter, armaban los gorriones cuando se caía un pichón de uno de sus nidos. En tales casos el parloteo y la excitación eran descomunales, y rápidamente nos enterábamos del suceso. La colonia solo se tranquilizaba cuando recogíamos al pichón (de lo contrario se lo hubieran comido los gatos) y lo poníamos en la ventana de la habitación, que permanecía abierta. Entonces la madre acudía, se posaba en el alféizar y si no recuerdo mal a veces hasta penetraba en la habitación. Por la tarde, o al día siguiente, lo atraía hacia el techo de la construcción que se hallaba próxima a la ventana. Entonces numerosos gorriones, sin que pueda asegurar de dónde salían, se reunían inmediatamente a su alrededor y todos alborotaban frenéticamente, seguramente de alegría. El pichón, reuniendo coraje, se las ingeniaba entonces para lanzarse desde el techo y así aprendía a volar.

⁵³⁰ *Illustriertes Thierleben: eine allgemeine Kunde des Thierreichs*

⁵³¹ *Turdus merula* [N. de E.]

IV. SOCIEDADES PARA EL ANIDAMIENTO

Los diarios de Audubon (*Audubon and his Journals*, Nueva York, 1898), especialmente aquellos que se refieren a su permanencia durante los años treinta del siglo XIX en las costas del Labrador y en el río San Lorenzo, incluyen excelentes descripciones de las asociaciones de anidamiento de las aves acuáticas. Hablando de The Rock, uno de los islotes Magdalena o Amherst, escribió: “A las once pude distinguir perfectamente su cima desde el puente, y me pareció que estaba cubierta de una capa de nieve de varios metros de espesor que recubría tanto las partes planas como los salientes”. Pero no era nieve sino alcatraces⁵³² posados tranquilamente sobre los huevos o sobre su cría recién nacida, con todas sus cabezas orientadas en la dirección del viento, en líneas rectas y casi tocándose entre sí. El espacio sobre la roca y alrededor de ella en una distancia de noventa metros “estaba lleno de alcatraces volando, y parecía que nos hallábamos en medio de una tormenta de nieve”. Las gaviotas de tres dedos⁵³³ y los tontos guillemots⁵³⁴ criaban también en este mismo peñasco (*Journals*, t. I, pág. 360-363).

Junto a la Isla Anticosti, el mar “estaba literalmente cubierto de guillemots y alcas de pico grueso (*Alca torda*). Más lejos, el espacio estaba lleno de patos aterciopelados⁵³⁵. En las rocas del golfo empollaban las gaviotas plateadas⁵³⁶, los charranes o gaviotines (el charrán real⁵³⁷, el charrán ártico⁵³⁸ y probablemente el charrán de Forster⁵³⁹), el playero semipalmado (*Tringa pusilla*⁵⁴⁰), los gansos salvajes (*Anser canadensis*⁵⁴¹), el pato zambullidor de pecho colorado⁵⁴², gaviotas, pingüinos, cormoranes, etc. En especial había muchas gaviotas: “estaban por todas partes, persiguiendo a las demás aves, devorando sus huevos y a sus pichones”, “desempeñan aquí el papel de las águilas y los halcones”.

En el Misuri, al norte de Saint Louis, Audubon tuvo oportunidad de ver en 1843 a buitres y águilas que anidaban en colonias. Mencionó las “largas líneas de la costa elevada coronadas por espléndidas rocas calizas en las que había un gran número de curiosos orificios donde, por la tarde, entraban los buitres y águilas”, es decir, los *Cathartes aura* y águilas calvas (*Haliaeetus leucocephalus*) de acuerdo con la nota de E. Coues (t. I., pág. 458).

Las observaciones de Audubon son especialmente valiosas, ya que era un naturalista destacado, uno de los fundadores de la zoología descriptiva y recorrió América del Norte en la época en que la vida animal de ese continente aún no había sido aniquilada por el hombre.

⁵³² *Morus bassanus* [N. de E.]

⁵³³ *Rissa tridactyla* [N. de E.]

⁵³⁴ *Cephus grylle* (guillemot o arao negro) [N. de E.]

⁵³⁵ *Melanitta fusca* [N. de E.]

⁵³⁶ *Larus argentatus* [N. de E.]

⁵³⁷ *Thalasseus maximus* [N. de E.]

⁵³⁸ *Sterna paradisaea* [N. de E.]

⁵³⁹ *Sterna forsteri* [N. de E.]

⁵⁴⁰ Actualmente *Calidris pusilla* [N. de E.]

⁵⁴¹ Actualmente *Branta canadensis* [N. de E.]

⁵⁴² *Mergus serrator* [N. de E.]

Uno de los mejores lugares de anidación a lo largo de las costas británicas son las islas Farne, y en la obra de Charles Dixon titulada *Among the Birds in Northern Shires* se puede hallar una vívida descripción de estos lugares en los que decenas de miles de gaviotas, gaviotines⁵⁴³, patos eider⁵⁴⁴, cormoranes⁵⁴⁵, chorlitos anillados⁵⁴⁶, ostreros⁵⁴⁷, guillemots⁵⁴⁸ y frailecillos⁵⁴⁹ se reúnen todos los años. “Al aproximarse a uno de estos islotes, se tiene en principio la impresión de que toda la superficie está monopolizada por esta gaviota (la gaviota de dorso negro menor⁵⁵⁰). El aire parece repleto de ellas, así como el terreno y las rocas desnudas. Pero cuando nuestro bote finalmente llega a la orilla rocosa y saltamos a tierra con alegría, todo se convierte en un emocionante alboroto, las aves caen en una excitación ruidosa y alrededor de nosotros ruge una auténtica babel de aves que protestan a gritos hasta que partimos” (pág. 219).

Respecto a la relación entre el desarrollo de la familiaridad en las zancudas y la disminución del número de pichones empollados por ellas, mi difunto amigo y camarada de la expedición Oliokminko-Vitimskaya, I. S. Poliakov, hizo interesantes observaciones en la *Obshchestvo Estestvoispytatelny pri S-Peterburgskom Universitet* [Sociedad de Naturalistas de la Universidad de San Petersburgo] (Acta de la reunión de la Secc. Zool. del 17 de diciembre 1874)⁵⁵¹.

V. ¿AYUDAN LAS AVES GRANDES A LAS PEQUEÑAS DURANTE LAS MIGRACIONES?

Sé que algunos zoólogos —casi la mayoría— toman a broma toda mención a esta materia. Pero puesto que al hacer esta pregunta me sumo a varios investigadores naturalistas, incluyendo entre ellos a un zoólogo como [Theodor von] Heuglin, me permito llamar la atención de los investigadores sobre el particular. Para aquellos que hayan estudiado la vida social de las aves, la cuestión no resultará del todo insólita.

Uno de los naturalistas y zoólogos ingleses, Harting (James Edmund Harting: *Recreations of a Naturalist*, Londres, 1906), afirmó, en un capítulo especial de su libro de citas, que en las migraciones las aves grandes a veces ayudan a las pequeñas, y que en tal caso se las posan sobre el lomo. *No existen hechos absolutamente fidedignos*, ya que durante la migración es casi imposible ver a un pájaro posado sobre otro desde abajo. Pero algunos experimentados naturalistas ornitólogos consideran el hecho *probable*.

⁵⁴³ *Sterna dougallii* [N. de E.]

⁵⁴⁴ *Somateria mollissima* [N. de E.]

⁵⁴⁵ *Phalacrocorax aristotelis* [N. de E.]

⁵⁴⁶ *Chrotrichus hiaticula* [N. de E.]

⁵⁴⁷ *Haematopus ostralegus* [N. de E.]

⁵⁴⁸ *Uria aalge* [N. de E.]

⁵⁴⁹ *Fratercula arctica* [N. de E.]

⁵⁵⁰ *Larus fuscus* [N. de E.]

⁵⁵¹ Informe sobre la expedición Oliokminko-Vitimskaya para encontrar un paso para el ganado desde el distrito de Nerchinsky a la región de Oliokmink [Yakutia] preparada en 1866 por los productores de oro de Oliokmink. Escrito por P. Kropotkin e I. Poliakov y editado por el Departamento de Siberia de la Sociedad Geográfica San Petersburgo (1873). Tomo III de *Zapiski Imperatovskogo Russkogo geografičeskogo obshchestva po obshchey geografii* (Notas de la Asociación Geográfica Imperial Rusa sobre Geografía General). [N. de R.]

He aquí los hechos reunidos por Harting. El conocido investigador del ártico doctor John Rae, en su informe para la Sociedad Linneana, dice que los indios cree, de York Factory [First Nation] y de Moose Cree [First Nation] (en la Tierra de Hudson) afirmaban que una de las pequeñas aves migratorias, para descansar, se posa durante la migración sobre el ganso canadiense.

Los indios de esta tribu practican la caza a gran escala de este ganso, al que encuentran cuando emigra al sur de sus territorios. Lo mismo afirmaron al doctor Rae los indios de las orillas del río Athabasca y del lago Great Slave, que viven alrededor de mil seiscientos kilómetros al noroeste de los anteriores.

El doctor Van-Lennep, en su libro *Bible Customs in Bible Lands*⁵⁵², menciona una serie de pequeñas aves que migran de Palestina a Arabia y Egipto sobre el dorso de las grullas. Cuando las últimas viajan del norte hacia el sur, vuelan a baja altura y las aves pequeñas se elevan hasta ellas. A veces se escucha el piar de los pájaros pequeños que ya están posados sobre el lomo de los grandes. Así lo afirman por lo menos los habitantes del lugar; pero es necesario recordar que nadie duda de que las aves pequeñas realicen sus migraciones junto con las grandes. Es cierto también que el piar de las aves pequeñas tampoco es prueba fehaciente de que estén posadas sobre las grandes.

Sin embargo, el profesor americano Clappole dice que él mismo se convenció personalmente, durante su permanencia en la isla de Creta, de que las lavanderas comunes⁵⁵³ y otros pequeños pájaros se posan sobre el dorso de las grullas durante su emigración desde Europa hacia el sur. Al principio no quiso creerlo, pero cuando un pescador disparó en su presencia contra una bandada de grullas que pasaba volando, el mismo Clappole vio que estos pájaros se elevaban desde la bandada y desaparecían (publicado en el conocido periódico científico inglés *Nature*, el 24 de febrero de 1881⁵⁵⁴).

Un escritor alemán, Adolf Ebeling, oyó a menudo lo mismo en El Cairo, y el conocido viajero y ornitólogo Theodor von Heuglin dijo que consideraba el hecho enteramente probable a pesar de no haber tenido oportunidad de comprobarlo personalmente.

[Johan] Hedenborg, conocido viajero sueco, afirma que él mismo oyó a menudo, en la isla de Rodas, las voces de los pequeños pájaros que realizaban migraciones con las cigüeñas y cierta vez vio a algunos pájaros que se separaban del dorso de las cigüeñas cuando habían alcanzado la isla.

T. H. Nelson escribió en la revista inglesa *The Zoologist* (febrero de 1882, pág. 73)⁵⁵⁵ que el inspector del rompeolas del estuario del Tees, en Inglaterra, estando el 16 de octubre en el extremo del rompeolas con tiempo frío y claro, vio una lechuza que volaba cansada desde el mar; y que en cuanto se posó, saltó de su dorso un pájaro y voló a lo largo del rompeolas. Antes de que echara mano a la escopeta, la lechuza huyó, pero mató al pájaro y el zoólogo del lugar lo definió como un reyezuelo⁵⁵⁶.

⁵⁵² Henry J. Van-Lennep: *Bible Lands. Their Modern Customs and Manners*, Londres, 1875. [N. de E.]

⁵⁵³ Probablemente *Motacilla flava*. [N. de E.]

⁵⁵⁴ E. W. Clappole: “Migration of the Wagtail”, *Nature*, 24 de febrero de 1881, pág. 387. [N. de E.]

⁵⁵⁵ T. H. Nelson: “Small birds carried by cranes in their migrations”, *The Zoologist*, ser. 3, vol. 6, feb. 1882, pág. 73. [N. de E.]

⁵⁵⁶ *Erithacus rubecula* [N. de E.]

Un ave tan pequeña y que vuela tan mal como esta difícilmente podría atravesar el mar del Norte contra el fuerte viento. Y sin embargo, emigra y vuela regularmente hacia Inglaterra siempre antes que la becada⁵⁵⁷; por eso se la llama en Inglaterra “el piloto de la becada”. Los pescadores de estas costas han observado a este pájaro a menudo posado en sus botes.

Resumiendo lo que sabemos sobre esta materia, podemos decir lo siguiente: los zoólogos no han hecho observaciones positivas y concluyentes. Pero los habitantes de los lugares que se relacionan con las aves cuando estas llegan a sus orillas, en general están seguros de que los pájaros pequeños que emigran junto con los grandes se posan —tal vez solo al final de su vuelo a través del mar— sobre el dorso de los grandes.

VI. NÚMERO DE ANIMALES SOCIABLES EN EL ÁFRICA ECUATORIAL

Por fortuna, todavía existe una región en la que la vida animal se ha conservado, hasta hace algunos años, tal cual era antes de la aparición del hombre provisto de armas de fuego. Es el África ecuatorial, sobre el cual tenemos la hermosa obra de C. G. Schillings (*With Flashlight and Rifle*, dos tomos, Londres, 1906; utilicé la traducción inglesa; el original está en alemán). En el África meridional, nos cuenta Schillings, escritor bien conocido entre los zoólogos como autoridad en la fauna de África y como experto naturalista, los habitantes blancos y los del lugar, provistos de armas de fuego, aniquilaron una cantidad innumerable de animales salvajes, de modo que varias especies desaparecieron por completo, lo que cambió por completo el aspecto mismo de la fauna. “Así desaparecieron el ñu de cola blanca⁵⁵⁸, el antílope bontebok⁵⁵⁹, el antílope blesbok⁵⁶⁰, la cebra común⁵⁶¹, la cebra de montaña⁵⁶², el hermoso antílope azul⁵⁶³, el búfalo cafre⁵⁶⁴, el elefante, el rinoceronte blanco⁵⁶⁵, el rinoceronte negro⁵⁶⁶, la jirafa, el hipopótamo y el avestruz”. Aquí es necesario recordar que se encontraban en cantidades innumerables hasta el primer tercio del siglo XIX, y eran aún más numerosos en una época anterior: “Treinta o cuarenta años atrás estos animales eran aún abundantes; un siglo antes su número era sencillamente fabuloso”.

Hasta en el África ecuatorial su número disminuye y las cebras no se encuentran en rebaños, como las vio el profesor [Hans] Meyer (véase su libro *Der Kilimandjaro*⁵⁶⁷) algunos años antes de la expedición de Schillings. Las manadas de elefantes y búfalos se han vuelto

⁵⁵⁷ *Scolopax rusticola* [N. de E.]

⁵⁵⁸ *Connochaetes gnou* [N. de E.]

⁵⁵⁹ *Damaliscus pygargus pygargus* [N. de E.]

⁵⁶⁰ *Damaliscus pygargus phillipsi* [N. de E.]

⁵⁶¹ *Equus quagga* [N. de E.]

⁵⁶² *Equus zebra* [N. de E.]

⁵⁶³ *Hippotragus leucophaeus* [N. de E.]

⁵⁶⁴ *Syncerus caffer* [N. de E.]

⁵⁶⁵ *Ceratotherium simum* [N. de E.]

⁵⁶⁶ *Diceros bicornis* [N. de E.]

⁵⁶⁷ Hans Meyer: *Der Kilimandjaro. Reisen und Studien*, Berlín, 1900. [N. de E.]

muy raras. Y, aun así, masas de animales continúan hoy viviendo en grandes sociedades, y las asociaciones de especies distintas, citadas por Schillings, son asombrosas.

En las mesetas del África ecuatorial, después de las grandes lluvias, enormes extensiones quedan inundadas en tres semanas y todas las cavidades se convierten en grandes pantanos o lagos que atraen a innumerables cantidades de todos los animales posibles desde todas las tierras secas y elevadas (el *velt*).

“Inmensas bandadas de gansos y patos se posaban en el suelo pantanoso —escribe Schillings—. Miles de ñus y cebras se acercaban a las orillas de los lagos, cuyas aguas retrocedían a medida que avanzaba la temporada seca; y de nuevo el rinoceronte regresaba cada noche desde la estepa hasta su lugar de bebida cerca de los pantanos; y antílopes, búfalos de agua, facóqueros y búfalos se acercaban más a la región pantanosa” (págs. 91 y 92).

Las descripciones de la vida en las orillas de estos lagos temporales hechas por Schillings, y sus notables fotografías —algunas de las cuales tomó de noche con la ayuda del magnesio—, son asombrosas, pues muestran las enormes cantidades de diferentes animales que se reúnen en estos lugares y cómo solo gracias a la atención y la prudencia de sus exploradores y guardianes consiguen, de noche, acercarse en rebaños al abrevadero sin ser destrozados por los leones que se reúnen allí. Comenzando desde la puesta del sol hasta la mañana siguiente, centenares de miles de aves diferentes vuelan hacia al lago y se aproximan a beber junto a las más distintas clases de mamíferos. Lo curioso es que en sus primeras expediciones Schillings vio que los leones cazan en grupos, cosa que se puede ver en sus fotografías nocturnas. En una de ellas aparecen tres leones que se habían deslizado hasta la presa.

Schillings no vio más que siete leones juntos (pág. 133); pero no bien un león rugía de noche, casi inmediatamente varios le contestaban. Y cuando, después de haberse hartado de oír durante la noche los rugidos de muchos leones en la orilla de un lago estacional donde se reunían muchos animales de todas clases, Schillings a la mañana siguiente examinó sus huellas; “me convencí —escribe— por las huellas encontradas, de que por lo menos treinta leones habían estado en este lugar” (pág. 132). “Un respetable observador inglés —agrega (pág. 345) — vio una vez veintisiete leones juntos”. En la época en que Schillings realizaba sus expediciones era común entre los leones reunirse para cazar.

VII. LA SOCIABILIDAD DE LOS ANIMALES

La idea de que la sociabilidad de los animales es mayor donde el hombre no los persigue se confirma gracias a la gran cantidad de hechos que demuestran que los animales que actualmente viven solitarios en los países habitados por el hombre, en los territorios deshabitados continúan viviendo en rebaños. Así, en las mesetas áridas y desiertas del norte del Tíbet, [Nikolai] Przewalski halló osos que vivían en sociedad, y cita explícitamente numerosos “rebaños de yaks⁵⁶⁸, khulanes⁵⁶⁹, antílopes y hasta de osos”. Los últimos —dice— se alimentan preferentemente de

⁵⁶⁸ *Bos mutus* [N. de E.]

⁵⁶⁹ Asnos salvajes o hemiones: *Equus hemionus hemionus*. [N. de E.]

pequeños roedores, extraordinariamente numerosos, y se multiplican en cantidades tales que “como me aseguraron los indígenas, se podían encontrar de cien a ciento cincuenta osos durmiendo en una misma cueva” (*Godovoy Ochet Russkogo Gueograficheskogo Obshchestva* [Informe Anual de la Sociedad Geográfica Rusa], año 1885, pág. 11). Alrededor de 1820, los osos blancos eran tan numerosos y vivían en grupos tan grandes que William Scoresby, que era un gran observador, los comparó con rebaños de ovejas. Las liebres (*Lepus lehmani*⁵⁷⁰) viven en grandes sociedades en el territorio transcaspiano (N. Zarudnyi: “Recherches zoologiques dans la contrée transcaspienne”, en *Bulletin de la Société des Naturalistes de Moscou*, 1889, pág. 4). Los pequeños zorros californianos⁵⁷¹ que viven, según dice E. [Edward] S. Holden, cerca del Observatorio de Lick “siguiendo la dieta mixta de bayas del arbusto “manzanita” y pollo de los astrónomos” (*Nature*, 5 de noviembre de 1891), parecen destacarse también por su gran sociabilidad. Hasta los leones, como hemos visto en el apéndice anterior, cazan en sociedades en la parte todavía salvaje de África ecuatorial.

Algunos ejemplos muy interesantes del amor de los animales por la vida en sociedad fueron ofrecidos en el trabajo de C. J. Cornish (*Animals at Work and Play*, Londres, 1896). Todos los animales, según la justa observación de este autor, odian la soledad. Describe también la divertida costumbre que tienen los perritos de las praderas⁵⁷² de apostar centinelas. Esta costumbre está tan arraigada entre ellos que destacan centinelas hasta en el Jardín Zoológico de Londres y en el Jardín de Aclimatación de París (pág. 46).

El profesor Kessler tenía toda la razón al señalar que las crías jóvenes de aves desarrollan su sentido de sociabilidad debido a que pasan juntas el otoño.

Mr. Cornish (*Animals at Work and Play*) también cita algunos ejemplos de juegos entre mamíferos jóvenes, como por ejemplo los corderos que juegan a “seguir al guía” o a “yo soy el rey del castillo”, así como su gusto por las carreras de obstáculos. Los cervatillos juegan a una especie de “toque cruzado”, tocándose con el hocico. Un gran número de ejemplos de tales juegos entre animales se pueden hallar en la excelente obra de Karl Groos, *The Play of Animals*⁵⁷³.

VIII. LOS ORANGUTANES FUERON MÁS SOCIABLES EN OTROS TIEMPOS

De la obra del profesor Odoardo Beccari, botánico italiano que ha viajado por Sarawak (Borneo), se desprende que los habitantes del lugar exterminan cruelmente a los orangutanes disparándoles flechas venenosas mediante una cerbatana. No es de extrañar que en tales condiciones los orangutanes prefieran llevar una vida solitaria, pero existen hechos que indican que antes no eran reacios a la sociabilidad, pues aún ahora se reúnen a veces en pequeños grupos cuando el durión⁵⁷⁴ está maduro.

⁵⁷⁰ Actualmente *Lepus tolai lehmani*. [N. de E.]

⁵⁷¹ El llamado “zorro kit de San Joaquín”, *Vulpes macrotis nutica*. [N. de E.]

⁵⁷² Roedores esciúridos del género *Cynomys*. [N. de E.]

⁵⁷³ Karl Groos: *Der Spiele der Tiere* (Jena, 1896), traducido al inglés por J. M. Baldwin con el título de *The Plays of Animals* (New York, 1898). [N. de E.]

⁵⁷⁴ *Durio zibethinus* [N. de E.]

“La mejor época para la caza del orangután —escribe Beccari— es cuando el fruto madura. Entonces es fácil encontrarlos sobre un árbol en grupos de cinco, seis o más. Cuando estuve en Marop, los *mayas* (es decir, los orangutanes) deambulaban por los bosques en busca de alimento, y no era fácil encontrarlos, sobre todo en grupos. Sin embargo, pude ver ocho en un día, cuatro de ellos sobre un árbol. Los *maya tjaping* son menos comunes que los *maya kassa*⁵⁷⁵, pero los dayakos dicen que muchos de los primeros suelen ser vistos alrededor de las aldeas cuando el durión está maduro” (*Wanderings in the great forests of Borneo*, edición inglesa, pág. 204)⁵⁷⁶.

Beccari vio también numerosos nidos o guaridas. “La palabra nido —escribe— es perfectamente aplicable a los lechos o lugares de descanso temporales que se preparan estos animales sobre los árboles. Están formados con ramas desprendidas del mismo árbol en que se encuentran y que amontonan juntas, generalmente en una bifurcación del tronco. No hay ningún intento de organización ni tampoco un techo. Simplemente disponen una plataforma sobre la que el animal se recuesta. Los nidos de orangután que he visto eran claramente para un solo individuo. Tal vez las parejas se construyan lechos más espaciosos, pero no he podido averiguar más sobre las costumbres domésticas en estos primates” (pág. 143). Además, a veces se reúnen varios orangutanes para aprovisionarse.

IX. OBSTÁCULOS A LA SUPERMULTIPLICACIÓN

Hudson, en su libro *The Naturalist in La Plata* (cap. III), brinda un relato muy interesante sobre la multiplicación súbita de una especie de ratón y de las consecuencias que tuvo esta repentina “ola de vida”.

“En el verano de 1872-73 —escribe— brilló mucho el sol y caían frecuentes aguaceros, de modo que durante los meses de calor no escasearon las flores silvestres cosa que ocurre casi todos los años”. La estación era muy favorable para los ratones y “estos prolíficos animalitos llegaron a ser tan abundantes que los perros se alimentaban de ellos casi exclusivamente. [...] Los zorros⁵⁷⁷, las comadreas⁵⁷⁸ y los hurones⁵⁷⁹ comían opíparamente y hasta para el vulgar peludo (*Dasyurus villosus*⁵⁸⁰) era aquella una temporada de abundancia, ya que este animal es muy diestro para cazar lauchas⁵⁸¹”. Las aves domésticas se convirtieron en aves de rapiña y “los benteveos

⁵⁷⁵ *Pongo pygmaeus wurmbii* es la subespecie denominada *tjaping* del orangután de Borneo y tiene mayor distribución en el noroeste, en tanto que la subespecie denominada *kassa* corresponde a *Pongo pygmaeus morio*, de distribución mayoritaria hacia el centro de la isla. [N. de E.]

⁵⁷⁶ Odoardo Beccari: *Nelle foreste di Borneo, viaggi e ricerche di un naturalista* (Società geografica italiana, Florencia, 1902) traducido al inglés con el título *Wanderings in the great forests of Borneo; travels and researches of a naturalist in Sarawak* (Constable, Londres, 1904). [N. de E.]

⁵⁷⁷ *Lycalopex gymnocercus* [N. de E.]

⁵⁷⁸ En la Argentina se denomina comadreja al marsupial *Didelphis albiventris*, un didélfido también llamado zarigüeya en otras regiones de América. [N. de E.]

⁵⁷⁹ *Galictis cuja* [N. de E.]

⁵⁸⁰ Actualmente *Chaetophractus villosus*. [N. de E.]

⁵⁸¹ El término laucha se aplica en la región a pequeños ratones de campo pertenecientes, entre otros, a los géneros *Calomys* y *Akodon*. [N. de E.]

(*Pitangus*⁵⁸²) y las urracas (*Guira*⁵⁸³) no cazaban sino lauchas”. En otoño apareció una cantidad innumerable de cigüeñas⁵⁸⁴ y de lechuzones⁵⁸⁵ con el objeto de participar en el banquete. A continuación llegó el invierno y una prolongada sequía. La hierba seca era devorada o se convertía en polvo, y los ratones, privados de refugio y alimento, comenzaron a perecer. Los gatos volvieron a las casas; la especie errante de lechuzones se alejó, mientras que las pequeñas lechuzas cavícolas⁵⁸⁶ adelgazaron tanto que apenas podían volar y “se acercaban a las casas durante todo el día, esperando hallar algunos restos perdidos de comida”. Durante ese mismo invierno, en el frío mes que siguió a la sequía, pereció una increíble cantidad de ovejas y de ganado. En cuanto a los ratones, según dice Hudson, “[así] millares de seres, altamente organizados, surgen a la existencia para perecer casi inmediatamente, quedando apenas un resto reducido, después de la gran reacción, para continuar la especie”.

El ejemplo arriba citado tiene además un interés especial porque demuestra cómo en las llanuras y mesetas la multiplicación súbita de una especie atrae inmediatamente a sus enemigos desde otras partes de las llanuras, y cómo las especies privadas de la defensa que procura la vida social deben convertirse inevitablemente en presa de sus enemigos.

No es necesario decir que la evolución de las formas animales, y tanto más la progresiva, no se afirmó sobre tales breves períodos de súbita multiplicación y la subsiguiente lucha por la existencia.

El mismo autor da otro excelente ejemplo de sus observaciones hechas en la República Argentina. Uno de los más extendidos roedores allí era el coipo (*Myopotamus coypus*⁵⁸⁷), parecido por su aspecto a una rata pero de tamaño similar al de la nutria. Por sus costumbres es un animal acuático que se distingue por su gran sociabilidad. “Al caer la tarde —escribe Hudson— salen de sus cuevas y nadan y juegan en el agua, conversando entre sí con sus extrañas voces quejumbrosas que parecen gemidos y gritos de hombres heridos que sufren [...]. Hace cincuenta años abundaba enormemente, y la felpa, muy fina, que crece debajo del largo pelo grueso, era exportada a Europa en grandes cantidades. En esa época el dictador Rosas publicó un decreto que prohibía la caza de la nutria. Los animales se multiplicaron de manera excesiva y abandonaron sus costumbres acuáticas, haciéndose terrestres y migratorios, y dispersándose en multitudes en busca de alimento. De pronto contrajeron una enfermedad misteriosa epidemia que los aniquiló rápidamente y casi se extinguieron” (pág. 12 de la edición inglesa [y 39 de la edición argentina]).

El exterminio por mano del hombre, por una parte, y las enfermedades contagiosas por otra son las principales barreras que obstaculizan la multiplicación de las especies, y no la competencia por los medios de subsistencia, competencia que puede no existir y que, cuando existe, se suele evitar hasta cierto punto por medio de las migraciones o por el cambio de dieta.

⁵⁸² *Pitangus sulphuratus* [N. de E.]

⁵⁸³ “Urraca” o “pirincho” es el nombre que se aplica en la región a un cucúlido de la especie *Guira guira*. [N. de E.]

⁵⁸⁴ *Ciconia maguari* [N. de R.]

⁵⁸⁵ *Asio flammeus* [N. de E.]

⁵⁸⁶ La “lechucita de las vizcacheras” *Athene cunicularia*. [N. de E.]

⁵⁸⁷ El coipo, también llamado “nutria” en la región, es un roedor histricomorfo cuya denominación específica actual es *Myocastor coypus*. [N. de E.]

Podrían presentarse gran cantidad de hechos que demuestran que regiones que gozan de un clima bastante más favorable que Siberia están igualmente infrapobladas. Pero en el conocido trabajo de Bates encontramos la misma información sobre las orillas del río Amazonas.

“Realmente —escribe Bates— se encuentra aquí gran variedad de mamíferos, aves y reptiles, pero están diseminados en una gran extensión y se muestran tímidos ante las personas. Toda esta región es tan extensa y tan uniforme en su cubierta forestal que solo a grandes intervalos pueden verse animales en abundancia, cuando aparece algún lugar especialmente atractivo para ellos en comparación con otros” (*The Naturalist on the River Amazons*, 6ª edición, pág. 31). Lo mismo escribí yo de la taiga de Oliokminsko-Vitinskaya y de la meseta de Vitimsk.

Este hecho es más asombroso en tanto que la fauna brasileña, pobre en mamíferos, está lejos de ser pobre en aves, y los bosques de Brasil ofrecen suficiente alimento para los pájaros, como puede comprobarse de una cita ya recogida en una página anterior acerca de las sociedades de aves. A pesar de esto, los bosques del Brasil, al igual que los bosques de Asia y de África, no están superpoblados, sino más bien despoblados. Lo mismo ocurre en las pampas de América del Sur, las cuales, observa Hudson, producen asombro porque en tan extenso territorio, cubierto de hierbas y tan apto para residencia de los cuadrúpedos herbívoros, solo vive un pequeño rumiante⁵⁸⁸. Como es sabido, en algunas partes de estas praderas ahora pastan millones de ovejas, ganado vacuno y caballos introducidos por el hombre. Las aves terrestres de las pampas son pocas, tanto en cantidad de especies como en número.

X. ADAPTACIONES PARA EVITAR LA COMPETENCIA

Numerosos ejemplos de estas adaptaciones pueden hallarse en las obras de todos los naturalistas de campo. Entre ellos, puede citarse el interesante caso del armadillo “peludo”, del cual W. H. Hudson dice que

...ha trazado un plan de acción. Como sus congéneres, que van desapareciendo rápidamente, todavía consume hormigas, pero no busca como aquellos su alimento sobre la superficie de la tierra o en los hormigueros solamente. Hace presa de toda clase de insectos y por medio de su fino olfato, descubre gusanos y larvas a una profundidad de varios centímetros. [...] Es enemigo de los pájaros que anidan en el suelo porque es aficionado a los huevos y a los pichones implumes. Pero si no halla otro alimento se contenta con devorar osamentas con tanto gusto como cualquier buitre o perro cimarrón. [...] Si no encuentra alimento animal, se hace vegetariano. Muchas veces he encontrado en su estómago gran cantidad de trébol, y lo que es más extraño aún, grandes y duros granos de maíz enteros.

No es de extrañar, entonces, que en toda estación, aun cuando otros animales padezcan hambre, el peludo esté siempre gordo y fuerte⁵⁸⁹.

⁵⁸⁸ Hudson hace referencia al entonces abundante “venado de las pampas”: *Ozotoceros bezoarticus*. [N. de E.]

⁵⁸⁹ El ya mencionado *Chaetophractus villosus*. Hudson (ob. cit.), pág. 71 de la edición inglesa y pág. 83 de la edición argentina. [N. de E.]

La adaptabilidad del avefría⁵⁹⁰ contribuye a la amplia difusión de esta especie. En Inglaterra, “se adapta tanto a los campos de cultivo como a áreas más silvestres”. Y acerca de las aves de rapiña, C. Dixon dice en su libro *Among the Birds in Northern Shires* (pág. 67) que “aún es más común la diversidad de alimento entre las aves rapaces”. De tal modo nos enteramos por el mismo autor (págs. 60-65) de que “el aguilucho pálido⁵⁹¹ de los páramos británicos se alimenta no solo de pequeñas aves, sino también de topos, ratones, ranas, lagartijas e insectos, mientras que los halcones de menor tamaño se alimentan principalmente de insectos”.

El muy sugestivo capítulo que W. H. Hudson dedica a una familia de aves trepadoras sudamericanas⁵⁹², picoleznas, picapalos, chincheros, etc., es también una excelente ilustración de los medios gracias a los cuales gran parte de la población animal evita la competencia y al mismo tiempo logran multiplicarse mucho en una región determinada sin poseer ninguna de las armas que generalmente se consideran esenciales para la lucha por la existencia. La familia de trepadoras anteriormente citada se extiende sobre una superficie inmensa, desde el sur de México hasta la Patagonia, y ya se conocen no menos de doscientas noventa especies pertenecientes a cuarenta y seis géneros diferentes, cuya característica más notable es su sorprendente diversidad de hábitos. No solo los diferentes géneros y especies poseen costumbres propias, sino que a menudo hasta una misma especie varía de modo de vida según las diferentes localidades.

Algunas especies de *Xenops*⁵⁹³ y *Margarornis*⁵⁹⁴ como los carpinteros trepan verticalmente por los troncos de los árboles en busca de insectos que devorar pero también, a la manera de los paros, exploran las ramitas y el follaje que se halla en la extremidad de las ramas; de modo que todo el árbol, desde la raíz hasta las ramas más altas, es recorrido por ellos en busca de presas. El *Sclerurus*⁵⁹⁵, aunque habita en los bosques más sombríos y está provisto de garras muy curvas, nunca busca su alimento en los árboles, sino exclusivamente en el suelo, entre las hojas caídas. Pero lo extraño es que, si se alarma, vuela hasta el tronco del árbol más próximo, al cual se adhiere en posición vertical, y allí, inmóvil y silencioso, pasa inadvertido gracias a la protección que le dispensa el color de su plumaje.

Y así sucesivamente. También varían inmensamente en cuanto a la manera de construir sus nidos. Así, en un mismo género, tres especies construyen nidos de barro

⁵⁹⁰ *Vanellus vanellus*, al mismo género pertenece el tero sudamericano: *V. chilensis*. [N. de E.]

⁵⁹¹ *Circus cyaneus*. [N. de E.]

⁵⁹² Hudson dedica el citado capítulo a la familia Dendrocolaptidae de los llamados *woodhewers* o *woodcreepers*, talladores o trepadores de troncos (que en la edición argentina se traduce erróneamente como carpinteros que, en realidad, son los así llamados *woodpeckers*, pertenecientes a la familia Picidae). De acuerdo a la taxonomía reciente, los numerosos ejemplos corresponden a algunas pocas aves de la familia Dendrocolaptidae y a una mayoría que actualmente se considera perteneciente a la familia Furnariidae. [N. de E.]

⁵⁹³ El género *Xenops* de la familia Furnariidae abarca varias especies de los llamados “picoleznas” de distribución en pluviselvas y selvas montañas sudamericanas. [N. de E.]

⁵⁹⁴ El género *Margarornis* pertenece a la familia Furnariidae y agrupa a varias especies de la América tropical y a sus miembros se los conoce por el nombre común de “subepalos” o “corretroncos”. [N. de E.]

⁵⁹⁵ El género *Sclerurus* pertenece a la familia Furnariidae y agrupa a especies de América tropical a las que se conocen como “hojarasqueros” o “raspahojas”. [N. de E.]

en forma de horno, una cuarta construye su nido con palitos en los árboles, y una quinta los excava en las orillas de los ríos, como el martín pescador.

Es notable que esta vasta familia, sobre la cual Hudson dice que “habitan en todas las regiones del continente sudamericano, en efecto, no hay clima, suelo o vegetación que no contenga la especie apropiada”, sean, según sus palabras, “los pájaros más indefensos”. Como los patos citados por Severtsov (véase en el texto) no poseen pico incisivo ni garras; “son tímidos, incapaces de ofrecer resistencia, sin fuerzas ni armas; sus movimientos son menos rápidos y enérgicos que los de otras clases, y su vuelo es muy débil”. Pero, como observara Hudson, y también Azara⁵⁹⁶ hace mucho tiempo, “tienen en alto grado disposiciones sociales”, a pesar de que “esa tendencia está supeditada en ellos a condiciones de vida que hacen que la soledad les sea necesaria”. No pueden organizar aquellas vastas asociaciones para la cría de sus pichones que hemos visto en las aves marinas, ya que se alimentan de los insectos de los árboles y deben inspeccionar cuidadosamente cada árbol, trabajo que realizan de un modo extraordinariamente hábil; pero en el bosque constantemente se llaman “conversando unos con otros a grandes distancias”; y se reúnen en esas “bandadas errantes” que tan bien conocemos gracias a las pintorescas descripciones de Bates. Hudson pensaba que “en toda Sudamérica los dendrocoláptidos son los primeros en combinar una acción de conjunto y que los pájaros de otras familias los siguen en sus marchas y se mezclan con ellos, porque saben por experiencia que de este modo obtendrán una buena cosecha”. Apenas es necesario agregar que Hudson tiene una opinión muy elevada de su ingenio. La sociabilidad y la inteligencia van siempre de la mano.

XI. ORIGEN DE LA FAMILIA

En la época en la que escribí el capítulo correspondiente de este libro, parecía que se había establecido cierto acuerdo entre los antropólogos sobre la aparición relativamente tardía de la familia patriarcal en las instituciones humanas, tal y como la conocemos entre los hebreos o en la Roma imperial. Pero desde entonces aparecieron trabajos en los que se ponen en duda las opiniones expuestas por Bachofen y MacLennan, y que fueron sistematizadas especialmente por Morgan y desarrolladas y confirmadas por Post, Maksim Kovalevski y Lubbock. Los trabajos más importantes que discuten estas ideas son el trabajo del profesor danés C. N. Starcke (*The Primitive Family in its Origin and Development*, 1889) y el del profesor de Helsingfors, Edward Westermarck (*The History of Human Marriage*, 1891, segunda edición, 1894). Con la cuestión de las instituciones matrimoniales primitivas sucedió lo mismo que con las instituciones primitivas de propiedad de la tierra. Cuando las ideas de Maurer y Nasse sobre la comuna aldeana fueron desarrolladas por un grupo de exploradores de talento, y cuando las ideas de los antropólogos modernos sobre la primitiva constitución comunista del clan se ganaron un reconocimiento casi general, comenzó la aparición de trabajos como los de Fustel de Coulanges en Francia, del profesor [F.] Seebohm de Oxford en

⁵⁹⁶ Félix de Azara (1746-1821) autor, entre otras obras, de *Voyages dans l'Amérique Méridionale* (1809). [N. de E.]

Inglaterra y muchos otros, en los cuales se hacía un intento —con más brillantez que profundidad real de la investigación— de refutar estas ideas y poner en duda las conclusiones a las que llegaron las investigaciones modernas (véase el prefacio del profesor Vinogradov a su notable *Villainage in England*). De igual modo, cuando la idea de la inexistencia de la familia en el estadio tribal temprano de la humanidad comenzó a ser aceptada por la mayoría de los antropólogos e investigadores del derecho antiguo, necesariamente provocaron la aparición de obras como las de Starcke y Westermack, en las que, de acuerdo con la tradición hebrea, en las cuales la humanidad fue representada como habiendo comenzado ya con la familia, evidentemente patriarcal, y sin haber pasado nunca por el estado de desarrollo de la familia gregaria descrito por MacLennan, Bachofen o Morgan. Estas obras, entre las cuales la brillantemente escrita *Historia del matrimonio humano* de Westermarck alcanzó un público amplio, produjeron cierto efecto: aquellos que no habían tenido la posibilidad de conocer la voluminosa literatura sobre esta controvertida materia se mostraron vacilantes; mientras que algunos antropólogos que conocían bien la materia, como el profesor francés Durkheim, tomaron una posición conciliadora pero un tanto indefinida.

Esta controversia puede ser irrelevante para el propósito especial de un trabajo sobre la ayuda mutua. El hecho de que las personas hayan vivido en *tribus* desde los estadios más antiguos de la humanidad no es puesto en duda ni aun por aquellos a quienes les sorprende la idea de que la humanidad haya podido pasar por una etapa en la que la familia —tal como la entendemos— no existía. Pero el tema tiene un interés propio y merece ser mencionado, a pesar de que para su consideración completa haría falta dedicarle un tomo entero.

Cuando tratamos de levantar el velo que nos oculta estas antiguas instituciones, especialmente las que predominaron en las primeras apariciones de seres del tipo humano, nos vemos obligados —debido a la carencia de testimonios directos— a realizar un minucioso trabajo para rastrear hacia atrás cada institución. Observando cuidadosamente incluso las más pequeñas huellas de costumbres, hábitos, tradiciones, canciones, folklore, etc., y combinando luego los resultados de cada uno de estos estudios separados, podemos reconstruir mentalmente la sociedad que respondería a la coexistencia de todas estas instituciones. Se puede entender, por lo tanto, la cantidad formidable de hechos y de estudios minuciosos que se requieren para llegar a cualquier conclusión sólida. Esto es precisamente lo que se puede hallar en los trabajos monumentales de Bachofen y sus continuadores, pero que no aparece en los trabajos de la escuela contraria. La cantidad de hechos recogidos por el profesor Westermack es sin duda suficientemente grande, y su trabajo tiene gran valor como obra crítica, pero difícilmente logrará que aquellos que conocen los trabajos originales de Morgan, McLennan, Post, Kovalevski, etc., y están familiarizados con la escuela de la comuna aldeana, cambien sus opiniones y acepten la teoría de la familia patriarcal.

Me atrevo a decir que las conclusiones extraídas por Westermarck de los hábitos familiares de los primates no tienen el valor que este les atribuye. Nuestro conocimiento de las relaciones familiares de las especies sociales de monos de nuestro tiempo es extremadamente incierto, y mientras que las dos especies no sociables —orangutanes y gorilas— deben quedar fuera de la discusión ya que ambas, como señalé en el texto, pertenecen a especies en decadencia.

Menos aún conocemos las relaciones existentes entre los machos y las hembras de los primates hacia el final del período terciario. Probablemente, todas las especies que vivían entonces se extinguieron, y no tenemos la menor idea de cuál forma ancestral de ellas surgió el hombre. Todo lo que podemos decir es que probablemente debían existir distintas relaciones familiares y tribales entre las diferentes especies de simios que por entonces eran sumamente numerosas, y que desde esas lejanas épocas debieron producirse importantes cambios en los hábitos de los primates semejantes a los que tuvieron lugar incluso entre los dos últimos siglos en muchas otras especies de mamíferos que dejaron de vivir en sociedades.

Debido a esto, la discusión debe reducirse exclusivamente a las instituciones humanas. Es en el examen minucioso de las diversas huellas de cada institución antigua, *en conexión con todo lo que sabemos de las otras instituciones del mismo pueblo o de la misma tribu*, donde reside la fuerza principal del argumento de la escuela que sostiene que la familia patriarcal es una institución de origen relativamente tardío.

En realidad, existe en el hombre primitivo todo un ciclo completo de instituciones que resultan comprensibles si aceptamos las ideas de Bachofen y Morgan, y que sin ellas no se pueden entender. Estas son: la vida comunista del clan, salvo que se produjera su división en familias paternas separadas; la vida en las *casas largas* y en clases que ocupan diferentes casas largas de acuerdo con la edad y el grado de iniciación de los jóvenes (M. Maklay, H. Schurz); las restricciones a la acumulación personal de bienes, de las cuales di ejemplos en el texto; el hecho de que las mujeres tomadas de otra tribu pertenecían a toda la tribu antes de pasar a ser propiedad privada, y muchas otras instituciones semejantes analizadas por Lubbock. Este amplio círculo de instituciones, que decayó y desapareció durante el período de la comuna aldeana, se encuentra en completo acuerdo con la teoría del “matrimonio tribal”. Pero, en su mayoría, la escuela de la familia patriarcal las ignora.

Evidentemente, esa no es la forma adecuada de tratar la cuestión. Los pueblos primitivos no tenían varias instituciones superpuestas o yuxtapuestas como nosotros tenemos ahora. Tenían solo *una* institución, el clan, que incluía a todas las relaciones mutuas de sus miembros. Las relaciones matrimoniales y las relaciones ligadas a la propiedad son relaciones del clan. Y por esto podríamos, al menos, esperar que los defensores de la teoría de la familia patriarcal nos señalasen de qué modo el ciclo citado anteriormente (que desapareció más tarde) pudo existir en grupos de personas que vivían bajo un sistema que contradecía a tales instituciones, es decir, bajo el sistema de familias aisladas gobernadas por el *pater familias*. ¿De dónde surgió el comunismo primitivo si el sistema de las familias independientes lo contradecía?

De nuevo, resulta imposible reconocer valor científico a la forma en que los defensores de la teoría patriarcal ignoran las serias dificultades de sus argumentos. Así por ejemplo Morgan demostró, con un número importante de hechos, que en muchas tribus primitivas existe un “sistema de clasificación de grupos” estrictamente observado, y que todos los individuos de una misma categoría se llaman entre ellos como si fueran hermanos y hermanas, mientras que los individuos jóvenes se dirigen a las hermanas de su madre llamándolas madres, etc. Afirmar que esto solo es una *façon de parler*⁵⁹⁷—es decir, un modo de expresar respeto a los mayores— es una

⁵⁹⁷ Una manera de hablar (en francés en el original). [N. de E.]

forma fácil de deshacerse de la necesidad de explicar por qué justamente este modo de expresar respeto y no otro ha predominado de tal forma entre tantos pueblos de origen diferente y por qué en muchos de ellos se ha conservado hasta la actualidad. Naturalmente, es muy posible que *ma* y *pa* sean las sílabas más fáciles de pronunciar para un bebé, pero la cuestión es: ¿por qué esa parte del “lenguaje infantil” es utilizado por los adultos y se aplica a cierta categoría de personas estrictamente definida?

¿Por qué en tantas tribus en que la madre y sus hermanas son llamadas *ma*, se llama al padre *tatía* (lo que es parecido a *diádia*, es decir, tío), *dad*, *da* o *pa*? ¿Por qué el apelativo de madre, que antes se daba a las tías por parte materna, fue reemplazado más tarde por un nombre diferente? Y así sucesivamente. Pero cuando nos enteramos de que, entre muchos salvajes, la hermana de la madre participa en la educación del niño tanto como la madre misma hasta el punto de que si la muerte se lleva al niño, la otra “madre” (la hermana de la madre) está dispuesta a sacrificarse para acompañarlo en su viaje al otro mundo, indudablemente nos sentimos inclinados a ver en estos nombres algo más profundo que la simple *façon de parler*⁵⁹⁸ o un modo de expresar respeto. Más aún después de conocer la existencia de un ciclo completo de supervivencias que apuntan todas en la misma dirección (consideradas detalladamente por Lubbock, Kovalevski y Post). Naturalmente, se puede afirmar que se sigue el parentesco por línea materna “debido a que el niño permanece más tiempo con la madre”; o bien puede argumentarse el hecho de que los niños de un padre con distintas esposas de diferentes tribus se consideran pertenecientes a la tribu de sus madres por la circunstancia de que los salvajes son ignorantes en fisiología; pero tales respuestas ni de lejos harán justicia a la seriedad de las cuestiones planteadas, en especial si se sabe que la obligación del hijo de llevar el nombre de la madre implica la pertenencia al clan de la madre en todos los sentidos, es decir, incluye el derecho a todo lo perteneciente al clan materno, a gozar de su protección, a no ser atacado por ninguno de sus miembros y al deber de vengar las ofensas en su nombre.

Aun si admitiéramos por un instante que semejantes explicaciones fueran satisfactorias, pronto nos convenceríamos de que en tal caso habríamos de buscar una explicación diferente para cada categoría de hechos semejantes, y estos son muy numerosos. Mencionemos solo algunos de ellos: la división de los clanes en clases en un tiempo en que no existía ninguna división según las condiciones de fortuna o de posición social; la exogamia, es decir, la obligación de tomar esposa de otra familia (clan) y nunca de la propia, así como todas las costumbres consecuentes enumeradas por Lubbock; el pacto de sangre y el conjunto de costumbres similares que tienen por objeto atestiguar una unidad de origen; la existencia de dioses de clan que preceden a la aparición de dioses familiares; el intercambio de esposas que existe no solo entre los esquimales en épocas de calamidades (véase el texto), sino que también está muy difundido entre muchas otras tribus de origen completamente diferente; el relajamiento de los lazos maritales a medida que descendemos de nivel de civilización; los matrimonios compuestos —cuando varios hombres se casan con una misma esposa, que pertenece por turno a cada uno de ellos—; la abolición de las restricciones maritales en los períodos de festividades, o cada quinto o sexto día, etc.; la cohabitación de las familias en las “casas largas”; la obligación de educar a los huérfanos que recae, aun en un período tardío, sobre el tío por línea materna; el número considerable de formas intermedias que indican la transición gradual del

⁵⁹⁸ Ídem.

linaje por línea materna al linaje por línea paterna; la limitación del número de hijos por clan (y no por familia), y la supresión de esta severa cláusula en épocas de abundancia; las restricciones familiares que suceden a las restricciones en el clan; el sacrificio de los ancianos en interés de la tribu; la *Lex Talionis* tribal y muchas otras costumbres y hábitos que tomaron el carácter de “asuntos de familia” solo cuando se estableció la familia en el sentido moderno de la palabra; las ceremonias nupciales y prenupciales, cuyos destacados ejemplos se pueden hallar en el trabajo de Sir John Lubbock y en las obras de varios investigadores rusos modernos; la ausencia de ceremonias nupciales allí donde el linaje es matriarcal y la aparición de esas ceremonias en tribus que siguen un linaje paterno. Todos estos hechos y muchos otros⁵⁹⁹ indican, según señala Durkheim, que el matrimonio, en el sentido moderno de la palabra, “solo es tolerado y es enfrentado por fuerzas antagonistas”; la destrucción de todos los bienes personales de un individuo después de su muerte, así como la enorme cantidad de reminiscencias⁶⁰⁰, mitos (señalados por Bachofen y muchos de sus continuadores), folklore, etc., apuntan en el mismo sentido.

Naturalmente, nada de todo esto demuestra que alguna vez haya existido un período en que la mujer fuera considerada superior al hombre o fuera la jefa del clan, tal y como afirmó Bachofen. Es esta una cuestión completamente distinta y, personalmente, me siento inclinado a pensar que tal período no ha existido nunca; tampoco prueban que haya existido una época en que no existieran restricciones tribales a las uniones sexuales, ya que esto sería directamente contrario a todas las pruebas conocidas. Pero si se toman en consideración todos los hechos revelados por las más recientes investigaciones, y se examinan sus relaciones interdependientes, es imposible no llegar a la reconocer que, aunque fuera posible la existencia de parejas aisladas con sus hijos en el clan primitivo, esas familias incipientes eran *excepciones toleradas* y no instituciones típicas de la época.

XII. DESTRUCCIÓN DE LA PROPIEDAD PRIVADA SOBRE LA TUMBA

En la notable obra de J. M. de Groot (*The Religious Systems of China*, 1892-1897, Leyden) hallamos confirmación de la idea expuesta en el texto. En China (como también en otros países) hubo una época en la que todas las posesiones personales del difunto se destruían sobre su tumba: sus bienes muebles, sus pertenencias, sus esclavos, incluso sus amigos y sus vasallos y, por supuesto, su viuda. Se requirió una fuerte reacción de los moralistas para que se pusiera término a esta costumbre.

Entre los gitanos ingleses la costumbre de destruir todas las pertenencias sobre la tumba del difunto se ha conservado hasta la época presente. Todas las posesiones de la reina gitana muerta en el año 1896, en los alrededores de la ciudad de Slough, fueron destruidas sobre su tumba. En primer lugar, dispararon al caballo y lo enterraron, luego quemaron la carreta en que viajaba, los arneses del caballo y diversos objetos de su pertenencia. En su época varios diarios informaron acerca de ello, y yo conservé los recortes.

⁵⁹⁹ Véase *Marriage Customs in many Lands*, de H. N. Hutchinson, Londres, 1897.

⁶⁰⁰ Muchas formas nuevas e interesantes de estas tradiciones han sido recogidas por Wilhem Rudeck: *Geschichte der öffentlichen Sittlichkeit in Deutschland*, una obra analizada por Durkheim en el *Annuaire Sociologique*, II, pág. 312.

XIII. LA “FAMILIA INDIVISA”

Desde la primera publicación de este texto se han conocido varios trabajos valiosos sobre la *zadruga* (clan familiar) de los eslavos del sur: la obra de Ernest Miler, en el *Jahrbuch der Internationalen vereinigung für vergleichende rechtswissenschaft und volkswirtschaftslehre zu Berlin*, 1897, y las hermosas obras de I. E. Geszow: *La zadruga en Bulgaria y La posesión y el trabajo de la zadruga en Bulgaria* (ambas en búlgaro). Debo recordar también el serio y bien conocido trabajo de V. Bogisic *De la forme dite “inokosna” de la famille rurale chez les Serbes et les Croates*, París, 1884, que he omitido citar en el texto.

XIV. EL ORIGEN DE LAS GUILDAS

El origen de las guildas ha sido objeto de muchas controversias. No hay duda de que las guildas artesanales o “colegios” de artesanos existían ya en la antigua Grecia y la antigua Roma; y a juzgar por un pasaje de Plutarco, bajo Numa ya se habían emitido leyes para regularlas: “Dividió al pueblo en oficios —dice Plutarco— ordenándoles tener hermandades, festivales y reuniones, e indicándoles el culto que debían rendir a los dioses de acuerdo con la dignidad de cada oficio”. Pero es casi seguro que los colegios de artesanos no fueron inventados o fundados por el rey romano ya que existían en la antigua Grecia. Con toda probabilidad, lo que hizo Felipe el Hermoso sometiendo a los oficios de Francia, para su mal, a la supervisión y a la legislación real. De uno de los sucesores de Numa, Servio Tullio, se dice que también dictó algunas leyes relativas a los colegios⁶⁰¹.

Debido a esto, era natural que los historiadores se formularan la pregunta acerca de si las guildas, que tan vigorosamente se desarrollaron en el siglo XII e incluso en los siglos X y XI, no eran una realidad sino un renacimiento de los antiguos “colegios” romanos, habida cuenta de que según la cita arriba mencionada se correspondían bastante con las guildas medievales⁶⁰². Es sabido que las corporaciones del tipo romano existieron en el sur de la Galia hasta el siglo V. Además, una inscripción hallada durante unas excavaciones en París muestra que existía una corporación de *nautae*⁶⁰³ de Lutetia bajo Tiberio, y en la carta otorgada a los aguadores parisinos en el año 1170 se habla de sus derechos como existentes *ab antiquo*, es decir, desde los tiempos antiguos⁶⁰⁴. De tal modo, nada tiene de extraordinario que las corporaciones se conservaran en la Francia medieval temprana después de la invasión de los bárbaros.

Pero aun admitiendo esto, no hay fundamento alguno para afirmar que las corporaciones holandesas, las guildas normandas, los *arteles* rusos, los *amkari* georgianos, etc.,

⁶⁰¹ “Servio Tullio populus romanus relatus in censum, digestus in classes, curiis atque collegiis distributus” (Étienne Martin-Saint-Léon: *Histoire des corporations de métiers depuis leurs origines jusqu’à leur suppression en 1791*, etc., París, 1897), pág. 3.

⁶⁰² La *sodalitia* romana, hasta donde podemos juzgar (véase el mismo autor de la nota anterior, pág. 9) corresponde a los *çofs* de los cabalios.

⁶⁰³ Bateleros o marineros. [N. de E.]

⁶⁰⁴ E. Martin-Saint-Léon, ob. cit. pág. 56.

tienen necesariamente un origen romano o incluso bizantino. Naturalmente, el intercambio entre los normandos y la capital del Imperio Romano de Oriente era muy activo, y los eslavos (como han demostrado los historiadores rusos, especialmente Rambaud) participaron activamente en este intercambio. Así, los normandos y los rusos pudieron importar a sus tierras la organización romana de las corporaciones comerciales. Pero cuando vemos que ya en el siglo X el *artel* era la esencia misma de la vida cotidiana de todos los rusos, y que a pesar de la carencia hasta los tiempos modernos de cualquier legislación que lo regule posee las mismas características que el “colegio” romano o que la guilda occidental, nos sentimos aún más inclinados a pensar que la guilda oriental tiene un origen más antiguo que el colegio romano. Los romanos sabían que sus *sodalitia* y *collegia* eran “lo mismo que los griegos llamaban *hetairiai*”⁶⁰⁵, aunque las *hetairiai* estaban estrechamente ligadas a la vida del clan (familia). Y, por lo que sabemos de la historia de Oriente, podemos afirmar casi sin temor a equivocarnos que las grandes naciones de Oriente, y también Egipto, tenían igualmente la misma organización de guildas.

Donde quiera que encontremos estas organizaciones, sus rasgos esenciales son siempre los mismos. Se trata de una unión de hombres que se dedican a una misma profesión u oficio. Esta unión, al igual que el clan primitivo, tiene sus propios dioses y su propio culto, siempre con algún misterio específico para cada unión en particular. Considera a todos sus miembros como *hermanos* y *hermanas*, y tal vez (en un principio) con todas las consecuencias que tal relación implicaba en la *gens* o, por lo menos, con ceremonias que indicaban o simbolizaban las relaciones entre hermano y hermana existentes en el clan. Por último, existían todas las obligaciones de apoyo mutuo que existían en el clan; a saber: la exclusión de la sola posibilidad de homicidio dentro de la hermandad, la responsabilidad del clan ante la justicia y la obligación, en caso de surgir disputas menores, de someter estas a la consideración de los jueces o, más exactamente, de árbitros escogidos entre la hermandad gremial. Así se puede decir que la guilda está modelada sobre el clan, y con toda probabilidad tiene en él su origen.

Debido a esto, me inclino a pensar que las observaciones que fueron hechas en el texto respecto al origen de la comuna aldeana pueden ser aplicadas igualmente a la guilda, al *artel* y a las fraternidades de artesanos o vecinos. Cuando todos los lazos que antes unían a los hombres en sus clanes se debilitaron debido a las migraciones, la aparición de la familia paterna y la creciente diversidad de ocupaciones, la humanidad elaboró un nuevo vínculo territorial bajo la forma de la comuna aldeana, y otro vínculo más, un *vínculo de acuerdo a las ocupaciones*, fue elaborado en base de una hermandad imaginaria: *el clan imaginario*, cuando este clan imaginario se establecía entre dos, tres o varios hombres constituía la “hermandad de mezcla de sangre” (el *pobratimstvo* eslavo), y cuando se formaba entre un número mayor de hombres de diferentes orígenes, es decir, que provenían de diferentes clanes que habitaban el mismo pueblo o ciudad (o incluso de diferentes pueblos o ciudades) constituían la *fatria*, la *hetairiai*, el *amkari*, el *artel* y la guilda⁶⁰⁶.

⁶⁰⁵ Ob. cit. pág. 2.

⁶⁰⁶ Asombra la claridad con que esta misma idea está expresada en el conocido pasaje de Plutarco, concerniente a la legislación de Numa sobre los “colegios de oficios”. “Y de tal modo —escribió Plutarco— fue el primero que erradicó de la ciudad el espíritu que llevaba a la gente a hacer declaraciones tales como: ‘soy sabino’, ‘soy romano’, ‘soy súbdito de Tácito’, o ‘soy súbdito de Rómulo’”. En otras palabras, *con el colegio se excluyó la idea de los diferentes orígenes*.

En cuanto al carácter y la forma de esta organización, sus elementos fueron ya delineados desde la época de los salvajes hasta el presente. Sabemos que en los clanes de todos los salvajes existen distintas organizaciones secretas de guerreros, hechiceras, jóvenes, etc., y también “misterios” artesanales a través de los cuales se comunican el conocimiento sobre la caza o la guerra y los correspondientes exorcismos y ritos (danzas con máscaras, etc.), en una palabra, los *clubes*, como los llamó Miklujo-Maklay. Estos “misterios” fueron con toda probabilidad el modelo de las futuras guildas⁶⁰⁷.

En cuanto al trabajo arriba citado de E. Martin-Saint-Léon, agregó que contiene informaciones muy útiles respecto a la organización de los oficios de París (basadas en el conocido libro de Boileau, *Le Livre des Métiers*⁶⁰⁸) y una buena recopilación de informaciones respecto a las ciudades libres en diferentes partes de Francia, con todas las indicaciones bibliográficas pertinentes. No se debe olvidar, sin embargo, que París fue una “ciudad real” (como Moscú o Westminster) y que debido a ello las instituciones libres de la ciudad medieval nunca alcanzaron en ella el desarrollo que alcanzaron en las ciudades libres. Lejos de representar “el retrato de una típica corporación”, las corporaciones de París “nacidas y desarrollada bajo la tutoría directa de la realeza”, por esta misma causa (que el autor considera el motivo de su superioridad, mientras que en realidad fue un causa de debilidad, como lo prueba el hecho de que él mismo, en diferentes partes de su obra, describe claramente cómo la intromisión del poder imperial en Roma y del poder real en Francia arruinó y paralizó la vida de las guildas de oficios) nunca alcanzaron el maravilloso crecimiento y la influencia sobre toda la vida de la ciudad que alcanzaron en el noreste de Francia, en Lyon, Montpellier, Nimes, etc., o en las ciudades libres de Italia, Flandes, Alemania y el este eslavo.

⁶⁰⁷ La obra de H. Schurtz consagrada “a la clase según la edad” y a las uniones secretas durante los estadios bárbaros de la civilización (*Altersklassen und Männerverbände: Eine Darstellung der Grundformen der Gesellschaft*, Berlín, 1902) que me llegó cuando leía las pruebas del presente libro [en referencia a la primera edición inglesa de 1902] incluye una cantidad importante de hechos que confirman la hipótesis arriba expuesta sobre el origen de las guildas. El arte de construir una gran casa comunal sin ofender al hacerlo a los espíritus de los árboles cortados; el arte de forjar los metales de modo de conformar a los espíritus hostiles; los secretos de la caza y los secretos de las ceremonias y de las danzas con máscaras que la hacen exitosa; el arte de enseñar a los muchachos los rudimentos de las artes y los oficios; los métodos secretos de lucha contra la hechicería de los enemigos y, por consiguiente, el arte de la guerra; la fabricación de botes, redes para la pesca, trampas para animales y trampas para pájaros con los conjuros necesarios; y por último, el arte de las mujeres en el hilado y teñido... Todo esto eran en épocas antiguas los *artificios* y *misterios* que requerían del secreto para ser realizados con éxito. En Inglaterra, “oficio” y “sortilegio” o “hechicería” hasta ahora se denominan con una misma palabra: *craft*. Debido a esto, todos estos conocimientos eran transmitidos desde los primeros tiempos por sociedades secretas o *misterios* solo a aquellos que habían superado una dolorosa iniciación. H. Schurtz muestra cómo la vida de los salvajes está basada en toda una red de sociedades secretas y “clubes” (de guerreros, cazadores), que tienen un origen tan remoto como el de las “clases” matrimoniales en los clanes, y contienen ya todos los elementos en germen de la futura guilda: el secreto, la independencia con respecto a la familia y a veces al clan, la adoración común de dioses especiales, las comidas compartidas y la autojurisdicción dentro de la sociedad y de la hermandad. La herrería, y hasta la casa donde se guardan los botes, son generalmente dependencias de los clubes de “hombres”; y las “casas largas” o *palaveras* son construidas siempre por maestros artesanos especiales que saben cómo apaciguar los espíritus de los árboles cortados. Sobre misterios semejantes hay gran cantidad de indicaciones en las publicaciones del Relieve Geológico de los Estados Unidos [aparentemente Kropotkin hace referencia a las publicaciones del US Geological Survey] consagradas a la etnografía y a la etnología.

⁶⁰⁸ *Le Livre des Métiers*, escrito por Étienne Boileau, preboste de París, alrededor de 1628, recopila los reglamentos de los distintos oficios parisinos durante el reinado de Luis IX. [N. de E.]

XV. EL MERCADO Y LA CIUDAD MEDIEVAL

En su obra sobre la ciudad medieval (*Markt und Stadt in ihrem rechtlichen Verhältnis*, Leipzig, 1896), [Siegfried] Rietschel desarrolló la idea de que se debe buscar el origen de las comunas medievales alemanas en el *mercado*. El mercado local, puesto bajo la protección del obispo, monasterio o príncipe, reunía a su alrededor a una población de comerciantes y artesanos, pero no a la población campesina. Los sectores en los cuales se dividían generalmente las ciudades, irradiando desde el mercado, y que estaban poblados cada uno por artesanos de oficios diferentes, sirven, según su opinión, de prueba de esta teoría: estos sectores constituían generalmente la “Ciudad vieja”, y la aldea agrícola, que pertenecía al príncipe o al rey, constituía la “Ciudad nueva”. La aldea y la ciudad se gobernaban por leyes diferentes.

Es cierto que el mercado desempeñó un papel importante en el desarrollo temprano de todas las ciudades medievales, contribuyendo al aumento de la riqueza de los ciudadanos e infundiéndoles ideas de independencia; pero, como ha sido ya observado por Karl Hegel, autor de una obra muy valiosa de carácter general sobre las ciudades alemanas de la Edad Media (*Die Entstehung des deutschen Städtewesens*, Leipzig, 1898), la ley de la ciudad y la ley del mercado eran dos cosas distintas.

Hegel, en su extensa obra, y basándose en investigaciones detalladas, llegó a la misma conclusión que yo me he permitido exponer en el presente libro, es decir, que la ciudad medieval tuvo un doble origen. En ella había, dice Hegel, “dos poblaciones conviviendo lado a lado: la rural y la puramente urbana”. La población rural, que vivía anteriormente bajo la organización de la *Almende* o comuna aldeana, fue incorporada a la ciudad.

En cuanto a las guildas de comerciantes, merece especial mención la nueva obra de Herman van der Linden (“Les gildes marchandes dans les Pays-Bas au Moyen Age”, Gante, 1896; en *Recueil de travaux publiés par la Faculté de Philosophie et Lettres*). El autor sigue el desarrollo gradual de la fuerza política y del poder que adquirieron sobre la población industrial, especialmente sobre los tejedores, y describe la liga creada por los artesanos con el fin de oponerse a su creciente poder. De este modo, la idea desarrollada en el presente libro acerca de la aparición de los gremios comerciales en el período más tardío y casi coincidente con el período de decadencia de las libertades ciudadanas parece encontrar confirmación en las investigaciones de H. van der Linden.

XVI. LA COMUNA ALDEANA EN INGLATERRA. LAS HUELLAS PRESENTES

En la época en que preparaba la primera edición rusa de este libro, a principios del año 1907, recibí la notable obra de Gilbert Slater *El cercamiento de las tierras comunales considerado geográficamente*, publicada por la Royal Geographical Society de Londres, en el mes de enero de 1907⁶⁰⁹. El doctor Slater estudió en esta obra no tanto el cercamiento de los terrenos incultos y las pasturas comunales como el cercamiento de las tierras de laboreo que continuaban —a veces hasta las épocas más recientes— siendo de usufructo común (en ocasiones transformadas en propiedad territorial).

⁶⁰⁹ Gilbert Slater: “The Inclosure of Common Fields Considered Geographically”, *The Geographical Journal*, vol. 29 No.1, enero 1907. [N. de E.]

Para ilustrar su idea tomó como ejemplo las aldeas de Castor y Ailesworth, cerca de Peterborough, en donde el cercamiento de la tierra comunal, que ha destruido finalmente la comuna, se efectuó solamente en 1892. En estas dos aldeas todas las casas, aparte de un molino de agua y la estación de ferrocarril, estaban concentradas alrededor de la iglesia y a lo largo del camino real. Más allá de las casas se encontraban los terrenos cercados que servían para proveer de pasturas a los caballos y a reservas de pastoreo (*paddocks*). Luego, al norte y al sur, se extendían las tierras arables sin otro cerco que ciertas franjas de delimitación conservadas aquí y allá y cubiertas de arbustos en algunos puntos.

Las veinte familias de esta aldea poseían (hasta el año 1892) franjas de tierra, exactamente igual que en las comunas rusas. Así, por ejemplo, el rector (es decir, el sacerdote), que poseía cuarenta hectáreas de tierra en los campos arables, las tenía divididas en ciento cuarenta y cinco franjas diferentes, sin que nada las separara de las otras franjas más allá de los surcos producidos por el arado. En medio de estos campos arables quedaban algunas tierras de pastoreo comunales. En el ángulo noroeste había un terreno inculto —del típico aspecto de los *commons* ingleses— y en el sur, a lo largo del río Nen, se extendían los prados comunales que estaban subdivididos en franjas aún menores que en los campos de laboreo. Todas las franjas, aun en los campos arables, estaban sometidas a los derechos comunales de pastoreo.

La obra del doctor Slater incluye el mapa de la aldea de Laxton, que hasta ahora mantiene la posesión comunal, y que es sorprendentemente similar a los mapas de las comunas aldeanas rusas incluidos en el conocido libro de P. P. Semionov sobre la comuna rural rusa.

La aldea y la comuna, y no el grupo campesino, era entonces la unidad agrícola —dice Slater—. El granjero no debía trabajar según su criterio personal, sino según un plan elaborado en común por la comunidad. El sistema generalmente solía ser el de tres campos, perfeccionado, es decir, un primer año de trigo, un segundo año de cebada de primavera y un tercero con un cultivo de barbecho de porotos, arvejas, nabos y otras raíces. (El nombre mismo de barbecho —*fallow crop*— se cambió por el de *follow crop*, es decir, siguiente cosecha).

Cada primavera todos los jefes de familia se reunían y determinaban los derechos correspondientes, juzgando según la cantidad que aportaba cada uno, medida por *stints*⁶¹⁰. En las pasturas comunales un *stint* aportado representaba el derecho al pastoreo para un caballo, dos vacas o diez ovejas. Los prados estaban abiertos para todas las familias desde el 12 de agosto hasta el 14 de febrero⁶¹¹; el campo de trigo de invierno y de trigo de primavera lo estaba desde la recolección hasta la siembra; y en cuanto al tercer campo, cada año se decidía qué sembrar y cuándo abrirlo para el pastoreo comunal del ganado.

Cuando fue destruida la propiedad comunal, toda la superficie se dividió en un determinado número de granjas, y cada granjero tuvo que cercar su tierra.

⁶¹⁰ Asignaciones o cuotas de derechos comunes que tenían los habitantes de la comunidad para usar la tierra comunal, pasturas u otros recursos compartidos. Cada persona o familia tenía un cierto número de *stints* que les permitían realizar actividades específicas en la tierra comunal, como pastoreo de ganado o cultivo en áreas comunes. [N. de E.]

⁶¹¹ En el texto ruso Kropotkin aclara que es “entre el 1 de agosto (antiguo calendario) y el 2 de febrero (antiguo calendario), obviamente desde la primera salvación hasta la Purificación”. En el en el rito ortodoxo en agosto hay 3 “salvaciones”, el 1, el 6 y el 16, y la Purificación es una fiesta ortodoxa que recuerda la entrada de Jesucristo en el templo. [N. de R.]

Tales son los interesantes hechos revelados por el doctor Slater, que emprendió luego una obra gigantesca, descubriendo que a pesar de que la usurpación de las tierras comunales se efectuó en el siglo XVIII y XIX en toda Inglaterra y Gales, sin embargo, todavía se estaba muy lejos de haber cercado todas las tierras laborables. En muchos condados se cercaban solo los campos incultos y los campos de pastoreo. Entonces, el autor se propuso leer cada una de las actas de cercamiento por separado para saber, en cada caso particular, cuánto de las tierras arables se había destruido de la posesión comunal (más allá de los pastizales y campos incultos), y confeccionó una lista de la superficie de cada condado que se hallaba en posesión de la comuna como campo arable. Descubrió entonces que, de toda la superficie de las tierras del condado, fértiles o estériles, en algunos condados constituía la cuarta parte (Berkshire, Warrick, Wiltshire), la tercera parte (Norfolk, Nottingham, Cambridge) o hasta la mitad (York, Oxford, Bedford, Rutland, Huntingdon, Northampton).

Sin embargo, en todos estos casos ya no se producía la división de la tierra. Las franjas de diferentes campos pertenecían a un mismo dueño de generación en generación desde que cayeron en poder (a veces por medio de la compra) de algunos comuneros. Pero aun siendo ya propietarios privados de sus franjas, los comuneros prosiguieron manteniendo durante siglos la economía comunal, y mejorando el sistema de agricultura.

El sistema comunal de división anual de las tierras, conocido en Escocia y Gales con el nombre de *run-rig*⁶¹² (rotación de franjas), *rundale* en Irlanda y *rin aid rennal* en Keithness, existe todavía en Escocia y probablemente en algunos lugares de Irlanda⁶¹³. A mediados del siglo XIX estaba ampliamente difundido, y de él habló también William Marshall, citado en el texto, al describir diferentes zonas de Inglaterra.

En general, la obra del doctor Slater, publicada en la revista de la Royal Geographical Society y a la que consagró catorce años de su vida, está llena de datos interesantes sobre la tierra arable comunal, sobre el “arado complejo”, sobre las granjas con cuatro cultivos⁶¹⁴ y, en general, sobre los diferentes tipos de comunas aldeanas en las diferentes regiones de Inglaterra.

El artículo citado del doctor Slater fue incluido en su libro *The English Peasantry and the Enclosure of Common Fields*, impreso en Londres por la Escuela de Economía en 1907, y también está lleno de datos interesantes. De él se desprende por ejemplo que en 1873, según datos de la Comisión Real⁶¹⁵, todavía existían campos comunales (arables, en laboreo todavía) en novecientos cinco parroquias de Inglaterra y Gales que cubrían 67.563 hectáreas, y el propio autor estima que en otras quinientas parroquias existían además alrededor de 39.398 hectáreas de tierras comunales. Así, la propiedad comunal de campos arables se había conservado en la décima parte de las parroquias de Inglaterra y Gales a pesar de todas las medidas tomadas por el Parlamento para acabar con esta forma de propiedad de la tierra.

⁶¹² Véase la nota al pie 453. [N. de E.]

⁶¹³ En Cumberland (Gales), las porciones se llamaban *dales* o *doles*. La franja divisoria se llamaba *rane*. De ahí provienen *run-rig* y *run-dale*.

⁶¹⁴ Recordaré, de paso, que en Canadá y los Estados Unidos cuatro granjeros establecidos en poco más de dos kilómetros cuadrados a menudo se asocian para comprar en común segadoras, atadoras y otras máquinas rurales.

⁶¹⁵ “Copyhold, Inclosure and Tithe Commission” [N. de E.]

XVII. SOBRE LA COMUNA ALDEANA EN SUIZA

La posesión comunal en Suiza tomó algunas formas interesantes sobre las cuales el doctor Brupbacher⁶¹⁶ llamó amablemente mi atención, enviándome las obras que nombro a continuación.

El cantón de Zug se compone de dos valles: el valle del Eger y la cuenca del valle del Zug. En su composición entran, usando la terminología del doctor Karl Rüttimann, diez comunas “políticas”, es decir, comunas que constituyen unidades administrativas, y “en todas estas comunas políticas del cantón del Zug —dice K. Rüttimann—, aparte de Menzingen, Neuheim y Risch, existen vastas partes del territorio (campos y bosques) junto a las tierras de posesión privada que pertenecen a las corporaciones de comunas [*Allmend*] grandes y pequeñas, que administran estas tierras en común. Tales uniones comunales son conocidas ahora en el cantón de Zug con el nombre de corporaciones. En las comunas políticas del Oberäegeri, Unteräegeri, Walchwill, Cham, Steinhausen y Hünenberg, existe una corporación en cada comuna; pero en la comuna de Baar existen hasta cinco corporaciones distintas”.

El fisco valora la propiedad de estas corporaciones en 6.786.000 francos.

Los estatutos de estas corporaciones reconocen que las posesiones de las *allmende* constituyen “su propiedad común e inalienable, que no puede ser hipotecada”.

Los miembros de estas corporaciones son las viejas familias de los *burgers*. Todos los otros miembros de las comunas que no pertenecen a las viejas familias no ingresan en las corporaciones y no gozan de derechos sobre las antiguas tierras comunales. Además, algunas familias de ciertas comunas del cantón son también *burgers* de la comuna rural de Zug. En tiempos pasados existía también una clase de forasteros residentes, los *beisassen*, que ocupaban una posición intermedia entre los *burgers*, pero actualmente esta clase ha desaparecido. Solo los *burgers* tienen derechos corporativos sobre la *allmende*, aunque estos son distintos para cada comuna y en algunas de ellas se extienden hasta las casas construidas en tierra comunal. No obstante, estos derechos, llamados *gerechtikeiten*, pueden ser comprados incluso por los extranjeros.

Así la afluencia de forasteros produjo, en las comunas de la república de Zug, el mismo efecto que [A. von] Miaskowsky y M. Kovalevski comprobaron en otras partes de Suiza. Solo los sucesores de las antiguas comunas tienen derecho a las tierras comunales, bastante grandes incluso ahora. Todos los habitantes de la comuna, sin diferencia, componen solamente la “comuna política”, es decir, el grupo administrativo que como tal no tiene derechos sobre los bienes comunales⁶¹⁷.

En cuanto al modo en que las tierras comunales fueron divididas a finales del siglo XVIII entre los comuneros, y las complejas formas de usufructo de la tierra que surgieron a continuación, se puede hallar una descripción detallada del proceso en la obra del doctor Karl Rüttimann, “Die Zugerischen Allmend Korporationen” en *Abhandlungen zum Schweizerischen Recht* del prof. Max Gaiür, segunda edición, Berna, 1904 (contiene también una bibliografía de la materia).

⁶¹⁶ Fritz Brupbacher (1874-1945), médico, escritor y anarquista suizo. Publicó en alemán en 1929 *Michael Bakunin. Der Satan der Revolte*, traducido al francés *Michel Bakounine ou Le démon de la révolte*. [N. de R.]

⁶¹⁷ Excepto una zona de pasturas, ¿o sin nada? Sería interesante saberlo.

Otra obra que proporciona una excelente imagen de la antigua comuna aldeana en el Jura de Berna es la monografía del doctor Hermann Rennefahrt, “Die Allmend im Berner Jura”, Breslau, 1905 (en *Untersuchungen zur Deutschen Staats und Rechtsgeschichte*, Dr. Otto Gierke, folleto 74, pág. 227, contiene bibliografía). Aquí encontramos bien expuestas las relaciones existentes entre el señor y las comunas rurales, lo mismo que las reglas económicas de estas últimas. Se halla en ella una descripción de las medidas tomadas por los franceses durante la conquista de Suiza a fines del siglo XVIII para destruir la comuna rural, obligarla a dividir sus tierras y transferirlas, con excepción de los bosques, a la propiedad privada; y también de cómo estas leyes fracasaron. Otra parte interesante de la obra de Rennefahrt muestra cómo las comunas del Jura lograron extraer mayor beneficio de sus tierras en los últimos cincuenta años y aumentar su productividad sin destruir la propiedad comunal (páginas 165-175).

La monografía del doctor Ed. [Eduard] Graf, *Die Auftheilung der Allmend in der Gemeinde Schaetz*, Berna, 1890, relata la misma historia de la comuna aldeana y del reparto obligatorio de sus tierras en el cantón de Lucerna.

El doctor Brupbacher, que analizó excelentemente en la prensa suiza estos trabajos, me envió también los siguientes: *Der Ursprung der Eidgenossenschaft aus der Markgenossenschaft*, del doctor Karl Bürkli, Zúrich, 1891; así como la conferencia del profesor Karl Bücher, *Die Allmende in ihrer wirtschaftlichen und sozialen Bedeutung*, Serie Soziale Streitfragen XII, Berlín, 1902 y otra del doctor Martin Fassbender sobre el mismo tema.

Para informarse sobre la situación actual de la propiedad comunal en Suiza se puede indicar, entre otros, al artículo “Feldgemeinschaft”, en el *Handwörterbuch der schweizerischen Volkswirtschaft, Sozialpolitik und Verwaltung* [*Diccionario de la economía popular suiza, de la política social y de la administración*], del doctor N. Reichsberg, 1.1, Berna, 1903.

XVIII. MÁS EJEMPLOS DE LA AYUDA MUTUA QUE EXISTE ACTUALMENTE EN LAS ALDEAS DE HOLANDA

El informe de la Comisión Rural Holandesa contiene muchos ejemplos relativos a esta materia, y mi amigo el señor [Christiaan] Cornelissen ha sido tan amable de hacerme una selección de los pasajes correspondientes de los voluminosos tomos del informe (*Uitkomsten van het onderzoek naar den toestand van den landbouw in Nederland*, dos tomos, 1890).

La costumbre de tener una trilladora que recorre varias granjas, alquilándola por turno, goza de una difusión muy amplia en los Países Bajos, como en todas partes. Pero a veces se encuentran comunas que mantienen una trilladora para toda la comuna (t. I, XVIII, pág. 31).

Los granjeros que no poseen bastantes caballos para el arado toman en préstamo los del vecino. La costumbre de tener un buey o un caballo semental en común está muy difundida.

Cuando la aldea necesita elevar el terreno (en los distritos bajos) para construir una escuela comunal, o cuando un campesino quiere construir una nueva casa, se suele convocar una “ayuda” (*bede*). Lo mismo ocurre cuando el granjero tiene que

mudarse. En general el *bede* es una costumbre ampliamente difundida, y pobres y ricos participan con sus caballos y carros.

El arrendamiento entre varios trabajadores agrícolas de un prado para sus vacas se halla difundido en algunas partes del país, y no es raro que el granjero que posee un arado y caballos are la tierra para sus trabajadores a sueldo (t. I., XXII, pág. 18, etc.).

Respecto de las uniones de granjeros para la compra de semillas, la exportación de verduras a Inglaterra, etc., se han vuelto universales. Lo mismo se observa en Bélgica. En 1896, siete años después de que se empezaran a fundar las guildas campesinas —primero en la parte flamenca y cuatro años después en la parte valona de Bélgica—, se contaban ya 207 guildas con cerca de diez mil miembros (*Annuaire de la Science Agronomique*, t.I, (2), 1896, págs. 148 y 149)⁶¹⁸.

XIX. LA COOPERATIVA EN RUSIA

La cooperativa en Rusia, que se ha desarrollado vigorosamente en los últimos años, ha tomado nuevas formas. Rechazando el pago de los dividendos de las empresas a sus miembros, los cooperativistas rusos decidieron utilizar todos sus beneficios únicamente para ampliar sus negocios y para la puesta en marcha de empresas comunales útiles. Así lo hacían ya antes de la guerra, creando centros culturales en sus almacenes aldeanos de consumo y a veces proponiéndose directamente como objetivo la difusión de la educación, la mejora los medios de comunicación y la introducción en las aldeas de distintas instituciones sociales. En una palabra, encarando problemas que antes se consideraban de incumbencia de las administraciones municipales o del Estado.

Más tarde, cuando al terminar la guerra se presentó ante Rusia el problema del renacimiento y la reconstrucción de la producción agrícola e industrial, especialmente la industria artesanal tan necesaria a la agricultura rusa, los cooperativistas adoptaron inmediatamente un amplio programa de desarrollo cultural. Ante todo, querían fortalecer la economía rural, y además demostraron claramente que “ninguna organización agronómica es capaz de cumplir este objetivo, si no recibe la ayuda de la labor colectiva del campesinado de Rusia a través de sus instituciones cooperativas” (ver libros sobre cooperativismo). Se necesitaban cientos de miles de campos de ensayo, la mejora de las semillas y del abono, el cultivo de plantas más valiosas y la mejora de la calidad de los productos. Los cooperativistas introdujeron muy acertadamente todo esto en su programa.

Pero sus planes fueron aún más lejos, en particular con la de las “riquezas aún dormidas de Rusia”, no por medio de concesiones a los capitalistas, sino por medio de la *construcción local*. Era necesario no solamente el aprovechamiento de las riquezas forestales y de la pesca en ríos y lagos que habían pasado rápidamente a manos de extranjeros que practicaban una economía depredadora, sino también el de la industria de elaboración, los establecimientos fabriles de la gran industria, la construcción de vías de acceso, etc.

Frente a la ingente población campesina en Rusia, la cooperación, concebida correctamente, como la entendió su fundador Robert Owen, jugará en el siglo xx el mismo papel prestigioso que tuvieron a fines de la Edad Media *las guildas y las ciudades libres*.

⁶¹⁸ Posiblemente Kropotkin aquí haga referencia a la publicación francesa *Annales de la science agronomique française et étrangère*. [N. de E.]

APÉNDICE PARA LA PRESENTE EDICIÓN

LA ACCIÓN DIRECTA DEL ENTORNO Y LA EVOLUCIÓN

Piotr Kropotkin

En *Smithsonian Report*, Washington Government Printing Office, 1920, págs. 409-427. Reimpreso con la autorización de *The Nineteenth Century and After*, enero 1919.

No puede haber duda de que las especies pueden modificarse enormemente mediante la acción directa del entorno. Tengo alguna excusa por no haber insistido más fuertemente en este aspecto en mi El origen de las especies, ya que la mayoría de los mejores hechos se han observado desde su publicación.

Darwin, *Vida y cartas*, III. 232

Cuando echamos una mirada general al trabajo realizado durante el último medio siglo en relación con la teoría de la evolución, vemos que la pregunta que subyacía en la mayoría de las discusiones teóricas e inspiraba la mayor parte del estudio de la naturaleza e investigación experimental era la gran pregunta fundamental sobre el papel desempeñado por la Acción Directa del Entorno en la evolución de nuevas especies. Esta pregunta fue uno de los pensamientos absorbentes de Darwin en los últimos años de su vida, y fue una de las principales preocupaciones entre sus seguidores.

Habiéndose realizado muchísimas investigaciones en esta dirección, las analicé en una serie de artículos publicados en esta revista durante los últimos siete años. Comencé con la evolución de las concepciones de Darwin mismo y la mayoría de los evolucionistas sobre la selección natural⁶¹⁹, luego di una idea de las observaciones y experimentos mediante los cuales se establecieron sin duda los poderes modificadores de un entorno físico cambiante⁶²⁰. Luego discutí el intento de Weismann de demostrar que estos cambios no podían heredarse, y el fracaso de este intento⁶²¹. Y finalmente examiné los experimentos que se habían realizado para averiguar en qué medida los cambios producidos por un entorno modificado se heredan⁶²². Lo que tenemos que hacer ahora es considerar las conclusiones que pueden extraerse de todas estas investigaciones y discusiones.

⁶¹⁹ *Nineteenth Century and After*, enero 1910.

⁶²⁰ “The Direct Action of Environment in Plants”, julio 1910; and “The Response of Animals to their Environment”, noviembre y diciembre 1910.

⁶²¹ “Inheritance of Acquired Characters: Theoretical Difficulties”, marzo 1912.

⁶²² “Inherited variations on plants”, octubre 1914, e “Inherited variations in Animals”, noviembre 1915.

I

Cuando Darwin abandonaba Inglaterra para un viaje en el Beagle, uno de sus amigos le advirtió que no debía dejarse influenciar por lo que pudiera ver en la naturaleza a favor de la variabilidad de las especies. “Ninguna de esas teorías francesas”, le dijeron (cito de memoria), lo que significaba: “Nada de las ideas de Buffon, Lamarck y Geoffroy Saint-Hilaire, según las cuales la acción directa de las condiciones de vida siempre cambiantes originó la variedad infinita de formas vegetales y animales que poblaban el globo”.

Darwin observó cuidadosamente la naturaleza y estudió su vida, y sintió el hechizo de “las ideas francesas”. Y tanto en 1842, cuando escribió un primer bosquejo de sus concepciones sobre la evolución⁶²³, como en 1859, cuando publicó su *El origen de las especies*, donde insistía en la parte dominante jugada en la evolución de nuevas formas mediante la selección natural, indicó al mismo tiempo la parte que desempeña el factor buffoniano-lamarckiano, es decir, la acción directa del entorno. Lyell incluso le reprochó el “lamarckismo” de *El origen de las especies*. Sin embargo, en ese momento, Darwin pospuso una discusión detallada del tema para una obra sobre variación, para la cual estaba recopilando materiales. Solo nueve años después publicó la primera parte de este trabajo; pero en el ínterin, ya en la tercera edición de *El origen de las especies*, se sintió obligado a introducir materiales importantes relacionados con la acción directa del entorno. Su gran obra sobre variación, así como la sexta edición de *El origen de las especies*, contenían, de hecho, un reconocimiento directo de la importancia del factor ambiental en la evolución de nuevas especies. No dudó en admitir que en ciertos casos la variación “definida” y “acumulativa” bajo la influencia del entorno podría ser tan efectiva para originar nuevas variedades y especies adaptadas al nuevo entorno que el papel de la selección natural sería bastante secundario en estos casos.

Las razones de tal modificación de opinión fueron reconocidas por Darwin mismo. En la década de 1850 no existían obras que trataran de manera científica la variación en la naturaleza; mientras que la morfología experimental, aunque ya había sido recomendada por Bacon⁶²⁴, se creó después de la aparición de la obra de Darwin. Sin embargo, los nuevos datos, rápidamente acumulados en estas dos ramas de investigación después de 1859, convencieron a Darwin de la importancia de la acción directa del entorno, y lo reconoció abiertamente.

Por supuesto, no abandonó la concepción fundamental de su *El origen de las especies*. Siguió manteniendo que una variación accidental puramente individual podía proporcionar a la selección natural los materiales necesarios para la evolución de nuevas especies. Pero también había reflexionado seriamente sobre la siguiente pregunta que planteó su primera gran obra: asumiendo todo lo dicho sobre la importancia de la lucha por la existencia, ¿sería capaz la selección natural de aumentar,

⁶²³ *The Foundations of the Origin of Species*, un ensayo escrito en 1842. Editado por su hijo Francis, Cambridge, 1909.

⁶²⁴ En *Sylva Sylvarum* (1824, sección 526) el gran fundador de la ciencia inductiva [Francis Bacon, en la primera mitad del siglo XVII] escribió: “Primero, debes tener en cuenta que, si deseas que una planta se transforme en otra, la nutrición debe prevalecer sobre las disposiciones hereditarias)... Por lo tanto, harás bien en tomar las hierbas del pantano y plantarlas en la cima de colinas y llanuras; y aquellas plantas que requieran mucha humedad, en suelos arenosos y muy secos... Esta es la primera regla para la transmutación de las plantas”.

o simplemente acentuar, de generación en generación una nueva característica útil, si esta característica apareciera accidentalmente solo en unos pocos individuos y, por lo tanto, estuviera sometida a la ley de todos los cambios accidentales? ¿No es necesario, para obtener un aumento gradual del nuevo carácter, que alguna causa externa actúe en una dirección definida durante varias generaciones sobre la mayoría de los individuos de un grupo dado, y que sus efectos se transmitan más o menos de una generación a la siguiente?

La respuesta que Darwin dio a esta pregunta en 1868 en la edición revisada (sexta) de su *El origen de las especies* fue definitivamente afirmativa. Escribió:

No debería pasarse por alto, sin embargo, que ciertas variaciones bastante marcadas, que nadie clasificaría como simples variaciones individuales, recurren con frecuencia debido a una acción similar sobre una organización similar, de lo cual se podrían dar numerosos ejemplos en la producción doméstica... También puede afirmarse sin duda que *la tendencia a variar de la misma manera a menudo ha sido tan fuerte que todos los individuos de la misma especie han sido modificados de manera similar sin la ayuda de ninguna forma de selección*⁶²⁵.

Además, cualquiera que se tome la molestia (o más bien, se dé el placer) de releer *Variation* verá que una variación indefinida y al azar, incluso con la ayuda de la selección natural, apenas tenía importancia para el gran fundador de la teoría de la evolución en el momento en que escribió esta última obra⁶²⁶. Una y otra vez repitió en ella que la variabilidad dependía completamente de las condiciones de vida; de manera que, si estas permanecieran inalteradas durante varias generaciones, “no habría variabilidad y, por lo tanto, no habría margen para el trabajo de la selección natural”. Y, por otro lado, donde la misma variación recurre continuamente debido a “la acción de alguna causa fuertemente predisponente”, la aparición de nuevas variedades se hace posible, independientemente de la selección natural. En el capítulo XXIII, presentó los hechos que pudo recopilar antes de 1868, “haciendo probable que el clima, la alimentación, etc., hayan actuado de manera tan definitiva y poderosa sobre la organización de nuestras producciones domésticas que nuevas subvariedades o razas se han formado así sin la selección por parte de la naturaleza”. También es evidente que si Darwin hubiera tenido a su disposición los datos que tenemos ahora, no habría limitado sus conclusiones a plantas y animales domesticados. Habría podido extenderlas a la variación en la naturaleza libre.

II

Durante los primeros veinte o treinta años después de la publicación de *El origen de las especies*, la investigación se dirigió principalmente al estudio de la acción directa del entorno tal como opera en la naturaleza libre y se induce en nuestros experimentos. El resultado principal de estas investigaciones fue demostrar, primero, que no existen caracteres específicos, ni en plantas ni en animales, que no puedan ser alterados modificando sus condiciones físicas de vida; y segundo, que las variaciones

⁶²⁵ *On the Origin of Species by Means of Natural Selection*, sexta edición, p.72; las cursivas son mías.

⁶²⁶ Véase *Variation in Domesticated Animals and Plants*, vol. II. pp. 289, 291, 300, 321, 322, 347, etc., de la edición popular de 1905 de Mr. Murray.

obtenidas experimentalmente bajo ciertas condiciones de calor o frío, sequedad o humedad, nutrición rica o pobre, y así sucesivamente, eran exactamente aquellas características que son propias de animales y plantas que viven en la zona ártica y tropical, en un clima seco y húmedo, en praderas fértiles y en desiertos. Se demostró así que, si una especie de plantas o animales migraba de una región más cálida a una más fría, o desde la costa hacia el interior, o desde una pradera hacia un desierto, la variación misma entre los nuevos inmigrantes, independientemente de la selección natural, tendería a crear una variedad que represente una adaptación a las nuevas condiciones. Lo mismo ocurriría si el clima de una localidad dada experimentara un cambio por alguna razón fisiográfica. En ambos casos, la selección natural jugaría un papel completamente subordinado, el de una “asistente de la variación”, como escribió Hooker en una de sus cartas a Darwin. Solo tendría que eliminar a los más débiles, aquellos que no posean la plasticidad necesaria para sufrir los cambios necesarios en sus tejidos, órganos y (en el caso de los animales) en sus hábitos.

Las investigaciones de esos años, al mostrar cómo las floras y las faunas de las tierras árticas estériles, las cumbres alpinas, los pantanos africanos, las costas marítimas, los desiertos y las estepas estaban adaptadas para resistir el clima y las condiciones generales de vida en cada uno de estos entornos, también se dieron los primeros pasos, especialmente por parte de los botánicos, para demostrar que la mayoría de estas maravillosas adaptaciones podían reproducirse en poco tiempo en nuestros experimentos. Bastaba para ello criar las plantas o los animales en esas condiciones de temperatura, humedad, luz, alimentación, y así sucesivamente, que prevalecen en las diferentes regiones de la tierra. Por lo tanto, ya en ese momento, especialmente para aquellos que estaban familiarizados con la naturaleza misma, parecía muy improbable que las adaptaciones de plantas y animales que vemos en la naturaleza fueran el resultado de variaciones meramente accidentales y fortuitas.

Tomando uno de los ejemplos más simples, habíamos aprendido de experimentos que cuando una planta se cultivaba bajo una campana de vidrio en un aire muy seco, sus hojas dejaban de desarrollar lóbulos suculentos, y las costillas de las hojas se convertían en espinas o agujas. Y cuando veíamos que las plantas espinosas eran características de la vegetación de regiones secas, no podíamos convencernos de que la inevitable transformación de las hojas en espinas y agujas en todas las plantas que emigraban a un desierto, o crecían en una región que se iba desecando gradualmente, no debía contar para nada en la evolución de las especies espinosas. No podíamos creer que toda la evolución de las estructuras llamadas “adaptativas” en desiertos, bordes marítimos, regiones alpinas, etc., que se está llevando a cabo en la naturaleza a una escala inmensa como resultado fisiológico de las propias condiciones, no dejara rastro en la evolución de las especies del desierto, de la costa marítima y alpinas; que los ajustes que son en el individuo una consecuencia directa de la acción físico-química del entorno sobre su materia viva tuvieran un origen meramente accidental en la evolución de una especie.

En aquel entonces, muchos biólogos ya adoptaban el punto de vista lamarckiano; y muy pronto, Darwin mismo, después de haber logrado lo que consideraba el punto principal de su enseñanza, la variabilidad de las especies⁶²⁷, dio el siguiente paso. Reconoció los poderes de la acción directa del entorno en la evolución de nuevas

⁶²⁷ Véase su correspondencia.

variedades y, eventualmente, nuevas especies. La función de la selección natural en este caso era eliminar a aquellos individuos que eran lentos en adquirir las nuevas características adaptativas y mantener un cierto equilibrio en la evolución de nuevos caracteres. Su función era dar una cierta estabilidad a la nueva variedad. Por supuesto, esta estabilidad no significaba inmutabilidad. Dado que no hay especies inmutables, esto solo significaba que las nuevas características se retendrían durante un cierto número de generaciones, incluso si la nueva variedad fuera colocada una vez más en nuevos entornos o se devolviera a los antiguos.

III

Darwin no tenía dudas de que los cambios producidos en plantas y animales por la acción directa de un entorno cambiante se heredaban. Había estudiado cuidadosamente la experiencia de criadores y cultivadores, encontrando pruebas suficientes de tal herencia. Reconocía que las mutilaciones no se heredan como tales (esto se sabía desde el siglo XVIII); pero también sabía que los caracteres desarrollados en un nuevo entorno se transmitían a la descendencia si la causa modificadora había actuado durante varias generaciones. Esta limitación era conocida tanto por Lamarck como por Darwin, y ambos la mencionaron repetidamente.

En un artículo anterior, discutí las enseñanzas de [August] Weismann, quien se oponía a esta perspectiva. Me remito al lector a ese artículo⁶²⁸, y aquí solo mencionaré y desarrollaré uno o dos de sus puntos.

Volviendo a una obra temprana y poco conocida de Weismann, “Sobre las causas finales de las transmutaciones”⁶²⁹, descubrí que el origen de sus enseñanzas no era experimental, sino teológico. En 1876, Weismann aún era darwinista. Sus propios experimentos sobre el dimorfismo estacional confirmaron los hechos descubiertos por [Georg] Dorfmeister sobre los efectos de la temperatura en la producción de dos razas diferentes de mariposas. Los experimentos posteriores de Weismann en ratones para demostrar la no transmisión de una mutilación (la cola cortada) no agregaron nada nuevo a nuestro conocimiento previo. Si Weismann hubiera consultado la *Variación* de Darwin antes de escribir su octavo ensayo, habría visto que las colas cortadas no se heredan y habría comprendido por qué esas mutilaciones tienen pocas posibilidades de ser heredadas (regeneración embrionaria) y por qué su no transmisión no afectó las opiniones de Darwin sobre la herencia de variaciones.

Bajo la influencia de las críticas de Schopenhauer, [Eduard] Hartmann y Karl Baer sobre la sustancia filosófica del darwinismo, Weismann aceptó la idea de Baer de que la evolución sin una guía teleológica desde arriba era una concepción no científica. Llegó a la conclusión de que, aunque la evolución es un proceso mecánico, debía haber sido predeterminada por un poder supremo de acuerdo con un cierto plan. Para “reconciliar la teleología con el mecanismo”, tomó de [Kark W.] Nägeli y parcialmente de Nussbaum la idea de “continuidad” del plasma germinal; así llegó a una concepción hegeliana de un “alma inmortal”. Su hipótesis fue sugerida por las mismas consideraciones, fuera del ámbito de la ciencia, que Darwin tuvo que combatir.

⁶²⁸ *The Nineteenth Century and After*, marzo 1912.

⁶²⁹ “Über die letzten Ursachen der Transmutationen”, en *Studien zur Descendenztheorie*, 1876, capítulo “Mechanismus und Teleologia”. No sé si existe traducción al inglés de este capítulo.

En sus *Ensayos sobre la herencia*, escritos entre 1881 y 1887, Weismann presentó su hipótesis del plasma germinal como un resultado de los descubrimientos microscópicos realizados en esos años por anatomistas conocidos, sobre los procesos que tienen lugar durante y después de la fertilización del huevo. Pero ya en 1897, el profesor Hartog señaló acertadamente que el defecto fundamental de la teoría de Weismann era su “carencia objetiva”.

Declara [escribió] estar basada en el estudio microscópico de los cambios en el núcleo en la división celular, pero allí no encontramos nada que justifique la suposición de dos modos de división nuclear en el embrión: uno dividiendo los determinantes y el otro solo distribuyéndolos entre las células hijas⁶³⁰.

Más tarde, dos de los principales microscopistas que participaron en los descubrimientos recién mencionados, lejos de respaldar la afirmación de Weismann de que no se pueden transmitir influencias materiales del protoplasma de una célula al plasma germinal de su núcleo, la contradecían claramente⁶³¹.

Más que eso, el punto fundamental de todas las hipótesis planteadas por Weismann fue el aislamiento del plasma germinal y la imposibilidad de que fuera influenciado por los cambios en el cuerpo bajo la influencia de los agentes externos. Pero a medida que avanzábamos en el estudio de la herencia, nos dimos cuenta de la estrecha interdependencia de todos los órganos y tejidos de los seres vivos, tanto plantas como animales, y la imposibilidad de que uno de sus órganos se vea afectado sin que se produzca una perturbación en todas las partes del organismo⁶³². Aprendimos de los mejores embriólogos que la sustancia viva que es portadora de la herencia no está localizada en el núcleo de las células germinales; y que se debe considerar probada una interacción de sustancias entre el núcleo y el citoplasma de la célula⁶³³. Finalmente, ahora tenemos experimentos que prueban que incluso lesiones

⁶³⁰ “The Fundamental Principles of Heredity”, en *Natural Science*, xi, octubre y noviembre 1897. Reproducido en *Problems of Life and Reproduction*, del profesor Marcus Hartog, Londres, 1913.

⁶³¹ Oscar Hertwig: *Der Kampf um Kernfragen der Entwicklungs- und Vererbungslehre*, Jena 1909, pp. 44-45 y 107-108. Véase también *The Nineteenth Century*, marzo 1912, p. 520.

⁶³² Para una revisión de esta cuestión, el profesor J. Arthur Thomson, en su trabajo capital, *Heredity* (Londres 1908, p. 64), agrega lo siguiente: “Manteniendo firmemente la opinión que hemos expresado en otro lugar, de que la vida es una función de interrelaciones, confesamos cierta vacilación en aceptar sin condiciones la idea de designar alguna parte específica de la materia germinal como el único portador de las cualidades hereditarias”.

⁶³³ [Carl] Rabl, Über “organbildende Substanzen” und ihre Bedeutung für die Vererbung, E. [Emil] Godlewski junior, en *Roux's Archiv* [*Archiv für Entwicklungsmechanik der Organismen*] vol. xxviii. 1908, pp. 278-378. La conexión entre todas las células en las plantas ha sido demostrada mediante observación, y ahora comienza a demostrarse también para los animales. La animada interacción entre las células del cuerpo animal mediante las células móviles, observada durante los procesos de regeneración, parece no estar limitada a estos procesos. Las investigaciones de [Wilhelm] His, [Karl Wilhelm] Kupffer, [Jacques] Loeb, [Wilhelm] Roux, y [Curt] Herbst tienden a demostrar que las mismas células participan también en los procesos ontogenéticos. (Véanse los artículos de Herbst in *Biologisches Centralblatt*, vols. xiv y xv.) En cuanto a [Moritz] Nussbaum, cuyo trabajo sugirió a Weismann la “continuidad” del plasma germinal, su idea es que las células germinales están expuestas a las mismas influencias modificadoras que las células somáticas (*Archiv für mikroskopische Anatomie*, xviii. 1908, citado por el profesor [Eugenio] Rignano en *Sur la transmissibilité des caractères acquis*, p. 169.) Muchos otros biólogos han llegado a la misma conclusión.

poco importantes del cuerpo puedan ser seguidas por modificaciones importantes en las células reproductoras⁶³⁴.

Las dificultades que la hipótesis formulada apresuradamente por Weismann tuvo que enfrentar cuando se enfrentó a la observación científica de la naturaleza, y las nuevas hipótesis que presentó para enfrentar los hechos contradictorios acumulados rápidamente, se discutieron en mi artículo antes mencionado. Basta decir aquí que, después de haber negado enfáticamente al principio que su plasma germinal “inmortal” pudiera ser influenciado por agentes externos “en la misma dirección que los cambios somatogénicos (en el cuerpo) que siguen las mismas causas”⁶³⁵; y después de haber sostenido que la mezcla de dos plasmas germinales en la reproducción sexual (es decir, la anfmixis) era “la única manera” en que las influencias hereditarias “podían surgir y persistir”⁶³⁶, Weismann tuvo que abandonar gradualmente su hipótesis de la anfmixis (ya rechazada desde hace mucho por Darwin). Gradualmente adoptó las hipótesis de la “selección germinal” o la lucha por los alimentos entre los determinantes del plasma germinal, como una causa probable de modificaciones heredadas, e “inducción paralela”. En estas dos hipótesis, Weismann reconoció que las células germinales se modifican por causas externas, de modo que reproducen en la descendencia los cambios somáticos o corporales producidos en el progenitor por el entorno. Solo en su segunda hipótesis sugirió que las células germinales son influenciadas directamente por factores externos, no a través de las modificaciones producidas por el entorno en los órganos y tejidos del cuerpo. Cabe decir que la mayoría de los biólogos recibieron esta última sugerencia no como una nueva hipótesis de trabajo, sino como una concesión velada de Weismann a sus oponentes. De hecho, la hipótesis no fue una generalización derivada del estudio de los cambios en las células germinales bajo la acción de agentes externos: se defendió solo como una explicación hipotética de los hechos que contradecían las hipótesis anteriores de Weismann. Pero hasta ahora, nos dicen los especialistas que han estudiado el tema, es imposible determinar en un solo caso concreto de herencia cómo se produjo la modificación en las células germinales: a través de las células del cuerpo o de forma independiente de ellas⁶³⁷.

Algunos biólogos vieron en la “inducción paralela” una nueva línea de investigación interesante y la siguieron. Pero Darwin, que ya conocía esta hipótesis mucho antes de que Weismann la utilizara, señaló con toda razón, en *Variation*, que aunque se produce una modificación simultánea en cierta dirección definida de las células del cuerpo y las células germinales en casos especiales, esto no puede ser una causa

⁶³⁴ Experimentos de Ignaz Schiller en *Cyclops* y renacuajos; reporte preliminar en *Roux's Archiv*, xxxiv. Pt. 3, pp. 469-470.

⁶³⁵ *Essays*, t. II, 190.

⁶³⁶ *Essays*, t. I, 196.

⁶³⁷ Cf. L. Plate, *Selektionsprinzip*, cuarta edición, 1913, pp.441-442. La misma opinión, como señaló el Profesor Hartog, es sostenida por E.B. Wilson, autor de una obra de referencia sobre la célula: “Ya sea que las variaciones [escribe] surjan primero en el idioplasma [el plasma germinal] de las células germinales, o que puedan surgir en las células del cuerpo y luego reflejarse en el idioplasma, es una pregunta a la que hasta ahora el estudio de la célula no ha dado una respuesta segura”. (*The Cell in Development and Inheritance*, segunda edición 1900, p. 433, citado por Marcus Hartog en su trabajo *Problems of Life and Reproduction*, Londres, Murray, 1913, p. 198, capítulo sobre la heredabilidad de los caracteres adquiridos).

general de la transmisión hereditaria de variaciones. Al igual que la anfmixis, esta hipótesis no explica las variaciones adaptativas heredadas, cuya necesidad para la evolución de nuevas especies Darwin ya había visto en 1868, y que ahora comprendemos mejor.

En resumen, el intento de Weismann de combinar la concepción pre-darwiniana de variaciones innatas pre-determinadas con el principio darwiniano de la Selección Natural ha fracasado. Un lector atento de su última obra, *Vorträge zur Descendenztheorie* (especialmente las páginas 258-315 del segundo volumen), verá por sí mismo cuánto quedó de ese intento. Con sus críticas a algunos hechos que antes se citaban como pruebas de la herencia de caracteres adquiridos, ciertamente indujo a los biólogos a profundizar en el tema de la herencia. Pero eso fue todo. En sus intentos constructivos, falló. No tenía ese poder de generalización inductiva que lleva a la ciencia moderna a sus grandes descubrimientos. Sus hipótesis fueron sugerencias brillantes e imaginativas, pero no fueron brillantes generalizaciones inductivas. Incluso carecían de originalidad.

IV

Sin embargo, podríamos preguntarnos: ¿por qué no conocemos más casos en los que se haya demostrado experimentalmente la transmisión hereditaria de caracteres adquiridos? ¿Por qué aún no tenemos pruebas de que los caracteres adquiridos se conserven durante varias generaciones, incluso cuando la descendencia retornaba a su antiguo entorno? Estas dos preguntas ciertamente merecen un examen cuidadoso.

Las razones son muchas. En primer lugar, es extremadamente difícil criar plantas, y aún más animales superiores, en entornos lo suficientemente diferentes de los normales como para alterar los caracteres distintivos de una especie. Es especialmente difícil hacer que los animales se reproduzcan en tales condiciones. En los experimentos mejor conducidos, sucedía una y otra vez que la segunda generación, cuando se criaba en un entorno inusual, parecía por completo; en los mejores casos, solo uno o dos individuos sobrevivían.

Además, los experimentadores aprendieron gradualmente que, para obtener una variación heredable, la causa modificadora debe actuar en un cierto período de la vida del individuo, cuando sus células reproductivas son especialmente sensibles a nuevas impresiones⁶³⁸. Y luego, los experimentos requieren tiempo. Mientras que es muy difícil criar varias generaciones sucesivas en condiciones inusuales, son precisamente varias, o incluso muchas, generaciones las que deben estar bajo la influencia de una causa modificadora para producir una variación más o menos estable. Lamarck, al enunciar sus dos leyes de variación, se aseguró de indicar que los cambios deben ser lentos y que deben ocurrir durante una sucesión de generaciones para heredarse y mantenerse más tarde durante algún tiempo. Darwin insistió repetidamente en esto. Pero solo ahora se están comenzando a comprender las condiciones bajo las cuales deben llevarse a cabo tales experimentos, en estaciones climáticas y laboratorios especializados. Hasta hace poco, tales experimentos no eran populares en la mayoría de las universidades de Europa Occidental.

⁶³⁸ Darwin lo sabía y lo mencionó en varios lugares en *Variation*; pero cuando el hecho fue confirmado por los experimentos de Merrifield, [M.] Standfuss, y otros, fue recibido como un nuevo descubrimiento.

Finalmente, durante las primeras décadas después de la aparición de *El origen de las especies*, la investigación se dirigió principalmente, como hemos visto, a demostrar el hecho mismo de una gran variabilidad de las especies, incluso en sus caracteres específicos típicos, lo cual era negado en ese entonces por un gran número de zoólogos y botánicos. Más tarde se llevaron a cabo una gran cantidad de experimentos para demostrar que si se colocan plantas y animales en condiciones de temperatura, humedad, luz, etc., como las que se encuentran en diferentes regiones de la Tierra, mostrarán exactamente aquellas variaciones que son características de las floras y faunas de esas regiones, sin ninguna interferencia de la selección natural o artificial. Además, era importante demostrar, y se demostró, que estas variaciones, que representan en la mayoría de los casos adaptaciones a las nuevas condiciones de vida, podían ser producidas por las nuevas condiciones mismas, las cuales estimulan ciertas funciones fisiológicas (nutrición, evaporación, elaboración de grasas, etc.) y, a través de ellas, modifican diferentes órganos⁶³⁹.

Solo después de que se hubiera realizado este inmenso trabajo, que llevó más de cuarenta años, los biólogos comenzaron a investigar en qué medida esa variación es capaz de originar nuevas razas y cuántas generaciones deben someterse a las influencias modificadoras para producir una variedad más o menos estable⁶⁴⁰.

También es importante señalar que, al principio, los experimentos de herencia se realizaron principalmente con variaciones en los colores y las marcas de los insectos, y solo ahora están comenzando a dirigirse hacia el estudio mucho más importante de las variaciones en las funciones fisiológicas, que son (como indicaron hace mucho tiempo G. Lewes y [A.] Dohrn, y más recientemente Plate) las principales agentes en la evolución de nuevas razas.

Estas son las razones que explican por qué la herencia de variaciones ambientales aún no ha sido demostrada por más experimentos. Sin embargo, no debe olvidarse que ya conocemos dos grupos importantes de variaciones, ambas debidas al entorno, que se heredan. Uno de ellos incluye la herencia de variaciones mediante la reproducción de yemas, y el otro incluye los llamados “sports”, descritos por de Vries como “mutaciones”.

En cuanto al primer grupo, ya he mencionado en un artículo anterior⁶⁴¹ que Darwin, quien había estudiado el tema, había demostrado que no hay ningún medio

⁶³⁹ Todo esto ha sido comprobado mediante experimentos, y es por eso que se requeriría un libro de buen tamaño para registrar los resultados obtenidos recientemente por la morfología experimental. Cf. *Experimental Morphology*, de T. H. Morgan, New York 1907; *Experimental-Zoologie*, de [Hans] Przibran, Viena 1910; Yves Delage y M. Goldsmith, *Les théories de l'évolution*, Paris 1909; etc.

⁶⁴⁰ El tiempo era un elemento importante en el problema, como afirmaron enfáticamente tanto Lamarck como Darwin, e incluso Bacon. Sin embargo, hay weismannianos que lo pasan por alto. Así, a Lamarck se le reprochó haber enunciado dos afirmaciones contradictorias en su primera y segunda ley. Pero tal reproche solo podría hacerse pasando por alto el tiempo necesario para producir los cambios. Para usar las propias palabras de Lamarck, se necesita tiempo “tanto para fortalecer, desarrollar y aumentar gradualmente un órgano que es activo, como para deshacer ese efecto debilitándolo e deteriorándolo imperceptiblemente y disminuyendo sus facultades, si el órgano no realiza ninguna función” (primera ley). Todo lo que dice la segunda ley es que lo adquirido o perdido de esta manera se transmite a los nuevos individuos nacidos de los anteriores; pero no dice una palabra sobre la duración del tiempo que el nuevo carácter se mantendrá, si los individuos recién nacidos se colocan nuevamente en nuevas condiciones o vuelven a las antiguas. Estos individuos evidentemente caen en tal caso bajo la acción de los cambios lentos mencionados en la primera ley.

⁶⁴¹ *The Nineteenth Century and After*, octubre 1914, pp. 821-825.

de encontrar una distinción sustancial con la reproducción por semilla. Las leyes de ambos son iguales, y en ambos casos la reproducción se lleva a cabo mediante células germinales capaces de reproducir toda la planta con sus órganos sexuales y con reproducción sexual, ya sea que el plasma germinal esté contenido en una semilla o en una yema, en la hoja de una begonia o en el tejido cambial de un sauce. También he mostrado que si Weismann, escribiendo en 1888 bajo el hechizo de su hipótesis de anfimixis, cometió el grave error de pensar que no hay transmisión de plasma germinal en la reproducción vegetativa, y por lo tanto describió la “variación de yemas” como una “variación individual”, al menos reconoció su error más tarde. Reconoció en 1904⁶⁴², usando casi las mismas palabras que Darwin usó en *Variation*, que una planta obtenida mediante yemas es tanto un nuevo individuo como si hubiera sido reproducida por semilla⁶⁴³.

Pero hay que recordar que, en el mundo vegetal, la reproducción por yemas (rizomas, estolones y similares) es mucho más importante que la reproducción por semilla. De hecho, parece más probable que la inmensa mayoría de las plantas que cubren la parte norte del hemisferio norte se han reproducido desde el período glacial principalmente por yemas, estolones, rizomas y similares, al igual que aún se reproducen así las plantas árticas y muchas alpinas. Y dado que transmitieron a su descendencia, durante este largo período de reproducción principalmente vegetativa, los caracteres que adquirieron en nuevos entornos, a medida que seguían el retroceso de la capa de hielo, ya podemos decir que un enorme número de variedades y especies de la zona subártica y templada deben su origen a los efectos heredados de la acción directa de entornos cambiantes.

Es muy bonito decir en lenguaje poético que las estepas del sur de Rusia están ahora cubiertas con los mismos individuos de gramíneas que se marchitaban bajo las pezuñas de los caballos durante la migración de los ugrianos desde el sur de los Urales hasta Hungría; pero un botánico que sabe que una yema en el rizoma de una gramínea contiene el mismo plasma germinal que la semilla en su espiga no toma estas imágenes bonitas como una inducción científica.

V

Mucho de lo mismo debe decirse sobre los llamados “sports” o variaciones heredadas que parecen aparecer de repente y que a menudo han dado a los criadores y cultivadores la posibilidad de criar nuevas variedades o subespecies. Darwin les prestó mucha atención; y en 1900, cuando el conocido botánico neerlandés [Hugo] de Vries describió los “sports” con el nombre de “mutaciones” y los consideró la verdadera clave para el origen de las especies, renovó el interés en estas variaciones “súbitas” o “discontinuas”.

Ya en la época de Darwin se había sugerido que los “sports” podrían representar un factor importante en la evolución de nuevas especies, y Darwin había mostrado la razón por la cual esto no podía ser así (se mencionará más adelante). Sin embargo, desarrollada como lo fue por de Vries en una obra bien escrita y rica en observaciones

⁶⁴² *Vorträge über Descendenztheorie*, segunda edición, vol. II. pp. 1 y 29.

⁶⁴³ Por lo tanto, Weismann ya no es responsable de aquellos que continúan repitiendo sus opiniones de 1888, cuando creía que en la reproducción vegetativa solo teníamos una subdivisión del mismo individuo y añadió: “Pero nadie dudará de que un mismo individuo puede cambiar gradualmente durante el curso de su vida por la acción directa de influencias externas.” (*Essays*, I, 429)

originales, la “teoría de las mutaciones” obtuvo algún éxito durante algún tiempo. La principal objeción contra considerar la selección natural como el medio de la naturaleza para evolucionar nuevas especies era la insignificancia de los primeros cambios incipientes en la variación “continua” y su escaso valor en la lucha por la vida. Algunos biólogos vieron en las variaciones repentinas, o “mutaciones”, el medio de eliminar esta objeción, sin recurrir a la odiada acción directa del entorno.

De Vries basó su teoría principalmente en los “sports” de una planta decorativa bien conocida, la onagra, o *Oenothera lamarckiana*, que encontró creciendo silvestre en un campo en Hilversum, cerca de Ámsterdam. Mostraba allí una serie de “sports”, y al cultivar estos “sports”, de Vries obtuvo varias “especies” nuevas⁶⁴⁴. Estas observaciones lo llevaron a construir una nueva teoría de la descendencia. Según ella, las variaciones que Darwin describió como “continuas” o “fluctuantes” no tienen valor para la aparición de nuevas especies, no solo porque son demasiado pequeñas para tener un valor vital en la lucha por la existencia, sino también porque no se heredan y, en consecuencia, no pueden ser “acumulativas”. Las variaciones “discontinuas” repentinas (los “sports” de Darwin), por otro lado, se sabe que se heredan y a menudo ofrecen diferencias suficientes respecto al tipo normal como para tener valor para la selección natural. En la selección artificial, han sido el medio de obtener nuevas variedades estables.

En sus investigaciones anteriores, de Vries, quien había estudiado durante quince años “monstruosidades” heredadas, como el trébol de cinco hojas y la amapola de muchas cabezas, llegó, de acuerdo con el profesor J. MacLeod, a la conclusión de que una nutrición rica en el sentido amplio de la palabra (abonado abundante, mantener las plántulas separadas, y así sucesivamente) era la primera condición para obtener tales variaciones heredables⁶⁴⁵. Sin embargo, más tarde, aceptando las enseñanzas de Weismann, separó las “variaciones de nutrición”, que sostenía que no eran heredables, de las “mutaciones”. Estas últimas se heredaban porque se originaban a partir de variaciones “congénitas”, que aparecían repentinamente por causas desconocidas en el plasma germinal, en ciertos períodos de la vida de la especie. Cada especie, afirmaba, tiene un período así, durante el cual puede dar origen a nuevas especies.

Sin embargo, pronto fue reconocido por la mayoría de los botánicos que se había sobreestimado el valor de los “sports” de la *Oenothera* para una teoría de la descendencia. A partir de investigaciones precisas realizadas en los Estados Unidos, en Harlem y en los alrededores de Liverpool, se demostró que la especie descrita como *Oenothera lamarckiana* tenía una larga historia: se cultivaba en Europa ya a mediados del siglo XVIII; y fácilmente podría ser un cruce de otras dos especies de la onagra. De ahí su gran variabilidad⁶⁴⁶. Además, y este es un punto esencial, ya señalado por

⁶⁴⁴ Darwin probablemente las habría descrito solo como “especies incipientes”. El profesor Plate las considera como modificaciones de hábito. Según él, difieren de la planta madre en muchos órganos, pero en cada uno de ellos en un grado insignificante.

⁶⁴⁵ Cf. *Die Mutationstheorie*, vol. I., Leipzig 1901, pp. 93, 97-100, y de hecho todo el capítulo cuarto. También sus artículos anteriores, “L'unité dans la variation” y “Alimentation et sélection” resumidos en *Mutationstheorie*.

⁶⁴⁶ Muchos datos importantes concernientes a la variación en *Oenothera* pueden encontrarse en la monografía de D. [Daniel] T. MacDougal, A. [Anna Murray] Vail, y G. [George Harrison] Shull: *Mutation, Variation and Relationships of Oenotheras*, Washington (Carnegie Publications) 1907.

Darwin, a menudo se describe una variación como “repentina” simplemente porque no se tomaron en cuenta los cambios minúsculos que conducían a su aparición. En realidad, dejando de lado esas diferencias individuales poco importantes que afectan débilmente algunos órganos, Darwin no encontró ninguna diferencia sustancial entre los “sports” y las variaciones fluctuantes heredables debidas al entorno⁶⁴⁷. En cuanto a la idea de que los “sports” podrían explicar la aparición de nuevas especies, Darwin señaló con mucha sabiduría que los “sports” puramente accidentales no podrían haber desempeñado tal papel en la evolución de nuevas especies, porque no ofrecerían la adaptación al entorno que solo puede ser suministrada por una variación definida y acumulativa bajo la influencia de un nuevo entorno, siendo esta variación ayudada por la selección natural.

En cualquier caso, aquellos que han estudiado seriamente todo el tema de la evolución y la herencia, como Yves Delage, Johannsen, Plate y muchos otros, no atribuyen ahora a las “mutaciones” la importancia que se les atribuyó hace unos años⁶⁴⁸. El Profesor Edmond Bordage, quien recientemente ha publicado un estudio especial sobre toda la cuestión de las mutaciones, también llegó a una conclusión similar⁶⁴⁹.

En primer lugar, Bordage señala que la *Oenothera lamarckiana* es, según diferentes autoridades botánicas, un híbrido, ya sea entre *Oe. grandiflora* y *Oe. biennis*, ambas importadas a Europa en el siglo XVIII (la primera era conocida en Harlem desde 1756), o entre diferentes variedades de *Oe. biennis*, que es una especie muy variable⁶⁵⁰. Pero incluso si no fuera un híbrido, la onagra ha experimentado tantos cambios en las condiciones de su cultivo durante los últimos cien o ciento cincuenta años que su considerable variabilidad actual puede ser consecuencia de estos cambios.

En resumen, el profesor Bordage llega a la opinión de que una mutación no es algo sustancialmente diferente de una variación ordinaria. Es solo una expresión externa repentina de procesos internos, llevados a cabo gradualmente y sin interrupciones... Entre la variación repentina y la lenta no hay una diferencia absoluta. Ambas pueden considerarse como efectos de la misma ley, manifestándose más o menos rápidamente.

⁶⁴⁷ “Las monstruosidades gradan tan insensiblemente en meras variaciones que es imposible separarlas” (*Variation*, II. 297-298). Consideró que “la variabilidad de todo tipo está causada directa o indirectamente por el cambio de las condiciones de vida...” (p. 300); y “De todas las causas que inducen variabilidad, el exceso de alimento, ya sea o no cambiado en su naturaleza, es probablemente el más poderoso”. (p. 302)

⁶⁴⁸ Así, reconociendo plenamente que “de Vries ha establecido en el dominio de la herencia muchos hechos, cuyo valor teórico queda aún en algunos aspectos por establecer mediante investigaciones ulteriores”, el profesor Plate, al analizar la teoría de la mutación en su monumental obra crítica (*Selektionsprinzip*, pp. 384-435), escribió: “La teoría de la mutación obtuvo un aparente éxito temporal porque introdujo nuevas palabras para hechos y concepciones bien conocidos, y despertó así la idea de que se había ganado un nuevo conocimiento. Es evidente que para la teoría de la descendencia no se había ganado ningún progreso real respecto a Darwin en esa dirección”. En un trabajo muy elaborado, *Vererbungslehre* (vol. II. de su *Handbuch der Abstammungslehre*, Leipzig 1913, pp. 430-475), Plate retoma una vez más este tema, y luego de un cuidadoso examen de toda la cuestión (incluyendo el mendelismo) redacta como sigue su conclusión final: “Los pensamientos que en ella [la teoría de las mutaciones] son correctos no son nuevos, y sus nuevos componentes no pueden ser aceptados” (p. 473).

⁶⁴⁹ “Les nouveaux problèmes de l’hérédité: la théorie de la mutation”, en *Biologica*, II. 1912.

⁶⁵⁰ Esta última es la opinión del Sr. [George A.] Boulenger, una autoridad en la materia, y la primera es la opinión adoptada por Davy y otros botánicos.

VI

Como acabamos de ver, las “mutaciones” fueron descritas como “variaciones congénitas”. Pero toda variación de forma y estructura, una vez que es heredada, implica una “variación congénita”: algún cambio debe haber ocurrido en las células germinales, sea cual sea el origen de la variación o la posición de las células germinales en el organismo. Es cierto que aprendemos, a partir de los experimentos de MacDougal y [William L.] Tower, que ciertos cambios heredables pueden obtenerse por la acción directa de agentes externos (temperatura, etc.) sobre las células germinales. Por supuesto, pueden. Pero aún nadie ha demostrado que los cambios producidos en las células del cuerpo no puedan afectar a las células germinales; mientras que la investigación moderna tiende a demostrar más bien lo contrario.

En consecuencia, no nos sorprende saber que de Vries, al haber reconocido en su última obra, *Gruppenweise Artbildung* que cada mutación debe tener “no solo una causa interna, sino también una causa externa”, y que la alta variabilidad de las *Oenothera* debe ser “en cierta medida una consecuencia de las condiciones especiales del suelo”⁶⁵¹, ha dado así un duro golpe a la idea de una distinción fundamental entre “mutaciones” y variación ordinaria. Ambas son heredadas, siendo la diferencia solo una cuestión de grado en la causa modificadora.

Se puede agregar que Erwin Baur, quien también ha estudiado cuidadosamente el tema, llega a una conclusión similar en su *Introduction to the Experimental Theory of Heredity*. Como regla general (escribe), las mutaciones son raras (una de cada mil individuos, o menos); y “en la mayoría de los casos no conocemos sus causas”. Solo recientemente se realizaron experimentos que muestran que las mutaciones (es decir, las variaciones heredables), pueden ser provocadas por influencias exteriores, dependiendo de nuestra voluntad. Tales son los experimentos sobre el escarabajo de Colorado realizados por Tower, quien utilizó altas temperaturas, sequedad del aire y baja presión atmosférica, los de [Louis] Blaringhem, quien provocó variaciones heredables mediante mutilaciones de plantas, y MacDougal, quien actuó directamente sobre las células reproductoras⁶⁵².

Finalmente, aprendemos de otro experimentador muy cuidadoso y talentoso, el profesor Klebs, que los caracteres de una planta que pertenecen a los más constantes bajo las condiciones ordinarias de cultivo pueden volverse muy variables bajo condiciones adecuadamente elegidas; y que tanto las llamadas variaciones continuas como las variaciones discontinuas (las mutaciones) pueden obtenerse en el mismo individuo, según las condiciones externas en las que se coloque⁶⁵³.

El consenso de opinión va en contra de atribuir a las mutaciones un origen completamente diferente al origen de las variaciones de hábito. Pero dado que es así, tenemos en las

⁶⁵¹ De Vries, *Gruppenweise Artbildung*, pp. 342-343; También *Species and Varieties: their Origin by Mutations*, Lectures before the University of California, editado por D.T MacDougal, Chicago, 1906, p. 451.

⁶⁵² Erwin Baur, *Einführung in die experimentelle Vererbungslehre*, Berlin 1911, pp. 202-204. En un trabajo recientemente publicado por R. Ruggles Gates, *The Mutation Factor in Evolution with Particular Reference to Oenothera* (Londres 1915), tenemos una importante contribución a este tema. Su principal interés radica en las investigaciones realizadas por el autor para descubrir los cambios que tienen lugar en las células germinales cuando se produce una variación hereditaria en el complejo extremadamente variable de especies y variedades representadas por la *Oenothera*. Estas investigaciones aún no han llevado al autor a una conclusión definitiva sobre las causas de las mutaciones (p. 321), pero abren una interesante rama de investigaciones sobre la gran cuestión de la herencia.

⁶⁵³ “Studien über Variation”, en *Roux’s Archiv*, vol. XXIV. pp. 29-113; reseña en *Année biologique*, XIV. p. 357.

llamadas “mutaciones” otra vasta categoría de caracteres “adquiridos” bajo la influencia de una nutrición cambiada en un nuevo entorno, y heredados⁶⁵⁴. Y estas dos vastas categorías reducen inmensamente la parte que la selección natural puede tener en la evolución de nuevas especies. Con esta función reducida, se vuelve completamente comprensible.

VII

La tendencia dominante de la investigación moderna es llegar a una síntesis de los dos principales factores de la evolución: el factor buffoniano-lamarckiano que incluye las variaciones inducidas por un entorno cambiante, y el factor darwiniano-wallaciano de la selección natural. Como vimos, Darwin lo reconoció abiertamente.

Herbert Spencer ya había llegado a esta conclusión, dándole incluso más importancia al primer factor.

Los capítulos anteriores —escribió en la segunda edición ampliada de sus *Principles of Biology*— implican que no se adopta ninguno de los extremos (es decir, solo la selección natural o la acción directa del entorno sin la ayuda de la selección natural). De acuerdo con Mr. Darwin en que ambos “factores han estado en funcionamiento”, sostengo que la herencia de alteraciones causadas funcionalmente ha desempeñado un papel más importante de lo que él admitió incluso al final de su vida; y que, al avanzar la evolución, ha desempeñado el papel principal en la producción de los tipos más elevados.

Es muy interesante notar que Weismann, aunque su punto de partida era bastante diferente al de Darwin y Spencer, también llegó, después de todo, a las mismas opiniones. Comenzó proclamando la “suficiencia total de la selección natural” para dar origen a nuevas especies y rechazó la necesidad de que los cambios adaptativos heredables fueran producidos por el entorno. Pero vimos cómo gradualmente llegó a nuevas hipótesis que reconocían efectivamente el papel desempeñado en la evolución de nuevas especies por la variación heredada.

Se podrían cubrir páginas para mostrar cómo los biólogos dedicados a trabajos experimentales llegaron, después de alguna vacilación, a reconocer la influencia modificadora del entorno. Pero unas pocas citas bastarán para mostrar la tendencia general de la investigación moderna.

Standfuss resumió los resultados de sus experimentos de veintiocho años en una conferencia cuidadosamente redactada. Ve en la predominancia de un tipo más antiguo sobre una variación recién aparecida la clave de la dificultad de la transmisión de caracteres adquiridos a la descendencia. El dominio de la vieja estirpe, de lo que se ha consolidado fuertemente durante una sucesión de generaciones, no puede ser fácilmente vencido por lo nuevo (un punto de vista, por cierto, expresado ya por

⁶⁵⁴ Con todo el respeto que me merecen los trabajos, siempre muy precisos, del profesor J. Arthur Thomson, confieso que, cualesquiera que sean sus otras razones en favor de la variación discontinua, los hechos que menciona en *Heredity* (Londres 1908, pp. 86-89) difícilmente prueban que “La variación avanza rápidamente y a saltos”. Las propias palabras con las que el profesor Thomson acompaña, con su habitual justeza, cada uno de los ejemplos que menciona, sugieren que no hay razón para afirmar, y sí para dudar, que los nuevos caracteres aparezcan repentinamente. Sobre el “caballo maravilloso” de crines larguísimas se nos dice que “los padres y abuelos tenían el pelo inusualmente largo”; sobre la amapola de Shirley, que la “única variación discontinua” de la que se obtuvo “puede haber ocurrido a menudo antes de que el Sr. Wilks la salvara de la eliminación”, pero no se da ninguna razón para sugerir que se tratara de una variación “repentina”...; lo mismo ocurre con la “Star primrose” [*Primula sinensis*], la mariposa *Amphidasya* y el medusoide *Pseudochytia pentata*, del que se dice que es “notablemente variable”.

Bacon). Y después de haber demostrado por sus experimentos que a veces lo nuevo se hereda, Standfuss concluyó su conferencia con estas palabras:

La interacción mutua entre los factores del mundo exterior y los organismos da origen a formas nuevas fluctuantes; se heredan más o menos, luego son seleccionadas y se mantienen por ella dentro de líneas de desarrollo definidas⁶⁵⁵.

Wettstein, quien ha estado experimentando durante años en la modificación de plantas por agentes exteriores, acepta abiertamente la transmisión hereditaria de caracteres adquiridos en su *Manual de botánica sistemática* [*Handbuck der systematischen Botanik*]. Escribe:

En la inmensa mayoría de los casos, los caracteres adaptativos se originan por la llamada “adaptación directa”; en otras palabras, debemos reconocer en la planta la capacidad de adaptarse directamente a las condiciones prevalentes de la vida y heredar estos caracteres de adaptación adquiridos⁶⁵⁶.

J. P. [Johannes Paulus] Lotsy, autor de una conocida obra sobre las teorías de la herencia, llega a la conclusión de que

a menos que aceptemos una *vis vitalis* (una fuerza vital) que, después de todo, no explicaría nada, es imposible encontrar otra razón para el origen de las variaciones que no sea la influencia de las condiciones externas sobre la sustancia del protoplasma; y sin una herencia de la variación adquirida, o del carácter, no hay razón para que se fije. Si se niega absolutamente la posibilidad de que las biometamorfosis (variaciones debidas al entorno) sean heredadas, esto significa negar la evolución misma⁶⁵⁷.

D.T. [Daniel Trembly] MacDougal, después de analizar el trabajo de Buchanan, Gages, Klebs, Zederbaum y de Vries, encuentra que sus descubrimientos, junto con su propio trabajo y el de otros botánicos en el Laboratorio Botánico del Desierto en los Estados Unidos y en otros lugares, nos imponen la conclusión de que los cambios estructurales y las adaptaciones funcionales implícitas son sin duda respuestas somáticas directas, que se vuelven fijas y permanentes como consecuencia de su repetición anual a lo largo de los siglos⁶⁵⁸. Wilhelm Johannsen, cuyo trabajo principal, *Elementos de la ciencia exacta de la herencia* [*Elemente der exakten Erblchkeitslehre*]⁶⁵⁹, es muy apreciado por biólogos de todas las escuelas, llega, en uno de sus escritos más recientes, a la conclusión de que sin variaciones heredadas, “la selección no tendría influencia hereditaria”⁶⁶⁰. Y así sucesivamente.

⁶⁵⁵ M. Standfuss, “Zur Frage der Gestaltung und Vererbung”, conferencia en la Zurich Naturalists Society, en enero de 1902. Zurich, 1905 (separata).

⁶⁵⁶ *Handbuck der systematischen Botanik*, Viena 1901 seq. Lo cito a partir de Adolph Wagner: *Geschichte des Lamarckismus*, Stuttgart, 1909, p. 215.

⁶⁵⁷ *Vorlesungen uber Descendenztheorien*, vol. II., Jena, 1908.

⁶⁵⁸ “The Inheritance of Habitat Effects in Plants”, in *Plant World*, XIV, 1911; analizado en *Botanisches Centralblatt*, Bd. CXXII. 1913, p. 134.

⁶⁵⁹ *Elemente der exakten Erblchkeitslehre*, Jena, 1909, pp. 308, 449 etc.

⁶⁶⁰ “The Genotype Conception of Heredity” en *American Naturalist*, XLV. 1911, citado por Semon en *Verhandlungen des Naturforschers-Verein* en Brunn, vol. LXIX.

VIII

La idea de la selección natural aparentemente no se le ocurrió a Lamarck, aunque varios pasajes en sus obras sugieren que había notado la lucha por la existencia. En cuanto a los lamarckianos modernos, aunque casi todos ellos señalan las limitaciones de la selección natural, no excluyen su acción de sus esquemas de evolución. Solo objetan la parte exagerada que se le atribuye por aquellos cuyas concepciones de la descendencia están influenciadas por consideraciones sociológicas o sobrenaturales; y entienden que la selección natural ciertamente da estabilidad a los efectos de la acción directa del entorno. La mayoría de ellos también reconoce que, junto a estos dos principales factores de la evolución, se deben tener en cuenta los dos aspectos, individual y social, de la lucha por la vida, el desarrollo de instintos protectores en los animales superiores y los efectos del uso y desuso de los órganos, el cruce y la aparición ocasional de variaciones más o menos repentinas, todos ellos desempeñando su papel en la evolución de la insondable variedad de formas orgánicas.

Entre los biólogos modernos, el profesor [Ludwig] Plate ha comprendido quizás mejor la necesidad de una visión sintética de los factores de la evolución, que ha desarrollado en su obra elaborada, conocida ahora bajo el título de *Selektionsprinzip* [*Principio de selección*]. Examinó primero detalladamente el alcance y las posibilidades de la selección natural bajo las diferentes formas de la lucha por la vida; y después de haber demostrado que la selección natural interviene donde falla la adaptación directa lamarckiana, y que, por sí sola, no sería suficiente para resolver el problema del origen de las especies, el profesor Plate resume sus opiniones en las siguientes líneas, que, en opinión del presente escritor, son una declaración justa del caso:

La única dificultad real para el darwinismo es que las variaciones deben alcanzar cierta amplitud antes de ser “dignas de selección”, es decir, antes de dar a la selección la oportunidad de intervenir. Las mínimas diferencias individuales no pueden provocar ninguna selección. Sin embargo, ya he demostrado con detalle (pp. 109-179) que después de un estudio cuidadoso del problema, esta dificultad resulta ser ilusoria, porque, por un lado, es imposible negar que hay variaciones dignas de ser seleccionadas⁶⁶¹, y por otro lado, en la naturaleza hay diferentes formas de aumentar las diferencias mínimas, para que sí sean dignas de selección. De estas formas diferentes, la modificación de la función, los cambios en las condiciones de vida, el uso y desuso, y la ortogénesis entran en la categoría de los factores indicados por Lamarck y, por lo tanto, la teoría de la selección no puede rechazar la colaboración de los factores lamarckianos. El darwinismo y el lamarckismo⁶⁶², tomados juntos, ofrecen una explicación satisfactoria del desarrollo de las especies, incluyendo el origen de la adaptación, mientras que ninguna de estas dos teorías, tomadas por separado, lo hace (*Selektionsprinzip*, pp. 602-603).

Permítanme agregar, para evitar malentendidos, que el lamarckismo del cual he hablado en estas páginas, y al cual Plate se refiere en la cita recién proporcionada, se refiere a las enseñanzas de Lamarck tal como aparecieron en su *Philosophie zoologique* [*Filosofía zoológica*], su notable *Discours d'ouverture de l'an x et de l'an xi* [*Discurso*

de apertura del año x y del año xi], pronunciado en la Academia de Ciencias de París, y su *Système analytique des connaissances positives de l'homme* [*Sistema analítico de conocimientos positivos del hombre*] —de las cuales las dos últimas son completamente ignoradas en este país [Inglaterra], y la primera se cita con frecuencia de manera incorrecta. Estas enseñanzas muestran que Lamarck no tenía la menor inclinación hacia una *Natur-Philosophie* [*Filosofía de la Naturaleza*] metafísica, y no tienen nada que ver con las teorías vitalistas y otras de los neolamarckianos alemanes, de los cuales Francé (un botánico distinguido) y el Dr. Adolph Wagner son representantes destacados⁶⁶³.

Una síntesis de las opiniones de Darwin y Lamarck, o más bien de la selección natural y la acción directa del entorno, descritas por Spencer como adaptación directa e indirecta, fue así el resultado necesario de las investigaciones en biología que se han llevado a cabo durante los últimos treinta o cuarenta años. Si consideraciones que están fuera del verdadero ámbito de la biología, como aquellas que inspiran a los neolamarckianos y a Weismann, dejan de interferir, una visión sintética de la evolución (en la cual la selección natural se entenderá como una lucha por la vida llevada a cabo bajo tanto su aspecto individual como su aspecto social, aún más importante) probablemente reunirá a la mayoría de los biólogos. Y si esto realmente sucede, entonces será fácil liberarnos del reproche que se le ha dirigido a la ciencia del siglo XIX: el reproche de que, aunque ha ayudado a los hombres a liberarse de las supersticiones, ha ignorado aquellos aspectos de la naturaleza que deberían haber sido, en una concepción naturalista del universo, los cimientos mismos de la ética humana, y de los cuales Bacon y Darwin ya han tenido una visión⁶⁶⁴.

Desafortunadamente, los vulgarizadores de las enseñanzas de Darwin, hablando en nombre de la ciencia, han tenido éxito en eliminar esta idea profundamente filosófica de la concepción naturalista del universo desarrollada en el siglo XIX. Han logrado persuadir a los hombres de que la última palabra de la ciencia era una implacable lucha individual por la vida. Pero la prominencia que ahora comienza a darse a la acción directa del entorno en la evolución de las especies, al eliminar la idea malthusiana sobre la necesidad de una competencia a muerte entre todos los individuos de una especie dada para evolucionar a nuevas especies, abre el camino para una comprensión completamente diferente de la lucha por la vida y de la naturaleza en su conjunto.

P. Kropotkin
(Trad. de Juan Carlos Pujalte)

⁶⁶¹ Sin embargo, cabe preguntarse si estas variaciones repentinas se producen en número suficiente. P. K.

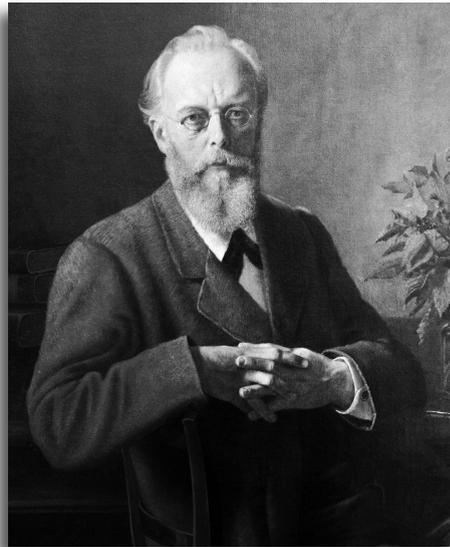
⁶⁶² “Me refiero, por supuesto —añade en una nota a pie de página—, solo a la parte causal-mecánica del lamarckismo, no a sus ideas autogénicas y psíquicas”. Véanse las páginas 501 y 504.

⁶⁶³ Véanse R. H. Francé, *Der heutige Stand der Darwin'schen Fragen*, Leipzig 1907; y Dr. Adolf Wagner, *Geschichte des Lamarckismus*, Stuttgart, 1909.

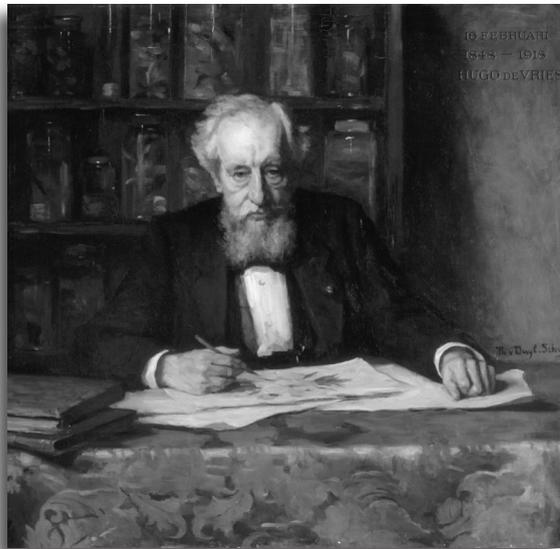
⁶⁶⁴ Cf. “The Morality of Nature”, in *Nineteenth Century*, marzo de 1905.



Jean-Baptiste Lamarck



August Weismann



Hugo De Vries

POSTFACIO PARA LA PRESENTE EDICIÓN DE *EL APOYO MUTUO*

Por Frank Mintz

¿En qué condiciones redactó Kropotkin esta edición de *El apoyo mutuo*?

Es preciso tener en cuenta dos elementos.

De origen aristocrático y de formación militar, Kropotkin se convirtió en científico y en un explorador famoso en la investigación relacionada con la geografía. A los 30 años (nació en 1842) decidió seguir su carrera de sabio y ser militante en la organización clandestina anti zarista *Zemlia i Volia* (Tierra y Libertad).

En 1874, Kropotkin fue detenido, pero en 1876 logró escaparse de la cárcel para presos políticos de Petrogrado, gracias a la ayuda de su grupo. En 1917, después de 40 años de exilio, enfermo de los bronquios y con 75 años, regresó a Rusia al saber que una insurrección espontánea de obreros y militares había derrocado el zarismo.

Al estar de nuevo en Rusia, Kropotkin firmó un contrato de cinco años con el mejor y mayor editor, I. D. Sitin y cía⁶⁶⁵, para la edición de 12 tomos de sus obras.

Kropotkin era famoso por ser muy conocido en Europa occidental como científico y revolucionario, un hecho excepcional para un ruso. Además, había vuelto al país en pleno hervor social. Por eso los gobiernos anteriores (de Gueorgui Lvov y Alexander Kerenski) habían intentado en vano tener su colaboración.

Los marxistas leninistas lo contactaron también a través de un emisario el 6 de febrero de 1919. Kropotkin contestaba en lo que él mismo definió como “Carta a S. L. Milner⁶⁶⁶ en respuesta a la entrega de la propuesta de Lenin de edición por el Comité del CC [Comité Central] de algunas obras mías”.

Las condiciones eran las siguientes:

El Tsik⁶⁶⁷ publica 4 tomos de mis obras *Memorias de un revolucionario*, *La gran revolución francesa*, *Campos, fábricas y talleres* y *El apoyo mutuo*, con una tirada de 60.000 ejemplares cada uno⁶⁶⁸. Y desea categóricamente abonar mis derechos de autor. Va a editar estos 4 volúmenes en nombre del Comité en honor a Vera Mijailovich Velichkina⁶⁶⁹.

A pesar de que agradezco muchísimo las excelentes intenciones de esta propuesta no la puedo aceptar. Aceptar significaría reconocer que el Gobierno actúa de modo

⁶⁶⁵ Sitin Ivan Dmitrievich, 1851-1934, editor de libros (Tolstoy, Gogol, etc.) y periódicos. Tenía en 1917 librerías en las capitales de Rusia. En 1918, había publicado el tomo I *Memorias de un revolucionario* y el II *La gran revolución francesa*.

⁶⁶⁶ Semen Lvovich Milner trató de interesar a Tolstoy, luego fue bolchevique.

⁶⁶⁷ Tsik: Центральный исполнительный комитет [Comité Central Ejecutivo equivalente de Gobierno de Unión Soviética]; a partir de 1937 se denominó Soviet Supremo de la URSS.

⁶⁶⁸ Se observa que faltaban todas las obras francamente anarquistas: *Palabras de un rebelde*, *La conquista del pan*, *La ciencia moderna y el anarquismo* y folletos como *El Estado, su papel histórico*, *El anarquismo, su filosofía, su ideal*, *Las cárceles*, etc. Nota manuscrita de Kropotkin en margen de la copia de la carta: “Sitin se opone a que deje su editorial como lo hice con algunas de anarquistas. Hagan como quieran: no lo apruebo, pero desde luego no pondré obstáculos. El Tsik propone pagar más que Sitin, o sea un rublo más por ejemplar”.

⁶⁶⁹ Vera Mijailovna Velichkina (esposa de Bonch Bruevich, secretario de Lenin), famosa médica fallecida por enfermedad en 1918.

justo al convertirse en la única editorial de todo el pueblo. Además, realizar esta estructura sería matar cualquier desarrollo del pensamiento en Rusia, excepto los pensamientos que acepta el Gobierno.

La carta terminaba, sin fórmulas de despedida, con un juicio definitivo sobre la obra de Lenin y sus camaradas:

La destrucción de la iniciativa libre en toda la vida del país, en los ámbitos de la economía, la política y hasta de la expresión del pensamiento, conduce inevitable y fatalmente, acaso a una restauración completa del régimen prerrevolucionario, o infelizmente, a una profunda reacción dañina durante varias décadas.

Es mi deber decirlo a los representantes de la República Soviética y no ayudarles a esclavizar el pensamiento, con sus inevitables consecuencias fatales que ya surgen.

P. Kropotkin

En efecto, el día a día ruso obligaba incitaba a Kropotkin a reaccionar y el 17 de mayo de 1919 ya escribía al anarquista Atabekian⁶⁷⁰:

El invierno pasado aún estábamos en Moscú; pero en los últimos dos meses [del mismo invierno], a causa del anuncio del “mercado negro [generalizado]” (y la vuelta de la ausencia del comercio), fue sencillamente insoportable, *horrible* en el sentido exacto de la palabra. Sin embargo, trabajé duro a solas, en la medida en que los años lo permiten, continué el trabajo empezado hace mucho tiempo (ya en 1902-1903) sobre la Ética. Infelizmente, me puse a hacer una especie de repaso histórico (y recojo todavía material); pero ya la estoy acabando, y claro, eso ayuda a atar cabos.

Esta preocupación ya aparecía en última frase de la conclusión de *El apoyo mutuo*:

En la práctica de la ayuda mutua, cuyas huellas podemos seguir hasta los más antiguos rudimentos de la evolución, encontramos el origen positivo e indudable de nuestras concepciones éticas, y podemos afirmar que el principal papel en el progreso ético de la humanidad fue desempeñado por la ayuda mutua y no por la lucha mutua. En la amplia difusión de estos principios, aun en la época presente, vemos también la mejor garantía de una evolución aún más elevada de nuestra especie.

Ambos temas (la pobreza frente a la ética social, el apoyo mutuo dentro de la sociedad) obsesionaban a Kropotkin.

El 4 de marzo de 1920 escribía:

Estimado Vladimir Ilich:

Varios empleados de Correos me pidieron que le presentara a usted su situación que es realmente desesperada. Puesto que este problema no solo concierne al Ministerio de Correos y Telégrafos, sino también a la condición general del país, me he apresurado a transmitir su demanda.

⁶⁷⁰ Aleksander Moiseevich Atabekian (1868-1933), nacido en la parte rusa de Armenia, fue médico, primero militante socialista armenio, luego anarquista e impresor en Suiza y en Bulgaria. Estuvo en Irán y regresó a Rusia en 1917. Editó la revista *Pochin [La iniciativa]* entre 1920 y 1922. Fue detenido por la checa, a pesar de la intervención de Kropotkin. Luego se dedicó nuevamente a la medicina.

Usted sabe, por supuesto, que vivir en el Distrito de Dmitrov [a 60 kilómetros de Moscú] con dos o tres mil rublos *como salario es absolutamente imposible*⁶⁷¹ para estos empleados. Con dos mil rublos ni se puede comprar un kilo de papas, lo sé por experiencia personal. [...]

Una cosa es segura. Incluso si la dictadura de un partido fuera un medio eficaz para derribar el sistema capitalista —de lo que dudo mucho—, *para el establecimiento del nuevo régimen socialista, resulta totalmente dañina. Es preciso, es imprescindible que la construcción se haga localmente con las fuerzas existentes en cada lugar*, pero no sucede en absoluto. En cambio, en cada instante, hay gente que, por no estar nunca al tanto de la situación real, comete los peores errores, cuyo precio es la muerte de millares de personas y la destrucción de regiones enteras.

Dos días después la posible publicación de *El apoyo mutuo* se estancaba, como se ve a través de una carta a Evdokia Denisova⁶⁷². Kropotkin evocaba a muchas personas que le iban a visitarlo y apuntaba:

Para mí, las correcciones que hacer para el *Apoyo mutuo* representan todo un acontecimiento. Hace ya *un año y medio* que la editorial Sitin empezó a compaginarlo. Tal vez ahora, cuando el libro está listo, y dentro de unos seis meses la dirección [de la censura] dará el visto bueno para que se publique.

El mes siguiente, el 22 de abril de 1920, escribía a Atabekian:

Por ejemplo, a propósito de las Comunas. ¿Ha podido leer usted mi *Apoyo mutuo*? En el capítulo “La ayuda mutua en la ciudad medieval”, se habla mucho de las Comunas de aquella época. Había entonces unas centenas (más de 500) en Francia, Inglaterra, Holanda, España, Portugal, Italia, Alemania, Polonia, la península de los Balcanes e incluso en Rusia. Fue entonces *el apogeo de la civilización*, científica, intelectual, artística y comercial [...].

El 23 de diciembre de 1920 (cinco semanas antes de morir), Kropotkin mandó una carta a Vladimir Dmitrievich Bonch Bruevich, secretario de Lenin y, aparte, otra al mismo Lenin:

Le agradezco mucho por su mensaje a propósito del doctor Atabekian⁶⁷³. La Comisión Extraordinaria [la Checa] me comunicó también que *ella* lo condenó. No he entendido cómo pudo ser “condenado” puesto que no hubo juicio⁶⁷⁴.

⁶⁷¹ Todos los subrayados son de Kropotkin.

⁶⁷² Evdokia Dmitrievna Denisova cantaba canciones populares y Kropotkin la conocía desde 1908 en Londres porque tenía una gran afición por la música clásica y moderna. Ella participó en la revista de Atabekian (ver nota 669). Homenajó a Kropotkin porque “[...] nos dio fuerzas para cantar en el mundo entero el amor por la humanidad”.

⁶⁷³ Por publicar una revista anarquista (individualista) y tener una imprenta en casa fue condenado a dos años de encarcelamiento, pero su pena fue reducida a seis meses gracias a la intervención de Kropotkin. Pero después de la muerte de Kropotkin, de nuevo fue detenido.

⁶⁷⁴ Increíble ironía de Kropotkin, que equivalía a graves condenas para un ciudadano de a pie. Evidentemente, de acuerdo a las leyes marxistas leninistas, la checa no tenía ninguna autoridad jurídica. La checa, creada por Lenin el 20 de diciembre de 1917, sigue presente hoy en Rusia puesto que el 20 de diciembre es la fiesta de los empleados del ministerio del Interior.

Ahora de nuevo me dirijo a usted. Lea, por favor, la carta adjunta para V. I. Lenin y entréguesela. Él ha de recibir, es probable, tantos montones de cartas que ni una de cien puede llegarle.

Sin embargo, la declaración sobre los rehenes, sin hablar más de su aspecto salvaje para nuestra época, va a provocar la más repugnante impresión entre quienes obran en Europa Occidental por establecer mejores relaciones con Rusia.

P. Kropotkin

La otra carta era esta:

Estimado Vladimir Ilich [Uljanov llamado Lenin]:

Izvestia y *Pravda* publicaron la declaración de que el poder soviético ha decidido tomar como rehenes a los socialistas revolucionarios [...]. Y que si se cometieran atentados contra jefes soviéticos los rehenes serían “exterminados sin piedad”.

¿Acaso no ha habido nadie entre ustedes que recordase y convenciese a sus camaradas de que semejantes medidas representan una vuelta a los peores momentos de la Edad Media y de las guerras de religión, y son indignas de personas encargadas de crear una sociedad futura sobre bases comunistas, y que con tales medidas no se puede marchar hacia el comunismo?

Al final, la editorial anarquista Golos Truda [La Voz del Trabajo] envió a imprenta la versión definitiva de *El apoyo mutuo* y, muy probablemente, el poder bolchevique permitió su publicación para poder fingir tolerancia hacia la crítica de izquierda.

Kropotkin se resistió hasta su muerte a que “para esclavizar el pensamiento” su libro, entre muchas otras obras, fuera publicado por el Estado.

Publicamos este libro, como lo hizo Kropotkin, para que nos emancipemos de las muchas trabas y cadenas sociales que impone la organización estatal de la democracia capitalista, de la marxista leninista o de cualquier partido único ateo y/o religioso.

ÍNDICE

Presentación	7
Prólogo para la presente edición de <i>El apoyo mutuo</i> , por Matías Blaustein	9
Prólogo a la primera edición rusa	17
Prólogo a la edición rusa de 1922	19
Introducción	21
Capítulo I. La ayuda mutua entre los animales	29
Capítulo II. La ayuda mutua entre los animales (continuación)	49
Capítulo III. La ayuda mutua entre los salvajes	79
Capítulo IV. La ayuda mutua entre los bárbaros	105
Capítulo V. La ayuda mutua en la ciudad medieval	127
Capítulo VI. La ayuda mutua en la ciudad medieval (continuación)	149
Capítulo VII. La ayuda mutua en la sociedad moderna	171
Capítulo VIII. La ayuda mutua en la sociedad moderna (continuación)	197
Conclusión	217
Apéndices	221
La acción directa del entorno y la evolución	249
Postfacio para la presente edición de <i>El apoyo mutuo</i> , por Frank Mintz	267

